

LA REFORMA EN INGLATERRA

VOLUMEN I

Por J. H. Merle J. H. Merle D'aubigne

Título original en inglés: *The Reformation in England*. Vol. I.
Por J. H. Merle d'Aubigne

Traducción al idioma español por Pedro Guzmán-Reyna

Título en español: *Una Introducción a la Cultura Cristiana*.

Pharr, Texas. 2014

Introducción

MERLE D'AUBIGNÉ, cuya obra sobre la Reforma en Inglaterra aquí reproducimos, fue el más popular de los historiadores de la Iglesia del siglo XIX. Su *Historia de la Reforma* disfrutó de una venta enorme. Esto tomó a la Inglaterra protestante por sorpresa, y, en su género, debe haber sido uno de los *best sellers* de la época victoriana.

Jean Henri Merle d'Aubigné nació en 1794, en el cantón de Ginebra, vástago de una familia francesa célebre. Cuando Luis XIV revocó el Edicto de Nantes (que dio protección a los protestantes) en 1685, y miles de hugonotes fueron expulsados de Francia, su bisabuelo paterno, Jean Louis Merle, se había movido de Nimes a Ginebra. A mediados del siglo siguiente, Francisco, el hijo de Jean Merle, se casó con Elizabeth d'Aubigné, descendiente del famoso poeta e historiador Theodore Agripa d'Aubigné. Los hijos de Elizabeth conservaron el apellido de su madre de soltera, y eran conocidos como Merle d'Aubigné. Aime Robert, el hijo de Francisco y Elizabeth, y padre de nuestro historiador, realizó una misión comercial a Constantinopla durante los difíciles años después de la Revolución Francesa de 1789. De regreso a Ginebra a través de Viena, le salió al encuentro en el camino cerca de Zurich una compañía de soldados rusos que recientemente habían sido derrotados por el general francés Massena, y fue cruelmente asesinado. Por ese tiempo su segundo hijo, Jean Henri, no era más que un niño de cinco años de edad. La viuda sobrevivió durante casi medio siglo.

Jean Henri pronto mostró un gusto por las actividades académicas, ingresó a la Academia de su ciudad natal (más tarde llamada Universidad de Ginebra) completando lo que ahora se llama un curso de bachillerato en artes, y luego ingresó a la Facultad de Teología. Desgraciadamente los profesores de la Facultad estaban fuertemente inclinados hacia el unitarismo, y la doctrina evangélica había sido abandonada en gran medida. Era el año de 1816, aproximadamente. Frederic Monod, quien fue compañero de estudios de Merle d'Aubigné, ha dejado constancia de que "el unitarismo, con toda su influencia escalofriante, y todos sus apéndices que destruyen el alma, era la única doctrina enseñada por nuestros profesores. Para mí, durante los cuatro años que asistí a la Facultad de Teología de Ginebra, como parte de mis estudios, no leí un solo capítulo de la Palabra de Dios, con la excepción de unos salmos exclusivamente con a fin de aprender hebreo, y no recibí una sola lección de exégesis del Antiguo Testamento o del Nuevo".

Afortunadamente para Ginebra, y, cabe añadir, por suerte también para Francia, llegó un escocés para arar y sembrar el campo estéril. En 1816, como un instrumento especialmente escogido de Dios para la obra, llegó a Ginebra, sin invitación de la Facultad, un profesor de

teología cuya doctrina era idéntica a la del propio Juan Calvino. Robert Haldane, aunque nacido en Londres, era de ascendencia escocesa, y en todos los aspectos un verdadero "escoceses de buena cepa". El impacto que tuvo en la ciudad de Ginebra fue tan notable que Merle d'Aubigné, en años posteriores, solía señalar hacia el edificio de apartamentos Haldane (al tiempo que bajaba la mirada hacia el lago y los Alpes Saboya) diciendo: "Esa es la cuna de la segunda Reforma ginebrina".

Unos veinte o treinta estudiantes de teología, uno de los cuales era d'Aubigné, respondieron a la invitación de Haldane a reunirse con él en su apartamento, en el que había dispuestas sillas a ambos lados de una larga mesa cubierta con copias de las Escrituras en francés, inglés, alemán y otros idiomas modernos, además del Antiguo y Nuevo Testamentos en hebreo y griego, respectivamente. Uno de los profesores tomó por su cuenta hacer rondines bajo las sombras de los árboles de la avenida en el momento en que los estudiantes se reunían, dejando en claro su gran disgusto por esas reuniones y tomando nota de los nombres de los asistentes en su cuaderno de bolsillo.

La exposición de Haldane sobre el Verbo causó una impresión imborrable en Monod (quien más tarde sería el líder fundador de las Iglesias Libres de Francia) y él registró su experiencia de este modo: "Lo que más me sorprendió, y lo que nos llamó la atención de todos, fue la solemnidad del estilo del señor Haldane. Era evidente que él hablaba muy en serio de nuestras almas y de las almas de los que podrían ser puestos bajo nuestro cuidado pastoral, y tales sentimientos eran nuevos para nosotros. Era también notable su mansedumbre y la paciencia incansable con que escuchaba nuestros sofismas, nuestras objeciones ignorantes, nuestros intentos para avergonzarlo de vez en cuando con preguntas difíciles inventadas a propósito, y sus respuestas a todos y cada uno de nosotros. Pero lo que me asombró y me hizo reflexionar más que cualquier otra cosa, fue su indiscutible conocimiento de la Palabra de Dios y la fe implícita en su autoridad divina... Nunca habíamos visto algo como esto. Incluso después de este lapso de años, todavía tengo presente en mi mente su figura alta y varonil, rodeada por los estudiantes. Su Biblia en inglés en la mano, como si empuñara como única arma la Palabra que es la espada del Espíritu; satisfaciendo cada objeción, eliminando todas las dificultades, respondiendo a todas las preguntas con una pronta referencia a varios pasajes bíblicos, por lo que todas las objeciones, dificultades y preguntas eran contestadas con bastante precisión. Él nunca perdió el tiempo argumentando en contra de nuestros supuestos razonamientos, pero a la vez señalaba con el dedo a la Biblia, añadiendo palabras simples como: 'Mira aquí, esto que lees sigue estando escrito por el dedo de Dios.' Él era, en el sentido pleno de la palabra, una concordancia viviente.... Nos expuso la Epístola a los Romanos, que varios de nosotros probablemente nunca habíamos leído, y que ninguno de nosotros entendía. . . . Creo que uno de mis mayores privilegios es haber sido su intérprete. . . siendo casi el único que sabía Inglés lo suficientemente bien como para ser recompensado honrosamente".

Merle d'Aubigné quedó profundamente impresionado como Monod por lo que oyó. "Un día me encontré con Robert Haldane –le dijo a un amigo¹–, y escuché que leía en su Biblia inglesa un capítulo de Romanos sobre la corrupción natural del hombre, una doctrina de la que nunca antes había escuchado. De hecho yo estaba muy sorprendido al oír que el hombre es corrupto por naturaleza. Recuerdo que le dije al señor Haldane: ‘Ahora veo esa doctrina en la Biblia.’ –‘Sí–respondió–, ¿pero también la ves en tu corazón?’ Aunque esa parecía una simple pregunta, se anidó en mi conciencia. Era la espada del Espíritu. Y desde ese momento vi que mi corazón estaba corrompido, y supe por la Palabra de Dios que yo pedía ser salvado por gracia solamente. Así que, si Ginebra dio mucho a Escocia en la época de la Reforma y si comunicó la luz a John Knox, también Ginebra recibió mucho de Escocia por medio de la bendita labor de Robert Haldane.”¹

Habiendo completado su curso académico en Ginebra, Merle d'Aubigné continuó sus estudios en las universidades de Leipzig y Berlín. En esta última ciudad "se sentó a los pies" de Neander, teólogo cristiano e historiador de iglesia, hijo de un comerciante ambulante judío, cuyas conferencias causaron una profunda impresión en el estudiante en ciernes. A diferencia de los historiadores cuyo interés radicaba principalmente en las instituciones, el interés principal de Neander radicaba en las personas, y se convirtió en su objetivo, en su estudio de la historia de la iglesia para descubrir en ella "la interpenetración de la vida humana por la divina." No hay duda de que d'Aubigné poseía un genio particular como historiador derivado de esta fuente. El interés en las personas en lugar de las instituciones, que es el común denominador de los volúmenes de su Historia reimpresos aquí, es la prueba de que él fue un fiel aprendiz de Neander.

Aunque d'Aubigné no había llegado todavía a Berlín, sin embargo, ya se había formado en su mente el proyecto de escribir la historia de la Reforma. Su viaje desde Ginebra a Berlín le llevó a través del país de Lutero, y ha de haber visitado Eisenach y el castillo de Wartburg, famosos en la historia de la vida del reformador alemán. Esta visita resultó ser una inspiración para toda la vida, y la formación que más tarde recibió de Neander sólo confirmó su resolución de dar a conocer las cosas que Dios había hecho durante la época del siglo XVI. Su estudio de los grandes reformadores que ahora comenzaba no cesaría hasta que, después de medio siglo de trabajo, legó a su generación y a la posteridad los trece volúmenes que constituyen una importante contribución a la comprensión de la época de Lutero, Calvino, Cranmer, y Knox.

Las labores ministeriales de Merle d'Aubigné, propiamente dichas, comenzaron en la iglesia protestante que había sido fundada en Hamburgo por hugonotes franceses que huyeron de su patria durante la persecución de Luis XIV. Después de pasar cinco años en la ciudad alemana fue invitado por Guillermo, rey de los Países Bajos, para convertirse en pastor de una iglesia francesa recién formada en Bruselas. Este cargo lo desempeñó hasta la revolución de 1830 que condujo a la separación de Bélgica de Holanda.

¹ Todo el tema es de sumo interés y puede leerse en *Lives of Robert and James Haldane*, por Alex. Haldane's. pp. 398-407

Rechazando una invitación para asumir un puesto tutorial en la familia del rey holandés, y habiendo experimentado, como amigo que era del rey, las amenazas contra su vida en las manos de los belgas furiosos, se sintió obligado a regresar a Ginebra, donde ayudó en la creación de un seminario para la formación de pastores y maestros de la Palabra. En esta institución se convirtió en profesor de Historia de la Iglesia, y pronto se le unió Louis Gaussen, otro miembro del grupo de Haldane de 1816, más tarde famoso por ser el autor de un excelente tratado sobre la inspiración plenaria de las Sagradas Escrituras. En 1834, Gaussen llegó a ser profesor de Teología Sistemática. El colegio prosperó y cumplió un propósito similar al de los días de Calvino mediante el envío de profesores capacitados, formados en la fe reformada en un amplio campo de servicio.

Merle d' Aubigné desempeñó el cargo hasta su muerte en 1872. Él tuvo amplia oportunidad de familiarizarse no sólo con los principales caminos de la historia de la Reforma, sino también con sus atajos. Sus visitas a las principales bibliotecas de Europa Central y Occidental lo llevaron a adquirir un vasto conocimiento del siglo XVI. Tal fue su fama como historiador que se le otorgó la exención de impuestos de la ciudad de Edimburgo y el grado de Doctor en Derecho Civil de la Universidad de Oxford. Con frecuencia visitó Inglaterra, siendo tratado con altos honores por los evangélicos ingleses. A no pocos escoceses les hubiera gustado tenerlo de maestro en uno de sus seminarios teológicos. En una visita a Gran Bretaña en mayo de 1862, cuando fue invitado por la reina Victoria a predicar en la capilla real de St. James, también visitó el Tabernáculo Metropolitano. CH Spurgeon, a propósito, acortó su propio discurso para dar oportunidad a d'Aubigné para que hablara ante la gran concurrencia. El discurso fue totalmente típico de aquel hombre, lo mismo que la historia que narró casi al final, tan típico que, de hecho, vale la pena recordarlo:

"Había – dijo –, a finales del siglo XVI, un hombre en Italia que era un hijo de Dios, que enseñaba por el Espíritu. Su nombre era Aonio Paleario. Había escrito un libro llamado *El Beneficio de la Muerte de Cristo*. Este libro fue destruido en Italia, y durante tres siglos no fue posible encontrar una copia; pero hace dos o tres años se encontró una copia italiana, creo que en una de las bibliotecas de Cambridge o de Oxford, y se volvió a imprimir. Quizá esto parezca de poca importancia, pero ese hombre no dejó la Iglesia de Roma, como debería haber hecho, en cambio, todo su corazón fue entregado a Cristo. Fue llevado ante el juez en Roma, por orden del Papa. El juez dijo: ‘vamos a presentarle tres preguntas, primero le preguntamos ¿cuál es la primera causa de la salvación, después ¿cuál es la segunda causa de la salvación, y por último, ¿cuál es la tercera causa de salvación’. Pensaban que, haciéndole estas tres preguntas, él diría finalmente que debería ser para la gloria de la Iglesia de Roma. Entonces le preguntaron: ‘¿Cuál es la primera causa de la salvación?’, y él respondió: ‘Cristo’. Luego le preguntaron: ‘¿Cuál es la segunda causa de la salvación?’, y él respondió: ‘Cristo’. Finalmente le preguntaron: ‘¿Cuál es la tercera causa de la salvación?’, y él respondió: ‘Cristo’. Ellos pensaron que él iba a decir: ‘en primer lugar Cristo, en segundo lugar la Palabra, en tercer lugar, la Iglesia. Pero no, él dijo ‘CRISTO’. La primera causa, Cristo, la segunda, Cristo, y la tercera, Cristo. Y por esa confesión que él hizo en Roma, fue condenado a morir como un mártir. Mis queridos amigos, vamos a

pensar y hablar como ese hombre; que cada uno de nosotros pueda decir: 'La primera causa de mi salvación es Cristo, la segunda es Cristo, y la tercera es Cristo. Cristo y su sangre expiatoria, Cristo y su Espíritu regenerador; Cristo y su gracia electiva eterna. Cristo es mi única salvación. No conozco ninguna otra'".

Es conveniente añadir que, algunos meses antes, Spurgeon visitó Ginebra por invitación de d'Aubigné, y predicó con gran alegría en el púlpito de Calvino (vestido con la toga negra ginebrina). Después del servicio, él dijo: "pasé una noche muy agradable con los predicadores más conocidos de Suiza, hablando de nuestro Señor, y de los progresos de Su obra en Inglaterra y en el Continente. Cuando nos despedimos, cada uno de esos ministros, unos ciento cincuenta o tal vez doscientos, me besó en ambas mejillas. Esa fue una experiencia algo bochornosa para mí" – dijo Spurgeon.

La *Historia de la Reforma en el Siglo XVI*, de Merle d'Aubigné, fue publicado en París en cinco volúmenes entre los años 1835 y 1853. Este trabajo fue seguido por *La Historia de la Reforma en Europa en el Tiempo de Calvino*, obra que apareció en ocho volúmenes entre 1863 y 1878. Su Historia de la Reforma en Inglaterra se encuentra en diferentes secciones dentro de estos trece volúmenes, los cuales han sido extraídos de la obra completa y aquí se presentan bajo el nuevo título de "La Reforma en Inglaterra". El primer tomo de esta edición² cubre el período hasta la muerte del cardenal Wolsey en 1530, y el segundo tomo³ termina con la muerte de Enrique VIII en 1547. Desgraciadamente la obra quedó incompleta a causa de la repentina e inesperada muerte del autor en 1872.

La inmensa popularidad de la Historia de Merle d'Aubigné en su tiempo se debió en gran medida al hecho de que fue escrita por un experto en el campo, fue escrita no sólo para los expertos, sino para el público cristiano ordinario. Juzgó que el interés público podría ser despertado mejor, no por exposiciones eruditas sobre las complejidades de la ley canónica y en instituciones de la Iglesia, sino por el estrés continuo del factor personal en la historia, las emociones del alma humana, las tensiones mentales y las tensiones ocasionadas por el impacto de la antigua y todavía recién nacida verdad sobre las mentes por el largo tiempo de esclavitud del catolicismo romano, y las torturas experimentadas por el espíritu humano cuando llegó el momento de tomar medidas decisivas. Fue este aspecto de la reforma que la pluma de d'Aubigné retrató con una habilidad carente hasta entonces de historiadores de la Iglesia. La concentración excesiva en los aspectos meramente legislativos y políticos de la historia religiosa deja al alma humana impasible, mientras que la representación gráfica de las almas inquieta de una manera más profunda por la fuerza de la verdad divina; almas agonizantes por las tensiones terribles que pueden y, de hecho, dan resultados de una experiencia del nuevo nacimiento en un ambiente eclesiástico intensamente hostil, por no decir doméstico, que también lo fue, descrito por un escritor capaz de llorar con los que lloraban, que conmovió el alma de la Inglaterra victoriana, y

² Primeramente fue publicado como Vol. 5 de *Historia de la Reforma en el Siglo XVI*.

³ Tomado de los Vols. 4, 5 y 8 de *Historia de la Reforma en Europa en el Tiempo de Calvino*.

que hizo de la obra de d'Aubigné un potente factor en la consolidación de miles al protestantismo y a la verdad bíblica en un momento en que Roma estaba haciendo un nuevo esfuerzo para reparar los estragos de los siglos. Como había hecho el martirologio Foxe, escribió, no tanto para el mundo erudito y universitario, sino para la persona de escasos conocimientos y de poca inclinación a lo académico. Pero la profundidad de su erudición le permitió subir muy por encima del nivel de un mero literato populista. Un lector superficial puede a veces suponer que la historia es en sí superficial, y que, al ser "popular", puede no ser al mismo tiempo académica y crítica. Sin embargo, puede engañarse a sí mismo. Normalmente, el erudito no es "el populista", pero en d'Aubigné se combinan los dos roles. "El arte consiste en ocultar el arte" dice un antiguo refrán, y de esta habilidad en particular d'Aubigné fue un humilde maestro. Su conocimiento, basado en la más amplia y prolongada investigación, fue inmenso, pero con todo y eso, él nunca sobrecargó su narrativa. Su estilo mordaz lacónico nunca se convirtió en una maraña de una mera información fáctica.

Que un historiador popularice su tema es, a los ojos de la mayoría de los historiadores académicos, responsable de una ofensa imperdonable contra toda buena erudición. Pero no fue sólo en este aspecto que d'Aubigné se apartó de los cánones generalmente aceptados por la escritores de historia. Hay dos principios básicos de su historia que casi todos los miembros de la fraternidad histórica consideran que no deberían de formar parte de una historia seria, a saber, su convicción de que el elemento divino en la historia humana es esencial para su verdadero entendimiento, y su negativa a esconder de sus lectores su propia fe personal y sus convicciones sinceras. En la edad moderna se ha vuelto casi un axioma de que el historiador debe tratar su tema "científicamente", y sobre todo, de manera impersonal, ocultando hasta el último grado sus propias convicciones personales, si acaso las tuviera, y que debe escribir como si no tuviera ni fe ni conciencia (excepto para el establecimiento de la fría verdad histórica). Como un ejercicio estrictamente académico este método puede tener sus méritos, pero como un vehículo para estimular el interés en la mente del lector promedio, es una clara falla. La historia, para vivirla, debe seguir el pulso de la vida del historiador. Él mismo debe ser inquietado por los acontecimientos en los que ha elegido explayarse. Y es aquí donde d'Aubigné logra su mayor éxito. Él no es un mero espectador de lejos, disecando, por así decirlo, los huesos secos de los hombres de los años pasados. Él vive en la edad que describe. Comparte las agonías de los mártires del siglo XVI. Su corazón palpita y duele a medida que camina junto a los confesores de la fe por las calzadas reales de la época de Tudor. Él está presente en sus juicios. Siente el calor de las llamas junto a aquellos que han "abierto la boca al Señor y que no pueden volver atrás", cediendo ante el fuego de la muerte. En este sentido recupera el "espíritu viviente" de la edad de Tudor, y se convierte en el John Foxe del siglo XIX. "Yo escribo la historia de la Reforma en su propio espíritu", es su afirmación.

Probablemente el otro principio con el que están en contra los historiadores seculares sea su insistencia incesante sobre el elemento divino siempre presente en la historia del hombre. Podría parecer lo más lógico decir que la historia de la Reforma no se puede entender sin tanta insistencia, pero los escritores que no logran percibir y poseer la presencia y la obra del Espíritu

de Dios son abundantes. *La Reforma en Inglaterra* de Sir Maurice Po-wicke, publicado por primera vez en 1940, dice, por ejemplo, que la "única cosa definida que se puede decir sobre la Reforma en Inglaterra es que fue un acto de Estado". Se puede casi asumir que llamarlo un acto de Dios sería puesto en el rango de una herejía histórica. Muchos escritos históricos son deliberadamente exposiciones frías y no interpretativas. Pero d'Aubign pertenece a la escuela de los profetas. Sus escritos están "embarazados de fuego celestial". Su principal objetivo es demostrar la mano divina interviniendo en los asuntos humanos, y esto no sólo en relación con los movimientos espirituales de su época, sino también en relación a los movimientos políticos y eclesiásticos. Dios gobernando, Dios supervisando, Dios revelando su poder, Dios interviniendo abiertamente en los asuntos de los Estados y de los individuos. Esto, para Merle d'Aubigné, es el meollo de la historia, el hilo negro para tejer su tapiz. Él es cuidadoso en hacer que este punto sea tan claro como palabras haya para aclararlo. Así, en su prefacio a su primera historia, dice: "la historia debe ser hecha para vivirse en concordancia con su propia vida. Dios es esta vida. Dios debe ser reconocido y proclamado en la historia. La historia del mundo debería pretender describir los anales del gobierno del Rey supremo.... Aunque parezca extraño, esta interposición de Dios en los asuntos humanos, que incluso los paganos han reconocido, los hombres criados en medio de las grandes ideas del cristianismo la tratan como superstición.... La sabiduría miope de nuestros días jactanciosos está muy por debajo de la sabiduría pagana. A la historia le han robado su padre divino, y ahora es un hijo ilegítimo, un audaz aventurero que vaga por el mundo sin saber a dónde va ni de dónde viene". Al tiempo que Merle d'Aubigné se lamenta de la ceguera de los historiadores seculares, esa ceguera no le causa asombro. Él sabe que no es más que el cumplimiento de la palabra apostólica de que "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios." Si el historiador no es más que un "hombre natural", la interpretación espiritual de la historia, obviamente va a ser una locura para él, no tanto porque no vea, sino más bien porque no puede ver.

Sería bueno escuchar al mismo d'Aubigné hablando de este asunto, y en un tiempo anterior al de los comienzos de su vida como historiador. En 1832 él pronunció un discurso en Ginebra sobre "la Historia del Cristianismo", teniendo en vista particularmente la historia de la Reforma. "Hay dos historias –dijo–, hay lo que podríamos llamar 'la historia de la iglesia', es decir, de las instituciones humanas, las formas, las doctrinas y acciones, y 'la historia del cristianismo', que ha puesto en el mundo, y aún conserva, una nueva vida, una vida divina, la historia del gobierno de ese Rey que ha dicho: 'las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.'... La mayoría de los historiadores han presentado hasta ahora sólo la historia estéril de la iglesia externa, porque ellos mismos han sido sólo hombres exteriores, y muy difícilmente tienen noción de la vida del hombre espiritual.... El 'viejo hombre' no ve en el campo de la Iglesia más que puros huesos secos; en cambio, el 'nuevo hombre' sabe discernir cuándo el Espíritu sopla desde los cuatro vientos y crea para el Eterno 'un ejército grande en extremo.'"

Así pues, el lector debe esperar de la pluma de d'Aubigné una historia de calidad diferente a la del historiador secular individual, una historia que trate de mostrar a Dios como Su propio intérprete, y que (para usar una frase luterana) tenga como objetivo llevar cautiva la

conciencia del lector a la Palabra de Dios. Al mismo tiempo, d' Aubigné sabía del potencial de la narración viva y pintoresca para ganar el interés y la simpatía de la mente humana, y su historia adquirió reputación, en parte, debido a sus cualidades literarias de calidad. A este respecto, las palabras del rector Rainy de Edimburgo escritas en 1879 son dignos de mención: "La gran cualidad en que se apoya la popularidad de la historia d'Aubigné es ésta: que es viva, reproduce con gran poder la marea de la vida humana en la que los acontecimientos toman forma, pone frente a nosotros las convicciones, las pasiones, los intereses que mueven a los hombres, y va revestida con el lenguaje de los colores de la época. No ha sido hecha, como se ha imputado insidiosamente, por los esfuerzos de ociosa fantasía o amplificación retórica, sino por un minucioso estudio de la fisonomía de la época, que se puede descubrir en los hombres individuales, y en situaciones específicas, y por una apreciación y reproducción de los hechos, con el fin de llevar al lector cara a cara con ese pasado olvidado. Esta no es una forma barata y vulgar que termine siendo popular. Es una gran forma de éxito histórico". Y otra vez agrega (después de hablar del romanismo, el humanismo y la política de la época de la Reforma): "Todas estas cosas las concibe d'Aubigne a la manera de un hombre muy inteligente que ha pasado mil veces más dolores en la historia que sus lectores, y que conoce bien y correctamente todos sus elementos. Pero este gran elemento él lo conoce por una simpatía perfecta, una entera convicción, una atracción invariable. Él lo concibe desde el interior; está vivo para él donde quiera que se lo encuentre; y todos sus poderes están espontáneamente preparados para reproducirse en su verdad y fuerza original".

Como historiador de la Reforma, Merle d'Aubigné tuvo la gran ventaja de ver el panorama en su contexto continental, y de tener acceso a los documentos multitudinarios dispersos por las bibliotecas de Europa. Su manejo de la historia inglesa se beneficia de esta riqueza y amplitud de erudición. La historia que aquí se reproduce no se presenta con todas las numerosas referencias proporcionadas en las notas de las ediciones originales, excepto una selección de referencias sobre libros que siguen siendo de fácil acceso, por ejemplo, los volúmenes de la *Sociedad Parker* y *Actos y Monumentos* de Foxe. Las cuatro principales ediciones del siglo XIX de la obra de Foxe se encuentran en ocho volúmenes, y, muy convenientemente, tienen la misma paginación, por lo que las referencias a cualquiera de las ediciones es tarea relativamente fácil. Los lectores que deseen localizar la autoridad de algún tema en particular, aparte del rango de las referencias que figuran en esta reimpresión, deben tener acceso a las ediciones del siglo XIX de la historia que contienen las referencias completas. En vista del hecho de que D'Aubigné hace un uso extensivo de los *Actos y Monumentos* de Foxe, y que tal vez algunos lectores consideren a Foxe meramente un propagandista poco fiable del protestantismo, puede ser de ayuda aquí para establecer la posición actual de su grado de utilidad como historiador, y, por los muchos eventos que él narra, un historiador contemporáneo. Hasta la cuarta década del siglo XIX, Foxe gozaba de una gran reputación en todos los sectores no romanistas. Desde 1837 en adelante una escuela de historiadores, encabezados por S. R. Maitland, bibliotecario de Lambeth Palace, comenzó a propagar desprecio por el martirologio, declarando que era poco fiable y en muchos lugares claramente deshonesto. En sus críticas,

Maitland fue seguido por sus dos "hábiles lugartenientes", J. S. Brewer y James Gairdner, y más tarde (aunque de manera más discreta) por Sidney Lee en el *Diccionario de la Biografía Nacional*. Tan violento y sostenido fue el ataque contra Foxe que no pocos historiadores posteriores se inclinaron a aceptar los cargos de la nueva escuela como una evidencia, y llegaron a considerar a Foxe como un proveedor poco confiable. Pero el proceso de "desacreditación" ha terminado y, con toda probabilidad, pronto será olvidado. En 1940 apareció *John Foxe y su Libro*, escrito por JF Mozley, quien sometió el libro en todos sus aspectos a una nueva investigación a fondo, con el resultado de que Foxe resurge como un escritor de integridad indiscutible y de gran valor para su propio siglo en particular, compartiendo, de hecho, tanto las debilidades de sus contemporáneos como las de los historiadores de los primeros siglos, pero inigualable en su comprensión del escenario de Tudor y en su interpretación de la historia de la Reforma.

El testimonio de CS Lewis, que figura en su *Literatura Inglesa del Siglo XVI* (Ox. Un. Press, 1954), dice así : "Maitland tuvo muchos sucesores, y la tradición del siglo XIX presenta a Foxe como un propagandista sin escrúpulos que registra lo que él sabe que es falso, suprime lo que sabe que es verdad, y afirma haber visto documentos que no ha visto. En 1940, sin embargo, el señor JF Mozley reabrió toda esta cuestión y defendió la integridad de Foxe, según me parece, con un éxito completo. En su investigación, Foxe emerge, no precisamente como un gran historiador, sino como un hombre honesto. Para la historia de la iglesia primitiva se apoya en autoridades obvias y es de un valor mediocre. En la persecución mariana sus fuentes son por lo general las narraciones de testigos.... No parece haber ninguna evidencia de que Foxe haya aceptado lo que él mismo no creía, o que rechazara corregir lo que había escrito a la luz de nuevas evidencias. La más horrible de todas sus historias, los martirios de Guernsey, nunca fue refutada aunque fue violentamente asediada; en cierto modo, la defensa puede considerarse menos dañina que los cargos. Y en este sentido, en su odio a la crueldad, Foxe fue imparcial en un grado casi paralelo al de aquella época".

¿Hasta qué punto, pudiera preguntarse el lector, es la presente reedición una reproducción exacta de la obra de Merle d'Aubigné? En respuesta, debe hacerse notar que el trabajo es poco menos de un siglo de antigüedad, por lo que sería poco amable con el lector y con el autor por igual reproducir, como se escribió originalmente, cualquier declaración que haya sido probada por investigadores posteriores para ir más allá, o quedarnos cortos en llegar a la verdad. La investigación histórica ha progresado notablemente desde el tiempo de d'Aubigné, y esto ha requerido una cuidadosa reevaluación de todo lo que él escribió. Sustancialmente, por supuesto, la obra sigue siendo la misma, pero las modificaciones necesarias se han introducido cuando son justificadas por los resultados posteriores. Las notas de los corchetes al pie de página son puestas por el revisor, y de vez en cuando se hace alusión a algunos libros más recientes. En la medida de lo posible, las citas han sido comprobadas con las fuentes originales y en ocasiones se procura clarificarlas. A veces, el autor cita el sentido en lugar de las palabras exactas, y esas citas normalmente se dejan como están. En algunos casos, donde se juzga que una cita más extensa de un documento original daría más luz al lector, ésta se ha suministrado. D'Aubigné utiliza el

método, más o menos, de alternar capítulos de historia política (a la que presta una adecuada atención) con capítulos sobre aspectos más espirituales de su historia. No se ha tratado de interferir con este sistema, pero un pequeño capítulo sobre política se ha omitido en su totalidad por considerarlo irrelevante en la dilucidación de la Reforma y por considerarlo como algo obsoleto por la historiografía posterior.

No es simplemente la calidad agradable y legibilidad del trabajo de d'Aubigné lo que ha llevado a The Banner of Truth Trust a reimprimir la gesta de la Reforma. Su "apología" para hacerlo es que el estado actual de la religión en Inglaterra redonda en conocimiento de la Reforma de gran importancia espiritual para nuestro pueblo, es una necesidad normal para el predicador así como una adquisición altamente deseable para el público cristiano en general. Se supone que la mayoría de las personas pueden y deben vivir muy felizmente sin estos conocimientos. También se entiende que el conocimiento de la historia de la Reforma no se puede equiparar con el conocimiento de la misma Palabra de Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, pocos pueden sostener que mucho conocimiento sin la Palabra sea bueno para el alma. Muchas de las cosas de la vida, tanto espirituales como materiales, se topan con nosotros día a día con un atuendo histórico. Las controversias que todavía laceran a la Iglesia profesante de Jesucristo sólo son comprensibles en su contexto histórico. Hay una frase célebre de uno de los más famosos y respetables filósofos antiguos que dice: "El que no sabe lo que ha sucedido en el pasado, es como si siguiera siendo un niño", y la ignorancia de la historia de la Reforma tiende a debilitar nuestra comprensión de las verdades espirituales, por lo cual, los tiempos demandan una contienda implacable. Algo del conocimiento de la historia toma en cuenta una parte esencial de una buena educación, incluso en la esfera secular, y la Escritura sin duda le da un fuerte apoyo a la afirmación de que ciertos aspectos de la historia por lo menos tienen un pronunciado valor espiritual. Mucho de la Palabra divina es en sí misma historia, y no está escrita solamente como un expediente de hechos. Los caminos de Dios con los hombres han de ser vindicados. El hombre debe dar cuenta de sus pensamientos hacia ese "Dios de todo saber por cuyas acciones somos pesados." La Palabra es la crítica de los pensamientos y de las intenciones del corazón, y aquí radica el valor supremo de la historia bíblica: brilla con divino testimonio. Lejos de ser mera crónica, es juicio divino pronunciado en historia humana, de tal manera que el hombre puede ser prevenido en cuanto a lo que va a pasar un día, en una escala infinitamente más vasta en el tribunal de Dios. Dios juzgará al mundo con justicia por Aquél a quien Él ha ordenado y resucitado de entre los muertos. De ese juicio y ese veredicto, la historia bíblica es una vista previa y un presagio.

Merle d' Aubigné, como ya se ha dicho, fue llamado por Dios para asumir nuestra historia nacional en un periodo de especial importancia espiritual, y presentarla, no como un mero "acto de Estado", sino como un movimiento del Espíritu de Dios a gran escala, una obra de la iniciativa divina, un testimonio del Espíritu de la verdad como se ejemplifica en la vida y muerte de muchos hombres y mujeres del siglo XVI. Los creyentes del siglo XX, viviendo en días de lujo y de vanidad, pueden aprender en las páginas de d'Aubigné la historia de sus predecesores

en la fe, que menospreciaron sus vidas hasta la muerte, y que honrosamente se expusieron a peligros por amor del Hijo del Hombre en los campos blancos de la siega.

Por extraño que parezca, algunos cristianos han mostrado una curiosa falta de voluntad para dar atención a los asuntos históricos, alegando que poseen poca relevancia para la vida cristiana. En su deseo de volver a establecer el cristianismo del primer siglo, que en sí mismo no puede dejar de ser elogiado, pasan por encima de los otros siglos, y consideran que las lecciones de la historia no son dignas de su atención. Se olvidan de que algunas de sus libertades más preciosas fueron compradas por creyentes que, en la época de la Reforma, sellaron su testimonio con sangre, y esa sangre aún clama por nosotros desde la tierra. Seremos indignos de nuestra herencia si damos oídos sordos a su voz.

Entre nuestras libertades, es la voluntad del Estado permitirnos "contender ardientemente por la fe una vez dada a los santos", y aún a afirmar que "el obispo de Roma no tiene ninguna jurisdicción en este reino de Inglaterra." Tal vez no nos importe usar las palabras francas de la Biblia de Ginebra, predilecta de muchos cristianos isabelinos, y afirmar que "el Papa ha obtenido su poder del infierno, y que de ahí viene ", pero sin duda estamos en grave peligro de hacer compromisos con un sistema que abiertamente se declara inamovible desde tiempos remotos. Somos propensos a olvidar que los creyentes de la época de Tudor nos advirtieron contra las "fábulas blasfemas y engaños peligrosos del romanismo." El hecho es que los ingleses de hoy, en su actitud tolerante hacia todas las cosas religiosas, necesitan de esas palabras para ser sacudidos y salir de su letargo espiritual y para recordarles que: hay ciertas cosas en el cielo y en la tierra que no tienen cabida en su filosofía de la tolerancia. Que el Estado no deba intervenir en los asuntos de creencias religiosas, y no ejercer ningún tipo de presión sobre la conciencia humana, es un derecho fundado en una verdadera concepción de las funciones del Estado, pero si se dice, y con frecuencia es la caso, que como individuos sostenemos que una profesión religiosa es tan buena como la otra, ya que todas ellas son facetas de la verdad eterna, es una afirmación fundamentalmente falsa. Si existe un error, debe ser impugnado por la verdad. Los dos están envueltos en un conflicto. Si las masas son los "engaños peligrosos ", el problema que las encarna debe ser atacado por la Palabra de Dios, la espada es espiritual. Si las personas son engañadas por "fábulas blasfemas", todos los esfuerzos adecuados para dilucidarlas deben ser utilizados. Esto no es exclusivamente tarea de quienes son apartados para el ministerio de la Palabra. Todos los verdaderos cristianos han de ser ministros para ese propósito. Si, como dijo Lutero, que hay un lugar que se encuentra envuelto en llamas, no es el deber de una sola clase de ciudadanos dar la alarma, es la responsabilidad de todos y cada uno. Por lo tanto, cada cristiano debería actuar de acuerdo a su conocimiento, oportunidad, capacidad; tratando de hacer el bien a su prójimo. Y de esa manera, la aptitud de un hombre de servir a los intereses del reino de Dios se ve aumentada por su conocimiento de los actos de Dios que constituyen la historia.

Merle d'Aubigné hizo hincapié en el contenido de la historia mucho más que "una política del pasado", como ya se mencionó. Esta es su gloria como historiador que comparte con John Foxe, la convicción de que la crema y nata de los elegidos de Dios hacen historia con tanta seguridad como la de aquellos cuyos nombres se han convertido en palabras de uso doméstico. Y

en esto está relacionada una evaluación de los acontecimientos que pueden asustar al historiador secular. A veces, d'Aubigné puede parecer que lleva el manto de profeta, o al menos que invade el campo del predicador. Disfrutaría en el púlpito diciendo con C. H. Spurgeon que "cuando John Knox subió a suplicar (a Dios) por Escocia, fue el mayor acontecimiento en la historia de Escocia", y sin duda nos quiere hacer creer que la voz de la Historia fue la voz de Dios, un hilo de plata que bien podrían ser entrelazado con el cordón de oro de la propia Palabra inspirada.

Ese testimonio que sigue al modelo de d'Aubigné es de vital importancia hoy en día que pocos creyentes fervientes pondrán en tela de duda. Los tiempos están fuera de quicio. Roma imita en su carácter la inmutabilidad de la Palabra de Dios. Impenitente, intolerante donde tiene las de ganar, sigue siendo el principal defensor de una vieja doctrina no bíblica en una era predominantemente secular y materialista. Un arzobispo presenta sus respetos en una visita cordial a su principal representante. Un movimiento ecuménico de tamaño considerable, pero con fundamentos doctrinales muy inseguros, si se les puede llamar fundamentos, busca la cooperación y la aprobación de su membrecía de Roma. Una iglesia nacional juega en las manos de Roma por la reintroducción ilegal de masas, y, en la parte de los que miran con nostalgia hacia el Vaticano, la creencia secreta y, en algunos casos abiertamente, confiesan que la Reforma fue un tremendo error, la causa principal de las divisiones de la cristiandad. En su tiempo, John Bunyan pudo decir del Papa: "Él está, por razón de la edad, y también por los días desenfundados de su juventud, tan enloquecido y entumido, que ahora sólo le queda sentarse en la entrada de su cueva, sonriendo a los peregrinos que pasan, y mordiéndose las uñas, porque él no puede ir a ellos." Después de 300 años de Bunyan, nos parece que la descripción ya no es válida. El papado es una institución intensamente activa. Una de sus ambiciones más queridas es la reconquista de Inglaterra. Persigue sus objetivos en el lenguaje del afecto. Se cuelga de su antigüedad, su eminencia, sus poderes, su catolicidad, ante los ojos de las almas inquietas que la buscan. Promete seguridad al alma a través de la eficacia de su sacerdocio. La prensa pública lleva sus anuncios en los que se prodiga una riqueza considerable.

Su principal funcionario proclama no sólo su santidad por medio de su título, sino también el antiguo y moderno amor de su iglesia por el reino de la Isla. Anhela romanizar su trono. El glamur de colorido esplendor, y el reclamo por prevalecer en este mundo y en el mundo por venir, siguen teniendo influencia en las almas no instruidas en la Palabra y sin el conocimiento del pasado. Que la respuesta a "la mentira" salga en primer lugar de la Escritura y en términos escriturales (no puede haber ningún sustituto para eso), pero que el testimonio de la historia también se escuche. El pasado tiene una voz. La historia es la voz de los siglos hablando en contra de la voz engañosa del presente. Los acontecimientos del siglo XVI tienen lecciones para nosotros hoy en día. La Historia de la Reforma es mucho más que una representación quejumbrosa de "cosas viejas infelices y batallas de hace mucho tiempo", que no tienen relevancia para la vida moderna. Las voces que nos llaman a través de cuatro siglos, que nos advierten contra las "fábulas blasfemas y engaños peligrosos", y que nos remiten al testimonio de las Escrituras, son las voces de los santos hombres de Dios. Oigamos su testimonio valiente y

fiel, ya que ha sido declarado sabiamente que "un pueblo que no conoce su historia está destinado a repetirla."

The Banner of Truth Trust confía en que la presente reimpresión alcance a un vasto público. Con la ayuda de Dios, ayudará a detener la creciente ola del romanismo, y ayudará al creyente a evitar el falso protestantismo "superficial y miserable". Es de esperar que sea una importante contribución a las necesidades religiosas de la época actual, y que contribuya a la consolidación de los fundamentos de una maravillosa herencia de la verdad dada por Dios.

Rhyl, Gales del Norte. 15 de noviembre de 1961.

S. M. HOUGHTON.

LIBRO PRIMERO

Inglaterra antes de la Reforma

CAPITULO UNO

Cristo, más Poderoso que los Altares de los Druidas y que las Espadas Romanas

(Del segundo al sexto siglo)

Aquellos poderes celestiales que habían permanecido latentes en la iglesia desde los albores del cristianismo, despertaron de ese letargo en el siglo XVI, y este despertamiento puso en existencia a los tiempos modernos. La iglesia fue creada de nuevo, y de esa regeneración fluyó un gran desenvolvimiento en la literatura, la ciencia, la moral, a la libertad y la industria. Ninguna de estas cosas habría existido sin la Reforma. Siempre que la sociedad entra en una nueva era se requiere el bautismo de fe. En el siglo XVI, Dios le dio al hombre esta consagración de lo alto llevándolo de nuevo de la mera profesión externa y del mecanismo de las obras a una fe viva interna.

Esta transformación no se realizó sin luchas; luchas que presentaron al principio una unidad notable. En el día de la batalla uno y el mismo sentimiento animaron cada pecho; después de la victoria ya estaban divididos. De hecho, la unidad de la fe se mantuvo, pero las diferentes nacionalidades transformaron a la iglesia en una diversidad de formas. En este tema, estamos a punto de testificar de un ejemplo notable. La Reforma, que había iniciado su marcha triunfal en Alemania, Suiza, Francia, y varias otras partes del continente, estaba destinada a recibir nueva fuerza por la conversión de un país célebre conocido como la Isla de los Santos. Esta isla estaba lista para añadir su bandera al trofeo del protestantismo, pero esa bandera conservó sus colores distintivos. Cuando Inglaterra se convirtió a la reforma, un fuerte individualismo unió sus fuerzas a la gran unidad.

Si buscamos las características de la reforma británica, nos encontraremos con que, más allá de cualquiera otra, fue una reforma social, nacional y realmente humana. No hay ningún pueblo en el cual la Reforma se haya producido en el mismo grado de esa moralidad y orden, esa libertad, espíritu público y actividad, que son la esencia misma de la grandeza de una nación. Del mismo modo que el papado ha degradado la península española, el evangelio ha exaltado las islas británicas. De ahí que el estudio sobre el cual estamos entrando posee un interés peculiar.

Con el fin de que este estudio pueda ser útil, debe tener un carácter de universalidad. Al confinar la historia de un pueblo en el lapso de unos pocos años, o incluso de un siglo, se le privaría a esa historia tanto de la verdad como de la vida. De hecho, puede ser que tengamos tradiciones, crónicas y leyendas, pero no habría historia. La historia es una organización maravillosa, ninguna parte de la cual puede ser menospreciada. Para entender el presente, hay que conocer el pasado. La sociedad, como el hombre mismo, tiene infancia, juventud, madurez y vejez. La sociedad antigua o pagana, que había pasado su infancia en el este, en medio de las

razas no helénicas, tuvo su juventud en la época floreciente de los griegos, su humanidad en el período riguroso de la grandeza romana, y su vejez bajo la decadencia del imperio. La sociedad moderna ha pasado por etapas análogas, en el momento de la Reforma alcanza su plena madurez.

Procederemos ahora a trazar los destinos de la iglesia en Inglaterra desde los primeros tiempos del cristianismo. Estas preparaciones largas y distantes son una de las características distintivas de su reforma. Antes del siglo XVI, esta iglesia había pasado por dos grandes fases. La primera fue la de su formación, cuando Gran Bretaña entró en la órbita de la predicación del Evangelio en todo el mundo, que se inició en Jerusalén en los días de los apóstoles. La segunda fase es la historia de la corrupción de la iglesia y la decadencia a través de su conexión con Roma y el papado. Después vino la fase de la regeneración de la iglesia conocida en la historia como la Reforma.

En el segundo siglo de la era cristiana los barcos con frecuencia navegaban hacia las costas vírgenes de Bretaña desde los puertos de Asia Menor, Grecia, Alejandría, o las colonias griegas en la Galia. Los mercaderes se ocupaban calculando los beneficios que podrían traer los productos de Oriente con la que traían en sus barcos. Probablemente de vez en cuando se hallaban algunos cuantos hombres piadosos de la provincia romana de Asia que conversaban tranquilamente unos con otros sobre el nacimiento, la vida, la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, y se regocijaban ante la perspectiva de la salvación de los paganos por estas buenas nuevas. Al parecer, algunos prisioneros británicos de guerra, después de haber aprendido a conocer a Cristo durante su cautiverio, llevaban también a sus compatriotas el conocimiento de este Salvador. También, puede ser que algunos soldados cristianos, los Corneliuses, del ejército imperial, cuyos puestos de avanzada llegaban hasta las zonas del sur de Escocia, deseosos de más conquistas duraderas, pueden haber leído a las personas a las que habían sometido los escritos de Mateo, Juan, y Pablo. Es de poca importancia saber si uno de esos primeros conversos fue, según la tradición, un príncipe llamado Lucius. Es probable que la noticia de que el Hijo del hombre, crucificado y resucitado, durante el reinado del emperador Tiberio, más tarde se extendió a través de estas islas con mayor rapidez que el dominio de los emperadores, y que antes de que finalizara el segundo siglo, Cristo ya era adorado por no pocos personas más allá de la muralla de Adriano. Fue alrededor del año 200 que, como escribe Tertuliano: "Algunas partes de Gran Bretaña eran inaccesibles a los romanos pero se habían rendido a Cristo." Incluso allí, en esas montañas, bosques e islas occidentales, que durante los últimos siglos los druidas habían llenado con sus misterios y sus sacrificios y sobre los cuales las águilas romanas nunca se abalanzaron, el nombre de Cristo era conocido y honrado.

Hacia el final del siglo III tuvo lugar la salvaje persecución del emperador Diocleciano, que puede haber causado que algunos cristianos británicos huyeran hacia las remotas e inaccesibles tierras del norte, donde, sin duda, fortalecieron la obra de los pocos discípulos que ya se encontraban allí. Los nombres de tres de los mártires de Diocleciano han sobrevivido: Albano de Verulam (San Albano), que fue ejecutado con toda probabilidad en la colina donde ahora se ubica la abadía de la iglesia del mismo nombre; Aarón, un cristiano no muy conocido; y Julio de Caerleón. Estamos muy escasos de datos sobre las vidas de estos honrosos discípulos del

Señor. En 305 Constancio Cloro sucedió a Diocleciano en el trono de los Césares, y pronto puso fin a la persecución. En el siglo IV, los representantes de la iglesia de Gran Bretaña asistieron a los concilios en el continente, y es más que probable que los cristianos británicos aceptaron como verdad el credo de Atanasio con el que se combatió las herejías de la época. Está claro que la fe cristiana estaba firmemente cimentada en la Bretaña romana antes de la salida de las legiones a principios del siglo V, pero la información acerca de las comunidades cristianas más allá de las fronteras romanas es escasa en extremo.

Después de las extraordinarias manifestaciones del Espíritu Santo, que se había producido y distinguido en la era apostólica, la iglesia había dejado el poder interno de la Palabra y del Consolador. Pero los cristianos generalmente no comprendieron la vida espiritual a la que fueron llamados. Dios se había complacido en darles una religión divina, y esta poco a poco fue asimilada cada vez más a las religiones de origen humano. En vez de decir: en el espíritu del Evangelio, la Palabra de Dios en primer lugar, y a través de ella la doctrina y la vida, y a través de la doctrina y de la vida, las formas; ellos decían: las formas primero y la salvación por estas formas. Ellos comenzaron a atribuir a los obispos un poder que sólo pertenece a la Sagrada Escritura. En vez de ministros de la Palabra, ellos querían tener sacerdotes; en vez de un sacrificio interior, un sacrificio ofrecido en el altar, y templos costosos en lugar de una iglesia viva. Comenzaron a buscar en los hombres, en las ceremonias y en los lugares sagrados, lo que podían encontrar solamente en la Palabra y en la fe viva de los hijos de Dios. De esta manera la religión evangélica gradualmente dio lugar al catolicismo, y por la degeneración gradual con el correr de los años catolicismo dio a luz al papismo.

Esta lamentable transformación tuvo lugar en particular en el Oriente, en África y en Italia. Al principio, Gran Bretaña estuvo relativamente exenta. Al mismo tiempo que los salvajes pictos y escoceses salían presurosos de sus hogares paganos, devastando al país y sembrando el terror por todas partes, mientras que la población era reducida a la esclavitud, descubrimos aquí y allá algunas humildes cristianas recibiendo salvación, no por un sacramentalismo clerical, sino por la obra del Espíritu Santo en los corazones. A finales del siglo IV, nos encontramos con un ilustre ejemplo de este tipo de conversiones. En este período, en la aldea cristiana de Bannavern,⁴ un pequeño niño de corazón tierno, alegre temperamento y de actividad infatigable, pasó los primeros días de su vida. Nació por el año 385 DC, de una familia británica, y fue llamado Succat. Su padre era Calpurnio, diácono de la iglesia de Bannavern, un hombre piadoso de corazón sencillo. Sin duda que sus padres trataron de inculcar en su corazón las doctrinas del cristianismo, pero Succat no les entendía. Le gustaba el placer, y disfrutaba enser el líder de sus jóvenes compañeros.

⁴ [La localidad de Bannavern ha sido muy debatida. La afirmación de que se trataba de Kilpatrick en el Clyde es ahora sostenida por pocos. Algunos favorecen las orillas del Canal de Bristol. La última conjetura, la del celticista Paul Grosjean, es Ravenglass, en Cumberland. La profesora Margaret Deanesly, en su *Pre-Conquest Church in England*, 1961, p. 37 sostiene que nació en la provincia de Bernicia, más probablemente al sur de la Muralla que en la tierra de los Pictos del Sur].

Entonces le vino una terrible calamidad. Un día, mientras estaba jugando cerca de la orilla del mar con dos de sus hermanas, unos piratas irlandeses comandados por O'Neal los llevaron a sus barcos, y los vendieron en Irlanda al cacique de un pequeño clan pagano. Succat fue enviado al campo a apacentar cerdos. Fue en estos pastos solitarios, sin sacerdote y sin templo, que al joven esclavo le vino a la memoria las lecciones divinas que sus padres piadosos le habían leído tantas veces. Las faltas que había cometido le atormentaban fuertemente día y noche en su alma. Gimió en su corazón y lloró. Se volvió arrepentido hacia el humilde Salvador de quien sus padres le habían hablado tan a menudo, e imaginándose que sentía los brazos de un padre que levantaba al hijo pródigo, cayó de rodillas en aquella tierra pagana. Fue así que Succat nació de nuevo solamente por un agente espiritual e invisible del cual "nadie sabe de dónde viene ni a dónde va". El evangelio fue escrito por el dedo de Dios en las tablas de su corazón." Más tarde él diría: "Yo tenía dieciséis años y no conocía al verdadero Dios, pero en esa extraña tierra fue que el Señor me abrió los ojos incrédulos, y, aunque tarde, reconocí que era pecador y me convertí con todo mi corazón al mi Dios y mi Señor, quien, a pesar de mi bajeza, se apiadó de mi juventud y de mi ignorancia, y me consoló como un padre consuela a sus hijos."

Palabras como éstas salidas de los labios de un criador de cerdos en los verdes pastos de Irlanda establecen claramente ante nosotros que muchas almas se convirtieron al cristianismo en las islas británicas durante los siglos cuarto y quinto. Años después, Roma estableció el dominio del sacerdocio y la salvación a través de formas, independientemente de las disposiciones del corazón; pero la religión primitiva de estas islas célebres fue ese cristianismo vivo cuya sustancia es la gracia de Jesucristo, y cuyo poder es la gracia del Espíritu Santo. El pastor de Bannavern fue entonces sometido a las experiencias que muchos cristianos evangélicos en Gran Bretaña fueron sometidos posteriormente. Como él mismo dijo: "El amor de Dios se incrementó más y más en mí con fe y temor a su nombre. El Espíritu me constriñó a tal grado que hacía unas cien oraciones en un día. Incluso durante la noche, en los bosques y en las montañas donde cuidaba mi manada, la lluvia, la nieve, el hielo y los sufrimientos que pasaba me animaban a buscar a Dios. En ese momento no sentí la indiferencia que ahora siento: el Espíritu fermentado en mi corazón". La fe evangélica ya entonces existía en las islas británicas en la persona de este esclavo, y de unos pocos cristianos nacidos de nuevo, como él.

Dos veces cautivo y dos veces rescatado, Succat, después de regresar a su familia, sintió una irresistible inquietud en su corazón. Sentía que era su deber de llevar el evangelio a los paganos irlandeses entre los que había encontrado a Jesucristo. Sus padres y sus amigos trataron en vano de disuadirlo, pero el mismo deseo ardiente lo perseguía en sus sueños. Durante las vigiliassilenciosas de la noche le parecía oír voces que lo llamaba desde los oscuros bosques de Erín: "Ven, niño santo, y camina una vez más entre nosotros." Se despertaba llorando y su pecho se llenaba de una viva emoción. Hasta que logró zafarse de los brazos de sus padres, y salió corriendo, no como lo hacía antes con sus compañeros de juego cuando iban a subir a la cima de alguna colina, sino con el corazón lleno del amor de Cristo. "No lo hice con mis propias fuerzas, fue Dios quien se sobrepuso a todos", dijo.

Succat, posteriormente conocido como San Patricio, y a cuyo nombre se le han atribuido muchas supersticiones, como a San Pedro y otros siervos de Dios, regresó a Irlanda, pero sin visitar Roma, como lo ha afirmado un historiador del siglo XII. Siempre activo, rápido e ingenioso, reunió en el campo a las tribus paganas mediante el toque de un tambor y enseguida les narró en su propia lengua la historia del Hijo de Dios. En poco tiempo sus predicaciones sencillas ejercieron un poder divino en aquellos duros corazones, y muchas almas se convirtieron, no por los sacramentos externos o por el culto a las imágenes, sino por la predicación de la Palabra de Dios. El hijo de un cacique, a quien Patricio llamó “Benigno”, aprendió de él a anunciar el Evangelio, y estaba destinado a ser su sucesor. El bardo de la corte, Dubrach Mar Valubair, ya no cantaba himnos druidas, sino cánticos dirigidos a Jesucristo. Patricio no estaba completamente libre de los errores de la época, tal vez él creía en los milagros piadosos, pero en términos generales, no vemos más que el evangelio en los primeros días de la iglesia británica.

Poco antes de la evangelización de Patricio en Irlanda, un británico llamado Pelagio, después de haber visitado Italia, África y Palestina, comenzó a enseñar una doctrina extraña. Deseoso de combatir la indiferencia moral en la que la mayoría de los cristianos en esos países habían caído y que parece haber estado en fuerte contraste con la austeridad británica, negaba la doctrina del pecado original, exaltaba la doctrina del libre albedrío, y sostenía que, si el hombre echa mano de todos los poderes de su naturaleza puede alcanzar la perfección. No vemos que él haya enseñado esas doctrinas en su propio país, pero desde el continente donde las difundió, pronto alcanzaron a la Gran Bretaña. Las iglesias británicas se negaron a recibir esta “perversa y blasfema doctrina contra la gracia de Jesucristo”, dice el historiador Beda. Parece que ellos no sostenían la doctrina estricta de San Agustín. Creían, en efecto, en la necesidad de un cambio interno que sólo el poder divino puede efectuar, y aparentemente, aceptaban que debía de haber algo de nuestra fuerza natural en la obra de la conversión, pero Pelagio, al parecer con buena intención, fue todavía más lejos. Como quiera que sea, estas iglesias, extrañas a la controversia, estaban familiarizadas con todas sus sutilezas. Dos obispos galos, Germán de Auxerre y Lupus de Troyes, vinieron en su ayuda, y parecen haber silenciado a los herejes en San Albano.

Poco después de esto, eventos de gran importancia tuvieron lugar en Gran Bretaña, y la luz de la fe desapareció en medio de una profunda oscuridad. En 449, Hengist y Horsa, con sus seguidores sajones, siendo invitados por los desdichados habitantes para que les ayudaran contra los estragos crueles de los pictos y los escoceses, pronto volvieron sus espadas contra el pueblo al que habían venido a ayudar. El cristianismo fue obligado a volverse con los británicos a las montañas de Gales y a los páramos salvajes de Cumberland y Cornwall. Muchas familias británicas quedaron en medio de los conquistadores, pero sin ejercer ninguna influencia religiosa entre ellos. Conforme los conquistadores se fueron estableciendo en París, Ravena o Toledo, abandonando gradualmente su paganismo y costumbres salvajes, las costumbres bárbaras de los sajones prevalecieron sin modificación a través de los reinos de la Heptarquía, y una cuarta parte de los templos dedicados a Thor resurgieron por encima de las iglesias en las que Jesucristo había sido adorado. Galia y el sur de Europa, que todavía mostraban a los ojos de los bárbaros

los últimos vestigios de la grandeza romana, solo tenían el poder de inspirar un cierto grado de respeto, y de la transformación de su fe a los formidables invasores. A partir de este período, los griegos y los latinos, e incluso los godos convertidos, miraban a esta isla con pavor indescriptible. Decían que su suelo estaba cubierto de serpientes; que el aire era denso por las exhalaciones mortíferas; que las almas de los difuntos eran transportadas hasta allí a media noche desde las costas de la Galia. Los Balseros, hijos de Erebo (dios de las sombras) y Nix (diosa de la noche), admitían estas sombras invisibles en sus barcos y escuchan estremecidos sus misteriosos suspiros. Inglaterra, donde un día llegó la luz para ser esparcida por sobre la faz de la tierra habitable, ahora era una horrible morada de muerte. Y sin embargo, el cristianismo de las islas británicas no iba a ser aniquilado por estas invasiones bárbaras, sino que poseía una fuerza que la hacía capaz de resistir enérgicamente.

En una de las iglesias formadas por la predicación de Succat, surgió alrededor de dos siglos después de él, un hombre piadoso llamado Columba, hijo de Feidlimyd, y éste a su vez hijo de Fergus. Valorando más la cruz de Cristo que la sangre real que corría por sus venas, resolvió dedicar su vida al Rey del cielo. "Iré y predicaré la Palabra de Dios en Escocia," dijo un día. Porque la Palabra de Dios y no una jerarquía eclesiástica era entonces el medio de las conversiones. El nieto de Fergus compartió el celo que lo animaba con varios compañeros cristianos. Ellos se dispusieron a trabajar a la orilla del mar, y cortando ramas flexibles de mimbre, construyeron una frágil embarcación, que cubrieron con pieles de animales. En este rústico bote se embarcaron por el año 563; y después de naufragar en medio del océano, el pequeño grupo misionero llegó a las aguas de las islas Hébridas. Columba desembarcó cerca de las escolleras de Mull, al sur de las cavernas basálticas de Staffa, y fijó su residencia en una pequeña isla conocida luego como Iona o Icolmkill, "la celda de la isla de Columba." Algunos cristianos de la sociedad de los culdees, expulsados por las disensiones entre los pictos y los escoceses, ya habían encontrado un refugio en ese mismo recóndito lugar. Ahí, los misioneros erigieron una capilla, cuyos muros, se dice, todavía existían entre las ruinas majestuosas de una época posterior.

Algunos autores han puesto a Columba en un primer plano después de los apóstoles. Es cierto que no encontramos en él la fe de un Pablo o de un Juan, pero él vivió su vida ante los ojos de Dios, mortificó la carne y durmió en el suelo con una piedra por almohada. En medio de este escenario solemne, y entre rudas costumbres, la forma del misionero, iluminada por una luz del cielo, brilló con el amor y manifestó la alegría y serenidad de su corazón. Aunque sujeto a las mismas pasiones que nosotros, él luchó contra su debilidad, y aprovechaba cada momento para la gloria que de Dios. Él oró y leyó, escribió y enseñó; predicó y aprovechó bien el tiempo. Con incansable actividad fue de casa en casa, y de un reino a otro. Brude, rey de los pictos, se convirtió, como también lo hicieron muchos de su pueblo; manuscritos preciosos fueron llevados a Iona; se fundó allí una escuela de teología en donde se estudiaba la Palabra, y fueron muchos los que recibieron la salvación por fe que es en Cristo Jesús. En poco tiempo el espíritu misionero sopló sobre esta roca del océano, justamente llamada "la luz del mundo occidental."

El sacerdotalismo judaico que comenzaba a extenderse en la iglesia cristiana no encontró apoyo en Iona. Tenían formas, pero no les dirigían a buscar la vida. Fue el Espíritu Santo, que hizo de Columba un siervo de Dios. Cuando los jóvenes de Caledonia se reunía alrededor de los ancianos en las costas salvajes o en sus humildes capillas, estos ministros del Señor les decían: "Las Sagradas Escrituras son la única regla de fe. Hagan a un lado el mérito de las obras, y busquen la salvación por la gracia de Dios solamente. Guardaos de una religión que consiste en observancias exteriores. es mejor para guardar puros su corazones delante de que abstenerse de alimentos. Una sola es la cabeza de la iglesia: Jesucristo. Los obispos y los presbíteros son iguales; deben ser maridos de una sola mujer, y tenga a sus hijos en la sujeción".

Los sabios de Iona no sabían nada de la transubstanciación, o de la abstención de la copa en la Cena del Señor, o de la confesión auricular, o de las oraciones a los muertos, o de cirios, o incienso; y celebra la Pascua en una fecha diferente a la de Roma. Las asambleas sinodales regían los asuntos de la iglesia, y la supremacía papal era desconocida. El sol del Evangelio brilló sobre aquellas costas salvajes y lejanas. Annos más tarde Gran Bretaña tuvo el privilegio de recuperar con un brillo más puro el mismo sol y el mismo evangelio.

Iona, gobernada por un simple anciano, se había convertido en un colegio misionero. Se ha llamado a veces un monasterio, pero la morada del nieto de Fergus, no se parecía a los edificios papistas. Cuando sus jóvenes aprendices quisieron difundir el conocimiento de Jesucristo, no pensaron en buscar de la ordenación episcopal a otra parte. De rodillas en la capilla de Icolmkill, fueron consagrados por la imposición de las manos de los ancianos, y, aunque éstos se llamaban obispos, seguían siendo obedientes al anciano o presbítero de Iona. Incluso ellos mismos consagraron a otros obispos, como Finan que impuso las manos sobre Diuma, obispo de Middlesex. Estos cristianos británicos daban gran importancia al ministerio, pero no a una forma con preferencia sobre otra. El presbiterio y el episcopado iban juntos casi de manera idéntica como en la iglesia primitiva.⁵ El elemento religioso y moral propios del cristianismo todavía predominaba; el elemento sacerdotal, que caracteriza a las religiones humanas, ya sea entre los brahmanes o en otra parte, empezaba a mostrarse, pero en Gran Bretaña, al menos, se mantuvo estacionario. El cristianismo era todavía una religión y no una casta. No se requería del siervo de Dios, como una garantía de su capacidad, una larga lista de nombres que se suceden como las cuentas de un rosario; ellos se conformaban con las ideas serias, nobles y santas del ministerio; su autoridad procedía íntegramente de Jesucristo, la cabeza.

El fuego misionero, que Columba había encendido en una isla solitaria, pronto se extendió a través de Gran Bretaña. No en Iona solamente, sino también en Bangor (condado de

⁵ Un poco más tarde nos encontramos con que ni el venerable Beda, ni Lanfranc, ni Anselmo (los dos últimos fueron arzobispos de Canterbury) pusieron alguna objeción a la ordenación de los obispos británicos por parte de los presbíteros laicos. El obispo Munter hace esta observación en su disertación sobre la *Antigua Iglesia Británica*, acerca de la identidad primitiva de los obispos y sacerdotes, y la consagración episcopal. *Stud. und Krit.* an. 1833.

Down) y otros lugares el espíritu de la evangelización estalló. Una afición por viajar se convirtió en una segunda naturaleza de ese pueblo. Los hombres de Dios, ardiendo en celo, resolvieron llevar la antorcha evangélica al continente, al vasto desierto predicando la Palabra por todas partes entre las tribus bárbaras y paganas. Ellos no se establecieron como antagonistas de Roma, porque en aquella época no había lugar para semejante antagonismo. pero Iona y Bangor, menos ilustres que Roma en la historia de las naciones, poseían una fe más viva que la ciudad de los Césares, y esa fe, signo infalible de la presencia de Jesucristo, inspiró a aquellos el derecho de evangelizar el mundo, que Roma no podía contradecir .

En consecuencia, los obispos misioneros de Gran Bretaña atravesaron los Países Bajos, la Galia, Suiza, Alemania, e incluso Italia, y se establecieron ahí. La iglesia libre de los escoceses y británicos hizo más por la conversión de Europa central que la iglesia media esclavizada de los romanos. Estos misioneros no eran altivos e insolentes como los sacerdotes de Italia, sino que se apoyaron en la obra de sus manos. Columbano (a quien no hay que confundir con Columba) "sintiendo en su corazón el ardor del fuego que el Señor había encendido en la tierra," salió de Bangor por el año 590 con otros doce misioneros, y llevó el evangelio a los borgoñones, francos y suizos. Continuó predicarlo en medio de frecuentes persecuciones, dejó a su discípulo Galo en Helvetia, y se retiró a Bobbio, donde murió, honrando la Roma cristiana, pero colocando a la iglesia de Jerusalén por encima de ella, exhortando a tener cuidado con la corrupción, y declarando que el poder permanecería con ella tanto tiempo como conservara la verdadera doctrina (*recta ratio*). Así fue fiel Bretaña en la plantación de del estandarte de Cristo en el corazón de Europa. Casi podríamos imaginar a este pueblo desconocido como un nuevo Israel, y a Icolmkill y Bangor como los herederos de las virtudes de Sión.

Sin embargo, ellos deberían haber hecho algo más: debería haber predicado, no sólo a los paganos del continente, a aquellos del norte de Escocia y la lejana Irlanda, sino también a los sajones todavía paganos de Inglaterra. Es cierto que se hicieron varios intentos, pero mientras que los británicos consideraban a sus conquistadores como los enemigos de Dios y del hombre, y se estremecían al pronunciar sus nombres, los sajones se negaron a ser convertido por la voz de sus esclavos. Como consecuencia, los británicos dejaron el espacio a otros obreros, y así fue que Inglaterra cedió a una potencia extranjera, bajo cuyo pesado yugo se ha quejado en vano.

CAPÍTULO DOS

Iona Contra Roma

(Siglos Sexto y Séptimo)

Es un hecho que la vida espiritual se había desvanecido en el catolicismo italiano, y en la proporción en que el espíritu celestial se debilitaba, la concupiscencia se había fortalecido. Los romanos metropolitanos y sus delegados pronto se impacientaron moldeando toda la cristiandad a sus formas peculiares.

A finales del siglo VI un eminente hombre llenó la sede de Roma. Gregorio provenía de una familia senatorial, y estando en la cumbre de su honor, repentinamente renunció al mundo y transformó el palacio de sus padres en un monasterio. Pero su ambición sólo había cambiado de objetivo. En su opinión, toda la iglesia debía someterse a la jurisdicción eclesiástica de Roma. Es cierto, rechazó el título de *obispo universal* asumido por el patriarca de Constantinopla, pero aunque él no deseaba ese nombre, no estaba menos entusiasmado con el puesto. En las fronteras de Occidente, en la isla de Gran Bretaña, había una iglesia cristiana independiente de Roma la cual debía ser conquistada, y pronto se presentó una buena oportunidad.

Antes de su elevación a la primacía papal, y mientras era sólo el monje Gregorio, un día pasó por casualidad por un mercado de Roma, donde algunos comerciantes extranjeros estaban exponiendo sus productos a la venta. Entre ellos, observó a algunos esclavos jóvenes rubios, cuyos nobles portes llamaron su atención. Por la descripción que había de ellos, se enteró de que la nación anglosajona a la que pertenecían se había negado a recibir el evangelio de los británicos. Cuando más tarde se convirtió en obispo de Roma, este enérgico y astuto pontífice, "el último de los buenos y el primero de los malos", como se le ha llamado, determinó convertir a estos conquistadores orgullosos, y utilizarlos para someter a la iglesia británica al papado, como ya lo había hecho con los monarcas francos para someter a los galos. A menudo Roma ha demostrado más interés en llevar a los cristianos al Papa que convertir a los idólatras. ¿Fue así con Gregorio? Debemos dejar la pregunta sin respuesta.

Ethelberto, rey de Kent, se había casado con una princesa cristiana descendiente de los francos, por lo que el obispo romano aprovechó la coyuntura para lograr su propósito, y en el año 596 envió una misión bajo la dirección de uno de sus amigos de nombre Agustín, prior del monasterio de San Andrés en Roma. Al principio, los misioneros se resistieron a cumplir la tarea que se les había asignado, pero Gregorio se mantuvo firme. Deseoso de obtener la ayuda de Teodorico y Teodeberto, reyes francos, fingió considerarlos como los señores supremos de

Inglaterra, y les encomendó la conversión de sus súbditos. Esto no era todo, quería también el apoyo de la poderosa Brunilda, abuela de estos dos reyes, y conocida por sus traiciones, sus irregularidades, y sus crímenes, y no tuvo escrúpulos en ensalzar las supuestas buenas obras y el fingido temor de Dios de esta Jezabel del siglo VI. Bajo esos auspicios la misión romana llegó a Inglaterra. El Papa había hecho una hábil elección de su delegado. Agustín poseía en mayor medida que el mismo Gregorio una mezcla de ambición y devoción, de superstición y de piedad, de astucia y de celo. Pensaba que la fe y la santidad eran menos esenciales para la iglesia que la autoridad y el poder, y que su prerrogativa no era tanto salvar las almas sino reunir a toda la raza humana bajo el cetro de Roma. El mismo Gregorio estaba preocupado por el orgullo espiritual de Agustín, y con frecuencia lo exhortó a la humildad.

Esa clase de éxito que el papado deseaba pronto se vio coronado por los trabajos de sus siervos. Los cuarenta y un misioneros, habiendo desembarcado en la isla de Thanet, en el verano de 597, fueron recibidos por el rey de Kent, pero al aire libre, por miedo a sus poderes mágicos. Procedieron de tal manera que produjo un efecto sobre los rudos isleños. La procesión fue abierta por un monje que llevaba una gran cruz en la que la figura de Cristo estaba representada; sus colegas siguieron cantando himnos latinos mientras se acercaban a una encina designada como lugar de la conferencia. Ellos inspiraron suficiente confianza en Ethelberto a fin de obtener permiso para celebrar su culto en una antigua capilla en ruinas en Durovernum (Canterbury), donde los cristianos británicos en otros tiempos habían adorado a Cristo el Salvador. No mucho tiempo después, el rey y miles de sus súbditos recibieron, con ciertas formas, y ciertas doctrinas cristianas, los errores de los pontífices romanos, como la del purgatorio, por ejemplo, que Gregorio defendía con la ayuda de las más absurdas fábulas. Agustín informó del bautismo de más de diez mil paganos en un solo día. En ese momento Roma sólo había puesto un pie en Gran Bretaña, pero no pasaría mucho tiempo en que estableciera ahí su pleno reino.

No queremos subestimar el elemento religioso que poseían los anglosajones, y creemos que muchos de los misioneros enviados desde Italia deseaban realizar una obra cristiana. Creemos, también que la Edad Media debe ser apreciada por los sentimientos más equitativos que siempre se han encontrado en las personas que han escrito sobre ese período. La conciencia del hombre vivía, hablaba y se quejaba durante el largo dominio del papado; y, como una planta que crece entre espinos, a menudo logró abrirse paso a través de los obstáculos del tradicionalismo y la jerarquía para florecer ante el sol vivificante de la gracia de Dios. Incluso, el elemento cristiano está muy marcado en algunos de los hombres más eminentes de la teocracia, como en Anselmo, por ejemplo.

Sin embargo, puesto que nuestra tarea es relatar la historia de las luchas que tuvieron lugar entre el cristianismo primitivo y el catolicismo romano, no podemos dejar de señalar la superioridad del primero a la luz de la religión, al tiempo que reconocemos la superioridad del segundo desde un punto de vista político. Creemos (y vamos a presentar una prueba de ello)⁶ que

⁶ En la Historia de Oswaldo, rey de Northumbria.

una visita a Iona habría enseñado a los anglosajones mucho más que sus peregrinajes frecuentes a las orillas del Tíber. Sin duda, como se ha señalado, estos peregrinos contemplaban en Roma "los bellos monumentos de la antigüedad ", pero existía en ese momento en las islas británicas, que a menudo se pasa por alto, un cristianismo que, si no era perfectamente puro, era al menos mejor que el del papado. La iglesia británica, que a principios del siglo VII llevó la fe y la civilización a Borgoña, a la cordillera de los Vosgos y a Suiza, pudo haberla propagado también en Gran Bretaña. La influencia de las artes, cuya influencia en la civilización estamos lejos de menospreciar, llegaría más tarde.

Pero, tan lejos estaba el cristianismo británico de convertir a los reinos sajones, que fue, ¡ay!, el romanismo de esos reinos el que estaba destinado a conquistar a la Gran Bretaña. Esas luchas entre las iglesias romana y británica, que llenan todo el siglo VII, son de la más alta importancia para la iglesia de Inglaterra, porque ayudaron a establecer claramente su libertad primitiva. Poseen también un gran interés para las demás iglesias de Occidente, pues demuestran los actos usurpadores de los personajes sobresalientes por los que el papado finalmente las puso bajo su yugo.

Agustín, por decreto papal, fue nombrado arzobispo de Canterbury, no sólo de los sajones sino también de los británicos libres, aunque probablemente con la intención de trasladar su sede a Londres en la primera oportunidad. Estando a la cabeza de una jerarquía compuesta por doce obispos, pronto trató de reunir a todos los cristianos de Gran Bretaña bajo la jurisdicción romana. En esa época existía en Bangor Iscoed, en el norte de Gales, a unas veinticinco millas al sur de Chester, una sociedad cristiana importante con cerca de tres mil individuos que se habían juntado para trabajar con sus propias manos, para estudiar y orar, y de cuyo seno habían salido de cuando en cuando numerosos misioneros. El presidente de esa iglesia era Dionoth, un maestro fiel, listo para servir con amor a todos los hombres, pero con la firme convicción de que nadie debería tener supremacía en la viña del Señor. Aunque era uno de los hombres más influyentes de la iglesia británica, era, hasta cierto punto, algo tímido y vacilante, él era capaz de hacerse a un lado por amor a la paz, pero nunca renunciaba a su deber. Era otro apóstol Juan, lleno de bondad, pero sin dejar de condenar a los Diótfes, *a quienes les gusta tener la preeminencia entre los hermanos*. Aun así, Agustín le exhortó "reconocer la autoridad del obispo de Roma." Estas son las primeras palabras del papado a los antiguos cristianos de Gran Bretaña. Pero mansamente le replicó el venerable británico: "Nuestro deseo es amar a todos los hombres, y lo que hacemos por usted también lo podemos hacer por ése a quien vosotros llamáis el Papa. Pero él no tiene el derecho de hacerse llamar *el padre de los padres*, y la sumisión que podamos rendirle a él es la misma que debemos rendirle a todos los cristianos".

Aunque esta no era la respuesta que Agustín esperaba, no por eso se desanimó por este primer fracaso. Orgulloso del palio que Roma le había concedido, y apoyándose en las espadas de los anglosajones, convocó, en el año 601, una asamblea general de obispos británicos y sajones. La reunión tuvo lugar al aire libre bajo la sombra de un vetusto roble, cerca de Wigornia (Worcester, o tal vez Hereford) y aquí se produjo la segunda agresión romana. Dionoth resistió con firmeza las pretensiones extravagantes de Agustín, que de nuevo lo llamó a reconocer la

autoridad de Roma. Otro británico protestó contra la presunción de los romanos, los cuales atribuían a su consagración un derecho que rechazaron los de Iona lo mismo que las iglesias orientales. “Los británicos” – exclamó un tercero–, “no podemos someternos ni a la soberbia de los romanos ni a la tiranía de los sajones.” En vano hizo el arzobispo gala de sus argumentos, oraciones, censuras, e incluso milagros. Los británicos se mantuvieron firmes. Algunos que habían comido con los sajones, mientras eran paganos, se negaron a hacerlo ahora que éstos se habían sometido al Papa. Los escoceses eran particularmente inflexibles, pues uno de ellos de nombre Dagam, no sólo se negó a comer en la misma mesa de los romanos, sino que ni siquiera quiso hacerlo bajo el mismo techo. Así fue como Agustín falló por segunda vez, y la independencia de la iglesia británica parecía estar segura.

Con todo y eso, el formidable poder de los papas, ayudados por la espada de los conquistadores, alarmó a los británicos. Se imaginaban que veían un nuevo decreto misterioso que uncía a las naciones de la tierra al carro triunfal de Roma, y muchos dejaron Wigornia con corazones inquietos y tristes. ¿Cómo era posible abogar por una causa cuando hasta sus defensores empezaban a desesperar? No pasó mucho tiempo antes de que fueran convocados a un nuevo consejo. “¿Qué se puede hacer?”, se dijeron con presentimientos tristes. El papado aún no se conocía a fondo, pues apenas se estaba formando. Las conciencias medio iluminadas de estos creyentes eran presa de la agitación más violenta. Ellos se preguntaban si, con el rechazo de este nuevo poder, no estarían rechazando a Dios mismo. Un cristiano devoto, que llevaba una vida solitaria, había adquirido una gran reputación en el distrito circundante. Algunos de los británicos lo visitaron y le preguntaron si debían resistir a Agustín o seguirlo. “Si él es un hombre de Dios, le siguen”– replicó el ermitaño. –“¿Y ¿cómo vamos a saber eso?” –“Si él es manso y humilde de corazón, es que lleva el yugo de Cristo; pero si es violento y orgulloso, no es de Dios.” –“¿Qué señal tendremos de su humildad?” –“Si se levanta de su asiento cuando ustedes entren en la sala.” Así habló el oráculo de Gran Bretaña. Habría sido mejor haber consultado a las Sagradas Escrituras.

Pero la humildad no es una virtud que florece entre los pontífices romanistas y sus legados; ellos prefieren permanecer sentados mientras los demás les rinden tributo y adoración. Los obispos británicos entraron en la sala del consejo, y el arzobispo, deseoso de mostrar su superioridad, orgullosamente permaneció en su asiento. Asombrados por esta señal, los británicos no quisieron oír nada más de la autoridad de Roma. Por tercera vez dijeron: “¡No!” Ellos no reconocían otro Señor sino solamente a Cristo. Agustín, que esperaba ver a estos obispos y a sus iglesias postrados a sus pies, quedó sorprendido e indignado. Él había contado con la inmediata sumisión de Gran Bretaña, y el Papa iba a saber que su misionero lo había engañado. Animado por ese espíritu insolente que se encuentra muy a menudo en los ministros de la iglesia romana, Agustín exclamó: “Si vosotros no recibís a los hermanos que os traen la paz, recibiréis enemigos que os traerán la guerra Si no os unís con nosotros en mostrar a los sajones el camino de la vida, recibiréis de ellos el golpe de la muerte”. Habiendo dicho esto, el arzobispo altivo se retiró y ocupó sus últimos días en la preparación de la realización de su

profecía de mal agüero. Habiendo fallado todo argumento, ¿no quedaba otro recurso más que la espada!

Poco después de la muerte de Agustín, Ethelfrido, uno de los reyes anglosajones, quien seguía siendo todavía un pagano, hizo la guerra contra Salomón, hijo de Cynan, rey de Powys, un país que se localizaba entre la parte superior del río Severn y la desembocadura del río Dee, y avanzó hacia Bangor Iscoed, el centro del cristianismo británico. La magnitud del peligro pareció volver a los británicos a su prístina piedad: no a los hombres, sino al Señor mismo fue a donde volvieron sus pensamientos. Mil doscientos cincuenta siervos del Dios viviente se pusieron a pensar cuáles eran las armas de la guerra cristiana, después de haberse preparado en ayuno, se reunieron en un lugar apartado a elevar sus oraciones a Dios. Un jefe británico llamado Brocmail, movido de una tierna compasión, se acercó a ellos con unos pocos soldados, pero el cruel Ethelfrido, observando a la distancia a esta banda de cristianos arrodillados, preguntó: "¿Quiénes son estas personas y qué hacen?" Al haber sido informado, añadió: "Entonces están luchando contra nosotros, aunque no tengan armas", y de inmediato ordenó a sus soldados caer sobre la multitud postrada. Casi todos ellos fueron masacrados. Ellos oraron y murieron. Los sajones inmediatamente prosiguieron hacia Bangor, el principal centro de enseñanza cristiana, y la arrasaron hasta sus cimientos. El romanismo había triunfado en Inglaterra. La noticia de estas masacres llenó el país de llanto y gran lamentación. Pero los sacerdotes de la consagración romana (y el venerable Beda, que narra la masacre, compartió sus sentimientos) vieron en esta cruel masacre el cumplimiento de la profecía de "el santo pontífice Agustín,"⁷ y una tradición nacional entre el pueblo galés por muchas generaciones lo ha señalado como el instigador de esta carnicería cobarde.

Pero mientras que la espada sajona parecía haber barrido con todo desde antes de del papado, el suelo temblaba bajo sus pies, y parecía a punto de tragarse todo. Las conversiones, que eran más bien jerárquicas que cristianas, realizadas por los sacerdotes de Roma eran tan irreales que un gran número de los nuevos convertidos de repente se volvió a la adoración de los ídolos. El rey de Kent, Eadbaldo, fue uno de ellos. Estas reversiones al paganismo eran frecuentes en la historia de las misiones romanistas. Los obispos huyeron a la Galia: Melito de Londres y Justo de Rochester ya habían llegado a salvo al continente, mientras que Lorenzo, el sucesor de Agustín, estaba a punto de seguirlos. Mientras estaba acostado en la iglesia donde había deseado pasar la noche antes de salir de Inglaterra, se estremeció en espíritu al ver la obra fundada por Agustín perecer en sus manos. Él la salvó, dice Beda, por un milagro. A la mañana siguiente se presentó ante el rey con la ropa toda desordenada y su cuerpo cubierto de heridas. "San Pedro se me apareció durante la noche y me azotó severamente porque estaba a punto de renunciar a su rebaño", le dijo. La *flagelación* era un medio de persuasión moral que Pedro había olvidado en sus epístolas. ¿Hizo Lorenzo que otros le causaran estos golpes, o qué él mismo se flagelara, o fue el resultado de todo un ambicioso sueño? Debemos preferir la adopción de la

⁷ *Historia Eclesiástica de Inglaterra de Beda*, Libro II, cap. 2.

última hipótesis. El príncipe supersticioso, emocionado por la noticia de esta intervención sobrenatural, ansiosamente reconoció la autoridad del Papa, como el Vicario de un apóstol que tan despiadadamente azota a aquellos que tienen la desgracia de serle ingratos. Si para entonces el dominio de Roma había desaparecido de Inglaterra, es probable que los británicos, recobrando su valor, y favorecidos en otros aspectos por las necesidades que han de haber sido suplidas por los sajones, se hubieran recuperado de su derrota, y habría podido compartir su cristianismo libre a sus conquistadores. Ahora, sin embargo, el obispo de Roma parecía seguir siendo amo de Inglaterra, y la fe de los británicos estaba a punto de ser aplastada para siempre. Pero no fue así. Un joven, surgido de la energética raza de los vencedores anglosajones, estaba a punto de convertirse en el campeón de la verdad y la libertad, y ser la causa de que casi toda la isla quedara libre del yugo romano.

Oswaldo, rey de Northumbria, hijo del pagano y cruel Ethelfrido, se había visto obligado por razones familiares a refugiarse en Escocia, cuando era muy joven, acompañado por su hermano Oswiu y varios otros jefes amigos de su juventud. Adquirió el idioma del país, fue instruido en las verdades de las Sagradas Escrituras, convertido por la gracia de Dios, y bautizado en la iglesia escocesa. Le encantaba sentarse a los pies de los ancianos de Iona y escuchar sus palabras. Cuando le contaron que Jesucristo había ido de lugar en lugar haciendo el bien, él deseó hacer lo mismo. También le enseñaron que Cristo era la única cabeza de la iglesia, y él prometió no admitir jamás a ninguna otra. Siendo un hombre generoso y sencillo, era inclinado a tener compasión de los pobres, y se quitaba su manto para cubrir la desnudez de alguno de sus hermanos. A menudo, mientras participaba de las asambleas tranquilas de los cristianos de Escocia, deseaba irse de misionero a los anglosajones. No pasó mucho tiempo antes de que concibiera el osado plan de llevar a los pies del Salvador al pueblo de Northumbria; pero, por ser cristiano y a la vez un príncipe, decidió empezar por reconquistar el trono de sus padres. Había en este joven inglés el amor de un discípulo y el valor de un héroe. A la cabeza de un ejército relativamente pequeño, pero fuerte por la fe en Cristo, entró en Northumbria, se arrodilló con sus tropas en oración en el campo de batalla, y obtuvo una sonada victoria sobre Cadwallon, rey de Gwynedd. Era el año 633 D.C.

Recuperar el reino de sus antepasados era sólo una parte de su tarea. Oswaldo quiso dar a su pueblo los beneficios de la verdadera fe. El cristianismo predicado en 625 al rey Edwin de Northumbria por los predicadores de York había desaparecido en medio de los estragos de los ejércitos paganos. Oswaldo solicitó de los escoceses uno de los misioneros a quienes les habían dado asilo, y ellos acordaron enviarle a uno de los hermanos de nombre Corman, un hombre piadoso, pero austero y poco culto. Pronto regresó abatido a Iona: "Las personas a las que me enviaron" –dijo a los ancianos de la isla–, "son tan obstinados que debemos renunciar a toda idea de cambiar sus costumbres." Cuando uno de ellos, de nombre Aidan, escuchó este informe, se dijo a sí mismo: "Si tu amor se hubiera predicado a este pueblo, oh, mi Salvador, muchos corazones habrían sido tocados... Yo voy a ir y voy a hacer que te conozcan a Ti, cuya caña cascada nunca ha sido quebrada." Luego, volviéndose hacia el misionero con una mirada de tenue reproche, añadió: "Hermano, usted ha sido demasiado severo con oyentes de corazones

duros. Usted debió haberles dado leche espiritual hasta que fueran capaces de recibir alimentos más sólidos." Todos los ojos estaban fijos en el hombre que hablaba con tanta sabiduría. "¡Aidan es digno del episcopado!", exclamaron los hermanos de Iona, y, al igual que Timoteo, fue consagrado por la imposición de las manos del consejo de ancianos.

Oswaldo recibió a Aidan como un ángel del cielo, y como el misionero ignoraba la lengua sajona, el rey lo acompañó a todas partes, de pie a su lado, y le interpretaba sus sermones. Las gentes se reunieron con alegría en torno a Oswaldo, Aidan, y otros misioneros de Escocia e Irlanda, escuchando ansiosamente a la Palabra de Dios. El rey predicaba por sus obras más que con sus palabras. Un día, durante la Pascua, cuando estaba a punto de tomar su asiento en la mesa, se le informó que una multitud de sus súbditos, impulsados por el hambre, se habían congregado frente a las puertas de su palacio. Al instante ordenó que la comida preparada para él se llevara afuera y se distribuyera entre ellos, y tomando los vasos de plata que estaban delante de él, los rompió en pedazos y ordenó a sus siervos que los dividieran entre los pobres. Él también introdujo el conocimiento del Salvador a la gente de Wessex, ya que como jefe supremo de todos los reinos ingleses al sur del Humber, se había casado con la hija del rey. Después de un reinado de nueve años, murió en el frente de su ejército, mientras repelía una invasión de los idólatras de Mercia, encabezados por el cruel Penda (5 de agosto de 642 dC). Al estar cayendo moribundo, exclamó: "Señor, ten misericordia de las almas de mi pueblo." El nombre de este joven príncipe es recordado con mucho cariño por las iglesias de Gran Bretaña.

Su muerte no interrumpió las labores de los misioneros. La mansedumbre y el recuerdo de Oswaldo fueron reconocidos por todos. Tan pronto como los habitantes del pueblo veían a uno en el camino real, lo rodeaban, rogándole que les enseñe la Palabra de vida. La fe que el terrible Ethelfrido pensó que había borrado con la sangre de los siervos de Dios, se volvió a aparecer en todas las direcciones, y Roma, que una vez ya en los días de Honorio, en la primera parte del siglo V, se había visto forzada a abandonar el Reino Unido, por segunda vez se sentía impelida a huir en sus barcos frente a un pueblo que confirmaba su libertad.

CAPÍTULO TRES

Roma 'convierte' a Gran Bretaña

(Siglo séptimo)

Pero el papado no se daba por vencido. Si la victoria la aseguraban los británicos, su iglesia, llegando a ser totalmente libre en estos primeros siglos, podría liderar una fuerte oposición contra el dominio papal. Si, por el contrario, eran derrotados los últimos campeones de la libertad, siglos de esclavitud esperaban a la iglesia cristiana. Tendremos que ser testigos de la lucha que tuvo lugar en poco tiempo en el mismo palacio de los reyes de Northumbria.

Oswaldo fue sucedido en el trono de Bernicia (la sección norte de Northumbria) por su hermano Oswiu, un príncipe instruido en la doctrina libre de los británicos, pero cuya religión era sólo en apariencia. Su corazón se llenó de ambición, y recurrió a cualquier clase de delito que ayudara a incrementar su poder. El trono de Deira (la sección sur de Northumbria) había sido ocupado por su pariente Oswine, un rey amable, muy querido por su pueblo. Oswiu, invadido por una envidia mortal, marchó contra él a la cabeza de un ejército; y Oswine, deseoso de evitar un derramamiento de sangre, se refugió con un jefe al que había coronado de favores. Pero este último se ofreció llevar a los soldados de Oswiu a su escondite, y en plena noche el rey fugitivo fue vilmente asesinado, sólo uno de sus siervos luchó en su defensa. El buen Aidan murió de tristeza por su cruel destino. Esa fue la primera hazaña de ese monarca que hizo que Inglaterra se rindiera ante el papado. Diversas circunstancias se presentaron para colocar a Oswiu más cerca de Roma. Él vio a la religión cristiana como un medio de unir a los príncipes cristianos contra el pagano Penda, y una religión como esa, en la que predominaba la conveniencia, no era muy diferente del papismo. Y, además, la esposa de Oswiu, Eanfleda, era de comunión romanista. El capellán privado de esta princesa era un sacerdote llamado Romanus, que hacía honor a su nombre. Mantuvo celosamente los ritos de la iglesia latina, y en consecuencia la fiesta de Pascua era celebrada en la corte dos veces al año. Pero mientras que el rey, siguiendo la regla del oriente, conmemoraba con alegría la resurrección de nuestro Señor, la reina, que adoptó el ritual romano, seguía guardando el Domingo de Ramos con ayuno y humillación. Eanfleda y Romanus deben haber conversado en la manera de encontrar los medios para ganar a Northumbria para el papado. Pero el primer paso era aumentar el número de sus partidarios, y la oportunidad se les presentó pronto.

Un joven de Northumbria, llamado Wilfrido, un día solicitó una audiencia con la reina. Era un hombre apuesto, de amplios conocimientos, agudo ingenio y carácter emprendedor, de incansable actividad y de ambición insaciable. En esa entrevista le comentó a Eanfleda: "La forma en la que los escoceses nos enseñan no es perfecta, voy a ir a Roma a aprender en los

misimos templos de los apóstoles." Ella aprobó su proyecto, y con su ayuda y sus recomendaciones partió para Italia. ¡Ay! él estaba destinado en un día no muy lejano a encadenar toda la iglesia británica a la sede romana. Después de una estancia de tres años en Lyon, donde el obispo, deleitado con sus talentos, hubiera deseado retenerlo, llegó a Roma, y de inmediato entabló una estrecha amistad con el archidiacono Bonifacio, el consejero favorito del Papa. Pronto descubrió que los sacerdotes de Francia e Italia poseían más poder, tanto en asuntos seculares como eclesiásticos, que los humildes misioneros de Iona, y esta sed de honores se inflamó en la corte de los pontífices. Si él tenía éxito en someter a Inglaterra al papado, no habría dignidad a la que él no podría aspirar. A partir de ese momento éste era su único pensamiento, y apenas hubo regresado a Northumbria, ansiosamente Eanfleda lo convocó a la corte. Una reina fanática, de quien todo se podía esperar, un rey sin convicciones religiosas y esclavizado por intereses políticos; un príncipe piadoso y celoso, Alfredo, el hijo del rey, que estaba deseoso de imitar a su noble tío Oswaldo y convertir a los paganos, pero que no tenía ni el discernimiento ni la piedad del ilustre discípulo de Iona. Tales eran los materiales con los que Wilfrido tenía que trabajar. Él supo de inmediato que si Roma había obtenido su primera victoria por la espada de Ethelfredo, sólo podía esperar ganar una segunda victoria por medio de la astucia y la negociación. Llegó a un acuerdo sobre este asunto con la reina y con Romanus, y después de ganarse la confianza del joven príncipe Alfredo, mediante la habilidad de la adulación, pronto supo cómo controlarlo. Hallándose ya seguro entre los dos miembros de la familia real, volvió toda su atención hacia Oswiu.

Los ancianos de Iona no podían cerrar los ojos a los peligros que amenazaban a Northumbria. Habían enviado a Finan a suplir el lugar de Aidan, y este obispo, consagrado por los presbíteros de Iona, había sido testigo de los avances del papado en la corte; al principio el avance fue humilde e inofensivo, pero luego fue aumentando año tras año en ambición y audacia. Él se había opuesto abiertamente a los agentes del pontífice, y en sus frecuentes contiendas se habían confirmado en la verdad. Pero murió, y los presbíteros de las islas occidentales, viendo con más claridad que nunca las necesidades de Northumbria, enviaron allí al obispo Colman, un hombre de mente simple, pero valiente, decidido a oponerse firmemente a las asechanzas de los seductores.

Sin embargo Eanfleda, Wilfrido y Romanus cavaban hábilmente la mina que iba a destruir la iglesia apostólica de Gran Bretaña. Al principio, Wilfrido preparó su ataque mediante insinuaciones hábiles, y luego lo declaró abiertamente en presencia del rey. Si Oswiu se encerró en su círculo interno, encontró más tarde a la fanática Eanfleda, quien celosamente continuaba la obra del misionero romano. Ninguna oportunidad era desaprovechada, ya fuera en medio de las diversiones de la corte, en la mesa, e incluso durante la caza, las discusiones giraban perpetuamente en las doctrinas controversiales. Las mentes de los hombres se entusiasmaron: los romanistas ya asumían el aire de conquistadores, y los británicos a menudo se llenaban de ansiedad y de miedo. El rey, colocado entre su esposa y su fe, y cansado por estas disputas, se inclinó primero hacia un lado y luego hacia el otro, como si supiera que más temprano que tarde la caída era inevitable.

El papado tenía motivos más poderosos que nunca para codiciar Northumbria. Oswiu no sólo había usurpado el trono de Deira, sino que, después de la muerte del cruel Penda, quien cayó en la batalla cerca de Leeds en el año 654, había conquistado sus estados con la excepción de una parte gobernada por su yerno Peada, el hijo de Penda. Pero el propio Peada cayó en una conspiración que dijo ser obra de su esposa, la hija de Oswiu, y este último completó la conquista de Mercia, y así unió la mayor parte de Inglaterra bajo su cetro. Por ese tiempo sólo Kent reconoció la jurisdicción de Roma; en todas las demás provincias, los ministros libres protegidos por los reyes de Northumbria, predicaban el evangelio. Esto simplificó maravillosamente la cuestión. Si Roma se ganaba a Oswiu, ganaría toda Inglaterra; pero si fracasaba, debería salir más pronto que tarde de toda la isla.

Esto no fue todo. La sangre de Oswine, la muerte prematura de Aidan, entre otras cosas, turbaron el corazón del rey. Él deseaba aplacar a la Deidad que había ofendido y, sin saber que Cristo es la puerta, ya que la Sagrada Escritura así lo dice, buscó entre los hombres a un portero que le abriera el reino de los cielos. Él no sería el último de esos reyes a quienes la necesidad de expiar sus crímenes los empuja hacia las prácticas romanistas. El astuto Wilfrido, manteniendo vivas las esperanzas y los temores del príncipe, a menudo le hablaba de Roma y de la gracia de encontrarse allí. Pensó que el fruto estaba maduro, y que ahora sólo tenía que sacudir el árbol. "Debemos tener una discusión pública en la que la cuestión puede ser resuelta de una vez por todas" –dijo la reina y sus consejeros–, "pero Roma deben asumir su parte en esto con tanta pompa como sus adversarios. Vamos a confrontar obispo por obispo." Un obispo sajón llamado Agilberto, amigo de Wilfrido, que se había ganado el afecto del joven príncipe Alfredo, fue invitado por Eanfleda a la conferencia, y llegó puntual a Northumbria. ¡Ay!, pobre iglesia británica, la vasija de barro estaba a punto de estrellarse contra el jarrón de hierro. Gran Bretaña debía ceder ante la marcha invasora de Roma.

En la costa de Yorkshire, en el extremo más lejano de una tranquila bahía, se encontraba el monasterio de Streanaeshalch o Whitby, del cual Hilda, una descendiente de la línea real de Northumbria, era abadesa. Ella también estaba deseosa de terminaran los conflictos violentos que habían agitado la Iglesia desde el retorno de Wilfrido. En las orillas del Mar del Norte se decidiría entre Inglaterra y Roma, entre el Este y el Oeste, o, como se decía entonces, entre San Juan y San Pedro. No era una mera cuestión sobre la pascua, o sobre ciertas normas de disciplina, sino de la gran doctrina de la libertad de la Iglesia en manos de Jesucristo, o de su esclavitud bajo el papado. Roma, siempre dominante, deseaba por segunda vez atrapar a Inglaterra en sus garras, no por medio de la espada, sino por sus dogmas. Con su destreza habitual ocultó sus enormes pretensiones con cuestiones secundarias, y muchos pensadores superficiales fueron engañados por esta maniobra.

La reunión tuvo lugar en el monasterio de Whitby. El rey y su hijo entraron primero, y después, por un lado, Colman con los obispos y los ancianos británicos, y por otro, el obispo Agilbert, Agatón, Wilfrido, Romanus, un diácono llamado Santiago, y otros varios sacerdotes de la confesión latina. Por último llegó Hilda con sus asistentes, entre los cuales estaba un obispo inglés llamado Cedda, uno de los misioneros más activos de aquella época. Él comenzó

predicado el Evangelio en los distritos del centro, de ahí dirigió sus pasos hacia los anglosajones de Oriente y, después de la conversión de un gran número de estos paganos, tuvo que regresar a Finan, y, a pesar de ser un inglés, recibió la consagración episcopal de un obispo, quien a su vez había sido ordenado por los ancianos de Iona. Fue un evangelista infatigable, fundó iglesias y estableció ancianos y diáconos por dondequiera que iba. Por nacimiento era inglés, por ordenación era escocés, en todas partes se le trataba con respeto y consideración; parecía estar llamado a ser el mediador en esta conferencia solemne. Sin embargo, su intervención no pudo retrasar la victoria de Roma. ¡Ay!, la evangelización primitiva había ido dando paso a un clericalismo, tosco y grosero en un lugar, sutil e insinuante en otro. Siempre que se llamaba a los sacerdotes para justificar ciertas doctrinas o ceremonias, en lugar de referirse únicamente a la Palabra de Dios como la fuente de toda luz, se apoyaban en lo que Santiago había hecho en Jerusalén, San Marcos en Alejandría, San Juan en Éfeso, o San Pedro en Roma. Le dieron el nombre de *cánones apostólicos* a normas que los apóstoles nunca habían conocido. Todavía fueron más lejos: en Roma y en el Este, el clericalismo se representó a sí mismo como una ley de Dios. Algunas marcas de este error ya empezaban a aparecer en el cristianismo de los británicos.

El rey Oswiu fue el primero en hablar: "Como servidores de uno y el mismo Dios, esperamos todos disfrutar de la misma herencia en el cielo, ¿por qué entonces no deberíamos tener la misma regla de la vida aquí abajo. Preguntémonos cuál es la única verdad y sigámosla." Colman dijo: "Los que me enviaron acá a vosotros como obispo y quienes me dieron la norma que observo, son los amados de Dios. Cuidemos cómo menospreciamos su enseñanza, porque es la enseñanza de Columba, del bienaventurado evangelista Juan, y de las iglesias sobre las que ese apóstol presidió".

"Igual para nosotros" – replicó audazmente en el mismo sentido Wilfrido, porque a él, así como a Agilbert, el más hábil de los obispos, se les confió la defensa de su causa, – "nuestra tradición es la de Roma, donde los santos apóstoles Pedro y Pablo enseñaron; también la encontramos en Italia y Galia, y cada vez se va extendiendo por todas las naciones. ¿Se atreverían los pictos y los británicos, arrinconados en estas dos islas de los confines del océano, a luchar contra todo el mundo? Sin embargo, por muy santo que haya sido su Columba, ¿lo prefieren a él como príncipe de los apóstoles, en lugar de aquél a quien Cristo dijo: *Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos?*"

Wilfrido habló con animación, y sus palabras, adaptadas hábilmente a sus oyentes, comenzaban a hacerlos vacilar. Él, ingeniosamente había sustituido a Columba por el apóstol Juan, de quien la iglesia británica decía ser su descendiente, en oposición a San Pedro, a quien tenían sólo como un anciano de Iona. Oswiu, cuyo ídolo era el poder, no podía estar vacilando entre unos obispos miserables y el Papa de Roma que ya gobernaba en todo el mundo. E, imaginándose a Pedro en las puertas del paraíso, con las llaves en la mano, exclamó con emoción:

– Es cierto, Colman, que estas palabras fueron dirigidas por el Señor a San Pedro?

– Es cierto.

– ¿Puede usted probar que poderes similares fueron dados a su Columba?

El obispo respondió: “No puedo”. Pero pudo haber dicho al rey: “Juan, cuya doctrina seguimos, y que de hecho todo discípulo sigue, ha recibido en el mismo sentido que San Pedro el poder de atar y desatar pecados en la tierra y en el cielo”.⁸ Sin embargo, el conocimiento de las Sagradas Escrituras era raquítico en Iona, y el incauto Colman no había observado la estratagema de Wilfrido en sustituir a Columba por San Juan. Además de todo esto, Oswiu, a quien le encantaba ceder ante las solicitudes continuas de la reina y, sobre todo, que deseaba encontrar a alguien que lo admitiera en el reino del cielo, exclamó: “¡Pedro es el guardián de la puerta, le voy a obedecer, no sea que cuando me presente en las puertas del cielo no haya nadie que me abra”. Los espectadores, dejándose llevar por esta confesión real, se apresuraron a someterse al vicario de San Pedro.

Así fue como triunfó Roma en la conferencia de Whitby. Oswiu olvidó que el Señor había dicho que Él era “el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”.⁹ Fue por la astucia de atribuir al siervo Pedro lo que pertenece al Señor Jesucristo que el papado doblegó a Gran Bretaña. Oswiu estiró sus manos, Roma le ciñó las cadenas, y la libertad que Oswald había dado a su iglesia parecía exhalar el último suspiro.

Colman vio con dolor y consternación a Oswiu y sus súbditos doblando las rodillas ante los sacerdotes extranjeros. Sin embargo, no se desesperó por el triunfo final de la verdad. La fe apostólica todavía podría encontrar refugio en los antiguos santuarios de la iglesia británica en Escocia e Irlanda. Inamovible en la doctrina que había recibido, y decidido a defender la libertad cristiana, Colman se retiró junto con los que no querían doblarse bajo el yugo de Roma, y regresó a Escocia. Treinta anglosajones, y un gran número de británicos, se sacudieron el polvo de sus pies contra el campamento de los sacerdotes romanos. El odio del papado se intensificó entre el resto de los británicos. Decididos a repeler sus dogmas erróneos y su dominio ilegítimo, mantuvieron su comunión con la Iglesia de Oriente, que era más antigua que la de Roma. Ellos atribuyeron sus desgracias a una horrible conspiración planeada por la ambición inicua de los monjes extranjeros; y los bardos, con canciones, maldijeron a los ministros negligentes que no defendían el rebaño del Señor contra los lobos de Roma. ¡Pero fueron en vano sus lamentos!

Los sacerdotes romanos, ayudados por la reina, no perdieron tiempo. Wilfrido, a quien Oswiu deseaba recompensar por su triunfo, fue nombrado obispo de Northumbria, y de inmediato visitó Galia para recibir la consagración episcopal en forma debida, en Compiegne. Pronto regresó, y procedió con su actividad singular de establecer la doctrina romana en todas las iglesias. Obispo de una diócesis que se extendía desde Edimburgo hasta Northampton, enriquecida con los bienes que habían pertenecido a diversos monasterios, rodeado por un numeroso séquito que se servía en charolas de oro y plata, Wilfrido se felicitó por haber

⁸ Juan 20:23; Mateo 18:18.

⁹ Juan 10:9; Apoc. 3:7.

abrazado la causa del papado; ofendía con insolencia a todo aquel que se le acercaba, y enseñó en Inglaterra cuál amplia era la diferencia entre los humildes ministros de Iona y un sacerdote romanista. Al mismo tiempo Oswiu, llegando a un entendimiento con el rey de Kent, envió a otro sacerdote llamado Wighard a Roma para aprender las intenciones del Papa con respecto a la iglesia de Inglaterra, y para recibir la consagración como arzobispo de Canterbury. ¡No había en Inglaterra una ordenación episcopal digna de un sacerdote! Mientras tanto Oswiu, con todo el fervor de un nuevo converso, no cesaba de repetir que "la iglesia romana era la iglesia católica y apostólica", y pensaba noche y día en los medios para convertir a sus súbditos, esperando así (como decía el papa) redimir su alma.

La llegada de esta noticia en Roma creó una gran sensación. Vitaliano, quien por ese entonces ocupaba la silla papal, y era tan insolente con sus obispos como adulator y servil al emperador, exclamó con frenesí: "¿Quién no estará tan encantado? ¡Un rey convertido a la verdadera fe apostólica, un pueblo que cree por fin en Cristo el Dios Todopoderoso!" Durante largos años este pueblo había creído en Cristo, pero ahora estaban empezando a creer en el Papa, y el Papa pronto haría olvidar a Jesús el Salvador. Vitaliano le escribió a Oswiu y le envió, no copias de las Sagradas Escrituras (que ya eran cada vez más escasos en Roma), sino reliquias de los santos Pedro, Juan, Lorenzo, Gregorio y Pancracio, y deseoso de recompensar de una manera especial a la reina Eanfleda, a quien con Wilfrido pertenecía la gloria de este trabajo, le ofreció una cruz, hecha, según aseguraba, de las cadenas de San Pedro y San Pablo. "No te tardes" – dijo el Papa en conclusión, – "en someter toda tu isla bajo Jesucristo". O, en otras palabras, bajo el obispo de Roma.

Lo esencial, sin embargo, era enviar un arzobispo de Roma a Gran Bretaña, pero Wighard había muerto y nadie parecía estar dispuesto a emprender un viaje tan largo. No había mucho entusiasmo en la ciudad de los pontífices, y el Papa se vio obligado a buscar a un extranjero. Apareció por ese tiempo en Roma un hombre de gran reputación en conocimientos que había venido desde el oriente y que había adoptado los ritos y doctrinas de los latinos, a cambio de los conocimientos que les había traído. Él fue calificado y nombrado por Vitaliano para ser el arzobispo de Inglaterra. Teodoro, pues tal era su nombre, perteneciente a las iglesias de Asia Menor, sería escuchado por los británicos con más atención que a cualquier otro, solicitándoles a abandonar sus costumbres orientales. El pontífice romano, sin embargo, tal vez temeroso de que aún podría colársele alguna levadura de sus antiguas doctrinas griegas, le dio por compañero, o más bien por supervisor, a un celoso monje africano llamado Adriano.

Teodoro comenzó una gran cruzada contra el cristianismo británico, y tratando de demostrar la sinceridad de su conversión por su entusiasmo, recorrió toda Inglaterra en compañía de Adriano, imponiendo por todas partes a la gente la supremacía eclesiástica de Roma. La superioridad de carácter que distinguió a San Pedro, Teodoro la transformó en una superioridad de oficio. La jurisdicción que debía pertenecer a Cristo y Su Palabra, él la sustituyó a la del obispo de Roma y de sus decretos. Insistió en la necesidad de la ordenación de los obispos que, en una cadena ininterrumpida, podría rastrear su autoridad a los mismos apóstoles. Los británicos aún mantenían la validez de su consagración, pero el número era pequeño en relación a los que

entendían que eran los supuestos sucesores de los apóstoles, y que los que a veces llevan a Satanás en sus corazones no son verdaderos ministros de Cristo. Olvidaban que lo único necesario para la iglesia era la Palabra de Dios y la presencia del Espíritu Santo, y que al igual que los apóstoles que habían sido miembros sólo por la fe en Cristo, así sus sucesores deberían manifestar la misma fe y poseer el mismo Consolador divino.

Comenzaba una gran deserción. A veces los mejores eran los primeros en ceder. Cuando Teodoro se reunió con Cedda, que había sido consagrado por un obispo que a su vez había recibido la ordenación de los ancianos de Iona, le dijo: "Usted no ha sido debidamente ordenado." Cedda, en lugar de enfrentarse con valentía por la verdad, cedió el paso a su modestia carnal, y respondió: "Yo nunca he pensado que soy digno del episcopado, y estoy dispuesto a renunciar." Pero Teodoro le respondió: "No. Usted seguirá siendo obispo, pero recibirá una nueva consagración de acuerdo al ritual católico." El ministro británico accedió. La triunfante Roma se sintió lo suficientemente fuerte como para negar la imposición de las manos de los ancianos de Iona, lo que ella misma había reconocido hasta ahora. Los creyentes más firmes se refugiaron en Escocia.

De esta manera, una iglesia en algunos aspectos deficiente, pero que seguía siendo una iglesia en la que el elemento espiritual era el más importante, fue suplida por otra en la que el elemento clerical predominó. Esto se hizo pronto evidente, pues cuestiones de autoridad y primacía, hasta ahora desconocidas entre los cristianos británicos, estaban ahora a la orden del día. Wilfrido, que había fijado su residencia en York, pensó que nadie mejor que él merecía ser el primado de toda Inglaterra, y Teodoro, por su parte, estaba irritado por el tono altanero asumido por este obispo. Durante la vida de Oswiu, se mantuvo la paz, porque Wilfrido era su favorito, pero al poco tiempo el príncipe cayó enfermo, y, aterrorizado por la cercanía de la muerte, prometió que si se recuperaba haría una peregrinación a Roma y allí terminaría sus días. "Si usted va a ser mi guía a la ciudad de los apóstoles" –le dijo a Wilfrido–, "le voy a dar una gran suma de dinero." Pero su voto no sirvió de nada. Oswiu murió en la primavera del año 670, y su hermano más joven, Egfrido, fue elevado al trono. El nuevo monarca, que a menudo se había sentido ofendido por la insolencia de Wilfrido, denunció a este altivo prelado con el arzobispo. Nada podía ser más agradable para Teodoro. Convocó a un concilio en Hertford en septiembre del 672, en el cual el jefe de sus conversos fue convocado primero y, presentándoles, no las Sagradas Escrituras, sino los cánones de la iglesia romana, recibió sus juramentos solemnes. Tal era la religión que luego se enseñaría en Inglaterra. Pero esto no era todo. "La diócesis de nuestro hermano Wilfrido es tan extensa" –dijo el primado–, "que hay lugar en él para cuatro obispos." Los cuales fueron nombrados en consecuencia. Wilfrido, indignado, apeló ante el rey y al Papa por esta acción del primado. "¿Quién convirtió a Inglaterra? ¿Quién, si no yo? . . . ¡Y es así como me pagan!..." Pero al no permitirle verificar sus palabras por las dificultades del viaje, fue enviado a Roma, asistido por unos cuantos monjes, y, ante el papa Agatón que había convocado a un concilio (679), el inglés presentó su queja, y el pontífice declaró que la destitución era ilegal. Wilfrido inmediatamente regresó a Inglaterra, y con altivez presentó el decreto del Papa al rey. Pero Ecgrido, que no era muy dado a tolerar esas políticas

transalpinas, lejos de restaurarle la sede, echó al prelado en la cárcel, y no lo soltó hasta finales del año, y sólo con la condición de que abandonara inmediatamente Northumbria.

Wilfrido –porque tenemos que seguir hasta el final de su vida a este famoso hombre que ejerció tanta influencia sobre los destinos de la iglesia en Inglaterra–, estaba determinado a ser un obispo a como diera lugar. El reino de Sussex seguía siendo pagano, y el depuesto prelado, cuya infatigable actividad no podemos dejar de reconocer, tomó la resolución de ganar un obispado, siguiendo los planes como lo hacían los otros hombres para conquistar un reino. Llegó a Sussex, durante un período de hambruna, y habiendo traído consigo cierta cantidad de redes, enseñó a la gente el arte de la pesca, y así ganó su afecto. El rey de ese pueblo, Ethelwalh, fue bautizado, sus súbditos siguieron su ejemplo, y Wilfrido estaba a la cabeza de la iglesia.

En 685 el rey Ecgfrido murió y fue sucedido por su hermano Alfredo, a quien Wilfrido había educado, un príncipe aficionado a la enseñanza y a la religión, y deseoso de servir a su pueblo. El ambicioso Wilfredo se apresuró a reclamar la sede de York, y, aceptando la repartición impuesta por el Consejo de Hertford, fue restaurado e inmediatamente comenzó a saquear a otros para enriquecerse a sí mismo. Un concilio le rogó someterse a los decretos de la iglesia de Inglaterra, él se negó y, después de haber perdido la estima del rey, su antiguo alumno, emprendió un tercer viaje a Roma a pesar de su avanzada edad. Sabedor de cómo se ganaban a los papas, se arrojó a los pies del pontífice, exclamando que: "el suplicante obispo Wilfredo, el humilde esclavo del siervo de Dios, implora el favor de nuestro más bendito señor, el papa universal". Pero Wilfredo no fue restaurado a su sede y pasó el resto de su corta vida en medio de las riquezas que tan indignamente había acumulado por su codicia.¹⁰

Sin embargo, él había cumplido la tarea de su vida: toda Inglaterra estaba subordinado al papado. Los nombres de Oswiu y de Wilfredo deben estar inscritos con letras de luto en los anales de la Gran Bretaña. La posteridad ha fallado en permitir que sus nombres se hundan en el olvido, porque fueron dos de los hombres más influyentes y enérgicos que florecieron como nunca en Inglaterra. Sin embargo esta misma falta de memoria no carece de generosidad. La tumba en la que la libertad de la iglesia permaneció enterrada durante nueve siglos es solamente un monumento –por cierto muy triste– que debe perpetuar la memoria de ellos.

Pero Escocia seguía siendo libre y, para asegurar el triunfo definitivo de Roma, era necesario invadir esta tierra virgen sobre la que el estandarte de la fe había ondeado durante tantos años.

Adamnan (conocido en Irlanda como San Eunano) estaba entonces a la cabeza de la iglesia de Iona, el primer anciano de esa casa religiosa. Él era virtuoso y culto, pero débil y un tanto vanidoso, y su religión tenía poca espiritualidad. Ante los ojos de Roma había que ganarlo

¹⁰ [El curso de los acontecimientos que siguieron a la última visita de Wilfredo al Papa no está muy claro. En última instancia, fue restaurado en su cargo en el área de Ripon y Hexham, unos cuatro años antes de morir en el monasterio de Oundle de Mercia.]

a él para ganar Escocia. Una singular circunstancia favoreció los planes de aquellos que deseaban atraerlo a la comunión papal. Un día, durante una violenta tempestad, un barco que venía de Tierra Santa, a bordo del cual venía un obispo galo llamado Arculf, naufragó en las cercanías de Iona. Arculf buscó asilo entre los habitantes piadosos de esa isla. Adamnan nunca se cansó de escuchar las extrañas descripciones de Belén, Jerusalén y el Gólgota, de las llanuras soleadas sobre las que nuestro Señor había andado, y la piedra que aún seguía puesta a la entrada del sepulcro. El anciano de Iona, que se enorgullecía de su conocimiento, tomó nota de la conversación de Arculf, y compuso una descripción de la Tierra Santa. Tan pronto como terminó su libro, el deseo de dar a conocer estas cosas maravillosas más ampliamente, combinado con un poco de vanidad, y tal vez de otros motivos, le impulsaron a visitar la corte de Northumbria, donde presentó su trabajo al piadoso rey Alfredo, que, siendo aficionado a aprender de las tradiciones cristianas, mandó que se hiciera un buen número de copias de ese trabajo.

Esto no era todo: los clérigos romanistas percibieron la ventaja que podría derivarse de este viaje imprudente. Se apiñaron al derredor del presbítero; le mostraron toda la pompa de su culto, y le dijeron: "¿Van a oponerse a las observancias de la iglesia universal, usted y sus amigos que viven en el mismo extremo del mundo?" Los nobles de la corte lisonjeaban al autor, y lo invitaron a sus fiestas, mientras que el rey le llenó de regalos. El presbítero independiente de Gran Bretaña se convirtió así en un sacerdote de Roma, y Adamnan regresó a Iona a traicionar a su iglesia para sus nuevos amos. Pero todo eso fue en vano: Iona no cedería. Entonces, se fue a Irlanda a ocultar su vergüenza, donde, después de haber llevado a algunos individuos a la comunión romana, se armó de valor y volvió a visitar Escocia. Pero ese país, que seguía siendo inflexible, lo rechazó con indignación.

Cuando Roma se sintió incapaz de conquistar por medio el sacerdote, recurrió al príncipe, y sus ojos se volvieron hacia Naitam, rey de los pictos. "¡Cuán glorioso sería para ti" –le exhortaron los sacerdotes latinos–, "pertenecer a la poderosa iglesia del pontífice universal de Roma, que a una congregación supervisada por ancianos miserables! La iglesia romana es una monarquía, y debe ser la Iglesia de todos los monarcas. El ceremonial romano va de acuerdo con la pompa de la realeza y sus templos son palacios". El príncipe quedó convencido por este último argumento. Envío mensajeros a Ceolfrith, abad del monasterio de Wearmouth, pidiéndole que le enviara arquitectos capaces de construir una iglesia *al estilo romano*, de piedra y no de madera. Arquitectura, porches majestuosos, altas columnas, techos abovedados, altares dorados, todo eso ha demostrado frecuentemente ser de lo más influyente de los misioneros de Roma. El arte de la construcción, aun en aquellos primeros días, era más poderoso que la Biblia. Naitam, quien, mediante la sumisión ante el Papa, se creía igual a Clodoveo y Clotario, reyes de los francos, reunió a los nobles de su corte y a los pastores de su iglesia, y les dirigió estas palabras: "Yo recomiendo a todo el clero de mi reino que reciban la tonsura de San Pedro". Entonces sin demora (como nos informa Beda), esta importante revolución se llevó a cabo por la autoridad real. Envío agentes y cartas a todas las provincias, e hizo que todos los ministros y los monjes recibieran la tonsura circular según la moda romana. Era la marca del papismo estampada, no en

el frente, sino en la coronilla. Una proclamación real y algunos tijeretazos colocaron a los escoceses bajo el cayado del pastor del Tíber, como si fuera un rebaño de ovejas.

Iona aún se resistía. Las órdenes del rey picto, el ejemplo de sus súbditos, la evidencia de que el poder italiano estaba devorando la tierra, habían sacudido algunas pocas mentes, pero la Iglesia seguía resistiendo a la innovación. Iona fue el último baluarte de la libertad en el mundo occidental, y el papado se llenó de ira contra esa banda de miserables que en su remoto rincón se negaba a inclinarse ante él. Los medios humanos parecían insuficientes para conquistar esa roca. Algo más se necesitaba, visiones y milagros, por ejemplo; y Roma no batallaba para encontrarlos cuando se requería. Un día, a finales del siglo VII, un monje inglés llamado Egberto, que llegaba de Irlanda, se presentó ante los ancianos de Iona, quienes lo recibieron con su hospitalidad acostumbrada. Él era un hombre cuya entusiasta devoción se combinaba con su gran dulzura de corazón, y pronto se ganó las mentes de esos sencillos creyentes. Les habló de una unidad externa, instándoles a que una universalidad que se manifiesta bajo diversas formas es inadecuada para la iglesia de Cristo. Abogaba por la forma especial de Roma y, por el elemento verdaderamente católico que los cristianos de Iona estaban lejos de poseer, en lugar del cual los sustituían por un elemento sectario. Atacó las tradiciones de la iglesia británica, y, distribuyendo pródigamente los costosos regalos que le habían confiado los ricos hacendados de Irlanda y de Inglaterra, pronto tuvo motivos para reconocer que el sabio proverbista tenía razón: *Piedra preciosa es el soborno para el que lo practica; adondequiera que se vuelve, halla prosperidad* (Prov. 17:8).

Sin embargo, algunas almas piadosas todavía se mantenían firmes en Iona. El entusiasta Egberto – que parece no era más que un impostor – tuvo que recurrir a otros medios. Se representó a sí mismo como un mensajero del cielo diciendo que los mismos santos lo habían comisionado para convertir a Iona, y entonces contó la siguiente historia a los ancianos que estaban a su alrededor: "Hace unos treinta años que entré en el monasterio de Rathmelfig en Irlanda, cuando una horrible peste cayó sobre él, y de todos los hermanos, solo quedamos el monje Eelhun y yo. Atacado por la plaga, y temiendo que mi última hora había llegado, me levanté de la cama y me arrastré hasta la capilla. Todo mi cuerpo temblaba al recordar mis pecados, y mi cara estaba bañada en lágrimas. 'Oh Dios' –exclamé–, 'que no deje de sufrir hasta que haya pagado mi deuda para contigo con abundancia de buenas obras.' Volví tambaleante a la enfermería, me metí y me quedé dormido. Cuando desperté, vi a Eelhun con sus ojos fijos en los míos mientras me decía: 'Hermano Egberto, he recibido una visión de que vas de recibir lo que has pedido.' La noche siguiente Eelhun murió y yo me recuperé."

"Muchos años han pasado desde ese entonces. Mi arrepentimiento y mis vigiliass no me satisfacen y, con el deseo de pagar mi deuda, resolví ir con una compañía de monjes y predicar las bendiciones del evangelio a los paganos de Alemania, pero durante la noche un santo bendito del cielo se le apareció a uno de los hermanos y le dijo: 'Dile a Egberto que tiene que ir a los monasterios de Columba, porque sus arados no aran correctamente, y que él los ponga en el surco correcto.' Le prohibí a este hermano hablar a otros de su visión, y abordé un barco con destino a Alemania. Estábamos esperando un viento favorable, cuando de repente, en medio de

la noche, una espantosa tempestad impactó sobre el buque y nos llevó a los bancos de arena. 'Por mí causa ha venido esta tempestad sobre nosotros' –exclamé con horror–. 'Dios me está hablando como lo hizo con Jonás;' y corrí a refugiarme en mi celda. Al fin, tomé la determinación de obedecer la orden que el santo hombre me había traído. Dejé Irlanda, y me vine a vivir entre ustedes con el fin de convertirlos y así pagar mi deuda. Y ahora, respondan a la voz de los cielos y sométanse a Roma" –finalizó Egberto.

Un barco varado en la orilla por una tormenta era un fenómeno frecuente en las costas, y el sueño de un monje, absorbido por los planes de su hermano, no era nada raro. Pero en esos tiempos de oscuridad, todo lo que parecía milagros, fantasmas y apariciones tenían más peso que la Palabra de Dios. En lugar de detectar el vacío de estas visiones propias de la falsa religiosidad, ellos se vieron impelidos a apoyarla. Los ancianos de Iona escucharon seriamente la narración de Egberto. La fe primitiva plantada en la roca de Icolmkill era ahora como un pino sacudido por los vientos; una ráfaga más y sería desarraigado y lanzado en el mar. Egberto, percibiendo que los ancianos estaban asombrados, redobló sus oraciones, e incluso recurrió a las amenazas. "Todo el Oeste" –les dijo–, "ha doblado la rodilla ante Roma. Solos contra todos, ¿qué tanto pueden hacer." Los escoceses todavía se resistían; los últimos cristianos británicos, oscuros y desconocidos luchaban en nombre de la libertad que ya expiraba. Por fin, desconcertados, tropezaron y cayeron. Las filosas tijeras fueron traídas y recibieron la tonsura latina. Ahora pertenecían al Papa.

Así cayó Escocia. Sin embargo, todavía quedaban algunas chispas de gracia, y las montañas de Caledonia mantuvieron oculto el fuego por mucho tiempo, hasta que después de varios siglos brotó con más fuerza y poder. Aquí y allá, había algunos espíritus independientes que testificaban contra la tiranía de Roma. En la época de Beda se podía observar a algunas personas "pararse en los senderos" (para usar las palabras del historiador romanista), negándose a participar de las fiestas de los adeptos del pontífice y apartar las manos de los que estaban deseosos de afeitar sus coronillas. Pero los líderes del estado y de la iglesia les hicieron bajar los brazos. El duelo terminó después de haber durado más de un siglo. El cristianismo británico en cierto grado estuvo preparando su propia caída porque frecuentemente sustituía la fe por la forma. La superstición extranjera se aprovechó de esta debilidad, y triunfó en estas islas por medio de decretos reales, ornamentos de las iglesias, fantasmas monacales y apariciones conventuales. A principios del siglo VIII la Iglesia británica se convirtió en la sierva de Roma, pero una lucha interna comenzaba, la cual no cesaría hasta el período de la Reforma.

CAPÍTULO CUATRO

El conflicto con la Supremacía Papal

(Siglos 7 al 11)

Los cristianos independientes de Escocia, que subordinaban la autoridad del hombre a la de Dios, se llenaron de tristeza al contemplar estas apostasías; y no quedó duda de que esto indujo a muchos a abandonar sus hogares y a luchar en el mismo corazón de Europa en nombre de esa libertad cristiana que acababa de expirar entre ellos.

A comienzos del siglo VIII una gran idea se apoderó de un piadoso doctor de la iglesia de Escocia, llamado Clemente. *La obra de Dios es la esencia misma del cristianismo*, pensó él, y esta obra debía ser defendida contra todas las usurpaciones del hombre. Al tradicionalismo humano él oponía la autoridad única de la Palabra de Dios; contra el materialismo clerical, él anteponía una iglesia que es la asamblea de los santos, y contra el pelagianismo, la soberanía de la gracia. Él era un hombre de carácter decidido y de fe firme, pero sin fanatismo; su corazón estaba abierto a las emociones más santas de nuestra naturaleza; fue esposo y padre de familia. Salió de Escocia y viajó entre los francos, esparciendo por todas partes la semilla de la fe. Sucedió por desgracia que un hombre de la misma energía, Winifrido o Bonifacio de Wessex (680-754), estaba plantando el cristianismo pontificio en las mismas regiones. Este gran misionero, que poseía en un grado esencial la capacidad de organización, se enfocaba en la unidad externa por encima de todas las cosas y, cuando había hecho el juramento de fidelidad a Gregorio II, había recibido del Papa una colección de las leyes romanas. Bonifacio sería de aquí en adelante un discípulo dócil, o más bien, un campeón fanático de Roma; con el apoyo, por una parte del pontífice, y por la otra de Carlos Martel, rey de los francos, había predicado al pueblo de Alemania la doctrina de los diezmos y de la supremacía papal, entre algunas verdades cristianas indudables. El inglés y el escocés, representantes de dos grandes sistemas, estaban a punto de entrar en un combate mortal en el corazón de Europa, un combate cuyas consecuencias podrían ser incalculables.

Alarmado por los progresos realizados por las doctrinas evangélicas de Clemente, Bonifacio, arzobispo de las iglesias alemanas, se comprometió a oponerse a ellas. Al principio se enfrentó al escocés con las leyes de la iglesia romana, pero este último negó la autoridad de estos cánones eclesiásticos y refutó sus contenidos. Bonifacio luego presentó las decisiones de los diversos concilios, pero Clemente respondió que si las decisiones de los concilios eran contrarias a las Sagradas Escrituras no tenían autoridad sobre los cristianos. El arzobispo, asombrado de

semejante audacia, recurrió a los escritos de los más ilustres padres de la iglesia latina, citando a Jerónimo, Agustín y Gregorio; pero el escocés le dijo que, en lugar de someterse a la palabra de los hombres, él obedecerá solamente a la Palabra de Dios. Bonifacio, indignado, recurrió al tema de la iglesia católica, que, por sus sacerdotes y obispos, todos unidos al Papa, formaban una unidad invencible; pero, para su gran sorpresa, su oponente mantuvo que sólo donde el Espíritu Santo mora se puede encontrar a la esposa de Jesucristo. En vano el arzobispo manifestó su horror; Clemente no se apartó de su gran idea, ni por los clamores de los seguidores de Roma, ni por los ataques imprudentes hechos sobre el papado por otros ministros cristianos.

Roma tenía, en efecto, otros adversarios. Un obispo galo llamado Adalberto, a quien Bonifacio asociaba con Clemente, un día vio que el arzobispo complacientemente exhibía algunas reliquias de San Pedro que él había traído de Roma, y deseoso de mostrar la ridícula farsa de esas prácticas romanistas, distribuyó entre los espectadores su propio pelo y uñas, mientras rezaba para pagar los mismos honores que Bonifacio reclamaba para las reliquias del papado. Clemente sonrió, como muchos otros, ante el argumento singular de Adalberto, pero no era con esas armas con las que él acostumbraba pelear. Dotado de un profundo discernimiento, él había hecho notar que la autoridad del hombre sustituyendo a la autoridad de Dios era la fuente de todos los errores del romanismo. Al mismo tiempo él se mantenía firme en el tema de la predestinación, que el arzobispo llamaba "doctrinas horribles contrarias a la fe católica." El carácter de Clemente nos lleva a creer que él era favorable a la doctrina de la predestinación. Un siglo más tarde, el piadoso Gottschalk fue perseguido por uno de los sucesores de Bonifacio por mantener la misma doctrina de Agustín. Así fue como un escocés, el representante de la antigua fe de su país enfrentó, casi sin ayuda, en el centro de Europa la invasión de los romanos. Pero no pasaba mucho tiempo solo, pues especialmente la nobleza, más ilustrada que la gente común, se agolpaba a su alrededor. Si Clemente hubiera tenido éxito, una iglesia cristiana independiente del papado habría sido fundada en el continente.

Bonifacio estaba confundido. Deseaba hacer en el centro de Europa lo que su compatriota Wilfrido había hecho en Inglaterra, y, en el preciso momento en que le pareció que estaba avanzando de triunfo en triunfo, la victoria se le escapó de las manos. Se volvió en contra de este nuevo enemigo y, apelando a los hijos de Carlos Martel, Pipino y Carlomán, obtuvo su consentimiento para convocar a un concilio en el cual convocó a comparecer a Clemente.

Ante los obispos, condes, y otras personalidades, reunidos en Soissons el 2 de marzo del 744, Bonifacio acusó al escocés de despreciar las leyes de Roma, los concilios, y los padres; atacó su matrimonio al que él llamaba una unión adúltera, y llamó a cuestionar otros puntos secundarios de doctrina. Como consecuencia, Clemente fue excomulgado por Bonifacio, quien era al mismo tiempo su adversario, acusador y juez, y lo echó en la cárcel, con la aprobación del Papa y el rey de los francos.

La causa del escocés se había alzado por todas partes; las acusaciones fueron presentadas contra el primado alemán, su espíritu perseguidor fue severamente condenado, y sus esfuerzos para lograr el triunfo del papado fueron resistidos. Carloman cedió a este movimiento unánime. Se abrieron las puertas de la cárcel, y tan pronto Clemente cruzó el umbral, comenzó a protestar

con valentía contra la autoridad humana en materia de fe, declarando que la Palabra de Dios era la única regla de fe. Sobre esto, Bonifacio solicitó de Roma la condena del hereje, y acompañó su solicitud con una copa de plata y una prenda de delicada textura. El Papa decidió en un sínodo que si Clemente no se retractaba de sus errores debería ser entregado a la condenación eterna, y pidió a Bonifacio mandarlo a Roma custodiado por una guardia de seguridad. Hasta aquí perdemos todos los rastros del escocés, pero es fácil conjeturar lo que debe haber sido su destino.

Clemente no fue el único británico que se distinguió en esta contienda. Dos compatriotas, Sampson y Virgilio, que predicaron en el centro de Europa, fueron de la misma manera perseguidos por la Iglesia de Roma. Virgilio, uno de los hombres más sabios de su época, anticipando a Galileo que creía en la existencia de los antípodas, se atrevió sostener que había otros hombres y otro mundo bajo nuestros pies. Fue denunciado por Bonifacio de esta supuesta *herejía* y condenado por el Papa, así como lo fueron otros británicos por mantener la simplicidad apostólica de sus vidas. En 813, ciertos escoceses que se hacían llamar obispos, dice un canon, habiendo comparecido ante un consejo de la iglesia romana en Chalons, fueron rechazados por los prelados franceses, ya que, igual que San Pablo, *ellos trabajaban con sus propias manos*. Esos hombres iluminados y fieles fueron superiores para su tiempo. En cambio, Bonifacio y su materialismo eclesiástico encajaban mejor en una edad en la que las formas clericales se consideraban la sustancia de la religión.

Con todo eso, Gran Bretaña, aunque su luz no era tan pura, no se hundió por completo en la oscuridad. Los anglosajones imprimieron en sus iglesias ciertas características que la distinguían de la de Roma; varios libros de la Biblia fueron traducidos a su lengua, y espíritus audaces, por un lado, con algunas almas piadosas, por otro, trabajaron en una dirección hostil al papado.

Al principio vemos el amanecer de ese racionalismo filosófico que le da un cierto grado de brillantez, pero que no puede ni conquistar el error ni mucho menos establecer la verdad. En el siglo IX hubo un sabio erudito en Irlanda, que más tarde se estableció en la corte de Carlos el Calvo. Era un hombre misterioso y extraño, de pensamiento profundo, y muy por encima de los doctores de su época por la audacia de sus ideas, como Carlomagno lo fue sobre los príncipes de su época por la fuerza de su voluntad. Juan Escoto Erígena, es decir, 'nacido en la Isla de los Santos' (Irlanda), fue un meteoro en el cielo teológico. Su gran genio filosófico lo combinaba con un carácter alegre y humorista. Un día, mientras estaba sentado a la mesa en el lado opuesto de Carlos el Calvo, este último maliciosamente le preguntó: "¿Cuál es la distancia entre un escocés y un borrachín?" "El ancho de la mesa," fue su pronta respuesta, lo que provocó una sonrisa en el rey. Mientras la doctrina de Beda, Bonifacio, e incluso Alcuino era tradicional, servil y, en una palabra, romanista, la de Escoto era mística, filosófica, libre y audaz. Él buscó la verdad no en la Palabra o en la Iglesia, sino en sí mismo: "el conocimiento de nosotros mismos es la verdadera fuente de sabiduría religiosa. Cada criatura es una teofanía, una manifestación de Dios, puesto que la revelación presupone la existencia de la verdad, es esta verdad, que está por encima de la revelación, con la que el hombre debe establecer a sí mismo una relación inmediata, dejándolo en libertad para mostrar posteriormente su armonía con las Escrituras y las otras

teofanías. Debemos primeramente emplear la razón, y después la autoridad. La autoridad procede de la razón y no la razón de la autoridad." Sin embargo, este intrépido pensador, cuando oraba en humillación, podía dar paso a sus aspiraciones piadosas: "Oh Señor Jesús, no pido de Ti ninguna otra felicidad, sino la de entender, sin la mezcla de teorías engañosas, la palabra que tú has inspirado por tu Espíritu Santo. Muéstrate a aquellos que te buscan a Ti solamente." Pero mientras Escoto rechazaba por un lado ciertos errores tradicionales, y en particular la doctrina de la transubstanciación que se estaba anidando en la iglesia, en lo que respecta a Dios y el mundo estaba a punto de caer en otros errores con sabor a panteísmo. El racionalismo filosófico de este contemporáneo de Carlos el Calvo –el extraño producto de uno de los períodos más oscuros de la historia (850) – estaba destinado, al cabo de muchos siglos, a ser enseñado una vez más en Gran Bretaña como una invención moderna de la edad más iluminada.

Mientras Scot se la pasaba sondeando las profundidades de la filosofía, otros estaban examinando sus Biblias, y si una densa oscuridad no se hubiera extendido sobre estos primeros destellos del amanecer, tal vez la iglesia de Gran Bretaña habría podido comenzar a trabajar por la regeneración de la cristiandad. Un joven príncipe, sediento de goces intelectuales, de felicidad interna y de la Palabra de Dios, y que buscaba mediante la constante oración la liberación de la esclavitud del pecado, había ascendido al trono de Wessex en el año 871. Alfredo, estando convencido de que solamente el cristianismo podría moldear a una nación correctamente, reunió en torno suyo a los más letrados hombres de todas partes de Europa, ansioso de que los ingleses, como los hebreos, griegos y latinos, pudiesen poseer las Sagradas Escrituras en su propio idioma. Él es realmente el promotor de la obra bíblica, la cual constituye uno de los principales títulos de su fama. Después de haber luchado en numerosas campañas y batallas por tierra y mar, murió mientras eran traducidos los Salmos de David por sus súbditos.¹¹

Después de este rayo de luz, una vez más densas tinieblas se asentaron sobre Gran Bretaña. Nueve reyes anglosajones terminaron sus días en los monasterios; había un seminario en Roma del que cada año salían nuevos académicos para llevar a Inglaterra las nuevas formas del papado. El celibato de los sacerdotes, en el que se cimentaba la jerarquía romana, fue reafirmado por una bula a finales del siglo décimo. Los conventos se multiplicaron, considerables posesiones fueron otorgadas a la Iglesia, y el impuesto del *penique u óbolo de Pedro*, colocado a los pies del Pontífice, proclamó el triunfo del sistema papal. Pero una reacción tuvo lugar: Inglaterra reunió sus fuerzas para una guerra contra el papado, una guerra a la vez secular y espiritual. Guillermo de Normandía, Eduardo III, Wycliffe, y la Reforma, son los cuatro pasos ascendentes del protestantismo en Inglaterra.

Guillermo de Normandía, un orgulloso príncipe, emprendedor y con visión de futuro, hijo ilegítimo de una campesina de Falaise y de Roberto el Diablo, duque de Normandía, comenzó

¹¹ Una versión anglosajona de los primeros cincuenta salmos se ha atribuido a Alfredo. No existe una prueba absoluta de que la obra sea suya, pero la atribución es razonablemente cierta.

una lucha contra el papado que duraría hasta la Reforma. Después de derrotar a los sajones en Hastings en el año 1066, tomó posesión de Inglaterra, bajo la bendición del pontífice romano. Pero el país conquistado estaba destinado a conquistar a su amo. Guillermo, que había invadido Inglaterra en nombre del Papa, tan pronto tocó el suelo de su nuevo reino, aprendió a resistir a Roma, como si la antigua libertad de la iglesia británica hubiese revivido en él. Estando firmemente decidido a no permitir que un príncipe extranjero o un prelado poseyeran en sus dominios una jurisdicción independiente a la suya, hizo los preparativos para una conquista mucho más difícil que la del reino anglosajón. El papado mismo le proporcionó armas. Los legados romanos prevalecieron sobre el rey para deponer al episcopado inglés en masa, y esto era exactamente lo que él deseaba. Para resistir al papado, Guillermo quería estar seguro de la sumisión de los sacerdotes de Inglaterra. Stigandio, arzobispo de Canterbury, había sido removido y Lanfranco de Pavía, quien había sido llamado de Bec en Normandía para llenar su lugar, fue comisionado por el Conquistador para doblegar al clero a la obediencia. Este prelado, quien llevaba una vida normal, abundaba en limosnas; litigante culto, político prudente, y hábil mediador, dándose cuenta que tenía que elegir entre su amo, el rey Guillermo, y su amigo el pontífice Hildebrando, dio la preferencia al príncipe. Se negó a ir a Roma, a pesar de las amenazas de la papa, y se dedicó resueltamente a la obra que el rey le había confiado. Los sajones a veces resistían a los normandos, como los británicos habían resistido a los sajones, pero la segunda batalla era menos gloriosa que la primera. En un sínodo reunido en la abadía de Westminster en el que el rey estaba presente, Guillermo ordenó a Wulfstan, obispo de Worcester, a que le entregara su báculo. El anciano se levantó y gritó airadamente: "¡Oh rey, de un mejor hombre lo he recibido, y a él solo lo devolveré!" Desgraciadamente, este "mejor hombre" no era Jesucristo. Luego, acercándose a la tumba de Eduardo el Confesor, y dirigiendo sus palabras al monarca fallecido, continuó: "Oh, mi señor, fuiste tú quien me obligó a asumir este cargo, pero, he aquí que un nuevo rey y nuevos primados promulgan nuevas leyes. No ante ellos, oh, señor, sino ante ti renuncio a mi báculo y al cuidado de mis ovejas". Con estas palabras, Wulfstan dejó su báculo pastoral en la tumba de Eduardo. Así, sobre el sepulcro del Confesor parecía la libertad de la jerarquía anglosajona. Los obispos sajones depuestos fueron enviados a fortalezas o encerrados en monasterios.

El Conquistador, habiendo asegurado la obediencia de los obispos, colocó la supremacía de la espada en oposición a la del Papa. Nombró directamente todos los cargos oficiales eclesiásticos vacantes, llenó sus arcas con las riquezas de las iglesias, requirió que todos los sacerdotes le hicieran juramento a él, y les prohibió excomulgar a sus oficiales sin su consentimiento, incluso por casos de incesto, y declaró que todas las decisiones sinodales deberían ser refrendadas por él. "Yo proclamo que voy a sostener en mi mano todos los báculos pastorales en mi reino," le dijo al arzobispo un día, mientras alzaba su brazo hacia el cielo. Lanfranco se sorprendió de este atrevido discurso, pero prudentemente se mantuvo en silencio, por un tiempo al menos. El episcopado no objetó las pretensiones reales.

¿Se doblegaría Hildebrando (Gregorio VII), el más inflexible de los papas, ante Guillermo? El rey era sincero en su deseo de esclavizar la Iglesia al Estado, el Papa en esclavizar

el Estado a la Iglesia; la colisión de estos dos poderosos campeones amenazaba con ser terrible. Pero el más altivo de los pontífices se atemorizó tan pronto sintió la mano envuelta en la cota de malla del Conquistador, y no opuso más resistencia. El Papa llenó de confusión a toda la cristiandad, puesto que él podía privar a los príncipes el derecho de investir a las dignidades eclesiásticas, pero Guillermo no le permitió interferir en los asuntos de Inglaterra, y Hildebrando accedió. El rey fue aún más lejos: el Papa, con el propósito de esclavizar al clero, había privado a los sacerdotes de sus esposas legítimas; Guillermo consiguió un decreto aprobado por el concilio de Winchester en 1076, según la cual los sacerdotes casados que vivían en castillos y ciudades no estaban obligados a despedir a sus esposas. Esto fue demasiado. Hildebrando llamó a Lanfranco a Roma, pero Guillermo le prohibió ir. "¡Nunca lo había hecho tal cosa un rey, ni siquiera uno pagano", exclamó Gregorio, "este hombre no tiene miedo de atentar contra la Santa Sede!" Para consolarse, exigió el pago del *óbolo de San Pedro* y un juramento de fidelidad. Guillermo le envió el dinero, pero se negó a rendirle homenaje, y cuando Hildebrando vio el tributo que el rey le había pagado, dijo con amargura: "¿Qué valor puede tener el dinero que se aporta con tan poco honor!" Guillermo prohibió a sus clérigos reconocer a un papa, o publicar una bula sin la aprobación real, lo que no impidió a Hildebrando que se refiriera a él como "la perla de los príncipes." "Es cierto", dijo a su delegado, "que el rey inglés no se comporta en ciertas cosas tan religiosamente como desearíamos.... Sin embargo, ten cuidado con exasperarlo.... Vamos a ganarlo seguramente para Dios y San Pedro con amabilidad y razonamiento que con rigor o severidad." De esta manera el Papa actuó igual que el arzobispo: prefirió guardar silencio. Es para gobiernos débiles que Roma se reserva sus energías.

Los reyes normandos, deseosos de fortalecer su trabajo, construyeron catedrales góticas en las salas de las iglesias de madera, en las que instalaban a sus soldados-obispos, como si se tratara de verdaderas fortalezas. En lugar de la fuerza moral y del humilde cayado de pastor, les dieron un poder secular y un cetro de mando. El episcopado religioso fue suplantado por la política. Guillermo Rufo se fue a extremos aún mayores que su padre. Aprovechando el cisma que dividió el papado, actuó sin un papa durante diez años, dejando vacantes abadías y obispados, inclusive el de Canterbury, y dilapidó escandalosamente sus ingresos. La cesaropapía (que transforma a un rey en papa) había alcanzado su mayor exceso, por lo que una reacción sacerdotal no tardaría mucho en aparecer.

CAPÍTULO CINCO

La Edad de Hierro de la Esclavitud Espiritual

(Siglos 11 al 13)

Ahora estamos entrando en una nueva fase de la historia. El romanismo estaba a punto de triunfar por los esfuerzos de los eruditos, de los enérgicos prelados y de los príncipes en los que la extrema imprudencia se unió al extremo servilismo. Esta fue la época de la dominación del papado, y lo veremos inescrupulosamente empleando el despotismo por el que se ha caracterizado.

Una enfermedad que ha de haber ocasionado algún grado de arrepentimiento en Guillermo Rufo, obligó a éste a llenar la vacante en la sede arzobispal. Y ahora Anselmo aparece por primera vez en Inglaterra. Nació en un valle de los Alpes, en la ciudad de Aosta, en Piamonte. Absorbiendo las instrucciones de su piadosa madre Ermenberga, y creyendo que el trono de Dios estaba colocado en las cumbres de gigantescas montañas, viendo en su derredor, el niño Anselmo subió a ellas en sus sueños, y recibió el pan del cielo de las manos del Señor. Desgraciadamente, después de años, reconoció otro trono en la iglesia de Cristo, e inclinó la cabeza ante la silla de san Pedro. En 1078 se convirtió en abad de Bec, en Normandía. Este era el hombre a quien Guillermo II convocó en 1093 para llenar el primado de Canterbury. Anselmo, que tenía entonces sesenta años de edad, se negó en un principio pues el carácter de Rufo le aterrorizaba. "La iglesia de Inglaterra," dijo él, "es un arado que debe ser tirado por dos bueyes de igual fuerza. ¿Cómo se puede uncir una vieja oveja tímida como yo junto a ese toro salvaje?" Finalmente aceptó y, disimulando una mente aguda bajo una apariencia de humildad, apenas había llegado a Inglaterra, antes de reconocer al Papa Urbano II (en contra del antipapa imperial Wibert que apoyaba al rey), exigió los bienes de su sede de los cuales el tesoro se había aprovechado, se negó a pagar al rey las cantidades que exigía, impugnó el derecho de la investidura contra Enrique I, prohibió a todos los eclesiásticos prestar el juramento feudal, y determinó que los sacerdotes deberían inmediatamente despedir a sus esposas. El escolasticismo,¹² de los cuales Anselmo fue uno de sus primeros representantes, liberó a la

¹² [Escolasticismo, una forma del medievalismo, era un método de sistematizar y exponer las doctrinas religiosas de acuerdo a las reglas de la lógica expuesta por Aristóteles].

iglesia del yugo de la realeza, pero sólo para encadenarla a la silla papal. Los grillos estaban a punto de ser remachados por una mano aún más enérgica, y lo que este gran teólogo había comenzado, un gran personaje mundano lo continuaría.

En las partidas de caza de Enrique II, un hombre llamó la atención de su soberano por su aire de franqueza, modales agradables, conversación ingeniosa y vivacidad exuberante. Este era Thomas Becket, nacido en 1118 de padres normandos de clase media. Siendo sacerdote y soldado, fue nombrado prebenda de Hastings por el rey a la vez que gobernador de la Torre. Cuando fue nombrado canciller de Inglaterra en 1155, se mostró no menos experto que Wilfrido en malversación de las riquezas de los menores de edad a su cargo, así como de las abadías y obispados, y se permitió los lujos más extravagantes. Enrique, el primero de los Plantagenet, un rey joven sin experiencia de veintidós años, después de haber notado el celo de Becket en la defensa de las prerrogativas de la corona, en 1162 lo nombró arzobispo de Canterbury. "Ahora, señor," remarcó el primado con una sonrisa, "cuando tenga que elegir entre el favor de Dios y el suyo, recuerde que es el suyo el que yo sacrificaré."

Becket, quien como guardián de los sellos había sido el más espléndido de los cortesanos, como arzobispo apuntaba a ser el más venerable de los santos. Él renunció a la cancellería, se vistió la túnica de monje, llevaba un saco de cilicio lleno de pulgas, se alimentaba de pan y agua, cada día se arrodillaba para lavar los pies a los pobres, se paseaba por el claustro de la catedral con los ojos llenos de lágrimas, y pasaba horas en oración ante el altar. Como defensor de los sacerdotes, incluso de los criminales, tomó bajo su protección a uno a quien al delito de seducción había añadido el asesinato del padre de su víctima.

Cuando los jueces le hicieron notar a Enrique que durante los primeros ocho años de su reinado un centenar de asesinatos había sido cometido por eclesiásticos, el rey convocó en 1164 un concilio en Clarendon, en el que ciertos reglamentos o constituciones fueron elaborados con el objeto de prevenir las usurpaciones de la jerarquía. Becket en un principio se negó a firmar, pero al fin accedió, y luego se retiró a un lugar solitario para llorar su culpa. El Papa Alejandro III lo liberó de su juramento de consentimiento, y luego comenzó una lucha feroz y larga entre el rey y el primado. Finalmente, cuatro caballeros de la corte, creyendo interpretar una expresión apresurada de su amo, bárbaramente asesinaron al arzobispo a los pies del altar de su propia catedral en la tarde del 27 de diciembre de 1170. La gente vio en Becket a un santo. Inmensas multitudes vinieron a rezar ante su tumba, en la que se decía que se realizaban muchos milagros. "Incluso desde la tumba, Becket rinde su testimonio en nombre del papado," decían sus partidarios.

Enrique ahora se paseaba de un lado a otro. Entró en Canterbury descalzo y se postró ante la tumba del mártir. Los obispos, sacerdotes y monjes, en número de ochenta, pasaron delante de él, cada uno con un látigo, y golpearon tres o cinco veces, según su rango, en los hombros desnudos del rey. En épocas anteriores, según una fábula sacerdotal, San Pedro había azotado a un arzobispo de Canterbury, ahora Roma, con sobria realidad, azotaba las espaldas de la realeza, y de ahora en adelante nada podía parar su victoriosa carrera. Un Plantagenet entregó a Inglaterra al Papa, y el Papa le dio autoridad para someter a Irlanda.

Roma, que había puesto el pie en el cuello de un rey, estaba destinada, bajo uno de los hijos de Enrique II, a poner el pie en el cuello de Inglaterra. El rey Juan, al no estar dispuesto a reconocer a un arzobispo de Canterbury nominado ilegalmente por el Papa Inocencio III, este último más atrevido que Hildebrando, ordenó en el reino un interdicto (1208). Muchos de los altos clérigos huyeron de Inglaterra para escapar de la ira del rey. Cinco años más tarde, como Juan seguía obstinado, el Papa animó a Felipe Augusto, rey de Francia, a invadir y gobernar a Inglaterra. Finalmente, Juan decidió someterse. El 15 de mayo de 1213 puso su corona a los pies del legado papal, declarando que entregaba el reino de Inglaterra al Papa y reconociéndolo como su señor supremo mediante un juramento.

Al poco tiempo, una protesta nacional reclamó airadamente las antiguas libertades del pueblo. Cuarenta y cinco de los nobles barones, envueltos en sus armaduras y montados a caballo, acompañados por unos dos mil caballeros además de un gran número de hombres armados y de infantería, se reunieron en Brackley durante las fiestas de Pascua en 1215, y enviaron una delegación al rey. "Aquí", le dijeron, "está la carta que consagra las libertades confirmadas por Enrique I, y que usted también ha jurado solemnemente observar."..... "¿Por qué no exigen mi corona también?" dijo el rey con furiosa pasión, y luego con un juramento, agregó: "Yo no les daré las libertades que me harán un esclavo". Pero la nación estaba firme en evitar la esclavitud. Los barones ocuparon Londres, y el 15 de junio de 1215 el rey firmó la famosa *Carta Magna* en Runnymede. El protestantismo político del siglo XIII habría hecho muy poco, sin embargo, por la grandeza de la nación sin el protestantismo religioso del siglo XVI.

Esta fue la primera vez que el papado entró en colisión con la libertad moderna. Se estremeció alarmado y el choque fue violento. Inocencio juró (como era su costumbre), y luego declaró sin valor ni efecto a la Carta Magna, al rey le prohibió respetar las libertades que él había confirmado, bajo pena de anatema, atribuyó la conducta de los barones a la instigación de Satanás, y les ordenó hacer una apología al rey, y que enviaran una delegación a Roma para que aprendieran de la boca del mismo Papa cómo debía ser el gobierno de Inglaterra. Esta fue la manera en que el papado dio la bienvenida a las primeras manifestaciones de la libertad entre las naciones, y dio a conocer el sistema modelo con el que reclamaba gobernar el mundo entero.

Los sacerdotes de Inglaterra apoyaron los anatemas pronunciados por su jefe. Se propagó un millar de burlas y sarcasmos contra Juan acerca de la carta que había aceptado: "Este es el vigésimo quinto rey de Inglaterra, no es un rey, ni siquiera un reyezuelo, sino la desgracia de los reyes. Un rey sin reino. La quinta rueda de un carruaje. ¡El último de los reyes y el oprobio de su pueblo! Yo no daría tres cacahuates por él..... *Fuisti rex nunc Fex* (fue rey, ahora un payaso)." Juan, incapaz de soportar su desgracia, gimió, rechinó los dientes, puso los ojos en blanco, arrancó los palos de la cerca y los mordisqueó como un loco, o los hacía pedazos en el suelo.

Los barones, indiferentes ante la insolencia del papa y ante la desesperación del rey, respondieron que ellos apoyarían la carta. Inocencio los excomulgó. "¿Es asunto del papa entrometerse en los negocios seculares?", preguntaron. "¿Con qué derecho los usureros viles y los simoníacos descarados dominan sobre nuestro país y excomulgan a todo el mundo?"

El papa pronto triunfó en toda Inglaterra. Su vasallo Juan, después de haber contratado a algunas bandas de aventureros del continente, atravesó todo el país, desde el Canal hasta el Fuerte. Estos mercenarios sembraron la desolación a su paso, extorsionaron con dinero, hicieron prisioneros, quemaron los castillos de los barones, devastaron sus parcelas y deshonraron a sus esposas e hijas. Si el rey iba a dormir a una casa, a la mañana siguiente le prendían fuego. Asesinos manchados de sangre recorrían el país durante la noche, con la espada en una mano y la antorcha en la otra, marcando su progreso con el asesinato y la conflagración. Tal fue la entronización del papado en Inglaterra. Al ver esto los barones, vencidos por la emoción, denunciaron tanto al rey como al papa: "¡Ay, pobre país!", exclamaron. "¡Miserable Inglaterra! ¡Y tú, papa, que te caiga un rayo de maldición!"

La maldición no se hizo esperar. Cuando el rey regresaba de una de sus incursiones más exitosas, y cuando los carruajes reales estaban cruzando las arenas del Wash, la marea subió y todo se hundió en el abismo. Este accidente llenó de terror a Juan; le parecía que la tierra se iba a abrir y que se lo tragaría vivo. Atacado por la disentería que se agravó por una indigestión de duraznos y de cidra, Juan llegó hasta Newark donde finalmente falleció.

Ese fue el fin del vasallo del Papa, su misionero armado en Gran Bretaña. Nunca hubo un príncipe tan vil con un motivo involuntario de beneficiar a su pueblo. De la época de su reinado, Inglaterra puede tomar como referencia el entusiasmo por la libertad y el miedo al papado.

Durante ese tiempo, una gran transformación se había logrado. Las magníficas iglesias y las maravillas del arte religioso, con las ceremonias y la multitud de oraciones y cánticos, deslumbraron a los ojos, encantaron a los oídos y cautivaron a los sentidos; pero testificaron también de la ausencia de toda fuerza moral y disposición cristiana, y del predominio de la mundanalidad en la iglesia. Al mismo tiempo, los cultos de *latría*, *doulía* e *hyperdoulía*,¹³ la adoración de imágenes y reliquias, de santos, de ángeles, de María la madre de Dios, eran indicios de que el pueblo mantenía esa ignorancia de la verdad y ausencia de la gracia que caracterizan al papismo. Todos estos errores tienden a provocar una reacción, y, de hecho, puede decirse que la marcha de la Reforma había comenzado.

Inglaterra, que había sido abatida por el papado, emergió de nuevo para resistir a Roma. Grosseteste, Bradwardine, y Eduardo III prepararon el camino a Wickliffe, y Wickliffe a la Reforma.

¹³ La iglesia romana distingue tres clases de culto: *latría*, o adoración a Dios; *doulía*, o adoración a los santos; *hyperdoulía*, o adoración a la virgen María.

CAPÍTULO SEIS

Grosseteste y Bradwardine

(Siglos 13 y 14)

Durante el reinado de Enrique III, hijo de Juan, mientras que el rey se confabulaba con las usurpaciones de Roma, y el Papa ridiculizaba las quejas de los barones, un piadoso hombre, enérgico y de entendimiento comprensivo se ocupaba en el estudio de las Sagradas Escrituras en sus lenguas originales, reverenciando su autoridad soberana. Roberto Grosseteste provenía de una familia pobre de Stradbroke, en Suffolk, y habiendo sido elevado a la sede de Lincoln en 1235, cuando tenía sesenta años de edad, audazmente se comprometió a reformar su diócesis, una de las más grandes de Inglaterra. Esto no era todo. En el mismo momento en que el pontífice romano, que hasta entonces se había contentado con llamarse el vicario de San Pedro, se proclamó el vicario de Dios, y ordenaba a los obispos ingleses a encontrar beneficios para *trescientos romanos*, Grosseteste estaba declarando que "seguir a un papa que se rebela contra la voluntad de Cristo, es separarse de Cristo y de su cuerpo, y si llegara el tiempo en que todos los hombres sigan a un pontífice que yerra, lo que sigue será una gran apostasía. Entonces los verdaderos cristianos se negarán a obedecer, y Roma serán la causa de un cisma sin precedentes". Así predijo la Reforma. Disgustado por la avaricia de los monjes y sacerdotes, visitó Roma para exigir una reforma. "Hermano", le dijo Inocencio IV con cierta irritación, "*¿Tienes tú envidia porque yo soy bueno?*" El obispo inglés exclamó con un suspiro: "¡Oh, dinero, dinero! ¡Cuán grande es tu poder, especialmente en esta corte de Roma!"

Apenas había transcurrido un año cuando Inocencio ordenó al obispo dar una canonjía en la catedral de Lincoln a su sobrino recién nacido. Grosseteste respondió: "Después del pecado de Lucifer no hay nada más opuesto al evangelio que el que arruina a las almas dándoles un ministro infiel. Los malos pastores son la causa de la incredulidad, la herejía, y el desorden. Quienes los introducen en la iglesia son un poco mejor que los anticristos, y su culpabilidad está en proporción a su dignidad. Aunque el jefe de los ángeles me ordenara cometer tal pecado, yo me negaría. Mi obediencia me impide obedecer, y por lo tanto me rebelo".

Así fue como respondió el obispo al requerimiento papal; la obediencia a la Palabra de Dios le prohibió obedecer al Papa. Este fue el principio de la Reforma. "¿Quién es este viejo hablador que en su senectud se atreve a juzgar mi conducta?", exclamó Inocencio, cuya ira fue aplacada por la intervención de algunos cardenales. Grosseteste en su lecho de muerte (murió en 1253) profesó aún más claramente los principios de los reformadores; declaró que una herejía era "una

opinión concebido por motivos carnales, *contraria a la Escritura*, impartida de manera abierta y obstinadamente defendida", afirmando así la autoridad de la Escritura en lugar de la autoridad de la iglesia. Murió en paz, y la voz pública lo proclamó "un buscador de las Escrituras, un adversario de la papa, y un menospreciador de los romanos." Inocencio, con el deseo de tomar venganza sobre sus cadáver, meditaba en la exhumación de su cuerpo, cuando una noche (dice el cronista medieval Mateo de París) el obispo apareció ante él. Acercándose a la cama del pontífice le golpeó con su báculo, y le habló con una voz terrible y una mirada amenazante: "¡Miserable!, el Señor no te permitirá tener ningún poder sobre mí. ¡Ay de ti!" La visión desapareció, y el papa, profiriendo un grito como si hubiera sido golpeado por una filosa arma, yacía sin sentido en su sofá. Nunca más pudo pasar una noche tranquila, y perseguido por los fantasmas de su turbada imaginación, al año de la muerte de Grosseteste, expiró mientras en el palacio se escuchaban el eco de sus lamentos.

Grosseteste no estaba sola en su oposición al Papa. Sewal, arzobispo de York, hizo lo mismo, y "cuanto más el Papa lo maldecía, más la gente lo bendecía." Un día dijo el arzobispo al pontífice: "Modera tu tiranía, porque el Señor dijo a Pedro: *Apacienta* mis ovejas, y no dijo *esquilarlas, desollarlas o devorarlas*." El Papa sonrió y dejó hablar al obispo, porque el rey permitió al Papa que actuara. El poder de Inglaterra, que iba en constante aumento, pronto fue capaz de dar más fuerza a estas protestas.

La nación, de hecho, fue creciendo en grandeza. La locura de Juan, que había causado que el pueblo inglés perdiera sus posesiones continentales, le había dado más unidad y poder. Los reyes angevinos, siendo obligados a renunciar por completo al país que había sido su cuna, tuvieron por fin que decidirse por considerar a Inglaterra como su hogar. Las dos razas, por largo tiempo hostiles, se fundieron en una sola. Se formaron instituciones libres; se estudiaron las leyes, y se fundaron colegios. El idioma comenzó a asumir una forma regular, y las naves de Inglaterra ya estaban listas en el mar. Durante más de un siglo los ejércitos británicos consiguieron las victorias más brillantes. Un rey de Francia fue llevado cautivo a Londres; un rey inglés fue coronado en París. Incluso España e Italia sentían el valor de estos isleños orgullosos. Los ingleses tomaron su posición en el rango de más importancia. Ahora bien, el carácter de una nación nunca se levanta a medias. Cuando los poderosos de la tierra se vieron caídos frente a ella, Inglaterra ya no podría arrastrarse a los pies de un sacerdote italiano.

En ningún período se habían creado leyes que atacaran al papado con tanta energía. A principios del siglo XIV, un inglés que había traído a Londres una de las bulas del Papa (una bula de un carácter enteramente espiritual era una excomunión) fue procesado como un traidor a la corona, y habría sido ahorcado, de no ser por la intercesión del canciller, y la sentencia le fue cambiada por el destierro perpetuo. La *ley común* fue el arma con la que el gobierno de ese entonces se opuso a las bulas papales. Poco después, en 1307, el rey Eduardo ordenó a los alguaciles resistir las pretensiones arrogantes de los agentes romanistas. Pero es con dos grandes hombres del siglo XIV, igualmente ilustres, con los que Inglaterra está en deuda por el desarrollo del elemento protestante en Inglaterra; uno fue un hombre de estado, y el otro un hombre de iglesia.

En 1346, un ejército inglés, con cerca de 15,000 soldados, se topó de frente en Crecy con un ejército francés de mucho mayor tamaño. Dos individuos de caracteres muy diferentes estaban en las huestes inglesas. Uno de ellos era el rey Eduardo III, un príncipe valiente y ambicioso, quien, estando resuelto a recuperar todo el poder a la autoridad real, y a Inglaterra toda su gloria, se había echado auestas la conquista de Francia. El otro era su capellán Bradwardine, un hombre de un carácter tan humilde que su mansedumbre se tomaba a menudo por estupidez. Y tan es así que, al recibir el palio en Aviñón de las manos del Papa en su encumbramiento a la sede de Canterbury, un bufón montado sobre un burro cabalgó por el atrio y pidió al pontífice que lo nombrara primado a él en lugar de ese cura imbécil.

Bradwardine fue uno de los hombres más piadosos de la época, y a sus oraciones se atribuye las victorias de su soberano. También fue uno de los más grandes genios de su tiempo, y ocupó el primer rango entre los astrónomos, filósofos y matemáticos. El orgullo de la ciencia lo tuvo al principio alejado de la doctrina de la cruz. Pero un día, mientras estaba en la casa de Dios y escuchaba la lectura de las Sagradas Escrituras, estas palabras golpearon en su oído: *No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*. Su ingrato corazón, nos dice, al principio rechazó con aversión esta doctrina humillante. Sin embargo, la Palabra de Dios había puesto su poderosa influencia sobre él, y se convirtió a las verdades que él había despreciado, e inmediatamente comenzó a exponer las doctrinas de la gracia eterna en el Merton College, Oxford. Había bebido tan profundo en la fuente de la Escritura que las tradiciones de los hombres le preocupaban muy poco, y estaba tan absorto en adorar en espíritu y en verdad, que no puso atención en las supersticiones. Sus conferencias fueron ávidamente escuchadas y distribuidas por toda Europa. La gracia de Dios era su esencia misma, como lo fue en la Reforma. Bradwardine contemplaba con tristeza cómo el pelagianismo iba sustituyendo por todas partes con su religiosidad externa a la vida interna de la cristiandad, y de rodillas luchaba por la salvación de la iglesia. "Al igual que en los tiempos antiguos, donde cuatrocientos cincuenta profetas de Baal lucharon contra un único profeta de Dios, así es ahora, oh, Señor", exclamó. "El número de aquellos que se unen a Pelagio contra tu gracia libre no se puede contar. Dicen que la gracia no se recibe gratuitamente, pero la compran. La voluntad de los hombres (dicen ellos) debe ir por delante, y la tuya debe seguirla: la de ellos es la esposa, y la tuya la sirviente..... ¡Ay! casi todo el mundo está caminando en los errados pasos de Pelagio. ¡Levántate, oh Señor, y juzga tu causa!"¹⁴ Y el Señor se levantó, pero hasta después de la muerte de este piadoso arzobispo, en los días de Wicliffe, quien se matriculó en Oxford probablemente poco después de la partida de Bradardine; y especialmente en los días de Lutero y de Calvino. Sus contemporáneos le dieron el nombre de *doctor profundo*.

Si Bradwardine anduvo con toda fidelidad en la senda de la fe, su mecenas Edward III avanzó triunfalmente en el ámbito de la política. El papa Clemente IV había decretado que los

¹⁴ *En relación a la Causa de Dios Contra Pelagio*, Libro 3, ed. H. Savile (Londres, 1618).

dos primeros puestos en la iglesia anglicana debían conferirse a dos de sus cardenales. "Francia se está haciendo inglesa", dijeron los cortesanos al rey, "y por vía de indemnización, Inglaterra se está haciendo italiana." Eduardo, deseoso de garantizar las libertades religiosas de Inglaterra, aprobó con el consentimiento del parlamento en 1350 el *Estatuto de Provisores*, que invalidaba todos los nombramientos eclesiásticos en contra de los derechos del rey, de los cabildos o de los protectores. Por lo tanto los privilegios de los cabildos y la libertad de los católicos ingleses, así como la independencia de la corona, fueron protegidos contra la invasión de los extranjeros, y el encarcelamiento o el destierro de por vida fue denunciado contra todos los infractores de la ley.

Este paso atrevido alarmó al pontífice. En consecuencia, tres años después, cuando el rey nombró a uno de sus secretarios para la sede de Durham, un hombre sin ninguna cualidad para convertirse en un obispo, el papa confirmó rápidamente el nombramiento. Cuando alguien expresó su asombro ante esto, el papa respondió: "Si el rey de Inglaterra hubiera nombrado a un asno, lo habría aceptado." Así fue como el papa retiró sus pretensiones. "Los imperios tienen su término", observa Thomas Fuller en su *Historia de Gran Bretaña*; "una vez que lo alcanzan, se detienen, se regresan, y caen."

El término parecía estar acercándose cada día. En el reinado de Eduardo III, entre 1343 y 1353, otra vez en 1364, y finalmente bajo Ricardo II en 1393, se aprobaron leyes estrictas que interceptaron toda apelación a la corte de Roma, todas las bulas del obispo de Roma, todas las excomuniones, etc. En una palabra, todos los actos que infringían los derechos de la corona, y declaró que cualquiera que trajera dichos documentos a Inglaterra, o los recibiera, o los publicara, o los ejecutara, debía ser puesto fuera de la protección del rey, privado de su propiedad, arrestado, y llevado ante el rey en un concilio para ser sometido a juicio de acuerdo a los términos de la ley. Ese fue el *Estatuto de Praemunire*.

Grande fue la indignación de los romanos al oír las noticias de esta ley: "Si el Estatuto de *Mortmain* puso al papa a sudar", dice Fuller, "con este de *Praemunire* le dio un ataque de fiebre." Un papa lo llamó "estatuto detestable, y crimen horrible." Tales eran los términos aplicados por los pontífices a todo lo que frustrara su ambición.

De las dos guerras llevadas a cabo por Eduardo, una contra el rey de Francia, y la otra contra el papismo, esta última fue la más justa e importante. Los beneficios que este príncipe había esperado obtener derivados de sus brillantes victorias en Crecy y Poitiers disminuyeron casi en su totalidad antes de su muerte, mientras que sus luchas con el papado, puesto que fueron basadas en la verdad, han ejercido aún en nuestros propios días una indiscutible influencia en los destinos de Gran Bretaña. Sin embargo, las oraciones y las conquistas de Bradwardine, quien proclamó durante esa época las doctrinas de la gracia, produjeron efectos aún mayores, no sólo para la salvación de muchas almas, sino para la libertad, la fuerza moral, y la grandeza de Inglaterra.

CAPÍTULO SIETE

Destellos de luz de Lutterworth

(1329-1380)

En la primera mitad del siglo XIV, casi doscientos años antes de la Reforma, Inglaterra lucía cansada del yugo de Roma. Bradwardine murió en 1349; pero uno más grande que él lo iba a suceder, sin alcanzar puestos tan altos, para exponer en su persona las pasadas y futuras tendencias de la iglesia de Cristo en la Gran Bretaña. La Reforma en Inglaterra no comenzó con Enrique VIII; el renacimiento del siglo XVI no es más que un eslabón de la cadena que comienza con los apóstoles y llega hasta nosotros.

La resistencia de Eduardo III al papado, por fuera, no había suprimido el papado por dentro. Los frailes mendicantes, y especialmente los franciscanos, que eran los soldados fanáticos de la papa, se esforzaban por monopolizar la riqueza del país mediante fraudes piadosos. "Todos los años," decían ellos, "San Francisco desciende del cielo al purgatorio, y libera las almas de todos los que fueron enterrados con la túnica de su orden." Se decía que estos frailes secuestraban niños y los encerraban en los monasterios. Fingían ser pobres, y con una billetera en la cintura pedían limosnas con aire lastimero tanto a ricos como a pobres; pero al mismo tiempo vivían en palacios, amontonando tesoros, vistiendo ropas costosas, y desperdiciando su tiempo en lujosos entretenimientos.¹⁵ Los de menor rango se consideraban a sí mismos como *señores*, y los que llevaban boinas de doctores se consideraban *reyes*. Mientras ellos se divertían comiendo y bebiendo en sus amplios comedores, solían enviar en su lugar a personas incultas e ignorantes a que predicaran fábulas y leyendas con el propósito de divertir y saquear al pueblo. Si algún hombre rico hablaba de dar limosna a los pobres y no a la iglesia, clamaban en voz alta contra tal impiedad, y declaraban con voz amenazante: "Si lo hace así vamos a salir del país y regresaremos acompañados por una legión de cascos relucientes." La indignación pública iba en aumento. "Los monjes y sacerdotes de Roma," era el grito unánime,

¹⁵ "Cuando ya tenían demasiado, tanto en grandes casas de esparcimiento como en lujosas vestiduras, en grandes fiestas y muchas joyas y tesoros." Wycliffe's *Tracts and Treatises*, edited by Wycliffe Society, p.224

"nos están carcomiendo como un cáncer. Dios debe liberarnos o al pueblo perecerá..... ¡Ay de ellos! La copa de la ira será derramada. Los hombres de la santa iglesia serán despreciados como carroña, como perros serán arrojados en lugares públicos".¹⁶

La arrogancia de Roma hizo que la copa se derramara. El Papa Urbano V, sin prestar atención a los laureles ganados por el Conquistador en Crécy y Poitiers, convocó a Eduardo III a reconocerlo como legítimo soberano de Inglaterra, y pagar como tributo feudal la suma anual de mil marcos. En caso de negativa, el rey debería comparecer ante él en Roma. Durante treinta y tres años, los papas nunca habían mencionado el tributo acordado por el rey Juan al papa Inocencio III, que siempre se había pagado de forma muy irregular. El conquistador de los Valois estaba irritado por esta insolencia de parte de un obispo italiano, y clamó a Dios para vengar a Inglaterra. Desde Oxford vino el vengador.

Juan Wycliffe, nacido por el año de 1329 cerca de Richmond, en Yorkshire, probablemente llegó a Oxford muy poco tiempo después de la partida del piadoso Bradwardine del Merton College. Él adquirió rápidamente una gran reputación por sus conocimientos y llegó a ser conocido como "flos Oxonie" (la flor u orgullo de Oxford). En 1348 una peste terrible, que se decía se había llevado a la mitad de la raza humana, apareció en Inglaterra después de haber devastado sucesivamente Asia y el continente europeo. Esta visitación del Todopoderoso sonó en el corazón de Wycliffe como la trompeta del día del juicio. Alarmado por los pensamientos de la eternidad, el joven pasaba días y noches en su celda gimiendo y suspirando y clamando a Dios que le mostrara el camino que debía seguir. Encontró la respuesta en las Sagradas Escrituras, y decidió darla a conocer a los demás. Comenzó con prudencia, pero al ser elegido en 1361 director de Balliol, y en 1365 guardián de Canterbury Hall (más tarde incorporado a la Iglesia de Cristo), comenzó a exponer la doctrina de la fe de una manera más enérgica. Sus estudios bíblicos y filosóficos, su conocimiento de la teología, su mente penetrante, la pureza de sus costumbres y su valor inquebrantable, le valieron ser objeto de admiración general. Profesor profundo, como Bradwardine, y predicador elocuente, exponía ante los eruditos durante el curso de la semana lo que se proponía predicar, y el domingo predicaba en la iglesia lo que había expuesto anteriormente. Sus disputas daban fuerza a sus sermones, y sus sermones arrojaban luz sobre sus disputas. Acusó a los clérigos de haber abandonado las Santas Escrituras, y requería que la autoridad de la Palabra de Dios debería ser restablecida en la iglesia. Fuertes aclamaciones coronaron esas discusiones, mientras que muchas mentes vulgares temblaban de indignación al oír esos sonoros aplausos.

Wycliffe estaba en la mitad de su vida cuando la arrogancia papal agitó a Inglaterra hasta sus cimientos. Siendo a la vez un político hábil y un ferviente cristiano, defendió vigorosamente los derechos de la corona frente a la agresión romana, y por sus argumentos no sólo iluminó a

¹⁶ Wycliffe, *La Última Edad de la Iglesia*.

sus compatriotas en general, sino que despertó el celo de varios miembros de ambas cámaras del Parlamento.

El parlamento se reunió, y tal vez nunca se había convocado por una cuestión que en grado tan alto despertaba las emociones de Inglaterra, y de hecho de la cristiandad. Los debates en la Cámara de los Lores fueron especialmente notables: todos los argumentos de Wycliffe se reprodujeron. "El tributo feudal se debe dar sólo a quien puede conceder la protección feudal a cambio. Ahora, ¿cómo pueden los salarios de la guerra del papa proteger a sus feudos?", dijo uno. "¿Es como vasallo de la corona o como feudal superior que el papa reclama parte de nuestra propiedad?", preguntó otro. "Urbano V no aceptará el primero de estos títulos... Bueno, está bien, pero los ingleses no reconocen el segundo." Un tercero dijo: "¿Por qué fue este tributo originalmente concedido? Pues para pagar al papa la absolución de Juan... Su demanda es, pues, mera simonía, una especie de estafa clerical a la que los lores, espirituales y temporales, deberían oponerse indignados." Otro orador dijo: "Inglaterra no pertenece al papa. El papa no es más que un hombre sujeto al pecado. Pero Cristo es el Señor de los señores, y este reino pertenece solo y únicamente a Cristo." Así hablaban los lores inspirados en Wycliffe. El Parlamento decidió por unanimidad que ningún príncipe tenía el derecho a enajenar la soberanía del reino sin el consentimiento de los otros dos estados, y que si el pontífice intentara proceder contra el rey de Inglaterra como su vasallo, el país se levantaría como un solo cuerpo para mantener la independencia de la corona.

No en vano hizo esta generosa resolución excitar la ira de los partidarios de Roma; no en vano afirmaban ellos que, por el derecho canónico, el rey debería ser privado de su feudo, y que Inglaterra ahora pertenecía al Papa. "No", respondió Wycliffe, "el derecho canónico no tiene vigencia cuando se opone a la palabra de Dios" Eduardo III hizo a Wycliffe uno de sus capellanes, y el papado cesó en reclamar desde aquella hora la soberanía de Inglaterra, por lo menos en términos explícitos.

Aunque el papa renunció a sus ambiciones temporales, deseaba mantener, por lo menos, sus pretensiones eclesiásticas, y procuraba derogar los estatutos de *Praemunire* y *Provisores*. Resolvió, por tanto, celebrar una conferencia en Brujas para tratar esta cuestión, y Wycliffe, que había sido nombrado doctor en teología dos años antes, procedió a ir con otros comisionados en abril de 1374, aunque solamente permaneció con ellos dos o tres meses. La decisión de la conferencia fue que el rey debería sentirse obligado a derogar las sanciones denunciadas contra los agentes pontificales, y que el Papa debería confirmar las pretensiones eclesiásticas del rey. Pero la nación no estaba satisfecha con este compromiso. "Los secretarios enviados desde Roma", dijeron los legisladores, "son más peligrosos para el reino que los judíos o los sarracenos; cada agente papal residente en Inglaterra, y todos los ingleses que vivan en la corte de Roma, deben ser castigados con la muerte". Tal era el lenguaje del *Parlamento Bueno* (1376). En el siglo XIV la nación inglesa llamaba parlamento *bueno* al que no cedía ante el papado.

Wycliffe, poco antes de su visita a Brujas, había sido propuesto por el rey a la rectoría de Lutterworth, y desde ese momento una actividad práctica se añadió a su influencia académica. En Oxford hablaba como un maestro a los jóvenes teólogos, en su parroquia se dirigió al pueblo

como predicador y como pastor. "El Evangelio", decía él, "es la única fuente de la religión. El pontífice romano es un simple ratero, y lejos de tener el derecho de reprender a todo el mundo, él puede ser legalmente reprendido por sus inferiores, e incluso por los laicos".

El papado se alarmó. Courtenay, cuarto hijo del conde de Devon, había sido recientemente nombrado para la sede de Londres; era un sacerdote arrogante pero severo y lleno de celo por lo que él creía que era la verdad. En el parlamento él había resistido a Juan de Gante, protector de Wycliffe, duque de Lancaster, tercer hijo de Eduardo III y cabeza de la casa del mismo nombre. El obispo, observando que las doctrinas del reformador se extendían entre la gente, tanto de la clase alta como de la baja, lo acusó de herejía, y lo citó a comparecer ante una asamblea reunida en la catedral de San Pablo.

El 19 de febrero de 1377, una inmensa multitud, incendiada de fanatismo, se acercó a la iglesia y llenó sus pasillos, mientras que los ciudadanos favorables a la Reforma permanecían escondidos en sus casas. Wycliffe avanzó, precedido por Lord Percy, mariscal de Inglaterra, y apoyado por el duque de Lancaster que lo defendía por motivos puramente políticos. Le acompañaban cuatro doctores en divinidad y su abogado. Pasó a través de la multitud hostil que veía a Lancaster como el enemigo de su libertad, y a él mismo como el enemigo de la iglesia. "Que la vista de estos obispos no lo hagan menguar un pelo en su profesión de fe", dijo el príncipe al doctor. "Son indoctos. Y en cuanto a este concurso de gente, no tema nada, estamos aquí para defenderlo". Cuando el reformador había cruzado el umbral de la catedral, la multitud que estaba dentro apareció como una pared sólida, y, a pesar de los esfuerzos del mariscal, Wycliffe y Lancaster no podían avanzar. El pueblo se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, se alzaron manos con violencia, y abucheos ruidosos hicieron eco a través del edificio. Por fin Percy hizo una abertura en la densa multitud y Wycliffe pudo pasar.

El altivo Courtenay, que había sido encargado por el arzobispo para presidir la asamblea, observaba estos extraños movimientos con ansiedad, y vio con desagrado al sabio doctor acompañado de los dos hombres más poderosos de Inglaterra. No dijo nada al duque de Lancaster, que en ese momento administraba el reino, pero volviéndose hacia Percy, le dijo agudamente: "Si yo hubiera sabido, mi señor, que usted pretendía ser el jefe de esta iglesia, yo habría tomado las medidas para prevenir su entrada". Lancaster fríamente replicó: "Él mantendrá su jefatura aquí, aunque usted diga que no".

Percy se volvió a Wycliffe, que había permanecido de pie, y le dijo: "Tome asiento y descanse". A lo que Courtenay, dando rienda suelta a su ira, exclamó en voz alta: "No es razonable que quien ha sido citado para comparecer ante el obispo lo haga sentado durante su interrogatorio. Él debe permanecer de pie". Lancaster, indignado de que a un sabio doctor de Inglaterra se le negara un favor que por su sola edad merecía (pues tenía unos cincuenta años de edad) respondió al obispo: "Señor mío, usted es muy arrogante; tenga cuidado... porque yo le puedo bajar su orgullo, y no el suyo solamente, sino el de toda la clerecía de Inglaterra". "Pero usted es peor que todos", fue la respuesta altanera de Courtenay. El príncipe, tratando de calmarse, respondió: "Usted es un insolente, señor. No hay duda de que usted confía en su familia..., pero sus familiares tendrán bastantes problemas para protegerse por sí mismos". A lo

que el obispo respondió calmadamente: "Mi confianza no está en mis padres, ni en ningún hombre, sino sólo en Dios, en quien confío y por cuya ayuda tendré el valor en decir la verdad". Lancaster, que sólo veía hipocresía en estas palabras, se dirigió a uno de sus asistentes y le susurró al oído, pero con suficiente volumen de voz como para que fuera escuchado por los que estaban allí: "Preferiría agarrar al obispo por los cabellos y sacarlo de la iglesia que dejarle este asunto en sus manos". Todo lector imparcial confesaría que el prelado habló con mayor dignidad que el príncipe. Apenas había pronunciado Lancaster estas palabras imprudentes cuando los partidarios del obispo cayeron sobre él y sobre Percy, y aun sobre Wycliffe, el único que se había mantenido en calma. Los dos nobles se resistieron, sus amigos y sirvientes los defendieron, el alboroto llegó al extremo y no había ninguna esperanza de restaurar la tranquilidad. Los dos lores escaparon con dificultad, llevándose a Wycliffe con ellos, y la asamblea terminó en una gran confusión.

Al día siguiente el conde-mariscal hizo un llamado al parlamento para detener a los perturbadores de la paz pública, pero el partido clerical, unido con los enemigos de Lancaster, llenó las calles con su gritería, y mientras el duque y el conde se escapaban por el Támesis, los amotinados se congregaron frente a la casa de Percy, rompieron las puertas, buscaron en cada recámara y metieron sus espadas en cada rincón oscuro. Cuando se enteraron de que había escapado, los alborotadores, imaginando que estaba oculto en el palacio de Lancaster, corrieron hacia el Savoy, que en ese tiempo era el edificio más suntuoso del reino. Mataron a un sacerdote que se esforzaba en detenerlos, derribaron las armas ducales, y las colgaron en la horca a la inversa, como las de un traidor. Habrían ido todavía más lejos si el obispo no les hubiera recordado muy oportunamente que era el tiempo de la cuaresma. En cuanto a Wycliffe, fue amonestado con una orden judicial contra la predicación de sus doctrinas.

Sin embargo, esta decisión de los sacerdotes no fue ratificada por el pueblo de Inglaterra. La opinión pública declaró a favor de Wycliffe. "Si él es culpable", dijeron, "¿por qué no se le ha castigado? Si es inocente, ¿por qué se le mandó a callar? Si es el más débil en el poder, es el más fuerte en la verdad". Y de hecho lo fue, y nunca había hablado con tanta energía. Él atacó abiertamente la pretendida silla apostólica, y declaró que los dos antipapas que se sentaron en Roma y Avignon eran el anticristo juntos (porque ese fue el período en el que hubo tres papas rivales al mismo tiempo, maldiciéndose unos a los otros). Estando ahora en oposición al Papa, Wycliffe pronto iba a confesar que sólo Cristo era el rey de la iglesia, y que no era posible que un hombre fuese excomulgado a menos que, primero y principalmente, él se excomulgara a sí mismo.

Roma no podía cerrar los oídos. Los enemigos de Wycliffe enviaron allá diecinueve proposiciones que se le atribuyen a él; y en el mes de Junio 1377, justamente cuando Ricardo II, un niño de diez años, hijo del Príncipe Negro, estaba ascendiendo al trono, tres cartas de Gregorio XI dirigidas al rey, al arzobispo de Canterbury y la universidad de Oxford, denunciaron a Wycliffe como hereje, recomendándoles proceder contra él como contra un ladrón común. El arzobispo emitió un citatorio, mientras que la corona y la universidad guardaron silencio.

En el día señalado, Wycliffe, sin la compañía de Lancaster ni de Percy, se dirigió a la capilla arzobispal en Lambeth. "Los hombres pensaban que sería devorado al meterse en la cueva del lobo", dice un historiador. Pero los burgueses habían tomado el lugar del príncipe. El asalto de Roma había despertado a los amigos de la libertad y de la verdad en Inglaterra. "Los escritos del Papa", dijeron, "no deben tener ningún efecto en el reino sin el consentimiento del rey. Cada hombre es amo en su propia casa".

El arzobispo apenas había abierto la sesión, cuando Sir Louis Clifford, representando a la viuda del príncipe de Gales (la madre de Ricardo II), entró en la capilla y prohibió al tribunal el proceso contra el reformador. Los obispos se llenaron de pánico: "agacharon sus cabezas como una caña movida por el viento", dice un historiador católico romano. Wycliffe se retiró después de haber entregado una protesta. "En primer lugar", dijo él, "yo he resuelto con toda mi corazón, y por la gracia de Dios, ser un cristiano sincero, y mientras tenga vida profesaré y defenderé la ley de Cristo por lo que yo tengo el poder". Los enemigos de Wycliffe atacaron esta protesta, y uno de ellos afirmó con entusiasmo que cualquier cosa que el papa ordenara debería ser considerada legal. "¿Qué?", respondió el reformador, "¿entonces el papa puede excluir del canon de las Escrituras cualquier libro que le desagrade, y alterar la Biblia a su antojo?" Wycliffe pensaba que Roma, habiendo tergiversado los fundamentos de la infalibilidad, los había aplicado de las Escrituras al papa, y estaba deseoso de poner todo en su verdadero lugar y de restablecer la autoridad de la iglesia a su fundamento verdaderamente divino.

Un gran cambio ahora se operaba en el reformador. Ocupándose menos en el reino de Inglaterra, se dedicó más tiempo al reino de Cristo. El énfasis político fue seguido por el religioso. Llevar las buenas nuevas del evangelio a las aldeas más remotas era ahora la gran idea que poseía Wycliffe. Si los frailes mendicantes (dijo) pasean por el país predicando las leyendas de los santos y de la historia de la guerra de Troya, nosotros debemos hacer, para la gloria de Dios, lo que ellos hacen para llenar sus bolsillos, y debemos formar una vasta evangelización itinerante para convertir almas a Jesucristo. Y volviéndose a los más piadosos de sus discípulos, les dijo: "Vayan y prediquen, es la obra más sublime, pero no imiten a esos sacerdotes a quienes vemos después del sermón sentados en las cervecerías, o en las mesas de juego, o malgastando su tiempo en la cacería. Después de que terminen su sermón, visiten a los enfermos, a los ancianos, a los pobres, a los ciegos y los inválidos, y ayúdenles de acuerdo a sus capacidades". Esa fue la nueva teología práctica que Wycliffe inauguró. Era la misma de Cristo.

Los "predicadores pobres", como se les llamó, partieron descalzos, con un bastón en la mano, vestidos con túnicas gruesas, viviendo de limosnas y satisfechos con la comida más simple. Se detenían en el campo cerca de las aldeas, en los cementerios, en los mercados de las ciudades, y a veces en las iglesias mismas. Muchas personas que los tenían como sus favoritos, se agolpaban a su alrededor, como los de Northumbria donde había predicado Aidan. Hablaban con una elocuencia popular que se ganaban completamente a quienes los escuchaban. De estos misioneros, ninguno fue más querido que Juan Ashton, un miembro del Merton College. A él se le podía ver vagando por el país en todas direcciones, o sentado en algún orfanatorio, o solitario

en algún cruce de caminos, o predicando ante una atenta muchedumbre. Misiones de este tipo han reaparecido constantemente en Inglaterra en las grandes épocas de la iglesia.

Los "predicadores pobres" no se contentaban con meras polémicas contra Roma, sino que predicaban el gran misterio de la piedad. "Un ángel no podría haber hecho la propiciación por la humanidad", dijo un día el maestro Wycliffe"; "porque la naturaleza con que ha pecado no es la de los ángeles. El mediador debe ser necesariamente un hombre; pero como cada hombre está en deuda con Dios por todo lo que ha cometido, ese hombre debe haber hecho un mérito infinito, y ser al mismo tiempo Dios".

El clero se alarmó, y aprobó una ley ordenando a todos los oficiales del rey a meter en la cárcel a los predicadores y sus seguidores. Como consecuencia de esto, tan pronto como el humilde misionero comenzaba a predicar, los monjes se ponían en movimiento. Lo observaban desde las ventanas de sus celdas, en las esquinas de las calles, o detrás de una cerca, y luego se apresuraban a prestarle ayuda. Pero cuando los policías se acercaban, un equipo de fornidos hombres se adelantaba, con las armas en sus manos rodeaban el predicador y celosamente lo protegían contra los ataques del clero. Así fueron mezcladas las armas carnales con las predicaciones de la palabra de la paz. Los pobres sacerdotes regresaban a su maestro; Wycliffe los consolaba, los aconsejaba y luego los enviaba de nuevo. Cada día esta evangelización alcanzaba un nuevo punto. Pero cuando la luz iba penetrando en cada rincón de Inglaterra, el reformador detuvo de repente su labor.

Wycliffe estaba en Oxford en el año de 1379, ocupado en el desempeño de sus funciones como profesor de teología, cuando cayó gravemente enfermo. La suya no era una constitución fuerte, y el trabajo, la edad, y, sobre todo, la persecución lo habían debilitado. Grande fue la alegría en los monasterios. Pero para que la alegría fuera completa, el supuesto hereje debería retractarse. No se escatimaron esfuerzos para que esto sucediera en sus últimos momentos.

Representantes de las cuatro órdenes religiosas, acompañados por cuatro regidores, se acercaron a la cabecera del moribundo con el propósito de asustarlo, amenazándolo con la venganza del Cielo. Lo encontraron tranquilo y sereno. "Usted tiene la muerte en sus labios", le dijeron; "sea tocado por sus faltas, y retráctese en nuestra presencia de todo lo que ha dicho en nuestro perjuicio". Wycliffe permaneció en silencio mientras que los visitantes ya saboreaban una fácil victoria. Pero cuanto más se acercaba el reformador a la eternidad, mayor era su horror a la falsa doctrina monástica. El consuelo que había encontrado en Jesucristo le había dado una nueva energía. Le pidió a su sirviente que lo inclinara en su sofá. Luego, débil y pálido, y apenas capaz de sostenerse a sí mismo, se volvió hacia los frailes que estaban esperando su retractación, fijando en ellos su mirada penetrante, y abriendo sus labios, dijo con énfasis: "No he de morir, sino que viviré, y otra vez denuncio las maldades de los frailes". Casi podríamos imaginarnos el espíritu de Elías amenazando a los sacerdotes de Baal. Los regentes y sus compañeros se miraron con asombro. Salieron de la habitación en confusión, y el reformador se recuperó para poner el broche de oro a la más importante de sus obras contra la falsa religión y contra del papa.

CAPÍTULO OCHO

La Estrella de la Mañana de la Reforma

(1380-1384)

El ministerio de Wycliffe había seguido un curso progresivo. Al principio él había atacado al papado; luego predicó el Evangelio a los pobres, y pudo dar un paso más al poner a la gente en permanente posesión de la palabra de Dios. Esta fue la tercera fase de su actividad.

El escolasticismo había puesto a las Escrituras en una misteriosa oscuridad. Es cierto que Beda había traducido el Evangelio de San Juan, que los eruditos de la corte de Alfredo habían traducido los cuatro Evangelios; que Elfrico en el reinado de Etelredo II había traducido algunos libros del Antiguo Testamento; que un sacerdote anglo-normando había parafraseado los Evangelios y los Hechos; que Richard Rolle, "el ermitaño de Hampole" (cerca de Doncaster) y algunos escritores piadosos en el decimocuarto siglo habían producido una versión de los Salmos, los Evangelios y Epístolas. Pero estos raros volúmenes estaban guardados como curiosidades teológicas en las bibliotecas de unos cuantos monasterios. Había por ese entonces la idea de que la lectura de la Biblia era perjudicial para los laicos, y en consecuencia, los sacerdotes la prohibieron, al igual que los brahmanes prohibían las Shastras a los hindúes. La tradición oral por sí sola que circulaba entre la gente, mezclaba las historias de las Sagradas Escrituras con las leyendas de los santos. El tiempo parecía propicio para la publicación de una Biblia. El incremento en la población, la atención que se le estaba dando al idioma inglés, el desarrollo que había recibido el sistema de gobierno representativo, el despertamiento de la mente humana; todas estas circunstancias favorecieron el plan del reformador.

Wycliffe, de hecho, no conocía el griego y el hebreo, pero ¿era esto un obstáculo para sacudir el polvo que durante siglos había cubierto la Biblia latina, y para traducirla al inglés? Él era un buen latinista, de sano entendimiento y una gran penetración, pero sobre amaba la Biblia, la entendía, y deseaba comunicar este tesoro a los demás. Imaginémoslo en su estudio, tranquilo; en la mesa está el texto de la Vulgata, corregido después con los mejores manuscritos; y esparcidos a su alrededor los comentarios de los doctores de la iglesia, especialmente los de San Jerónimo y Nicolás de Lyra. Entre diez y quince años procesó de manera constante su tarea; algunos eruditos le ayudaron con sus consejos, y uno de ellos, Nicolás Hereford, graduado de

Queen's College, parece haber traducido algunos capítulos.¹⁷ Por fin, entre 1380 y 1384, terminó. Este fue un gran acontecimiento en la historia religiosa de Inglaterra, que, adelantándose a las naciones del continente, se colocó a la vanguardia de la más importante obra de difusión de las Escrituras.

Tan pronto como la traducción estuvo terminada, el trabajo de los copistas comenzó, y la Biblia comenzó a circular ampliamente, completa o en porciones. La recepción de la obra superó las expectativas de Wycliffe. Las Sagradas Escrituras ejercieron una influencia revitalizadora en los corazones de las personas; la mente se iluminó; las almas se convirtieron; las voces de los "predicadores pobres" quedaron cortas en comparación con esta voz, algo nuevo había entrado en el mundo. Los ciudadanos, los soldados y las clases bajas acogieron con satisfacción esta nueva era con aclamaciones; los de la alta alcurnia, examinaron con curiosidad el libro desconocido, e incluso, Ana de Luxemburgo, esposa de Ricardo II, impulsada tal vez por su interés popular, comenzó a leer los Evangelios con diligencia. Pero hizo algo más: los dio a conocer a Tomás Arundel, arzobispo de York y canciller, y después un perseguidor, pero que ahora, impactado por la presencia de una dama extranjera, de una reina que humildemente dedicaba su tiempo libre al estudio de esos virtuosos libros, comenzó a leer él mismo, y reprendió a los prelados que descuidaban esta santa actividad. "Si te encontrabas a dos personas en el camino", escribe un escritor contemporáneo, "uno de ellos era discípulo de Wycliffe". Sin embargo, no todos en Inglaterra se alegraron por igual; el bajo clero se opuso a este entusiasmo con quejas y maldiciones. "El maestro Juan Wycliffe, mediante la traducción del Evangelio al inglés", decían los monjes, "ha hecho que sea más aceptable y más comprensible para los laicos e incluso para las mujeres lo que hasta entonces había sido sólo para los letrados e inteligentes profesores... La perla del evangelio se ha echado por todas partes y pisoteada por los cerdos". Nuevos enfrentamientos surgieron para el reformador. Dondequiera que él dirigía sus pasos era violentamente atacado. "Es una herejía hablar de la Sagrada Escritura en inglés", gritaban los monjes. "Ya que la iglesia ha aprobado los cuatro Evangelios, habría sido igual que los rechazara y admitiera otros. La iglesia sanciona y condena lo que le plazca... Aprendan a creer en la iglesia y no en el evangelio". Estos clamores no alarmaron a Wycliffe quien decía: "Muchas naciones han tenido la Biblia en su propio idioma. La Biblia es la fe de la iglesia. Aunque el papa y todos sus colaboradores deban desaparecer de la faz de la tierra, nuestra fe no sería un fracaso porque se funda sólo en Jesús, nuestro Maestro y nuestro Dios". Pero Wycliffe no estaba solo. En el palacio como en los hogares, e incluso en el parlamento, los derechos de las Sagradas Escrituras encontraron defensores. Cuando una moción fue hecha en la Cámara Alta

¹⁷ [Desde que estas palabras se escribieron, toda la cuestión ha sido investigada varias veces. Algunos eruditos modernos tienden a dudar de que Wycliffe haya sido el autor de la traducción que lleva su nombre. F.F. Bruce discute el asunto en *The English Bible* (1961), pp. 13-20. Puede al menos afirmarse que, desde el punto de vista tradicional, aunque se haya puesto en tela de duda su autoría, no ha sido desaprobada satisfactoriamente].

(1390) para confiscar todas las copias de la Biblia, el duque de Lancaster exclamó: "¿Entonces somos la escoria de la humanidad porque no podemos poseer las leyes de nuestra religión en nuestro propio idioma?"

Después de haber dado a sus compatriotas la Biblia, Wycliffe comenzó a reflexionar sobre su contenido. Este fue un nuevo paso en su caminar hacia adelante. Llega un momento en que el cristiano, salvado por una fe viva, siente la necesidad de dar cuenta a sí mismo de esta fe, y esto origina la ciencia de la teología. Este es un movimiento natural: si el niño, que al principio posee sensaciones y afectos solamente, a medida que crece siente la necesidad de la reflexión y el conocimiento, ¿por qué no habría de ser lo mismo con los cristianos? Wycliffe había incurrido en la política, en las misiones domésticas, en la Sagrada Escritura; le tocaba el turno a la teología, y esta fue la cuarta fase de su vida.

Está claro que hasta el año 1378 Wycliffe era un firme creyente en la doctrina de la transubstanciación, que se sitúa en el centro mismo del sistema católico romano. La creencia de que cuando en la misa, las "palabras de la consagración" son pronuncian por el "sacerdote", el pan y el vino se transforman milagrosamente en el cuerpo y la sangre del Señor. También está claro, sin embargo, (y aun podría afirmarse que sigue estando más claro) que tres años más tarde Wycliffe negó esta doctrina con una energía tremenda. De hecho, ahora estaba afirmando que nunca había habido una herejía tan sagazmente contrabandeada en la iglesia como la transubstanciación. Los motivos de su cambio completo son claros: él la denunció como contraria a la Escritura (tanto en los Evangelios como en las Epístolas) porque no estaba respaldada por la tradición de la iglesia primitiva,¹⁸ se oponía claramente al testimonio de los sentidos, y se basaba en un falso razonamiento.¹⁹ Proclamó además, con un inmenso vigor, que la doctrina era esencialmente idólatra y producto de las reclamaciones arrogantes sacerdotales sin garantía en la Escritura. En resumen, la doctrina de la misa fue para Wycliffe en los últimos años de su vida un "engaño blasfemo", o, para usar el lenguaje exacto, "una verdadera abominación desoladora en el lugar santo".

Cuando los enemigos de Wycliffe oyeron estas proposiciones, aparentemente se horrorizaron, sin embargo, en secreto se deleitaban con la idea de destruirlo. Se reunieron para

¹⁸ [Tampoco la iglesia anglosajona había profesado esta doctrina. "La hostia es el cuerpo de Cristo, no corporal, sino espiritual", dijo Aelfrico en el siglo X en una carta dirigida al arzobispo de York. Berengario de Tours, en el siglo XI, había escrito un tratado negando la posibilidad de un cambio substancial en los elementos, y refutando a Lanfranco, arzobispo de Canterbury, que había enseñado en Inglaterra que en la palabra de un sacerdote Dios abandona el cielo y desciende sobre el altar].

¹⁹ [La obra de Lechler *Wycliffe y sus Precursores Ingleses*, pp. 340-51, puede ser consultada sobre todos estos puntos].

analizar doce tesis que él había publicado, y pronunciaron contra él la suspensión de toda su enseñanza, el encarcelamiento y la excomunión mayor.²⁰ Al mismo tiempo, sus amigos se alarmaron, su celo se enfrió y muchos de ellos lo abandonaron. El duque de Lancaster, en particular, no podía seguirle en este nuevo ámbito. Este príncipe no tenía objeción a una oposición eclesiástica que podría serle de ayuda para sus fines políticos, y para ello había tratado de aprovechar los talentos y el valor del reformador; pero temía una oposición dogmática que lo pudiera comprometer. El cielo se llenaba de negros nubarrones; Wycliffe estaba solo.

La tormenta no tardó en aparecer. Un día, mientras estaba sentado en su silla doctoral en Oxford, y tranquilamente explicaba la naturaleza de la cena del Señor, un oficial entró en la sala y le leyó la sentencia de condenación. Fue una táctica de sus enemigos al humillar al profesor frente a sus discípulos. Lancaster se alarmó inmediatamente, y acercándose apresuradamente hasta su viejo amigo le rogó, incluso le ordenó, que ya no insistiera en este tema. Atacado por todos lados, Wycliffe permaneció en silencio durante un tiempo. ¿Deberá sacrificar la verdad para salvar su reputación, su reposo y tal vez su vida? ¿Le convendría sacar lo mejor de la fe? ¿Prevalecería Lancaster sobre Wycliffe? No, su valor era invencible. "Desde el año mil", dijo él, "todos los doctores han estado en el error del sacramento del altar, excepto, tal vez, de Berengario de Tours. ¿Cómo podéis tú, sacerdote, que no sois más que un hombre, hacer lo que corresponde a tu Hacedor? ¡Qué! La cosa que va creciendo en los campos, esa mazorca que hoy desgranáis, ¿mañana será Dios!... Si no podéis hacer las obras que Él hizo, ¿cómo podréis hacer a Aquel que hizo las obras? ¡Ay de la generación adúltera que ha creído en el testimonio de Inocencio en lugar del Evangelio!" Wycliffe exhortó a sus adversarios a refutar las opiniones que habían condenado, y dándose cuenta que lo amenazaban con un castigo civil (la prisión), apeló al rey.

El tiempo no era favorable para una apelación. Una circunstancia fatal aumentó el peligro de Wycliffe. Wat Tyler y un sacerdote disoluto llamado Ball, aprovechando el descontento provocado por la rapacidad y la brutalidad de los recaudadores de impuestos, habían ocupado Londres con una tremenda compañía de seguidores. John Ball mantenía el ánimo de los insurgentes, no con exposiciones del evangelio, como hacían los sacerdotes pobres de Wickliffe, sino con comentarios agresivos, como en el siguiente dístico que habían elegido como su lema:

Cuando Adán araba y Eva hilaba,
¿quién era entonces el caballero?

Hubo muchos que no sentía ningún escrúpulo en atribuir estos trastornos al reformador, en los cuales nada tenía que ver. Y Courtenay, obispo de Londres, que había sido trasladado a la sede de Canterbury, no perdió tiempo en convocar a un sínodo para pronunciarse sobre este asunto. Era a mediados de mayo, alrededor de las dos de la tarde, y procedían a dictar la

²⁰ [La "excomunión mayor", a diferencia de la "menor", priva a un hombre del derecho de administrar o recibir los sacramentos, y de toda relación pública o privada con sus compañeros cristianos].

sentencia contra Wycliffe, cuando un severo terremoto sacudió a la ciudad de Londres y a todo el Reino Unido, por lo que los miembros del concilio se alarmaron y exigieron por unanimidad el aplazamiento de una decisión que parecía tan manifiestamente reprobada por Dios. Pero el arzobispo hábilmente utilizó este extraño fenómeno para sus propios propósitos: "¿No saben que los vapores nocivos que se incendian en el seno de la tierra y dan lugar a estos fenómenos alarmantes pierden toda su fuerza cuando estallan? Pues bien, de igual manera, al rechazar a los malos de nuestra comunidad, vamos a poner fin a las convulsiones de la iglesia". Los obispos recuperaron su valor; y uno de los oficiales del primado leyó diez proposiciones, que dijo eran de Wycliffe, pero atribuyéndole determinados errores de los que él era bastante ajeno. Lo siguiente excitó más la ira de los sacerdotes: "Dios debe obedecer al diablo. Después de Urbano VI no debemos recibir a nadie como papa sino que debemos vivir de acuerdo a la manera de los griegos." Las diez proposiciones fueron condenadas como heréticas, y el arzobispo les ordenó a todas las personas a huir de quienes predicaban los errores mencionados, como si huyeran de una serpiente venenosa. "Si permitimos que este hereje apele continuamente a las pasiones de la gente", dijo el primado al rey, "nuestra destrucción es inevitable. Debemos silenciar a estos *lolardos*,²¹ a estos cantantes de salmos". El rey dio la autoridad de "confinar en las prisiones del estado a todo el que apoyara las proposiciones condenadas".

Día a día el círculo se iba reduciendo alrededor de Wycliffe. El prudente Felipe Repingdon, el ilustre Nicolás de Hereford, y hasta el elocuente Juan Ashton, el más firme de los tres, se apartaron de él. El veterano campeón de la verdad que una vez habían reunido a toda una nación a su alrededor, había llegado a los días en que los "hombres fuertes se inclinarán a sí mismos", y ahora, acosado por la persecución, se encontraba solo. Pero audazmente con la frente en alto, exclamó: "La doctrina del evangelio nunca perecerá; y si la tierra una vez tembló, fue porque condenaron a Jesucristo".

Él no se detuvo aquí. A medida que su fuerza física disminuía, su fuerza moral iba aumentando. En lugar de esquivar los golpes dirigidos a él, resolvió enfrentarlos. Sabía que si el rey y la nobleza estaban con los sacerdotes, la cámara baja y los ciudadanos estaban a favor de la libertad y la verdad. Por ello, presentó una petición audaz a la Cámara de los Comunes en el mes de Noviembre de 1382. "Puesto que Jesucristo derramó su sangre para liberar a su iglesia, yo exijo esa libertad. Exijo que cada uno pueda salir de esos muros sombríos [los monasterios], dentro de los cuales prevalece una ley tirana, y que abracen una vida sencilla y tranquila bajo la bóveda del cielo abierto. Exijo que a los habitantes pobres de nuestras ciudades y pueblos no se les obligue a mantener a un sacerdote terrenal que a veces es un hombre vicioso y hereje, para que satisfaga su ostentación, su glotonería y para que se dé lujos como comprar un caballo de pura sangre, costosas sillas de montar, bridas con campanillas, prendas ricas y abrigos de pieles,

²¹ [El origen del término "lolardos" es incierto. Algunos lo derivan del holandés antiguo "lollen", que significaba cantar o canción; mientras que otros del latín "lolium", que significa cizaña (porque se había mezclado con el trigo católico)].

mientras las esposas de los feligreses, sus hijos y vecinos se mueren de hambre."²² La Cámara de los Comunes, recordando que no habían dado su consentimiento para la ley persecutoria elaborada por el clero y aprobada por el rey y los lores, exigió su derogación. ¿No estaba la Reforma a punto de comenzar por la voluntad del pueblo?

Courtenay, indignado por la intervención de los Comunes, y cada vez más estimulado por el celo por su iglesia, lo que no hizo por la Palabra de Dios, visitó Oxford en noviembre de 1382, y después de haber reunido en torno suyo a una serie de obispos, doctores, sacerdotes, estudiantes y laicos, convocó a Wycliffe a que compareciera ante él. Una generación atrás el reformador se había acercado a la universidad de Oxford que había sido su casa ¡y ahora se volvía en su contra! Debilitado por las labores, por las pruebas, por esa alma ardiente que habitaba su cuerpo débil, podría haberse negado a comparecer. Pero Wycliffe, que nunca temió enfrentarse a los hombres, se presentó ante ellos con una limpia conciencia. Podemos conjeturar que había entre la multitud algunos discípulos que sentían sus corazones arder al ver a su amo, pero sin dar señales de manifestar sus emociones. El silencio solemne de la corte había logrado acallar los gritos de los jóvenes entusiastas. Sin embargo, Wycliffe no se desesperó; levantó su venerable cabeza, y se volvió a Courtenay con esa mirada de confianza que en los pasados días había hecho que sus oponentes se encogieran de temor. Creciendo en ira contra los *sacerdotes de Baal*, les reprochó la difusión de errores con el fin de vender sus misas. Entonces se detuvo, y pronunció estas palabras simples y enérgicas: "¡La verdad prevalecerá!" Habiendo hablado así se dispuso a salir de la corte. Sus enemigos no se atrevían a decir una palabra, y, al igual que su divino Maestro de Nazaret, pasó por en medio de ellos, y no hubo quien se aventurara a detenerlo. Luego se retiró a su parroquia de Lutterworth.

Pero no había llegado aún a puerto seguro. Él vivía pacíficamente entre sus libros y sus feligreses, y parecía que los sacerdotes se habían resignado a dejarlo en paz, cuando otro golpe le fue dirigido. Una breve cumbre papal lo llamó a Roma a comparecer ante ese tribunal que tantas veces había derramado la sangre de sus adversarios. Sus achaques corporales lo convencieron de que no podía obedecer a esta convocatoria. Pero si Wycliffe se negaba a escuchar a Urbano, Urbano no tenía oportunidad de escuchar a Wycliffe. La iglesia estaba en ese momento dividida entre dos jefes: Clemente VII a quien reconocían Francia, Escocia, Saboya, Lorena, Castilla y Aragón; y Urbano VI, a quien reconocían Italia, Inglaterra, Suecia, Polonia y Hungría. Wycliffe les haría saber quién era el verdadero jefe de la Iglesia universal. Y mientras que los dos papas se excomulgaban y maldecían uno al otro, y vendían los cielos y la tierra para su propio beneficio, el reformador estaba confesando que era la Palabra incorruptible la que establece una verdadera unidad en la iglesia: "Yo creo que el evangelio de Cristo es el cuerpo entero de la ley de Dios. Yo creo que Cristo, quien nos lo dio, es verdadero Dios y verdadero hombre, y que esta revelación del Evangelio sobrepasa a todas las otras partes de la Sagrada Escritura. Yo creo que

²² Un reclamo de Juan Wycliffe. *Tratados y Disertaciones*, editado por la Sociedad Wycliffe, p. 268

el obispo de Roma está obligado, más que cualquier otro hombre, a someterse, porque la grandeza de los discípulos de Cristo no consistió en dignidad mundana o en honores, sino en seguir exactamente el ejemplo de Cristo en su vida y conducta. Ningún hombre fiel debe seguir al papa, excepto en los puntos en los que él lo siga a Jesucristo. El papa debería dejar todo poder secular, todo gobierno y dominio temporal, y con ello exhortar más y más eficazmente a todo su clero... Si yo obrara conforme a mi deseo en mi propia persona, seguramente me presentaría ante el obispo de Roma, pero el Señor ha indicado en sentido contrario, y me ha enseñado que es mejor obedecer a Dios que a los hombres".

Urbano, quien por ese tiempo estaba muy ocupado en su pleito con Clemente, no creyó que fuera prudente comenzar otra contienda con Wycliffe, y dejó las cosas como estaban. A partir de este tiempo el doctor pasó el resto de sus días en paz y en compañía de tres personajes, dos de los cuales eran sus amigos particulares, y el tercero, su constante adversario: se trataba de *Aletheia*, *Phronesis*, y *Pseudes*. *Aletheia* (la verdad) propone preguntas; *Pseudes* (la falsedad) insta a las objeciones, y *Phronesis* (el entendimiento), establece la sana doctrina. Estos tres personajes llevan una conversación (diálogo tripartito) en el que las grandes verdades son profesadas audazmente. La oposición entre el papa y Cristo, entre los cánones del romanismo y la Biblia, estaba pintada en colores llamativos. Esta es una de las verdades primarias que la iglesia nunca debe olvidar. "La iglesia ha caído", dijo a uno de los interlocutores en la obra en cuestión, "porque ella ha abandonado el evangelio y prefiere las leyes del papa. Aunque hubiera un centenar de papas en el mundo al mismo tiempo, y todos los frailes se transformaran en cardenales, deberíamos retener nuestra confianza en ellos en materia de fe, en la medida en que ellos se fundamenten en la Sagrada Escritura".

Estas palabras fueron el último destello de la antorcha. Wycliffe se dio cuenta que su fin estaba cerca, y no pensaba que moriría en paz. Un calabozo en una de las siete colinas, o una pila ardiente en Londres, era lo que esperaba. "¿Por qué hablas de buscar una corona de martirio tan lejos?", preguntaba. "Predica el evangelio de Cristo a los arrogantes prelados y el martirio te llegará solo. ¡Qué! ¿Debo vivir y estar callado?... ¡Nunca! Que venga el golpe, lo estoy esperando".

El golpe le fue perdonado. La guerra entre dos sacerdotes inicuos, Urbano y Clemente, dejó a los discípulos de nuestro Señor en paz. Y además, ¿valía la pena acortar una vida que ya se acercaba a su fin? Wycliffe, por lo tanto, continuó tranquilamente predicando a Jesucristo, y el 29 de diciembre de 1384, mientras estaba en su iglesia de Lutterworth, en medio de su rebaño, recibió repentinamente un ataque de parálisis. Fue llevado a su casa por los fieles amigos que le rodeaban, y después de una agonía de cuarenta y ocho horas, entregó su alma a Dios en el último día del año.

Así fue retirado de la iglesia uno de los testigos más audaces a la verdad. La seriedad de su lenguaje, la santidad de su vida, y la energía de su fe, habían intimidado al papado. Los viajeros cuentan que si un león se aparece en el desierto, es suficiente con fijar la mirada en él, y la bestia se alejará rugiendo lejos del ojo del hombre. Wycliffe había fijado sus ojos de cristiano en el papado, y el papado atemorizados le había dejado en paz. Perseguido sin cesar mientras

vivía, murió tranquilo; en la vida y en la muerte fue un fiel testigo de la verdad de la Palabra de Dios. Un final glorioso para una vida gloriosa.

La Reforma de Inglaterra había comenzado. Wycliffe es el más grande de los reformadores ingleses; fue en verdad el primer reformador de la cristiandad, y es por él, bajo el señorío de Dios, que Gran Bretaña está en deuda por el honor de haber tenido al más importante hombre que atacó el sistema teocrático de Gregorio VII. La obra de los valdenses, excelente como fue, no se puede comparar a la de él. Si Lutero y Calvino son los padres de la Reforma, Wycliffe es su abuelo.

Wycliffe, como la mayoría de los grandes hombres, poseía cualidades que generalmente no se encuentran juntas. Mientras que su entendimiento era eminentemente especulativo (su tratado sobre *la realidad de las ideas universales* causó sensación en la filosofía), poseía esa mente práctica y activa que caracteriza a la raza anglosajona. Como teólogo, era a la vez escritural y espiritual, profundamente ortodoxo, y poseedor de una viva fe interior. Con una audacia que lo impulsó a precipitarse en medio del peligro, combinó una mente lógica y coherente, que constantemente le llevó adelante en el conocimiento, y le llevó a mantenerse con constancia en las verdades que una vez había proclamado. Antes que todo, fue un cristiano que dedicó toda su fuerza a la causa de la iglesia; pero al mismo tiempo fue un ciudadano; y el reino, su nación y su rey, tuvieron también una gran parte en su actividad incansable. Fue un hombre completo.

Si como hombre es admirable, su enseñanza no es menos. La Escritura, que es la regla de la verdad, debe ser (de acuerdo con sus puntos de vista) la regla de la reforma, y debemos rechazar toda doctrina y todo precepto que no descansa sobre ese fundamento. Él declaró que, creer en el poder del hombre en la obra de regeneración, es la gran herejía de Roma, y de ese error ha venido la ruina a la iglesia. La conversión procede de la gracia de Dios solamente, y el sistema que la atribuye en parte al hombre y en parte a Dios es peor que el pelagianismo. Cristo lo es todo en el cristianismo; todo aquel que abandona la fuente que está siempre lista para impartir vida, y se vuelve a las aguas turbias y estancadas, es un loco. La fe es un don de Dios que pone a un lado todo mérito y debe desterrar todo el miedo de la mente. La única cosa necesaria en la vida cristiana y en la Cena del Señor no es un formalismo inútil y ritos supersticiosos, sino la comunión con Cristo de acuerdo al poder de la vida espiritual. Los cristianos no deben someterse a la palabra de un sacerdote, sino a la Palabra de Dios. En la iglesia primitiva no había más que dos oficios, el diácono y el anciano o presbítero; el anciano y el obispo eran lo mismo. La vocación más sublime que el hombre puede alcanzar en la tierra es la de predicar la palabra de Dios. La verdadera iglesia es la asamblea de los justos por los que Cristo derramó su sangre. En tanto que Cristo está en el cielo, la iglesia posee en Él al mejor papa. Es posible que un papa sea condenado en el último día a causa de sus pecados. ¿Pueden los hombres obligarnos a reconocer como nuestra cabeza "a un demonio del infierno?" Tales fueron

los puntos esenciales de la doctrina de Wycliffe. Fue el eco de la doctrina de los apóstoles y el preludio de la de los reformadores.²³

En muchos aspectos Wycliffe es el Lutero de Inglaterra, pero los tiempos de avivamiento aún no había llegado, y el reformador inglés no pudo obtener notables victorias sobre Roma como el reformador alemán. Mientras Lutero estaba rodeado por un número cada vez mayor de estudiosos y de príncipes que confesaron la misma fe que él, Wycliffe brillaba casi solo en el firmamento de la Iglesia. La audacia con la que sustituyó al formalismo supersticioso por una espiritualidad viva causó que se volvieran atrás atemorizados los que antes le habían acompañado en su lucha contra los frailes, sacerdotes y papas. El pontífice romano estaba presto en ordenar que fuera echado a la cárcel, y los monjes amenazaban su vida, pero Dios lo protegió, y mantuvo la calma en medio de las maquinaciones de sus adversarios. Dijo: "El Anticristo sólo puede matar el cuerpo". Habiendo tenido ya un pie en la tumba, él predijo que, del mismo seno del clericalismo, algún día procedería la regeneración de la iglesia. "Si los frailes, a quienes Dios les permite enseñar, se convirtieran a la religión primitiva de Cristo", dijo él, "los veremos abandonar su incredulidad, retornando libremente, con o sin el permiso del Anticristo, a la religión primitiva de el Señor, y edificarían la iglesia como lo hizo San Pablo".

²³ [Juan Wycliffe y sus Precursores Ingleses, del profesor Gotthard Lechler (descrito por el Prof. Lorimer, quien lo tradujo del alemán como "una historia preliminar de la Reforma") debe ser consultado por todos los que quieran llegar a una comprensión más amplia de la doctrina de Wycliffe. Hablando sobre la doctrina de la iglesia de Wycliffe, él escribe lo siguiente: "Hay una característica peculiar de su idea fundamental de la Iglesia. No es que esta peculiaridad sea nueva, o que haya pertenecido solamente a Wycliffe (él pensaba lo mismo que San Agustín, como es bien sabido), pero es una de las de mayor importancia, y corre como un hilo de grana a través de todo el sistema de pensamiento de Wycliffe. Queremos decir con esto que, aunque la Iglesia no es más que el *número total de los elegidos*.... para Wycliffe, el fundamento eterno o la base de la Iglesia radica en la elección divina... él se coloca en oposición deliberada a la idea de que es la Iglesia la que prevaleció en su tiempo... por lo cual los hombres tomaron a la Iglesia en el sentido de la Iglesia Católica visible, es decir, la comunión organizada de la jerarquía. Wycliffe, por el contrario, buscaba el centro de gravedad de la Iglesia en la eternidad pasada, por encima del mundo invisible.... Un alma se incorpora con Cristo, o se desposa con Cristo, no por algún acto del hombre, ni por medios terrenales y signos visibles, sino por el decreto de Dios, según Su eterna elección y su pre-ordenación. La Iglesia, pues, tiene en el mundo visible sólo su manifestación, su peregrinaje temporal; tiene su casa y su origen, como también su fin, en el mundo invisible, en la eternidad. Toda persona devota cristiana debe todo lo que posee en su vida interior a la regeneración, que es el fruto de la elección. Es sólo en virtud de la elección gratuita de Dios que el individuo pertenece al número de los salvados.... Además, así como Wycliffe trae de nuevo la conversión, la salvación, y la membresía de la Iglesia a la elección de la gracia, es decir, el decreto eterno y gratuito de Dios en Cristo, al mismo tiempo, está muy lejos de suponer lo que hasta ese momento era universal, que la participación en la salvación y la esperanza del cielo estaban condicionados exclusivamente por la conexión del hombre con la iglesia oficial, y que dependían enteramente de la mediación del sacerdocio. Esta es, pues, la idea de Wycliffe sobre la Iglesia, como el reconocimiento del acceso gratuito e inmediato de los creyentes a la gracia de Dios en Cristo; en otras palabras, el sacerdocio universal de los creyentes". (RTS. Edición revisada por Lorimer, pp. 288-90).]

Ese fue el panorama que percibió Wycliffe a casi un siglo y medio de que el joven monje Lutero, en el convento agustino de Erfurth, se convirtiera por la lectura de la epístola a los Romanos y retornara al espíritu de San Pablo y a la religión de Jesucristo. El tiempo se apresuraba para el cumplimiento de esta profecía. "La estrella de la mañana de la Reforma", por lo que fue conocido Wycliffe, había aparecido en el horizonte, y sus rayos no serían ya más extinguidos, aunque densas nubes lo opacarían a veces en vano. Las cumbres de la Europa Central pronto reflejarían sus rayos,²⁴ y su luz penetrante, aumentando en brillantez, se derramaría sobre todo el mundo en la hora de la renovación de la iglesia, llenando de conocimiento y de vida.

²⁴ Juan Huss en Bohemia.

CAPÍTULO NUEVE

La Quema de Lolardos

(Siglo 15)

La muerte de Wycliffe manifestó el poder de su enseñanza. Al ya no estar su maestro, sus discípulos pusieron las manos en el arado, e Inglaterra casi fue ganada por las doctrinas del reformador. Los wyclifitas reconocían un ministerio independiente de Roma, y derivaban la autoridad solamente de la Palabra de Dios. "Cada ministro", decían, "puede administrar los sacramentos y conferir la cura de almas igual que el papa." Ante la riqueza licenciosa del clero ellos oponían la pobreza cristiana, y ante el ascetismo degenerado de las órdenes mendicantes, ellos ofrecían una vida espiritual y libre. La gente del pueblo rodeaba a estos humildes predicadores; los soldados los escuchaban armados con espadas y escudos para defenderlos; los nobles tiraron las imágenes de sus capillas señoriales; y hasta la familia real fue parcialmente ganada para la Reforma. Inglaterra era como un árbol cortado hasta el suelo de cuyas raíces estaban brotando nuevas ramas por todos lados que en poco tiempo cubrirían toda la tierra bajo su sombra.

Esto aumentaba el valor de los discípulos de Wycliffe, y en muchos lugares la gente tomó la iniciativa en la reforma. Las paredes de la catedral de San Pablo y otras más estaban cubiertas de carteles dirigidos a los sacerdotes y frailes, y contra los abusos de los que ellos eran los defensores; y en 1395 los amigos del Evangelio solicitaron al Parlamento una reforma general. "La esencia de la adoración que viene de Roma", decían, "consiste en signos y ceremonias y no en el ministerio eficaz del Espíritu Santo, y por lo tanto, eso no es lo que Cristo ha ordenado. Las cosas temporales son distintas de las cosas espirituales; un rey y un obispo no debe ser una y la misma persona". Y luego, no entendiendo claramente el principio de la separación de las funciones que ellos proclamaban, exhortaron a los parlamentarios a "abolir el celibato, la transubstanciación, las oraciones por los muertos, las ofrendas a las imágenes, la confesión auricular, la guerra, las artes innecesarias de la vida, la práctica de bendecir el aceite, la sal, la cera, el incienso, las piedras, las mitras, y los báculos de peregrinos. Todo esto pertenece a la nigromancia y no a la teología". Envalentonados por la ausencia del rey que estaba en Irlanda, fijaron sus Doce Conclusiones en las puertas de San Pablo y en la Abadía de Westminster. Esto se convirtió en la señal de la persecución.

Tan pronto como Arundel, arzobispo de York, y Braybrooke, obispo de Londres, leyeron estas proposiciones, se apresuraron a cruzaron el Canal de San Jorge, y conjuraron al rey a volver a Inglaterra. El rey accedió. Ricardo, durante su infancia y juventud, había sido puesto al cuidado de varios tutores sucesivamente, y como los niños (dice un historiador), cuyas enfermeras se van turnando a menudo, su desarrollo no fue de lo mejor. Él hacía lo bueno o lo malo según la influencia de quienes lo rodeaban, y después de la muerte de su santa esposa, Ana de Bohemia, ya no tenía inclinaciones definidas, a excepción de la ostentación y el libertinaje. El clero no se equivocó en el cálculo de ese príncipe. A su regreso a Londres prohibió al parlamento tomar la petición wyclifita en consideración; y después de haber citado a comparecer ante él a los más distinguidos de sus partidarios, como a Story, Clifford, Latimer, y Montacute, les amenazó con la muerte si seguían defendiendo sus opiniones abominables. Por lo tanto, la obra del reformador estaba a punto de ser destruida.

Pero apenas Ricardo había retirado su mano del evangelio, cuando Dios (dice el cronista Foxe) retiró su mano de la de él. Su primo, Enrique Bolinbroke, hijo del famoso duque de Lancaster, y que había sido desterrado de Inglaterra, de pronto zarpó del continente, arribó en Yorkshire, reunió a todos los inconformes en derredor suyo, y fue proclamado rey. El infeliz Ricardo, después de haber sido depuesto formalmente, fue confinado al castillo de Pontefract, donde pronto terminaría su carrera terrenal.

El hijo del viejo defensor de Wycliffe era ahora el rey bajo el nombre de Enrique IV. Una reforma de la iglesia parecía inminente, pero el primado Arundel había previsto el peligro. Este sacerdote astuto y hábil político había observado en qué dirección soplaba el viento, y había abandonado a Ricardo a su debido tiempo. Tomando a Lancaster de la mano, puso la corona en su cabeza mientras le decía: "Para consolidar tu trono, reconcílate con el clero y sacrifica a los lolardos". "Voy a ser el protector de la iglesia", replicó Enrique IV, y desde aquel momento el poder de los sacerdotes fue mayor que el poder de la nobleza. Roma siempre ha sido hábil en sacar provecho de las revoluciones.

Enrique ascendió al trono a finales del verano de 1399. En el año de 1401 la famosa acta que ordenaba quemar a los herejes, *De Haeretico Comburendo*, fue aprobada por el Parlamento. La iglesia declaraba que el acta estaba de acuerdo con un principio bien establecido, y para proveer evidencia de que así era, se apresuraron a quemar vivo a un lolardo en marzo de 1401. El acta fue aprobada unos ocho días después. El protomártir del protestantismo fue un piadoso sacerdote llamado William Sawtre, quien se había atrevido a decir: "En vez de adorar a la cruz en la que Cristo sufrió, adoro al Cristo que sufrió en la cruz". Fue arrastrado hasta San Pablo, su cabeza fue rapada, le pusieron una gorra de laico en la cabeza, y el primado lo entregó la *misericordia* del conde-mariscal de Inglaterra, donde se demostraba que sería quemado vivo en Smithfield, siendo el primero de un ejército de "nobles soldados" de Inglaterra que fueron fieles hasta la muerte.

Animado por este acto de fe (*auto da fé*), el clero elaboró los artículos conocidos como las "Constituciones de Arundel", que prohibían la traducción y lectura de la Biblia sin el permiso de los Ordenados (es decir, un obispo u otro alto oficial de la iglesia), y reconocieron al papa,

"no como un simple hombre, sino un Dios verdadero". La Torre de los Lolardos, en el palacio arzobispal de Lambeth, pronto se llenó de supuestos herejes, muchos de los cuales gravaron en las paredes de sus mazmorras expresiones de su dolor y su esperanza. *Jesús amor meus* (Jesús es mi amor), escribió uno de ellos. Esas palabras se pueden leer todavía en la torre.

Aplastar a los más humildes no era suficiente; el Evangelio debía ser impulsado desde las posiciones sociales más altas. Los sacerdotes, que eran sinceros en su creencia, consideraban a los nobles como falsos líderes que ponían la Palabra de Dios por encima de las leyes de Roma, y en consecuencia, se preparaban ellos mismos para la obra. A pocos kilómetros de Rochester estaban el Castillo de Cowling, en medio de pastos fértiles regados por el Medway,

El hermoso Medwaya que orgullosamente forma
recovecos de plata con su marea torcida.

En los comienzos del siglo XV el castillo había sido habitado por Sir John Oldcastle, que por su matrimonio llegó a ser Sir Cobham, un hombre que gozaba del favor del rey.²⁵ Los "sacerdotes pobres" atestaron el Cowling en busca de los escritos de Wycliffe, de los cuales Cobham había ordenado que se hicieran numerosas copias, y desde donde se distribuyeron a través de las diócesis de Canterbury, Rochester, Londres y Hertford. Cobham asistía a sus predicaciones, y si los enemigos se atrevían a interrumpirlo, los amenazaba con la espada. "Antes arriesgaría mi vida", dijo, "que someterme a este tipo de decretos injustos que son la deshonra del Testamento eterno." El rey no permitiría al clero poner las manos en uno de sus favoritos.

Pero Enrique V, que había sucedido a su padre en 1413, y que hasta hacía poco solía frecuentar las casas de mala fama, ahora se postraba a los pies de los altares y era el jefe supremo del ejército. Ante él, el arzobispo denunció inmediatamente a Cobham, el cual fue llamado a comparecer ante el rey. Sir John había entendido la doctrina de Wickliffe, y experimentaba en su propia persona el poder de la Palabra divina. "En cuanto al papa y su espiritualidad ", le dijo al rey "no le debo ni honra ni servicio, por cuanto he visto por las Escrituras que él es el gran anticristo". Enrique apartó bruscamente la mano de Cobham cuando presentaba su confesión de fe, diciendo: "Yo no puedo recibir este documento, los jueces se encargarán de este asunto". Cuando vio que su profesión de fe había sido rechazada, Cobham tuvo que recurrir a la única arma que conocía aparte del evangelio. Las diferencias que ahora nosotros resolvemos con panfletos, en aquel tiempo era muy común que se resolvieran por la espada: "Me ofrezco, en defensa de mi fe, luchar por la vida o la muerte con cualquier hombre vivo, cristiano o pagano, exceptuando a su majestad", terminó diciendo Cobham, y fue conducido a la Torre.

El 23 de septiembre 1413 fue llevado ante el tribunal eclesiástico que se encontraba en San Pablo. "Tenemos que creer", dijo el primado, "lo que la santa iglesia de Roma enseña, sin

²⁵ Es muy probable que él haya sido el amigo íntimo y compañero de juventud de Enrique V en los días de aquella "vida desenfundada" del príncipe, y que sirvió de base a Shakespeare para la creación de su personaje "Falstaff".

exigir la autoridad de Cristo". "¡Creemos!", gritaron los sacerdotes, "¡creemos!". "Estoy dispuesto a creer todo lo que Dios desea", dijo Sir John, "pero que el papa deba tener la autoridad para enseñar lo que es contrario a la Escritura, eso nunca podré creer". Él fue llevado de vuelta a la Torre. La Palabra de Dios iba a tener su mártir.

El lunes 25 de septiembre, un grupo de sacerdotes, canónigos, frailes, empleados, y vendedores de indulgencias, llenaba la gran sala del convento de los dominicos atacando a Lord Cobham con un lenguaje abusivo. Los insultos, la importancia del momento para la Reforma de Inglaterra, la catástrofe que se aproximaba en la escena, todo eso agitó su alma hasta lo más profundo. Cuando el arzobispo le pidió que confesara su delito, se arrodilló, y alzando sus manos al cielo, exclamó: "Yo te confieso, oh Dios, que en mi frágil juventud te ofendí seriamente con mi orgullo, mi ira, mi intemperancia e impureza; por estos delitos imploro tu misericordia". Luego, puesto de pie, con el rostro todavía bañado en lágrimas, dijo: "Yo no pido la absolución, es solamente a Dios a quien necesito". Sin embargo, el clero no se desesperó en menguar el ánimo de este caballero. Sabían que la fuerza espiritual no siempre está en armonía con el vigor corporal, y tenían la esperanza de vencerlo mediante sofismas sacerdotales a ese hombre que se atrevía a desafiar a los campeones papales en un combate singular. "Sir John", dijo finalmente el primado, "usted ha dicho cosas muy extrañas; hemos pasado mucho tiempo en esforzarnos para convencerlo, pero sin resultados. El tiempo avanza; debe someterse a las ordenanzas de la santísima iglesia....." "Yo no voy a creer otra cosa que lo que les he dicho; hagan conmigo lo que les plazca". "Bueno, entonces, tenemos que aplicar la ley", fue la respuesta arzobispo.

Arundel se puso de pie, y todos los sacerdotes y el pueblo se levantaron con él y descubrieron sus cabezas. Luego, sosteniendo la sentencia de muerte en la mano, la leyó en voz alta y clara. "Está bien", dijo Sir John, "aunque tú condenes a mi cuerpo, no puedes hacer daño a mi alma, por la gracia de mi Dios eterno." Fue llevado de nuevo a la Torre, y le dieron 40 días para que se retractara. Pero una noche, antes de que venciera el plazo, se escapó y se refugió en Gales. Fue reaprendido en diciembre de 1417, llevado a Londres, arrastrado en una cabrilla hasta los terrenos de San Giles, y suspendido por cadenas sobre una hoguera a fuego lento, y cruelmente murió quemado. Así murió un cristiano, ilustre a la manera de su época; un campeón de la Palabra de Dios. Muy pronto las prisiones de Londres se llenaron de wycliffitas, y se decretó que debían ser colgados por cuenta del rey, y quemados por Dios.

Intimidados, los lolardos se vieron obligados a esconderse entre la gente de condición más humildes, y también para celebrar sus reuniones en secreto. La obra de la redención se estaba desarrollando silenciosamente entre los elegidos de Dios. De estos lolardos, había muchos que indudablemente eran verdaderos discípulos de Cristo, pero en general no conocían, en la misma medida que los cristianos evangélicos del siglo XVI, la eficacia y el poder justificador de la fe. Eran individuos sencillos, mansos, y muchas veces tímidos, atraídos por la Palabra de Dios, sujetos a condenación por pronunciarse en contra de los errores de Roma, y deseosos de vivir según los mandamientos bíblicos. Dios les había asignado también una parte muy importante en la gran transformación del cristianismo. Su humilde piedad, su resistencia pasiva, el vergonzoso trato que sufrieron con resignación, las túnicas de penitente con que fueron cubiertos, los cirios

que tenían que llevar en las puertas de las iglesias. Todas estas cosas traicionaron el orgullo de los sacerdotes y llenaron las mentes más generosas con dudas y vagos deseos. Por ese bautismo de sufrimiento Dios estaba preparando el camino hacia una reforma gloriosa.

CAPÍTULO DIEZ

La Nueva Erudición y la Nueva Dinastía

(1485-1512)

Esa reforma habría de ser el resultado de dos fuerzas distintas: el despertamiento de la erudición y la resurrección de la Palabra de Dios. Esta última fue la causa principal, pero la primera era necesaria como un medio. Sin ella, probablemente las aguas vivas del evangelio no habrían atravesado la época, como los arroyos del verano que pronto se secan, así esas aguas vivas que había brotado aquí y allá en la Edad Media, no se habría convertido en ese majestuoso río que, al desbordarse, fertilizan toda la tierra. Era necesario descubrir y examinar las fuentes originales, y para este fin el estudio del griego y el hebreo era indispensable. El lolardismo y el humanismo (el estudio de los clásicos) fueron los dos laboratorios de la reforma. Hemos visto los preparativos del primero, ahora debemos rastrear los comienzos del segundo; y así como hemos descubierto la luz en los bajos valles, debemos discernir también en las cimas de las altas montañas.

Sobre el final del siglo XV varios jóvenes ingleses tuvieron la oportunidad de estar en Florencia, atraídos por la gloria literaria que envolvía a la ciudad de los Medici. Cosmo había recopilado un gran número de obras de la antigüedad, y su palacio estaba atestado de hombres estudiosos. William Selling, un joven inglés eclesiástico, después famoso en Canterbury por su celo en la colección de valiosos manuscritos; sus compatriotas, William Grocyn, William Lilly y William Latimer ("más cohibido que una doncella"), y, sobre todo, Tomás Linacre, a quien Erasmo catalogó como el primero de todos los estudiosos de Italia. Todos estos acostumbraban reunirse en la deleitosa villa de los Medici, con Politian, Chalcondyles y otros hombres de ciencia; y allí, en las noches tranquilas de verano, bajo ese glorioso cielo de la Toscana, soñaban visiones románticas de la filosofía platónica. Cuando regresaron a Inglaterra, estos eruditos pusieron frente a los jóvenes de Oxford los maravillosos tesoros de la lengua griega. Incluso algunos italianos, atraídos por el deseo de iluminar a los bárbaros, y hasta cierto punto, por las ofertas brillantes que les hacían, abandonaron a su amada patria por la lejana Bretaña. Cornelio Vitelli enseñó en Oxford, y Caius Amberino en Cambridge. Caxton importó el arte de la tipografía de Alemania, y la nación aclamó con entusiasmo el brillante amanecer que por fin rompía su cielo nublado.

Mientras que la ciencia del saber estaba reviviendo en Inglaterra, una nueva dinastía ocupaba el trono, trayendo consigo la energía de carácter que de por sí era capaz de efectuar

grandes revoluciones; los Tudor remplazaron a los Plantagenet. Esa intrepidez inflexible por la cual los reformadores de Alemania, Suiza, Francia y Escocia se distinguieron, no existía por lo general en los de Inglaterra; pero la encontraron en los caracteres de sus reyes, que, inclusive, a menudo se extendían a la violencia. Puede ser que a esta preponderancia de energía de sus gobernantes, la Iglesia deba la preponderancia del Estado en sus asuntos.

Enrique Tudor, el Luis XI de Inglaterra, era un príncipe inteligente, de carácter decidido pero suspicaz, avaricioso y de mente estrecha. Siendo descendiente de una familia galesa, pertenecía a la antigua raza de los celtas, los que tanto tiempo había resistido al papado. Enrique extinguió la discordia en casa, y enseñó a las naciones extranjeras a respetar su poder. Un buen genio parecía ejercer una influencia saludable en su corte como en él mismo: se trataba de su madre, la condesa de Richmond. Desde su recámara, donde dedicaba las primeras cinco horas del día en la lectura, la meditación y la oración, se movía a otra parte del palacio para curar las heridas de algunos de los mendigos más desprotegidos, de allí se pasaba a los salones de los bohemios, donde conversaba con los estudiosos a los que animaba por su generosidad. La pasión por el estudio de esta noble dama, de la que su hijo heredó muy poco, no estuvo exenta de su influencia en su familia. Arturo y Enrique, hijos mayores del rey, temblaban ante la presencia de su padre, pero, cautivados por el afecto de su abuela piadosa, comenzaron a encontrar placer en la sociedad de los hombres ilustres. Una circunstancia importante dio un nuevo impulso a uno de ellos.

Entre los amigos de la condesa estaba William Blount, Lord de Montjoy, que había conocido a Erasmo en París, y escuchó sus sarcasmos sobre los escolásticos y los frailes. Invitó al ilustre holandés a Inglaterra, y Erasmo, que tenía miedo de contraer la peste, aceptó de buen agrado la invitación, y se dirigió a lo que él creía que era el reino de las tinieblas. Pero no había pasado mucho tiempo en Inglaterra antes de descubrir la luz inesperada.

Poco después de su llegada, y participando de una cena con el señor alcalde de Londres, Erasmo notó en el otro lado de la mesa a un joven de unos diecinueve años de edad, delgado, chapeado, ojos azules, manos gruesas, y el hombro derecho un poco más alto que el otro. Sus características indicaban afabilidad y alegría y sus agradables bromas fluían frecuentemente de sus labios. Si no podía encontrar una broma en inglés, lo hacía en francés, e incluso en latín o griego. Un concurso literario pronto se generó entre Erasmo y el joven inglés. El primero, asombrado de encontrarse con alguien que podía competir con él, exclamó: *¡Aut tu es Morus aut nullus!* (usted es Moro o nadie), y su compañero, que no había aprendido el nombre del desconocido, rápidamente respondió: *¡Aut tu es Erasmus aut Diabolus!* (usted es Erasmo o el diablo). Moro abrazó a Erasmo, y se convirtieron en amigos inseparables. Moro estaba continuamente bromeando, incluso con las mujeres, tanto con las doncellas alegres como con las de carácter aburrido, aunque sin ningún tinte ofensivo en sus bromas. Pero bajo este fingido sentido del humor ocultaba un profundo entendimiento. Por ese tiempo era conferencista de *la Ciudad de Dios* de Agustín ante un público numeroso, compuesto de sacerdotes y hombres de edad avanzada. El pensamiento de la eternidad se había apoderado de él; e ignorando esa disciplina interna del Espíritu Santo, que es la única disciplina verdadera, recurrió al método de

la flagelación todos los viernes. Tomás Moro es el ideal del catolicismo de la época. Tenía, como todo sistema romanista, dos polos, la mundanalidad y el ascetismo que, aunque contrarios, a veces caminan juntos. De hecho, el ascetismo hace un sacrificio de sí mismo solamente para conservarlo, como hace un viajero atacado por ladrones que fácilmente renuncian a una parte de sus tesoros para salvar al resto. Este fue el caso de Moro, si es que entendemos bien su carácter. Sacrificó parte de su naturaleza caída para salvar esa misma naturaleza. Él se sometió a ayunos y vigiliias, llevaba una camisa de cilicio, mortificando su cuerpo con pequeñas cadenas adheridas a su piel; en una palabra, se inmoló a todo con el fin de preservar ese *yo* que solamente una verdadera regeneración puede sacrificar.

Desde Londres, Erasmo fue a Oxford donde se reunió con John Colet, un amigo de Moro, pero de más edad y de carácter muy diferente. Colet, descendiente de una familia ancestral, era un hombre muy corpulento, de aspecto imponente, con gran fortuna y elegantes costumbres, con las que Erasmo no estaba acostumbrado. Orden, limpieza y decoro prevalecían en su persona y en su casa. Tenía disponible una mesa excelente que estaba abierta a todos los amantes de la cultura, y ante la que el holandés, que no era un gran admirador de los colegios de París con sus vinos rancios y huevos agrios, tomó asiento gustosamente. Allí conoció a la mayoría de los eruditos clásicos de Inglaterra, especialmente a Grocyn, Linacre, Thomas Wolsey, economista de la universidad de Magdalena, Halsey, y algunos otros. "¡No sabes lo encantado que estoy con tu Inglaterra!", escribió a Lord Montjoy desde Oxford. "¡Con este tipo de hombres podría vivir de buena gana en las costas más lejanas de Escitia!"

Pero si Erasmo, en las orillas del Támesis, encontró en Lord Montjoy a un mecenas, un Labeo y tal vez un Virgilio en Moro, en ninguna parte encontró a un Augusto. Un día, mientras estaba expresando su pesar y sus temores a Moro, éste le dijo: "Ven, subamos al Eltham, tal vez vamos a encontrar allí lo que buscas". Partieron. Moro, que iba bromeando todo el camino, en su interior había resuelto expiar su alegría con una flagelación severa en la noche. A su llegada fueron cordialmente recibidos por el señor y la señora Montjoy, por el gobernador y la institutriz de los hijos del rey. Tan pronto como los dos amigos entraron en la sala, una vista agradable e inesperada sorprendió a Erasmo. Toda la familia estaba reunida, y se encontraron rodeados, no sólo por parte de la casa real, sino también por los criados de Lord Montjoy. A la derecha estaba la princesa Margarita, una niña de once años, cuyo bisnieto bajo el nombre de Estuardo, continuaría la línea de los Tudor en Inglaterra. A la izquierda estaba María, una niña de cuatro años de edad; Edmundo estaba en los brazos de su niñera; y en medio del círculo, entre sus dos hermanas, había un muchacho, en ese momento de sólo nueve años de edad, cuya buena presencia física, porte real, mirada inteligente y exquisita cortesía, causaron una impresión extraordinaria en Erasmo. Ese chico era Enrique, duque de York, segundo hijo del rey, nacido el 28 de junio de 1491. Moro, avanzando hacia el joven príncipe, le presentó alguna pieza de su propia escritura, y desde aquella hora Erasmo mantuvo una estrecha amistad con Enrique, que con toda probabilidad ejerció cierta influencia sobre los destinos de Inglaterra. El erudito de Rotterdam estaba encantado de ver que el príncipe se destacaba en todos los deportes varoniles de aquel tiempo. Se sentaba en su caballo con perfecta gracia y rara intrepidez, podía lanzar una

jabalina más lejos que cualquiera de sus compañeros, y, teniendo un excelente gusto por la música, él ya ejecutaba varios instrumentos. El rey tuvo cuidado en que recibiera una educación de calidad, se podía dar el caso de que estuviera destinado a cubrir la sede de Canterbury; y el ilustre Erasmo, notando su aptitud para todo lo que emprendía, puso lo mejor de su parte para cortar y pulir ese diamante inglés, que podría brillar con mayor brillantez. "Él no comenzará nada que no vaya a terminar", dijo el académico. Y era bastante cierto que este príncipe siempre alcanzara su fin, incluso si fuera necesario, pisando los cuerpos sangrantes de los que había amado. Halagado por las atenciones del joven Enrique, atraído por su singular gracia, encantado por su ingenio, Erasmo, a su regreso al continente, por todas partes proclamaba que al fin Inglaterra había encontrado a su Octavio.

En cuanto a Enrique VII, también pensaba en todo, pero como Virgilio o Augusto. La avaricia y la ambición eran sus gustos predominantes, que fueron compensados con el matrimonio de su hijo mayor, Arturo, en 1501. Como Borgoña, Artois, Provenza, y la Bretaña se habían unido recientemente a Francia, las potencias europeas sintieron la necesidad de unirse en contra de ese estado invasor. Fue a consecuencia de esto que Fernando de Aragón dio a su hija Juana a Felipe de Austria, y que Enrique VII pidió la mano de su hija Catalina de dieciséis años y la princesa más rica de Europa, para Arturo, príncipe de Gales, un joven de unos diez meses más joven. El rey católico puso una condición para el matrimonio de su hija. Warwick, el último de los Plantagenet y un pretendiente a la corona, estaba confinado en la Torre. Fernando, para asegurar la certeza de que Catalina realmente ascendería al trono inglés, requirió que el desgraciado príncipe fuera condenado a muerte. Sólo esto podría satisfacer al rey de España. Enrique VII, que no era un hombre cruel, pretendió ocultar a Warwick y decir que él ya no existía. Fernando exigió que el canciller de Castilla estuviera presente en la ejecución. La sangre de Warwick fue derramada, su cabeza rodó por el cadalso; el canciller castellano verificó y registró su muerte, y el 14 de noviembre el matrimonio fue solemnizado en San Pablo. A media noche el príncipe y la princesa fueron conducidos con gran pompa a la cámara nupcial. Estas fueron unas nupcias de mal agüero, destinadas a colocar a los reyes y a las naciones de la cristiandad en batallas unos contra otros, y a servir de pretexto en los debates externos y políticos de la Reforma inglesa. El matrimonio de Catalina la Católica fue un matrimonio de sangre.

A principios de 1502 el príncipe Arturo cayó enfermo, y el 2 de abril murió. Fue tomado en cuenta el tiempo necesario para asegurarse de que Catalina no tenía ninguna esperanza de ser madre, después de lo cual el amigo de Erasmo, el joven Enrique, fue declarado heredero de la corona para regocijo de todos los académicos. Este príncipe no había abandonado sus estudios; hablaba y escribía en francés, alemán y español con la facilidad de un nativo, e Inglaterra esperaba tener un día al más sabio de los reyes cristianos en el trono de Alfredo el Grande.

Sin embargo, una cuestión muy diferente llenaba la mente del avaro Enrique VII. ¿Tenía que devolver a España los doscientos mil ducados que conformaban la mitad de la dote de Catalina que ya se había pagado, y perder sus derechos sobre la otra mitad que no se había pagado? ¿Se le permitiría a esta rica heredera casarse con algún rival de Inglaterra? Para evitar tan grave inconveniente el rey concibió el proyecto de unir a Enrique con la viuda de Arturo. Se

levantaron serias objeciones en contra de este proyecto. "No sólo es incompatible con el decoro", dijo el primado Warham, "sino que va contra la misma voluntad de Dios. La ley dice que *el que tomare la mujer de su hermano, comete inmundicia* (Levítico 20:21), y en el Evangelio, Juan el Bautista dijo a Herodes: *No te es lícito tener la mujer de tu hermano*" (Marcos 6:18). Fox, obispo de Winchester, sugirió que una dispensa podría ser adquirida por parte del papa, y en diciembre de 1503, Julio II concedió una bula²⁶ declarando que, en aras de preservar la unión entre los príncipes católicos, se autorizaba el matrimonio de Catalina con el hermano de su primer marido, *accedente forsan copula carnali* (incluyendo, si fuera posible la unión carnal). Se dice que estas cuatro palabras se insertaron en la bula a petición expresa de la princesa. Todos estos detalles serán de importancia en el curso de nuestra historia. Las dos partes estaban comprometidas, pero no se casaron debido a la juventud del príncipe de Gales.

El segundo matrimonio proyectado por Enrique VII estuvo acompañado por auspicios aún menos prometedores que el primero. El rey, habiendo caído enfermo y habiendo perdido a su reina, consideró estas desgracias como un juicio divino. La nación murmuró, y cuestionó si el papa tenía autoridad para permitir lo que Dios había prohibido. El joven príncipe, siendo informado de los escrúpulos de su padre y del descontento de la población, declaró, en vísperas de su cumpleaños número catorce (27 de junio 1505), en presencia del obispo de Winchester y varios consejeros reales, que protestaba contra el compromiso celebrado durante su niñez, y que él nunca tomaría por esposa a Catalina.

La muerte de su padre, que lo hizo libre, también le hizo recapacitar en esa decisión virtuosa. En 1509, la esperanza de los eruditos parecía a punto de hacerse realidad. El 9 de mayo, un carruaje fúnebre, con pompa real, decorado con un rico paño de tela de oro sobre el cual descansaban los restos mortales de Enrique VII, con su cetro y su corona, entró a Londres desde Richmond, seguido por una larga procesión. Los altos oficiales de Estado, reunidos en torno al ataúd, rompieron sus bordones y los arrojaron a la tumba, y los heraldos, gritaban a gran voz: "¡Dios de la larga vida al noble rey Enrique VIII!" Gritos semejantes que el pueblo repetía alegremente tal vez nunca se habían escuchado en ninguna otra ocasión anterior. El joven rey satisfizo los deseos de la nación ordenando el arresto de Empson y Dudley, que fueron acusados de extorsión; y, obedeciendo a los sabios consejos de su abuela, eligió a los ministros más capaces y colocó al arzobispo de Canterbury como Lord Canciller al frente de ellos. Warham era un hombre de gran capacidad. Un día completo le alcanzaba para escuchar misa, recibir embajadores, consultar con el rey en la cámara real, entretener hasta a doscientos invitados a su mesa, tomar su asiento en la cámara de los lores, y encontrar tiempo para sus devociones privadas. La alegría de los intelectuales superó a la del pueblo. El rey anterior no quería ninguna alabanza o felicitación por temor a que él tuviera qué pagar de la misma manera, pero ahora

²⁶ La bula papal fechada el 26 de diciembre de 1503 existió, pero parece que Enrique VII no la recibió por ese tiempo, porque meses más tarde envió una correspondencia al papa reclamándole que no la había recibido en Inglaterra.

podían dar rienda suelta a su entusiasmo. Montjoy se refería al joven rey como "divino", el embajador de Venecia comparaba su porte al de Apolo, y su noble pecho al torso de Marte; también era elogiado tanto en griego como en latín; aclamado como el fundador de una nueva era, y Enrique parecía deseoso de merecer estos elogios. Consciente del peligro de dejarse llevar por tanta adulación, le dijo a Montjoy: "¡Ah, cómo me gustaría ser un erudito!" –"Señor", respondió el cortesano, "basta con que usted muestre su respeto por aquellos que poseen el conocimiento que desea para usted mismo". –"¿Cómo no he de hacer tal cosa", respondió con seriedad, "¡sin ellos difícilmente existiríamos!" Inmediatamente Montjoy se lo comunicó a Erasmo.

¡Erasmo! ¡Erasmo! Los muros de Eltham, Oxford y Londres resonaban con su nombre. El rey no podía vivir sin los intelectuales, ni los intelectuales sin Erasmo. Este erudito que era un entusiasta del joven rey, no tardó en responder a su llamado. Cuando Richard Pace, uno de los hombres más destacados de esa época, encontró al erudito holandés en Ferrara, este último sacó de su bolsillo una cajita que siempre llevaba con él: "Tú no sabes", dijo, "el tesoro que tienen en Inglaterra, y aquí te lo voy a mostrar", y sacó de la caja una carta de Enrique que expresaba en un latín de gran pureza la más tierna consideración para su correspondiente. Inmediatamente después de la coronación, Montjoy escribía a Erasmo: "Nuestro Enrique Octavo, o mejor dicho, Octavio, está en el trono. Ven a ver la nueva estrella. Los cielos sonríen, la tierra salta de alegría, y todo está fluyendo con leche, néctar y miel. La avaricia ha huido, la liberalidad ha descendido esparciendo por todas partes con mano gentil sus bondades generosas. Nuestro rey no desea oro o piedras preciosas, sino virtud, gloria e inmortalidad".

En tales términos entusiastas era el joven rey descrito por un hombre que lo había visto de cerca. Erasmo no pudo resistir ya más. Solicitó licencia al papa, y se apresuró a ir a Londres, donde Enrique lo recibió con una calurosa bienvenida. La ciencia y el poder se abrazaron. Inglaterra estaba a punto de tener a su Medici, y los amantes de la ciencia ya no dudaron de la regeneración de Gran Bretaña.

Julio II, que había permitido a Erasmo cambiar la túnica blanca de los monjes por el traje negro de los seglares, le permitió salir sin mucho pesar. Este pontífice tenía poco gusto por las letras, pero era aficionado a la caza, la guerra y los placeres de la mesa. El inglés le envió un platillo a su gusto a cambio del erudito. Algún tiempo después de que Erasmo había partido, un día en que el papa descansaba de las fatigas de la caza, oyó voces cerca de él cantando una canción extraña. Preguntó con sorpresa lo que significaba. "Se trata de algunos ingleses," fue la respuesta, y tres extranjeros entraron en la habitación, cada uno trayendo un tarro debidamente cerrado, y el más joven de los tres lo ofreció arrodillándose. Este era Tomás Cromwell, que aparece aquí por primera vez en la escena histórica. Él era hijo de un herrero de Putney, pero que poseía una mente tan penetrante, un juicio tan sano, un corazón tan audaz, una habilidad tan consumada, fácil elocuencia, memoria precisa, gran actividad, y destreza en la pluma, que le aguardaba una brillante carrera. A la edad de dieciocho años salió de Inglaterra, deseoso de conocer el mundo, y después de un tiempo de permanecer en Italia, comenzó a ganarse la vida como comerciante en la fábrica de un inglés en Amberes. Ahí fue donde estos dos compatriotas

de Boston se le habían acercado sumamente preocupados. "¿Qué quieren?", les preguntó. "Nuestros conciudadanos nos han enviado al papa", le dijeron, "para conseguir la renovación de los *indultos mayores y menores*, cuyo plazo ya casi está expirando, y que son necesarios para la reparación de nuestro puerto. Pero no sabemos cómo llegar ante él". Cromwell pronto se hizo cargo de todo, y como sabía un poco de italiano, respondió: "Yo iré con ustedes". Entonces, dándose golpecitos en la frente, murmuró para sí: "¿Qué pez le puedo tirar como carnada a este codicioso pelícano?" Un amigo le informó que el Papa era muy aficionado a las golosinas. Cromwell ordenó inmediatamente que prepararan algunas exquisitas jaleas, según la moda inglesa, y se dirigió a Italia con sus provisiones y sus dos compañeros.

Este era el hombre que se presentó ante Julio después de su regreso de la caza. "Los reyes y los príncipes comen solos de estas conservas en Inglaterra", dijo Cromwell al papa. Un cardenal, que era un "pelícano" más codicioso que su amo, ansiosamente probó del manjar. "Pruébelo", exclamó, y el papa, disfrutando de esta nueva confitería, inmediatamente firmó los indultos, pero a condición de que la receta de la gelatina se la dejaran a él. "Y así fueron obtenidos los *indultos gelatinosos*", dice el analista. Esta fue la primera hazaña de Cromwell, y el hombre que comenzó su ocupada carrera presentando tarros de jalea al papa, fue el mismo que estaba destinado a separar a Inglaterra de Roma.

La corte del Pontífice no era la única en Europa dedicada a la diversión. Las partidas de caza eran comunes, tanto en Londres como en Roma. El joven rey y sus compañeros se hallaban por esas fechas absortos en juegos de pelota, banquetes y otras festividades inseparables de un nuevo reinado. Recordó, no obstante, que debía darle una reina a su pueblo. Catalina de Aragón todavía estaba en Inglaterra, y el Consejo le recomendó que la tomara por esposa. Él admiraba su piedad sin preocuparse por imitarla, y le complacía la afición que ella tenía por la literatura, e incluso sentía cierta inclinación hacia ella. Sus consejeros le manifestaron que "Catalina, hija de la ilustre Isabel de Castilla, era la imagen de su madre. Al igual que ella, poseía la sabiduría y la grandeza de mente con que se gana el respeto de las naciones, y que si ella se llevaba su dote matrimonial y su alianza española a alguno de sus rivales, la corona de Inglaterra, largamente peleada, pronto caería de su cabeza..... Tenemos la dispensa del Papa. ¿Será usted más escrupuloso que él?" El arzobispo de Canterbury se opuso en vano. Enrique cedió, y el 11 de junio, unas siete semanas después de la muerte de su padre, las nupcias se celebraron en privado en Greenwich. Para el día 23 el rey y la reina se presentaron al público atravesando la ciudad. La novia llevaba un vestido de satén blanco con el pelo colgando por su espalda casi hasta sus pies. Al día siguiente fueron coronados en Westminster con gran magnificencia.

Luego siguió una serie de entretenimientos suntuosos. Los tesoros que la nobleza había tenido ocultos por mucho tiempo por temor al antiguo rey, fueron sacados de sus escondites; las damas brillaban de oro y diamantes, y el rey y la reina, a quienes el pueblo nunca se cansó de admirar, se divertían como niños con el esplendor de sus vestiduras reales. Enrique VIII fue el precursor de Luis XIV. Naturalmente inclinado a la pompa y el placer, ídolo de su pueblo, un devoto admirador de la belleza femenina, y esposo de tantas mujeres, como las amantes adúlteras que Luis había tenido, hizo de la corte de Inglaterra lo que el hijo de Ana de Austria hizo de la

corte de Francia: una escena continua de diversiones. Él pensó que nunca podría acabarse las riquezas amasadas por su prudente padre. Su juventud, porque tenía sólo dieciocho años, la alegría de su carácter, la gracia que presentaba en todos los ejercicios corporales, los cuentos de caballería con que se deleitaba, y que aun el clero recomendaba a sus oyentes de alcurnia, la adulación de sus cortesanos, todo esto se combinaba para crear un fermento en su joven imaginación. Dondequiera que él aparecía, todos se llenaban de admiración por su hermoso rostro y figura agraciada. Este es el retrato que nos legó su mayor enemigo, el jesuita Nicolás Sander. "Su frente se hizo para llevar la corona, y su majestuoso porte para el manto real", añade Noryson.

Enrique decidió realizar sin demora los combates caballerescos y esplendores fabulosos de los héroes de la Mesa Redonda, como preparándose para las contiendas más reales que un día tendría que realizar contra el papado. Al sonido de la trompeta el joven monarca entraría en la competencia, envuelto en su costosa armadura y llevando una pluma que caía con gracia hasta la silla de su vigoroso corcel; "como un toro salvaje", dice un historiador, "que rompe su yugo y se precipita en la arena". En una ocasión, durante la celebración del cumpleaños de la reina, Catalina estaba sentada con sus damas en una tienda de púrpura y oro, en medio de un bosque artificial, sembrado de rocas y abigarrado de flores. De repente un monje se adelantó, vestido con una larga túnica color marrón, y de rodillas ante ella, le pidió permiso para participar del concurso. Le fue concedido, y levantándose echó a un lado su vestido grueso y apareció magníficamente armado para el torneo. Era Carlos Brandon, duque de Suffolk, uno de los hombres más apuestos y más fuertes en el reino, y el primero en ejercicios militares, después de Enrique. Él fue seguido por varios otros caballeros vestidos de terciopelo negro, con sombreros de ala ancha en la cabeza, bastones en sus manos, y bufandas sobre sus hombros adornadas con conchas de berberecho, como los peregrinos de Santiago de Compostela. Éstos también echaron fuera sus disfraces y se presentaron al frente con sus armaduras completas. Al frente de ellos estaba Sir Thomas Bolena, cuya hija estaba destinada a superar en belleza, en grandeza y en desgracia a todas las mujeres de Inglaterra. El torneo comenzó. Enrique, que ha sido comparado con Amadís en audacia, con Ricardo Corazón de León en valor, y con Eduardo III en cortesía, no siempre salió ileso en estos concursos caballerescos. Un día el rey olvidó bajar su visera del casco, y Brandon, su oponente, arrancó a todo galope. Los espectadores les notificaron a los supervisores, y gritaron alarmados. Pero nada podía detener a los caballos. Los dos caballeros se encontraron. La lanza de Suffolk se hizo añicos contra Enrique, y los fragmentos le golpearon la cara. Todos pensaban que el rey había muerto, y algunos salieron corriendo para arrestar a Brandon, cuando Enrique, recuperándose del golpe que había recibido en su casco, reanudó el combate, y participó en seis nuevas competencias en medio de los gritos de admiración de sus súbditos. A medida que se hacía más viejo, este valor intrépido fue cambiando en crueldad implacable; y fue este joven tigre, cuyos movimientos eran entonces elegantes, el que en día no muy lejano, despedazaría con sus sangrientos colmillos a la madre de sus hijos.

CAPÍTULO ONCE

Guerra, Matrimonio y Predicación

(1513-1515)

Un mensaje del papa interrumpió las diversiones de Enrique. En Escocia, España, Francia e Italia, el joven rey solamente tenía amigos; una armonía que el papado había intentado disolver. Un día, inmediatamente después de la gran misa que se había celebrado, el arzobispo de Canterbury, en nombre de Julio II, puso a sus pies una rosa de oro, que había sido bendecida por el papa, ungida con óleo santo y perfumada con almizcle. Estaba acompañada de una carta donde le enviaba saludos como jefe de la liga italiana. El pontífice guerrero habiendo reducido a los venecianos, deseaba humillar a Francia, y utilizar a Enrique como el instrumento de su venganza. Enrique, poco tiempo atrás, había renovado su alianza con Luis XII, pero el papa no se dejó confundir por una cosa trivial como esa; y el joven rey pronto comenzó a soñar en rivalizar con las glorias de Crecy, Poitiers y Agincourt. En vano le habían aconsejado sus consejeros más sabios que Inglaterra, en los momentos más favorables, nunca había sido capaz de mantenerse firme en Francia, y que el mar era el verdadero campo libre para sus conquistas. Julio, sabiendo de su vanidad, se había comprometido a privar a Luis del título de Rey Más Cristiano, y conferírsele a él. "Su santidad espera que su Gracia exterminará completamente al rey de Francia", escribió el agente del rey. Enrique no vio nada objetable en esta misión que no era nada apostólica, y decidió sustituir sus pacíficos deportes por el terrible juego de la guerra.

Después de algunos intentos fallidos por sus generales, Enrique decidió invadir a Francia en persona. Estaba en medio de sus preparativos cuando llegó la fiesta de la pascua. El decano Colet había sido asignado para predicar en el viernes santo ante la presencia de Enrique; y en el curso de su sermón mostró más coraje del que se podía esperar de un erudito, porque una chispa del espíritu cristiano estaba brillando en su seno. Eligió para su tema el discurso de Cristo de la victoria sobre la muerte y la tumba. "Cualquiera que toma las armas de la ambición no pelea bajo el estandarte de Cristo, sino de Satanás. Si deseas luchar contra tus enemigos, sigue a Jesucristo como tu príncipe y capitán, en lugar de César o Alejandro". Sus oyentes se miraron con asombro; los eruditos se alarmaron; y los sacerdotes, que estaban esperando inquietos una insurrección de la mente humana, esperaban sacar provecho de esta oportunidad para infligir un golpe mortal a sus antagonistas. Había entre ellos hombres cuyas opiniones, aunque debamos condenar, no podemos abstenernos de respetar su celo por lo que creían que era la verdad; entre éstos estaban Bricot, Fitzjames, y sobre todos ellos Standish. Su celo, sin embargo, fue un poco más lejos en

esta ocasión, incluso hablaban de amenazar con *quemar* el decano.²⁷ Después del sermón, Colet fue informado de que el rey pedía su comparecencia en el jardín del monasterio franciscano, y de inmediato los sacerdotes y monjes se congregaron alrededor de la puerta, con la esperanza de ver a su adversario tratado como un criminal. "Déjenos solos", dijo Enrique. "Señor decano, por favor póngase su sombrero y demos un paseo. Anímese, no tienes nada que temer. Usted ha hablado admirablemente del amor cristiano, y casi me ha reconciliado con el rey de Francia; sin embargo, ya que este conflicto no es una cuestión de elección, sino de necesidad, debo pedirle que, en un futuro sermón, no dé explicaciones al pueblo, porque si lo hace, temo que mis soldados puedan malinterpretar su significado". Colet no era un Juan Bautista y, afectado por la condescendencia del rey, le dio la explicación necesaria. El rey quedó satisfecho y exclamó: "¡Que cada uno tenga el doctor que le plazca; este hombre es mi doctor y voy a beber de su salud!" Enrique era entonces joven; muy diferente fue la manera con la que años después trataría a los que se le oponían.

En el fondo, al rey le preocupaban un poco más las victorias de Alejandro que las de Jesucristo. Después de haber equipado a su ejército, se embarcó a finales de junio de 1513, acompañado por su asistente social, Wolsey, quien se estaba ganando su favor, y partió para la guerra como si se tratara de un torneo más. Poco después de esto, fue todo brillante de joyas a encontrarse con el emperador Maximiliano, quien lo recibió vestido con un simple jubón y una capa de sarga negra. Después de su victoria en la batalla de los Spurs, Enrique, en lugar de continuar hacia la conquista de Francia, volvió al asedio de Téroouenne, desperdiciando su tiempo en las justas y entretenimientos, confiriéndole a Wolsey el obispado de Tournay que acababa de ser capturado, y luego regresó a Inglaterra, encantado por haber hecho tan agradable excursión.

Luis XII era un viudo de 53 años, y se doblegó ante los achaques de una vejez prematura; pero, deseoso de evitar a toda costa la reanudación de la guerra, buscó la mano de la hermana de Enrique, la princesa María, que en ese tiempo contaba con dieciocho años de edad. Aunque ella ya estaba comprometida con Carlos Brandon, y por él estaba dispuesta a sacrificar el esplendor de un trono, las razones del estado se opusieron a esa unión. "La princesa", comentó Wolsey, "pronto regresará a Inglaterra viuda y con un dote real". Esto decidió la cuestión. La desconsolada María, que fue objeto de compasión universal, se embarcó en Dover con un numeroso contingente, y de Bolonia, donde fue recibida por el duque de Angulema, fue llevada ante el rey, quien estaba eufórico ante la idea de casarse con la princesa más hermosa en Europa.

Entre las asistentes de María estaba la joven Ana Bolena. Su padre, Sir Tomás Bolena, había sido comisionado por Enrique, juntamente con el obispo de Ely, para encargarse de las negociaciones diplomáticas preliminares a este matrimonio. Ana había pasado su niñez en el castillo de Hever, en Kent, rodeada de todo lo que podía satisfacer su imaginación. Su abuelo

²⁷ El doctor Colet estaba en un grave problema y pudo haber sido quemado si Dios no hubiera cambiado el corazón del rey en sentido contrario. *Latimer's Sermons*. (Parker Society, p. 440)

materno, el conde de Surrey, cuyo hijo mayor se había casado con la hermana de Enrique VII, había ocupado, al igual que sus hijos, los puestos más importantes del estado. Cuando fue citada por su padre a la corte, a la edad probable de catorce años, escribió la siguiente carta en francés, que parece referirse a su partida para Francia:

"Señor, me parece por su carta que usted desea que yo aparezca en la corte en una manera que llegue a ser una mujer respetable, e igualmente la reina va a condescender a conversar conmigo; en esto me gozo, puesto que pienso que, conversando con tan sensible y elegante princesa, se incrementará mi deseo por hablar y escribir bien el francés, tanto más por su sincero consejo de que debo poner lo mejor de mi capacidad (de lo cual doy cuenta por el presente escrito)..... En cuanto a mí, descanso segura de que no voy a considerar con ingratitud este oficio paternal como de algo que se pueda prescindir, ni va a tender a disminuir mi afecto, búsqueda [deseo] y deliberación de llevar una vida santa tanto como sea posible para complacer su deseo; de hecho, mi amor por usted se fundamenta en una base tan firme que nunca podrá verse afectada. Pongo fin a esta mi reflexión después de implorar humildemente su buena voluntad y afecto. Escrito en Hever por su muy humilde y obediente hija, Anna De Bolena."

Tales eran los sentimientos bajo las cuales esta joven e interesante dama, tan calumniada por los escritores papistas, apareció en la corte.

El matrimonio, que tuvo lugar el 18 de agosto de 1514 en Londres de manera representativa, fue formalmente proclamado y celebrado en Abbeville el 9 de octubre, y, después de un suntuoso banquete, el rey de Francia distribuyó sus dádivas reales entre los señores ingleses, que estaban encantados por su cortesía. Pero el día siguiente era un día de la prueba para la joven reina. Luis XII había despedido al numeroso séquito que la había acompañado, e incluso a Lady Guildford, en quien Enrique había especialmente confiado. Sólo quedaron tres, de las cuales la joven Ana Bolena era una. En esta separación, María cayó en su más aguda tristeza. Para animar su espíritu, Luis proclamó un gran torneo. Brandon se apresuró a ir a Francia en su primera convocatoria y se llevó todos los premios, mientras que el rey, lánguidamente reclinado en un sofá, con su corazón dolido, con dificultad podía contemplar el brillante espectáculo presidido por la reina, quien lucía radiante de juventud y belleza. María no pudo ocultar su emoción, y Luisa de Saboya, que la observaba, adivinó su secreto. Pero Luis, si experimentó los tormentos de los celos, no fue por mucho tiempo porque su muerte tuvo lugar el 1 de enero de 1515.

Aún antes de que el funeral de su marido terminara, el corazón de María rebosaba radiante de esperanza. El nuevo monarca de Francia, Francisco I, impaciente por verla casada con algún personaje político importante, alentó su amor por Brandon. Este último, que había sido comisionado por Enrique para llevar sus cartas de condolencia, temía la ira de su amo si se atrevía a aspirar la mano de la princesa. Pero la reina viuda, que había resuelto ser valiente en todo, le dijo a su amante: "O se casa usted conmigo en cuatro días o no me verá más". La elección que el rey había hecho de su embajador dejaba entrever que no se iba a comportar con mucha dureza. El matrimonio fue celebrado en la abadía de Clugny, y Enrique los perdonó, pero solamente con el pago de una fuerte multa de ambas partes.

Mientras que María regresó a Inglaterra, tal como Wolsey había predicho, Ana Bolena permaneció en Francia. Su padre, con el deseo de ver a su hija una mujer realizada, la dejó al cuidado de la virtuosa Claudia de Francia, *la reina buena*, en cuya corte las hijas de las primeras familias del reino eran educadas. Margarita, duquesa de Alençon, hermana de Francisco, y después reina de Navarra, a menudo frecuentaba este círculo de la reina por su animada conversación. Pronto llegó a tener una profunda amistad con la joven inglesa, y a la muerte de Claudia, la adoptó como de su propia familia. Ana Bolena estaba destinada en un tiempo no muy remoto a ser en la corte de Londres un reflejo de la agraciada Margarita, cuyas relaciones con esa princesa no carecieron de influencia en la Reforma inglesa.

Y de hecho, el movimiento literario que había pasado de Italia a Francia, por esas fechas parecía que estaba pasando de Francia a Gran Bretaña. Oxford ejercía sobre Inglaterra una influencia tan grande como la metrópoli, y era casi siempre dentro de sus muros que un movimiento comenzaba, ya fuera para bien o para mal. En este período de nuestra historia, una juventud entusiasta aclamó con alegría los primeros rayos del nuevo sol, y atacó con sus sarcasmos la ociosidad de los monjes, la inmoralidad del clero y la superstición de la gente. Disgustado con el sacerdocio de la Edad Media, y cautivado por los escritores de la antigüedad y de la pureza del Evangelio, Oxford audazmente clamaba por una reforma que rompiera los lazos de dominación clerical y que emancipara a la mente humana. Los hombres de letras pensaron por un momento que habían encontrado en el más poderoso hombre de Inglaterra, Tomás Wolsey, el aliado que les daría la victoria. Poseía poco gusto por el aprendizaje, pero al ver que el viento del favor público soplabá en esa dirección, extendió frente a él sus velas dócilmente. Consiguió la reputación de un teólogo profundo, citando unas cuantas palabras de Tomás de Aquino, y la fama de un Mecenas y un Ptolomeo, invitando a los sabios a sus extraordinarios espectáculos. "¡Dichoso cardenal", exclamó Erasmo, "que puede rodear su mesa con tales antorchas!"

En aquel tiempo el rey sintió la misma ambición que su ministro, y después de haber probado los placeres de la guerra y la diplomacia, ahora inclinaba su mente a la literatura. Le pidió a Wolsey que le trajera al señor Tomás Moro. "¿Qué voy a hacer en la corte", respondió éste. "Voy a ser tan torpe como un hombre que nunca cabalga sentado en una silla de montar". Feliz en su círculo familiar, donde su padre, su madre y los niños, reunidos en torno a la misma mesa, formaban un grupo tan agradable del que Moro no tenía deseo de salir, según nos ha transmitido el lápiz de Holbein. Pero Enrique, que no era un hombre que se diera por vencido, casi a fuerzas sacó a Moro de su retiro, y en poco tiempo ya no podía vivir sin la compañía del hombre de letras. En las noches tranquilas y a la luz de las estrellas se les veía caminar juntos sobre las plomadas, en la parte superior del palacio, disertando sobre los movimientos de los cuerpos celestes. Si Moro no aparecía en la corte, Enrique iba a Chelsea y compartía la cena frugal de la familia con algunos de sus vecinos comunes. "¿Dónde?", preguntó Erasmo, "¿dónde está el Atenas, el Porch, o la Academia, que se pueda comparar a la corte de Inglaterra? Es un asiento de las musas en lugar de un palacio..... La edad de oro está reviviendo, y yo felicito al mundo."

Pero los amigos del saber clásico no se contentaban con los banquetes del cardenal o los favores del rey. Querían victorias, y sus dardos más agudos estaban dirigidos a la claustrales, esas fuertes fortalezas de la jerarquía y de la impureza. Como el abad de San Albano había tomado una mujer casada por concubina, y la había puesto al frente de un convento de monjas, los monjes siguieron su ejemplo y se entregaron a la depravación más escandalosa. La indignación pública fue tan patente, que el propio Wolsey, que era padre de varios hijos ilegítimos, y que había sufrido el castigo por sus desmanes, se dejó llevar por el espíritu de la época, y exigió al papa una reforma general de las costumbres. Cuando se enteraron de esta petición, los sacerdotes y frailes pegaron el grito en el cielo. "¿Y qué hay de ti?", dijeron a Wolsey. "Les estás dando la victoria a los enemigos de la iglesia, y tu única recompensa será el odio de todo el mundo". Como esto no era el juego del cardenal, abandonó su proyecto, y concibió uno más fácil de ejecutar. Deseando merecer el nombre de "Ptolomeo" que le confería Erasmo, se comprometió a construir dos grandes universidades, una en Ipswich, su ciudad natal, y la otra en Oxford, y encontró conveniente tomar el dinero necesario para su fundación, no de su propio bolsillo, sino de los bolsillos de los monjes. Le señaló al papa veintidós monasterios en los que (dijo) el vicio y la impiedad habían tomado su morada. El papa concedió su secularización, y Wolsey, habiendo así adquirido un ingreso de 2000 libras esterlinas, puso los cimientos de su universidad, hizo los planos para diversas edificaciones, y construyó amplias cocinas. Cayó en desgracia antes de haber completado su trabajo, lo que llevó Gualterio a decir con una sonrisa burlona: "Comenzó una universidad y construyó una carpa de cocinero". Sin embargo, ya se había sentado un gran precedente: los monasterios habían sido atacados, y era un cardenal quien abría la primera brecha. Cromwell, secretario de Wolsey, tomó nota del empeño que su amo había puesto en su trabajo, y con el correr de los años aprovecharía bien la lección.

Por fortuna, los intelectuales tenían otros amigos en Londres más sinceros que Wolsey. Algunos de éstos fueron Colet, decano de San Pablo, cuya casa fue el centro del movimiento literario que precedió a la Reforma, y su amigo e invitado Erasmo. Este último fue el inquebrantable pionero que abrió el camino de la antigüedad a la Europa moderna. Un día él podía entretener a los invitados de Colet con la explicación de un nuevo manuscrito, otro, con un debate sobre las formas de la literatura antigua, y en otras ocasiones, atacaría a los escolásticos y a los monjes cuando Colet estaba de su mismo lado. El único antagonista que se atrevió medir sus fuerzas con él fue Sir Tomás Moro, quien, a pesar de ser un laico, valientemente defendía las ordenanzas de la iglesia.

Pero la mera mesa de conversación no satisfacía al decano; en la iglesia de San Pablo un público numeroso asistía a escuchar sus sermones. La espiritualidad de las palabras de Cristo, la autoridad que las caracteriza, su admirable simplicidad y la profundidad misteriosa, le habían encantado profundamente: "Admiro los escritos de los apóstoles", solía decir, "pero casi me olvido de ellos cuando contemplo la maravillosa majestad de Jesucristo". Poniendo a un lado los textos prescritos por la Iglesia, explicaba, como Zwinglio, el Evangelio de San Mateo. Tampoco se detuvo ahí. Aprovechando la Convocatoria, pronunciaba sermones sobre la *conformación y la reforma*, por lo que fue uno de los numerosos precursores de la gran reforma del siglo XVI.

"Vemos ideas extrañas y heréticas que han aparecido en nuestros días, y no es extraño", dijo. "Pero deben saber que no hay herejía más peligrosa para la iglesia que las vidas viciosas de sus sacerdotes. Se necesita una reforma, y esa reforma debe comenzar con los obispos y se extenderá a los sacerdotes. Una vez reformado el clero, vamos a proceder a la reforma de la gente". Así hablaba Colet, mientras que los ciudadanos de Londres le escuchaban con entusiasmo y lo llamaban el nuevo San Pablo.

Semejantes discursos no podrían quedar impunes. Fitzjames, obispo de Londres, era un viejo de ochenta años, supersticioso, obstinado, amante del dinero, de irritabilidad excesiva, pobre teólogo y fanático seguidor de Duns Scoto (el *doctor sutil*). Con la ayuda de Bricot y Standish, otros dos obispos tan celosos como él en la preservación de los abusos, denunció al decano de San Pablo ante Warham. El arzobispo les preguntó lo que él había hecho. "¿Qué ha hecho?", vociferó el obispo de Londres. "Él enseña que no debemos adorar a las imágenes; traduce la oración del Señor al inglés; que el texto *apacienta mis ovejas* no incluye los suministros temporales que el clero impone a su rebaño. Y además de todo esto", continuó con un poco de vergüenza, "¡ha hablado en contra de quienes llevan sus manuscritos al púlpito y leen sus sermones!" Como esto era lo que hacía el obispo, el primado no pudo menos que sonreír; y como Colet se negó a justificarse a sí mismo, Warham lo hizo por él.

A partir de ese momento Colet trabajó con renovado ardor para dispersar la oscuridad. Dedicó la mayor porción de su fortuna en fundar la célebre Escuela de San Pablo, en donde el erudito William Lilly fue el primer maestro. Dos partidos, los *griegos* y los *troyanos*, entraron en las listas, no para luchar con espadas y lanzas, como en la antigua épica, sino con la lengua, la pluma, y algunas veces con los puños. Si los *troyanos* (los oscuros) eran derrotados en las disputas públicas, tomaban revancha en el secreto de la confesión. *Cave a Graecis ne fias hereticus* (cuidate de los griegos, para que no seas un hereje), era la consigna de los sacerdotes, la lección diaria a los jóvenes bajo su cuidado. Ellos veían a la escuela fundada por Colet como el caballo monstruoso del perjurio Sinon, y anunciaban que de su seno inevitablemente saldría la destrucción del pueblo. Colet y Erasmo respondían a los monjes mediante nuevos golpes. Linacre, un gran entusiasta de la literatura, Grocyn, un hombre de humor sarcástico pero de corazón generoso, y muchos otros, reforzaron a la falange griega. El propio Enrique solía llevar a alguno de ellos durante sus viajes, y si algún troyano hostil se aventuraba en su presencia a atacar a la lengua de Platón y de San Pablo, el joven rey imponía su helenismo sobre él. No fueron tan numerosas las disputas que se dieron en los tiempos de antaño en las clásicas riveras del Janto y Simois.

CAPÍTULO DOCE

El Ascenso de Wolsey al Poder

(1507-1518)

Así como todo parecía tender a una reforma, un poderoso sacerdote representaba el camino más difícil.

Uno de los personajes más destacados de la época fue haciendo su aparición en el escenario del mundo. Era el destino de ese hombre, en el reinado de Enrique VIII, combinar la extrema capacidad con su notoria inmoralidad; y ser un nuevo y llamativo ejemplo de esa gran verdad, de que la inmoralidad es más eficaz para destruir a un hombre que la habilidad para salvarlo. Wolsey fue el último sumo sacerdote de Roma en Inglaterra, y cuando su caída sorprendió a la nación, fue la señal de una caída aún más sorprendente: la caída del papado.

Tomás Wolsey, el hijo de un carnicero y mesonero rico de Ipswich, según la historia común, que está respaldada por una alta autoridad, había alcanzado en tiempos de Enrique VII el cargo de capellán real, por recomendación de Sir Richard Nanfan, teniente adjunto de Calais y un viejo patrón suyo. Pero Wolsey no deseaba para nada pasar su vida diciendo misas. Tan pronto como cumplía las funciones regulares de su oficio, en lugar de pasar el resto del día en el ocio, como lo hacían sus colegas, se esforzaba en ganar el favor de las personas que rodeaban al rey.

Fox, obispo de Winchester, guardián del sello real en tiempos de Enrique VII, inquieto por el creciente poder del conde de Surrey, buscó a alguien que pudiera contrarrestarlo, y pensó que lo había encontrado en Wolsey. Fue para oponerse a los Surrey, el abuelo y los tíos de Ana Bolena, que el hijo del carnicero de Ipswich fue, sin duda, sacado de la oscuridad. Fox comenzó a alabar a Wolsey en presencia del rey al tiempo que lo alentaba para que se dedicara a los asuntos públicos. Wolsey no era sordo al llamado, y pronto encontró una oportunidad de ganar el favor de su soberano.

El rey, que tenía algunos negocios de importancia con el emperador, el cual estaba entonces en Flandes, mandó llamar a Wolsey, le explicó sus deseos, y le ordenó que se preparara para partir. El capellán estaba decidido a demostrar a Enrique VII cuán capaz era de servirle. Era como al mediodía cuando se despidió del rey en Richmond; a las cuatro ya se encontraba en Londres y a las siete en Gravesend. Habiendo viajado toda la noche llegó a Dover justo cuando el bote estaba a punto de zarpar. Después de un viaje de tres horas llegó a Calais, desde donde salió para presentarse esa misma tarde ante Maximiliano. Habiendo obtenido lo que deseaba,

partió de nuevo por la noche, y al día siguiente ya estaba en Richmond, a tres días y algunas pocas horas después de su partida. El rey, al verlo justamente cuando iba a misa, bruscamente le preguntó por qué no se había ido. "Señor, acabo de regresar", respondió Wolsey, poniendo las cartas del emperador en las manos de su amo. Enrique VII estaba encantado, y Wolsey vio que la fortuna le estaba sonriendo.²⁸ Tan pronto como Enrique VII murió, su único hijo sobreviviente le sucedió en el trono.

Los cortesanos esperaban en un principio que Wolsey, como un piloto sin experiencia, iría a estrellarse con su barquilla en alguna roca escondida; pero nunca había manejado un timonel su nave con tanta habilidad. Aunque veinte años mayor que Enrique VIII el asistente social (porque ahora había recibido ese nombramiento) bailó y cantó, y se echó a reír con los compañeros del príncipe; y divirtió a su nuevo amo con cuentos de escándalo y citas de Tomás de Aquino. Y mientras los concejales de Enrique le rogaban a abandonar sus placeres y atender sus negocios, Wolsey continuamente le recordaba que debía dedicar su juventud a la educación y la diversión y dejar los afanes del gobierno a los demás. Wolsey fue hecho obispo de Tournay durante la campaña en Flandes, y a su regreso a Inglaterra fue elevado a la sede de Lincoln y de York. Tres mitras habían sido colocadas en su cabeza en un año. Encontró por fin la mina que tan ardientemente buscaba.

Y sin embargo, no estaba satisfecho. El arzobispo de Canterbury había insistido, como primado, que la cruz de York debería estar al nivel de la suya. Wolsey no estaba dispuesto en ceder, y cuando se encontró con que Warham no se contentaba con ser su igual, decidió convertirlo en su inferior. Escribió a París y a Roma. Francisco I, que deseaba conciliarse con Inglaterra, exigió la púrpura para Wolsey, y el arzobispo de York recibió el título de cardenal de Santa Cecilia, más allá del Tíber. En noviembre de 1515 el birrete rojo le fue llevado por el enviado del Papa. "Hubiera sido mejor que le hubieran dado un lazo para la horca de Tyburn", dijeron algunos ingleses indignados; "estos birretes romanistas nunca han traído nada bueno a Inglaterra",²⁹ un dicho que llegó a ser proverbial.

Esto no fue suficiente para Wolsey: él deseaba grandeza secular por encima de todas las cosas. Warham, cansado de contender con tan arrogante rival, renunció a su cargo como lord-canciller, y el rey de inmediato se lo transfirió al cardenal. A final de cuentas, una bula lo nombró legado *adjunto* de la Santa Sede, y puso bajo su jurisdicción todas las universidades, los monasterios, las cortes espirituales y los obispados (1518) y hasta creía que tenía prioridad sobre

²⁸ [La historia de este viaje veloz es narrada en *La Vida de Wolsey* por George Cavendish, el ujier de Wolsey. Algunos historiadores modernos le dan poca credibilidad, pero no hay razones de peso para rechazarla].

²⁹ Latimer's *Sermons* (Parker Society), p. 119

el propio primado.³⁰ A partir de ese momento, como lord- canciller de Inglaterra y legado papal, Wolsey administraba casi todo en la iglesia y el estado. Llenó los cofres con dinero, adquirido tanto en casa como en el extranjero, y se entregó sin reservas a sus vicios, a la ostentación y al orgullo. Cada vez que aparecía en público, dos sacerdotes, de los más altos y apuestos que se pudieran encontrar, llevaban frente a él dos cruces de plata enormes, una con motivo de su dignidad de arzobispo y la otra como legado papal. Chambelanes, caballeros, pajes, sargentos, capellanes, coristas, oficinistas, coperos, cocineros y otros empleados domésticos, en número de más de 500, entre los que había nueve o diez lores y los terratenientes más imponentes del país, llenaban su palacio. Por lo general usaba un vestido de terciopelo escarlata y seda, con sombrero y guantes del mismo color. Sus zapatos estaban bordados con oro y plata, con incrustaciones de perlas y piedras preciosas; como si fuera una especie de papado en Inglaterra, porque dondequiera que florece el orgullo, allí se desarrolla el papismo.

Una cosa le preocupaba a Wolsey más que toda la pompa con que se rodeó: su deseo por cautivar al rey. Para este fin, dice Tyndale, hizo un molde con la natividad de Enrique, y adquirió un amuleto que llevaba constantemente con el fin de hechizar a su maestro por sus propiedades mágicas.³¹ Luego de recurrir a una forma aún más eficaz que la brujería, seleccionó de entre los compañeros licenciosos del joven monarca aquellos de discernimiento más agudo y carácter más ambicioso, y después de obligarles a hacer un juramento solemne, los colocó en la corte para que fueran sus ojos y sus oídos. En consecuencia, no se decía una palabra en presencia del monarca, en particular contra Wolsey, de la que no se le informara una hora después. Si el culpable no estaba a favor, lo expulsaba sin piedad; en caso contrario, el ministro lo enviaba a una misión lejana. Las damas de la reina, los capellanes del rey, e incluso sus confesores, eran espías del cardenal. Presumía de su omnipresencia, como el papa de su infalibilidad.

Wolsey no carecía de ciertas virtudes llamativas, pues era liberal con los pobres, incluso les prodigaba afecto. Como canciller era inexorable a todo tipo de irregularidad, y se esforzó especialmente en doblegar bajo su poder a los ricos y a los de noble alcurnia. Algunos de los hombres letrados obtuvieron de él alguna que otra atención, por lo cual Erasmo lo llamaba "el Achates de un nuevo Eneas." Pero la nación no debía dejarse llevar por los elogios de unos pocos estudiosos. Wolsey, un hombre de moral más que sospechosa, de doble corazón, infiel a sus promesas, ostentoso en último grado y excesivamente arrogante, pronto se ganó el odio del pueblo de Inglaterra.

³⁰ Warham sobrevivió a Wolsey dos años y retuvo el puesto de primado hasta el final. Por lo tanto, Wolsey nunca llegó a ser obispo de Canterbury.

³¹ "Él calcó la natividad del rey... lo hizo por el arte de grabado de la nigromancia en imágenes que llevaba consigo con las cuales había hechizado la mente del rey". Tyndale's *Expositions* (Parker Society), p. 308

La elevación de un príncipe de la Iglesia de Roma no podía ser favorable a la Reforma. Los sacerdotes, animados con esto, decidieron hacer un frente contra el triple ataque de los eruditos, los reformadores y el estado, y pronto tuvieron la oportunidad de probar su fuerza. Las órdenes sagradas se habían convertido en la Edad Media en una garantía para toda clase de delitos. El Parlamento, deseoso de corregir este abuso y de revisar las usurpaciones de la iglesia, declaraba en el año 1513, que cualquier eclesiástico, acusado de robo o asesinato, debería ser juzgado en los tribunales seculares. Las excepciones, sin embargo, se hicieron a favor de los obispos, sacerdotes y diáconos; es decir, casi todo el clero. A pesar de esta tímida precaución, un funcionario insolente de nombre Ricardo Kidderminster, abad de Winchelcomb, comenzó la batalla al exclamar en un sermón en San Pablo: "*No toquéis a mi ungido*, dice el Señor". Al mismo tiempo, Wolsey, acompañado por una larga fila de sacerdotes y prelados, tuvo una audiencia con el rey, donde dijo, con las manos levantadas al cielo: "Señor, tentar a un clérigo es una violación a las leyes de Dios". Esta vez, sin embargo, Enrique no cedió. "Por la voluntad de Dios, somos reyes de Inglaterra", él contestó, "y los reyes de Inglaterra en tiempos pasados nunca tuvieron a ningún superior, sino sólo a Dios. Por lo tanto, sepa usted muy bien que vamos a mantener el derecho de nuestra corona". Vio claramente que poner al clero por encima de las leyes era ponerlo por encima del trono. Los sacerdotes fueron derrotados, pero no desalentados; la perseverancia es un rasgo característico de todo orden jerárquico. No caminan por fe, caminan más bien por vista, y esas combinaciones hábiles toman el lugar de las santas aspiraciones del cristiano. Humildes discípulos del Evangelio no tardaron en experimentar esto, porque el clero, por algunos ataques aislados, estaba a punto de afilar sus espadas para las grandes luchas de la Reforma.

CAPÍTULO TRECE

La Necesidad de una Reforma

(1514-1517)

A veces es necesario suavizar los colores un tanto exagerados con los que los escritores contemporáneos describen al clero romanista; pero hay ciertas apelaciones que la historia está obligada a aceptar. Los *lobos*, como fueron conocidos los sacerdotes, al atacar a los Lores y los Comunes habían intentado una obra fuera de su alcance. Así que dirigieron su ira sobre otros. Había muchos pastores que se esforzaban por apacentar a las ovejas del Señor junto a aguas tranquilas, pero estaban asustados, y las ovejas eran conducidas al desierto desolador. Los "lobos" decidieron caer sobre los lolardos.

Vivía en Londres un comerciante honesto llamado Richard Hunne, uno de esos testigos de la verdad que, sinceros aunque no iluminados, se hallan a menudo en el seno del catolicismo. Tenía por costumbre retirarse a su recámara y pasar una parte de cada día en el estudio de la Biblia. A la muerte de uno de sus hijos, el sacerdote le exigía una cuota exorbitante que Hunne se negó a pagar, por lo que fue llamado a comparecer ante el tribunal del legado papal. Se sintió indignado por el hecho de que un inglés fuera citado ante un tribunal extranjero, y puso una queja en contra del sacerdote y de su abogado en el marco del acta de *praemunire*. Tal osadía, por demás extraordinaria en ese tiempo, exasperó al clero más allá de todo límite. "Si se permite a estos ciudadanos orgullosos hacer lo que quieran", exclamaron los monjes, al rato cualquier laico se atreverá a oponerse a un sacerdote".

Como consecuencia, se hicieron esfuerzos para atrapar al supuesto rebelde en la trampa de la herejía; fue recluido en la Torre de los Lolardos en San Pablo, con un collar de hierro alrededor de su cuello, sujeto a una cadena tan pesada que ni hombre ni bestia (dice Foxe) habrían podido soportar durante mucho tiempo. Cuando lo llevaron ante los jueces, éstos no pudieron condenarlo por herejía, y observaron con asombro "que llevaba con él su rosario en la cárcel". Lo habrían puesto en libertad, después de infligirle tal vez alguna multa insignificante; pero luego, sentaría un mal precedente y ¿quién podría parar a los reformistas si era tan fácil

resistir el papado? Como no se podía triunfar por la justicia, algunos fanáticos estaban resueltos a triunfar por el crimen.

A la medianoche del 2 de diciembre, el día de su examen, tres hombres subieron furtivamente las escaleras de la Torre de los Lolardos. El campanero iba primero llevando una antorcha, el carcelero Charles Joseph le seguía, y al último, el canciller del obispo, el Dr. Horsey. Después de haber entrado en la celda, se dirigieron a la cama en la que Hunne estaba dormido. Entonces el canciller dijo: "pongan las manos sobre el ladrón". Charles Joseph y el campanero cayeron sobre el prisionero que, despertando sobresaltado, vio de reojo a quienes lo visitaban a esa hora de la noche. Al principio puso resistencia a los asesinos, pero pronto fue dominado y estrangulado. Luego Charles Joseph fijó la correa del hombre muerto alrededor de su cuello, el campanero ayudó a levantar su cuerpo sin vida, y el canciller deslizó el otro extremo de la correa a través de una argolla fija en la pared. Le colocaron la gorra en la cabeza, y se apresuraron a abandonar la celda. Inmediatamente después, asolado por su conciencia, Charles Joseph subió a su caballo y abandonó la ciudad; el campanero salió de la catedral y se escondió. El crimen dispersó a los delincuentes. El canciller fue el único que no se movió y, estaba en oración cuando le llegó la noticia de que el carcelero había encontrado colgado a Hunne. "Se debe haber quitado la vida en la desesperación", dijo el hipócrita. Pero todo el mundo sabía los sentimientos cristianos del pobre Hunne. "Fueron los sacerdotes quienes lo han asesinado", fue el clamor general en Londres, y se ordenó que se hiciera una investigación al cuerpo.

El martes 5 de diciembre, el forense de la ciudad William Barnwell, dos alguaciles, y veinticuatro miembros del jurado, se dirigieron a la Torre de los Lolardos. Comentaron que el cinturón era tan corto que la cabeza de Hunne no pudo haber cabido en él, y que por lo tanto él no se lo pudo haber colocado voluntariamente, y el jurado concluyó que el crimen era obra de algunas otras personas. Además, encontraron que la argolla estaba demasiado alta para que la pobre víctima la alcanzara, que el cuerpo mostraba signos de violencia, y que había rastros de sangre en la celda: "Por tanto, todos declaramos, por Dios y nuestras conciencias (se emite el veredicto), que Richard Hunne fue asesinado. También absolvemos al susodicho Richard Hunne de su propia muerte".

Era demasiado evidente, y los propios criminales lo confesaron. El desgraciado Charles Joseph, habiendo regresado a casa en la noche del 6 de diciembre, dijo a su sirvienta: "Si promete guardar mi secreto, le diré todo". "Sí, señor", respondió ella, "si no es un delito o una traición". Joseph tomó un libro sobre el cual juró la muchacha, y luego le dijo: "he matado a Richard Hunne." ¡Oh, maestro! ¿Cómo?... él era un hombre digno". "Daría cien libras porque esto no fuera verdad", respondiendo él, "pero lo que está hecho no se puede deshacer". Luego salió corriendo de la casa.

Los clérigos, previendo que este lamentable asunto sería un duro golpe para ellos, y para justificarse a sí mismos, examinaron la Biblia de Hunne (que era la versión de Wycliffe), y después de leer en el prólogo que "los pobres y los tontos [la gente sencilla] tienen la verdad de las Sagradas Escrituras más que mil prelados y que gente de escuelas religiosas; y que el Papa debe ser llamado Anticristo", el obispo de Londres, con la asistencia de los obispos de Durham y

Lincoln, declaró culpable de herejía a Hunne, y el 20 de diciembre su cadáver fue quemado en Smithfield. "Los huesos de los Hunne se han quemado, y por lo tanto él era un hereje", dijeron los sacerdotes, "y puesto que era un hereje, por eso se suicidó."

El triunfo del clero fue de corta duración, pues casi al mismo tiempo el canciller del obispo William Horsey, Charles Joseph, y el campanero John Spalding, fueron condenados. La tremenda presión eclesiástica sobre Horsey lo llevó a dejar el cargo, pero solamente escapó de la justicia pagando una fianza de 600 libras y sufrió el exilio de Londres. Por un mandato real la propiedad confiscada de Hunne fue restaurada a sus hijos.³² "Si la teocracia clerical había ganado el dominio sobre el Estado", como se comentaba generalmente en Londres, "no sólo era una gran mentira, sino la tiranía más espantosa". Inglaterra nunca ha vuelto atrás desde aquel tiempo, y un gobierno teocrático siempre ha inspirado una justa e insuperable antipatía a una buena parte de la nación. Tales fueron los acontecimientos que tuvieron lugar en Inglaterra poco antes de la Reforma. Eso no fue todo.

El clero no habían tenido suerte en la aventura contra Hunne, pero eso no quería decir que no lo intentarían de nuevo.

En la primavera de 1517, el año en que Lutero clavó sus tesis, un sacerdote, cuyos modales delataban a un hombre hinchado de orgullo, pagó su pasaje en un barco desde Londres a Gravesend, al mismo tiempo que lo hacía un cristiano inteligente y piadoso de Ashford, de nombre de John Browne. Mientras navegaban río abajo, los pasajeros se entretenían observando al malecón que se alejaba de ellos, cuando el sacerdote, volviéndose hacia Browne, le dijo con insolencia:

—Estás demasiado cerca de mí, aléjate. ¿Sabes quién soy yo?

—No, señor —respondió Browne.

—Bueno, entonces debes saber que soy un sacerdote.

—¿De verdad, señor? ¿Es usted un párroco, o vicario, o capellán de alguna dama?

—No, yo soy un sacerdote de almas —respondió con altivez—. Yo canto misas para salvar almas.

— ¿Usted, señor —prosiguió Browne con cierta ironía—, que hace esa noble obra, ¿me puede decir donde encuentra el alma cuando comienza la misa?

³² [Fox, en su *Libro de los Mártires*, presenta una evidencia extremadamente fuerte para probar que Hunne fue asesinado. Tomás Moro, en su *Diálogo con Relación a las Herejías*, intenta dar una defensa claramente "especial" poco convincente a favor de Horsey].

– No te puedo decir –dijo el sacerdote.

– ¿Y dónde la deja cuando se termina la misa?

– No lo sé.

Continuó Browne con marcado de asombro: – ¿Qué? ¡Usted no sabe donde encuentra el alma y donde la deja, y sin embargo dice que la salva!

– Ocúpate de tus asuntos –dijo el sacerdote con enojo–, tú eres un hereje, y vas a ver lo que voy a hacer contigo.

A partir de ese momento el sacerdote y su vecino no volvieron a cruzar palabra. Por fin, llegaron a Gravesend y el barco ancló.

Tan pronto como el sacerdote desembarcó, se apresuró a reunirse con dos de sus amigos, Walter y William More, y los tres montaron sus caballos hacia Canterbury para denunciar a Browne ante el arzobispo.

Mientras tanto, John Browne había llegado a casa. Tres días más tarde, su esposa Elizabeth, que acababa de salir de su habitación, fue a la iglesia, vestida toda de blanco, para dar gracias a Dios por haberla librado de los peligros del parto. Su marido, con la ayuda de su hija Alicia y una sirvienta, se preparaban para hacer una fiesta con sus amigos como era habitual en ocasiones como ésta. Ya habían todos ocupado sus lugares en la mesa, con alegría radiante en todos los rostros, cuando la puerta de la calle repentinamente se abrió, y Chilton, el alguacil, un hombre cruel y salvaje, acompañado por varios sirvientes del arzobispo, se lanzaron sobre el noble ciudadano. Todos saltaron de sus asientos alarmados. Elizabeth y Alice proferieron los gritos más desgarradores, pero los oficiales del primado, sin mostrar ninguna emoción, sacaron a Browne de la casa, y lo pusieron sobre un caballo, atados los pies bajo el vientre del animal. Bromear con un sacerdote era un asunto serio. La cabalgata se marchó rápidamente, y Browne fue llevado a la cárcel donde estuvo recluido durante cuarenta días.

Al término de este tiempo, el arzobispo de Canterbury y el obispo de Rochester llamaron al tipo insolente que dudaba de que la misa de un sacerdote pudiera salvar almas, y lo obligaron a retractarse de esta "blasfemia". Pero Browne, aunque no creía en la misa, sí creía en el Evangelio. "Cristo fue ofrecido una sola vez", dijo, "para quitar los pecados de muchos. Es por este sacrificio que nos salvamos, y no por las repeticiones de los sacerdotes". En respuesta, el arzobispo hizo una señal a los verdugos, uno de los cuales le quitó los zapatos y los calcetines a este piadoso cristiano, mientras que otro trajo un recipiente con brasas encendidas sobre el cual pusieron los pies del mártir. En realidad, las leyes inglesas prohibían la tortura a cualquier súbdito de la corona, pero el clero creía estar por encima de las leyes. "¡Confiesa la eficacia de la misa!", gritaron los dos obispos a Browne. "Si negara a mi Señor aquí en la tierra", les contestó, "Él me negará delante de su Padre en el cielo". Las brasas le quemaron la carne desde las plantas

de los pies hasta los huesos, y aun así John Brown permaneció inmovible. Acto seguido, los obispos ordenaron que fuera entregado al brazo secular para que pudiera ser quemado vivo.

El sábado anterior a la festividad de Pentecostés, en el año 1517, el mártir fue llevado de nuevo a Ashford, donde llegó justo cuando estaba oscureciendo. Un número de personas ociosas se congregaron en la calle, entre las que estaba la sirvienta de Browne, quien corrió llorando a la casa, y le dijo a su patrona: "¡Lo he visto!.... ¡Está atado, y lo llevaban a la cárcel!" Elizabeth fue de prisa hasta donde estaba su marido y lo encontró sentado, con los pies en el cepo, sus rasgos cambiados por el sufrimiento, y esperando ser quemados vivo en la mañana. La pobre mujer se sentó a su lado, llorando amargamente, mientras que él, estando inhabilitado por las cadenas, no podía inclinarse hacia ella. "No puedo poner mis pies en el suelo", le dijo, "los obispos me los han quemado hasta los huesos, pero no podrán quemar my lengua y evitar que siga confesando al Señor..... ¡Oh Elizabeth!. .. Sigue amándole a Él porque Él es bueno, y sigue criando a nuestros hijos en el temor de Dios".

A la mañana siguiente, que era domingo de Pentecostés, el brutal Chilton y sus ayudantes llevaron a Browne al lugar de la ejecución, y lo pusieron en la hoguera. Isabel y Alicia, con sus otros hijos y algunos amigos, deseosas de recibir su último suspiro, rodearon la pila profiriendo gritos de angustia. Los leños fueron incendiados, mientras que Brown, tranquilo, sereno y lleno de confianza en la sangre de su Salvador, juntó las manos, y comenzó a repetir las palabras de este himno que Foxe ha conservado:³³

Oh Señor, me entrego a tu gracia.
Concédeme tu misericordia por mi culpa;
Que el demonio nunca persiga a mi alma,
Señor, me inclino ante Ti, y Tú saldrás vencedor.
No dejarás mi alma en el infierno ardiente.

El mártir quedó en silencio; las llamas habían consumido a su víctima. Luego, los gritos redoblados de angustia rasgaron el aire. Parecía como si su esposa y su hija fueran a perder sus sentidos. Los espectadores les mostraron la más tierna compasión, y miraron con suma indignación hacia los verdugos. El brutal Chilton al percibir esto, gritó: "Vamos, echamos a los hijos del hereje a las llamas, no sea que algún día se levanten de las cenizas de su padre".³⁴ Él corrió hacia Alicia, y estaba a punto de tomarla, cuando la joven se escapó gritando de horror. Al final de su vida, ella registró esos momentos horribles, y es a ella a quien debemos los

³³ Fox, *Actas y Monumentos*, editado por Josiah Pratt, iv. p. 132 (London, 1838).

³⁴ Echen a sus hijos atados también, porque ellos saltarían de sus cenizas. Ibid

pormenores de ese martirio. La furia del monstruo fue corroborada. Escenas como esa se vivieron en Inglaterra poco antes de la Reforma.

Los sacerdotes no estaban todavía satisfechos, porque los eruditos aún permanecían en Inglaterra. Si no podían ser quemados, por lo menos deberían ser desterrados. Y se pusieron a trabajar para ese fin. Standish, obispo de San Asaf, que parecía ser un hombre sincero, aunque fanático, estaba poseído de un odio empedernido contra Erasmo, el cual lo había irritado con un vulgar sarcasmo. Cuando se hablaba de *San Asaf*, era muy común abreviarlo como *St As's*. Y como Standish era un teólogo de poca inteligencia, Erasmo, a manera de broma, a veces le llamaba *Episcopus a Sancto Asino* (obispo de San Asno). Como el obispo no podía destruir a Colet el discípulo, presumía que podría triunfar sobre el maestro.

Erasmo, que conocía las intenciones de Standish, se preguntaba si era él mismo el que debía comenzar en Inglaterra la lucha que Lutero estaba a punto de comenzar contra el papado en Alemania. Ya no era posible seguir en un camino intermedio: había que luchar o retirarse. El holandés fue fiel a su naturaleza, incluso podemos decir que a su vocación, y abandonó el país.

Erasmo fue, en su tiempo, el líder de la gran comunidad literaria. Por medio de sus conexiones y su correspondencia que se extendió por toda Europa, estableció el intercambio de ideas y manuscritos entre los países en los que el conocimiento estaba renaciendo. Pionero de la antigüedad, eminente crítico, satírico ingenioso, defensor del buen gusto, y restaurador de la literatura, sólo le faltó una gloria: él no tenía el espíritu creativo ni el alma heroica de un Lutero. Era un calculador muy hábil, podía detectar la sonrisa en los labios o el fruncir de las cejas, pero no tenía ese abandono de sí mismo, ese entusiasmo por la verdad, esa firme confianza en Dios sin lo cual nada grande se puede hacer en el mundo, y sobre todo en la iglesia. "Erasmo tuvo *mucho*, pero él fue muy *poco*", dijo uno de sus biógrafos.

En el año 1517, una crisis había llegado: el período del renacimiento había terminado, la Reforma comenzaba. La restauración de las letras fue seguida por la regeneración de la religión; es decir, por los días de la crítica y la neutralidad de los hombres de valor y acción. Erasmo tenía entonces sólo cuarenta y nueve años de edad, pero ya había terminado su carrera. De ser el primero, debería ahora pasar a ser el segundo; el monje de Wittenberg le destronó. Miró a su alrededor en vano; al establecerse en un nuevo país, se perdió en el camino. Se necesitaba un héroe para inaugurar el más grande movimiento de los tiempos modernos, pero Erasmo no era más que un hombre de letras.

Cuando fue atacado por Standish en 1516, el rey de la literatura decidió dejar la corte de Inglaterra, y se refugió en un taller de imprenta. Pero antes de que dejara su cetro a los pies de un monje sajón, marcó el final de su reinado por la más brillante de sus publicaciones. La época de 1516 a 1517, memorable por las tesis de Lutero, estaba destinada a ser igualmente notable por una obra que iba a imprimir en los nuevos tiempos su carácter esencial. Lo que distingue a la Reforma de todos los avivamientos anteriores es la unión de la educación con la piedad, y con una fe más profunda, más iluminada y basada en la Palabra de Dios. Fue hasta entonces en que el pueblo cristiano se emancipó de la tutela de las escuelas y los papas, y su carta de emancipación fue la Biblia. El siglo XVI hizo más que los siglos anteriores: se fue directo a la fuente (las

Sagradas Escrituras), la sacó de entre las malas hierbas y las zarzas, sondeando sus profundidades y causando que sus abundantes arroyos se vertieran por todas partes. La época de la Reforma estudió el Nuevo Testamento griego que la época del clero casi había olvidado, y esta fue su mayor gloria. Uno de los primeros exploradores de esta fuente divina fue Erasmo. Cuando fue atacado por la jerarquía, el líder de la academia dejó los espléndidos salones de Enrique VIII. Le parecía que la nueva era que se había anunciado en el mundo era bruscamente interrumpida; con sus conocimientos ya no podía hacer mucho por el país de los Tudor. Pero llevaba consigo esas preciosas hojas, el fruto de su trabajo, un libro que haría más de lo que deseaba. Se apresuró a ir a Basilea, y estableció su cuartel en el taller de imprenta de Johann Froben, donde no sólo trabajó para él mismo, sino que hizo el trabajo de otros. Inglaterra pronto recibiría la semilla de la nueva vida, y la Reforma estaba a punto de comenzar.

LIBRO SEGUNDO

El Renacimiento de la Iglesia

CAPÍTULO UNO

Origen de la Reforma Inglesa

(1516-1519)

Cuatro poderes se conjugaron para efectuar la reforma de la iglesia en el siglo XVI. Estos fueron: el papado, el episcopado, la monarquía y la Sagrada Escritura. La Reforma en Inglaterra fue esencialmente el trabajo de la Escritura.

La única verdadera reforma es la que emana de la Palabra de Dios. Las Sagradas Escrituras, dando testimonio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios, crean en el hombre por el Espíritu Santo una fe que lo justifica. Esa fe, que produce en él una nueva vida, lo une a Cristo, sin que se requiera de una cadena de obispos o de un mediador romano, que lo separaría del Salvador en vez de acercarlo más. Esta reforma efectuada por la *Palabra* restaura ese cristianismo espiritual que la religión externa y jerárquica ha destruido, y de la regeneración de los individuos resulta naturalmente la regeneración de la iglesia.

La Reforma de Inglaterra, quizá en mayor medida que en el continente, se llevó a cabo por la Palabra de Dios. Esta afirmación puede parecer paradójica, pero no es menos cierta. Esos grandes personajes que nos encontramos en Alemania, Suiza y Francia, como Lutero, Zwinglio y Calvino, no aparecen en Inglaterra, pero la Sagrada Escritura se distribuyó ampliamente. Lo que trajo la luz a las islas británicas con posterioridad al año 1517, y en una escala más amplia a partir del año 1526, fue la Palabra, el poder invisible del Dios invisible. La religión de la raza anglosajona, una raza llamada más que cualquier otra a hacer circular la Palabra de Dios por todo el mundo, se distinguió particularmente por su carácter bíblico.

La Reforma de Inglaterra no podía ser papal. No se puede esperar ninguna reforma en lo que, no sólo no se puede ser reformado, sino abolido; y además, ningún monarca se destrona a sí mismo. Incluso podemos afirmar que el papado siempre había sentido un afecto peculiar por sus conquistas en Gran Bretaña, y que habría sido en lo último en renunciar. Un prior de los cartujos había declarado en la mitad del siglo XV: "Una reforma no está ni en la voluntad ni en el poder de los papas."

La Reforma de Inglaterra no fue episcopal. La jerarquía romana nunca sería abolida por los obispos romanos. Una asamblea episcopal puede tal vez, como en Constanza, deponer a tres papas rivales, pero lo hará para salvar al papado. Y si los obispos no pueden abolir el papado menos podrán reformarse ellos mismos. Entonces, el poder episcopal, estando en enemistad con la Palabra de Dios, y siendo esclavo de sus propios abusos, fue incapaz de renovar a la iglesia. Por el contrario, ejerció toda su influencia para evitar tal renovación.

La Reforma en Inglaterra no fue de tipo real. Samuel, David y Josías fueron capaces de hacer algo por el renacimiento de la iglesia, cuando Dios volvió de nuevo su rostro hacia ella, pero un rey no puede privar a su pueblo de su religión, y menos aún les puede dar una. A menudo se ha repetido que "la reforma inglesa deriva su origen del monarca"; pero esa afirmación es incorrecta. La obra de Dios, aquí como en todas partes, no puede equipararse con el trabajo del rey, y si éste fue superado infinitamente en importancia, también fue precedido en el tiempo por muchos años. El monarca estuvo manteniendo una resistencia vigorosa detrás de sus trincheras, cuando Dios ya había decidido la victoria a lo largo de toda la línea de operaciones.

Se nos dirá que la reforma fue efectuada por otros principios que los establecidos por las autoridades. ¿Pudo haber habido una revolución tanto en la *Iglesia* como en el *Estado*? Pero Dios, el legítimo soberano de la iglesia, ¿ha prohibido toda revolución en un mundo de pecado? Una *revolución* no es una revuelta. La caída del primer hombre fue una gran revolución; la

restauración del hombre por Jesucristo fue una contrarrevolución. La corrupción ocasionada por el papado se alió a la caída; por lo tanto, la reforma realizada en el siglo XVI estuvo conectada con la restauración. Sin duda que puede haber otras intervenciones de la Deidad que lleven a revoluciones en la misma dirección que la Reforma. Cuando Dios haga un cielo nuevo y una tierra nueva, ¿no será esa una de las más gloriosas revoluciones? La Reforma por la sola Palabra trae verdad, es la única que da unidad; pero más que eso, por sí sola lleva las marcas de la verdadera legitimidad; porque la iglesia no pertenece a los hombres, aunque sean sacerdotes. Sólo Dios es su legítimo soberano.

Y sin embargo, los elementos humanos que hemos enumerado no fueron totalmente ajenos a la labor que se estaba llevando a cabo en Inglaterra. Además de la Palabra de Dios, otros principios estaban en operación, y aunque menos radicales y menos primitivos, siguen conservando la simpatía de hombres eminentes de esa nación.

Y en primer lugar, la intervención de la autoridad del rey fue necesaria hasta cierto punto. Dado que la supremacía de Roma se había establecido en Inglaterra para varios propósitos que tenían fuerza de ley, la intervención del poder temporal fue necesaria para romper los lazos que se había atado previamente. Pero fue requisito para la monarquía que, al adoptar una acción negativa y política, dejara a la Palabra de Dios las acciones positiva, doctrinal y creativa.

Además de la Reforma en *el nombre de las Escrituras*, hubo en Inglaterra otro en *el nombre del rey*. La Palabra de Dios comenzó, el poder real le siguió; y desde entonces estas dos fuerzas a veces han caminado juntas en contra de la autoridad de los pontífices romanos; a veces en oposición entre sí, al igual que aquellas tropas que marchan una al lado de la otra en el mismo ejército, contra el mismo enemigo, y que en ocasiones han vuelto sus espadas una contra otra, incluso en el campo de batalla.

Por último, el episcopado que había comenzado a oponerse a la Reforma, se vio obligado a aceptarla a pesar de sus convicciones. La mayoría de los obispos se opusieron a ella, pero los mejores de ellos terminaron por inclinarse, unos para el lado de la reforma externa, de la cual la separación del papado fue la esencia misma, y otros al lado de la reforma interna, cuyo impulso fue la unión con Jesucristo. Al final, el episcopado sentó sus bases por su propia cuenta, y pronto sólo dos grandes partidos existían en Inglaterra: el partido escritural y el partido clerical.

Estos dos partidos han sobrevivido hasta nuestros días, y sus colores son todavía distinguibles en el río de la iglesia, como el fangoso río Arve y el límpido Ródano después de su confluencia. La supremacía real, a la que muchos cristianos han renunciado desde el final del siglo 16 prefiriendo los caminos de la independencia, es reconocida por ambos partidos mediante el establecimiento oficial, con algunas pocas excepciones. Pero mientras que la Alta Iglesia es esencialmente jerárquica, la Baja Iglesia es esencialmente bíblica. En la primera, la Iglesia está arriba y la Palabra abajo; en la segunda, la Iglesia está abajo y la Palabra arriba. Estos dos principios, evangelismo y jerarquía, se encuentran en el cristianismo de los primeros siglos, pero con una diferencia significativa. En la jerarquía el evangelismo es casi borrado por completo; en la era del protestantismo, por el contrario, el evangelismo continuó existiendo al lado de las jerarquías, y se ha mantenido la opinión de la iglesia como la única legítima *de jure*, aunque no

siempre *de facto*. Así pues, hay en Inglaterra una complicación de influencias y concursos, que hacen el trabajo más difícil de describir; pero es por eso mismo que se hace más valiosa la atención del filósofo y del cristiano.

Grandes acontecimientos acababan de ocurrir en Europa. Francisco I había cruzado los Alpes obteniendo una importante victoria en Marignano, y conquistando el norte de Italia. El atemorizado Maximiliano no sabía de ninguno que pudiera salvarlo, excepto Enrique VIII. "Te voy a adoptar y tú serás mi sucesor en el imperio", le dio a entender en mayo de 1516. "Tu ejército invadirá Francia y luego marcharemos juntos a Roma, donde el soberano pontífice te coronará como rey de los romanos." El rey de Francia, queriendo hacer una diversificación, había formado una alianza con Dinamarca y Escocia, y había hecho los preparativos para invadir a Inglaterra y colocar en el trono la "rosa blanca", por lo menos había ofrecido a Richard Pole, heredero de las pretensiones de la casa de York, los servicios de doce mil mercenarios alemanes para ese propósito. Enrique, demostrando ahora su prudencia, rechazó la oferta de Maximiliano, y puso toda su atención a la seguridad de su reino. Pero mientras que él se negaba a tomar las armas contra Francia e Italia, una guerra de otro tipo estallaba en Inglaterra.

La gran obra del siglo XVI estaba a punto de comenzar. Un volumen recién salido de las prensas de Basilea acababa de cruzar el canal. Siendo llevado a Londres, Oxford y Cambridge, este libro, fruto de las vigilias de Erasmo, pronto encontró la forma de llegar hasta donde estaban los amantes de la sabiduría. Era el Nuevo Testamento de nuestro Señor Jesucristo, publicado por primera vez en griego con una nueva traducción latina; un evento muy importante para el mundo, más importante que la llegada del pretendido yorkista a Inglaterra, o que la aparición del jefe de los Tudor en Italia. Este libro en el que Dios ha depositado las semillas de la vida para la salvación de la humanidad, estaba a punto de realizar por sí solo, sin patrocinadores y sin intérpretes, la revolución más asombrosa de la Gran Bretaña.

Cuando Erasmo publicó este trabajo, en el amanecer, por así decir, de los tiempos modernos, no vislumbró todo su alcance. Si lo hubiera previsto, tal vez habría retrocedido alarmado. Ciertamente se dio cuenta que había logrado hacer un gran trabajo, pero él creía que todos los hombres de buena voluntad se unirían para hacer de esto una causa común. "Un templo espiritual debe plantarse en la cristiandad desolada", dijo. "Los poderes de este mundo van a contribuir a edificar con su mármol, su marfil, su oro; yo sólo ofrezco pobre y humildemente la primera piedra". Y puso ante el mundo su edición del Nuevo Testamento Griego. Luego de mirar con desdén las tradiciones de los hombres, dijo: "No es de las ciénagas humanas, fétidas con aguas estancadas, donde debemos encontrar la doctrina de la salvación, sino de las corrientes puras y abundantes que fluyen del corazón de Dios." Y cuando algunos de sus suspicaces amigos le hablaron de las dificultades de los tiempos, él contestó: "Si la nave de la iglesia ha de ser salvado de ser engullido por la tempestad, sólo hay un ancla que puede salvarla: la palabra divina que, proviniendo del seno del Padre, vive, habla y trabaja todavía en el evangelio". Estos sentimientos nobles sirvieron como introducción a esas páginas benditas que iban a reformar a Inglaterra. Erasmo como Caifás, profetizó sin ser consciente de ello.

El Nuevo Testamento en griego y latín apenas había aparecido y ya era recibido por todos los hombres de mente abierta con un entusiasmo sin precedentes. Nunca antes ningún libro había producido tal sensación. Estaba en todas partes; los hombres se esforzaban por conseguirlo, leerlo con avidez, e incluso besarlo. Las palabras que contenían iluminaban a todos los corazones. Pero una reacción pronto tendría lugar. El catolicismo tradicional lanzó un grito desde el fondo de sus cavernas ruidosas (para usar la figura de Erasmo). Como los franciscanos y los dominicos, tanto sacerdotes como obispos, no se atrevían a atacar a las personas de noble cuna y buena educación, se metieron entre el populacho ignorante para agitar a las mujeres susceptibles y a los hombres crédulos mediante sus cuentos y clamores. "¡Aquí hay herejías horribles!", exclamaron. "¡Aquí están los anticristos tenebrosos! Si se tolera este libro será la muerte del papado". Otros dijeron: "Hay que sacar a ese hombre de la universidad. Hay que expulsarlo de la iglesia". Erasmo comentó: "Los lugares públicos resonaban con sus aullidos". Las teas arrojadas por manos furiosas provocaban incendios por todos los barrios; y las llamas encendidas en pocos conventos oscuros amenazaban con extenderse por todo el país.

Esta irritación no fue sin una causa. El libro, de hecho, no contenía más que latín y griego, pero este primer paso parecía augurar otro: la traducción de toda la Biblia a la lengua vulgar. Erasmo clamó en voz alta para este fin. "Tal vez sea necesario ocultar los secretos de los reyes", comentó, "pero hay que publicar los misterios de Cristo. Las Sagradas Escrituras, traducidas a todos los idiomas, deben ser leídas no sólo por los escoceses e irlandeses, sino incluso por los turcos y sarracenos. El labrador debe cantarlas mientras sostiene las manceras de su arado, el tejedor puede repetirlas mientras ejerce su lanzadera, y el viajero fatigado, deteniéndose en su viaje, se refrescará bajo la sombra de algún árbol por estos relatos piadosos". Estas palabras prefiguran una edad de oro después de la edad de hierro del papado. Numerosas familias cristianas en Gran Bretaña y en el continente no tardaron en darse cuenta de estos presentimientos evangélicos, e Inglaterra, por tres siglos se ha esforzado en distribuir las en beneficio de todas las naciones de la faz de la tierra.

Los sacerdotes vieron el peligro, y mediante una hábil maniobra, en vez de buscar fallas en el Testamento griego, atacaron la traducción latina y al traductor. "Él ha corregido la Vulgata", dijeron, "y se pone en el lugar de San Jerónimo. Hace a un lado un trabajo autorizado por el consenso de las edades e inspirado por el Espíritu Santo. ¡Qué audacia!" Y luego, hojeando el libro, señalaban los pasajes más detestables: "¡Mira!, este libro hace un llamamiento a los hombres a *arrepentirse*, en lugar de exigir a hacer *penitencia*, como dice la Vulgata" (Mateo 4:17). Los sacerdotes tronaron contra él desde sus púlpitos: "¡Este hombre ha cometido el pecado imperdonable, porque sostiene que no hay nada en común entre el Espíritu Santo y los monjes, los cuales son simples troncos en lugar de hombres". Estas observaciones simples se recibían con una carcajada general; pero los sacerdotes, de ninguna manera desconcertados, clamaban con más fuerza: "¡Él es un hereje, un heresiarca, un falsificador! ¡Es una gallina!... ¿qué digo? ¡Es el mismísimo Anticristo!"

No fue suficiente para los jenízaros papales hacer la guerra en el llano, querían llevarlo a un terreno más alto. ¿No era el rey amigo de Erasmo? Si él se declaraba un mecenas del Nuevo

Testamento grecolatino, ¡qué terrible calamidad!... Después de haber agitado los claustros, los pueblos y las universidades, decidieron protestar más agresivamente, incluso en presencia de Enrique. Ellos pensaban: "Si él se gana, todos ganamos". Sucedió un día que cierto teólogo (cuyo nombre es desconocido) teniendo que predicar en su turno ante el rey, habló con violencia en contra de la lengua griega y sus nuevos intérpretes. Pace, secretario del rey, estaba presente, y volviendo los ojos hacia Enrique, lo observó que sonreía de buen humor. Al salir de la iglesia, todos comenzaron a criticar al predicador. "Traigan al sacerdote ante mí", dijo el rey, y luego, volviéndose hacia Tomás Moro, agregó: "Usted debe defender la causa griega en contra de él, y voy a escuchar la disputa" El tribunal literario pronto fue formado, pero la orden soberana había ahuyentado el valor del sacerdote. Él vino temblando, cayó de rodillas y con las manos juntas, exclamó:

–Yo no sé qué espíritu me impulsó.

–El espíritu de la locura –dijo el rey–, y no el espíritu de Jesucristo. ¿Has leído a Erasmo?

– No, señor.

– Vete entonces, eres un tonto.

–Y sin embargo –dijo el predicador algo confundido– recuerdo haber leído algo sobre *Moria* (el tratado sobre la Locura, de Erasmo).

–Un tema, su majestad, que debe ser muy familiar para él –interrumpió maliciosamente Pace.

El ignorante no podía decir nada en su justificación. –No me opongo por completo al griego –añadió al fin– viendo que se deriva del hebreo.

Esto fue recibido con una carcajada general, y el rey con impaciencia ordenó al monje salir de la habitación, y nunca apareció ante él otra vez.

Erasmo se sorprendió de estas discusiones. Había imaginado que la temporada iba a ser más favorable. "Todo se ve pacífico", se había dicho a sí mismo, "ahora es el momento de lanzar mi Testamento griego en el mundo erudito." ¡Como podría salir el sol sobre la tierra, sin que nadie lo viera! En ese mismo momento Dios estaba levantando a un monje en Wittenberg que llevaría la trompeta a sus labios para anunciar el nuevo día. "¡Miserable de mí!", exclamó el sabio tímido, golpeándose el pecho", "¡quién podía haber previsto esta horrible tempestad!"

Nada era más importante en los albores de la Reforma que la publicación del Testamento de Jesucristo en el idioma original. Nunca había trabajado Erasmo con tanto cuidado. "Si yo dijera que me costó sudor, nadie me creería." Él había recopilado muchos manuscritos griegos del Nuevo Testamento que estaban a su alcance, y se había rodeado de toda clase de comentarios y traducciones, como los escritos de Orígenes, Cipriano, Ambrosio, Basilio, Crisóstomo, Cirilo, Jerónimo y Agustín. *¡Hic sum in campo meo!* (he aquí que estoy en mi campo de acción), exclamó mientras se sentaba en medio de sus libros. Él había investigado los textos de acuerdo con los principios de la sagrada crítica. Cuando era necesario un conocimiento del hebreo, había

consultado a Capito, y más particularmente a Ecolampadio. *Nada sin Teseo*, dijo después, haciendo uso de un proverbio griego. Él había corregido las ambigüedades, oscurantismos, hebraísmos y barbarismos de la Vulgata; y había encausado una lista de los errores de esa versión para ser impresa.

"Debemos restaurar el texto puro de la palabra de Dios", había dicho, y cuando oyó las maldiciones de los sacerdotes, exclamó: "Pongo a Dios por testigo que pensé que estaba haciendo una obra aceptable al Señor y necesaria para la causa de Cristo". Tampoco en esto quedó defraudado.

A la cabeza de sus adversarios estaba Edward Lee, que había sido sucesivamente asistente social del rey, arcediano de Colchester, y arzobispo de York. Lee, aunque por ese tiempo era poco conocido, era un hombre de talento y actividad, pero también vanidoso, locuaz, y decidido a hacer su voluntad a cualquier precio. Incluso cuando era un estudiante miraba a todos sus compañeros con desprecio. Erasmo decía de él que de niño, joven, hombre, y en la edad madura siempre había sido el mismo; es decir, vanidoso, envidioso, celoso, jactancioso, apasionado y vengativo. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que cuando Erasmo describe el carácter de sus oponentes, él está lejos de ser un juez imparcial. En el seno del catolicismo romano siempre han existido personas bien intencionadas, aunque mal informadas, que, sin conocer el poder interior de la Palabra de Dios, han pensado que si su autoridad fuera sustituida por la de la iglesia romana, el único fundamento de la verdad y de la sociedad cristiana sería sacudido. Sin embargo, mientras que juzgamos a Lee menos severamente que Erasmo, no podemos cerrar los ojos ante sus defectos. Su memoria estaba ricamente decorada, pero su corazón era extraño a la verdad divina; era un hombre de escuela y no un creyente. Él quería que la gente obedeciera a la iglesia y no se metiera en problemas con las Escrituras. Fue el doctor Eck de Inglaterra, pero con más apariencias externas y moralidad que el adversario de Lutero. Sin embargo, de ninguna manera fue un moralista rígido. En una ocasión, cuando predicaba en el palacio, introdujo baladas en su sermón, una de las cuales comenzaba así: "Pasa tiempo con buena compañía." Y otra: "Yo amo sin ser amado". Estamos en deuda con el secretario Pace por este rasgo característico.³⁵

Durante la estancia de Erasmo en Inglaterra, Lee había notado su influencia y había buscado su amistad; también Erasmo, con su cortesía habitual, había pedido consejos a Lee sobre su trabajo. Pero Lee, celoso de su gran reputación, sólo esperaba una oportunidad para dañarlo, y esta era la oportunidad que esperaba. El Nuevo Testamento tenía poco de haberse publicado, cuando Lee cambió bruscamente, y de ser amigo de Erasmo, se convirtió en su adversario implacable. "Si no paramos esta fuga", dijo que cuando se enteró del Nuevo Testamento, "va a hundir el barco." Nada asusta a los defensores de las tradiciones humanas tanto como la Palabra de Dios.

³⁵ State Papers, Enrique VIII, etc. i. p. 10, edición de 1830

Lee inmediatamente se alió con todos los que aborrecían el estudio de la Escritura en Inglaterra, dice Erasmo. Aunque excesivamente vanidoso, se mostró el más amable de los hombres con el fin de lograr sus propósitos. Invitó a los ingleses a su casa, dio la bienvenida a los extranjeros, y ganó muchos reclutas por la excelencia de sus comidas. Mientras se sentaba a la mesa entre sus invitados, insinuaba cargos pérfidos contra Erasmo, y su compañía le dejó (dice Erasmo en sus cartas) "cargada de mentiras". Decía que "hay trescientos pasajes terribles, peligrosos... ¿Trescientos dije?... ¡hay más de mil!" No satisfecho con el uso de su lengua, Lee escribió cientos de cartas, y empleó a varios secretarios. En todo monasterio con olor a santidad, "proveyó al instante de vino, viandas a elección y otros regalos". A cada uno les asignó su parte, y sobre toda Inglaterra se estaba ensayando lo que Erasmo llama *la tragedia de Lee*. De esta manera se estaba preparando la catástrofe: una prisión para Erasmo y el fuego para las Sagradas Escrituras.

Cuando todo estuvo dispuesto, Lee publicó su manifiesto. Aunque era un pobre conocedor del griego, elaboró algunas *anotaciones* del libro de Erasmo, que este último calificó como "mero abuso y blasfemia", pero que los miembros de la liga tomaron como *oráculos*. Ellos los pasaron en secreto de mano en mano, y esas oscuras hojas, encontraron su camino en todas las partes de Inglaterra por muchos canales indirectos, y llegaron a numerosos lectores. No iba a haber ninguna publicación, esa era la consigna. Lee estaba demasiado temeroso. "¿Por qué no publicas tu trabajo?", preguntó Erasmo con tajante ironía. "¿Quién sabe si el santo padre, que te nombró el Aristarco de letras, te hubiera enviado una vara de abedul para poner a todo el mundo en orden!"

Como las *Anotaciones* habían triunfado en los conventos, la *conspiración* tomó un nuevo vuelo. En cada lugar público, en las ferias y mercados, en el tiempo de la cena, en la cámara del consejo, en tiendas, tabernas y casas de mala fama, en las iglesias y en las universidades, en casas de campo y en los palacios, la liga vociferaba contra Erasmo y el Testamento griego. Carmelitas, dominicos, y sofistas, invocaban al cielo y conjuraban al infierno. ¿Qué necesidad había de la Escritura? ¿No tenían ellos la sucesión apostólica del clero? Nada más hostil en Inglaterra podía ante sus ojos ser más fatal que el Nuevo Testamento. Toda la nación tenía que hacer frente para repeler esta invasión insolente. Tal vez no hubo ningún otro país en Europa donde la Reforma fue recibida por tan inesperada tormenta.

[El autor, en esta sección de su obra, frecuentemente cita fragmentos de las cartas de Erasmo. Una colección completa de estas cartas ha sido editada por P.S. Allen, 1906-47].

CAPÍTULO DOS

El Testamento Griego Despierta a los Muertos

(1516-1521)

Mientras que esta brusca explosión se precipitaba sobre Inglaterra rugiendo en las largas galerías de sus conventos, la pequeña voz de la Palabra se estaba abriendo camino en los hogares pacíficos de hombres de oración y en los viejos salones de Oxford y Cambridge. En las habitaciones privadas, en las aulas y comedores se veía a estudiantes e incluso maestros en artes, leer el Testamento grecolatino. Animados grupos discutían los principios de la Reforma. Cuando

Cristo vino a la tierra (dijeron algunos) dio la Palabra, y cuando ascendió al cielo dio el Espíritu Santo. Estas son las dos fuerzas que crearon la iglesia, y éstas son las fuerzas que deben regenerarla. —No (respondían los partidarios de Roma), primeramente fue la enseñanza de los apóstoles, y es la enseñanza de los sacerdotes ahora. —Es cierto que los apóstoles (reaccionaban los amigos del Testamento de Erasmo) fueron durante su ministerio una escritura viviente, pero su enseñanza oral ha sido indiscutiblemente alterada al pasar de boca en boca. Dios ha querido, por tanto, que estas preciosas lecciones deban ser preservadas para nosotros en sus escritos, y por lo tanto se conviertan siempre en la fuente sin mancha de la verdad y de la salvación. —¡Pero colocar las Escrituras en un lugar predominante, como los reformadores están tratando de hacer (respondían los escolásticos de Oxford y Cambridge), es propagar la herejía ! —¿Y qué están haciendo los reformadores (preguntaban los apologistas), sino lo que Cristo hizo antes que ellos? Los dichos de los profetas existieron en la época de Jesús sólo como *Escritura*, y fue a esta Palabra escrita a la que nuestro Señor apeló para fundar su reino.³⁶ Y ahora de igual manera existe la enseñanza de los apóstoles sólo como *Escritura*, y es a esta Palabra escrita a la que nosotros apelamos para restablecer el reino de nuestro Señor a su estado primitivo. La noche está avanzada, el día está cerca; todo está en movimiento, en las altas salas de nuestros colegios, en las mansiones de los ricos y nobles, y en las viviendas humildes de los pobres. Si queremos dispersar la oscuridad ¿debemos encender la arrugada mecha de una vieja lámpara? ¿No deberíamos, más bien, abrir las puertas y ventanas de la casa para que entre libremente la gran luz que Dios ha puesto en los cielos?

Había en el Trinity Hall, Cambridge, un joven médico muy dado al estudio del derecho canónico, de mente muy pragmática y disposición tímida, y cuya conciencia sensible se esforzó, aunque inútilmente, para cumplir con los mandamientos de Dios. Preocupado por su salvación, Thomas Bilney pidió ayuda a los sacerdotes a quienes él consideraba como médicos del alma. De rodillas ante su confesor, con aspecto humilde y rostro pálido, le confesó todos sus pecados y hasta otros de los que tenía dudas. El sacerdote le prescribió ayuno por un tiempo, después vigiliias prolongadas, y luego misas e indulgencias que le costaron muy caras. El pobre doctor pasó por todas estas prácticas con gran devoción, pero no encontró consuelo en ellas. Estaba débil y delgado, su cuerpo se consumía poco a poco, su entendimiento se debilitaba, su imaginación se desvaneció y sus bolsillos quedaron vacíos. "¡Ay", dijo con angustia, "mi postrer estado es peor que el primero". De vez en cuando una idea cruzaba por su mente: "¿No será que los sacerdotes están buscando su propio interés y no la salvación de mi alma?" Pero de inmediato rechazaba esa imprudente duda y volvía a caer bajo la mano de hierro del clero.

Un día Bilney oyó a sus amigos hablando de un nuevo libro: era el Testamento griego impreso con una traducción que era muy elogiado por su elegante latinismo. Atraído por la belleza de su estilo más que por la divinidad de la materia, extendió su mano, pero justo cuando iba a tomar el volumen, el miedo se apoderó de él y se retiró a toda prisa. De hecho, los

³⁶ Mt. 22:29; 26:24, 54; Mr. 14:49; Lc. 18:31; 24:27, 44, 45; Jn. 5:39, 46; 10:35; 17:12, etc.

confesores estrictamente prohibían libros griegos y hebreos, "las fuentes de todas las herejías", especialmente el Testamento de Erasmo. Sin embargo, Bilney se lamentaba por no hacer un sacrificio más grande, ¿no era el Testamento de Jesucristo? ¿No podría Dios haber puesto en él alguna palabra que tal vez podría sanar su alma? Dio un paso adelante, y luego de nuevo se echó hacia atrás..... Al fin se armó de valor. Guiado, dijo, por la mano de Dios, salió de la universidad, se metió en la casa donde el volumen era vendido en secreto, lo compró con temor y temblor, y luego se apresuró a regresar y se encerró en su cuarto.

Lo abrió. Sus ojos se cruzaron con estas palabras: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero".³⁷ Dejó caer el libro, y meditó sobre esta declaración asombrosa. "¡Qué! San Pablo el primero de los pecadores, y sin embargo, está seguro de ser salvo!" Leyó el versículo una y otra vez. "Oh, afirmación de San Pablo, qué dulce eres tú a mi alma!", exclamó. Esta declaración le perseguía constantemente, y de esta manera Dios lo instruyó en lo secreto de su corazón. No sabía lo que le había sucedido, parecía como si un viento refrescante soplara sobre su alma, o como si un rico tesoro se había puesto en sus manos. El Espíritu Santo tomaba lo que era de Cristo y lo anunciaba a él. "Yo también soy como Pablo," exclamó emocionado, "y más que Pablo, el mayor de los pecadores! Pero Cristo salva a los pecadores. Por fin he oído hablar de Jesús."

Sus dudas se acabaron. Era un hombre salvo. Luego se llevó a cabo en él una transformación maravillosa. Una alegría desconocida le invadía; su conciencia, hasta entonces con dolor de las heridas del pecado, fue sanada; en vez de la desesperación, ahora sentía una paz interior que sobre pasa a todo entendimiento. "¡Jesucristo, sí, Jesucristo salva!"... Ese era el carácter de la Reforma: es Jesucristo quien salva y no la iglesia. "Lo veo todo", dijo Bilney; "mis vigiliass, mis ayunos, mis peregrinaciones, mi compra de misas e indulgencias estaban destruyendo en lugar de salvarme. Todos estos esfuerzos fueron, como dice San Agustín, una marcha precipitada fuera del camino correcto".

Bilney nunca se cansó de leer su Nuevo Testamento. Ya no prestó oído a las enseñanzas de los escolásticos. Oyó a Jesús en Capernaum, a Pedro en el templo, a Pablo en el Areópago, y sintió dentro de sí mismo que Cristo tenía palabras de vida eterna. Un testigo de Jesucristo acababa de nacer por el mismo poder que había transformado a Pablo, Apolos y Timoteo. La Reforma de Inglaterra estaba empezando. Bilney se unió al Hijo de Dios, no por una sucesión remota, sino por una generación inmediata. Dejando a los discípulos del Papa la cadena enredada de su sucesión imaginaria, cuyos vínculos no se pueden desenganchar, se unió estrechamente a Cristo. La palabra del primer siglo dio a luz a la obra de la reforma del siglo XVI. El protestantismo no descendió del evangelio en la quincuagésima generación, como la iglesia romana del Concilio de Trento, sino que es hijo directo legítimo del Maestro.

³⁷ 1 Tim. 1:15

La acción de Dios no se limitó a un solo lugar. Los primeros rayos del sol desde lo alto chapeaban con su fuego tanto los colegios góticos de Oxford como las viejas escuelas de Cambridge.

A lo largo de las orillas del Severn se extiende un país pintoresco, delimitado por el bosque de Dean, y salpicado de pueblos, campanarios y castillos antiguos. En el siglo XVI era admirado particularmente por sacerdotes y frailes, y una forma de juramento muy particular entre ellos decía: "¡Tan seguro como que Dios está en Gloucester!" Las aves de rapiña papales se habían abalanzado sobre él. Durante cincuenta años, desde 1484, cuatro obispos italianos, seguidos en sucesión sobre la diócesis, se habían rendido al papa, a los monjes, y la inmoralidad.³⁸ Los ladrones en particular fueron objeto de los favores más tiernos de la jerarquía. John de Giglis, colector de la cámara apostólica, había recibido la autoridad del soberano pontífice perdonar el asesinato y el robo, con la condición de que el criminal compartiera sus ganancias con los comisionados pontificios.

Fue en este condado de Gloucester, y probablemente entre los años de 1490 y 1494, donde William Tyndale nació. Si su infancia la pasó en medio de las "bellezas de la brisa" del Cotswolds occidental o al lado de las "olas encrespadas de la rivera" del bajo Severn, no puede decirse con certeza, pero hay constancia de que "Tyndale fue educado desde muy niño en la Universidad de Oxford", un indicador de la habilidad lingüística del niño que fue pronto dedicado al servicio de la Palabra de Dios. En la ciudad universitaria aprendió gramática y filosofía en el Magdalen Hall, junto a la universidad del mismo nombre. Hizo rápidos progresos, en particular en las lenguas, bajo los mejores maestros clásicos de Inglaterra, como Grocyn, William Latimer, y Linacre y tomó sus grados. A más excelente maestro que estos médicos-el Espíritu Santo hablando en la Escritura-no tardó en darle una ciencia que no está en el poder del hombre para impartir. Un más excelente maestro que estos doctores, el Espíritu Santo que habla en las Escrituras, estaba a punto de enseñarle una ciencia que no está en el poder del hombre impartirla.

Oxford, donde Erasmo tenía muchos amigos, era la ciudad en la que su Nuevo Testamento se recibió la más cálida bienvenida. El joven estudiante de Gloucestershire, interiormente impulsados hacia el estudio de la literatura sagrada, leyó el célebre libro que luego fue atrayendo la atención de la cristiandad. Al principio lo consideraba sólo como un trabajo de aprendizaje, o cuando mucho como un manual de piedad, cuyas bellezas estaban calculadas para excitar los sentimientos religiosos; pero al poco tiempo se encontró con que había algo más. Cuanto más leía, más le golpeaba la verdad y la energía de la palabra. Este extraño libro le hablaba de Dios, de Cristo y de la regeneración, con una sencillez y autoridad que lo subyugó por completo. William había encontrado a un Señor a quien no había buscado en Oxford, y este era Dios mismo. Las páginas que tenía en la mano era la revelación divina tanto tiempo esperada. Poseyendo una alma noble, un espíritu audaz, y una actividad infatigable, no se guardó este

³⁸ [Después de 1512 y hasta el nombramiento de Hugo Latimer en 1535, no hubo obispo residente de Worcester]

tesoro para sí mismo. Y entonces pronunció aquel grito, más adecuado para un cristiano que para Arquímedes: *¡Eureka!, ¡lo he encontrado!* No pasó mucho tiempo antes de que algunos de los miembros más jóvenes de la universidad, atraídos por la pureza de su vida y los encantos de su conversación, se reunieran a su alrededor de él, y leyeran también los evangelios en latín y griego de Erasmo. "Un cierto joven bien informado", escribió Erasmo en una carta en donde habla de la publicación de su Nuevo Testamento, "comenzó a dar conferencias sobre literatura griega en Oxford con notable éxito". Probablemente estaba hablando de Tyndale.

Los monjes dieron la voz de alarma. "*Un bárbaro*", continúa Erasmus", entró en el púlpito y violentamente insultó la lengua griega". "Estos tipos", dijo Tyndale, "quisieron apagar la luz que exponen sus engaños, y han estado haciendo sus planes estos doce años".³⁹ Esta observación se hizo en 1531, y por lo tanto se refiere a las actuaciones de 1517. Alemania e Inglaterra comenzaron la lucha casi el mismo tiempo, y tal vez Oxford antes que Wittenberg. Tyndale, teniendo en cuenta el mandato: "Cuando os persigan en una ciudad, huid a la otra", dejó Oxford y se dirigió a Cambridge. Es menester que las almas que Dios ha traído a su conocimiento deban reunirse e iluminar a otros: las brasas cuando se separan se apagan, y cuando se juntan se avivan, aún cuando sirvan para purificar la plata y el oro. La jerarquía romana, sin saber lo que hacía, estaban juntando las ramas dispersas de la Reforma.

Bilney no estaba inactivo en Cambridge. No hacía mucho tiempo que la "lección sublime de Jesucristo" le había llenado de gozo, antes de caer de rodillas y exclamar: "¡Oh Tú, que eres la verdad, dame fuerzas para que yo pueda enseñar, y convertir a los impíos por medio de uno que ha sido impío también". Después de esta oración sus ojos brillaron con un fuego nuevo; se reunió con sus amigos, y abriendo el Testamento de Erasmo, puso el dedo en las palabras que habían llegado a su alma, y estas palabras tocaron a muchos. La llegada de Tyndale le dio nuevos ánimos, y la luz se hizo más brillante en Cambridge.

John Fryth, un joven de dieciocho años, hijo de un hostelero de Westerham, en Kent, se distinguió entre los estudiantes de King's College por la rapidez de su aprendizaje y la integridad de su vida. Él era un lector profundo de matemáticas, como Tyndale de los clásicos y Bilney del derecho canónico. A pesar de tener una actitud muy pragmática, su alma fue elevada, y reconoció en la Sagrada Escritura un conocimiento de un nuevo tipo. "Estas cosas no se demuestran como si fuera una proposición de Euclides", dijo, "el mero estudio es suficiente para imprimir las teorías de las matemáticas en nuestras mentes, pero esta ciencia de Dios se topa con una resistencia en el ser humano que requiere la intervención de un poder divino. El cristianismo es una regeneración". "Por medio de las instrucciones de Tyndale", dice John Foxe, "él recibió primero con su corazón la semilla del evangelio con sincera devoción."

Estos tres jóvenes estudiantes se pusieron a trabajar con entusiasmo. Declararon que ni la absolución sacerdotal ni ningún otro rito religioso podían dar el perdón de los pecados, que la seguridad del perdón se obtiene sólo por la fe, y esa fe purifica el corazón. Luego predicaron a

³⁹ Tyndale's *Expositions* (Parker Society), p. 225.

todos aquella frase de Cristo, de la que los monjes estaban tan ofendidos: *¡Arrepentíos, y convertíos!*

Esas nuevas ideas produjeron un gran clamor. Un famoso orador se propuso un día a Cambridge demostrar que era inútil predicar la conversión de los pecadores. "Tú que, durante sesenta años", dijo él, "te has revolcado en la lujuria como un cerdo en el fango, ¿crees que puedes dar en un año tantos pasos hacia el cielo, como en tu corta edad los has dado hacia el infierno?" Bilney salió de la iglesia con indignación. "¿Eso es predicar el arrepentimiento en el nombre de Jesús?", se preguntó. "No es esto lo que el sacerdote nos dice: Cristo no te salvará. ¡Ay! durante tantos años que esta doctrina mortal se ha enseñado en la cristiandad, y nadie se ha atrevido a abrir la boca en contra de ella". Muchos de los compañeros de Cambridge se escandalizaron por el lenguaje de Bilney: ¿no fue el predicador, cuya enseñanza condenó puntualmente, *ordenado* por el obispo? Él respondió: "¿Cuál sería el caso de ser cien veces consagrado, aunque fuese por un millar de bulas papales, si no hay un llamamiento interior? En vano soplará el obispo sobre nuestras cabezas si nunca hemos sentido el soplo del Espíritu Santo en nuestros corazones"⁴⁰. Por lo tanto, en el comienzo de la Reforma, Inglaterra, rechazando las supersticiones papistas, discernió con sutileza extrema lo que constituye la esencia de la consagración al servicio del Señor.

Después de pronunciar estas nobles palabras, Bilney, que anhelaba un derramamiento del Espíritu Santo, se encerró en su habitación, se puso de rodillas, y pidió a Dios que viniera en ayuda de su iglesia. Entonces se levantó, exclamando como si estuviera animado por un espíritu profético: "Una nueva era está comenzando. La asamblea cristiana está a punto de ser renovada... Alguien se acerca a nosotros, lo veo, lo oigo, es Jesucristo.... Él es el rey, y él es el que va a llamar a los verdaderos ministros encargados de evangelizar a su pueblo".

Tyndale, lleno de las mismas esperanzas como Bilney, abandonó Cambridge, probablemente a fines del año 1521.

Por lo tanto la Reforma inglesa comenzó con independencia de las de Lutero y Zwinglio, derivando su origen en Dios solamente. En todas las provincias de la cristiandad hubo una acción simultánea de la Palabra divina. El principio de la Reforma de Oxford, Cambridge y Londres fue el *Nuevo Testamento griego* publicado por Erasmo. Inglaterra, en el transcurso del tiempo, aprendió a estar orgullosa del origen de su Reforma.

⁴⁰ Sin este llamamiento interior no ayuda en nada ante Dios aunque seamos cien veces electos y consagrados. Foxe, *Acts*, iv. 638.

CAPÍTULO TRES

La persecución y la intriga

(1518-1520)

La divina obra del avivamiento causó gran alarma en toda la jerarquía romana. Contentos por el bautismo que ellos administraban, ellos temían al bautismo del Espíritu Santo perfeccionado por la fe en la palabra de Dios. Algunos de los clérigos, que estaban llenos de celo, pero de celo sin conocimiento, preparados para la lucha, y los gritos que elevaban los prelados se repitieron por todas las órdenes inferiores.

Los primeros golpes no cayeron sobre los miembros de las universidades, sino en aquellos humildes cristianos, reliquias del ministerio de Wycliffe, a quienes el movimiento de reforma entre los letrados les había impartido una nueva vida. El despertar del siglo XIV estaba a punto de ser sucedido por el del siglo XVI, y los últimos rayos del moribundo sol se fundían con los primeros rayos del nuevo sol naciente. Los jóvenes doctores de Oxford y Cambridge despertaron la atención de la agitada jerarquía, y atraieron las miradas a los ojos a los humildes discípulos del Señor, quienes aquí y allá todavía recordaban los días de Wycliffe.

Un artesano llamado Thomas Man, a veces llamado el doctor Man, por su conocimiento de la Sagrada Escritura y su buen testimonio de la verdad en Cristo Jesús, había sido encarcelado por su fe en el monasterio de Osney, cerca de Oxford. (1511 DC). Atormentado por el recuerdo de una retractación que le había sido arrancada, había escapado de este monasterio y huido a las zonas orientales de Inglaterra, donde había predicado la Palabra, supliendo sus necesidades diarias por el trabajo de sus manos. Este "campeón de Dios" después se fue acercando a la capital, y con la asistencia de su esposa, la nueva Priscilla de este nuevo Aquila, proclamó la doctrina de Cristo a la multitud reunida alrededor de él, en alguna "aposento alto" de Londres, o en alguna solitaria pradera bañada por el Támesis, o bajo los viejos encinales del bosque de Windsor. Pensaba como Crisóstomo que "todos los sacerdotes no son santos, pero todos los santos son sacerdotes."⁴¹ "El que recibe la palabra de Dios", decía, "recibe al mismo Dios, esa es la verdadera *presencia real*. Los vendedores de misas no son los sumos sacerdotes de este misterio, sino los hombres que Dios ha *ungido con su Espíritu* para ser reyes y sacerdotes " De seiscientas a setecientas personas eran convertidas por su predicación.

Los monjes, que no se atrevían todavía a atacar a las universidades, resolvieron a caer sobre aquellos predicadores que hicieron su templo a orillas del Támesis, o en algún remoto rincón de la ciudad. Man fue detenido, condenado y quemado vivo el 29 de marzo de 1518 en Smithfield.

Y esto no era todo. Vivía en Coventry un pequeño grupo de cristianos serios: cuatro zapateros , un guantero, un calcetero , y una viuda de apellido Smith, que dio a sus hijos una educación piadosa . Los franciscanos estaban molestos de que los *laicos*, e incluso una *mujer*, se atrevieran a entrometerse con la instrucción religiosa. Un miércoles de ceniza (1519), Simon Mourton, invocador del obispo, aprehendió a todos, hombres, mujeres y niños. En el siguiente viernes, los padres fueron llevados a la abadía de Mackstock, a unas seis millas de Coventry, y los hijos hacia el convento de Grey Friars. "Vamos a ver qué herejías les han enseñado", dijo Fray Stafford a los pequeños niños atemorizados. Los pobres niños confesaron que les habían enseñado en inglés oración del Señor, el credo de los apóstoles y los diez mandamientos. Al oír esto, Stafford les dijo con enojo: "Les prohíbo (a menos que quieran ser quemados como lo van a ser sus padres) a que sigan diciendo en inglés el *Pater Nostrium*, el *credo*, o los diez mandamientos".

⁴¹ Crisóstomo, 43 Homilía en Mateo.

Cinco semanas después de esto, los hombres fueron condenados a ser quemados vivos, pero los jueces tuvieron compasión de la viuda a causa de su pequeña familia (porque ella era su único apoyo), y la dejaron ir. Era de noche: Mourton se ofreció ir a ver a la Sra. Smith a su casa, la tomó del brazo, y se fueron por las calles oscuras y estrechas de Coventry. "¡Eh!", dijo el invocador de repente, "¿qué tenemos aquí?" De hecho, oía el ruido de un papel que rozaba con su manga. "¿Qué tenemos ahí?", continuó, dejando caer su brazo y metiendo la mano en la manga de la que sacó un pergamino. Se acercó a una ventana desde donde una lámpara emitía sus tenues rayos, examinó el misterioso pergamino, y se encontró con que contenía la oración del Señor, ciertos artículos de fe, y los diez mandamientos en *inglés*. "¡Oh!, ¡oh!, ¡bravo!, ¡vamos!", dijo él, "Tan bueno como en los viejos tiempos!" Entonces tomando a la pobre viuda por el brazo, la arrastró hasta el obispo. La pena de muerte le fue pronunciada inmediatamente, y el 4 de abril, Madame Smith, Robert Hatchets, Archer, Hawkins, Thomas Bond, Wrigsham y Landsdale, fueron quemados vivos en Coventry, en el pequeño parque, por el delito de la enseñanza a sus niños de la oración del Señor, el Credo de los apóstoles, y los mandamientos de Dios.

Pero, ¿qué aprovechaba silenciar esos labios oscuros, siempre y cuando el Testamento de Erasmo podía hablar? La conspiración de Lee debió ser revivida. Enrique Standish, obispo de San Asaf, era un hombre de mente estrecha, más que fanático, aunque probablemente sincero, de gran valor, y no sin cierto grado de piedad. Este prelado, estando decidido a predicar una cruzada contra el Nuevo Testamento, comenzó en Londres, en la catedral de San Pablo, ante el alcalde y la corporación. "¡Fuera con estas nuevas traducciones", dijo, "o de lo contrario la religión de Jesucristo es amenazada con la ruina total". Pero Standish era deficiente en el tacto, y en lugar de concretarse a las declaraciones generales, como la mayoría de su partido, se empeñó en demostrar cuán lejos Erasmo había corrompido el evangelio, y continuó así en una voz de lloriqueo: "Yo, que durante tantos años he sido un doctor de las Sagradas Escrituras, y que siempre he leído en mi Biblia: *in principio erat VERBUM*, ¿debo ahora leer: *In principio erat SERMO*?" porque así había Erasmo traducido las palabras de apertura del Evangelio de San Juan. "Aguantémonos la risa", susurró uno a otro, cuando oyeron este pueril cargo. "Mi señor", prosiguió el obispo volviéndose hacia el alcalde, "magistrados de la ciudad, y los ciudadanos todos, vuelen en socorro de la religión". Standish continuó su llamamiento patético, pero su oratoria fue en vano; algunos se mantuvieron inamovibles, otros se encogieron de hombros, y otros se impacientaron. Los ciudadanos de Londres parecían decididos a apoyar la libertad y la Biblia.

Al ver el fracaso de su ataque en la ciudad, Standish suspiró, gimió y oró, y repitió en la misa en contra del tan temido libro. Pero también se decidió a hacer más. Un día, durante los festejos de la corte para los esponsales de la princesa María, que entonces tenía dos años, con un príncipe francés que acaba de nacer, San Asaf, consumido por el celo, decidió dar un arriesgado paso. De repente se abrió paso en medio de la multitud y se arrojó a los pies del rey y la reina. Todos estaban atónitos, y se preguntaban unos a otros qué estaba tratando de decir el viejo obispo. "Gran rey," dijo él, "sus antepasados, que han reinado sobre esta isla, y la suya, oh gran

reina, que han gobernado en Aragón, siempre se distinguieron por su celo por la iglesia. Mostos dignos de sus antepasados. Tiempos peligrosos vienen sobre nosotros, ¡un libro acaba de aparecer, publicado también por Erasmo! Es un libro tal que, si usted no cierra filas en su reino contra él, se habrá terminado la religión de Cristo entre nosotros".

El obispo cesó, y sobrevino un silencio de muerte. El devoto Standish, temiendo que el bien conocido amor de Enrique por la lectura pudiera ser un obstáculo a su oración, alzó sus ojos y sus manos hacia el cielo, y, de rodillas en medio de la asamblea de la corte, exclamó en un tono triste: "¡Oh, Cristo! ¡Oh, Hijo de Dios! Salva a tu esposa!... porque nadie viene en su ayuda".

Habiendo dicho esto, el prelado, cuyo arrojo era digno de una mejor causa, se levantó y esperó. Cada uno se esforzaba por adivinar los pensamientos del rey. Sir Tomás Moro estaba presente, y él no podía abandonar a su amigo Erasmo. "¿Cuáles son las herejías que este libro probablemente engendraría?", preguntó. Después de lo sublime vino lo ridículo. Con el dedo índice de su mano derecha, tocando sucesivamente los dedos de su mano izquierda, Standish respondió: "En primer lugar, este libro destruye la *resurrección*, en segundo lugar, *anula el sacramento del matrimonio*, en tercer lugar, suprime la misa". Entonces elevando su pulgar y dos dedos, los mostró a la asamblea con una mirada de triunfo. La intolerante Catalina se estremeció cuando vio esa extraña señal de las tres herejías de las tres herejías de Erasmo, y el propio Enrique, un admirador de Aquino, se sintió avergonzado. Fue un momento crítico. El Testamento griego estuvo a punto de ser expulsado de Inglaterra. "¡La prueba!, ¡la prueba!", exclamaron los amigos de la literatura. "Voy a darla", se reincorporó el impetuoso Standish, tocándose una vez más su pulgar izquierdo: "En primer lugar...". Pero presentó unas razones tan tontas, que incluso las mujeres y los hombres del pueblo estaban avergonzados de ellas. Cuanto más se esforzó en justificar sus afirmaciones, más confuso se volvía. Afirmó, entre otras cosas, que las Epístolas de San Pablo fueron escritas en hebreo. "Hasta un niño de escuela sabe que las epístolas de Pablo fueron escritos en griego", dijo un doctor en teología de rodillas ante el rey. Enrique, sonrojándose ante el obispo, cambió la conversación, y Standish, avergonzado de haber hecho un escrito griego para los griegos en hebreo, tuvo que retirarse a escondidas. "El escarabajo no debe atacar al águila", alguien le susurró al oído. Esto hizo que el libro de Dios permaneciera en Inglaterra como el estandarte de una hueste de fieles, que encontraron en sus páginas el lema que la Iglesia de Roma había usurpado: *La verdad está en mí solamente*.

Un adversario más formidable que Standish aspiraba a luchar contra la Reforma, no sólo en Inglaterra, sino en todo Occidente. Uno de esos designios ambiciosos que germinan fácilmente en el corazón humano, se desarrolló en el alma del primer ministro de Enrique VIII, y si este proyecto prosperaba, prometía asegurar para siempre el imperio del papado a orillas del Támesis, y tal vez en toda la cristiandad.

Wolsey, como canciller y legado papal, gobernaba tanto el estado como la iglesia, y pudo, sin lugar a dudas, hacer suya la famosa frase *Ego et rex meus*. Habiendo llegado tan alto, deseaba elevarse aún más alto. El cardenal de fe sincera hacia el papado, favorito de Enrique VIII, casi su amo, tratado como un hermano por el emperador, por el rey de Francia y por otras eminencias, investido ocasionalmente con el título de Majestad, reservado a los soberanos, aspiraba a ocupar

el trono de los pontífices, y así convertirse en *Deus in Terris*. Pensaba que si Dios había permitido que un Lutero apareciera en el mundo, era porque también tenía a un Wolsey para oponerse a aquél.

Sería difícil precisar el momento en que este inmoderado deseo entró en su mente, pero fue a finales de 1518 que comenzó a manifestarlo. El obispo de Ely, embajador ante la corte de Francisco I, al estar en conferencia con ese príncipe el 18 de diciembre de ese año, le dijo misteriosamente: "El cardenal tiene una idea en su mente..... que no puede compartirla con nadie..... excepto con su majestad". Francisco lo entendió.

Un suceso se prestó para facilitar los planes del cardenal. Si Wolsey deseaba ser el primer sacerdote Enrique deseaba ser el primer rey. La corona imperial, vacante por la muerte de Maximiliano, fue buscada por dos príncipes: Carlos de España, un hombre frío y calculador, poco cuidadoso de los placeres y hasta de la pompa del poder, pero creador de grandes planes que sabía perseguir con energía; y Francisco I de Francia, un hombre de menos mirada penetrante y de menor actividad infatigable, pero más audaz e impetuoso. Al mismo tiempo, Enrique VIII, varios años más viejo que los dos reyes continentales, era apasionado, caprichoso y egoísta, se creyó lo suficientemente fuerte para lidiar con ellos, y secretamente se esforzó por ganar "la monarquía de toda la cristiandad". Wolsey se ufanaba de que, oculto bajo el manto de ambición de su amo, podría satisfacer la suya también. Si procuraba la corona de los Césares para Enrique, podría obtener fácilmente la tiara de los papas para sí mismo; si fallaba, lo menos que se podía hacer para compensar a Inglaterra por la pérdida del imperio, sería dar la soberanía de la iglesia a su primer ministro.

Primero Enrique sondeó al rey de Francia. Sir Thomas Boleyn apareció un día ante Francisco I al tiempo en que este último regresaba de misa. El rey, deseando anticiparse a una confidencia que podría resultar embarazosa, llevó al embajador al lado a la ventana y le susurró: "Algunos de los electores me han ofrecido el imperio; espero que su señor será favorable para mí". Sir Thomas, confundido, respondió algo vago, y el caballeroso rey, siguiendo con su idea, tomó al embajador firmemente por una mano, y colocando la otra sobre su pecho, exclamó: "¡por mi fe, si llego a ser emperador, en tres años estaré en Constantinopla, o moriré en el intento!". Esto no era lo que Enrique quería; pero disimulando sus deseos, se encargó de informar a Francisco que apoyaría su candidatura. Al oír esto Francisco se quitó el sombrero y exclamó: "Deseo ver al rey de Inglaterra; te digo que lo veré, incluso si tengo que ir a Londres con sólo un paje y uno lacayo."

Francisco era muy consciente de que si amenazaba la ambición del rey, tenía que adular al ministro, y recordando la sugerencia propuesta por el obispo de Ely, le dijo un día a Bolena: "Me parece que mi hermano de Inglaterra y yo podríamos hacer, de hecho deberíamos hacer algo por el cardenal. Él está preparado por Dios para el bien de la cristiandad uno de los hombres más grandes de la iglesia y en la palabra de un rey, si él consiente, yo lo haré". Unos minutos después de continuó: "Escriba y dígame al cardenal que si él aspira a ser la cabeza de la iglesia, y si algo le pasa al papa reinante, yo le prometo catorce cardenales de mi parte. Permítanos sólo

actuar en concierto, su señor y yo, y le prometo, señor embajador, que no habrá emperador ni papa en Europa sin nuestro consentimiento".

Pero Enrique no actuó en concierto con el rey de Francia. A instancias de Wolsey apoyó tres candidatos a la vez: en París se fue con Francisco I, en Madrid con Carlos V, y en Fráncfort por sí mismo. Los reyes de Francia e Inglaterra fallaron, y el 10 de agosto, Pace, el enviado de Enrique a Francfort, después de haber regresado a Inglaterra, quiso consolar al rey al mencionar las sumas de dinero que Carlos había desembolsado, calculando la suma de un millón, quinientos mil florines de oro. Enrique se felicitó por no haber obtenido la corona a un precio tan alto.

Apenas había ascendido Carlos al trono imperial, a despecho del rey de Francia, cuando estos dos príncipes se juraron odio eterno el uno contra el otro, y cada uno estaba ansioso por ganarse a Enrique VIII. En una ocasión Carlos, con el pretexto de ver a su tío y a su tía, visitó Inglaterra; en otra, Francisco tuvo una entrevista con el rey en el barrio de Calais. El cardenal Wolsey se deshizo en halagos hacia los dos monarcas. "Es fácil para el rey de España, que se ha convertido en el jefe del imperio, recaudar todo lo que le agrada al pontificado supremo", le dijo el joven emperador; y al oír estas palabras el ambicioso cardenal se rindió al sucesor de Maximiliano. Pero al poco tiempo Francisco le halagaba en su turno, y Wolsey respondió también a sus insinuaciones. El rey de Francia ofreció a Enrique torneos y banquetes de lujo asiáticos, y Wolsey, cuyo rostro aún llevaba las marcas de la graciosa sonrisa con la que se había despedido de Carlos, sonrió también a Francisco y cantó misas en su honor. Él comprometió la mano de la princesa María con el Delfín de Francia y con Carlos V, dejándole al futuro el desenredo de ese asunto. Luego, orgulloso de sus hábiles prácticas, regresó a Londres lleno de esperanza. Por el camino de la falsedad esperaba alcanzar la tiara papal, y si aún estaba demasiado lejos para alcanzarla, había ciertos *evangelistas* en Inglaterra que podrían servir como una escalera para llegar a ella. El asesinato podría servir de complemento al fraude.

CAPÍTULO CUATRO

Una Tormenta en el Salón Sodbury

(1522-1523)

En tanto que este ambicioso prelado estaba pensando nada más que su propia gloria y la del pontificado romano, un gran deseo, pero de una naturaleza muy diferente, fue surgiendo en el corazón de uno de los "evangelistas" humildes de Inglaterra. Si Wolsey tenía los ojos fijos en el trono del papado con el fin de ocuparlo él mismo, Tyndale pensaba levantar el verdadero trono de la iglesia mediante el restablecimiento de la soberanía legítima de la Palabra de Dios. El

Testamento griego de Erasmo había sido un paso, y ahora era necesario hacer llegar hasta la gente sencilla lo que el rey de las universidades había dado a los eruditos. Esta idea, que perseguía al joven estudiante de Oxford por todas partes, iba a ser la principal arma de la Reforma inglesa.

En una ladera del suroeste de Cotswolds había una mansión sencilla pero grande, la finca Little Sodbury, comandando una amplia vista sobre el hermoso valle de Severn, donde nació Tyndale. Era habitada por una familia de noble cuna. Sir John Walsh había brillado en los torneos de la corte, y por ese medio se había ganado el favor de su príncipe. Tenía siempre abierta la invitación a su mesa; y caballeros, decanos, abades, archidiaconos, doctores en teología y rectores les encantaba el cordial recibimiento de Sir John y sus buenas cenas que ofrecía siempre en su casa. El antiguo hermano de la infancia de Enrique VIII sentía un interés en las cuestiones y discusiones sobre el cristianismo. Inclusive, la misma señora Walsh, una mujer sensata y generosa, no perdía ni una palabra de las amenas conversaciones de sus huéspedes, y discretamente trataba de inclinar la balanza del lado de la verdad.

Tyndale, después de salir de Oxford y Cambridge, había regresado a la casa de sus padres. Sir John lo había solicitado para educar a sus hijos, y él había aceptado. William estaba entonces en la plenitud de la vida (alrededor de treinta años), bien instruido en las Escrituras, y lleno de deseo de manifestar la luz que Dios le había dado. Las oportunidades no se hicieron esperar. Sentados a la mesa con todos los clérigos invitados por Sir John, Tyndale entró en conversación con ellos. Hablaron de los intelectuales de la época; mucho de Erasmo, ya veces de Lutero, que empezaba a asombrar a Inglaterra. Se discutieron varias cuestiones relacionadas a las Sagradas Escrituras y diversos puntos de la teología. Tyndale expresaba sus convicciones con admirable claridad, apoyándolas con gran conocimiento y manteniéndose firme contra todos con valentía inquebrantable. Estas amenas conversaciones en el valle del Severn son una de las características esenciales de la imagen que presenta la reforma en este país. Los historiadores de la antigüedad inventaron los discursos que han puesto en la boca de sus héroes. En nuestros tiempos, la historia, sin inventar, debe familiarizarnos con los sentimientos de las personas de quien trata. Basta con leer las obras de Tyndale para formarnos una idea de esas conversaciones. Es a partir de sus escritos que el siguiente análisis se ha elaborado.

En el comedor de la antigua sala un variado grupo se reunía alrededor de la mesa hospitalaria. Estaba Sir John y Lady Walsh, algunas personas de la comunidad, varios abades, decanos, monjes y doctores, con sus respectivos vestuarios. Tyndale ocupaba el lugar más humilde, teniendo generalmente el Nuevo Testamento de Erasmo a su alcance con el fin de demostrar lo que había expuesto.⁴² Numerosos empleados domésticos estaban listos a la espera de los invitados. Por fin la conversación, después de divagar un poco, tomó una dirección más precisa. Los sacerdotes se impacientaron al ver aparecer el terrible volumen. "Sus Escrituras sólo

⁴² Cuando en algunas ocasiones no estaban de acuerdo con las opiniones y juicios de Tyndale, él se los mostraba en el libro. Foxe Acts, v, p. 115.

sirven para hacer herejes", exclamaron. "Por el contrario", respondió Tyndale, "la fuente de todas las herejías es la *soberbia*; ahora la palabra de Dios despoja al hombre de todo y lo deja tan desnudo como Job". Ellos contestaron: "¿*La Palabra de Dios*!; si nosotros no la podemos entender, ¿cómo podrá entenderla el vulgo?" Tyndale respondió: "Ustedes no la entienden porque ven en ella sólo cuestiones tontas, como si fueran los *Maitines de Nuestra Señora* o las *Profecías de Merlin*".⁴³ Ahora las Escrituras son una guía que hay que seguir, sin desviarse, hasta llegar a Cristo, porque Cristo es el fin". "Pues yo te digo", gritó un sacerdote, "que las Escrituras son un laberinto dedaliano, en vez de ser una pista de Ariadna; un libro de conjuros donde cada uno encuentra lo que quiere". "¡Ah!", respondió Tyndale; "es que las leen sin Jesucristo, por eso les parece un libro oscuro. Un matorral de espinas en donde sólo escapas de los cardos para ser atrapado por las zarzas".⁴⁴ "¡No!", exclamó otro doctor, sin cuidarse de contradecir a su colega, "nada es oscuro para nosotros, sino que somos nosotros los que les hemos dado las Escrituras, y somos nosotros quienes las explicamos". "Pierden su tiempo y su trabajo", dijo Tyndal; "¿Saben quién enseñó a las águilas a encontrar a sus presas? Bueno, ese mismo Dios enseña a sus hijos hambrientos a encontrar a su Padre que está en su Palabra. Los elegidos de Cristo buscan a su Señor, encuentran las huellas de sus pies y la siguen; sí, aunque vaya sobre las aguas donde no se ven las pisadas, aún así encuentran la huella de su pie. Los elegidos lo conocen, pero el mundo no lo conoce."⁴⁵ En cambio ustedes, lejos de habernos dado las Escrituras, las han escondido de nosotros, son ustedes los que queman a los que las enseñan y, si pudieran, quemarían las mismas Escrituras."

Tyndale no estaba satisfecho simplemente con establecer los grandes principios de la fe; siempre buscaba lo que él llamaba "el meollo del asunto"; pero a la unción divina añadía no poco humor, y ridiculizaba sin piedad las supersticiones de sus adversarios. "Ustedes ponen velas ante las imágenes", les dijo; "y si les dan *luz*, ¿por qué no les dan *comida*? ¿Por qué no les hacen el vientre hueco, y ponen víveres para que coman y beban de su interior? Al querer servir a Dios con esas pantomimas lo está tratando como si fuera un niño mimado que pretenden tranquilizar con un juguete o un caballito de palo".

Pero no tardaba Tyndale en volver a pensamientos más serios, y cuando sus adversarios ensalzaron al papado como la potencia que podría salvar a la iglesia en la tempestad, él contestó: "sólo tomemos a bordo de nuestra nave el ancla de la fe en la sangre de Cristo; aseguremosla con el cable del amor y cuando la tormenta venga sobre nosotros, echemos audazmente el ancla en el mar, entonces podremos estar seguros de que el buque se mantendrá a salvo en medio de la tempestad". Y, en fin, si sus opositores rechazaban cualquier doctrina de la verdad, Tyndale (dice

⁴³ Tyndale, *Expositions*, p. 141.

⁴⁴ Una fosa de abrojos; si caes en un lugar quedas atrapado en otro. Tyndale, *Expositions*, p. 5.

⁴⁵ Ibid. *Respuesta a Moro* (Parker Society), p. 49.

un cronista) abría su Testamento, ponía el dedo en el versículo que refutaba el error romano, y exclamaba: "Mira y lee."

Los inicios de la Reforma inglesa no se encuentran, como ya hemos visto, en un clericalismo material, que ha sido decorado con el nombre de *catolicismo inglés*, sino que fueron esencialmente espirituales. El Verbo divino, creador de la nueva vida en el individuo, es también el fundador y reformador de la iglesia. Las iglesias reformadas, y en particular las iglesias reformadas de Gran Bretaña, son el fruto de la palabra del Evangelio.

La contemplación de las obras de Dios reanimó a Tyndale, después de las discusiones que habían tenido lugar en la mesa de su protector. Solía pasear hasta la cima de la colina Sodbury, donde años atrás la reina Margarita de Anjou se detuvo durante la guerra de las Rosas, y ahí también descansó Eduardo IV, que la persiguió, antes de la batalla fatal de Tewkesbury, lo que causó que esta princesa cayera en manos de los yorkistas. Pero Tyndale meditaba en otras batallas que se avecinaban para restaurar la libertad y la verdad a la cristiandad. Batallas, no contra carne ni sangre, sino contra las potestades de las tinieblas de este mundo, y contra huestes espirituales de maldad en las regiones altas.

Detrás de la mansión había una pequeña iglesia dedicada a Santa Adelina, a la sombra de dos grandes árboles de tejo. Tyndale solía predicar allí los domingos, y Sir John y Lady Walsh, con el mayor de los hijos, ocupaban la principal banca señorial. Este humilde santuario se llenó con su familia y otros vecinos que escuchaban con atención las palabras de su maestro, que caían de sus labios *como las aguas de Siloé corren mansamente*. Aunque Tyndale era muy animoso en las conversaciones, él explicaba las Escrituras con tanta unción, dice un cronista, "que sus oyentes creían escuchar al mismo San Juan". Si él se parecía a Juan en la suavidad de su lenguaje, se asemejan a Pablo en la fuerza de su doctrina. Decía que "El papa volteó las raíces de los árboles hacia arriba. Él hace de la bondad de Dios las ramas y de nuestra bondad las raíces. Según él, primero debemos ser buenos, y luego debemos mover a Dios a ser bueno a causa de nuestra bondad; así que, la bondad de Dios debe brotar de la nuestra. Pero, realmente, la bondad de Dios es la raíz de toda bondad; y nuestra bondad, si acaso tenemos alguna, brota de la suya"⁴⁶.... Como el marido se casa con la mujer, antes de que pueda tener hijos legítimos de ella, así también la fe nos justifica para hacernos fecundos en buenas obras.⁴⁷ Pero ni el uno ni el otro debe permanecer estéril. La fe es la candelero santo con que debemos bendecirnos a nosotros mismos en la última hora, sin ella, seremos llevados por caminos tenebrosos en el valle de sombra de muerte. Aunque tengamos un millar de velas encendidas, un centenar de toneladas de agua bendita, un barco lleno de indultos, un costal lleno de abrigo de frailes, y todas las ceremonias del mundo, y todas las buenas obras, los merecimientos y méritos de todos los hombres en el mundo, no somos ni seremos con todo eso más santos".⁴⁸

⁴⁶ El Anticristo voltea las raíces de los árboles hacia arriba. Tyndale, *Tratados doctrinales* (Parker Society), p. 295.

⁴⁷ Tyndale, *Parábola de las Riquezas Injustas*. Ibid., p. 126.

⁴⁸ Ibid, p. 48.

Los sacerdotes, irritados por esas observaciones, determinaron arruinar a Tyndale; y un día, algunos de ellos invitaron a Sir John y a su esposa a una fiesta, en donde él no estuviera presente. Durante la cena se burlaron tanto del joven doctor y su Nuevo Testamento, que sus invitados se retiraron grandemente contrariados de que su profesor se hubiera ganado tantos enemigos. Posteriormente le contaron todo lo que habían oído, y Tyndale refutó con éxito los argumentos de sus adversarios. "¡Qué!", exclamó la señora Walsh, "según yo, hay algunos de estos doctores que valen cien libras, algunos doscientos y otros trescientos..... ¿y es por eso que debemos creer a ellos antes que a usted, maestro Guillermo?" Tyndale pensó que no era prudente darle una respuesta en ese momento, pero pasadas unas semanas, ella y su esposo parecieron convencidos de que el profesor de sus hijos les estaba impartiendo nada menos que la pura verdad del Evangelio de Dios.

En poco tiempo la casa señorial y la iglesia de Santa Adelina resultaron demasiadas estrechas para el celo de Tyndale. Predicaba todos los domingos, a veces en un pueblo, a veces en una ciudad. Los habitantes de Bristol se reunieron para escucharlo en una gran pradera llamada Saint Austin's Green. Pero tan pronto supieron los sacerdotes que estaba predicado en ese lugar, se presentaron allí para arrancar lo que él había plantado, llamándolo hereje y amenazando con expulsar de la iglesia a todo el que se atreviera escucharle. Cuando Tyndale regresó, encontró el campo devastado por el enemigo; y con la mirada triste, como el labrador que ve su grano desmenuzado por el granizo y sus ricos surcos convertidos en un árido desierto, exclamó: "¿Qué está pasando? Mientras yo estoy sembrando en un lugar, el enemigo asola el campo que acabo de dejar. No puedo estar en todas partes. ¡Oh!, si los cristianos poseyeran las Sagradas Escrituras en su propia lengua, podrían por sí mismos enfrentarse a estos sofistas. Sin la Biblia, no es posible afirmar al laicado en la verdad".

Entonces, una gran idea surgió en el corazón de Tyndale: "Fue en el idioma de Israel que los salmos se cantaban en el templo de Jehová; ¿y por qué se no predica el evangelio en la lengua de Inglaterra entre nosotros? ¿Por qué ha de tener la iglesia menos luz al mediodía que en la madrugada? Los cristianos deben leer el Nuevo Testamento en su lengua materna". Tyndale creía que esta idea procedía de Dios. El nuevo sol llevaría al descubrimiento de un nuevo mundo, y la regla infalible haría que todas las diversidades humanas cedieran el paso a una unidad divina. "Uno, sigue al doctor fulano, otro, a zutano", dijo Tyndale; "uno sigue a Duns Escoto, otro a Santo Tomás, otro a Buenaventura, Alejandro de Hales, Raymundo de Penaforti, Nicolás de Lyra, Hugo de San Víctor, y tantos otros..... Y cada uno de estos autores contradice al otro. ¿Cómo, entonces, podemos distinguir al que está en lo correcto del que está en el error?... ¿Cómo?... Seguramente por la Palabra de Dios. Pero ellos dicen que la Escritura es tan difícil que no podríamos entenderla sino sólo con la ayuda de los expertos. Sin embargo, eso es como medir la vara de medición con la tela. Aquí hay veinte telas de diversas longitudes y diversas anchuras, ¿cómo puedo saber cuál es la tela que debo usar para medir mi vara de medir? Supongo, más bien, que debo primero estar seguro de la longitud de la vara de medir, y luego medir con ella las telas y analizarlas. Si tengo que creer primero en el experto, entonces es el experto la primera verdad, y la verdad de la Escritura depende de su verdad; y así, la verdad de Dios brota de la

verdad del hombre. Por eso digo que el Anticristo voltea las raíces de los árboles hacia arriba".⁴⁹ Tyndale no dudó ya más... Mientras Wolsey buscaba ganar la tiara papal, el humilde profesor de Sodbury se comprometió a colocar la antorcha celestial en medio de sus compatriotas. La traducción de la Biblia iba a ser la obra de su vida.

El primer triunfo de la Palabra fue una revolución en la mansión señorial. A medida que Sir John y Lady Walsh adquirieron el gusto por el Evangelio, se sintieron disgustados con los sacerdotes. El clero ya no era invitado a Sodbury tan a menudo, ni tampoco ellos se sentían bien recibidos. "Tampoco", dice Foxe, "tenían la alegría y el buen semblante cuando llegaban, como antes lo tenían". Pronto suspendieron sus visitas, y no pensaban en otra cosa que hallar la forma de sacar a Tyndale de la mansión y de la diócesis.

No dispuestos a comprometerse ellos mismos en esa guerra, enviaron por delante algunas de esas tropas ligeras que la Iglesia tiene siempre a su disposición. Frailes mendicantes y curas pobres, a quienes difícilmente se podían entender sus misales, y de los cuales los más sabios hacían del libro llamado *Albertus de secretis mulierum*⁵⁰ su estudio habitual, se dejaron ir sobre Tyndale como una jauría de perros hambrientos. Ellos salieron en tropel a las tabernas, y pidiendo una jarra de cerveza, se sentaron, uno en una mesa, otro en otra. Invitaron a los campesinos a beber y a entrar en conversación con ellos, vertiendo mil maldiciones sobre el reformador atrevido: "Es un hipócrita", dijo uno; "es hereje", dijo otro. El más hábil entre ellos se subió a un taburete, y convirtiendo la taberna en un templo, expuso, por primera vez en su vida, un discurso extemporáneo. Informó de palabras que Tyndale nunca había pronunciado, y acciones que él nunca había cometido. Corriendo sobre el pobre profesor (él mismo nos informa) "como cerdos inmundos que siguen sus deseos carnales", pusieron su buen nombre por los suelos, y compartían el botín entre ellos, mientras que los parroquianos, excitados por sus calumnias y animados por la cerveza, partieron rebosantes de rabia y odio contra el hereje de Sodbury.

Después de que los monjes llegaron a los dignatarios. Los decanos y abades, antiguos huéspedes de sir John, acusaron Tyndale ante el canciller de la diócesis, y la tormenta que se había iniciado en la taberna irrumpió en el palacio episcopal.

El obispo titular de Worcester (un beneficiario de los prelados italianos) era Julio de Medici, un hombre culto, gran político y sacerdote astuto, que ya había gobernado en el papado sin ser papa, y quien después, ya como el papa Clemente VII, estuvo interviniendo en la cuestión del divorcio de Enrique VIII. Wolsey, quien administraba la diócesis de su colega ausente, había nombrado canciller a Thomas Parker, un hombre devoto de la iglesia romana. Fue ante él que los eclesiásticos hicieron su denuncia. Una investigación judicial tuvo sus dificultades, porque el amigo de la niñez del rey era el patrón del supuesto hereje, y Sir Anthony Poyntz, hermano de la señora Walsh, era el sheriff del condado. Por tanto, el canciller se limitó a convocar a una

⁴⁹ Tyndale, *Doctrinal Treatises* (Tratados Doctrinales), pp.149-54.

⁵⁰ Del Tratado: *En los secretos de las esposas*, por Alberto Magno.

conferencia general del clero. Tyndale obedeció al citatorio, pero previendo lo que le esperaba, clamó de todo corazón a Dios, mientras seguía su camino por las orillas del Severn, "para que le diera fortaleza en permanecer firme en la verdad de su Palabra".

Cuando estuvieron reunidos los abades, los decanos y otros eclesiásticos de la diócesis, con los jefes arrogantes de miradas amenazadoras, rodearon al humilde pero inflexible Tyndale. Cuando llegó su turno, se puso enfrente, y el canciller le administró una severa reprimenda, a la que respondió de manera calmada. Esto exasperó al canciller, que, dando rienda suelta a sus pasiones, trató a Tyndale como si hubiera sido un perro.⁵¹ "¿Dónde están sus testigos?", preguntó Tyndale, "que pasen al frente, y yo les responderé". Pero ninguno de ellos se animaba a dar la cara, sino que desviaban sus miradas hacia otros lados. El canciller esperaba, por lo menos un testigo debe haber, pero ni eso pudo conseguir. Molesto por la cobardía de los sacerdotes, el representante de los Médicis se volvió más equitativo, y dejó sin efecto la acusación. Tyndale volvió a Sodbury tranquilamente, bendiciendo a Dios que lo había salvado de las crueles manos de sus adversarios,⁵² y no entreteniéndole nada más que una tierna caridad hacia ellos. "¡Quitad mis bienes!", les dijo un día, "¡quitad mi buen nombre!", sin embargo, mientras Cristo more en mi corazón, no por eso los voy a dejar de amar".⁵³ Aquí, en verdad, estaba el San Juan con quien Tyndale ha sido comparado.

Sin embargo, en esta guerra violenta, no podía dejar de recibir algunos golpes fuertes, ¿y dónde podría encontrar consuelo? Fryth y Bilney estaban lejos de él. Tyndale recordó que había un viejo doctor, antiguo canciller de un obispo, que vivía cerca Sodbury, y quién le había mostrado gran afecto. Fue a verlo, y le abrió su corazón. El anciano lo miró por un momento como si dudara en revelarle un gran misterio. "¿Tú sabes," dijo él, bajando la voz, "que el papa es el mismo Anticristo de quien habla la Escritura?... Pero ten cuidado con lo que dices... Esa declaración te puede costar su vida." Esta doctrina del Anticristo, que Lutero en su momento denunciara con tanta audacia, golpeaba a Tyndale. Fortalecido por esto, al igual que el reformador sajón, sintió una nueva energía en su corazón, y el anciano doctor fue para él lo que el fraile anciano había sido para Lutero.

Cuando los sacerdotes vieron que su plan había fracasado, encargaron a un célebre teólogo la tarea de su conversión. El reformador contestó con su Nuevo Testamento griego a los argumentos del hombre de letras. El teólogo se quedó sin habla: al fin exclamó: "¡Bueno, entonces sería mejor estar sin la ley de Dios que sin la del papa!". Tyndale, que no esperaban esa clara y blasfema confesión, respondió: "¡Y yo desafío al papa y todas sus leyes!"; y luego, como

⁵¹ Me amenazó gravemente y me maldijo, y me trató como si yo hubiera sido un perro. Tyndale, *Tratados Doctrinales*, p. 395.

⁵² Escapando de sus manos. Foxe, *Acts*, v., p. 116

⁵³ Tyndale, *Tratados Doctrinales*, p. 298.

si fuera incapaz de mantener su secreto, añadió: "Si Dios me da vida, yo me haré cargo dentro de no muchos años, de que hasta un arriero conozca más de las Escrituras que tú".

Todos sus pensamientos ahora estaban concentrados en los medios de llevar a cabo sus planes, y, queriendo evitar confrontaciones que pudieran comprometerlo, a partir de entonces pasaba la mayor parte de su tiempo en la biblioteca. Oró, leyó, comenzó su traducción de la Biblia, y muy probablemente comunicaba porciones de ella con Sir John y Lady Walsh.

Todas sus precauciones fueron inútiles: los escolásticos lo había traicionado, y los sacerdotes había jurado no dejarlo que tradujera la Biblia. Un día se encontró con una tropa de monjes y curas, quienes lo criticaron de la manera más grosera. "Es por el favor de la nobleza de la provincia que te hace estar tan orgulloso", dijeron, "pero a pesar de tus protectores, habrá una asamblea sobre tu situación en poco tiempo, y de una manera bastante interesante. No siempre vas a vivir en una casa señorial". Tyndale les respondió: "Me podrán desterrar al rincón más oscuro de Inglaterra, siempre y cuando se me permita enseñar a los niños y predicar el evangelio, y que me den diez libras al año para mi sustento..... y estaré satisfecho". Los sacerdotes lo dejaron, pero con la intención de prepararle un destino muy diferente.

Tyndale ya no pudo disfrutar por más tiempo de sus agradables sueños. Se dio cuenta que estaba a punto de ser arrestado, condenado, e interrumpido en su gran obra. Debía buscar un refugio donde pudiera dedicarse en paz a la tarea que Dios le había asignado. "Usted no me puede salvar de las manos de los sacerdotes", dijo a Sir John, "y Dios sabe a qué problemas le expongo a usted por tenerme en su familia. Permíteme dejarlo". Dicho esto, recogió sus papeles, tomó su Testamento, apretó las manos de sus benefactores, besó a los niños, y luego descendió por la colina; se despidió de las riveras sonrientes del Severn, y partió solo, solo con su fe. ¿Qué se podía hacer? ¿Qué iba a ser de él? ¿Cuándo volvería? Salió como Abraham. Una sola cosa le fascinaba en su mente: las Escrituras debían ser traducidas al idioma del pueblo, y él iba a depositar los mandamientos de Dios entre sus compatriotas.⁵⁴

CAPÍTULO CINCO

La Embestida Contra Lutero

(1517-1521)

Al mismo tiempo en que un simple ministro comenzaba la Reforma en un valle tranquilo del oeste de Inglaterra, poderosos refuerzos estaban desembarcando en las costas de Kent. Los escritos y acciones de Lutero despertaban una viva sensación en Gran Bretaña. Su

⁵⁴ [Una excelente biografía de Tyndale fue producida por Demaus en 1872, y subsecuentemente publicada con una revisión de Richard Lovett. Hay otra biografía más reciente de J. F. Mozley, complementando pero no suprimiendo a la de Demaus, ésta fue publicada por el S.P.C.K. en 1937.]

comparecencia ante la dieta de Worms era un tema común de conversación. Navíos procedentes de los puertos de los Países Bajos trajeron sus libros a Londres, y los impresores alemanes habían respondido al nuncio Aleander, quien había prohibido las obras luteranas en el imperio: "¡Muy bien, pues entonces los mandaremos a Inglaterra!" Casi se podría decir que Inglaterra estaba destinada a ser el asilo de la verdad. Y de hecho, las *Tesis de 1517*, la *Explicación de la Oración del Señor*, los libros *Contra Emser*, *Contra el Papado de Roma*, *Contra la Bula del Anticristo*, el comentario de la *Epístola a los Gálatas*, el *Llamamiento a la Nobleza Alemana*, y sobre todo, el *Cautiverio Babilónico de la Iglesia*, todos cruzando el mar, se tradujeron, y circularon por todo el reino. Las naciones alemana e inglesa, teniendo un origen común y siendo lo suficientemente parecidas en ese momento en carácter y civilización, aprovecharon de que las obras destinadas a una pudieran ser leídas por la otra. El monje en su celda, el campesino en su vivienda, el doctor en su universidad, el comerciante en su tienda, e incluso el obispo en su palacio, estudiaban estos escritos extraordinarios. Los laicos, en particular, que habían sido preparados por Wycliffe y que estaban disgustados por la avaricia y la vida desordenada de los sacerdotes, leían con entusiasmo las páginas elocuentes de aquel monje sajón, que traía fortaleza a todos los corazones.

El papado no permanecía inactivo ante la presencia de todos estos esfuerzos. Es cierto que los tiempos de Gregorio VII y de Inocencio III ya habían pasado, y la debilidad y la indecisión habían suplido a la antigua energía y la actividad del pontificado romano. El poder espiritual había cedido el dominio de Europa a los poderes seculares, y se dudaba si la fe del papado se encontraba en el propio papado. Sin embargo, un alemán (Dr. Eck) con grandes esfuerzos infatigables había orillado al profano León X para que emitiera una bula, y esta bula acababa de llegar a Inglaterra. El mismo papa la envió a Enrique, llamándolo a extirpar la herejía luterana. El rey la entregó a Wolsey, y éste la transmitió a los obispos, quienes, después de leer los supuestos libros heréticos, se reunieron para discutir el asunto. Había más fe romana en Londres que en el Vaticano. "Este falso fraile", exclamó Wolsey, "ataca el derecho de sumisión al clero, que es la fuente de todas las virtudes". Los prelados humanistas fueron los más molestos, el camino que habían tomado terminó en un abismo, y retrocedieron en estado de alarma. Tunstall, el amigo de Erasmo y después obispo de Londres, y que acababa de regresar de su embajada en Alemania donde Lutero lo había pintado con los colores más oscuros, fue particularmente violento: "Este monje es un *Proteo*... quiero decir, un *ateo*. Si permitimos las herejías que él ha esparcido con ambas manos, van a ahogar la fe, y la iglesia perecerá. ¡Como si no hubiéramos tenido suficiente con los wyclifitas! Ahora aquí están las nuevas legiones de la misma especie... Hoy Lutero pide la abolición de la misa, mañana va a pedir la abolición de Jesucristo. Rechaza todo, y no pone nada en su lugar. Si los bárbaros saquean nuestras fronteras los castigamos..... ¿y no haremos lo mismo con los herejes que saquean nuestros altares? ¡No!, por la agonía mortal que Cristo soportó, les ruego..... ¿Qué digo?, la iglesia toda los conjura a combatir contra este dragón devorador....., castigar a este perro del infierno, acallar sus aullidos siniestros, y que regresen al desvergonzad de nuevo a su guarida". Así habló el elocuente Tunstall; pero tampoco Wolsey se quedaba tan atrás. Lo único rescatable de este hombre era que él fue el

entretenimiento de la iglesia; pudo tal vez ser llamado respetable, porque él era el único que se respetaba exclusivamente a sí mismo. El 14 de mayo de 1521, este papa inglés, imitando al papa italiano, publicó su bula contra Lutero.

La bula fue leída (probablemente en el primer domingo de junio) en todas las iglesias durante la misa, cuando la congregación era más numerosa. Un sacerdote exclamó: "Por cada libro de Martín Lutero que alguien tenga en su poder, dentro de los quince días siguientes a este mandato, incurrirá en la más grande excomunión". Luego, un notario público con la bula del papa en la mano y una descripción de las *opiniones perversas* de Lutero, se dirigió hacia la puerta principal de la iglesia y pegó el documento. Las personas se reunieron alrededor de él, la persona más competente leía en voz alta, mientras el resto escuchaba. Las siguientes son algunas de las supuestas "herejías" que, por orden del papa, resonaban en los porches de toda la catedral, los conventos, los colegios y las iglesias parroquiales de todos los condados de Inglaterra:

"11. Los pecados no son perdonados a cualquiera, a menos que, el sacerdote que los remita, crea que le son remitidos.

"13. Si en virtud de alguna imposibilidad, el *contrito* no puede ser confesado, o el sacerdote le absuelve, no honestamente sino a la ligera; sin embargo, si él cree que es absuelto, él será verdaderamente absuelto.

"14. En el sacramento de la *penitencia* y la remisión de una falta, el papa o un obispo no son más grandes que el sacerdote de más bajo rango; ahora bien, donde no hay un sacerdote, entonces cualquier cristiano puede serlo, ya sea que se trate de una mujer o un niño.

"26. El Papa, sucesor de Pedro, no es el vicario de Cristo.

"28. No está en absoluto en las manos de la iglesia o del papa decretar los artículos de fe, ni decretar las normas de hábitos o de buenas obras".

El cardenal legado, acompañado por el nuncio, por el embajador de Carlos V, y por varios obispos, desfiló con gran pompa hasta la catedral de San Pablo, donde el obispo de Rochester predicó y Wolsey quemó los libros de Lutero. Pero apenas éstos quedaron reducidos a cenizas cuando los sarcasmos y bromas se escucharon en todas direcciones. "El fuego no es un argumento teológico", dijo uno. "Los papistas que acusan a Martín Lutero de asesinar a los cristianos", añadió otro, "son como el carterista que comenzó a gritar '¡detengan al ladrón!' cuando se dio cuenta que estaba a punto de ser capturado". "El obispo de Rochester", dijo un tercero", concluye que, puesto que Lutero ha arrojado los decretos del papa en el fuego, es como si lanzara al mismo papa..... por lo tanto, podemos deducir con otro silogismo, aunque suene fuerte: Rochester y sus hermanos han quemado el Nuevo Testamento, una señal evidente de que

ellos, si pudieran, quemarían también a Cristo mismo"⁵⁵. Estas bromas se diseminaron rápidamente de boca en boca. No bastó con que los escritos de Lutero estuvieran en Inglaterra, sino que deberían ser conocidos, y los sacerdotes se encargaron de hacer publicidad de ellos. La Reforma iba avanzando, y la propia Roma iba empujando el coche.

El cardenal vio que se requería de algo más que de papeles de *autos de fe*, y la actividad que desplegó puede indicar lo que él habría hecho en Europa si alguna vez hubiera llegado a la silla pontificia. "El espíritu de Satanás no le daba reposo", dice el papista Sanders. Se necesitaba otra acción extraordinaria, pensó Wolsey. Hasta ahora los reyes habían sido los enemigos de los papas, pero ahora un rey podría hacerse cargo de su defensa. Los príncipes no eran muy aficionados al arte literari, ¡y un príncipe publicaría un libro! "Señor", le dijo al rey, para darle en la yugular a Enrique, "usted debe escribir a los príncipes de Alemania sobre el tema de esta herejía". Así lo hizo. Escribiendo al archiduque Palatino, le dijo: "Este fuego, que ha sido encendido por Lutero, y avivado por las artes del demonio, se está regando por todas partes, si Lutero no se arrepiente, él y sus escritos serán lanzados a las llamas. Le ofrezco mi real cooperación, e incluso, si es necesario, mi vida".⁵⁶ Esta fue la primera vez que Enrique mostró esa cruel sed que días después sería saciada con la sangre de sus esposas y amigos.

Habiendo dado el rey el primer paso, no fue difícil para Wolsey inducirlo a dar el siguiente. Defender el honor de Tomás de Aquino y reafirmarse como el campeón de la iglesia, y para obtener del papa un título equivalente al de *Rex Christianissimus*, es decir, el rey más cristiano, eran motivos más que suficientes para inducir a Enrique a lanzarse contra Lutero. "Voy a combatir con la pluma a este Cerbero surgido de las profundidades del infierno", dijo él, "y si se niega a retractarse, el fuego consumirá al hereje junto con sus herejías".

El rey se encerró en su biblioteca; todos los sabores escolásticos que habían probado en su juventud fueron reavivados; trabajó como si fuera el arzobispo de Canterbury y no el rey de Inglaterra. Con el permiso del papa leyó los escritos de Lutero, escudriñó a Tomás de Aquino; forjó, con infinita labor, las flechas con las que esperaba atravesar al hereje; llamó a varios eruditos a que le ayudaran, y publicó por fin su libro. Sus primeras palabras fueron un grito de alarma. "Cuidado con el rastro de esta serpiente", dijo a sus lectores cristianos, "caminen de puntitas, cuídense de los matorrales y cuevas en las que se oculta y desde donde lanza su veneno. Si te lame, ¡ten cuidado!, la víbora astuta acaricia sólo lo que puede morder". Después de eso Enrique les amonestaba: "¡Tengan ánimo! Llénense de la misma valentía que mostraron contra los turcos, sarracenos y otros infieles; marchen ahora en contra de este *frailecito*, un tipo aparentemente débil, pero es más formidable por el espíritu que lo anima que todos los infieles, sarracenos y turcos juntos". De esta manera Enrique VIII, el *Pedro el Ermitaño* del siglo XVI, predicaba una cruzada contra Lutero a fin de salvar al papado.

⁵⁵ Habrían quemado al mismo Cristo. Tyndale, *Tratados Doctrinales*, p. 221.

⁵⁶ [Un excelente trabajo sobre las cartas de Enrique contra Lutero es *Enrique VIII y Lutero*, de Erwin Doernberg (Barrie and Rockliff)]

Había elegido hábilmente el terreno sobre el que se daría la batalla. El sacramentismo y la tradición son, de hecho, las dos características esenciales de la religión papal; como lo son para la religión evangélica la fe viva y la Sagrada Escritura. Enrique hizo un servicio a la Reforma al señalar los principios que esencialmente pensaba combatir; y proveyendo a Lutero la oportunidad de reafirmar la autoridad de la Biblia, le hizo dar un paso más importante en el camino de la reforma. "Si una enseñanza se opone a la Escritura", dijo el reformador, "cualquiera que sea su origen -tradiciones, costumbre, reyes, tomistas, sofistas, Satanás, o incluso un ángel del cielo-, todo de quien procede debe ser maldito. *Nada puede existir contrario a la Escritura*, y todo debe existir por ella".

Habiendo terminado el libro, con la ayuda del obispo de Rochester, el rey se lo mostró a Sir Tomás Moro, quien le rogó que se pronunciara menos decididamente a favor de la supremacía papal. "No voy a cambiar nada", respondió el rey, lleno de devoción servil al papado. "Además, tengo mis razones", y se las mencionó en el oído de Moro.

El doctor Clarke, embajador de Inglaterra en la corte de Roma, fue el encargado de presentar al papa un ejemplar de la obra del rey, magníficamente empastado. "La gloria de Inglaterra," dijo él, "está en el rango más importante entre las naciones que obedecen al papado". Felizmente Bretaña había conocido mucho antes la gloria de una manera muy diferente. El embajador añadió que su amo, además de haber refutado los errores de Lutero con la pluma, estaba dispuesto a luchar contra sus seguidores con la espada. El papa, conmovido con esta oferta, le dio el pie, luego lo besó en la mejilla, y le dijo: "Voy a hacer de este libro que escribió tu amo mucho más de lo que la iglesia ha hecho con las obras de San Jerónimo y San Agustín".

El endeble papado ya no tenía ni poder, ni inteligencia, ni siquiera fanatismo. Aún conservaba sus pretensiones y su pompa, pero se parecía a los cadáveres de los poderosos de la tierra que se exhiben en las capillas ardientes vestidos con sus magníficas túnicas: esplendor arriba, muerte y corrupción abajo. Los relámpagos de un Hildebrando ya no producían los mismos efectos; Roma aceptó con gratitud la defensa de laicos como Enrique VIII y Tomás Moro, sin desdeñar sus sentencias judiciales y sus cadalsos. "Debemos honrar a los nobles campeones que se muestran dispuestos a cortar con la espada a los miembros podridos de Jesucristo", dijo el papa a los cardenales. "¿Qué título le daremos al virtuoso rey de Inglaterra?" –*Protector de la Iglesia romana*, sugirió uno. –*Rey Apostólico*, dijo otro, y por último, pero no sin cierta oposición, Enrique VIII fue proclamado *Defensor de la Fe*. Al mismo tiempo, el papa prometió diez años de indulgencia a todos los lectores del libro de rey. Este fue un señuelo a la manera de la Edad Media, y que nunca fallaba en su efecto. El clero comparó a su autor con el más sabio de los reyes, y el libro, del que se imprimieron muchos miles de ejemplares, llenó al mundo cristiano con admiración y deleite (como nos dice Cochlaeus).

Nada pudo igualar la alegría de Enrique. "Su majestad", dijo el vicario de Croydon, "no cambiaría ese nombre por todo Londres y veinte millas a la redonda". Según una tradición preservada por Thomas Fuller, cuando el rey acababa de recibir el título, su bufón entraba en la habitación en ese momento y le preguntó la causa de su regocijo. "El papa me confirió el título de *Defensor de la fe*". El bufón respondió: "¡Ay!, mi buen Enrique, está bien que tú y yo nos

defendamos uno del otro, pero... acepta mi recomendación... y *deja que la fe se defienda por sí misma*". En medio de la intoxicación general, el bufón era la única persona sensata. Pero Enrique ya no escuchaba a nadie. Sentado en un elevado trono, con el cardenal a su mano derecha, pidió que la carta del papa fuera leída en público. Las trompetas sonaron; Wolsey dijo misa, el rey y su corte se sentaron alrededor de una suntuosa mesa, y los heraldos proclamaron con los brazos extendidos: *¡Henricus Dei gratia Rex Angliae et Franciae, Defensor Fidei et Dominus Hiberniae!*⁵⁷

Parecía que el papa de Roma y el rey de Inglaterra quedaban unidos firmemente en su decisión de defender la doctrina de la iglesia romana. Pero Enrique VIII tendría que colgar los guantes, como sucedió después. Se empeñó en advertir a todos los ingleses seguidores del reformador alemán que en su reino encontrarían la mayor oposición de la ley (que no era más que la expresión de la voluntad real) y el uso de la espada material, con la que el papado tanto se deleitaba.

CAPÍTULO SEIS

Los Primeros Mártires en Lincolnshire

(1521-1522)

⁵⁷ ["Enrique, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra y Francia, defensor de la fe y señor de Irlanda". Pudiera parecer extraño que, mucho después de la Edad Media, los reyes de Inglaterra siguieran reclamando el título de Rey de Francia. Sin embargo, este era el caso hasta que Jorge III lo abolió en 1802. El título se mantiene en el discurso de Jaime I, frecuentemente impreso en la Versión Autorizada de la Biblia de 1611].

Ahora Enrique tenía que justificar el título conferido por el papa; Wolsey deseaba ganar el papado; y ambos podrían satisfacer sus ambiciones si se empeñaban en la caza de los herejes. Por lo que no pasó mucho tiempo antes de que la persecución estallara de nuevo contra los discípulos de la Palabra de Dios.

En el condado de Lincoln, junto a las costas del Mar del Norte, a lo largo de las fértiles orillas de los ríos Humber, Trent y Witham, y en las laderas de las colinas sonrientes, habitaban muchos cristianos pacíficos; obreros, artífices y pastores, que pasaban sus días en su arduo trabajo, en pastorear sus rebaños, en hacer el bien y en leer “unos cuantos libros en inglés que podían conseguir en la tienda de la esquina” (dice Foxe). Mientras más se incrementaba la luz del evangelio en Inglaterra, mayor era el incremento en el número de estos hijos de la paz. Estos “varones justos”, como se les llamaba, aunque contaban con un poco del conocimiento humano, estaban sedientos del conocimiento de Dios. Pensando que ellos eran los únicos verdaderos discípulos del Señor, se casaban sólo entre ellos. Aparecían en ocasiones en la iglesia, pero en lugar de repetir sus oraciones, como el resto, se sentaban “callados como las bestias”, como decían sus enemigos, especialmente cuando tenía lugar la elevación de la hostia. Los domingos y días festivos, se reunieron en la casa de alguno de ellos, y a veces pasan una noche entera en la lectura de una porción de las Escrituras. Si no encontraba por casualidad algunos libros entre ellos, uno de los hermanos, que habían aprendido de memoria la epístola de Santiago, el comienzo del Evangelio de San Lucas, el sermón del monte, o una epístola de Pablo, recitaba algunos versos en voz alta calmada, y luego todos conversaban reverentemente sobre las sagradas verdades de la fe, y se exhortaban unos a otros para ponerlos por práctica. Pero si alguna persona que no pertenecía a su grupo se unía a ellos, guardaban silencio. Hablaban tanto entre ellos, que se quedaban sin palabras frente los de afuera: el miedo a los sacerdotes y a la hoguera los había vuelto lerdos. No había familia que no se regocijara en las Escrituras. En la boda de una hija del viejo Durdant, uno de sus patriarcas, la fiesta de bodas se celebró en secreto en un granero y se leyó en su totalidad una de las epístolas de San Pablo. ¡Los matrimonios rara vez se celebran con pasatiempos como éste!

Aunque eran mudos ante sus enemigos o personas sospechosas, esta pobre gente no guardaron silencio en presencia de los humildes, un brillante proselitismo los caracterizaba a todos ellos. “Ven a mi casa”, le dijo un día la piadosa Agnes Ashford a James Morden, “y te enseñaré algunos versículos de la Escritura”. Agnes era una mujer culta y sabía leer; Morden fue, y la humilde sala de la pobre mujer se transformó en una escuela de teología. Agnes comenzó: “Vosotros sois la sal de la tierra”, y luego recitó los siguientes versos. “Si la sal se desvaneciere no sirve más para nada. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen al Padre que está en los cielos. Ni una tilde ni una jota pasará de la ley hasta que todo esto sea cumplido”. Cinco veces Morden regresó a la casa de Agnes antes de haber aprendido bien su lección. “Nos estamos extendido como la sal sobre las diversas partes del reino”, le dijo la mujer cristiana al neófito, “con el fin de que podamos comprobar, por

nuestra doctrina y nuestra vida, el progreso de la superstición. Pero", añadió ella en alarma", guarda este secreto en tu corazón, como un hombre mantendría a un ladrón en la cárcel".⁵⁸ Además, Agnes le enseñó a decir esta lección: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad". Dos veces la fue a ver para aprender estas palabras.

Como los libros eran escasos, estos piadosos cristianos habían establecido una especie de biblioteca itinerante, y un tal John Scrivener era frecuentemente el comisionado para llevar los preciosos volúmenes de una persona a otra. Pero a veces, cuando él viajaba a lo largo de las orillas del río, o a través de los claros del bosque, notaba que lo seguían. Apretaba el paso y corría hacia algún granero, donde los campesinos amigos lo escondían rápidamente debajo de la paja, bajo los manojos de lino, al igual que los espías de Israel. Cuando llegaban los sabuesos, buscaban y no encontraban nada, y más de una vez castigaron cruelmente por el crimen de la caridad a los que tan generosamente albergaron a estos evangelistas.

Los decepcionados oficiales apenas se habían retirado de la zona cuando estos amigos de la Palabra de Dios salían de su escondite, y aprovechaban ese momento de libertad para reunirse con los hermanos. Las persecuciones que sufrieron los irritaban contra los sacerdotes. Ellos adoraban a Dios, leían y cantaban en voz baja, pero cuando la situación se generalizó, dieron rienda suelta a su indignación. "¿Saben el uso que se da a las indulgencias papales?", dijo uno de ellos, "les sacan un ojo de la cara y les vacían la bolsa". "Los verdaderos peregrinajes", dijo el sastre Geoffrey de Uxbridge", consisten en visitar a los pobres y enfermos; descalzos, si les parece bien así, porque estos pequeñitos son la verdadera imagen de Dios". "El dinero gastado en las peregrinaciones", añadió un tercero, "sólo sirve para mantener a ladrones y prostitutas". Las mujeres eran a menudo las más activas en las controversias. "¿Qué necesidad hay de ir a los *pies*", dijo Agnes Ward, quien no creían en los santos", cuando podemos ir a la *cabeza*?" "El clero de los buenos viejos tiempos", dijo la esposa de David Lewis, "acostumbraba guiar al pueblo como la gallina lo hace con sus polluelos; pero ahora si nuestros sacerdotes conducen a sus rebaños a algún lugar, seguramente los llevan al diablo".

No tardó en producirse un pánico general en todo ese distrito. El confesor del rey, Juan Longland era el obispo de Lincoln. Este sacerdote fanático, hechura de Wolsey, se aprovechó de su posición para solicitar a Enrique una severa persecución. Esto era lo común entre los confesores de los príncipes de Inglaterra, Francia y otros lugares. Es lamentable que entre esos discípulos piadosos de la Palabra, se encontraran de vez en cuando hombres cínicos, cuyos mordaces sarcasmos iban más allá de todos los límites. Wolsey y Longland sabían cómo emplear estas expresiones para despertar la ira del rey. "Como cuando uno de esos tipos", dijeron, "estaba

⁵⁸ [Foxe registra que cuando fue aprehendida e interrogada, "Agnes se concretaba a recitar frente a los seis obispos quienes inmediatamente le recriminaron y le ordenaron que no siguiera enseñando estas lecciones a cualquier hombre, y especialmente a sus hijos."]

ocupado desgranando su maíz en el granero, y entonces un hombre acertó a pasar por allí. 'Buenos días, vecino, "(dijo el segundo), 'usted está trabajando duro'. 'Sí', contestó el viejo hereje, 'estoy desgranando el maíz, del cual los sacerdotes hacen al a Dios Todopoderoso, refiriéndose a la transubstanciación' ". Enrique ya no dudó más.

El 20 de octubre de 1521, nueve días después de que la bula sobre el *Defensor de la Fe* se habían firmado en Roma, el rey, que estaba en Windsor, llamó a su secretario, y dictó una orden mandando a todos sus súbditos que apoyaran al obispo de Lincoln en su lucha contra los herejes. "Si desobedecen sus vidas corren peligro", añadió. La orden fue transmitida a Longland, y el obispo de inmediato emitió sus órdenes, y sus oficiales sembraron el terror por todas partes. Cuando los vieron, estos cristianos pacíficos pero tímidos se llenaron de miedo. Isabella Bartlet, oyendo que se acercaban a su cabaña, gritó a su marido: "¡Eres un hombre perdido, y yo soy una mujer muerta!" Este grito hizo eco en todas las casas de Lincolnshire. El obispo, en su carácter de juez, hábilmente jugaba con estos pobres seres infelices para que se acusaran unos a otros. ¡Ay!, se cumplía la antigua profecía: "el hermano entregará al hermano a la muerte. "Robert Bartlet atestiguó contra su hermano Richard y su propia esposa; Jane Bernard acusó a su propio padre, y Tredway a su madre. No fue sino hasta después de la más cruel angustia que estas pobres criaturas fueron llevadas a extremos tan espantosos; pero el obispo y la amenaza de muerte los aterrizzaba. Sólo un número pequeño se mantuvo firme. En lo que respecta al heroísmo, la Reforma de Wycliffe no trajo sino sólo una ayuda débil a la Reforma del siglo XVI; aunque no hubiera proporcionado muchos héroes, preparó al pueblo inglés para amar la Palabra de Dios por encima de todas las cosas. De estas personas humildes, algunos fueron condenados a hacer penitencia en diferentes monasterios, otros a llevar un haz de leña en sus hombros dando tres veces la vuelta al mercado, y luego de pie durante algún tiempo expuestos a las burlas de la gente; mientras que otros fueron amarrados a un poste mientras el verdugo los marcaba en la mejilla con un hierro al rojo vivo. Ellos también tuvieron sus mártires. El avivamiento de Wycliffe nunca hubiera tenido lugar sin ellos. Cuatro de estos hermanos fueron elegidos para ser condenado a muerte, entre ellos; el colportor evangélico Juan Scrivener. Al reducirlo a las cenizas el clero quería asegurarse de que ya no circularía la Palabra de Dios, y por un horrible refinamiento de crueldad, se les obligó a su sus hijos a prender el fuego a la pila donde se iba a consumir su padre. A este respecto Foxe comenta: "Un ejemplo de crueldad que es contrario, tanto a los ojos de Dios como a la naturaleza, en tal grado que no se había visto ni oído en la memoria de la gente. Pero es más fácil quemar las ramas de los cristianos que apagar el Espíritu del Cielo. Estos fuegos crueles no pudieron destruir entre el campesinado de Lincolnshire el amor por la Biblia, que en todas las edades ha sido la fuerza de Inglaterra, mucho más que la sabiduría de sus senadores o la bravura de sus generales.

Habiendo ganado por estas hazañas sus indiscutibles reclamos a la tiara papal, Wolsey dirigió sus esfuerzos hacia Roma. León X había muerto el primero de diciembre de 1521. El cardenal envió al Dr. Pace a Roma, ordenándole a "advierta a los cardenales que, si eligen a un partidario de Carlos o de Francisco, incurrirán en la enemistad de uno u otro de estos príncipes, y si eligen a algún sacerdote italiano débil, la sede apostólica se convertiría en la presa de los más

fuertes. La rebelión de Lutero y la ambición del emperador ponen en peligro al papado. Sólo hay un medio de prevenir los peligros que amenazan..... y este es que me elijan a mí Ahora, vayan y esfuércense" El cónclave se abrió en Roma el 27 de diciembre, y Wolsey fue propuesto; pero los cardenales no fueron favorables a su elección, en lo general. "Él es muy joven", dijo uno. "Demasiado firme", dijo otro. "Él va a fijar la sede del papado en Inglaterra y no en Roma", argumentó la mayoría. No recibió los votos suficientes; pocos como siete, según una fuente, y 19, según otra. "Los cardenales ", escribió el embajador inglés", gruñían y se peleaban entre sí; y su mala fe y el odio aumentaban cada día". Finalmente, para obligar a los cardenales a que llegara a una decisión, sus platos de comida fueron drásticamente reducidos; y entonces, en su desesperación, eligieron a Adrián, que había sido preceptor del emperador, y el grito se dejó escuchar: *¡Habemus Papam!*

Durante todo este tiempo Wolsey estaba en Londres, consumido por la ambición, y contando los días y las horas. Por fin, un despacho de Gante, de fecha 22 de enero, le llegó con estas palabras: "El 9 de enero, el cardenal de Tortosa fue elegido!" Wolsey estaba a punto de enloquecer. Para ganar a Carlos había sacrificado la alianza con Francisco I; no había estrategia que no hubiera empleado, y sin embargo, Carlos, a pesar de sus promesas, ¡había procurado la elección de su preceptor! El emperador sabía cuál iba a ser la cólera del cardenal, y trató de apaciguarlo: "El nuevo papa", escribió, "está viejo y enfermo, no se podrá sostener en el poder por mucho tiempo..... Suplico al cardenal de York que *esté muy al pendiente de su salud*".

Carlos hizo algo más: visitó Londres en persona, con el pretexto de sus esponsales con María de Inglaterra, y, el 19 de junio de 1522, se elaboró un tratado en el que consentía la inserción de un artículo por el cual Enrique VIII y el poderoso emperador quedaban obligados a que, si alguien infringía el tratado, debería comparecer ante Wolsey y se sometería a sus decisiones. El cardenal, gratificado por tal condescendencia, se calmó, y al mismo tiempo lo apaciguaron con las esperanzas más halagüeñas. "El imbécil preceptor de Carlos", le dijeron, "ha llegado al Vaticano, asistido sólo por su cocinera; pero tú pronto harás tu entrada rodeado de toda tu grandeza". Para estar seguro de su juego, Wolsey hizo acercamientos secretos con Francisco I, y luego esperó a la muerte del papa.

CAPÍTULO SIETE

Inglaterra se Cierra a Tyndale

(1523-1524)

Mientras que el cardenal buscaba intrigas para alcanzar sus fines egoístas, Tyndale estaba llevando a cabo con humildad la gran idea de dar a las Escrituras de Dios a Inglaterra. Después de haberse despedido tristemente de la casa solariega de Sodbury, el erudito profesor había partido hacia Londres. Probablemente esto ocurrió durante el verano de 1523. Habiendo dejado la universidad y la casa de su protector, su carrera errante estaba a punto de comenzar, pero un velo espeso escondía de él todas sus penas. Tyndale, un hombre sencillo en sus costumbres, sobrio, audaz y generoso, sin temor a la fatiga o peligros, inflexible en su deber, ungido con el Espíritu de Dios, rebosante de amor por sus hermanos, emancipado de las tradiciones humanas, un solitario siervo de Dios que amaba por sobre todas las cosas a Jesucristo, imaginativo, pronto en responder, y de conmovedora elocuencia. Un hombre así podría haber destacado en las primeras filas, pero prefirió una vida retirada en un pobre rincón, con la condición de que pudiera dar a sus compatriotas las Escrituras de Dios. ¿Dónde podría encontrar este refugio tranquilo?, era la pregunta que él mismo se hacía mientras se dirigía solitario a Londres. La sede metropolitana había sido cubierta por Cuthbert Tunstall, que era más un estadista y un intelectual que un hombre de iglesia, "el primero de los ingleses en la literatura griega y latina", dijo de él Erasmo. Este elogio pronunciado por el sabio holandés vino a la memoria de Tyndale. Fue el Testamento griego de Erasmo que me llevó a Cristo, se dijo que a sí mismo, ¿por qué no ofrecerme la casa de mi amigo Erasmo un refugio para que pueda traducirlo Por fin llegó a Londres, y, como un extraño en esa gran ciudad, deambuló por las calles, lleno de esperanza y al mismo tiempo de temor.

Siendo recomendado por Sir John Walsh a Sir Harry Guildford, contralor del rey, y por él a varios sacerdotes, Tyndale comenzó a predicar casi de inmediato, especialmente en el oeste de San Dunstan, y dio a luz en el corazón de la capital la verdad que había sido desterrada de las orillas del Severn. La *Palabra* de Dios era para él la base de la salvación y la gracia de Dios era su *esencia*. Su mente inventiva presentaba las verdades que proclamaba de manera sorprendente. Él dijo en una ocasión: "Es la sangre de Cristo la que nos abre las puertas del cielo, y no tus obras. Me gustaría equivocarme....., y decir que por tus buenas obras te salvarás. Sin embargo, entiéndanme bien, no es por los que has hecho, sino por los que Cristo ha hecho por ti. Cristo está en ti y tú en él, unidos de manera inseparable. Tú no puedes ser condenado, a no ser que Cristo sea condenado contigo, ni se puede salvar Cristo sin que te salves tú con él". Esta visión lúcida de la justificación por la fe pone a Tyndale entre los reformadores. . . No tomó su lugar en el trono de un obispo, ni usó una capa de seda, sino que se subió al cadalso, y se vistió con ropas de fuego. En el servicio de un Salvador crucificado esta última distinción es más grande que la anterior.

Sin embargo, la traducción era su principal ocupación, hablaba a sus conocidos sobre esto, y algunos de ellos se opusieron a su proyecto. "Las enseñanzas de los maestros", dijeron algunos de los comerciantes de la ciudad, "son los únicas que pueden hacernos comprender las Escrituras." A esto Tyndale respondió: "Cualquier opinión que un hombre encuentra en su

sacerdote, es su evangelio, y esa es su verdad sólo para él, y que la guarde por el resto de su vida. Y el hombre, por apoyarse en su maestro en todo, corrompe la Escritura, y se forma después su propia imaginación, como un alfarero hace con su arcilla. Por un texto unos prueban que hay infierno, otros que hay purgatorio, y otros que hay limbo... Y por el texto que los franciscanos prueban que nuestra señora fue concebida sin pecado original, por el mismo los dominicos demuestran que ella fue concebida en pecado original... y todo esto con falsas similitudes y semejanzas, y con argumentos y persuasiones de sabiduría humana.... ¡Dichosos los que buscan en los testimonios del Señor!”.

Deseoso de llevar a cabo su proyecto, Tyndale aspiraba a convertirse en capellán del obispo, su ambición era más modesta que la de Wolsey. El helenista poseía cualidades que no podían dejar de complacer a los más sabios ingleses de la literatura griega: tanto a Tunstall como a Tyndale les gustaba y leer a los mismos autores. El ex tutor decidió defender su causa a través del elegante y armonioso discípulo de Radicus y Gorgias: "Aquí está uno de los discursos de Isócrates que ya traduje al latín", dijo a Sir Harry Guildford. "Sería un placer tenerlo como capellán de su señoría, el obispo de Londres; podría usted pedirle que acepte este pequeño detalle. Isócrates debe ser una excelente recomendación para un erudito; ¿y qué mejor que agregar la que usted trae?" Guildford habló con el obispo, poniendo la traducción en sus manos, y Tunstall respondió con esa benevolencia que mostraba a todos. "Su asunto va por buen camino", dijo el contralor a Tyndale, "escriba una carta a su señoría, y entréguela usted mismo." Las esperanzas de Tyndale ahora comenzaban a hacerse realidad. Escribió su carta en el mejor estilo que pudo, y después, encomendándose a Dios, se dirigió al palacio episcopal. Afortunadamente conocía a uno de los secretarios del obispo, William Hebilthwayte, a quien le entregó la carta. Hebilthwayte llevó la carta a su señoría, mientras Tyndale esperaba. Su corazón latía con ansiedad: ¿hallaría por fin el tan esperado asilo? La respuesta del obispo podría decidir el curso entero de su vida. ¡Si se abriera una puerta!, ¡si el traductor de las Escrituras se colocara en el palacio episcopal!, ¿por qué no recibiría su patrón de Londres la verdad como su patrones en Sodbury? y, en ese caso, ¡qué gran futuro para la iglesia y para el reino!... La Reforma estaba llamando a la puerta de la jerarquía de Inglaterra, la cual estaba a punto de pronunciar su sí o su voto en contra. Después de una espera de varios minutos, Hebilthwayte regresó: "Lo voy a conducir ante su señoría". Tyndale creía que había logrado sus deseos.

El obispo era lo suficientemente cortés como para rechazar una audiencia a un hombre que se apoyaba en una triple recomendación: la de Isócrates, la del contralor, y la de un viejo amigo de la infancia del rey. Recibió a Tyndale con amabilidad, un poco templado pero con frialdad, como si se tratara de un hombre cuya convivencia le pudiera comprometer. Después de que Tyndale dio a conocer sus deseos, el obispo se apresuró a responder: "¡Ay! mi casa está llena, tengo ahora más gente de la que puedo emplear".⁵⁹ Tyndale se turbó por esta respuesta. El obispo de Londres era un hombre culto, pero falto de valor y consistencia; dio su mano derecha a

⁵⁹ Tyndale, *Tratados Doctrinales*, p. 395.

los amantes de las letras y del evangelio, y su mano izquierda a los amigos de los sacerdotes, y luego trató de caminar entre ambos bandos. Pero cuando tuvo que elegir entre las dos partes, los intereses clericales prevalecieron. No escaseaban cerca de él obispos, sacerdotes y laicos, quienes lo intimidaban con sus clamoreos. Después de tomar un par de pasos hacia adelante, de repente retrocedió. Tyndale esperó por si se animaba a decir algo, pero el prelado se retiró con la misma frialdad de siempre. Los humanistas, que se reían de la ignorancia de los monjes, dudaban en tocar a un sistema eclesiástico que les prodigaba ricas prebendas. Ellos aceptaron las nuevas ideas en teoría, pero no en la práctica. Ellos estaban muy dispuestos a discutir las en la mesa, pero no a proclamarlas desde el púlpito, y aunque recibieron el Testamento griego con aplausos, lo hicieron pedazos cuando se les presentó en el idioma vulgar. "Si buscas bien en Londres", dijo Tunstall fríamente al pobre sacerdote, "no te faltará algún buen empleo". Esto fue todo lo que Tyndale pudo obtener. Salió de la presencia del obispo triste y abatido.

Se sus expectativas se convertían en desilusión. Expulsado de las riberas del Severn, sin un hogar en la capital, ¿cómo haría la traducción de las Escrituras? "¡Ay!", dijo, "fui engañado... no hay nada que buscar en los obispos... Cristo fue herido en la mejilla frente a un obispo, Pablo fue azotado frente a un obispo... y a mí, un obispo me ha dado la espalda". Su abatimiento no duró mucho: había un principio elástico en su alma. "Tengo hambre de la palabra de Dios", dijo él, "voy a traducirla, cualesquiera que sea lo que tenga que decir o hacer. Dios no me hará sufrir hasta que me muera. Él hizo las bocas, pero también hizo la comida para ellas, hizo los cuerpos, pero también hizo ropa para vestirlos".

Esta confianza no estaba fuera de lugar. Un laico sería el que tendría el privilegio para darle lo que un obispo le negó. Entre los oyentes de Tyndale en San Dunstan había un rico comerciante en telas llamado Humphrey Monmouth, que había visitado Roma, y al que (al igual que a sus compañeros) el papa había sido tan amable en darle ciertas curiosidades romanas, tales como las indulgencias y una *culpa et a pena*. Buques cargados con sus productos salían cada año de Londres hacia países extranjeros. Anteriormente había asistido a las predicaciones de Colet en San Pablo, y desde el año 1515 había conocido la Palabra de Dios.⁶⁰ Él era uno de los hombres más amables y serviciales en Inglaterra; su casa siempre estaba abierta a los amigos de la ciencia y del evangelio, y su biblioteca contenía las más recientes publicaciones. Al recibir a Jesucristo, Monmouth se había esforzado particularmente en cuidar su testimonio; ayudaba generosamente con su bolsa tanto a los sacerdotes como a los hombres de letras; le daba cuarenta libras esterlinas al capellán del obispo de Londres, lo misma que al del rey, al provincial de los agustinos y a otros más. Hugo Latimer, que a veces cenaba con él, una vez relató en el púlpito una anécdota muy peculiar de los amigos de la Reforma en Inglaterra. Entre los invitados habituales en la mesa de Monmouth estaba uno de sus vecinos más pobres, un romanista celoso, quien a menudo utilizaba a su generoso anfitrión para pedirle dinero prestado. Un día, cuando el piadoso comerciante ensalzaba la Escritura y culpaba al papado, su vecino se puso pálido, se

⁶⁰ El hombre rico comenzó a ser un hombre de la Escritura. *Sermones* de Latimer, p. 440 (Parker Society).

levantó de la mesa y salió de la habitación. "Nunca más voy a poner un pie en su casa de nuevo", dijo a sus amigos, "y nunca más le voy a pedir prestado ni un chelín". El siguiente día fue a ver al obispo y le expuso una serie de informes en contra de su benefactor. Monmouth lo perdonó, y trató de ganárselo de nuevo; pero el vecino continuamente lo esquivaba desviándose del camino. Una vez, sin embargo, se encontraron en una calle tan estrecha que no podía escapar. "Voy a pasar sin mirarlo", dijo el romanista volteando su cabeza. Pero Monmouth fue directamente hacia él, le estrechó la mano y le dijo cariñosamente: "Vecino, ¿qué mal le he hecho a usted?" Y le siguió hablando con tanto amor que el pobre hombre cayó de rodillas, estalló en llanto, y le pidió perdón. Tal era el espíritu que, desde el principio, animó la labor de la Reforma en Inglaterra; fue agradable a Dios y encontró el favor de la gente.

Siendo Monmouth edificado por los sermones de Tyndale, indagó sobre sus medios de vida. "No tengo nada", respondió él, "pero espero poder entrar en el servicio del obispo". Esto fue antes de su visita a Tunstall. Cuando Tyndale vio todas sus esperanzas frustradas, fue a ver a Monmouth y se lo contó todo. "Venga a vivir conmigo", dijo el rico comerciante, "y manos a la obra". Dios hizo a Tyndale de acuerdo a su fe. Simple, frugal, dedicado al trabajo, estudiaba día y noche; y deseando guardar su mente en contra de "los que se entregan a la glotonería" se negó a comer los manjares de la mesa de su patrón, y comía nada más que carne cocida y una pequeña cerveza. Hasta daba la impresión de que había llevado demasiado lejos la sencillez en el vestir. Por su conversación y sus obras, derramó sobre la casa de su patrón la apacible luz de las virtudes cristianas, de tal manera que Monmouth lo fue apreciando cada vez más.

Tyndale estaba avanzando en su trabajo cuando Juan Fryth, el matemático de King's College, de Cambridge, llegó a Londres. Es probable que Tyndale, sintiendo la necesidad de un socio, lo hubiera invitado. Unidos, como Lutero y Melancton, los dos amigos celebraron juntos muchas conversaciones importantes. "Voy a consagrar mi vida completamente a la iglesia de Jesucristo", dijo Fryth. "Para ser un buen hombre, debes dar una gran parte de ti mismo a tus padres, una mayor parte a tu país, pero la parte más importante la debes dar a la iglesia del Señor". "Las personas deben conocer la Palabra de Dios", dijeron ambos. "La interpretación del Evangelio, sin la intervención de los concilios o papas, es suficiente para crear una fe salvadora en el corazón". Se encerraron en una pequeña habitación en la casa de Monmouth, y tradujeron capítulo tras capítulo del idioma griego al inglés común. El obispo de Londres no sabía nada de la labor que se estaba realizando a pocos metros de él, y todo estaba sucediendo conforme a los deseos de Tyndale, cuando fue interrumpido por una circunstancia imprevista.

Longland, el perseguidor de los cristianos en Lincolnshire, no limitó su actividad al área de su diócesis; hostigó al rey, al cardenal y a la reina con sus crueles impertinencias, utilizando la influencia de Wolsey con Enrique y de Enrique con Wolsey. Escribiéndole al cardenal le dijo: "En este conflicto su majestad muestra tanta bondad como celo... sin embargo, es urgente en instarlo a derrocar a los enemigos de Dios". Y luego dirigiéndose al rey, el confesor le dijo para estimularlo: "El cardenal está a punto de emitir la más grande excomunión contra todos los que posean las obras de Lutero o apoyen sus opiniones, y para hacer que los libreros firmen un

compromiso ante los magistrados de no vender libros *heréticos*". "¡Maravilloso!", respondió Enrique con una sonrisa burlona, "yo creo que ellos van a temer más a la ley magistral que a la excomunión clerical". Y sin embargo, las consecuencias de la excomunión *clerical* iban a ser muy positivas. Todo aquel que perseveró en su ofensa fue perseguido por el anuncio de la ley *da ignem*, incluso con el fuego. Por último, el confesor acudió a la reina: "No podemos estar seguros de restringir a la prensa", le dijo. "Estos libros miserables nos llegan de Alemania, Francia y los Países Bajos, e incluso se imprimen en medio de nosotros. Señora, tenemos que entrenar y preparar a hombres hábiles, que sean capaces de discutir los puntos en controversia, de tal manera que los laicos, golpeado por una parte con argumentos bien desarrollados, y amenazando con miedo al castigo por la otra, pueden ayudar a mantener la obediencia". En el sistema del obispo, "el fuego" iba a ser el complemento de la educación romana. La idea esencial del jesuitismo ya era visible en la concepción de este confesor de Enrique VIII. Ese sistema es el desarrollo natural del romanismo.

Tunstall, presionado por Longland, y deseoso de mostrarse como un clérigo santo, así como un estadista hábil y un elegante erudito; Tunstall, el amigo de Erasmo, comenzó a perseguir. Al igual que Longland, tenía temor a derramar sangre; pero hay medidas que torturan a la mente y no el cuerpo, y lo que la mayoría de los hombres temen hacer, eso hacen. John Higgins, Henry Chambers, Thomas Eaglestone, un sacerdote llamado Edmund Spilman, y algunos otros cristianos en Londres, acostumbraban reunirse para conocer y leer las porciones de la Biblia en Inglés, e incluso afirmar públicamente que "Lutero tenía mayor conocimiento en su dedo meñique que lo que tenían los doctores de Inglaterra en todos sus cuerpos". El obispo ordenó el arresto de estos rebeldes: los aduló y los alarmó, amenazándolos con una muerte cruel (que difícilmente se les podría aplicar), y por estas hábiles prácticas los redujo al silencio.

Tyndale, que fue testigo de esta persecución, temía que la hoguera interrumpiera su trabajo. Si los que leen algunos fragmentos de la Escritura están en peligro de muerte, ¿qué se puede esperar de los que traducen toda la Biblia? Sus amigos le rogaron que se retirara de la persecución del obispo. "¡Ay!", exclamó, "¿entonces no hay ningún lugar seguro donde pueda traducir la Biblia? No es la casa del obispo que se cierra solamente para mí, sino para toda Inglaterra".⁶¹

Entonces tuvo que hacer un gran sacrificio. Puesto que no había un lugar en su propio país en donde pudiera traducir la Palabra de Dios, tendría que buscar otro lugar entre las naciones del continente. Es verdad que era un desconocido para la gente; sin recursos; tal vez la persecución e incluso la muerte le aguardan allí..... ¡No importaba! A lo mejor pasaría un lapso de tiempo antes de que se supiera lo que estaba haciendo, y tal vez lograría traducir la Biblia. Volvió su mirada hacia Alemania. "Dios no nos destinó a una vida tranquila aquí abajo", dijo.⁶² "Si él nos llama a la paz por parte de Jesucristo, nos llama a la guerra por parte del mundo".

⁶¹ Sino que tampoco hay un lugar para hacerlo en toda Inglaterra. Tyndale, *Tratados Doctrinales*, p. 396.

⁶² Dis no nos llamó a una vida fácil. Ibid, ii, p. 249.

Por ese tiempo un buque de carga en el río Támesis se encontraba a punto de zarpar para Hamburgo. Monmouth dio Tyndale diez libras esterlinas para su viaje, y otros amigos contribuyeron con una cantidad igual. Dejó la mitad de esta suma en las manos de su benefactor previendo para futuras necesidades, y se dispuso a salir de Londres donde había pasado un año. Rechazado por sus compatriotas, perseguido por el clero, y llevando consigo sólo su Nuevo Testamento y sus diez libras, se fue a bordo del buque, sacudiendo el polvo de sus pies de acuerdo con el precepto de su Maestro, y que el polvo cayera sobre los sacerdotes de Inglaterra. Él estaba indignado (dice un cronista) contra aquellos vulgares monjes, sacerdotes avaros, y prelados presumidos, que estaban librando una guerra impía contra Dios. "¡Qué buen negocio lo de esos sacerdotes!", dijo en uno de sus últimos escritos, "que piden dinero para todo: dinero para bautizos, dinero para misas, para bodas, para entierros, para imágenes, para hermandades, penitencias, misas por las almas, campanas, órganos, cálices, capas, sobrepellices, jarrones, incensarios y todo tipo de adornos. ¡Pobre oveja! El cura la esquila, el vicario la rasura, el párroco la trasquila, el fraile la rapa, el vendedor de indulgencias le quita la lana... ¡ya nomás falta el carnicero que la despelleje! ¿Por qué se visten de rojo los prelados? Porque dicen que están listos a toda hora para sufrir el martirio por el testimonio de la Palabra de Dios. Pero ese es un falso simbolismo, porque gracias a ellos ningún hombre se atreve a abrir la boca ni siquiera para hacer una pregunta en relación con la Palabra de Dios; y si lo hace, están listos para quemarlo". Azote de los estados, devastadores de los reinos, los sacerdotes quitan no sólo la Sagrada Escritura, sino también la prosperidad y la paz; por eso en sus concilios no hay laicos; reinan sobre todos y no obedecen a nadie, y para hacer que todo convenga a su propia grandeza, conspiran contra todos los reinos".

Ningún reino, como el de Inglaterra, estaba tan familiarizado sobre las conspiraciones del papado de las que hablaba Tyndale; y a pesar de eso, no podía liberarse del poder de Roma de manera irrevocable.

Conforme Tyndale se alejaba de las costas de su tierra natal y fijaba su mirada hacia los nuevos países, la esperanza revivía en su corazón. Iba a ser libre, y usaría su libertad para liberar la Palabra de Dios, largamente cautiva. "Los sacerdotes", dijo un día: "habiendo sacrificado a Cristo, colocan hachas de petos⁶³ en su sepulcro, para que no resucite otra vez; también han enterrado el Testamento de Dios, y todo lo que estudian es con el fin de que siga enterrado y no se dé a conocer. Pero la hora del Señor ha venido, y nada puede obstaculizar la Palabra de Dios, como nada puede impedir que el mensaje de Jesucristo salga de la tumba".

Y así fue como Tyndale dejó Inglaterra y navegó para Alemania, aunque pobre en cosas materiales, pronto les regresaría a sus compatriotas, incluso desde las orillas del Elba, el libro que haría a muchos "ricos en fe y herederos del reino que Dios ha prometido a todos los que le aman".

⁶³ [en alusión a las hachas especiales (*poleaxes*) que antes llevaban los legados papales a *latere*].

Las líneas que aparecen bajo el retrato de Tyndale que se conserva en el Colegio Herford, en Oxford, describen acertadamente el valor y propósito del reformador:

Hac ut luce tuas dispergam Roma tenebras

Sponte ex terris ero sponte sacrificium.

(Aquella luz sobre toda tu oscuridad, Roma,

en triunfo ha de surgir,

libremente he sido un exiliado,

libremente un sacrificio).

CAPÍTULO OCHO

Hugo Latimer

(1485-1524)

Ese barco no se llevó lejos todas las esperanzas de Inglaterra. Una sociedad de cristianos se había formado en Cambridge, de la cual Bilney era el centro. Ahora él sabía que no había otra ley canónica que la Escritura, y había encontrado un nuevo amo, "el Espíritu Santo de Cristo", dice un historiador. A pesar de que era por naturaleza tímido, y con frecuencia sufría de agotamiento provocado por sus ayunos y vigiliias, había en su lenguaje una vida, libertad y fuerza sorprendentes, en contraste con su aspecto enfermizo. Él deseaba señalar el conocimiento de Dios a todos los que vinieron a él; y poco a poco, los rayos del sol del evangelio, que luego fue subiendo en el firmamento de la cristiandad, traspasaron las antiguas ventanas de los colegios, e iluminaron los solitarios dormitorios de algunos de los maestros y compañeros. El maestro Thomas Arthur, el maestro Thistle de Pembroke Hall, y el maestro Stafford, fueron de los primeros en unirse a Bilney. George Stafford, profesor de teología, fue un hombre de aprendizaje profundo y de vida santa, claro y preciso en su enseñanza. Era admirado por todos en Cambridge, por lo que su conversión, al igual que la de sus amigos, encendió la alarma entre los partidarios de los escolásticos. Sin embargo, una conversión aún más sorprendente estaba destinada a dar a la Reforma inglesa un campeón más ilustre que Stafford o Bilney.

Había en Cambridge, en ese momento, un sacerdote conocido por su fanatismo ardiente. En las procesiones, en medio de la pompa, las oraciones y en los cantos de los cortejos, nadie podía dejar de notar a un maestro en artes, de unos treinta años de edad, que, con la cabeza erguida, llevaba con orgullo la cruz universitaria. Hugo Latimer, pues tal era su nombre, combinaba un humor mordaz con una impetuosa disposición y celo infatigable, y era muy rápido en ridiculizar los defectos de sus adversarios. Había más ingenio y burlas en su fanatismo de lo que a menudo se encuentra en ese tipo de personajes. Perseguía a los amigos de la Palabra de Dios en los colegios y casas donde solían reunirse, debatía con ellos, y los presionaba a abandonar su fe. Era un segundo Saulo, y pronto iba a parecerse al apóstol de los gentiles en otro aspecto.

Él vio la luz del día en el año de 1491, en Thurcaston, condado de Leicester. El padre de Hugo era un granjero honesto; acompañado por una de sus seis hermanas, el niño a menudo cuidaba en los pastizales las cinco ovejas perteneciente a la granja, o le ayudaba a su madre en el corral con las treinta vacas lecheras.⁶⁴ En 1497, los rebeldes Cornualles, al mando de Lord Audley, habían acampado en Blackheath, y nuestro granjero se colocó su armadura oxidada, y , montando en su caballo, respondió al llamado de la corona. Hugo, a sus sólo seis años de edad, estuvo presente en su salida, y como si hubiera querido poner su pequeña parte en la batalla, ayudó a su padre a abrocharse las correas de su armadura.⁶⁵ Cincuenta y dos años más tarde trajo a la mente esta circunstancia en un sermón predicado ante el rey Eduardo VI. La casa de su padre siempre estaba abierta a los vecinos, y ningún pobre jamás se alejó de la puerta sin haber recibido una limosna. El viejo había criado a su familia en el amor al prójimo y en el temor de Dios, y habiendo notado con gozo la inteligencia precoz de su hijo, después de que lo había

⁶⁴ Latimer, *Sermones* (Parker Society), p. 101.

⁶⁵ Puedo recordar que yo le abroché las correas. Ibid

educado en las escuelas rurales, lo envió a Cambridge a la edad de catorce años. Esto fue en 1505, un poco después de que Lutero ingresara al monasterio agustino de Erfurt.

El hijo del granjero de Leicestershire era animado, aficionado al placer y a la conversación alegre, y se mezclaba con frecuencia en las diversiones de sus condiscípulos. Un día, mientras estaban cenando, uno del grupo exclamó: *¡Nulo Melius quam laetari et facere bene!*⁶⁶ (No hay nada mejor que ser feliz y hacer el bien). “Una retribución al que hace el bien”, contestó un monje de semblante descarado, “me gustaría que esto fuera más allá;⁶⁷ esto estropea todo lo demás. Me gusta alegrarme y alegrar a otros, pero sin que tenga que hacer el bien”. El joven Latimer estaba muy sorprendido ante el comentario: “Ahora entiendo”, dijo él, “cuánto les pesará el bien a esos monjes cuando tengan que dar cuentas de sus vidas ante Dios.”

Latimer, habiendo alcanzado más seriedad, se entregó de corazón y alma a las prácticas de la superstición, y una prima fanática de más edad que él se comprometió a instruirlo en esas prácticas. Un día, cuando uno de sus parientes yacía muerto, le dijo: “Ahora tenemos que echar fuera al diablo. Toma este cirio santo, mi hijo, y pásalo sobre el cuerpo, primero a lo largo y después a lo ancho, como si siempre hicieras la señal de la cruz”.

Pero el estudiante hizo el exorcismo muy torpemente, y la vieja le arrebató la vela de su mano, exclamando airadamente: “Es una gran pena que tu padre gaste tanto dinero en tus estudios; él nunca hará nada bueno de ti”.

Esta profecía no se cumplió. Mientras estudiaba su licenciatura fue un miembro del Clare Hall en 1510, y obtuvo su título de maestría en 1514. Sus estudios clásicos habían terminado y empezó a estudiar teología. Duns Escoto, Tomás de Aquino, y Hugo de San Víctor eran sus autores favoritos. Sin embargo, le llamaba más la atención el lado práctico de las cosas que lo especulativo; y fue más distinguido en Cambridge por su ascetismo y entusiasmo que por sus estudios. Él daba importancia a las pequeñeces más insignificantes. Como eso de que el misal ordena que el agua deba ser mezclada con el vino de la misa; y a menudo, mientras decía misa, le remordía la conciencia por temor a que no hubiera puesto suficiente agua. Este remordimiento nunca le dejó un momento de tranquilidad durante el servicio. En él, como en muchos otros, el apego a las ordenanzas pueriles ocupaba en su corazón el lugar de la fe de las grandes verdades. Para él, la causa de la iglesia era la causa de Dios, y respetaba a Thomas Becket, al menos tanto como a San Pablo. “Yo era entonces”, dijo él, “un papista tan obstinado como cualquiera en Inglaterra”. Lutero había dicho lo mismo de su propia experiencia.

El ferviente Latimer pronto observó que no todos a su alrededor tenían el mismo celo por las ceremonias de la iglesia. Observó con sorpresa a algunos miembros jóvenes de la universidad que, a pesar de ser doctores universitarios, se reunían diariamente para leer y estudiar las Sagradas Escrituras. La gente de Cambridge se burlaba de ellos: “Son sólo unos *sofistas*”, les decían; pero la burla no era suficiente para Latimer. Un día entró en la habitación donde estaban

⁶⁶ Ecles. 3: 12

⁶⁷ Latimer, *Sermones*, p. 153.

reunidos estos *sofistas*, y les rogó que dejaran el estudio de la Biblia. Todas sus súplicas fueron inútiles. ¿De qué nos asombramos?, dijo Latimer para sí mismo. ¿No vemos que incluso hasta los tutores han sentado un mal ejemplo para estas ovejas descarriadas? Ahí estaba el maestro Stafford, el más ilustre profesor de las universidades inglesas, dedicando su tiempo a la *Biblia*, como Lutero en Wittenberg, y explicando las Escrituras de acuerdo con los textos hebreos y griegos mientras los estudiantes se deleitaban en componerle unos malos versos al doctor:

*Qui Paulum explicuit rite et Evangelium.*⁶⁸

Que los jóvenes se ocuparan de estas nuevas doctrinas era comprensible, pero que un doctor en teología lo hiciera, ¡qué desgracia! Por lo tanto, Latimer se propuso atacar a Stafford. Lo insultó,⁶⁹ le suplicó a los jóvenes de Cambridge que abandonaran al profesor y sus enseñanzas heréticas; asistió a la sala en la que el doctor enseñaba, hizo señas de impaciencia durante la lección, y cavilaba en ella al final de la clase. Incluso predicó en público contra el ilustre doctor. Pero le pareció que Cambridge e Inglaterra se estaban quedando a ciegas. Era cierto que el clero aprobaba los procedimientos de Latimer, o mejor dicho, los alababa, y sin embargo no hicieron nada. Para consolarlo, sin embargo, fue nombrado portador de la cruz de la universidad, y ya hemos visto cómo cumplía con esta obligación.

Latimer desea mostrarse digno de tal honor. Había dejado que los estudiantes atacaran a Stafford, mientras que él se preparaba para atacar a un adversario más ilustre. Pero este ataque lo llevó a alguien *que era más fuerte que él*. En 1524, en ocasión de recibir el grado de licenciado en teología, tenía que entregar un discurso en latín en presencia de la universidad; Latimer eligió para su tema *Felipe Melancton y sus doctrinas*. ¿No se había atrevido recientemente este audaz hereje presumido a decir que los padres de la Iglesia habían alterado el sentido de la Escritura? ¿No había afirmado que, como esas rocas cuyos colores diferentes se impregnan a los pólipos que se aferran a ellas, así los doctores de la iglesia dan cada uno su propia opinión a los pasajes que explican? Y, por último, ¿no había descubierto una nueva piedra angular (así era como él estilaba a las Santas Escritura), por la que debemos comprobar las sentencias, incluso las de Tomás de Aquino?

El discurso de Latimer causó una gran impresión. Por fin (dijeron sus oyentes) Inglaterra, o mejor dicho Cambridge, suministrará un defensor de la iglesia que será un desafío para los doctores de Wittenberg y salvará la nave de nuestro Señor. Pero muy diferente iba a ser el resultado. Había entre los oyentes un hombre casi escondido debido a su pequeña estatura: era Bilney. Durante algún tiempo había estado observando los movimientos de Latimer, y su celo le interesaba, aunque fuera un celo sin conocimiento. Su energía no era grande, pero poseía un tacto delicado, un discernimiento hábil de carácter que le permitía distinguir el error y seleccionar el

⁶⁸ El que nos ha explicado el verdadero significado de San Pablo y del Evangelio. Strype's *Ecless. Memorials*, I, p. 74.

⁶⁹ Con los más odiosos vituperios contra él. Foxe, *Acts*, VIII, p. 437.

método más apto para combatirlo. En consecuencia, un cronista lo describe como "un probador de las sutilezas de Satanás, designado por Dios para detectar el dinero mal habido que el enemigo estaba haciendo circular por toda la iglesia".⁷⁰ Bilney detectó fácilmente el sofisma de Latimer, pero al mismo tiempo amaba su persona, y concibió el desafío de ganarlo para el evangelio. Pero, ¿cómo manejarlo? El prejuicioso Latimer ni siquiera escuchaba al evangélico Bilney. Este último reflexionó, oró, y por fin planeó una artimaña muy cándida y muy extraña, que llevó a una de las conversiones más sorprendentes registradas en la historia.

Se dirigió a la universidad donde residía Latimer. "Por el amor de Dios", le dijo, "estará encantado de escuchar mi confesión".⁷¹ El *hereje* orando para confesarse con el *católico*. ¡Qué acontecimiento tan singular! Mi discurso contra Melancthon sin duda que lo ha convertido, dijo Latimer para sí mismo. ¿No estaba Bilney entre el número de los fanáticos más piadosos? Su rostro pálido, su cuerpo enclenque, y su aspecto humilde, eran claros signos de que debería pertenecer a los ascetas del catolicismo. Si regresa, todos regresarán con él, y la reacción será completa en Cambridge. El ardiente Latimer ansiosamente cedió a la petición de Bilney, y éste, de rodillas ante el portador de la cruz, relató con sencillez conmovedora la angustia que una vez había sentido en su alma, los esfuerzos que había hecho para remediarlo, sus frustraciones mientras determinaba seguir los preceptos de la Iglesia, y, por último, la paz que había sentido cuando él creyó que Jesucristo era *el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*. Describió a Latimer el espíritu de adopción que había recibido, y la felicidad que experimentó en poder ahora llamar a Dios su Padre... Latimer, quien esperaba recibir una confesión, lo escuchó sin desconfianza. Se abrió su corazón, y la voz del piadoso Bilney entró a él sin obstáculo. De vez en cuando el confesor parecía que quería ahuyentar los nuevos pensamientos que venían almacenándose en su mente, pero el penitente continuaba. Su lenguaje, sencillo y vivo a la vez, entró como una espada de dos filos. Bilney no estaba exento de ayuda en su trabajo. Un nuevo extraño testigo, el Espíritu Santo,⁷² hablaba al alma de Latimer. Él aprendió de Dios para conocer a Dios y recibió un nuevo corazón. Finalmente prevaleció la gracia. El penitente se levantó, pero Latimer permaneció sentado, absorto en sus pensamientos. El fuerte portador de la cruz alegaba en vano contra las palabras del débil Bilney. Al igual que Saulo en el camino a Damasco, fue conquistado y su conversión fue instantánea como la del apóstol. Balbuceó algunas palabras; Bilney se acercó a él con amor, y Dios despejó la oscuridad que todavía había en su mente. Vio a Jesucristo como el único Salvador dado a los hombres, lo contempló y le adoró. "Aprendí más de esta confesión", dijo después, "que todo lo que había leído en muchos años... De ahí en adelante comencé a sentirle sabor por la Palabra de Dios, y abandoné a los escolásticos y todas sus

⁷⁰ Foxe, *Acts*, vii, p. 438.

⁷¹ Latimer, *Sermones* (Parker Society), p.334.

⁷² Él fue realmente tocado por el buen Espíritu de Dios. Foxe, *Acts*, viii, p. 438.

tonterías".⁷³ Y ya no fue el penitente quien recibió la absolución, sino el confesor. Latimer vio con horror la guerra obstinada que había librado contra Dios, lloró amargamente, pero Bilney lo consoló. "Hermano", le dijo "si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos". Esos dos jóvenes, que ahora se habían aislado en su solitaria capilla de Cambridge, un día serían llevados al cadalso por amor a ese divino Maestro cuyo espíritu les estaba enseñando. Pero antes de ir a la hoguera, uno de ellos se sentaría en un trono episcopal.

Latimer fue cambiado. La energía de su carácter se vio atenuada por una unción divina. Al convertirse en un creyente, había dejado de ser supersticioso. En lugar de perseguir a Jesucristo, se convirtió en su fiel seguidor.⁷⁴ En vez de ser quisquilloso e injurioso, se mostraba manso y humilde;⁷⁵ en lugar de frecuentar la compañía, buscó la soledad, estudiando las Escrituras y progresando en la verdadera teología. Hizo morir al viejo hombre y se vistió del nuevo. Esperó la oportunidad de encontrarse con Stafford, le pidió perdón por los insultos que le había proferido, y luego asistió regularmente a sus clases, siendo subyugado más por la conversación⁷⁶ angelical del doctor que por su aprendizaje. Pero era la compañía de Bilney la que Latimer cultivaba más. Conversaban juntos diariamente, hacían caminatas frecuentes por el campo, y de vez en cuando descansaban en un lugar que fue conocido como "la colina de los herejes".⁷⁷

Así pues, esta conversión dio nuevo vigor al movimiento evangélico. Hasta ahora Bilney y Latimer habían sido los defensores más entusiastas de las dos causas opuestas: el uno menospreciado, el otro honrado; el hombre débil había conquistado al más fuerte. Esta acción del Espíritu de Dios no fue desaprovechada en Cambridge. La conversión de Latimer, como en los viejos milagros de los apóstoles, sacudió las mentes de los hombres; y, ¿no era en verdad un milagro? Todos los jóvenes de la universidad corrían para ir a escuchar a Bilney. Él proclamó a "Jesucristo como Aquel que, después de haber probado la muerte, ha librado a su pueblo de la maldición del pecado". Mientras que los doctores eclesiásticos (incluso los más piadosos) ponían más énfasis en la parte *del hombre* en la obra de la redención, Bilney, por el contrario, enfatizaba el otro término, es decir, la parte *de Dios*. Esta doctrina de la gracia, según sus adversarios, anulaba los sacramentos, y contradecía la regeneración bautismal. Por su egoísmo, que constituye la esencia de la humanidad caída, rechazaban la doctrina evangélica, y se consideraban vencidos si la aceptaban. "Muchos escuchaban con el oído izquierdo", para usar

⁷³ Latimer, *Sermones*, p. 334-5.

⁷⁴ Mientras que antes era un enemigo y casi un perseguidor de Cristo, ahora era un celoso seguidor de él. Foxe, *Acts*, vii, p. 438.

⁷⁵ Ibid.

⁷⁶ Un hombre de una vida muy perfecta y conversación angelical. Becon's *Works* (Parker Society), p. 425.

⁷⁷ Foxe, *Acts* viii, p. 452

una expresión del Bilney; "porque como Malco, tenían cortado su oído derecho"; y le llovieron las quejas de los universitarios.

Pero Bilney no permitió que lo callaran. La idea de la eternidad se había apoderado de su mente, y quizás todavía conservaba alguna débil reliquia de las exageraciones del ascetismo. Él condenó todo tipo de actividades recreativas, incluso las más inocentes. La música en las iglesias le parecía una burla a Dios; y cuando Thurlby, que fue después obispo, cuando era estudiante y vivía en Cambridge en una habitación contigua, comenzaba a tocar su flauta, Bilney caía de rodillas y derramaba su alma en oración; para él la oración era la más dulce melodía. Oraba para que la fe viva de los hijos de Dios pudiera sustituir la vanidad y el orgullo de los sacerdotes de toda Inglaterra. Él creyó, oró y esperó. Su espera no fue en vano.

Latimer siguió sus pasos. La transformación de su alma seguía su curso; y cuanto más había sido su fanatismo por el sistema sacerdotal, que deja la salvación en las manos de los sacerdotes, más celo mostraba ahora por el sistema evangélico, que deja la salvación en las manos de Cristo. Se dio cuenta que si las iglesias deben tener necesidad de ministros, no es porque requieran de una mediación humana, sino de la necesidad de una predicación ordinaria del evangelio y una dirección firme del rebaño, y por eso él prefería llamar a los siervos del Señor *ministros* (en griego: *huperetes* o *diachons Tou Logou*), y no *sacerdotes* (*hiereus* o *sacerdos*). En su opinión, no era la imposición de manos del obispo lo que impartía la gracia, sino que era la gracia la que autorizaba la imposición de manos. Él consideraba la actividad como una de las características esenciales del ministerio evangélico. Él decía: "Los pescadores y cazadores son de las personas más sufridas; ellos no escatiman trabajo para lograr sus objetivos... Por eso nuestro Salvador escogió pescadores, porque tenían estas características, que deben ser dolorosas y que no escatiman esfuerzos; y así ellos estuvieron listos para pescar hombres con la red de la Palabra de Dios y llevarlos de la iniquidad a la presencia de Dios.

Aprendamos de la experiencia cotidiana de los pescadores y cazadores; cómo el pescador acecha con su red día y noche, y está listo para atrapar a todos los peces que se atraviesen en su camino. Así también el cazador se desplaza de un lado a otro en busca de su presa, saltando sobre los vallados y arrastrándose entre los arbustos espinosos; y todo este trabajo él lo hace sólo por el deseo de obtener su presa y atrapar su caza. Así también nuestros prelados, obispos y curas, párrocos y vicarios, debería tener ese dolor y ansiedad por lanzar sus redes, es decir, en predicar la Palabra de Dios, en mostrar a las personas el camino a la vida eterna, en exhortarles a abandonar sus pecados y maldades. . . ese es el cargo que se les asignó. Pero la mayoría de ellos no hacen la labor de pescar; hacen a un lado las redes y se encargan de otros asuntos; les gusta más bien ser inspectores o receptores o gerentes de cocina, que estar echando las redes; ellos han vivido de los pescadores, pero no pescan, otras cosas les ocupa".⁷⁸ Consideraba toda la confianza en la fuerza humana como un remanente del paganismo. "No hagamos", dijo, "como el

⁷⁸ Un sermón sobre Mateo 4:18-20.

altivo Áyax, que le dijo a su padre cuando se fue a la batalla: Sin la ayuda de Dios soy capaz de luchar, y voy a conseguir la victoria con mi propia fuerza".

La Reforma había ganado en Latimer a un hombre muy diferente a Bilney. Tal vez no tenía mucho discernimiento y prudencia, pero tenía más energía y elocuencia. Lo que Tyndale iba a ser para Inglaterra por sus escritos, Latimer lo sería por sus discursos. La ternura de su conciencia, la calidez de su celo y la vivacidad de su entendimiento fueron de utilidad en el servicio de Jesucristo; y si a veces fue demasiado lejos por la viveza de su ingenio, sólo muestra que los reformadores no fueron *santos*, pero sí santificados. "Fue uno de los primeros", dice un historiador, "en predicar el evangelio con verdad y sencillez, durante el reinado de Enrique VIII." Predicaba en latín al clero y en inglés al pueblo. Con valentía exponía la ley juntamente con sus anatemas ante sus oyentes, y luego les conjuraba a huir del mundo y buscar al Salvador. El mismo celo que había empleado en decir misa ahora lo empleaba en la predicación del verdadero sacrificio de Cristo. Un día dijo: "Si un hombre ha cometido todos los pecados desde el tiempo de Adán, usted puede estar seguro de que debe ser castigado con el mismo horror de la muerte, en la misma proporción que todos los hombres en el mundo sufrirían... Así fue el dolor que Cristo soportó... Si nuestro Salvador hubiera cometido todos los pecados del mundo, todos lo que por mi parte yo he hecho, todos los que usted ha hecho, y todos lo que los demás han hecho; si los hubiera cometido él solo, su agonía que sufrió no hubiera sido más grande o más grave de lo que fue... Crea usted en Jesucristo para que pueda vencer a la muerte... Pero, ¡ay!", dijo en otra ocasión, "el diablo, con la ayuda de aquel obispo italiano, su capellán, se ha esforzado por todos los medios de frustrar la muerte de Cristo y los méritos de su pasión".

De este modo comenzó en la cristiandad británica la predicación de la cruz. La Reforma no fue la sustitución del catolicismo de los primeros siglos por el papado de la Edad Media: se trató de un renacimiento de la predicación de San Pablo, por eso fue que al oír a Latimer todos exclamaban con entusiasmo: "De un *Saulo*, Dios ha hecho a un *Pablo*".

Al poder interno de la fe, los evangelistas de Cambridge añadieron el poder externo de la vida. El Saulo convertido en Pablo, el fuerte, el ardiente Latimer, tenía necesidad de acción; y Bilney, el débil y humilde Bilney, en delicado estado de salud, que observaba una dieta severa, que hacía normalmente una comida al día, y que nunca dormía más de cuatro horas dedicado a la oración y al estudio de la Palabra, ambos desplegaron en ese tiempo toda la energía de la caridad. Estos dos amigos se dedicaron no sólo a las labores sencillas de la beneficencia cristiana, sino que, no haciendo mucho caso de ese cristianismo formal que a menudo se halla entre las clases confortables, exploraron las celdas sombrías de los manicomios, llevando la voz dulce y sutil del evangelio que hacía enfurecer a los maniáticos. Visitaron un miserable leprosorio a las afueras de la ciudad, en el que moraban varios pobres leprosos y otras personas deshabilitadas; cuidadosamente los atendieron, los envolvieron en sábanas limpias, y los invitaron a convertirse a Cristo. Las puertas de la cárcel de Cambridge fueron abiertas a ellos, y anunciaron a los pobres prisioneros la Palabra que da la libertad. Algunos fueron convertidos. Uno de éstos fue una mujer que Latimer menciona en su Quinto Sermón, predicado mucho después ante el rey Eduardo VI: "Esa mujer, cuando ingresó a la prisión, no tenía otra cosa más que un rosario, era una mujer

papista, y no conocía a Jesucristo. Con el tiempo, ella probó la gracia del Señor. Ella tenía tal sabor, tal dulzura y sentimientos que siempre pensaba en esa gracia hasta el día de su ejecución. Estaba lista para irse con Cristo, por una fe conmovedora, anhelaba partir y estar con Él. La Palabra de Dios había obrado en su vida.

Así comenzó el ministerio evangélico de Hugo Latimer, que después sería obispo de Worcester, ¡una de las más finas personas de la Reforma en Inglaterra! Pero tenía numerosos adversarios. En primera fila estaban los sacerdotes, que no escatimaron esfuerzos para retener las almas en esclavitud. "Cuidado ", les decía Latimer a los nuevos conversos, "no sea que los ladrones los alcancen, y los metan en la prisión del purgatorio del papa". En la segunda fila estaban los hijos y favoritos de la aristocracia, estudiantes mundanos y frívolos, que tenían poca disposición para escuchar el evangelio. "Es por los hijos de los granjeros que la fe de Cristo se ha mantenido principalmente en la iglesia"⁷⁹, dijo Latimer. "¿Acaso este reino ha sido enseñado por los hijos de los ricos? No, no, lean las crónicas; tal vez encuentren casos en que algunos hijos de nobles se han autonombrado obispos y prelados, pero ninguno de ellos ha sido un hombre instruido". Él hubiera preferido un modo de elección por el cual se colocara en el púlpito cristiano, no al más rico y más famoso, sino al más capaz y el más piadoso. Esta importante reforma estaba reservada para otros días. Por último, los evangelistas de Cambridge entraron en colisión con la *brutalidad* de muchos, para usar la expresión propia de Latimer. "¿Qué necesidad tenemos ya de las universidades y de escuelas? ", dijeron los de esta clase de personas, "el Espíritu Santo nos dará siempre lo que tengamos qué decir". "Debemos confiar en el Espíritu Santo", respondió Latimer, "pero no debemos suponer que todo lo hará el Espíritu Santo. Si no hay universidades y escuelas, tendremos sólo una *brutalidad*. No debemos permitir que la predicación decaiga, porque seguramente si la predicación decae, la ignorancia y la brutalidad entrarán de nuevo".⁸⁰ De esta manera, la Reforma restauró a Cambridge su seriedad y conocimiento, juntamente con la verdad y la caridad.

Sin embargo, Bilney y Latimer a menudo volvían sus ojos hacia Oxford, y se preguntaban cómo podría llegar la luz hasta allí. Wolsey proporcionó los medios. Un maestro en artes de Cambridge, John Clark, hombre de conciencia, de corazón noble, gran prudencia y dedicado con devoción a sus deberes, había sido iluminado por la Palabra de Dios. Wolsey, quien desde 1523 había estado buscando por todas partes a distinguidos académicos para adornar su nuevo colegio, invitó a Clark a ser uno de los primeros maestros. Este doctor, deseoso de llevar a Oxford la luz que Dios le había dado a Cambridge, de inmediato comenzó a ofrecer un curso de lecciones teológicas, a dar conferencias, y a predicar de manera elocuente. Enseñaba todos los días. Entre los bachilleres y estudiantes que lo seguían estaba Anthony Dalaber, un joven de sentimiento simple pero profundo, que mientras escuchaba había experimentado en su corazón el poder regenerador del evangelio. Rebosante de la felicidad por el conocimiento de Jesucristo que había

⁷⁹ Latimer, *Sermones*, p. 102.

⁸⁰ Ibid, p. 269.

recibido, fue a la universidad del cardenal, llamó a la puerta de Clark, y dijo: "Padre, permítame que esté con usted todo el tiempo". El profesor, al ver el entusiasmo del joven discípulo, le tomó cariño, pero pensó que era su deber ponerlo a prueba: "Anthony", le dijo, "no sabes lo que pides. Mi enseñanza es ahora agradable para ti, pero llegará el momento en que Dios pondrá la cruz de la persecución sobre ti; serás llevado ante los obispos; tu nombre será cubierto de vergüenza en el mundo, y a todos los que te aman se les romperá el corazón por tu causa... Entonces, amigo mío, te vas a arrepentir de haberme conocido".

Anthony creyéndose rechazado, y no pudiendo soportar la idea de volver a las instrucciones estériles de los sacerdotes, se puso de rodillas, y llorando amargamente, exclamó: "Por la entrañable misericordia de Dios, ¡no deje que me vaya!" Tocado por su dolor, Clark lo envolvió en sus brazos, lo besó, y con lágrimas en los ojos, exclamó: "¡El Señor te dé lo que pides!... Tómame como tu padre, yo te tomaré como mi hijo". A partir de esa hora, Anthony, lleno de alegría, fue como Timoteo a los pies de Pablo. Él unió un rápido aprendizaje a sus afectos tiernos. Cuando alguno de los estudiantes no había asistido a las conferencias de Clark, el maestro encargaba a su discípulo a que lo visitara para disipar sus dudas y para compartir algunas instrucciones. "Este ejercicio me hizo mucho bien", dijo Dalaber, "e hice grandes progresos en el conocimiento de las Escrituras".

Así, el reino de Dios, que no consiste en las formas, sino en el poder del Espíritu, fue establecido en Cambridge y Oxford. El Señor Jesucristo estaba edificando su iglesia sobre la Roca, es decir, sobre él mismo. Su obra estaba siendo menospreciada por los edificadores insensatos de la época, cuya inutilidad se revelaba diariamente por el heno, madera y hojarasca con que ellos edificaban. La verdad, que es poderosa, y debe prevalecer sobre toda mentira, por muy gigantesca que sea esa mentira, se estaba convirtiendo en el tema de atracción. El granjero y el universitario estaban siendo atraídos por igual hacia el único Dios verdadero y a Jesucristo a quien había enviado. Los centros de enseñanza, los palacios de los obispos, los tronos de los poderosos, estaban siendo compelidos a escuchar los toques de trompeta de la Palabra divina. Era como si las huestes del Señor estuvieran marchando alrededor de los casi indestructibles muros de la ciudadela del Anticristo, llevando a la vanguardia el arca de la verdad. Sin duda que los adversarios eran muchos y fuertes, pero el Señor poderoso en batalla estaba a punto de hacer, y ya estaba haciendo, grandes cosas. El Señor Omnipotente estaba con su Israel, y el júbilo de un Rey estaba entre ellos. Las nubes y la oscuridad podrían estar a su alrededor, pero el juicio y la verdad eran la morada de su trono. El maligno había sido desafiado y atacado en Inglaterra lo mismo que en el continente de Europa. En el seno de un mañana desconocida yacía la iglesia de los libres.

CAPÍTULO NUEVE

Esperanzas y temores de Wolsey

(1523-1525)

Adriano VI murió el 14 de septiembre de 1523, antes de que finalizara el segundo año de su pontificado. Wolsey ya se creía papa. Por fin ya no sería sólo el favorito, sino el árbitro de los reyes de la tierra, y su genio, para el cual Inglaterra le quedaba chica, tendría a Europa y el mundo por su escenario. Ya tenía listos proyectos gigantescos en su mente; el futuro papa soñaba con la destrucción de la herejía en el oeste, y en el este la cesación del cisma griego, y nuevas cruzadas para replantar la cruz en las murallas de Constantinopla. No había nada que Wolsey no se habría atrevido a emprender una vez sentado en el trono del catolicismo, y los pontificados de Gregorio VII e Inocencio III habría serían eclipsados por la del hijo del carnicero de Ipswich. El cardenal le recordó a Enrique su promesa, y al día siguiente el rey firmó una carta dirigida a Carlos V, sobrino de Catalina, reina de Inglaterra.

Creyendo seguro al emperador, Wolsey puso todos sus esfuerzos en el lado de Roma. "El legado de Inglaterra", dijeron los embajadores de Enrique a los cardenales, "es el mismo hombre para el tiempo presente. Él es el único que conoce perfectamente los intereses y deseos de la cristiandad, y lo suficientemente fuerte como para cumplir con ellos. Él es todo bondad, y compartirá sus dignidades y riquezas entre todos los prelados que lo apoyen".

Pero Julio de Medici, el obispo titular de Worcester, también aspiraba al papado, y como dieciocho cardenales votarían por él, la elección no podría tener lugar sin su apoyo. "En lugar de rendirme", dijo que en el cónclave: "moriré en esta prisión." Pasó un mes, y no pasó nada. Entonces recurrieron a nuevas intrigas: había cábalas para Wolsey, cábalas para Medici. Los cardenales eran asediados:

En medio de ellos, por más de un camino secreto,
se arrastra la astuta intriga.

Por fin, el 18 de noviembre de 1523, la gente se reunió bajo sus ventanas, gritando: "¡Ningún papa extranjero!" Después de cuarenta y nueve días de debate, Julio fue elegido, y según su propia expresión, "inclinó la cabeza bajo el yugo de la servidumbre apostólica", tomando el nombre de Clemente VII.

Wolsey estaba exasperado. En vano se presentaba ante la silla de San Pedro cada vez que había una vacante; un rival más activo o más afortunados siempre llega antes que él. Maestro de Inglaterra, y el más influyente de los diplomáticos europeos, vio que preferían a hombres inferiores a él. Esta elección fue un evento que favoreció a la Reforma de Inglaterra. Humanamente hablando, si Wolsey hubiera sido papa habría apretado más las cuerdas que ataban a Inglaterra con Roma; pero Wolsey rechazado, difícilmente se lanzaría por las sendas tortuosas que tal vez contribuyeran a la emancipación de la Iglesia. Se volvió más astuto que nunca, declaró a Enrique que la nueva elección era bastante conforme con sus deseos,⁸¹ y se

⁸¹ Pongo a Dios por testigo, de que estoy feliz, más de lo que hubiera estado si yo hubiera sido la persona afortunada. Wolsey a Enrique VIII, Burnet, Records, p. 328 (Londres 1841).

apresuró a felicitar al nuevo papa. Le escribió al Dr. Pace en Roma: "Esta elección, le aseguro, es mucho más de lo que posiblemente pudiéramos haber planeado o imaginado, para regocijo, consuelo y alegría del rey y de mí también... Mostrad a su santidad la alegría, consuelo y gozo, de parte mía y de su alteza el rey, pues percibimos que por vez primera en nuestras vidas ha placido a Dios en su gran bondad proveer un pastor como él para su iglesia, tal como usted y yo hemos deseado interiormente durante mucho tiempo; alguien quien por su virtud, sabiduría y otras altas y notables cualidades, siempre hemos respetado como la persona más capaz y valiosa para ser llamada a esta dignidad". Pero el papa, adivinando la irritación de su competidor, envió al rey una rosa de oro, y un anillo a Wolsey. "Lo siento", dijo mientras lo sacaba de su dedo, "que no pueda obsequiárselo a Su Eminencia en persona". Clemente, además, le confirió la calidad de legado *de por vida*, un cargo que hasta entonces había sido sólo temporal. Así, el papado e Inglaterra se abrazaron, y parecía muy distante esa revolución cristiana que estaba destinada muy pronto a emancipar a Gran Bretaña de la tutela del Vaticano.

La ambición decepcionada de Wolsey le hizo suspender los procedimientos del clero en Cambridge. Él tenía venganza en su corazón, y se cuidó de no perseguir a sus compatriotas sólo por complacer a su rival, y además, al igual que varios papas, tenía una cierta afición por el estudio. El hecho de haber enviar a la cárcel a algunos lolardos fue una cuestión no difícil, pero tratándose de doctores ilustrados... esto requería un examen más detallado. Por lo tanto, le envió a Roma una señal de independencia. Todavía no era especialmente contra el papa que empezaba a tramar sus siniestros planes; ciertamente Clemente había sido más afortunado que él, pero eso no era razón para que se enojara con él... Carlos V fue el autor del delito, y Wolsey juró un odio mortal contra él. Resuelto a pelear, buscaba sólo el lugar donde podría infligir el golpe más severo. Para obtener su propósito, resolvió disimular su pasión, y destilar gota a gota en la mente de Enrique ese odio mortal contra Carlos que le daba nuevas energías a su actividad.

Carlos descubrió la indignación que se escondía bajo la aparente mansedumbre de Wolsey, y deseando mantener la alianza con Enrique, se apresuró a establecer mejores relaciones con el rey. Después de haber privado al ministro de una tiara papal, decidió ofrecer al rey una corona, se trataba, en efecto, de una noble compensación: "Será usted rey de Francia", dijo el emperador, "y yo me encargo de asegurar ese reino para usted. Sólo envíeme un embajador a Italia para negociar el asunto. "Wolsey, que apenas podía contener su irritación, se vio obligado a cumplir, al menos en apariencia, con los planes del emperador. El rey, de hecho, parecía no pensar en otra cosa que en su arribo a San Germán, y encargó a Pace la visita a Italia para este importante asunto. Wolsey esperaba que él fuera incapaz de llevar a cabo su comisión; era imposible cruzar los Alpes, porque las tropas francesas bloqueaban cada pasadizo. Pero Pace, que era uno de esos personajes aventureros a los que nada lo detienen, estimulado por la idea de que el propio rey lo había mandado, decidió cruzar el *Col di Tenda* (Paso de Tenda). El 27 de julio de 1524 entró en las montañas, atravesado pasajes abruptos, a veces subiendo a gatas, y resbalando con frecuencia durante el descenso. En algunos lugares se podía montar a caballo, "pero en la mayor parte no me atrevería a subirme al caballo [escribió al rey] ni por todas las riquezas del mundo, ni siquiera hay manera de mirar a mi lado izquierdo debido a las empujadas laderas de los profundos

valles". Después de esta travesía, que duró seis días, Pace llegó a Italia agotado por la fatiga. "Si el rey de Inglaterra quiere, debe entrar a Francia de inmediato por el camino de Normandía", le dijo el alguacil de los Borbón, "y si no es así, le doy permiso para que me arranque mis dos ojos si no es dueño de París antes de Todos los Santos; y cuando tome París, será amo de todo el reino". Pero Wolsey, desairando estas observaciones que le fueron transmitidas por el embajador, retrasó el suministro de los subsidios, y exigió ciertas condiciones que había calculado para frustrar el proyecto. Pace, quien era ardiente pero nada imprudente, sino sencillo y directo, se olvidó de sí mismo, y en un momento de enojo escribió a Wolsey: "Para hablar francamente, si usted no ayuda con estas cosas, lo voy a ser responsable de la pérdida de la corona de Francia". Estas palabras arruinaron al enviado de Enrique en la mente del cardenal. ¿Estaba este hombre, que le debía todo a él, tratando de suplantarlo?... En vano Pace trató de asegurar a Wolsey que no debía tomar en serio lo que había dicho, pero el golpe ya estaba dado. Pace se había asociado con Carlos en la cruel enemistad del ministro, y un día iba a sentir sus terribles efectos. No pasó mucho tiempo antes de que Wolsey fuera capaz de convencerse de que el servicio que Carlos había deseado rendir al rey de Inglaterra estaba más allá de las fuerzas del emperador.

Sin calmarse las cosas por un lado, Wolsey se vio atacado por otro. Este hombre, el más poderoso entre los favoritos del rey, sintió en ese momento que soplaba el primer aliento de desaprobación sobre él. En el trono pontificio, sin duda que habría intentado una reforma a la manera de Sixto V; y deseando ensayar en un escenario más pequeño, y regenerar a su manera la iglesia católica de Inglaterra, sometió a los monasterios a una estricta inquisición, fomentó la instrucción de la juventud, y fue el primero en poner un gran ejemplo mediante la supresión de algunas casas religiosas cuyos ingresos se aplicaban a su universidad en Oxford.⁸² Tomás Cromwell, su mano derecha, mostró mucha habilidad y afán en este negocio, y así, bajo las órdenes de un cardenal de la iglesia romana, hizo su primera campaña en una guerra de la que sería posteriormente el comandante en jefe. Wolsey y Cromwell, por sus reformas, se ganaron el odio de ciertos monjes, sacerdotes y nobles, siempre humildes siervos del partido clerical. Este partido acusó al cardenal de no haber estimado a los monasterios en su valor justo y, en ciertos casos, de haber invadido la jurisdicción real. Enrique, a quien la pérdida de la corona de Francia había puesto de mal humor, resolvió, por primera vez, no tener piedad de su ministro: "Hay murmullos en voz por todo el reino", le dijo, "se afirma que su nueva universidad de Oxford es sólo un disfraz para ocultar sus malversaciones". "¡Dios no lo quiera", respondió el cardenal, "que esta virtuosa fundación de Oxford, emprendida por el bien de mi pobre alma, haya sido levantada *ex rapinis*! (de la rapiña). Pero, por encima de todo, Dios me guarde de usurpar alguna vez vuestra autoridad real". Entonces, astutamente le insinuó que por su voluntad le dejaría todos sus bienes al rey. Enrique estaba satisfecho: tenía una participación en el negocio.

Eventos de muy diferente importancia en otro frente llamaron la atención del rey. Los dos ejércitos, el del imperio y el de Francia, se encontraron frente a frente en Pavía, en la planicie de

⁸² [El Colegio Cardenalicio, después llamado Iglesia de Cristo].

Lombardía. Wolsey, quien abiertamente había tendido su mano derecha a Carlos V, y en secreto su izquierda a Francia, le recordó a su amo: "Si el emperador obtiene la victoria, ¿no es su aliado?, y si es Francia, ¿no tengo comunicación secreta con su rey? Por lo tanto, pase lo que pase, su Alteza tendrá grandes motivos para dar gracias al Dios Todopoderoso".

El 24 de febrero de 1525, se libró la batalla de Pavía. El ejército de Francisco I fue totalmente derrotado. El rey mismo fue llevado como prisionero a Madrid. "De todas las cosas", le escribió a su madre, "ya nada me queda, sólo el honor y la vida". Carlos V, quien celebró su cumpleaños número veintidós en el día de la batalla, era prácticamente el emperador de Occidente. Aparte de Inglaterra, era supremo sobre todos. Enrique y Wolsey había estado jugando un doble juego en todos los sentidos. Al profesar amistad con Carlos, y obligados a apoyar su causa por el Tratado de Windsor de agosto de 1522, al mismo tiempo habían negociado con el enemigo de Carlos, Francisco I de Francia. El agente empleado en las negociaciones fue Giovanni Giovacchino di Passano, conocido en la corte Inglés como Juan Joaquín, quien pasaba como un comerciante de Bolonia y vivía oculto en Blackfriars. De hecho, él era un genovés adjunto a la casa de Luisa, la madre del rey de Francia, y, después de Pavía fue regente de Francia hasta la liberación de su hijo custodiado en Madrid. De Praet, el embajador imperial en Londres, tuvo conocimiento secreto de la presencia de Joaquín en la ciudad, y su amo no estaba al tanto de que no se podía confiar en Enrique y Wolsey. De hecho, él estaba bastante bien informado de la situación diplomática como para ser engañado por ellos. Cuando, después de Pavía, Wolsey le instó a llevar a cabo una invasión conjunta de Francia, como una recompensa para que Enrique se convirtiera en su rey, Carlos se negó rotundamente a considerar la propuesta, y por el resto del año ignoró las sugerencias de los ingleses. Actuaba sabiamente, porque mientras Wolsey reabrió las negociaciones con Luisa, aceptó secretamente su regalo de diez mil coronas, y concluyó un tratado de paz entre los dos países. En marzo de 1526, Carlos liberó a su prisionero real, después de haber obtenido su consentimiento a los términos del tratado oneroso, a la vez que le obligaba a entregar a sus dos hijos como rehenes para su futura buena fe. A Luisa, Wolsey expresó la esperanza de que Francisco se iba a sentir en libertad para repudiar sus promesas solemnes en la primera oportunidad conveniente. Sintiendo seguro de que Carlos había obstaculizado su ascensión al papado, Wolsey esperaba demostrarle por este tipo de acciones lo peligroso que es frustrar las ambiciones de un cardenal y canciller.

Mientras los movimientos diplomáticos de gran complejidad y delicadeza ocupaban la atención de Wolsey, se encontró con dificultades en los asuntos del interior, sobre todo en materia de finanzas. La política exterior, para ser eficaz, debía estar respaldada por el gasto adecuado en las fuerzas armadas. En 1523 el canciller había visitado la Casa de los Comunes para exigir cuatro chelines por libra de las tierras y los bienes de todos los ciudadanos. Los Comunes le recetaron un rechazo humillante, y autorizaron una suma mucho menor. En 1525, exigió no menos que una sexta parte de las propiedades e ingresos de los laicos, e inclusive algo más del clero. "Ustedes desean conquistar Francia", dijo Wolsey, "y están en su derecho. Denme entonces para este propósito la sexta parte de sus propiedades. Eso es una insignificancia para gratificar tan noble inclinación". Inglaterra no pensaba así; y esta demanda ilegal despertó una

queja universal. "Somos ingleses y no franceses, hombres libres y no esclavos", fue el clamor universal. Wolsey podía tiranizar a su corte, pero no podía poner las manos en las propiedades de los súbditos del rey .

Los condados del lado oriental se levantaron en insurrección: cuatro mil hombres se habían armado en un momento; y Enrique estaba custodiado en su propio palacio por unos pocos sirvientes. Fue necesario romper los puentes para detener a los insurgentes. Los cortesanos se quejaron ante rey; el rey echó la culpa al cardenal; el cardenal culpó al clero, que lo había animado a imponer este impuesto citando el ejemplo de José que exigió de los egipcios la quinta parte de sus bienes; y el clero a su vez atribuyó la insurrección a los evangelistas, quienes (dijeron ellos) estaban agitando una guerra campesina en Inglaterra como lo habían hecho en Alemania. La Reforma produce la revolución, es la frase favorita de los seguidores del papa. Manos violentas deben ser puestas sobre los herejes. *Non pluit Deus, duc ad christianos*.⁸³

La denuncia de los sacerdotes era absurda, pero la gente es ciega en lo que se refiere al evangelio, y en ocasiones los gobernadores son ciegos también. No había un razonamiento serio para refutar esta invención. "A propósito, aquí les voy a contar una anécdota", dijo Latimer un día en el púlpito. "El maestro Moro una vez fue enviado en un comisión a Kent para ayudar a ver si se podía probar cuál era la causa de los bancos de arena de Goodwin y del arrecife que bloqueaba el puerto de Sandwich. Para esto llamó a los hombres que creía eran los más experimentados, y entre ellos vino un anciano de cabeza blanca, a quien se le podía calcular casi los cien años de edad. El maestro Moro llamó al viejo y le dijo: Padre, dígame, si puede, cuál es la causa de este gran surgimiento de arenas y arrecifes que hay por aquí y que bloquean el puerto de Sandwich. En verdad, Señor, (dijo él) yo soy un hombre viejo de poco menos de cien años, y creo que la torre del campanario de Tenterden es la causa de las arenas de Goodwin... Porque yo soy viejo, Señor, y me acuerdo cuando edificaron el campanario en Tenterden, y antes de que la torre estuviera construida, no había ninguna clase de playas o bancos de arena". Después de relatar esta anécdota, Latimer astutamente agregó:" Así también, según lo entiendo, es la predicación de la Palabra de Dios la causa de la rebelión, como el campanario de Tenterden fue la causa de que el puerto de Sandwich se hubiera debilitado".⁸⁴

No había persecución por ese tiempo, puesto que había otras cosas por hacer. Wolsey, aún dolido por su fracaso de alcanzar el trono pontificio, sólo pensaba en qué forma podría vengarse de Carlos y obstaculizar sus ambiciones. Pero durante este tiempo, Tyndale también perseguía su objetivo; y el año 1525, memorable para las islas británicas por la batalla de Pavía, estaba destinado a ser memorable por una victoria aún más importante.

⁸³ "Dios, no nos mandes lluvia, guíanos contra los cristianos". Una frase atribuida los paganos de los primeros siglos por San Agustín.

⁸⁴ Latimer, *Sermones*, p. 251.

CAPÍTULO DIEZ
Un Duro Trabajo en el Exilio por la Vida de una Nación
(1524-1526)

El barco que llevaba a Tyndale y sus manuscritos fondeó en Hamburgo, donde desde el año 1521, el evangelio había contado con numerosos amigos. Animado por la presencia de sus hermanos, el erudito de Oxford había conseguido alojamiento en una de las estrechas callejuelas de la vieja ciudad, y se había entregado inmediatamente a su tarea. Un secretario, a quien él llama su "compañero fiel", le ayudó en el cotejo de los textos; pero no pasó mucho tiempo antes de que este hermano, cuyo nombre es desconocido para nosotros, pensando que era llamado a predicar a Cristo en los lugares donde hasta ahora nunca se había proclamado, dejó a Tyndale. Un ex fraile de la orden franciscana en la antigua Greenwich, habiendo abandonado el claustro, y estando en este momento sin recursos, ofreció sus servicios al traductor. Guillermo Roye era uno de esos hombres (que siempre son muy numerosos) a quien la impaciencia del yugo los aleja de Roma sin que hayan sido atraídos por el Espíritu de Dios a Cristo. Agudo, insinuante, astuto, pero de modales agradables, encantó a todos los que casualmente se relacionaron con él. Tyndale, desterrado a la lejana costa del Elba, rodeado de extrañas costumbres, y oyendo sólo una lengua extranjera, pensando siempre en Inglaterra, y estando impaciente porque su país disfrutara el resultado de su trabajo, aceptó la ayuda de Roye. Los Evangelios de Mateo y Marcos, traducidos e impresos en Hamburgo, se convirtieron, al parecer, en los primeros frutos para Inglaterra de su gran tarea.

No es posible, a partir de la evidencia disponible, estar completamente seguros de los cambios de residencia de Tyndale durante el período 1524-1525. Es muy probable que él y su asistente se trasladaran de Hamburgo a Wittenberg a finales de la primavera de 1524, y permanecieron allí hasta la primavera de 1525. Eso de que Tyndale entró en contacto directo con Lutero en Wittenberg es tolerablemente cierto.⁸⁵ ¿Podría estar en el propio barrio del reformador y no desear verlo y hablar con él? No necesitaba al *valiente sajón de la verdad*, para que le enseñara el Evangelio que él ya había conocido en Oxford, o para instruirlo en la traducción de las Escrituras. Pero, ¿no acudían todos los extranjeros evangélicos a la ciudad de Lutero? La fuerte personalidad del reformador alemán, sus conferencias, su mesa de conversación, serían sin duda potentes fuentes de ánimo para el fugitivo inglés. Pero sobre todo, el estímulo que recibiera para seguir con su trabajo de traducción de la Biblia.

⁸⁵ No todos los historiadores creen que Tyndale y Lutero se encontraron. Podemos entender que Lutero, en ese momento ocupado afanosamente en su disputa con Carlstadt, no mencione la visita de Tyndale en sus cartas. Pero, además de Foxe, existen otras autoridades contemporáneas en favor de este hecho. Cochlaeus, un alemán bien informado de todos los movimientos de los reformadores, y que veremos más adelante cuando le sigamos el rastro a Tyndale, dice que él y Roye estuvieron en Wittenberg. Y Tomás Moro, cuando dijo que Tyndale había ido a ver a Lutero, Tyndale se contentó con responder: "Cuando el señor Moro dice que Tyndale fue cómplice de Lutero, eso no es verdad". *Respuesta al Diálogo de Sir Tomás Moro*, p. 147 (Parker Soc.). Negó la complicidad pero no la visita. Si Tyndale no había visto a Lutero, él habría sido más explícito y probablemente habría dicho que nunca se encontraron. [J. F. Mozley en su *William Tyndale*, 1937, afirma que los registros de la universidad de Wittenberg de 1524 dan prueba inequívoca de la visita de nuestro reformador a esa ciudad, pp. 52-3].

Puede darse el caso de que los dos Evangelios ya traducidas al inglés fueran impresos en Wittenberg. Parece que por ese tiempo Hamburgo no tenía ningún impresor residente en ese momento. También, durante el período de 1524 a 1525, Tyndale debe haber trabajado con una energía poco común en su traducción del resto del Nuevo Testamento. Con el trabajo ya hecho, probablemente se movió con Roye a Renania.

Había en Colonia algunos impresores célebres conocidos en Inglaterra, entre otros, Pedro Quentel y los hermanos Arnoldo y Francisco Byrckmans. Este último tenía almacenes en los patios de la iglesia de San Pablo en Londres, una circunstancia que podría facilitar la introducción y venta del Testamento impreso en las orillas del Rin. Por esta circunstancia providencial se decidió Tyndale a favor de Colonia, y hacia allá se dirigió con Roye y sus manuscritos. En las calles sombrías de la ciudad de Agripina contempló sus innumerables iglesias, y sobre todo su antigua catedral que hacía eco a las voces de sus cánones, y se llenó de pesar al contemplar a los sacerdotes, monjes, mendigos y peregrinos que de todas partes de Europa venían a adorar las supuestas reliquias de los *tres reyes magos* y de las *once mil vírgenes*. Y luego Tyndale se preguntó si era realmente en esta ciudad supersticiosa que el Nuevo Testamento debería ser impreso en inglés. Esto no fue todo. El movimiento de reforma que se estaba desarrollando en Alemania había estallado en Colonia durante la fiesta de Pentecostés, y el arzobispo había prohibido todo culto evangélico. Sin embargo, Tyndale perseveró y, guardando hasta las más mínimas precauciones para no poner en peligro su trabajo, buscó un oscuro alojamiento en el que se mantuvo escondido.

Poco tiempo después, confiando en Dios, llamó al impresor, le presentó sus manuscritos y ordenó tres mil copias. La impresión se llevó a cabo; la obra iba apareciendo en formato de *cuarto*, con prólogo, notas marginales y referencias. Una hoja seguía a la otra, poco a poco el evangelio desplegó sus misterios en el idioma inglés, y Tyndale no podía contener su alegría. Él vio con los ojos de la mente el triunfo de las Escrituras sobre todo el reino, y exclamó emocionado: "Aunque el rey no quiera, dentro de poco todo el pueblo de Inglaterra, iluminado por el Nuevo Testamento, obedecerá al evangelio".

Pero de repente ese sol cuyos rayos apenas habían saludado con gritos de alegría, fue ofuscado por densas nubes. Un día, justo cuando la décima hoja (que equivalía al octavo cuarto de páginas en total) había sido impresa, el impresor fue a ver apresuradamente a Tyndale y le informó que el Senado de Colonia le había prohibido continuar el trabajo. Todo se descubrió entonces. No había duda de que Enrique VIII, que había quemado los libros de Lutero, deseaba quemar el Nuevo Testamento también, destruir los manuscritos de Tyndale y entregarlo a la muerte. ¿Quién lo había traicionado? Estaba perdido en conjeturas inútiles, y sólo una cosa parece cierta: ¡ay! su buque, que se movía a toda vela, se había topado con un escollo. Lo que sigue es la explicación de este incidente inesperado.

John Cochlaeus, uno de los más violentos enemigos de la Reforma, había llegado a Colonia. La ola de agitación popular que se había movido en esta ciudad durante las fiestas de Pentecostés, había barrido previamente sobre Frankfort durante las fiestas de Pascua, y el clero romano había sido amenazado violentamente. Cochlaeus, decano de Notre Dame, aprovechando

un momento en que las puertas de la ciudad estaban abiertas, había escapado unos minutos antes de que los burgueses entraran a su casa para arrestarlo. Al llegar a Colonia, donde esperaba vivir de manera anónima bajo la sombra del poderoso elector, se había ido a presentar con George Lauer, canónigo en la iglesia de los Apóstoles.

Por un singular destino, los dos hombres más oponentes entre sí, Tyndale y Cochlaeus, estaban en la clandestinidad en la misma ciudad; no podrían permanecer mucho tiempo allí sin entrar en colisión.

En el lado derecho del Rin y opuesto a Colonia, se sitúa el monasterio de Deutz, uno de cuyos abades, Ruperto, que vivió en el siglo XII, había dicho: "Ignorar la Escritura es ignorar a Jesucristo. ¡Es la Escritura de las naciones! Este libro de Dios, que no es pomposo en palabras y pobre en significado como Platón, debe ser puesto a disposición de cada pueblo, y proclamar la salvación en voz alta a todo el mundo". Un día, cuando Cochlaeus y su anfitrión estaban hablando de Ruperto, el canónigo informó al decano que el *hereje* Osiander de Nuremberg estaba en tratos con el abad de Deutz sobre la publicación de los escritos del antiguo doctor. Cochlaeus supuso que Osiander pretendía utilizar al contemporáneo de San Bernardo como testigo en defensa de la Reforma. Apresuradamente se dirigió al monasterio y alertó al abad: "Confíeme los manuscritos de su célebre predecesor", dijo, "me comprometo a imprimirlos y demostrar que él fue uno de los nuestros". Los monjes los pusieron en sus manos, especificando que era para una pronta publicación, de la que esperaban no poco renombre. Cochlaeus inmediatamente fue a ver a Pedro Quentel y Arnoldo Byrckman para hacer los arreglos necesarios. Eran los mismos impresores de Tyndale.

Ahí fue donde Cochlaeus hizo un descubrimiento más importante que el de los manuscritos de Ruperto. Un día en que Byrckman y Quentel lo habían invitado a una cena para presentarle a varios de sus colegas, uno de los impresores, un poco aturdido por el vino, declaró en el brindis (para decirlo con las palabras de Cochlaeus): "Aunque el rey y el cardenal de York no lo quieran, toda Inglaterra pronto será luterana". Cochlaeus escuchó y se alarmó; empezó a investigar, y le informaron que *dos ingleses*, eruditos y expertos en idiomas, se ocultaban en Colonia. Pero todos sus esfuerzos para obtener más información resultaron infructuosos.

Ya no había descanso para el decano de Frankfort; su imaginación se fermentó, su mente se alarmó: "¿Qué?, dijo, ¿será Inglaterra, fiel servidora del papado, igual de pervertida que Alemania? ¿Acaso los ingleses, las personas más religiosas de la cristiandad, y cuyo rey fue ennoblecido al escribir contra Lutero, van a ser invadidos por la herejía?... ¿Tendrá que huir del palacio de York el poderoso legado y cardenal, como yo hui de Frankfort?" Cochlaeus continuó su búsqueda, hizo visitas frecuentes a los impresores, les habló en un tono amable, los halagó, los invitó a visitarlo a su canonjía; pero como no se animaba a hacerles una pregunta tan importante y riesgosa, fue suficiente por el momento que se ganara la confianza de los depositarios del secreto. Pronto dio un nuevo paso, se cuidó de no cuestionarlos estando juntos, sino que procuró una entrevista privada con uno de ellos, y le suministró abundante vino del Rin, como que éste era el mejor informante. Las ingeniosas preguntas avergonzaron al incauto impresor, y al fin el secreto fue revelado. "El Nuevo Testamento", repitió Cochlaeus, "se traduce al inglés, tres mil

ejemplares están en la prensa, ochenta páginas en formato de cuarto están listas, el pago está plenamente cubierto por comerciantes ingleses, quienes transportarán el material cuando se imprima, y lo harán difundir ampliamente por toda Inglaterra, antes de que el rey o el cardenal lo descubran o lo prohíban... Así, el Reino Unido se convertirá a las doctrinas de Lutero".

La sorpresa de Cochlaeus se transformó en alarma aunque la disimuló; deseaba saber, sin embargo, en qué lugar se ocultaban los dos ingleses, pero todos sus esfuerzos resultaron ineficaces, y regresó a su aposento lleno de emoción. El peligro era muy grande. Un extranjero y exiliado, ¿qué podía hacer para oponerse a esta empresa impía? ¿Dónde hallaría un amigo en Inglaterra, preparado para mostrar su celo en defensa del golpe amenazador?... Él estaba desconcertado.

Un destello de luz de pronto disipó la oscuridad. Una persona de cierta importancia en Colonia, Herman Rincke, concejal y caballero del imperio, que años atrás había sido enviado por el emperador Maximiliano para tratar un importante asunto con Enrique VII, y desde entonces siempre había mostrado un gran apego a Inglaterra. Cochlaeus estaba decidido a revelarle el fatal secreto, pero, como aún seguía preocupado por las escenas de Frankfort, tuvo miedo de conspirar abiertamente contra la Reforma. Había dejado a su anciana madre y a una pequeña sobrina en casa y no estaba dispuesto a hacer algo que pudiera comprometerlos. Por lo tanto, se dirigió sigilosamente hacia la casa de Rincke (como nos dice él mismo), se deslizó en secreto y le presentó todo el asunto. Rincke no podía creer que el Nuevo Testamento en inglés se estuviera imprimiendo en Colonia, sin embargo, envió a una persona de confianza a que investigara, quien le informó de que la información de Cochlaeus era correcta, y que había encontrado en el taller de impresión un gran suministro de papel para la edición. El caballero inmediatamente notificó al Senado, y habló de Wolsey, de Enrique VIII y de la preservación de la iglesia romana en Inglaterra; y que esa entidad que, bajo la influencia del arzobispo hacía tiempo había olvidado los derechos de libertad, prohibiera al impresor continuar con su trabajo. Así que, ¡ya no habría un Nuevo Testamento para Inglaterra! Una mano experta había conjurado el golpe dirigido al catolicismo romano; quizá Tyndale sería llevado a la cárcel, y Cochlaeus disfrutaría de un triunfo completo.

Al principio, Tyndale quedó confundido. ¿Se perdería para siempre un trabajo de tantos meses? Su proyecto parecía estar más allá de sus fuerzas. "Son unos lobos rapaces", exclamó, "que predicán a los demás que no se debe robar, sin embargo, han robado al alma del hombre el pan de vida, y la alimentan con cáscaras y mazorcas de esperanza en sus propios méritos y en la confianza de sus buenas obras".⁸⁶ Aun así, Tyndale no permaneció mucho tiempo decaído, porque su fe era de esa clase que traslada los montes. ¿No es la Palabra de Dios la que está en peligro? ¿Abandonará Dios a quienes confían en Él? Tenía que anticiparse al Senado de Colonia. Atrevido y rápido en todos sus movimientos, Tyndale le pidió a Roye que lo siguiera, se dirigió apresuradamente a la imprenta, recogió las hojas, abordó una barca, y se perdió rápidamente en el río, llevando con él la esperanza de Inglaterra.

⁸⁶ Tyndale, *Exposiciones*, p. 123 (Parker Society).

Cuando Cochlaeus y Rincke, acompañados por los oficiales del Senado, llegaron a la imprenta, se quedaron sorprendidos. ¡El apóstata se había llevado los abominables papeles!... Su enemigo había escapado cual ave de la red del cazador. ¿Dónde estaba ahora? Sin duda que se iría a poner bajo la protección de algún príncipe *luterano*, en donde Cochlaeus se cuidaría muy bien de no perseguirlo; pero quedaba un recurso. Estos libros en inglés no representaban un riesgo para Alemania, pero se debería evitar que llegaran a Londres. Le escribió a Enrique VIII, a Wolsey, y al obispo de Rochester. "Dos ingleses", le dijo al rey, "como los dos eunucos que quisieron poner las manos sobre Asuero, están tramando maldad en contra de la paz de su reino, y yo, como el fiel Mardoqueo, le estoy advirtiendo de sus planes. Desean enviar el Nuevo Testamento en inglés a su pueblo. Dé órdenes en cada puerto para evitar la introducción de esta mercancía tan funesta". Tal fue el nombre dado a la Palabra de Dios por este entusiasta seguidor del papa. Un aliado inesperado pronto restableció la paz al alma de Cochlaeus. El célebre Dr. Eck, un campeón del papado mucho más formidable que él, había llegado a Colonia en su camino a Londres, y él se encargaría de despertar la ira de los obispos y del rey. Los ojos de los más grandes opositores a la reforma parecían ahora fijarse en Inglaterra. Eck, que se jactaba de haber ganado los más sonados triunfos contra Lutero, creyó que triunfaría más fácilmente sobre el humilde profesor y su Nuevo Testamento.

Desgraciadamente para Cochlaeus, no parece haber recibido la recompensa material que esperaba por haber dado a conocer su sorprendente noticia. Su "mérito superlativo" fue reconocido en palabras, pero, como él mismo se lamentó, "se quedó como Mardoqueo en la puerta sin ningún tipo de recompensa sustancial por la divulgación de un complot tan peligroso como el que se planeó en contra de la vida de Asuero".

Con su presencia en Colonia ya descubierta, Tyndale tuvo que reanudar una vez más sus peregrinaciones, y guardando sus fardos preciosos, se encaminó hacia las turbulentas aguas del Rin tan rápida y sigilosamente como pudo.

Pasó frente a ciudades antiguas y simpáticos pueblos esparcidos a lo largo de las orillas del Rin, en medio de escenas de pintoresca belleza. Montañas, valles y rocas, bosques oscuros, fortalezas en ruinas, templos góticos, barcos que pasaban de uno a otro lado, aves de rapiña que se elevaban por encima de su cabeza, como si las engendraran una misión de Cochlaeus; nada podría apartar sus ojos del tesoro que llevaba con él. Por fin, después de un viaje de cinco o seis días, y probablemente en octubre de 1525, llegó a Worms, donde Lutero, cuatro años antes, había exclamado: "Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa; ¡que Dios me ayude!" Estas palabras del reformador alemán, tan bien conocidas por Tyndale, eran la estrella que lo había guiado a Worms. Él sabía que el evangelio había sido predicado en esa antigua ciudad. "Los ciudadanos están sujetos a los ataques de luteranismo", dijo Cochlaeus. Tyndale llegó allí, no como Lutero que llegó rodeado de una inmensa multitud, sino como un desconocido, e imaginándose a sí mismo perseguido por los esbirros de Carlos y de Enrique. Tan pronto como bajó del barco, echó una mirada inquieta a su alrededor, y dejó su preciosa carga en la orilla del río.

Había tenido tiempo para reflexionar sobre los peligros que amenazaban su obra. Como sus enemigos habían obtenido detalles de la edición, porque unas cuantas hojas habían caído en sus

manos, tomó las medidas para despistar a los inquisidores, y comenzó una nueva edición, eliminando el prólogo y las notas, y substituyendo el formato original de *cuarto* por el de *octavo* que era más portátil para la edición. Peter Schoeffer, el nieto de Fausto, uno de los inventores de la imprenta, prestó sus prensas para este importante trabajo. Las dos ediciones se completaron tranquilamente a finales del año de 1526.

Así fueron engañados los malvados que querían privar al pueblo inglés de la Palabra de Dios, y las dos ediciones ya estaban listas para entrar en Inglaterra. "Sean diligentes", dijo Tyndale a sus compatriotas, mientras enviaba desde Worms el Testamento que acababa de traducir, "a las palabras de vida eterna, por la cual, si nos arrepentimos y las creemos, nacemos de nuevo, somos nuevas creaturas y disfrutamos de los frutos de la sangre de Cristo". En marzo de 1526, estos libros cruzaron el mar a través de Amberes o Rotterdam. Tyndale estaba feliz, pero él sabía que la unción del Espíritu Santo solamente podría permitir al pueblo de Inglaterra entender estas páginas sagradas, y en consecuencia, las siguió día y noche con sus oraciones. "Los escribas y fariseos", dijo, "habían guardado la espada de la Palabra de Dios en una funda o vaina vistosa, y la había cerrado firmemente, para que no pudiera atacar ni cortar. Ahora, oh Dios, saca esa aguda espada de la vaina. Ataca, hiere, corta en pedazos al alma y la carne, para que el hombre que está dividido en dos y en desacuerdo consigo mismo, pueda estar en paz contigo por toda la eternidad".

CAPÍTULO ONCE

El Despertamiento en Cambridge (1524-1525)

En tanto que estas obras se estaban logrando en Colonia y Worms, otras se estaban realizando en Cambridge y Oxford. En las orillas del Rin se estaba preparando la semilla; en Inglaterra estaban haciendo los surcos para recibirla. El evangelio produjo una gran agitación en

Cambridge. Bilney, a quien podemos llamar el padre de la Reforma en Inglaterra, puesto que, al ser el primer convertido por el Nuevo Testamento, había traído al conocimiento de Dios al enérgico Latimer y a muchos otros testigos de la verdad, por ese tiempo Bilney no estaba al frente, como lo estaban muchos de los que lo habían escuchado, pues su vocación era la oración. Tímido ante los hombres, estaba lleno de audacia ante Dios, y día y noche oraba por las almas. Pero mientras él estaba de rodillas en su recámara, otros hacían el trabajo en el mundo. Entre éstos, Stafford fue particularmente notable. "Pablo ha resucitado de entre los muertos", dijeron muchos que lo escucharon. Y, de hecho, Stafford explicaba con tanta viveza el verdadero significado de las palabras del apóstol y de los cuatro evangelistas, que estos santos varones, cuyos rostros habían estado tanto tiempo ocultos bajo las densas tradiciones de las escuelas, reaparecieron ante los jóvenes de la universidad, como si estuvieran viviendo en los tiempos apostólicos. Pero no eran sólo las *personas* (porque eso habría sido un asunto trivial), eran sus *doctrinas* lo que Stafford exponía ante sus oyentes. Mientras que los escolásticos de Cambridge estaban declarando a sus alumnos una reconciliación que todavía no surtía efecto, y mientras les decían que el perdón debe ser comprado por las obras de la iglesia, Stafford enseñaba que la redención fue *cumplida*, que la satisfacción ofrecida por Jesucristo fue *perfecta*; y agregaba que el papado habiendo revivido el *reino de la ley*, Dios, por la Reforma, ahora revivía el *reino de la gracia*. Los estudiantes de Cambridge, encantados por las enseñanzas de su maestro, lo recibían con aplausos, y, dando rienda suelta a su entusiasmo, se decían entre sí al salir de la sala de conferencias: "¿Quién de los dos está más endeudado uno con el otro? ¿Stafford con Pablo, porque le dejó las santas epístolas, o Pablo con Stafford, porque resucitó a ese apóstol y sus santas doctrinas las cuales la Edad Media había oscurecido?"

Por encima de Bilney y Stafford sobresalía Latimer, quien, por el poder del Espíritu Santo, transmitía a otros corazones las lecciones aprendidas de su maestro.⁸⁷ Estando informado del trabajo que Tyndale estaba preparando, sostenía desde los púlpitos de Cambridge que la Biblia debía ser leída en su lengua vulgar.⁸⁸ "El autor de la Sagrada Escritura", dijo, "es el Todopoderoso, el Sempiterno... ¡Dios mismo!... Y esta escritura participa de la fuerza y la eternidad de su autor. No hay ni rey ni emperador que no esté obligado a obedecerla. Cuidémonos de esos desvíos de las tradiciones humanas, llenas de piedras, zarzas y árboles arrancados de raíz. Sigamos el camino recto de la Palabra. No nos preocupa lo que los Padres hicieron, sino lo que debería haber hecho".

Una numerosa congregación se agolpaba debido a la predicación de Latimer, y sus oyentes se emocionaban al escuchar las palabras que salían de sus labios. Uno en particular atrajo la atención. Era un joven de Norfolk, de dieciséis años de edad, cuyo carácter se iluminó de

⁸⁷ Un instructor privado para el resto de sus hermanos dentro de la universidad por espacio de tres años. Foxe, *Acts*, vii, p. 438.

⁸⁸ Él probó en sus sermones que las Sagradas Escrituras deberían ser leídas en el idioma inglés de todo el pueblo cristiano. Becon, vol. ii, p. 424 (Parker Society).

comprensión y piedad. Este pobre estudiante había recibido con entusiasmo la verdad anunciada por el ex portador de la cruz. No se perdía uno de sus sermones, con una hoja de papel sobre sus rodillas, y un lápiz en la mano, tomaba parte del discurso, confiando en memorizar el resto.⁸⁹ Este era Tomás Becon, quien después sería capellán de Cranmer, arzobispo de Canterbury. "Si yo poseo el conocimiento de Dios", dijo él, "se lo debo (después de Dios) a Latimer".

Latimer tenía oyentes de muchas clases. En el lado de los que no se dejaban vencer por su entusiasmo estaban los hombres "inflamados, inflados, como el sapo de la fábula de Esopo, llenos de envidia y malicia contra él", dice Becon, quienes eran partidarios del catolicismo tradicional, a quien la curiosidad los atraía o que habían sido jalados por sus amigos evangélicos a la iglesia. Pero a medida que Latimer hablaba, una transformación maravillosa se iba operando en ellos, poco a poco sus enojos se relajaban, sus feroces miradas se suavizaban; y si les preguntaban a estos amigos de los sacerdotes, después de su regreso a casa, lo que pensaban del predicador hereje, ellos respondían con exagerada sorpresa y éxtasis: "*Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo!*" (Juan 7:46)

Cuando dejaba el púlpito, Latimer se apresuraba a practicar lo que había enseñado. Visitaba los estrechos dormitorios de los estudiantes pobres y las habitaciones oscuras de las clases trabajadoras: "regaba con buenas obras lo que antes había sembrado con palabras piadosas",⁹⁰ dice el estudiante que copió sus discursos. Los discípulos convivían juntos con alegría y sencillez de corazón; por todas partes se sentía el aliento de una nueva vida; y aunque todavía no se habían efectuado las reformas externas, sin embargo la iglesia espiritual del evangelio y de la Reforma ya estaba presente. Y así, el recuerdo de estos momentos felices era conmemorado durante mucho tiempo con el adagio:

Cuando el maestro Stafford leyó,
y el maestro Latimer predicó,
Cambridge, pues, recibió la bendición.

Los sacerdotes no podían permanecer inactivos: oían hablar de gracia y libertad, y no podían hacer nada contra ninguna de las dos. Si se tolera la *gracia*, ¿no se toma de las manos de los clérigos la manipulación de la salvación, las indulgencias, la penitencia y todas las rúbricas del derecho canónico? Si la *libertad* se concede, ¿no se sacude a la jerarquía, con todos sus grados, pompas, violencia y castigos? Roma no deseaba ninguna otra libertad que la de libre albedrío, que, exaltando la fuerza natural del hombre caído, priva a la humanidad de las fuentes de la vida divina, marchita al cristianismo, y cambia esa religión celestial por un moralismo humano y por observancias legales.

⁸⁹ Un pobre estudiante de Cambridge... pero un chamaco de dieciséis años. Becon's *Works*, ii, p. 424.

⁹⁰ Becon's *Works*, ii, p. 425.

Los amigos del papado, por lo tanto, unieron sus fuerzas para oponerse a la nueva religión. "Satanás, que nunca duerme", dice un simple cronista, "llamó a sus espíritus familiares, y los envió contra los reformistas". Las reuniones se celebraron en los conventos, sobre todo los que pertenecían a los franciscanos. Reunieron todas sus fuerzas. *Ojo por ojo, y diente por diente*, dijeron. Si Latimer ensalza en sus sermones las bendiciones de las Escrituras, tenemos que dar sermones también para mostrar sus *peligros*. Pero ¿dónde estaba el orador que le pudiera hacer frente? Esta fue una pregunta muy embarazosa para el partido clerical. Entre los franciscanos había un monje altivo, hábil y diestro en pequeños asuntos, y lleno a la vez de ignorancia y orgullo: era el prior Bockingham. Nadie había mostrado más odio contra los cristianos evangélicos, y no había nadie en verdad tan ajeno al Evangelio como él. Este sería el hombre encargado de exponer los peligros de la Palabra de Dios. Él no estaba en absoluto familiarizado con el Nuevo Testamento, sin embargo lo abrió, escogió unos pocos pasajes aquí y allá que parecían favorecer su tesis, y luego, vestido con sus ropas más costosas, con la cabeza erguida y el paso solemne, ya seguro de la victoria, subió al púlpito, combatió la herejía, y con voz pomposa irrumpió en contra de la lectura de la Biblia; estaba ante sus ojos la fuente de todas las herejías y desgracias. "Si esa herejía prevalece ", exclamó, "va a acabar con todo lo útil entre nosotros. Del labrador, dice el evangelio que *ningún hombre que poniendo su mano en el arado y mira hacia atrás*, no tardará en dejar a un lado su trabajo... Del panadero, leemos que *un poco de levadura fermenta toda la masa*, por lo que en el futuro no haremos más que pan muy insípido; y hasta el hombre más sencillo encuentra el mandato de *arrancarse el ojo derecho y tirarlo*. Inglaterra, después de unos años, dará un espectáculo espantoso; no será más que una nación de ciegos y tuertos, tristemente mendigando su pan de puerta en puerta".

Este discurso conmovió parte de la audiencia a la cual fue dirigida. "El hereje ha sido silenciado", dijeron los monjes y secretarios, pero las personas sensatas sonrieron, y Latimer estaba encantado de que le hubieran mandado ese adversario. Siendo de disposición animada y con tendencia a la ironía, decidió a atacar los temas comunes del fraile pomposo. Hay algunos absurdos, pensó, que sólo pueden ser refutados, mostrando sus tonterías ¿Acaso no habla el gran Tertuliano de cosas que sólo provocan risa, por temor a darles importancia mediante una seria refutación? "El próximo domingo le voy a responder", dijo Latimer.

La iglesia estaba atestada cuando Bockingham, con la capucha de San Francisco sobre sus hombros y con un aire de vanagloria, tomó su lugar solemnemente delante del predicador. Latimer comenzó recapitulando los argumentos más débiles de su adversario, y luego tomándolos uno a uno, se refirió a ellos una y otra vez, y señalaba todo lo absurdo con tanto ingenio que el pobre prior quedó sepultado en su propia tontería. Luego, volviéndose hacia la multitud, exclamó con emoción: "Así es como sus hábiles guías abusan de su entendimiento. Los ven a ustedes como niños que deben estar siempre utilizando andaderas. Ahora ha llegado la hora de la mayoría de edad. Arriéguese a examinar las Escrituras, y descubrirán fácilmente lo absurdo de la enseñanza de sus sacerdotes". Y luego deseoso, como dice Salomón, de *responder al necio según su necedad*, añadió: "En cuanto a las comparaciones extraídas del *arado*, la *levadura*, y el *ojo*, de los cuales el reverendo antes ha hecho tan singular uso, ¿es necesario

justificar estos pasajes de la Escritura? ¿Debo decirles lo que significa el arado, la levadura, el ojo? ¿No es la enseñanza de nuestro Señor distinguida por esas expresiones que, bajo una comparación común, esconden un significado espiritual y profundo? ¿No sabemos que en todos los idiomas y en todos los discursos no es en la *imagen* en que debemos fijar nuestros ojos, sino en la *cosa* que la imagen representa?... , por ejemplo", continuó, y cuando dijo estas palabras, lanzó una mirada penetrante hacia el prior, "si vemos que un zorro está pintado predicando en la capucha de un fraile, nadie se imagina que se refiere a un zorro, sino que describe la astucia y la hipocresía que tan a menudo se encuentran disfrazadas en esos atuendos". Al oír estas palabras el pobre prior, en quien los ojos de toda la congregación estaban fijos, se levantó y salió de la iglesia a toda prisa, y corrió a su convento para ocultar su rabia y confusión entre sus hermanos. Los monjes y sus seguidores profirieron gritos contra Latimer. Es imperdonable (dijeron) haberle faltado el respeto a la capucha de San Francisco. Pero sus amigos respondieron: "¿No disciplinamos nosotros a los hijos?, y quién trata a la Escritura peor que un niño, ¿no merece ser bien azotado?"

El partido romanista no se consideraba aniquilado. Los jefes de los colegios y los sacerdotes celebraban conferencias frecuentemente. Los profesores deseaban vigilar a sus alumnos para llevarlos de vuelta a la enseñanza de la iglesia por la adulación y las amenazas. "Estamos poniendo nuestra lanza en reposo", dijeron a los estudiantes, "si ustedes se hacen evangélicos, su avance ha terminado". Pero estos jóvenes generosos de corazón deseaban más bien a ser pobres con Cristo, que ricos con los sacerdotes. Stafford continuó enseñando, Latimer predicando y Bilney visitando a los pobres; la doctrina de Cristo no dejó de extenderse, y las almas de convertirse.

Era difícil, si no imposible, silenciar a un predicador tan popular como Latimer utilizando gente ordinaria. Un plan estaba ya contemplado antes del mencionado encuentro con Bockingham. Se buscó la ayuda de los obispos. El Dr. West, obispo de Ely, era también obispo ordinario de Cambridge; en respuesta a tan urgente solicitud sobre su intervención, ordenó a uno de sus doctores que le informara de la próxima vez que Latimer predicaría, "pero", añadió, "no digas ni una palabra a nadie. Me gustaría llegar sin ser esperado".

Un día en que Latimer estaba predicando en latín al clero, el mencionado obispo de repente entró en la iglesia de la universidad, acompañado de varios sacerdotes. Latimer se detuvo, esperando respetuosamente a que West y su séquito ocuparan sus lugares. "Una nueva audiencia", remarcó diestramente, "por lo tanto, para un público de mayor rango se exige un nuevo tema. Por eso, voy a dejar de lado el tema que tenía propuesto y me ocuparé en lo que se refiere a la responsabilidad episcopal; voy a predicar sobre estas palabras: *Christus existens Pontifex futurorum bonorum*" (Hebreos 9:11) Entonces, describiendo a Jesucristo, Latimer lo representó como el "verdadero y perfecto modelo de todos los obispos". No había ni una sola virtud en el obispo divino que no contrastara con los defectos de los obispos romanistas. Latimer daba rienda suelta a su ingenio mordaz a expensas de ellos, pero había tanta seriedad en sus ocurrencias, y tanta viveza en sus cristianas descripciones, que todos las han de haber sentido que si fueran los gritos de una conciencia cristiana en lugar de sarcasmos de una postura

enfermiza. Nunca antes el obispo había sido enseñado por uno de sus sacerdotes como este hombre. "¡Ay!", dijeron muchos, "nuestros obispos no son de esa raza, sino que son descendientes de Anás y Caifás". West, lo mismo que Bockingham, no había quedado nada contento. Sin embargo, ahogó su ira; y después del sermón dijo a Latimer con un acento bondadoso: "Tiene usted excelentes talentos, y si los utilizara en hacer una cosa estaría listo para besar sus pies"... ¡Qué humildad de un obispo!.. "Predique en esta misma iglesia", continuó West, "un sermón... contra Martín Lutero. Esa es la mejor manera de comprobar la herejía". Latimer entendió la insinuación del prelado, y le respondió con calma: "Si Lutero predica la Palabra de Dios, no me puedo oponer. Pero si él enseña lo contrario, estoy dispuesto a atacarlo. Pero, señor mío, por mandato de mi cardenal de York, tenemos prohibido leer las obras de Lutero; por lo tanto, sería en vano que pudiera refutarlas". "Bien, bien, maestro Latimer", exclamó el obispo, "me parece que ya ha saboreado algo de ese guisado... Tarde o temprano se va a arrepentir de haber dado ese giro".

West, habiendo dejado Cambridge con gran irritación contra ese rebelde clérigo, se apresuró a convocar a su cabildo, y prohibió predicar a Latimer, tanto en la universidad como en la diócesis. "Todos los que quieren vivir piadosamente padecerán persecución", había dicho San Pablo; ahora Latimer estaba experimentando en carne propia la verdad del refrán. No era suficiente que los sacerdotes y sus amigos le llamaran "hereje", y que los transeúntes le insultaran en la calle;... la obra de Dios estaba vigilada violentamente. "He aquí entonces", exclamó con un amargo suspiro, "que la función del oficio episcopal... ¡es para impedir la predicación de Jesucristo!" Algunos pocos años después esbozó, con su ironía cáustica habitual, el retrato de cierto obispo, de quien Lutero también solía hablar con frecuencia: "¿Saben quién es el obispo y el prelado más diligente de toda Inglaterra? veo que están listos para escuchar lo que voy a decir... se los diré... Es el diablo. Él nunca está fuera de su diócesis, ustedes no lo encontrarán fuera de sus deberes; lo pueden llamar cuando quieran, él está siempre en casa. Siempre está en su arado. Nunca está ocioso, se los garantizo. Donde el diablo reside, ¡abajo los libros y arriba las veladoras!; ¡fuera las biblias y arriba los rosarios!; ¡fuera la luz del Evangelio y arriba la luz de los cirios, aunque sea mediodía!; ¡abajo la cruz de Cristo y arriba el purgatorio para sacar dinero!; ¡fuera con vestir al desnudo, al pobre, al impotente!; ¡arriba los nichos de imágenes y los brillosos adornos de palos y piedras!; ¡abajo las tradiciones de Dios y su santa Palabra!... ¡Oh!, ¡que nuestros prelados fueran tan diligentes en sembrar la semilla de la buena doctrina, como Satanás siembra la cizaña!" En verdad puede decirse que "nunca hubo un predicador en Inglaterra como él".

El reformador no estaba satisfecho con simplemente hablar: él actuó. "Ni las palabras amenazantes de sus adversarios, ni sus encarcelamientos crueles, dice uno de sus contemporáneos, "podría impedirle proclamar la verdad de Dios". Habiéndole prohibido predicar en las iglesias, se fue de casa en casa. Sin embargo, anhelaba un púlpito, y poco después lo obtuvo. Ciertamente un altivo prelado tenía interceptada su predicación; pero Jesucristo, el cual está sobre todos los obispos, es capaz, cuando una puerta se cierra, de abrir otra. En lugar de un gran predicador en Cambridge, pronto habría dos.

Un monje agustino y gran erudito llamado Robert Barnes, nacido en el condado de Norfolk, había ido a Lovaina para proseguir sus estudios. Allí recibió el grado de doctor en teología, y después de haber regresado a Cambridge, fue nombrado prior de su monasterio en 1523. Fue afortunado en conciliar el aprendizaje y el evangelio en la universidad, pero al inclinarse demasiado hacia el estudio descuidó la fuerza de la Palabra de Dios. Una gran multitud se reunía todos los días en la sala agustina para escuchar sus discursos sobre Terence y Plautus, y en particular sobre Cicerón. Muchos de los que se sentían ofendidos por la simplicidad del cristianismo de Bilney y Latimer, se sintieron atraídos por este reformador de otra clase. Coleman, Coverdale, Field, Cambridge, Barley, y muchos otros jóvenes de la universidad, se reunían alrededor Barnes y lo proclamaron "el restaurador de las letras".⁹¹

Pero los clásicos eran sólo una enseñanza preparatoria. Las obras maestras de la antigüedad, habiendo ayudado a Barnes a despejar el suelo, le abrieron el camino a las epístolas de San Pablo. Él no entendía su profundidad divina, como Stafford; no era como él ungido con el Espíritu Santo, sino que difería de él en varias de las doctrinas del apóstol, como en la justificación por la fe, y en la nueva criatura; pero Barnes era un hombre ilustrado y liberal, no sin cierto grado de piedad, y deseaba, como Stafford, sustituir las disputas estériles de los escolásticos por la enseñanza de la Escritura. Pero pronto entraron en conflicto, y Cambridge recordó durante mucho tiempo la célebre discusión en la que Barnes y Stafford se enfrascaron, y en la cual no emplearon otra arma que la Palabra de Dios, para gran asombro de los académicos ciegos, y gran alegría para los esclarecidos, dice un cronista.

Barnes no estaba aún bien iluminado, y los amigos del Evangelio se maravillaban que un hombre, un extraño a la verdad, se atreviera a dar ese tipo de fuertes golpes contra el error. Bilney, a quien continuamente nos encontramos cada vez que hay a la mano algún trabajo o una obra de caridad irresistible; Bilney, que había convertido a Latimer, se comprometió a convertir a Barnes; mientras que Stafford, Arthur, Thistel del Colegio Pembroke, y Fooke del de Benet,⁹² oraban sinceramente para que Dios le ayudara. El experimento fue difícil; Barnes había llegado a ese *juste milieu*, ese "justo medio" de los humanistas, en el que la intoxicación por el conocimiento y la gloria hacen que la conversión sea más difícil. Además, ¿era posible que un hombre como Bilney realmente se atreviera a dar instrucciones al restaurador de la antigüedad? Pero el humilde bachiller en artes, tan sencillo en apariencia, conocía, como el David de la antigüedad, un poder secreto por el cual el Goliath de la universidad podía ser vencido. Pasó días y noches en oración, y luego instó a Barnes abiertamente a manifestar sus convicciones sin temor a los reproches del mundo. Después de muchas conversaciones y oraciones, Barnes se convirtió

⁹¹ El gran restaurador del buen saber. Strype, i, p. 568; Foxe, Acts, v, p. 415. [Una excelente información sobre las enseñanzas de Barnes está en *La Doctrina de la Fe*, de D. B. Knox (James Clarke, 1961), pp. 63-69. Este es el mejor tratado moderno de la teología de los primeros reformadores ingleses].

⁹² [De San Benedicto, y después llamado Corpus Christi].

al evangelio de Jesucristo.⁹³ Aún así, el prior retenía algo de indecisión en su carácter, y sólo renunció a la mitad de ese estado intermedio con el que había empezado. Por ejemplo, parece que siempre había creído en la eficacia de la consagración sacerdotal para transformar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. No era sincero del todo, y su mente estaba a menudo agitada y llevada de aquí para allá por pensamientos contrarios: "¡Ay," dijo un día este dividido personaje, "confieso que mis cavilaciones son innumerables".

Barnes, después de haber llegado al conocimiento de la verdad, inmediatamente desplegó un celo un tanto imprudente. Los hombres de carácter menos decidido, e incluso aquellos que están destinados a mostrar signos de caída, a menudo son los que empiezan su trayectoria con el mayor ardor. Barnes creía en ese momento que estaba preparado para resistir a toda Inglaterra. Al estar ahora unido a Latimer por un tierno afecto cristiano, se indignó de que la poderosa voz de su amigo pudiera perderse para la Iglesia. "El obispo le ha prohibido predicar", le dijo, "pero mi monasterio no está bajo la jurisdicción episcopal. Usted puede predicar allí". Latimer fue al púlpito de los Agustinos, y la iglesia no podía contener a la multitud que acudía a él. En Cambridge, como en Wittenberg, se utilizó la capilla de los monjes agustinos durante las primeras luchas del evangelio. Fue ahí donde Latimer predicó algunos de sus mejores sermones.

Un hombre muy diferente a Latimer, y particularmente a Barnes, iba creciendo diariamente en influencia entre los reformadores ingleses: este era Fryth.⁹⁴ No había nadie más humilde que él, y al mismo tiempo no había nadie más fuerte. Él era menos brillante que Barnes, pero más sólido. Él pudo haber alcanzado los más altos círculos de la ciencia, pero fue atraído por los misterios profundos de la Palabra de Dios; el llamado de la conciencia prevaleció sobre el del entendimiento. Él no dedicó la energía de su alma a las preguntas difíciles, tenía sed de Dios, de su verdad y de su amor. En lugar de propagar sus opiniones particulares y formar divisiones, se aferró a la única fe que salva, y avanzó en el dominio de la verdadera unidad. Esta es la marca de los grandes siervos de Dios. Humilde ante el Señor, moderado delante de los hombres, y hasta en apariencia un poco tímido, Fryth ante el peligro desplegaba un valor intrépido. "Mi conocimiento es pequeño", dijo, "pero lo poco que tengo estoy decidido a darlo a Jesucristo para la edificación de su templo".

Los sermones de Latimer, el fervor de Barnes y la firmeza de Fryth, excitaron un renovado celo en Cambridge. Ellos sabían lo que estaba ocurriendo en Alemania y Suiza. ¿Deberían los ingleses, que siempre habían estado al frente, seguir en la retaguardia? ¿No podrían hacer Latimer, Bilney, Stafford, Barnes y Fryth lo que los siervos de Dios estaban haciendo en otros lugares?

Una secreta agitación anunciaba una crisis que se avecinaba; todos esperaban algún cambio para bien o para mal. Los evangélicos, confiados en la verdad, y creyéndose seguros de

⁹³ Bilney convirtió al Dr. Barnes al evangelio de Jesucristo. Foxe, *Acts*, iv, p. 620.

⁹⁴ [Para las enseñanzas de Fryth, ver Knox op. cit., pp. 43-51]

la victoria, resolvieron caer sobre el enemigo simultáneamente en varios puntos. Un domingo antes de la Navidad de 1525 fue elegido para este gran ataque. Mientras Latimer hablaba a las multitudes que continuaban llenando la capilla de San Agustín, y otros estaban predicando en otros lugares, Barnes fue a dar un sermón a una de las iglesias de la ciudad. Pero nada compromete al evangelio tanto como una disposición hacia las cosas externas. Dios, que otorga su bendición sólo a los corazones íntegros, permitió que este asalto general en el que Barnes debería ser el héroe, fuera marcado por una derrota. El prior, cuando se dirigía al púlpito, sólo pensaba en Wolsey. Como representante del papado en Inglaterra, el cardenal era el gran obstáculo para la Reforma. Barnes predicó el pasaje de la epístola que correspondía a ese día: *Regocijaos en el Señor siempre*.⁹⁵ Pero en lugar de anunciar a Cristo y la alegría del cristiano, imprudentemente habló contra el lujo, el orgullo y las diversiones de los eclesiásticos; y todo el mundo entendió que se refería al cardenal. Describió los magníficos palacios, las lujosas suites, las túnicas escarlata, las perlas, el oro, las piedras preciosas, y todo la ostentación del prelado, nada parecido (dijo él) al establo de Belén. Dos becarios del Colegio del Rey, Roberto Ridley y Walter Preston, parientes de Tunstall, obispo de Londres, quienes estaban intencionalmente entre la congregación, anotaron en sus libretas las expresiones imprudentes del prior.

Apenas terminado el sermón la tormenta se desató. "Estas personas no están satisfechas con la propagación de herejías monstruosas", exclamaron sus enemigos, "sino pretenden encontrar defectos en los poderes fácticos. Hoy atacan al cardenal, ¡mañana van a atacar al rey!" Ridley, Preston y otros acusaron a Barnes ante el vice canciller. Todo Cambridge estaba en conmoción. ¡Qué! Barnes el prior agustino, el restaurador de las letras, ¡acusado de ser un wyclifita!... El evangelio fue amenazado por un peligro más temible que una prisión o un patíbulo. Los amigos de los sacerdotes, conociendo la debilidad de Barnes, e incluso su vanidad, esperaban obtener de él una negación que cubriría el partido evangélico de vergüenza. "¿Qué pasa?", le dijeron estos peligrosos consejeros, "la más noble carrera está abierta para usted, ¿y la quiere cerrar?.. No, hombre, póngase a rezar, aclare su sermón". Ellos, alarmados, lo halagaban, y el pobre prior estaba a punto de ceder a sus exigencias. "El próximo domingo leerá usted esta declaración", le dijeron. Barnes echó una hojeada al papel puesto en sus manos, y no vio un gran riesgo en el mismo. Sin embargo, deseaba mostrárselo a Bilney y a Stafford. "Cuidado con estas debilidades", le dijeron estos fieles hombres. Barnes entonces recordó su promesa, y durante una temporada los enemigos del evangelio guardaron silencio.

Sus amigos trabajaron con mayor energía. La trampa de la que uno de sus compañeros apenas había escapado les inspiró un renovado celo. A más indecisión y debilidad mostrada en Barnes, más se refugiaban sus hermanos en Dios con coraje y firmeza. Se les informó, además, que un poderoso aliado venía atravesando el mar, y que las Sagradas Escrituras, traducidas a la lengua vulgar, por fin estarían al alcance de la gente. Dondequiera que se predicaba la Palabra, ahí la congregación era más grande. Era el tiempo de la siembra de la iglesia; todos estaban

⁹⁵ Filipenses 4: 4-7.

ocupados en los campos para preparar la tierra y trazar los surcos. Siete colegios, al menos, estaban en plena efervescencia: Pembroke, San Juan, Queens, King, Caius, Benet y Peterhouse. El evangelio fue predicado en el colegio a los Agustinos, en el de Santa María (la iglesia de la Universidad,) y en otros lugares; y cuando las campanas sonaban a la oración, las calles se avivaban con los estudiantes que salían de los colegios presurosos para escuchar el sermón.

Había en Cambridge una casa llamada el Caballo Blanco, situada en tal forma que se podían colar sin ser vistos por la parte trasera los estudiantes más tímidos de los colegios King, Queens y San Juan. En todas las épocas Nicodemo ha tenido sus seguidores. Aquí, las personas que lo deseaban utilizaban la casa para reunirse a leer la Biblia y las obras de los reformadores alemanes. Los sacerdotes, que veían en Wittenberg el foco de la Reforma, llamaron a esta casa "Alemania"; las personas siempre buscan términos paralelos. Al principio, los frequentadores del Caballo Blanco fueron llamados sofistas, y ahora, cada vez que un grupo de "compañeros" era visto caminando en esa dirección, el grito era: "Ahí van los alemanes hacia Alemania". "No somos alemanes", respondían, "pero tampoco somos romanos". El Nuevo Testamento griego los había hecho cristianos. Las reuniones del Evangelio nunca habían sido tan fervientes. Algunos de ellos asistían para testificar de su nueva vida; otros para recibir lo que Dios había dado a los hermanos más avanzados. El Espíritu Santo les unía a todos, y por lo tanto, por la comunión de los santos, fueron creadas verdaderas iglesias. Para estos jóvenes cristianos la Palabra de Dios era la fuente de tanta luz, que se imaginaban transportados a esa ciudad celestial de la que hablan las Escrituras, donde *no tienen necesidad del sol porque la gloria de Dios los ilumina*. "Así pues, las veces que estuve en compañía de estos hermanos ", dijo un joven estudiante de San Juan , "pensaba que estaba tranquilamente en la nueva gloriosa Jerusalén".⁹⁶

Cosas similares estaban teniendo lugar en Oxford. Entre 1524 y 1525, Wolsey había invitado sucesivamente a varios compañeros de Cambridge, y aunque sólo buscaba a los más capaces, se encontró con que había tomado algunos de los más piadosos. Además de John Clark, estaba Richard Cox, John Fryer, Godfrey Harman, W. Betts, Henry Sumner, W. Baily, Michael Drumm, Th. Lawny, y, por último, el excelente John Fryth. Estos cristianos, asociándose con Clark, con su fiel Dalaber, y con otros evangélicos de Oxford, realizaron reuniones, al igual que sus hermanos de Cambridge, sobre los que Dios manifestó su presencia. Los obispos declararon la guerra al evangelio; el rey los apoyó con todas sus fuerzas, pero la Palabra había ganado la victoria; ya no había ninguna duda. La Iglesia nació de nuevo en Inglaterra.

El gran movimiento del siglo XVI había comenzado más particularmente entre los doctores y los estudiantes más jóvenes de Oxford y Cambridge. Desde ahí era necesario que se extendiera a la gente, y para ese fin el Nuevo Testamento, leído hasta ahora en latín y en griego, debería circular en inglés. Las voces de estos jóvenes evangelistas fueron escuchadas, tanto en Londres como en las provincias; pero sus exhortaciones habrían sido insuficientes si la mano poderosa que dirige todas las cosas no hacía que esta actividad cristiana coincidiera con esa santa

⁹⁶ Becon, ii, p. 426 (Parker Society).

obra a la que Tyndale estaba dedicado en otro lugar distante. Mientras todo era agitación en Inglaterra, las olas del océano estaban llevando desde el continente europeo hasta las orillas del Támesis esas Escrituras de Dios que, tres siglos más tarde, se multiplicarían por miles y por millones, y que se traducirían a un número cada vez mayor de lenguas, emanadas de las mismas riberas hasta los confines del mundo. Si en el siglo XV, e incluso en los primeros años del XVI, el Nuevo Testamento inglés hubiera sido traído a Londres, sólo habría caído en las manos de unos pocos lolardos. Ahora, en todo lugar, en las casas parroquiales, en las universidades y los palacios, así como en las cabañas de los labradores y las tiendas de los comerciantes, había un deseo ardiente de poseer las Sagradas Escrituras. El *fiat lux* estaba a punto de ser pronunciado sobre el caos de la iglesia, y la luz sería separada de las tinieblas por la Palabra de Dios.

LIBRO TRES

El Nuevo Testamento Inglés y la Corte de Roma

CAPÍTULO 1

El año de Gracia

(1526)

La iglesia y el estado son esencialmente distintos. Aunque ambos reciben la tarea de parte de Dios, esa tarea es diferente en cada uno de ellos. La tarea de la iglesia es llevar a los hombres a Dios; la tarea del estado es asegurar el desarrollo terrenal de un pueblo, de conformidad con su carácter peculiar. Hay ciertos límites, trazados por el espíritu particular de cada país, dentro de los cuales el estado debe circunscribirse; en tanto que la iglesia, cuyos límites son la propia extensión de la raza humana, tiene un carácter universal que lo eleva por encima de todas las diferencias nacionales. Estas dos características distintivas deben mantenerse. Un estado que aspira a la universalidad se pierde; una iglesia cuya mente y objetivos son sectarios se viene abajo. Sin embargo, la iglesia y el estado, los dos polos de la vida social, aunque en muchos aspectos son opuestos entre sí, están lejos de excluirse mutuamente de manera absoluta. La iglesia necesita de la justicia, el orden y la libertad que el estado está obligado a mantener; pero

el estado tiene necesidad especial de la iglesia. Si Jesús puede establecer su reino sin los reyes terrenales, los reyes no lo pueden hacer sin Jesús, si quieren que sus reinos prosperen. La justicia, que es el principio fundamental del estado, está frecuentemente encadenada en su progreso por el poder interno del pecado, y como la fuerza no puede hacer nada en contra de este poder, el estado requiere del evangelio con el fin de vencerlo. El país en donde la iglesia sea más evangélica siempre será el más próspero. Como estas dos comunidades se necesitan una de la otra, debemos estar preparados cada vez que una gran manifestación religiosa tiene lugar en el mundo, para ser testigos de la aparición en escena, tanto de las pequeñas como de las grandes manifestaciones del estado. No debemos, entonces, sorprendernos de encontrarnos con Enrique VIII, sino más bien tratemos de apreciar con exactitud el papel que desempeñó.

Si la Reforma, especialmente en Inglaterra, tuvo necesariamente que ser involucrada con el estado, e incluso con el mundo, no se originó ni en el estado ni en el mundo. Hubo mucha mundanalidad en la era de Enrique VIII, las pasiones, la violencia, las festividades, un juicio, un divorcio; y algunos historiadores llaman a eso *la historia de la Reforma en Inglaterra*. No debemos pasar en silencio estas manifestaciones de la vida mundana; aunque están opuestas a la vida cristiana, se encuentran en la historia, y no compete a nosotros eliminarlas. Pero con toda seguridad eso no constituye la Reforma. De un escenario muy diferente fue que procedió la luz divina que se levantó sobre la raza humana.

Decir que Enrique VIII fue el reformador de su pueblo es traicionar con ignorancia la historia. El poder real en Inglaterra se turnaba oponiéndose y favoreciendo la reforma en la iglesia, pero se opuso mucho más de lo que la favoreció. Esa gran transformación comenzó y se extendió por su propia fuerza, por el Espíritu de lo alto.

Cuando la iglesia ha perdido la vida que le es propia, debe ponerse de nuevo en comunicación con su principio creativo, es decir, con la Palabra de Dios. Así como los cubos de agua utilizados en el riego de los prados, tan pronto como descargan sus aguas revitalizadoras, se sumergen de nuevo en la corriente para llenarse de nuevo, así cada generación, vacía del Espíritu de Cristo, debe volver a la fuente divina para ser llenada de nuevo. Las palabras primitivas que crearon la iglesia se han conservado para nosotros en los Evangelios, los Hechos y las Epístolas; y una humilde lectura de estos escritos divinos crearán en todas las épocas la comunión de los santos. Dios es el padre de la Reforma, no Enrique VIII. El mundo visible que entonces relucía con tanto brillo; aquellos príncipes y sus deportes, aquellos nobles, juicios y leyes, lejos de efectuar una reforma, estaban calculados para sofocarla. Pero la luz y el calor vinieron del cielo, y la nueva creación se consumó.

En el reinado de Enrique VIII un gran número de ciudadanos, sacerdotes y nobles poseía ese grado de cultura que favoreció la acción de los libros sagrados. Eso fue suficiente para que esa semilla divina esparcida en la tierra bien preparada se desarrollara hasta completar la obra de germinación.

Un tiempo no menos importante también se acercaba, aquel en el que la acción del papado estaba llegando a su fin. La hora aún no había llegado. Dios estaba primero creando en

por su Palabra una iglesia espiritual, antes de que se rompieran, no sin sus dispensaciones, los lazos que por mucho tiempo habían atado a Inglaterra con el poder de Roma. Fue en su buena voluntad darle primero la verdad y la vida, y luego la libertad. Se ha dicho que si el papa hubiera dado su consentimiento para reformar los abusos y las doctrinas con la condición de seguir conservando su posición, la revolución religiosa no se hubiera visto satisfecha a ese precio, ya que, después de exigir la *reforma*, la siguiente demanda habría sido la *libertad*. El único reproche que se puede hacer a esta afirmación es que es exageradamente cierta. La libertad fue una parte integral de la Reforma, y uno de los cambios requeridos imperativamente fue el de retirarle al papa la autoridad religiosa, y restaurarla a la Palabra de Dios. En el siglo XVI hubo una gran efusión de la vida cristiana en Francia, Italia y España; esto es atestiguado por los mártires innumerables, y la historia demuestra que para transformar a estas tres grandes naciones, todo lo que el Evangelio quería era la libertad. "Si nos hubiéramos puesto a trabajar dos meses más tarde", dijo un gran inquisidor de España que se había teñido de rojo con la sangre de los santos, "habría sido demasiado tarde: España se habría perdido para la iglesia romana". Podemos, por lo tanto, creer que si Italia, Francia y España hubieran tenido algún generoso rey para vigilar a los esbirros del papa, esos tres países, inspirados por el poder renovador de evangelio, habrían entrado en una era de libertad y la fe.

Las luchas de Inglaterra con el papado comenzaron poco después de la difusión del Nuevo Testamento inglés de Tyndale. En consecuencia, la época a la que hemos llegado, nos presenta un panorama ante nuestros ojos, tanto del Testamento de Jesucristo como de la corte de Roma. Así podemos estudiar los hombres (los reformadores y los romanistas) y las obras que produjeron, y llegar a una valoración justa de los dos grandes principios que se disputan la posesión de la autoridad en la iglesia.

Probablemente fue a principios de la primavera de 1526, cuando el Nuevo Testamento en inglés estaba cruzando el mar, y cinco comerciantes hanseáticos piadosos se habían hecho cargo de los libros. Cautivados por las Sagradas Escrituras, ellos habían puesto los libros a bordo de sus barcos, los habían escondido entre su mercancía, y luego se hicieron a la vela desde Amberes hasta Londres.

De manera que, esas preciosas páginas que se acercaban Inglaterra, se convertirían en su luz y en la fuente de su grandeza. Los comerciantes, cuyo celo por desgracia les iba a costar caro, no carecían de precauciones. ¿No había solicitado Cochlaeus que se vigilaran todos los puertos para impedir la entrada de la preciosa carga que traían a Inglaterra? Ellos llegaron y echaron el ancla, bajaron las lanchas para llegar a la playa, ¿qué esperaban encontrar allí? A los agentes de Tonstall, sin duda, y de Wolsey, y de Enrique, ¡listos para confiscar sus Nuevo Testamentos! Atracaron y regresaron rápido al barco; lanchas iban y venían, y el buque era descargado. Ningún enemigo apareció, y nadie parecía imaginar que estos barcos contenían un tesoro tan grande.

Justo en el momento en que esta carga invaluable subía por el río, una mano invisible había dispersado a la guardia preventiva. Tonstall, el obispo de Londres, había sido enviado a

España; Enrique y Wolsey estaban ocupados en asuntos de política exterior con Escocia, Francia y el Imperio. Dios había enviado su ángel, por así decirlo, para deshacerse de los guardias.

Al no ver nada que pudiera detenerlos, los cinco comerciantes, cuyo establecimiento estaba en el Patio de la Romana, junto a la calle Thames, se apresuraron a ocultar su preciosa carga en sus bodegas. Pero, ¿quién los recibirá? ¿Quién se encargará de distribuir estos sagrados libros en Londres, Oxford, Cambridge, y toda Inglaterra? Haberlos cruzado por el mar había sido una empresa no muy difícil. El instrumento principal que Dios estaba a punto de utilizar para su difusión era un humilde siervo de Cristo.

En Honey Lane, una calle estrecha adyacente a Cheapside, estaba la antigua iglesia de Todos los Santos, de la que el Dr. Robert Forman era rector. Su coadjutor era un hombre sencillo, de viva imaginación, delicada conciencia y disposición tímida, pero entregado valientemente a su fe, la misma que lo convertiría en un mártir. Tomás Garret, porque ese era su nombre, después de haber creído en el evangelio, llamó a sus oyentes al arrepentimiento sincero; les advertía que las obras, por muy buenas que sean en apariencia, de ninguna manera pueden justificar al pecador, y que sólo la fe podría salvarlos. Sostenía que todo hombre tiene derecho a predicar la Palabra de Dios, y a los obispos que perseguían a los cristianos les llamó fariseos. Los discursos de Garret, a la vez tan vivificantes y apacibles, atrajeron a grandes multitudes; y a muchos de sus oyentes les pareció que el nombre de la calle en la que predicó fue acertadamente llamada Honey Lane (la calzada de la miel), porque allí se encontraron con *la miel de la peña*.⁹⁷ Pero, además de predicar la fe, Garret estaba a punto de cometer una falta aún más odiosa a los ojos de los sacerdotes. Los comerciantes de Hanse buscaban un lugar seguro donde pudieran almacenar los Nuevos Testamentos y otros libros enviados desde Alemania; el cura coadjutor ofreció su casa, hacia donde sigilosamente transportaron el sagrado depósito, los escondió en los rincones más secretos, y mantenía una severa vigilancia sobre esa biblioteca sagrada. Pero no se limitó a eso; sino que noche y día los estudiaba; tenía reuniones evangélicas, les leía la Palabra y explicaba su doctrina a los ciudadanos de Londres. Por último, no satisfecho con ser a la vez estudiante, bibliotecario, y predicador, se convirtió en comerciante, y comenzó a vender los Nuevos Testamentos a los laicos, incluso a los sacerdotes y monjes, por lo que las Sagradas Escrituras fueron esparcidas sobre todo el reino.⁹⁸ Otros, de quienes no se sabe nada, debieron haberle ayudado decididamente aunque de manera secreta.

Y así la Palabra de Dios, presentada por Erasmo a los doctos en 1516, pudo al fin llegar al pueblo por Tyndale en 1526. En las casas parroquiales y en las celdas monásticas, pero sobre todo en las tiendas y viviendas rurales, una multitud de personas estaba estudiando el Nuevo Testamento. La claridad de las Sagradas Escrituras impactaba a cada lector. Ninguna de las formas sistemáticas o aforísticas del escolasticismo se encontraban allí; fue el lenguaje de la vida

⁹⁷ Salmo 81:16

⁹⁸ Dispersando ampliamente los mencionados libros dentro del reino. Foxe, *Acts*, v, p. 428. Véase también a Strype, *Memorias de Cranmer*, p. 81.

humana que descubrieron en esos escritos divinos; aquí una conversación, allá un discurso; aquí una narración, allá una comparación; aquí un mandamiento, y hay un argumento; aquí una parábola y allá una oración. Pero no todo era doctrina o historia, sino que estos dos elementos juntos hacían un conjunto admirable. Por encima de todo, la vida de nuestro Salvador, tan divina y tan humana, tenía un encanto inefable que cautivó a la gente sencilla. Una obra de Jesucristo explicaba otra, y los grandes hechos de la redención, el nacimiento, la muerte y resurrección del Hijo de Dios, y la venida del Espíritu Santo, se complementaban entre sí. La autoridad de la enseñanza de Cristo, tan fuertemente contrastada con las dudas de los escolares, incrementaba la claridad de sus discursos a sus lectores; porque a mayor certeza de una verdad, más distintivamente afecta a la mente. Las explicaciones académicas no eran necesarias para los nobles, campesinos y ciudadanos. Es para mí, por mí, y de mí que habla este libro, decía la gente. Es a mí a quien conciernen todas estas promesas y enseñanzas. Esta *caída* y esta *restauración*... tienen que ver conmigo. Ya pasé de aquella *muerte* a esta nueva *vida*... Ya sé lo que es la *carne* y el *espíritu*. Esta *ley* y esta *gracia*, esta *fe*, estas *obras*, esta *esclavitud*, esta *gloria*, este *Cristo*, y ese *Belial*... todo ya me es familiar. Es mi propia historia que encuentro en este libro. Así, con la ayuda del Espíritu Santo, cada uno tenía en su propia experiencia de una clave a los misterios de la Biblia. Para entender ciertos autores y ciertos filósofos, la vida intelectual del lector debe estar en armonía con la de ellos; así también debe haber una afinidad íntima con los libros sagrados para penetrar en sus misterios. "El hombre que no tiene el Espíritu de Dios", dijo un reformador, "no entiende ni una jota ni una tilde de la Escritura". Ahora que esta condición se ha cumplido, el Espíritu de Dios se mueve sobre la faz de las aguas.

Esa era la hermenéutica de aquel período en Inglaterra. Tyndale mismo había puesto el ejemplo explicando muchas de las palabras con las que se podría topar el lector. Podemos suponer que algún granjero dijera cuando tomaba el libro: "¡El Nuevo Testamento!, "¿qué es eso de *Testamento*?" Tyndale le contesta en su prólogo: "Cristo mandó a sus discípulos antes de su muerte que publicaran a todo el mundo su *última voluntad*, que es el dar todos sus bienes a todos los que se arrepientan y crean. Les hereda su justicia al borrar sus pecados, su salvación al perdonarles la condenación, y es por eso que el documento se llama el *Testamento* de Jesucristo".

"La *ley* y el *evangelio*", dice algún ciudadano de Londres en su tienda, "¿qué es eso". – "Son dos llaves", responde Tyndale. "La *ley* es la llave que encierra a todos los hombres bajo condenación, y el *evangelio* es la llave que abre la puerta y los deja salir. O, si prefieres, son dos ungüentos. La ley, aguda y penetrante, expulsa a la enfermedad y la mata; mientras que el evangelio, tranquilizador y suave, suaviza la herida y trae vida". Cada uno entendía y leía, o más bien, devoraba las páginas inspiradas; y los corazones de los elegidos (para usar las palabras de Tyndale), ardiendo en el amor de Jesucristo, empezaban a derretirse como cera.

Se notaba que esta transformación tenía lugar hasta en las familias más católicas. William Roper, el yerno de Moro, por haber leído el Nuevo Testamento recibió la verdad. "No tengo más necesidad", dijo, "de la confesión auricular, de vigiliat, o de la invocación a los santos. Los oídos

de Dios están siempre abiertos para escucharnos. Sólo la fe es necesaria para la salvación. Yo creo... y yo soy salvo... Nada me puede privarme del favor de Dios".⁹⁹

Ese joven amable y entusiasta deseaba hacer algo más. "Padre", le dijo él un día a Sir Tomás, "procure obtener para mí del rey, que es muy afecto a usted, una licencia para predicar. Dios me ha enviado a instruir al mundo". Moro se sentía incómodo. ¿Debería esta nueva doctrina que él detestaba, extenderse inclusive a sus hijos? Ejerció toda su autoridad para destruir la obra que había comenzado en el corazón de Roper. "¿Qué?" dijo con una sonrisa, "¿no es suficiente con que nosotros tus amigos sepamos que eres un tonto, para que proclames tu tontería por el mundo? Cierra la boca. No voy a seguir discutiendo este asunto contigo". La imaginación del joven había sido golpeada, pero su corazón no había cambiado. Después de que las discusiones cesaron, se impuso la autoridad del padre, Roper se hizo menos ferviente en su fe, y poco a poco regresó al papado, del que posteriormente sería un celoso campeón.

Ahora bien, Tomás Garret, el humilde cura de Todos los Santos, después de haber vendido el Nuevo Testamento a las personas que vivían en Londres y sus alrededores, y a muchos otros que lo llevarían a las partes más lejanas de Inglaterra, tomó la resolución de introducirlo a la Universidad de Oxford, esa ciudadela del catolicismo tradicional. Allí era donde él había estudiado y sentía hacia esa escuela el afecto que un hijo siente por su madre; hacia allá partió con sus libros. En ocasiones el terror se apoderaba de él, pues sabía que la Palabra de Dios tenía muchos enemigos mortales en Oxford, pero su celo inagotable superó su timidez. En coordinación con Dalaber, sigilosamente ofreció el misterioso libro a la venta, muchos estudiantes lo compraron, y Garret anotó cuidadosamente sus nombres en su registro. Eso fue por el año de 1526.

No era solamente el Nuevo Testamento y otras obras doctrinales, como *La Esclavitud de la Voluntad* de Lutero, lo que Garret y otros estaban haciendo llegar a la gente, sino que otra clase de literatura también empezaba a circular y en poco tiempo se añadiría su testimonio a la verdad, incluso dentro de los muros del Palacio Real. Una mañana, cuando Edmundo Moddis, uno de los mozos de más confianza de la cámara de Enrique, estando presente frente al rey, le habló de los nuevos libros que venían de ultramar. "Si su excelencia", dijo Moddis, "promete perdonarme a mí y a otros ciertos individuos, yo le puedo presentar un libro maravilloso, que está dedicado a su majestad". —"¿Quién es el autor?" —"Un abogado de Gray's Inn llamado Simon Fish, que en la actualidad vive en el continente". —"¿Qué está haciendo allá?" —"Hace unos tres años, el señor Row, un estudiante residente en Gray's Inn, compuso para un teatro privado un drama contra mi señor el cardenal". El rey sonrió, pues cuando era atacado su ministro, su propio yugo parecía aligerarse. "Como no había nadie dispuesto a representar al personaje lo empleó para darle al cardenal una lección", prosiguió el mozo; el maestro Fish valientemente aceptó. La pieza produjo un gran efecto; y mi señor, habiéndole sido informado de esta impertinencia, envió a la policía una noche a detener a Fish. Este último logró escapar, cruzó

⁹⁹ Vida de Moro, p. 134.

el mar, se unió a Tyndale, el autor de algunos de los libros de los que tanto se habla, y, dejándose llevar por el ejemplo de su amigo, compuso el libro del que he estado hablando con vuestra merced" –"¿Cuál es el nombre de ese libro?" –"*La Súplica de los Mendigos*".¹⁰⁰ –"¿Dónde lo viste?" –"Lo tienen dos comerciantes suyos, George Elyot y George Robinson, si su merced lo desea, ellos se lo pueden traer". El rey los citó para una fecha determinada.

El libro había sido escrito para el rey, y todo el mundo lo había leído, menos el rey. En el día señalado, Moddis apareció con Elyot y Robinson, quienes entraron temerosos, ya que podrían ser acusados de proselitismo, incluso en el palacio real.

El rey los recibió en sus apartamentos privados. "¿Qué desean?", les dijo. "Señor", respondió uno de los comerciantes, "nos hemos encontrado con un libro extraordinario que habla de usted". –"¿Puede uno de ustedes hacerme el favor de leerlo". –"Sí, si así le complace a su merced", respondió Elyot. –"Aunque pueden repetir de memoria su contenido", sugirió el rey..... "pero, no, léanlo todo, creo que eso será mejor. Estoy listo".

Elyot comenzó leyendo el título: "LA SÚPLICA DE LOS MENDIGOS".

"A nuestro rey, soberano señor. La más lamentable queja de su situación miserable, la presentan diariamente ante su alteza sus pobres *bedesmen*¹⁰¹, los miserables monstruos espantosos, a quienes difícilmente alguien se atrevería a mirar con horror; esa clase infeliz de leprosos y otras sufridas personas; los necesitados, los impotentes, los ciegos, los cojos y enfermos, que viven sólo de limosnas, cuyo número se incrementa dolorosamente a diario, y a quienes la ayuda de toda la gente de buena voluntad de este su reino no es suficiente para medio sostenerlos, pero que por la mucha restricción que hay mueren de hambre.

"Y esta pestilente desgracia se ha agudizado sobre sus ya mencionados pobres *bedesmen*, por la razón de que, desde los tiempos de vuestros nobles predecesores, se fue colando astutamente en vuestro reino, otra especie diferente, ya no de impotentes, sino de fuertes, poderosos, falsos religiosos, ociosos, mendigos y vagabundos, quienes por la astucia y arte de Satanás se han incrementado, no sólo en un gran número, sino también dentro del reino".

Enrique seguía muy atento. Elyot continuó:

"Estos no son pastores, sino lobos rapaces que se visten con pieles de ovejas para devorar al rebaño: obispos, abades, priores, diáconos, arcedianos, sufragáneos, sacerdotes, monjes, canónigos, frailes, penitenciaros y recolectores de limosnas... Lo mejor de los señoríos son de ellos; feudos, tierras y territorios son suyos. Además de esto, tienen la décima parte de todo el maíz, de los prados, pastizales, rastrojo, madera, potros, terneros, corderos, cerdos, gansos y gallinas. Y por si fuera poco, la décima parte de los salarios de todos los siervos les pertenece, la décima parte de la lana, leche, miel, cera, queso y mantequilla. Las pobres esposas tienen la responsabilidad de darles el diezmo de cada huevo, o de lo contrario ellas pierden sus derechos

¹⁰⁰ Publicado por el año de 1529.

¹⁰¹ Un *bedesman* era una persona contratada para orar a favor de un benefactor.

en la Pascua [como el de la absolución, por ejemplo]..... Al final, ¿cuánto logran juntar en un año? La suma total de 430, 333 y pico de libras esterlinas, cuando en los pasados 400 años no tenían ni un centavo...

"¿Qué súbditos serán capaces de ayudar a su príncipe, después de ver esta encuesta anual actualizada? ¿Qué buenos cristianos pueden ser capaces de socorrer a los pobres leprosos, ciegos, doloridos, y cojos, que así son oprimidos anualmente? Los antiguos romanos nunca hubieran sido capaces de poner todo el mundo entero bajo su obediencia, si hubieran tenido en su casa semejantes especies de buitres holgazanes".

Ningún tema podía ser tan adecuado para cautivar la atención del rey. "Y ¿qué beneficios producen esos tipos codiciosos, robustos ladrones y religiosos ociosos con sus exacciones anuales que se llevan de la gente? En verdad nada, sino que transfieren a ellos mismos todo principado, poder, señorío, autoridad, obediencia y dignidad de vuestra excelencia. Nada, pero todos sus súbditos deben caer en desobediencia y rebelión los sacerdotes conviven en las casas con mujeres; y si va a arruinar a un estado, establecen ahí al papa con sus monjes y clérigos... Envíe a estos lobos rapaces por el mundo para que tengan sus propias esposas, en vez de que vivan con las esposas de otros hombres, y para que se ganen la vida trabajando con el sudor de sus frentes... entonces se incrementarán las riquezas de los comunes; entonces el matrimonio será mucho mejor guardado en dignidad; entonces usted ya no tendrá que compartir vuestra espada, poder, corona, dignidad y obediencia de su pueblo".

Cuando Elyot terminó de leer, el rey se quedó en silencio, sumido en sus pensamientos. La verdadera causa de la ruina del estado le había sido presentada, pero la mente de Enrique no estaba madura para estas importantes verdades. Al fin dijo, de manera incómoda: "Si un hombre que desea derribar una pared vieja, comienza en la parte inferior, me temo que la parte superior le puede caer sobre su cabeza". Así pues, ante los ojos del rey, por atacar a los sacerdotes, Fish estaba perturbando los fundamentos de la religión y la sociedad. Era imperativo hacerle frente a ese malicioso libro.

Durante ese período, Sir Tomás Moro era el campeón literario en Inglaterra. Ya famoso como autor de *Utopía*, ahora producía las *Súplicas de las Almas del Purgatorio*. "Supriman", dicen las almas, "los estipendios piadosos que se pagan a los monjes, y luego vendrá el evangelio de Lutero, el Testamento de Tyndale será leído, la herejía será predicada, se descuidarán los ayunos, los santos serán blasfemados, Dios será ofendido, la virtud será burlada, se dará rienda suelta a los vicios, e Inglaterra se poblará de mendigos y ladrones". Y luego, las Almas del Purgatorio llaman al autor de la Súplica de los Mendigos "gallina, asno, perro loco". Así fue como la superstición degradó al noble genio de Moro. Pero a pesar de los insultos de las almas del purgatorio, el Nuevo Testamento era leído cada día más y más en Inglaterra.

CAPÍTULO DOS

Bautismo de Sufrimiento en Oxford

(1526-1528)

Ya hemos visto cómo el Nuevo Testamento de Tyndale había entrado en Inglaterra por sorpresa a principios de 1526, y cómo en casas parroquiales y celdas monásticas, tiendas y casas particulares su bello mensaje estaba entrando en las almas de las personas. Grandes eran los temores de los obispos. Vieron en la circulación del libro "herético" la más grande amenaza en mil años a su poder. Los evangelistas, quienes pretendían emancipar al hombre de los sacerdotes, y ponerlo en absoluta dependencia de Dios, así estaban minando los cimientos mismos del sistema papal. ¿Qué era necesario hacer?

Wolsey, como el mayor de los dignatarios de la Iglesia, se apresuró a reunir a los obispos, y éstos, en particular Warham de Canterbury y Tunstall de Londres, dieron una atención inmediata y diligente al problema. Igual que Wolsey, ellos creían que la autoridad del papa y del clero era un dogma al que todos los demás estaban subordinados. Vieron en la reforma una sublevación de la mente humana, un deseo de los hombres a pensar por sí mismos y juzgar libremente las doctrinas e instituciones que las naciones hasta entonces habían recibido humildemente de las manos de los sacerdotes. Los nuevos maestros justificaban su intento de emancipación mediante la sustitución de la vieja autoridad por una nueva. Fue el Nuevo Testamento que comprometió el poder absoluto de Roma. Debe ser incautado y destruido, dijeron los obispos. Londres, Oxford y, sobre todo, Cambridge, esas tres guaridas de herejía

deberían ser cuidadosamente investigadas. Las órdenes definitivas se publicaron en febrero de 1528, y los trabajos comenzaron de inmediato.

La primera visita de los inquisidores fue a la calle Honey Lane, a la casa del cura de Todos los Santos. No encontraron a Garret; fueron a buscarlo a la calle de Monmouth y después por toda la ciudad, pero no pudieron encontrarlo. "Se fue a Oxford a vender sus detestables mercancías", les informaron a los inquisidores, y se fueron tras él de inmediato, decididos a quemar al evangelista y sus libros; "el amor de estos santos padres era de un fuego muy ardiente", dice un historiador.

A principios de febrero,¹⁰² Garret estaba vendiendo tranquilamente sus libros en Oxford, y anotando cuidadosamente sus ventas en su registro, cuando dos de sus amigos corrieron a él exclamando: "¡Huye!, o de lo contrario serás llevado ante el cardenal, y de allí... a la Torre". El pobre cura estaba muy agitado. "¿De quién oíste eso?" –"Del maestro Cole, el secretario de la asamblea, que está muy a favor del cardenal". Garret, quien supo de inmediato que el asunto iba en serio, se apresuró a buscar a Anthony Dalaber, quien llevaba el inventario de las Sagradas Escrituras en Oxford, mientras que otros lo siguieron. La noticia se había extendido rápidamente, y los que habían comprado el libro fueron presa de pánico, porque conocían por la historia de los lolardos lo que los clérigos romanistas eran capaces de hacer. Ellos tomaron consejo juntos. Los hermanos, "porque no solamente así se hacían llamar, sino que de hecho eran hermanos en la fe", dice Dalaber, decidieron que Garret debería cambiar su nombre, que Dalaber debería darle una carta para su hermano, el rector de Stalbridge, en el condado de Dorset, que estaba necesitando un cura; y que, una vez en esa parroquia, debería buscar la primera oportunidad para cruzar el mar. El rector era en verdad un "papista de alto rango", dice Dalaber, "después sería el enemigo más mortal que yo nunca había tenido por causa del evangelio"; pero eso no alteró su resolución. Ellos no sabían de algún otro recurso. Anthony le escribió a toda prisa; y Garret inmediatamente dejó Oxford sin ser notado.

Habiendo proporcionado la seguridad para Garret, el siguiente pensamiento de Dalaber fue tomar sus propias medidas. Ocultó cuidadosamente el Testamento de Tyndale en un hueco secreto de su cámara, en el Salón de San Albano, y también las obras de Lutero, de Ecolampadio, y otros escritos de la Palabra de Dios. Luego, disgustado con los sofismas escolásticos que él oyó en ese colegio, se llevó con él el Nuevo Testamento y el Comentario al Evangelio de San Lucas, por Lambert de Avignon, la segunda edición que se acababa de publicar en Estrasburgo, y se dirigió al Colegio de Gloucester, donde tenía la intención de estudiar derecho civil, sin importarle ya nada más lo relacionado a la iglesia.

Durante este tiempo, el pobre Garret seguía su camino hacia Dorsetshire. Su conciencia no podía soportar la idea de que, aunque por un breve periodo de tiempo, el cura de un sacerdote

¹⁰² [Foxe, *Acts*, v, p. 421, da la fecha de estos acontecimientos en "1526, o alrededor de ese año". Sin embargo, la verdadera fecha, verificable de fuentes que no estaban disponibles a Foxe, es 1528. Los documentos adicionales relativos a Garret, están impresos en la edición de Josiah Pratt de los *Hechos y Monumentos*, Apéndice de vol. V.]

fanático tuviera que ocultar su fe, sus deseos, e incluso su nombre. Se sentía más desgraciado, aunque en libertad, de lo que podría haber estado en las cárceles de Wolsey. Es mejor, se dijo a sí mismo, confesar a Cristo ante el tribunal, que aparentemente aprobar las prácticas supersticiosas que detesto. Se adelantó un poco, después se detuvo y luego reanudó su camino. Hubo una feroz lucha entre sus miedos y su conciencia. Por fin, después de un día y medio de estar dudando, su conciencia prevaleció; incapaz de soportar por más tiempo la angustia que sentía, volvió sobre sus pasos, regresó a Oxford donde entró un viernes por la tarde y se acostó tranquilamente en su cama. Era apenas pasada la medianoche cuando los agentes de Wolsey, que habían recibido información de su regreso, llegaron y lo sacaron de su cama y le entregaron al Dr. Cottisford, el comisario de la universidad. Este último lo encerró en una de sus habitaciones, mientras que London, guardia de New College, y Higdon, decano de Frideswide, "dos archipapistas " (como los cronistas les llaman), anunciaron esta importante captura al cardenal. Pensaron que el papado se había salvado por la captura de un pobre cura.

Dalaber, dedicado a la preparación de su nueva habitación en el colegio Gloucester, nada sabía de todo esto. El sábado, al mediodía, después de haber terminado sus arreglos, le echó doble cerrojo a su puerta, y comenzó a leer el Evangelio según San Lucas. De repente oyó que golpeaban la puerta. Dalaber no respondió, no sospechaba de los oficiales del comisario. Luego vino un golpe más fuerte, pero él todavía permaneció en silencio. Inmediatamente después, se produjo un tercer golpe, como si estuvieran azotando la puerta. "Tal vez alguien me necesita", pensó Dalaber. Puso su libro a un lado, abrió la puerta, y para su gran sorpresa, vio Garret, quien, sin poder contener su excitación, exclamaba: "Soy un hombre perdido, porque ya me capturaron!" Dalaber, quien pensó que su amigo estaba con su hermano en Stalbridge, no pudo ocultar su asombro, al tiempo que echaba una mirada inquieta a un desconocido que acompañaba a Garret. Era uno de los empleados de la universidad que había conducido al cura fugitivo a la nueva habitación de Dalaber. Tan pronto como el hombre se fue, Garret contó todo a Anthony: "Al darme cuenta que el Dr. Cottisford y su familia se habían ido a la oración, di vuelta con mi dedo al seguro de la cerradura... y aquí estoy". "¡Ay!, maestro Garret", respondió Dalaber, "¡la imprudencia que cometió al hablar de mí frente a ese joven nos ha arruinado a los dos!" Al oír estas palabras, Garret, cuyo miedo a los sacerdotes se habían recrudecido, ahora con su conciencia más tranquila, exclamó con una voz interrumpida por suspiros y lágrimas: "por el amor de Dios, ¡ayúdeme! ¡Sálveme!" Sin esperar respuesta, se quitó su hábito y la capucha, le pidió a Anthony un abrigo de manga, y así disfrazado, dijo: "Voy a escapar al país de Gales, y desde allí, si es posible, a Alemania".

Garret se detuvo; había algo que hacer antes de irse. Los dos amigos se arrodillaron y oraron juntos, pidieron a Dios para guiara a su siervo a un refugio seguro. Una vez hecho esto, se abrazaron, con los rostros bañados en lágrimas y sin poder articular palabra.

Silencioso en el umbral de su puerta, Dalaber siguió, tanto con los ojos como con los oídos, los pasos de su amigo que se alejaba. Habiendo escuchado que llegaba a la parte inferior de la escalera, volvió a su habitación, cerró la puerta, sacó el Nuevo Testamento, y colocándolo delante de él, leyó en sus rodillas el décimo capítulo del Evangelio de San Mateo, exhalando

continuamente profundos suspiros:.. *Seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa... pero no temáis; hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados*. Habiéndose animado por esta lectura, Anthony, aún de rodillas, oró fervientemente por el fugitivo y por todos sus hermanos: "Oh Dios, por tu Espíritu Santo dota con fuerza celestial a este tierno y recién nacido rebaño de Oxford. La pesada cruz de Cristo está a punto de ser puesta sobre los hombros débiles de tus pobres ovejas. Concede que puedan soportarla con paciencia divina y con celo inquebrantable".

Levantándose de sus rodillas, Dalaber puso a un lado su libro, doblando la capucha y la túnica de Garret, los colocó entre su propia ropa, cerró la puerta de su cuarto, y se dirigió al Colegio Cardenal, (ahora Iglesia de Cristo) para decirle a Clark y a los otros hermanos lo que había sucedido. Ellos estaban en la capilla, pues el servicio de la tarde había comenzado; el decano y los canónigos, con sus trajes completos, cantaban en el coro. Dalaber se detuvo en la puerta escuchando los sonidos majestuosos del órgano ejecutado por Taverner, y las voces armoniosas de los coristas. Ellos estaban cantando el Magnificat: *Engrandece mi alma al Señor... Socorrió á Israel su siervo*. Le pareció a Dalaber que estaban cantando la liberación de Garret. Pero su voz no podía unirse a sus cantos de alabanza. "¡Ay!", exclamó, "todos mis cantos y música se vuelven en suspiros y meditaciones".

Mientras escuchaba, dando la espalda a la entrada del coro, el Dr. Cottisford, comisario de la universidad, llegó con paso apresurado, "con la cabeza descubierta, y tan pálido como la ceniza". Pasó junto a Anthony sin ponerle atención, y yendo directamente al decano parecía que le anunciaba alguna noticia importante y desagradable. "Conozco bien la causa de su dolor", pensó Dalaber mientras observaba cada gesto. El comisario apenas había terminado su informe cuando el decano se levantó, y ambos dejaron el coro con confusión no disimulada. Apenas habían llegado a la mitad de la contra-capilla cuando el Dr. London entró, "resoplando, furioso y sofocado, como un león hambriento y codicioso en busca de su presa". Los tres se detuvieron, se interrogaron entre sí, y deploraron su desgracia. Sus movimientos rápidos y ansiosos indicaban la emoción más viva: London, sobre todo, no pudo contenerse. Atacó al comisario, y lo culpó por su negligencia, por lo que finalmente Cottisford se echó a llorar. "Hechos, no lágrimas", dijo el fanático London, e inmediatamente despachó a agentes y espías a lo largo de todos los caminos.

Anthony, habiendo salido de la capilla se apresuró a buscar a Clark para contarle del escape de su amigo. "Estamos caminando en medio de lobos y tigres", respondió Clark, "preparémonos para la persecución. *Prudentia serpentina et simplicitas columbina* (prudentes como serpientes y sencillos como palomas) tiene que ser nuestro lema. Oh Dios, danos la valentía que estos malos tiempos requieren". Todos en el pequeño rebaño estaban encantados con la liberación de Garret. Sumner y Betts, que había venido, fueron corriendo a contárselo a los demás hermanos en la universidad, y Dalaber se dirigió apresuradamente a Corpus Christi. Todos estos piadosos jóvenes se sentían como soldados de un mismo ejército, viajeros en la misma empresa, hermanos de la misma familia. El amor fraterno no brillaba tanto en ninguna otra parte en los días de la Reforma como entre los cristianos de Gran Bretaña. Esta es una característica digna de notar.

Fitzjames, Udál, y Diet estaban reunidos en las habitaciones de este último en el colegio de Corpus Christi, cuando Dalaber llegó. Compartieron una comida frugal, con la vista baja y las voces entrecortadas, conversando de Oxford, de Inglaterra y de los peligros que pendían sobre ellos. Entonces, levantándose de la mesa, cayeron sobre sus rodillas orando a Dios por ayuda, y se separaron, llevando Fitzjames a Dalaber para el Salón de San Albano. Estaban temerosos de que el empleado de la universidad de Gloucester los hubiera traicionado.

Los discípulos del Evangelio en Oxford pasaron la noche en una gran ansiedad. La huida de Garret, la ira de los sacerdotes, los peligros de la naciente iglesia, el rugido de una tormenta que llenaba el aire y el eco que retumbaba a través de los largos claustros, todo eso los aterraba de manera impresionante. El día del Señor llegó. Dalaber, quien había estado inquieto hasta las cinco de la mañana, se dirigió a su dormitorio en el colegio de Gloucester. Al encontrar las puertas cerradas, saltó por el muro cayó en el lodazal, porque había llovido toda la noche. Mientras deambulaba por la calle solitaria en el oscuro amanecer, mil pensamientos le venían a su mente. Ya se sabía, se decía a sí mismo, que él había tomado parte en la fuga de Garret, que podría ser detenido, y que buscarían vengarse por la huida de su amigo. Agobiado por el dolor y la ansiedad, suspiró profundamente; se imaginó que veía a los enviados de Wolsey exigiendo los nombres de sus cómplices y ordenándole que hiciera una lista de los proscriptos; recordó que en más de una ocasión los crueles sacerdotes habían extorsionado a los lolardos pidiendo los nombres de los hermanos; y, aterrado ante la posibilidad de un crimen como ese, exclamó: "Oh Dios, te prometo que no voy a acusar a nadie... voy a decir solamente lo que es perfectamente bien conocido".

Por fin, después de una hora de angustia, se animó a entrar al dormitorio. Se apresuró a entrar, pero cuando trató de abrir la puerta, se encontró con que la cerradura había sido violada. La puerta se abrió con un fuerte empujón, y, ¡qué escena vieron sus ojos! Su cama estaba volcada, las cobijas esparcidas por el suelo, la ropa revuelta en su armario, su cuarto de estudio roto y abierto. Sin duda que la vestimenta de Garret lo había traicionado; y cuando estaba contemplando este triste espectáculo, un monje, que ocupaba las habitaciones contiguas, se acercó y le contó lo que había ocurrido: "El comisario y dos gendarmes, armados con espadas y con papeles legales, abrieron tu puerta en medio de la noche. Perforaron tu cama de paja detalladamente para asegurarse de que Garret no se ocultaba allí; buscaron cuidadosamente cada rincón y esquina, pero no encontraron ningún rastro del fugitivo". Al oír estas palabras Dalaber respiró de nuevo... pero el monje no había terminado. "Tengo órdenes", añadió, "para enviarte con el prior". Anthony Dunstan, el prior, era un monje fanático y avaro, y la confusión en la que cayó Dalaber por este mensaje fue tan grande, que así como estaba lleno de lodo, se dirigió a las habitaciones de su superior.

El prior, que estaba de pie, con el rostro hacia la puerta, miró a Dalaber de pies a cabeza tan pronto como él entró "¿Dónde pasó usted la noche?", le preguntó. "En el Salón de San Albano con Fitzjames". El prior, con un gesto de incredulidad continuó: "¿No estaba el maestro Garret con usted ayer?" —"Sí." —"¿Dónde está ahora?" —"No lo sé". Durante este interrogatorio, el prior había observado un gran anillo con doble chapa de plata en el dedo de Anthony, con las

iniciales A.D. "Muéstrame eso", dijo el prior. Dalaber le dio el anillo, y el prior creyendo que era de oro macizo, lo puso en su propio dedo, y agregó con una sonrisa burlona: "Este anillo es mío, porque lleva mi nombre. La letra A es de *Anthony*, y la D de *Dunstan*". —"Ojalá", pensó Dalaber, "que pueda deshacerme pronto de su compañía, así como estoy seguro me voy a deshacer de mi anillo".

En este momento el jefe de policía, con dos o tres hombres de la comisaría, entraron y se llevaron a Dalaber a la capilla del colegio Lincoln, donde tres figuras de mal agüero estaban de pie junto al altar: eran Cottisford, London y Higdon. "¿Dónde está Garret", preguntó London, y señalando su ropa desordenada, continuó: "Sus zapatos y prendas de vestir cubiertas de lodo demuestran que usted ha estado fuera toda la noche con él. Si usted no nos dice a dónde se lo llevó se le enviará a la Torre". —"Sí", agregó Higdon, "a la *suavecita* [una de las mazmorras más horribles de la prisión], y ahí será torturado, ¿me oyó?" Luego, los tres clérigos pasaron dos horas tratando de hacer que el joven confesara, halagándolo con promesas y con amenazas terribles, pero todo fue inútil. Después de eso, ante una señal del comisario, los oficiales procedieron, y los jueces lo subieron por una estrecha escalera que conducía a una gran sala situada encima de la cámara de la comisaría. Ahí, Dalaber fue privado de su bolso y cinturón, y sus piernas fueron puestas en el cepo, de modo que sus pies estaban casi tan altos como su cabeza. Una vez hecho esto, los tres ministros reverentemente se fueron a escuchar misa.

Habiendo quedado solo en esa terrible posición, Dalaber recordó la advertencia que Clark le había dado dos años atrás. Gimió profundamente y clamó a Dios: "¡Oh Padre, que mi sufrimiento sea para tu gloria y para la consolación de mis hermanos! Pase lo que pase, nunca voy a acusar a uno de ellos". Después de esta noble promesa, Anthony sintió un aumento de paz en su corazón; pero un nuevo dolor estaba reservado para él.

Garret, que había tomado camino hacia el suroeste con la intención de llegar a Gales, fue capturado en Bedminster, cerca de Bristol. Fue traído de nuevo y echado en el calabozo en el que Dalaber había sido colocado después de su tortura. Sus presentimientos sombríos se estaban cumpliendo a cabalidad.

De hecho, Wolsey estaba profundamente irritado al ver a su Colegio [Iglesia de Cristo], del que se había propuesto hacer "el más glorioso en el mundo", convertido en una guarida de herejía, y los jóvenes que había escogido con tanto cuidado eran los distribuidores del Nuevo Testamento. Al favorecer la literatura, había tenido como objetivo el triunfo del clero, pero, por el contrario, la literatura estaba sirviendo para el triunfo del evangelio. Emitió sus órdenes sin demora, y la universidad se llenó de terror. John Clark, John Fryth, Henry Sumner, William Betts, Richard Tavener, Richard Cox, Michael Drumm, Godfrey Harman, Thomas Lawney, Radley, y otros más del Colegio del Cardenal; Udal, Diet y otros del Corpus Christi; Edén y varios de sus amigos del Magdalena; Goodman, William Bayley, Robert Ferrar, John Salisbury, de los colegios Gloucester, Barnard, y Santa María; todos ellos fueron capturados y encarcelados. Wolsey les había prometido la gloria, pero les dio una mazmorra, esperando de esta manera salvaguardar el poder de los sacerdotes, y reprimir ese despertar de la verdad y la libertad que se extendía desde el continente a Inglaterra.

Abajo del Colegio del Cardenal había un profundo sótano hundido en la tierra, en el que el mayordomo almacenaba el pescado salado. A ese agujero, estos jóvenes, los elegidos de Inglaterra, fueron arrojados. La humedad de la cueva, el aire viciado que respiraban, el horrible olor del pescado, afectaron seriamente a los presos, de por sí ya debilitados por el estudio. Sus corazones estaban henchidos de lamentos, su fe zarandeada, y las escenas más tristes seguían una a la otra en esta sucia mazmorra. Los miserables cautivos se miraban el uno al otro, lloraban y oraban. Esta era una prueba saludable para ellos: "¡Ay", dijo Fryth en varias ocasiones, "Veo que además de la Palabra de Dios, en efecto, hay un segundo purgatorio... pero no es el inventado por Roma, es la cruz de la tribulación en la que Dios nos ha clavado".

Por fin, los presos fueron sacados de uno en uno y llevados ante los jueces; solamente dos fueron puestos en libertad. El primero fue Betts, que después sería capellán de Ana Bolena, al no encontrarse ningún libro prohibido en su cuarto, y él defendió su causa con gran talento. El otro fue Taverner, quien había escondido los libros de Clark bajo la tarima de un cuarto de la escuela, donde fueron descubiertos, pero su amor al arte lo salvó; "¡Bah!, él es sólo un músico", dijo el cardenal.

Todos los demás fueron condenados. Un gran fuego se encendió en la parte más alta de Carafax, en el centro de Oxford; ahí tuvo lugar una larga procesión, y estos desafortunados hombres fueron exhibidos cada uno llevando su hato de leña. Cuando llegaron cerca de la hoguera, fueron obligados a lanzar en ella los libros heréticos que se habían encontrado en sus habitaciones, después de lo cual los llevaron de nuevo a su maloliente prisión. Parecía haber un placer bárbaro al tratar tan vilmente a estos hombres jóvenes y generosos. En otros países también Roma se preparaba para sofocar en las llamas los genios más nobles de Francia, España e Italia. Así fue la recepción que dio el papado a las epístolas y al evangelio en el siglo XVI. Todos los árboles frutales de Dios debe ser sacudidos por el viento, aun a riesgo de ser desarraigados; y si sólo reciben los suaves rayos del sol, no hay razón para temer que se sequen y se marchiten antes de que produzcan fruto. *Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo.* Así, un día iba a florecer la verdadera iglesia en Inglaterra; la persecución no era más que el preludio de este florecimiento.

Pero tenemos que volver a poner nuestra atención a la gran cantidad de confesores de la fe en otra ciudad universitaria.

CAPÍTULO TERCERO

Los Rigores del Papismo

(1526-1528)

Oxford y Cambridge, que compartían por igual las glorias del "nuevo conocimiento" en los primeros días de los Tudor, y que fueron profundamente conmovidos por las enseñanzas de la reforma, eran semejantes también en su experiencia de la persecución. Fue en 1526 que los partidarios de la reforma de Cambridge recibieron su bautismo de sufrimiento.

A principios de febrero de ese año, dos de los agentes de Wolsey, el Dr. Capon, uno de sus capellanes, y Gibson, un sargento de armas, conocido por su arrogancia, dejaron Londres para ir a Cambridge. La sumisión, era la clave del papado. "Sí, sumisión", respondían por todos los rincones de la cristiandad los hombres de fe sincera y de profunda comprensión, "sumisión a la autoridad legítima contra el que el catolicismo romano se ha rebelado". De acuerdo con sus puntos de vista, el tradicionalismo y el pelagianismo de la iglesia romana habían establecido la supremacía de la razón caída en oposición a la supremacía divina de la Palabra y la gracia. El aparente y externo sacrificio de sí mismo que el catolicismo romano imponía, como el de la obediencia a un confesor o al papa, la penitencia arbitraria, las prácticas ascéticas y el celibato,

sólo servía para crear una ilusión en cuanto a la preservación egoísta de una personalidad pecaminosa, y así fortalecerse y perpetuarse. Cuando la Reforma proclamó la libertad, que hasta entonces tenía que ver con las ordenanzas de invención humana, fue con el objetivo de traer el corazón y la vida del hombre a la sujeción de su Soberano real. El reino de Dios estaba comenzando, el de los sacerdotes tenía que llegar a su fin. Ninguno puede servir a dos señores. Tales eran las verdades importantes que amanecieron gradualmente sobre el mundo, y que Wolsey y un sinnúmero de otros pensaban que era necesario extinguir sin demora.

El día después de su llegada a Cambridge, Capon y Gibson fueron a la Casa de Convocatoria, donde varios de los doctores conversaban entre sí. Su aparición provocó cierta ansiedad entre los espectadores que miraron a los extraños con desconfianza. De repente, Gibson avanzó, puso su mano sobre Barnes, y lo arrestó en presencia de sus amigos. Estos últimos estaban asustados, y esto era lo que quería el sargento. "¡Qué!", dijeron, "el prior de los Agustinos, el restaurador de las letras en Cambridge, ¡detenido por un sargento!" Esto no fue todo. Los agentes de Wolsey procedieron a apoderarse de los libros provenientes de Alemania juntamente con sus propietarios; Bilney, Latimer, Stafford, Arthur y sus amigos, todos fueron encarcelados por poseer el Nuevo Testamento. Treinta miembros de la universidad fueron señalados como sospechosos, y algunos miserables desdichados que habían sido sobornados por los inquisidores se ofrecieron mostrarles el lugar de cada habitación donde estaban escondidos los libros prohibidos. Pero mientras se hacían los preparativos necesarios para esta búsqueda, Bilney, Latimer y sus colegas, siendo advertidos a tiempo, consiguieron sacar los libros, no sólo por las puertas, sino por las ventanas, incluso por los tejados, y se preguntaban ansiosos donde conseguir un lugar seguro para ocultarlos.

Apenas estaban terminando con ese trabajo, cuando el rector de la universidad, el sargento de armas, el capellán de Wolsey, los procuradores y los informantes comenzaron sus rondas. Abrieron la primera habitación, entraron, buscaron, y no encontraron nada. Pasaron a la segunda, no había nada. El sargento se quedó asombrado, y se enojó. Al llegar a la tercera habitación, corrió directamente al lugar que había sido señalado, y seguía sin encontrar nada. Lo mismo ocurrió en todas partes, nunca estuvo el inquisidor más mortificado. No se atrevió a poner las manos sobre las personas de los doctores evangélicos; sus órdenes eran llevarse los libros y a sus propietarios. Pero como no se encontraron los libros, no puede haber ningún preso. Afortunadamente había un hombre (el prior de los agustinos) contra el que había cargos particulares. El sargento se comprometió a compensar su infructuoso trabajo a costa de Barnes.

Al día siguiente, Gibson y Capon partieron hacia Londres con Barnes. Durante este desagradable viaje, el prior, visiblemente angustiado, en momentos desafiaba a toda Inglaterra, y en momentos temblaba como una hoja de árbol. Al fin, el viaje había terminado; el capellán dejó a su prisionero en la casa de Parnell, cercada con troncos. Tres estudiantes (Coverdale, Goodwin y Field) habían seguido a su maestro para animarlo con muestras de tierno afecto.

El jueves (8 de febrero) el sargento condujo a Barnes al palacio del cardenal en Westminster, el maltrecho prior, cuyo entusiasmo había dado paso al abatimiento, esperó todo el día antes de que pudiera ser recibido. ¡Qué día! ¿Es que nadie vendrá en su ayuda? El doctor

Gardiner, secretario de Wolsey, y Fox, su mayordomo, ambos viejos amigos de Barnes, pasaron por la galería al atardecer, y se acercaron al prisionero, quien les rogó que procuraran una audiencia con el cardenal. Cuando llegó la noche, estos oficiales introdujeron al prior a la habitación donde su amo estaba sentado, y Barnes, como era costumbre, cayó de rodillas ante él. "¿Es este el doctor Barnes a quien se le acusa de herejía?", preguntó Wolsey a Fox y a Gardiner en un tono altanero. Ellos respondieron afirmativamente. El cardenal luego se dirigió a Barnes, que seguía de rodillas, y le dijo con ironía y no sin razón: "¿Qué?, maestro doctor, ¿no tiene suficiente material en las Escrituras para enseñar a la gente; sino que mis zapatos de oro, mis hachas, mi pilares, mis cojines de oro, mis cruces, le ofenden tanto que hasta nos ha convertido en el *ridiculum caput*, el hazmerreír de la gente? Aquel día fuimos nosotros escarnecidos. En verdad era un sermón más apto para ser predicado en un escenario que en un púlpito, porque al último me dijo que yo llevaba un par de guantes de color *rojo*... ¿Eh?, ¿qué piensa usted, maestro doctor". Barnes, con el deseo de eludir estas preguntas embarazosas, respondió vagamente: "He hablado nada más que la verdad de las Escrituras, de acuerdo a mi conciencia y de acuerdo a los antiguos doctores". En seguida presentó al cardenal una declaración de su enseñanza.

Wolsey recibió los documentos con una sonrisa: "¡Ajá!", dijo él mientras contaba las seis hojas. "Percibo que intenta apoyar sus artículos y mostrar sus conocimientos". – "Por la gracia de Dios", dijo Barnes. Luego Wolsey comenzó a leerlos, y se detuvo en el sexto artículo, que decía así: "Nunca voy a creer que un hombre pueda, por la ley de Dios, ser obispo de dos o tres ciudades, y menos de todo un país, porque es contrario a lo que San Pablo dijo: *por esta causa te dejé, para establecer en cada ciudad un obispo*". Barnes no citó correctamente el texto, porque el apóstol dice: "*para establecer ancianos en cada ciudad*".¹⁰³ Wolsey estaba disgustado con esa tesis: "¡Ah! esto me atañe", dijo: "¿Cree usted que es un error (viendo las ordenanzas de la iglesia) que un obispo deba tener varias ciudades bajo su jurisdicción?" – "No sé de ninguna ordenanza de la iglesia con relación a esto", respondió Barnes, "yo sólo me limito a decir lo que Pablo escribe".

Aunque esta controversia interesaba al cardenal, el ataque personal del que se quejaba lo tocó con más intensidad. "Bien," dijo Wolsey; y luego, con una condescendencia difícil de esperar en un hombre tan orgulloso como él, se dignó casi a justificarse a sí mismo. "Usted me acusa de hacer exhibiciones propios de un rey, pero ¿no entiende que, al estar llamado a representar a su Majestad, debo esforzarme por estos medios para infundir terror en los malos?" – "No es lo pomposo de sus exhibiciones o sus hachas lo que salvará a la persona del rey", respondió Barnes valientemente, "... Dios lo salvará, porque dijo: *Por me Reges regnan*." (Por mí reinan los reyes). Barnes, en lugar de beneficiarse por la bondad del cardenal al aparentar una justificación humilde, como Colet anteriormente había hecho con Enrique VIII, se atrevió a predicar un segundo sermón en su cara. Wolsey sentía que el color se le encendía en las mejillas.

¹⁰³ Tito 1:5

"Bueno, señores", dijo, volviéndose a Fox y Gardiner, "¡lo han oído! ¿Es este el hombre sabio y culto del cual me hablaron?"

Al oír estas palabras, tanto el mayordomo como el secretario cayeron de rodillas, diciendo: "Desearíamos que su señoría fuera benévolo con él, seguramente se va a reformar" – "¿O, no sabe", dijo Wolsey a Barnes, "que soy *Legatus de latere*, y que tengo la facultad de administrar en todas las cuestiones relativas a la religión dentro de este reino, al mismo nivel del papa?" Barnes respondió: "Yo sé que es así". – "Usted se va a someter a nosotros y vamos a hacer todas las cosas para su bien y para el bien de la universidad". Él respondió: "Agradezco a su gracia por su buena voluntad, me seguiré apoyando en la Sagrada Escritura, el libro de Dios, de acuerdo al simple talento que Dios me ha concedido" – "Bueno", respondió Wolsey, "sus conocimientos serán probados a lo máximo, y se le aplicará la ley". Dio órdenes para que fuese llevado a la Torre, pero Gardiner y Fox ofrecieron convertirse en sus fiadores, y Wolsey le permitió pasar la noche en la casa del maestro Parnell. Pasó la mayor parte de la noche escribiendo, y no pudo dormir. Al día siguiente lo llevaron a la sala capitular de Westminster para ser reexaminado ante Islip, abad de Westminster, y otros diversos obispos. Sus jueces pusieron delante de él una larga declaración y le dijeron: "Prometa leer este artículo en público, sin omitir ni añadir ni una sola palabra". Entonces se lo leyeron. "Primero muerto", fue su respuesta". ¿Va a abjurar o ser quemado vivo?", dijeron sus jueces; "tome su decisión". La alternativa era terrible. Pobre Barnes, presa de la angustia más profunda, se estremeció ante la idea de la hoguera, y luego, de repente, su coraje revivió, y exclamó: "Prefiero que me quemen antes que negar mi fe". Gardiner y Fox hicieron todo lo posible para convencerlo. "Escuche a la razón", dijeron con astucia, "sus artículos son verdaderos; esa no es la cuestión. Queremos saber si con su muerte va a dejar que triunfe el error, o si usted prefiere seguir viviendo para defender la verdad, cuando vengan mejores tiempos".

Le suplicaron, le propusieron los motivos más plausibles; de vez en cuando le recordaban las terribles palabras: ¡quemado vivo! Su sangre se congeló en sus venas; ya no sabía qué decir o hacer... Le colocaron un papel delante de él y le pusieron una pluma en la mano; su cabeza le daba vueltas, firmó su nombre con un profundo suspiro. Este infeliz hombre estaba destinado en un período posterior a ser un testigo fiel de Jesucristo, pero aún no había aprendido a "resistir hasta la sangre". Barnes había caído.

A la mañana del domingo siguiente un espectáculo solemne estaba preparando en San Pablo. Antes del amanecer había mucho movimiento en la prisión del pobre prior, y a las ocho en punto, el caballero mariscal con sus alguaciles y el director de la prisión Fleet con sus actuarios, condujeron a Barnes a San Pablo, junto con cuatro de los comerciantes de Hanse que primeramente habían llevado a Londres el Nuevo Testamento de Jesucristo en inglés. El quinto de estos comerciantes piadosos llevaba una inmensa vela en las manos de cinco libras de peso. Una búsqueda perseverante había descubierto que se trataba de esos hombres con los que Inglaterra estaba en deuda por el tan temido libro; sus almacenes fueron rodeados y sus personas arrestadas. En la parte superior de las escalinatas de la iglesia de San Pablo había una plataforma y en la plataforma un trono, y en el trono, el cardenal vestido de escarlata. Sobre su cabeza

brillaba la mitra de la que Barnes había hablado tan mal; a su alrededor habían treinta y seis obispos, abades, priores y todos sus doctores, vestidos de damasco y satén; la gran catedral estaba llena. El obispo de Rochester subió a un púlpito que estaba colocado en la parte superior de las escaleras; Barnes y los comerciantes, cada uno llevando una carga de leña, fueron obligados a arrodillarse y a escuchar un sermón destinado a curar a esas pobres criaturas del gusto por la insurrección en contra del papismo que comenzaba a difundirse por todas partes. Terminado el sermón, el Dr. Barnes fue obligado a declarar que había sido tratado más amablemente de lo que merecía, y pidió perdón por sus herejías. Una vez hecho esto, el cardenal tomó su lugar bajo un magnífico dosel, se dirigió junto con su escolta de obispos hacia las puertas de la catedral, montó en su mula y se marchó. Después de esto, Barnes y sus cinco compañeros caminaron tres veces alrededor de una hoguera encendida frente a una cruz en la puerta norte de la catedral. El abatido prior, con la cabeza baja, se arrastraba en vez de caminar. Después de la tercera vuelta, los prisioneros arrojaron sus haces de leña a las llamas; algunos libros "heréticos" también fueron arrojados al fuego; y después de que el obispo de Rochester hubo dado la absolución a los seis penitentes, éstos fueron conducidos de nuevo a la prisión para que siguieran allí durante el tiempo que se le antojara al señor cardenal. Barnes no podía llorar ahora, la idea de su recaída y de las consecuencias que por su culpa podría acarrear su ejemplo, lo había privado de toda energía moral. En el mes de agosto fue sacado de la cárcel y confinado en el monasterio agustino.

Barnes no era el único hombre en Cambridge sobre quien el golpe había caído. Desde el año 1520, un monje llamado Richard Bayfield había estado como residente en la abadía de San Edmundo de Bury. Su afabilidad deleitaba a todos los viajeros. Un día, cuando participaba como chambelán en la recepción de Barnes, que había venido a visitar al Dr. Ruffam, su compañero de estudios en Lovaina, dos hombres entraron en el monasterio. Ellos eran personas piadosas y de gran estima en Londres, donde se ocupaban en la fabricación de ladrillos, y habían llegado a ser los guardianes de su gremio. Sus nombres eran Maxwell y Stacy, hombres "bien injertados en la doctrina de Cristo", dice el historiador, y que por sus conversaciones y vidas ejemplares habían llevado a muchos al Salvador. Acostumbrados a viajar una vez al año a través de los condados para visitar a sus hermanos y extender el conocimiento del evangelio, solían hospedarse, de acuerdo a las costumbres de la época, en los monasterios y abadías. Pronto surgió una conversación entre Barnes, Stacy, y Maxwell que impactó al hermano seglar. Barnes, que había observado su interés, al salir del monasterio le dio un Nuevo Testamento en latín, y los dos ladrilleros le agregaron un Nuevo Testamento en inglés junto con *El Rico Malvado* y *La Obediencia del Cristiano*. El hermano seglar corrió y escondió los libros en su celda y durante dos años los leyó constantemente. Por fin lo descubrieron y lo reprendieron, pero él valientemente confesó su fe. Tras esto, los monjes le echaron en la cárcel, lo pusieron en el cepo, le pusieron una mordaza en la boca y le azotaron cruelmente para evitar que siguiera hablando de la gracia. El infeliz Bayfield permaneció nueve meses en esta condición.

Cuando Barnes repitió su visita a Bury en un período posterior, no encontró al amable chambelán a las puertas de la abadía. A petición suya se enteró de su condición, e

inmediatamente tomó medidas para procurar su liberación. El Dr. Ruffam vino en su ayuda: "Démelo a mí", le dijo Barnes, "yo me lo llevaré a Cambridge". El prior de los Agustinos en ese tiempo era tenido en gran estima; se le concedió su petición, con la esperanza de llevar de nuevo a Bayfield a las doctrinas de la iglesia. Pero ocurrió todo lo contrario, porque las relaciones con los hermanos de Cambridge fortalecieron la fe del joven monje. De pronto su felicidad se desvaneció. Barnes, su amigo y benefactor, fue llevado a Londres, y los monjes de San Edmundo de Bury, alarmados por el ruido creado por este asunto, le exhortaron a que regresara a la abadía. Pero Bayfield, resuelto a no someterse más al yugo, se fue a Londres y permaneció escondido con Maxwell y Stacy. Un día, después de haber salido de su escondite, estaba cruzando la calle Lombard, cuando conoció a un sacerdote llamado Pierson y otros dos religiosos de su orden, con los que entró en una conversación que les escandalizó enormemente. "Tienes que salir inmediatamente", le dijeron Maxwell y Stacy a su regreso. Bayfield recibió una pequeña suma de dinero de parte de ellos, abordó un barco, y tan pronto llegó al continente se apresuró a encontrarse con Tyndale.

Durante este tiempo, escenas de naturaleza muy diferentes de los que había tenido lugar en Cambridge, pero no menos desgarradoras, estaban pasando en Oxford. La tormenta de la persecución hacía estragos allí con más violencia que en Cambridge. Clark y los demás confesores del nombre de Cristo aún estaban confinados en la prisión subterránea. El aire que respiraban, el alimento que comían (solamente pescado salado), la sed ardiente que esto les provocaba, los pensamientos que agitaban sus mentes, todo se combinaba para aplastar a estos hombres de noble corazón. Sus cuerpos se marchitaban día a día; vagaban como espectros de arriba abajo en su celda sombría. Aquellas animadas discusiones en la que las cuestiones profundas de entonces eran debatidas en la convulsionada cristiandad de manera tan elocuente, tocaban a su fin; ellos eran como sombras en medio de la oscuridad. Sus ojos huecos y ojerosos proyectaban miradas vagas entre unos y otros, y después de mirarse por un momento pasaban de largo sin hablar. Clark, Sumner, Bayley y Goodman, consumidos por la fiebre, débilmente se arrastraban, apoyándose en las paredes de los calabozos. El primero de ellos, que también era el de mayor edad, no podía caminar sin la ayuda de alguno de sus compañeros de prisión. Pronto fue incapaz de moverse, y se quedó tendido sobre el suelo húmedo. Los hermanos se reunieron en torno a él, trataron de descubrir en sus funciones cardiovasculares si la muerte no estaba presta a acortar los días de quien había llevado a muchos al conocimiento de Cristo. Le repitieron despacio las palabras de la Escritura, y luego se arrodillaron a su lado y pronunciaron una oración ferviente.

Clark, sintiendo que su fin estaba cerca, pidió la comunión. Los carceleros transmitieron su solicitud a su jefe, el ruido de los pernos de pronto se escuchó, y un custodio, caminando en medio del desconsolado grupo, pronunció un cruel ¡no! Al oír esto, Clark miró hacia el cielo, y exclamó con un padre de la iglesia: *Crede et manducasti* (por la fe habéis comido). Estaba absorto en sus pensamientos; contemplando al Hijo de Dios crucificado, por la fe comió y bebió la carne y la sangre de Cristo, y experimentó en su vida interna la acción fortalecedora del

Redentor. Los hombres pueden negarle la hostia, pero Jesús le había dado su cuerpo, y desde aquel momento se sintió fortalecido por una unión viviente con el Rey de los cielos.

No solamente Clark descendió al valle de sombras: Sumner, Bayley, y Goodman se hundían rápidamente. La muerte, el habitante sombrío de esa fatídica prisión, había tomado posesión de estos cuatro amigos. Sus hermanos enviaron solicitudes nuevas al cardenal, que en ese tiempo estaba muy ocupado en negociaciones con Francia, Roma y Venecia. Sin embargo, encontró la forma para dedicar un poco de tiempo a los mártires de Oxford, y justo cuando estos cristianos oraban por sus cuatro compañeros moribundos, el comisario llegó les informó que "su señoría, en su gran bondad, permite a los enfermos ser llevados a sus propias viviendas". Trajeron camillas en las que colocaron a los hombres moribundos y se los llevaron a sus habitaciones; las puertas de esta mazmorra espantosa se cerraron una vez más a las personas cuyas vidas aún no había atacado.

Era a mediados de agosto de 1528. Los miserables hombres que habían pasado seis meses en el sótano fueron transportados en vano a sus dormitorios y sus camas; varios miembros de la universidad ineficazmente trataron con sus cuidados y su tierna caridad de volverlos a la vida. Era demasiado tarde. Los rigores del papado habían matado a estos nobles testigos. La proximidad de la muerte pronto los traicionó; su sangre se heló, sus extremidades se adormecieron, y sus ojos oscurecidos sólo buscaban a Jesucristo, su esperanza eterna. Clark, Sumner, y Bayley murieron en la misma semana. Goodman los siguió muy de cerca.

Esta catástrofe inesperada suavizó a Wolsey. Él era cruel sólo en cuanto a su interés y la seguridad que la iglesia requería. Temía que la muerte de tantos jóvenes aumentara la opinión pública en su contra, o que estas catástrofes dañaran su colegio; tal vez hasta un poco de sentimiento de humanidad pudo haber tocado su corazón. "Pongan a los demás en libertad", escribió a sus agentes, "pero con la condición de que no se alejen más de diez millas de Oxford". La universidad hizo suya la causa de estos jóvenes que parecían pálidas tumbas vivientes, demacrados, débiles, con pasos vacilantes. En aquel tiempo no eran hombres notables; sino que era su juventud la que tocaba los corazones de los espectadores; pero con el paso de los años todos ellos ocuparían lugares prominentes en la iglesia. Ellos eran: Cox, quien sería el obispo de Ely y también tutor de Eduardo el Príncipe Real, Drumm, que bajo Cranmer se convirtió en uno de los seis predicadores de Canterbury; Udal, después maestro de las escuelas de Westminster y de Eton; Salisbury, decano de Norwich y después obispo de Sodor y Man, y quien en toda su riqueza y grandeza a menudo recordaba su prisión espantosa en Oxford como un título de gloria; Ferrar, después capellán de Cranmer, luego obispo de San David, y mártir hasta la muerte después de un intervalo de treinta años; Fryth, amigo de Tyndale, a quien esta liberación resultó sólo un retraso, y varios otros. Cuando ellos salieron de su terrible calabozo, sus amigos corrieron hacia ellos, les ayudaron en sus pasos vacilantes y se abrazaron en medio de un mar de lágrimas. Fryth salió de la universidad poco después y se fue a Flandes. Así fue la tempestad que asoló tan terriblemente a Oxford. Pero la calma no sería de larga duración; una circunstancia inesperada se convirtió en un peligro para la causa de la Reforma.

CAPÍTULO CUATRO

La Tempestad en Contra de la Verdad

(1526)

En 1526 se perturbó la tranquilidad del rey de Inglaterra Enrique VIII, no solamente por la circulación ilegal del Nuevo Testamento que provenía del continente, sino por un comunicado que recibió de Martín Lutero. La carta que, por consejo del rey de Dinamarca Christian II, este reformador le había escrito en septiembre de 1525, se había extraviado. El doctor de Wittenberg, no sabiendo de esto, se atrevió a publicarla y le envió una copia al rey. "Se me ha informado", dice Lutero, "que su Majestad está comenzando a favorecer al evangelio, y con el disgusto que ha provocado la perversa persecución contra él en su noble reino... Es cierto que, según la Escritura, *los reyes de la tierra toman consultan unidos contra el Señor*, y no podemos, por lo tanto, esperar que ellos favorezcan a la verdad. ¡Cómo deseo fervientemente que este milagro se pueda lograr en la persona de Su Majestad!".

Ya nos imaginamos la ira de Enrique al leer esta carta. "¿Y ahora qué? ¿Este monje apóstata se atreve a imprimir una carta dirigida a nosotros, sin haberla siquiera enviado, o al menos sin saber si alguna vez lo hemos recibido? Y como si eso no fuera suficiente, insinúa que estamos entre sus partidarios él ha ganado también a uno o dos desgraciados, nacidos en nuestro reino, y los comprometió a traducir el Nuevo Testamento al inglés, añadiendo ciertos prefacios y glosas venenosas". Así habló Enrique. La idea de que su nombre se asociara con la del monje de Wittenberg le subió la sangre a la cara. Él respondería con su autoridad real a semejante imprudencia desvergonzada. Llamó inmediatamente a Wolsey. "Aquí", le dijo,

señalando un pasaje relativo al prelado, "¡aquí! Lea lo que dice de usted". Y luego leyó en voz alta: *Illud monstrum et publicum odium Dei et hominum, cardinalis Eboracensis, pestis illa regni tui*. ¿Se da cuenta, mi señor?, usted es ese *monstruo*, un objeto de *odio* tanto a Dios como al hombre, ¡la plaga de mi reino!" Hasta ese momento, el rey había permitido a los obispos que hicieran que quisieran, mientras él se mantenía neutral. Pero ahora estaba decidido a dejar de ser neutral y comenzar una cruzada contra el evangelio de Jesucristo; pero primero debía responder a esa carta impertinente. Consultó con Sir Tomás Moro, se encerró en sus aposentos y le dictó a su secretario una réplica al reformador: "Usted se siente avergonzado del libro que ha escrito en mi contra", dijo. "Yo le aconsejo que se avergüence de todos sus escritos. Ellos están llenos de errores y frenéticas herejías repugnantes, y son apoyados por la obstinación más audaz. Su pluma venenosa se burla de la iglesia, insulta a los padres, abusa de los santos, desprecia a los apóstoles, deshonra a la santa virgen, y blasfema contra Dios, haciendo de él el autor del mal..... Y después de todo eso, dice que es un autor como no hay otro en el mundo".

"Usted ofrece publicar un libro en mi alabanza..... ¡le estoy agradecido! Usted me va a alabar más al abusar de mí; me deshonoraría más allá de toda medida si me alabara. Digo con Seneca: Es tan vergonzoso ser alabado por el vil, como si estuviera elogiado por bajezas".

Esta carta, escrita por *el rey de los ingleses al rey de los herejes*, se distribuyó inmediatamente a través de Inglaterra ligada a la epístola de Lutero.¹⁰⁴ Enrique, mediante su publicación, puso a sus súbditos en guardia contra los infieles traductores del Nuevo Testamento, que además estaban a punto de ser quemados por todas partes. "Las uvas parecen hermosas", dijo, "pero ten cuidado con mojarle los labios con el vino de ellas, porque el adversario ha mezclado su veneno en él".

Lutero, perturbado por esta ruda lección, trató de excusarse. "Me dije a mí mismo, *el día tiene doce horas*. ¿Quién sabe?, tal vez pueda encontrar una hora de suerte para ganar al rey de Inglaterra. Por lo pronto, he dejado mi humilde epístola a sus pies, pero, ¡ay!, los cerdos la han desgarrado. Estoy dispuesto a guardar silencio... pero en cuanto a mi doctrina, no puedo imponer silencio en ella. Debe gritar, debe morder. Si algún rey se imagina que puede hacer que me retracte de mi fe, es un soñador. Mientras tenga una gota de sangre en mi cuerpo, voy a decir ¡NO! Emperadores, reyes, el diablo, e incluso todo el universo, no me pueden asustar en cuanto la fe se refiere. Quiero estar orgulloso, muy orgulloso, sumamente orgulloso. Si mi doctrina no tuviera otros enemigos que el rey de Inglaterra, el duque Jorge, el papa y sus aliados, todas estas burbujas de jabón... con una pequeña oración hace tiempo que hubiéramos prevalecido sobre ellos. ¿Dónde están ahora Pilatos, Herodes, Caifás? ¿Dónde están Nerón, Domiciano y Maximiliano ¿¿Dónde están Arrio, Pelagio, y Manes? ¿Dónde están? Ahí donde todos nuestros escribas y todos nuestros tiranos estarán también muy pronto. ¿Y Cristo? Cristo es el mismo de siempre.

¹⁰⁴ [La fecha de la publicación parece haber sido en febrero de 1527].

"Durante mil años las Sagradas Escrituras no habían brillado en el mundo con tanto resplandor como ahora. Yo espero en paz mi última hora, he hecho lo que he podido. ¡Oh!, príncipes, mis manos están limpias de sangre, pero caerá sobre sus propias cabezas".

Sumiso ante la realeza suprema de Jesucristo, Lutero habló así confiadamente al rey Enrique, quien competía por los derechos de la Palabra de Dios.

Pero una carta escrita contra el reformador no era suficiente para los obispos. Aprovechando la herida que Lutero había infligido a la autoestima de Enrique, lo presionaron para acabar con esta revuelta del entendimiento humano que amenazaba (como lo afirmaron) tanto al papado como a la monarquía. Y dieron comienzo a la persecución. Latimer fue citado ante Wolsey, pero por su sabiduría y compostura fue pronto dejado libre. Bilney también, que había recibido la orden de Londres de no predicar las *doctrinas de Lutero*. "No voy a predicar las doctrinas de Lutero, si hay alguna en particular que sea de él", dijo, "pero puedo y debo predicar la doctrina de Jesucristo, aunque Lutero también la predique". Y finalmente Garret, conducido a la presencia de los jueces, fue invadido por el terror, y cedió ante las crueles amenazas del obispo. Cuando restauró su libertad, huyó de un lugar a otro, tratando de ocultar su dolor y para escapar del despotismo de los sacerdotes, esperando el momento en el que debía dar su vida por Jesucristo.

Los adversarios de la Reforma no estaban aún satisfechos. El Nuevo Testamento continuó circulando y se formaron depósitos de libros en varios conventos. Barnes, preso en el monasterio agustino de Londres, había recuperado su valor, y amaba su Biblia cada vez más. Un día, a finales de septiembre, cuando tres o cuatro de sus amigos estaban leyendo en su habitación, llegaron dos sencillos campesinos, John Tyball y Thomas Hilles, naturales de Bumpstead en Essex. "¿Cómo llegaron ustedes al conocimiento de la verdad?", les preguntó Barnes. Ellos sacaron de sus bolsillos algunos viejos volúmenes que contenían los evangelios y algunas de las epístolas en inglés. Barnes se los devolvió con una sonrisa. "Esto no es nada", les dijo, "en comparación con la nueva edición del Nuevo Testamento", una copia de la cual los dos campesinos compraron por tres chelines y dos peniques. "Ocultenlo cuidadosamente", les recomendó Barnes. Cuando esto llegó a oídos del clero, Barnes fue trasladado a Northampton para ser quemado en la hoguera; pero se las arregló para escapar; sus amigos informaron que se había ahogado, y mientras se hacía una búsqueda minuciosa durante toda una semana a lo largo de la costa, secretamente se embarcó en un buque que lo llevó hasta Alemania. "El cardenal puede atraparlo ahora mismo", dijo el obispo de Londres, "no importa la cantidad de dinero que pueda costar". Cuando Barnes supo de esto, comentó: "Yo soy un simple pobre desgraciado, no vale la pena los diez centavos que darán por mí. Además, si me queman, ¿qué van a ganar con ello?... El sol y la luna, el fuego y el agua, las estrellas y los elementos, y también las piedras servirán para defender esta causa en contra de ellos, *en lugar de que la verdad se pierda*". La fe había vuelto al débil corazón de Barnes.

Su escape añadió leña a la ira del clero. Proclamaron a lo largo y ancho de Inglaterra, que las Sagradas Escrituras contenían un *veneno infeccioso*, y ordenaron una búsqueda general de la Palabra de Dios. El 24 de octubre de 1526, el obispo de Londres ordenó a sus arcedianos

confiscar todas las traducciones del Nuevo Testamento en inglés con o sin glosas, y, unos días más tarde, el arzobispo de Canterbury emitió un mandato contra todos los libros que pudieran contener "cualquier partícula del Nuevo Testamento". El primado recordó que una chispa es suficiente para encender un gran fuego.

Al enterarse de esta orden, William Roy, un escritor sarcástico, publicó una sátira violenta, en la que figuraba Judas (Standish), Pilatos (Wolsey), y Caifás (Tonstall). El autor exclama con energía:

Dios, en su bondad, no escatimó morir,
para librar al hombre de la condenación mortal;
su voluntad es que sepamos perfectamente
lo que Él ha hecho por nuestra salvación.
¡Oh, cruel Caifás! lleno de conspiración astuta,
¿Cómo te atreves a emitir un juicio falso
para quemar la Palabra de Dios, el santo Testamento?

Los esfuerzos de Caifás y sus colegas eran realmente inútiles; los sacerdotes estaban llevando a cabo un trabajo superior a sus fuerzas. Si por alguna terrible revolución todas las formas sociales deben ser destruidos en el mundo, la iglesia viva de los elegidos, una institución divina en medio de las instituciones humanas, seguiría existiendo por el poder de Dios, como una roca en medio de la tempestad, y que transmitirá a las generaciones futuras las semillas de la vida y de la civilización cristiana. Es lo mismo con la Palabra, la cual es el principio creativo de la iglesia. No puede perecer aquí abajo. Los sacerdotes de Inglaterra tenían mucho que aprender sobre este tema.

Mientras que los agentes del clero estaban llevando a cabo el mandato arzobispal, y una búsqueda despiadada del Nuevo Testamento se estaba llevando a cabo por todas partes, desde Worms una nueva edición acababa de salir de la imprenta, era de un tamaño más pequeño y más portátil, y en consecuencia más riesgosa. El libro fue impreso por Christopher Eyndhoven de Amberes, y lo había enviado a sus corresponsales en Londres. El disgusto de los sacerdotes llegó al extremo, y Hackett, el agente de Enrique VIII para los Países Bajos, de inmediato recibió la orden de llevar a este hombre al castigo. "No podemos dictar sentencia, sin una investigación al respecto", dijeron los lores de Amberes". Por lo tanto, vamos a tener que traducir el libro al flamenco" –"¡Dios no lo quiera!", dijo Hackett alarmado. "¡Qué! ¿Desean también que de este lado del océano se traduzca este libro al idioma de la gente?" –"Bueno, entonces", dijo uno de los jueces, menos consciente que sus colegas, "que el rey de Inglaterra nos envíe una copia de cada uno de los libros que ha quemado, y nosotros los quemaremos de igual manera". Hackett escribió a Wolsey solicitando los libros, y tan pronto como llegaron, la corte se reunió de nuevo. El abogado de Eyndhoven pidió al fiscal señalar las herejías contenidas en el volumen. El margrave

(un oficial del gobierno imperial) se declaró incompetente, y le dijo a Hackett: "¡Me doy por vencido en esta tarea!" La acusación contra Eyndhoven fue desechada.

Así fue como la Reforma despertó en Europa el espíritu dormido de la ley y la libertad. Al emancipar el pensamiento del yugo del papado, preparó el camino para otras emancipaciones, y mediante la restauración de la autoridad de la Palabra de Dios, trajo de vuelta el reinado de la ley entre las naciones largamente presas de pasiones turbulentas y del poder arbitrario. Luego, como en todos los tiempos, la sociedad religiosa precedió a la sociedad civil, y se dieron estos dos grandes principios del orden y de la libertad, los cuales el papado se propuso anular. No fue en vano que los magistrados de la ciudad flamenca, iluminados por el primer amanecer de la Reforma, sentaran un noble ejemplo; los ingleses, que eran muy numerosos en los pueblos hanseáticos, así recobraron las libertades civil y religiosa, que es el derecho consagrado de Inglaterra, y en los años posteriores compartirían con otras naciones las lecciones que tanto se necesitaban.

"Pues bien", dijo Hackett, quien estaba molesto porque ellos habían puesto la ley por encima de la voluntad de su amo, "voy a ir a comprar todos estos libros y voy a enviarlos al cardenal para que sean quemados". Con estas palabras, salió de la corte. Pero con su ira en evaporación, pasó por Malinas a quejarse con el regente y su consejo por la decisión tomada en Amberes. "¡Qué!", les dijo, "ustedes castigan a los que hacen circular dinero falso, y no castigan aún más severamente a quien acuña ese dinero, en este caso, el impresor". "Pero eso es sólo el punto en disputa", respondieron. "No estamos seguros de que el dinero sea falso" –"¿Cómo puede ser de otra manera?", respondió el agente de Enrique, "ya los obispos de Inglaterra lo han declarado así". El gobierno imperial, que no era muy favorable a las disposiciones de Inglaterra, ratificó la absolución de Eyndhoven, pero permitió a Hackett quemar todas las copias del Nuevo Testamento que pudiera confiscar. Él se apresuró a tomar ventaja de esta concesión, y se lanzó la caza de las Sagradas Escrituras, mientras que los sacerdotes salieron con entusiasmo en su ayuda. En su opinión, así como en el de sus colegas ingleses, la decisión suprema en materia de fe no correspondía a la Palabra de Dios, sino a la palabra del papa, y el mejor medio de garantizar este privilegio del pontífice era reducir la Biblia a cenizas.

A pesar de estas pruebas, el año 1526 fue una experiencia inolvidable para Inglaterra. El Nuevo Testamento en inglés se había distribuido desde las orillas del Canal hasta las fronteras de Escocia, y el Reforma se había iniciado en esa isla por la Palabra de Dios. El avivamiento del siglo XVI en los demás países no fue tanto el resultado de un mandato real, como en Inglaterra. Pero Dios, que había difundido las Escrituras sobre Gran Bretaña, desafiando a los gobernantes de la nación, estaba a punto de hacer uso de sus atributos para eliminar las dificultades que se oponían al triunfo final de sus planes. Aquí entramos a una nueva fase en la historia de la Reforma; y después de haber estudiado la obra de Dios en la fe de los más pequeños, procedemos a contemplar la obra del hombre en las intrigas de los poderosos de la tierra.

CAPÍTULO CINCO

Los Dilemas del Divorcio

(1526-1527)

Wolsey, mortificado por no haber sido capaz de obtener el trono pontificio al que tan ardientemente había aspirado, y estando especialmente irritado por la mala voluntad de Carlos V, fraguó un plan que, totalmente insospechado por él, iba a conducir a la emancipación de Inglaterra del yugo papal. "Se ríen de mí y me mandan a la segunda fila", había exclamado. "¡Que así sea! Voy a crear una confusión tal en el mundo como no se había visto durante mucho tiempo..... lo haré, ¡aunque Inglaterra tenga que ser absorbida en la tempestad!" Deseando que hubiera un odio imperecedero entre Enrique VIII y Carlos V, se había propuesto destruir el matrimonio que Enrique VII y Fernando el Católico había planeado con el propósito de unir para siempre sus familias y sus coronas. Su odio a Carlos no era su único motivo. Catalina le había reprochado su vida disoluta, y él había jurado vengarse. No puede haber ninguna duda sobre la participación de Wolsey en esta trama.¹⁰⁵ "Los *primeros términos* del divorcio fueron

¹⁰⁵ [Merle d'Aubigné presenta un caso razonable para relacionar a Wolsey como el autor de la propuesta de divorcio, pero algunos historiadores modernos no están de acuerdo con sus puntos de vista y sus conclusiones. Uno de ellos, atinadamente dice que casi la única afirmación que se puede hacer sobre este asunto, sin temor a contradecir otras opiniones, es el hecho de que Enrique VIII, poco después de su ascensión al trono, se casó con

presentados por mí", le dijo al embajador francés. "Lo hice", agregó, "para provocar una separación duradera entre las casas de Inglaterra y Borgoña". Los escritores mejor informados del siglo XVI, de los partidos más opuestos, como Pole, Polidoro Virgilio, Tyndale, Meteren, Pallavicini, Sanders, y Roper, éste último yerno de Moro, todos están de acuerdo en señalar a Wolsey como el instigador del tan famoso divorcio. Él deseaba ir todavía más lejos, y después de inducir al rey a repudiar a su reina, esperaba prevalecer sobre el papa para deponer al emperador. No fue la pasión del rey por Ana Bolena, como muchos de los fabulistas romanistas han repetido, sino la pasión de un cardenal por la triple corona lo marcó la señal de la emancipación de Inglaterra. La ofensa al orgullo es uno de los principios más activos de la naturaleza humana.

El plan de Wolsey era extraño y difícil de ejecutar, pero no imposible. Enrique, al parecer vivía en los mejores términos con Catalina; en más de una ocasión Erasmo había hablado de la familia real de Inglaterra como el modelo de las virtudes domésticas. Pero el deseo más ardiente de Enrique no se había cumplido: no tenían un hijo varón, y los que la reina le había dado habían muerto en su infancia, sólo María había sobrevivido. Las muertes de estos pequeñitos, que en todo momento son desgarradoras, lo fueron más particularmente en el palacio de Greenwich. A Catalina le pareció que la sombra del último Plantagenet, inmolado en el altar de su matrimonio, había salido para acechar a cada uno de los herederos del trono de Inglaterra que ella había dado a luz, y para llevárselos a su tumba.¹⁰⁶ La reina lloraba casi sin cesar, e imploró la misericordia divina, mientras que el rey maldecía su triste destino. La gente parecía compartir el dolor de la familia real, y los hombres de ciencia y santidad (Longland estaba entre ellos) se habían declarado en contra de la validez del matrimonio. Dijeron que "las dispensas papales no tienen ninguna fuerza cuando están en oposición a la ley de Dios." Sin embargo, hasta ese momento Enrique habían rechazado toda idea de un divorcio.

Los tiempos habían cambiado desde 1509. El rey parecía que amaba genuinamente a Catalina, su carácter reservado, su nitidez y dignidad le habían encantado. Ávido de placer y de aplausos, estaba encantado de ver a su esposa que se contentaba con ser una testigo silenciosa de sus alegrías y de sus triunfos. Pero poco a poco la reina iba madurando, su solemnidad española había aumentado, se multiplicaron sus prácticas devocionales, y también sus enfermedades, que eran cada vez más frecuentes, habían dejado al rey sin esperanza de tener un hijo. A partir de entonces, aunque sin dejar de alabar sus virtudes, Enrique se volvió frío hacia su persona, y su amor se fue transformando en repudio. Y entonces pensó que la muerte de sus hijos podría ser una señal de la ira de Dios. Esta idea que se había apoderado de él, lo llevó a ocupar recámaras separadas de la reina.

Wolsey juzgó que el momento era propicio para iniciar el ataque. Fue en los últimos meses de 1526 cuando llamó a Longland, obispo de Lincoln y confesor del rey, y, ocultando su

Catalina de Aragón, viuda de su hermano. Los lectores que deseen explorar la cuestión no tendrán dificultad en encontrar historias, antiguas y modernas, que presentan opiniones muy contrastadas.]

¹⁰⁶ [Se refiere a la muerte de Warwick, véase cap. 10].

motivo principal, le dijo: "Usted sabe la angustia de su majestad. La estabilidad de su corona y su salvación eterna parecen estar ambas en riesgo. ¿A quién puedo abrir mi corazón, si no es a usted que debe conocer los secretos más íntimos de su alma?" Los dos obispos decidieron advertir a Enrique sobre los peligros ocasionados por su unión con Catalina; pero Longland insistió en que Wolsey debería dar los primeros pasos.

El cardenal esperó al rey, y le recordó sus escrúpulos antes de los esponsales; exageró en aquellos que eran el entretenimiento de la nación, y hablando con calidez inusual, suplicó al rey que ya no debía permanecer en tal peligro: "La santidad de su vida y la legitimidad de su sucesión están en juego". —"Mi buen padre", dijo Enrique, "usted haría bien en tener en cuenta el peso de la piedra que se ha echado a cuestras. La reina es una mujer de una vida tan ejemplar que no tengo ningún motivo para separarme de ella".

El cardenal no se consideró vencido, tres días después se presentó ante el rey acompañado por el obispo de Lincoln. "Altísimo príncipe", dijo el confesor, que se sintió lo suficientemente valiente como para hablar después del cardenal, "usted no puede, como Herodes, tener a la mujer de su hermano. Le exhorto y le conjuro, puesto que estoy al cuidado de su alma, que someta esta cuestión a los jueces competentes". Enrique accedió, y tal vez no de mala gana.

No era suficiente para Wolsey separar a Enrique del emperador, sino que debía, para mayor seguridad, unirlo a Francisco I. El rey de Inglaterra repudiaría a la tía de Carlos V para luego casarse con la hermana del rey de Francia. Orgulloso del éxito que había obtenido en la primera parte de su plan, Wolsey entró en la segunda. "Hay una princesa", le dijo al rey, "cuyo nacimiento, gracia y talento encantan a toda Europa. Margarita de Valois, hermana del rey Francisco, es superior a todas las de su estirpe, y no hay nadie más digna de vuestra alianza". Enrique respondió que se trataba de un asunto serio que requería un examen deliberado. Sin embargo, Wolsey puso en las manos del rey un retrato de Margarita, y se ha pensado que, incluso en privado, causó en ella sentimientos profundos. Sea como fuere, al enterarse la hermana de Francisco I que estaba designada para ser la futura reina de Inglaterra, se rebeló ante la idea de tomar de una mujer inocente una corona que se había ganado tan noblemente. "La hermana del rey francés sabe demasiado de Cristo como para dar su consentimiento a tal perversidad", dijo Tyndale. Margarita de Valois respondió: "No quiero oír de un matrimonio que se efectuó a expensas de la felicidad y la vida de Catalina de Aragón". Poco tiempo después, el 24 de enero de 1527, la hermana de Francisco I se casó con Enrique d'Albert, rey de Navarra.

Enrique VIII, deseoso de tener más información con respecto a la sugerencia de sus favoritos, comisionó a Fox, su ministro de bienestar social, a Pace, decano de San Pablo, y Wakefield, profesor de hebreo en Oxford, para que estudiaran los pasajes de Levítico y Deuteronomio que se referían al matrimonio con la esposa del hermano. Wakefield, que no tenía ningún deseo de inmiscuirse, le preguntó a Enrique si estaba a favor o en contra del divorcio. Pace le respondió a este hebraísta servil que el rey no quería saber nada más que la verdad.

Pero, ¿quién iba a dar el primer paso en público en una empresa tan delicada? Todos se echaron para atrás; el terrible emperador los atemorizaba. Fue un obispo francés el que se aventuró a dar ese paso; y es que los obispos presentaban este asunto del divorcio, con la misma

violencia de los obispos que reprochaban la Reforma. Enrique, deseoso de excusar Wolsey, pretendió después explicar que las objeciones del prelado francés habían precedido a las de Longland y del cardenal. En febrero de 1527, Francisco I había enviado una embajada a Londres, a la cabeza de la cual estaba Gabriel de Grammont, obispo de Tarbes, con la intención de pedir la mano de María de Inglaterra. Los ministros de Enrique, al haber preguntado si el matrimonio de Francisco con la reina viuda de Portugal no se oponía a la petición de la comisión que el obispo francés representaba, éste último contestó: "Yo voy a preguntar a su vez qué se hizo para eliminar los impedimentos que se oponían al matrimonio del cual la princesa María es el resultado". Ellos presentaron ante el embajador la dispensa de Julio II, por él se las regresó, diciendo que la bula no era *suficiente*, viendo que ese matrimonio estaba prohibido *jure divino*, y agregó: "¿Tiene su rey inglés un evangelio diferente del nuestro?"

El rey, al oír estas palabras (como él mismo nos informa), se llenó de temor y temblor. ¡Tres de los obispos más respetados de la cristiandad lo acusaban al unísono de incesto! Empezó a hablar de esto con ciertos individuos: "Los escrúpulos de mi conciencia se han incrementado terriblemente desde que el obispo habló de este asunto frente a mis consejeros con palabras sumamente crudas". No hay ninguna razón para creer que estos terribles problemas de los cuales el rey hablaba eran una mera invención de su parte. Una disputa por la sucesión podría sumir de nuevo a Inglaterra en una guerra civil. Incluso si no surgieran pretendientes al trono, ¿no estaría viendo el pueblo una casa rival si, por ejemplo, el príncipe francés se casara con la hija de Enrique para que reinara sobre Inglaterra? El rey, en su angustia, recurrió a su autor favorito, Tomás de Aquino, y este *ángel de las escuelas* declaró su matrimonio ilegal. En seguida Enrique abrió la Biblia y se encontró con esta amenaza contra el hombre que toma a la esposa de su hermano: "¡Él no tendrá hijos!" La advertencia aumentó su problema, ya que no tendría heredero. En medio de esta oscuridad una nueva perspectiva se abrió ante él. Su conciencia podría ser liberada, y su deseo por tener una mujer más joven se podría hacer realidad, ¡y hasta podría tener un hijo!..... El rey resolvió dejar el caso a una comisión de abogados, y esta comisión pronto escribió volúmenes de conclusiones.

Durante todo este tiempo Catalina, que no sospechaba nada malo, se ocupada en sus tareas devocionales. Su corazón, herido por la muerte de sus hijos y por la frialdad del rey, buscó consuelo en la oración, tanto en privado como en la capilla real. Se levantaba a medianoche y se arrodillaba sobre las piedras frías, y nunca perdía ninguno de los servicios canónicos. Pero un día (probablemente en mayo o junio de 1527) alguna persona autorizada le informó de los rumores que circulan en la ciudad y en la corte. Llena de ira y de espanto, y bañada en lágrimas, se apresuró a ir ante el rey, y se dirigió a él con las quejas más amargas. Enrique trataba de calmarla mediante vagas promesas, pero el insensible Wolsey, no menos perturbado con la emoción de Catalina que su amo, con una sonrisa en los labios le dijo que se trataba de "una breve tragedia".

La esposa ofendida no perdió tiempo; era necesario que el emperador fuera informado sin demora, sin dudas, y con precisión sobre este insulto sin precedentes. Una carta no sería suficiente, aún cuando no fuera interceptada. Por lo tanto, Catalina decidió enviar ante su sobrino

a su sirviente español Francisco Felipe, y para ocultar el objeto de su viaje, procedieron, después de la *tragedia*, jugar una *comedia* al estilo español. "Mi madre está enferma y desea verme", dijo Felipe. Catalina le rogó al rey que rechazara la petición de su sirviente, y Enrique, adivinando la estratagema, resolvió emplear un truco frente al truco de ellos. "La petición de Felipe es muy justa", respondió él, y Catalina, *en consideración a su esposo*, accedió a su partida. Mientras tanto, Enrique había dado órdenes de que, "a pesar de cualquier salvoconducto, el dicho Felipe debe ser arrestado y detenido en Calais, pero de tal manera que nadie debe saber de dónde procede la detención."

No tenía caso que la reina disimulara su culpabilidad; una flecha envenenada le había atravesado el corazón, y sus palabras, sus modales, sus quejas, sus lágrimas, los numerosos mensajes que envió a diferentes lugares y personas, traicionaron el secreto que el rey deseaba todavía ocultar. Sus amigas la culparon de esta publicidad; los hombres se preguntaban qué diría Carlos cuando se enterara de la angustia de su tía, temían que la paz fuera quebrantada; pero Catalina, cuyo corazón estaba "partido en dos", no se inmutó por consideraciones diplomáticas. Su dolor no hizo mella en Enrique; a los dos motivos que lo hacían estar ansioso por un divorcio, es decir, los escrúpulos de su conciencia y el deseo de un heredero, ahora se añadía un motivo aún más fuerte. Una mujer estaba a punto de jugar un papel importante en los destinos de Inglaterra.

CAPÍTULO SEIS

Ana Bolena

(1522-1527)

Por el año 1522, o posiblemente un poco antes, Ana Bolena había regresado de la corte de Francia. Es probable que ella tuviera poco más de quince años de edad.¹⁰⁷ Los historiadores tienen puntos de vista muy diferentes acerca de sus encantos, pero cuando apareció en la corte inglesa una contemporánea suya poco amigable se vio obligada a confesar que ella eclipsó a sus compañeras "por su excelente gesticulación y por su comportamiento". Su principal atractivo parece haber estado en sus ojos, que se describen como "negros, hermosos y de gran efecto". Cranmer, unos diez años más tarde, encontró su apariencia muy impresionante, cuando ella "se sentó sobre su pelo" (parece que en las grandes ocasiones aparecía con el pelo cayendo sobre sus hombros) sobre un carruaje, ricamente ataviada en su coronación.

Ana Bolena llevó a la corte inglesa los modales finos y la conducta de la corte de Francia. Pero lo más importante, como los acontecimientos posteriores lo mostrarán, también trajo algo de la influencia que le llegó a través de Margarita de Angulema, hermana del rey de Francia. Esta agraciada mujer se hizo famosa por el apoyo y la protección que concedió a los defensores y

¹⁰⁷ [La fecha de nacimiento de Ana Bolena es incierto. 1501 y 1507 son las fechas que se mencionan. El lugar de su nacimiento fue probablemente Blickling Hall, Norfolk. Posteriormente vivió en el castillo de Hever, Kent. Su padre le permitió acompañar a María Tudor, la hermana de Enrique VIII, a Francia, en el matrimonio de la princesa con Luis XII en 1514. Al permanecer en la corte francesa después de la muerte de Luis en 1515, sirvió a la reina Claudia, la esposa de Francisco I, durante varios años, por lo que entró en contacto con Margarita de Valois, mejor conocida como Margarita de Angulema, o Margarita de Navarra].

predicadores de la doctrina y práctica de la reforma. Es probable que, antes de que Ana saliera de Francia, había empezado a leer, sin comprender a fondo, el libro sagrado en el que Margaret encontró consuelo y reposo, y que le proyectó una poca luz e inspiró pensamientos para ese "sublime Emmanuel" a quien ella dirigió tan bellos versos.

Entre los jóvenes de la nobleza de la casa del cardenal, estaba Lord Percy, el hijo mayor del conde de Northumberland. Mientras Wolsey se ocupaba en conferenciar con el rey, Percy acostumbraba visitar las habitaciones de la reina, donde pasaba tiempo entre sus damas. Pronto sintió una pasión sincera por Ana, y la joven dama de honor, que había estado indiferente a los galanteos de los caballeros de la corte de Francisco, respondió a las afecciones del heredero de Northumberland. Los dos jóvenes se entregaron a los ensueños de una vida tranquila, elegante y feliz en sus nobles castillos del norte, pero esos sueños estaban destinados a ser de corta duración.

Wolsey odiaba a los de Norfolk, y en consecuencia a los Bolena. Fue para contrarrestar su influencia que él había sido presentado por primera vez en la corte. Por lo tanto, se enojó cuando vio a uno de su casa demandando la mano de la hija y sobrina de sus enemigos. Además, ciertos partidarios de los clérigos acusaban a Ana de simpatizar con la Reforma. Un día, cuando Percy estaba reunido con el cardenal, éste se dirigió a él con rudeza: "Estoy maravillado ante la locura de que usted quiera tratar por su cuenta a esa chica sin el consentimiento de su padre o del rey. Le ordeno que rompa relaciones con ella". Percy se echó a llorar y rogó al cardenal que defendiera su causa. "Yo le conjuro a no recurrir más a su compañía", fue la fría respuesta de Wolsey, después de lo cual se levantó y salió de la habitación.¹⁰⁸ Al mismo tiempo, Ana recibió una orden similar para salir de la corte. Orgullosa y atrevida, y atribuyendo su desgracia al odio de Wolsey, al abandonar el palacio exclamó: "Me vengaré por este insulto". Pero apenas se estaba acomodando en las salas góticas del castillo de Hever, cuando una noticia aún más angustiante la abrumó. Percy se había casado con Lady María Talbot. Ella lloró amargamente por mucho tiempo, y juró contra el joven noble que la había despreciado un odio igual al del cardenal. Ana estaba reservada para un destino más ilustre, pero a la vez más infeliz.

Mientras la vida en la corte de Enrique VIII era perturbada por estos supuestos pequeños incidentes sin trascendencia, un extraño rumor sorprendió a toda Inglaterra. Se informó que los soldados imperialistas de Carlos V habían tomado Roma por asalto, y que el papa era un prisionero en su propia ciudad.

¹⁰⁸ [En la evidencia de la *Vida de Wolsey* de Cavendish (escrito entre 1554 y 1557) se creyó durante mucho tiempo que ya en 1523 Wolsey había descubierto que los ojos de Enrique se volvían complacientes hacia la joven dama de honor, y que esto lo indujo a frustrar el amor de Percy, pero ahora se ha demostrado de manera concluyente que Enrique tenía muy diferentes motivos. Tomás Bolena, padre de Ana, tenía un reclamo de ciertos bienes irlandeses a través de su madre, pero se le oponía firmemente un miembro de la familia Butler que vivía en Irlanda. Esto se prestó para que Enrique buscara una reconciliación entre las familias rivales, y qué mejor, pensó, que efectuar un matrimonio entre Ana y Sir James Butler. Ella con el tiempo podría convertirse en Lady Ormonde y vivir en el Castillo de Kilkenny. Pero el matrimonio nunca se realizó, tal vez la propia Ana se negó a aceptarlo].

Poco después, el papa y los cardenales cautivos escribieron cartas "llenas de lágrimas y lamentos". Lleno de celo por el papado, Wolsey ordenó un ayuno público. "El emperador nunca dejará libre al papa, a menos que alguien lo obligue", le dijo al rey. "Señor, Dios lo ha hecho a usted *defensor de la fe*; ¡salve a la iglesia y a su jefe!" – "Mi señor," respondió el rey con una sonrisa, "le aseguro que esta guerra entre el emperador y el papa no es por la fe, sino por los dominios y las posesiones temporales."

Pero Wolsey no se desanimó, y el 3 de julio se paseó por las calles de Londres, montando en una mula ricamente aparejada, y descansando sus pies en estribos dorados, mientras que novecientos caballeros le acompañaron en sus corceles. Él iba a suplicar a Francisco que ayudara a su amo en la salvación de Clemente VII. No había encontrado ninguna dificultad en prevalecer sobre Enrique. Carlos habló de llevar al papa a España, y de establecer de forma permanente la sede apostólica en ese país.¹⁰⁹ ¿Ahora cómo iban a obtener el divorcio de un papa *español*? Durante la procesión, Wolsey parecía oprimido por el dolor, e incluso derramó lágrimas, pero pronto levantó la cabeza y exclamó: "Mi corazón está inflamado, y deseo que se pueda decir del papa *per secula sempiterna*: "Rediit Henrici octavi virtute serena".

Deseando formar una unión estrecha entre Francia e Inglaterra, para la realización de sus planes había pensado en la princesa Renée como futura esposa de Enrique VIII; ésta era hija de Luis XII, y cuñada de Francisco I. Un tratado de alianza entre las dos coronas se había firmado en Amiens el 18 de agosto (1527), después del cual Francisco, con su madre y el cardenal, se dirigieron a Compiègne, y ahí Wolsey, catalogando a Carlos como el defensor más obstinado del luteranismo, prometiendo "*conjunción* perpetua por un lado [entre Francia e Inglaterra], y *disyunción* perpetua por el otro" [entre Inglaterra y Alemania], buscaba descubrir si el francés veía ventajas en un matrimonio entre Renée y el rey Enrique. Staffileo, decano de la Rota, afirmó que el papa había permitido el matrimonio entre Enrique y Catalina sólo por un error de las llaves de San Pedro. Esta notable afirmación por parte del decano de una de las primeras jurisdicciones de Roma, indujo a la madre de Francisco a escuchar favorablemente la demanda del cardenal. Pero si esta propuesta era desagradable a Renée, que estaba destinada en un día no muy lejano a profesar la fe pura del Evangelio con más seriedad que Margarita de Valois, o si Francisco no estaba demasiado ansioso por una unión que habría otorgado los derechos a Enrique sobre el ducado de Bretaña, ella sería la prometida del hijo del duque de Ferrara. Esta era una prueba para el cardenal; pero a su mala suerte se iba a agregar otra aún más grave a su regreso a Inglaterra.

La hija de Sir Thomas Boleyn (quien se había convertido en el vizconde Rochford en 1525) estaba constantemente en la corte, "donde disfrutaba de gran estimación y favor", dice Cavendish, "tenía siempre una indignación disimulada contra el cardenal por la ruptura del previo contrato entre Lord Percy y ella", sin sospechar que Enrique hubiera

¹⁰⁹ La Sede Apostólica debería permanecer perpetuamente en España. Papeles del Estado, i, p. 227.

tenido alguna participación en el caso. Su belleza, su elegante porte, su pelo negro, su cara ovalada y brillantes ojos, su dulce voz en el canto, su habilidad y dignidad en el baile, su deseo de agradar que no estaba exento de coquetería, su viveza, su facilidad de réplica, y sobre todo la amabilidad de su carácter, todo eso cautivó a cada corazón. Cada día (según se informaba) inventaba un nuevo estilo en el vestir, y puso a la moda a Inglaterra. Pero a todas estas cualidades, añadió la modestia, y hasta sirvió de ejemplo a las demás personas. Las damas de la corte, que había adoptado hasta ahora una moda diferente (dice su mayor enemiga), se cubrían el cuello y el pecho como ella lo hacía; y los maliciosos, incapaces de apreciar los motivos de Ana, adscribían esta modestia por parte de la joven como una forma de ocultar una deformidad secreta. Numerosos admiradores rodearon más de una vez a Ana Bolena, entre los cuales estaba uno de los más ilustres y nobles poetas de Inglaterra, Sir Thomas Wyatt, un seguidor de Wickliffe. Él, sin embargo, no era el hombre destinado a reemplazar al hijo de los Percy.

Enrique, sumido en la ansiedad por divorciarse de Catalina, se había vuelto abatido y melancólico. Las risas, las canciones, las bromas, y la belleza de Ana Bolena le impactaron y le cautivaron, y sus ojos pronto se fijaron en la joven dama de honor. Catalina tenía más de cuarenta años de edad, y era difícil de esperar que un hombre tan susceptible como Enrique hubiera hecho, como dice Job, *un pacto con sus ojos para no mirar a una virgen*. Deseoso de mostrar su admiración, obsequió a Ana, de acuerdo a las costumbres, una costosa joya; ella la aceptó y lo usó, y continuó bailando, riendo, y charlando como de costumbre, sin dar especial importancia al regalo del rey. Las atenciones de Enrique hacia ella se hicieron más frecuentes, y él aprovechó un momento en que se hallaba a solas con Ana para declararle sus sentimientos. Con una mezcla de emoción y miedo, la joven cayó temblando a los pies del rey, y exclamó llorando: "Oh, el más noble y digno rey, creo que vuestra majestad dice estas palabras con el propósito de probarme Yo preferiría perder mi vida que mi virtud". Enrique graciosamente respondió que él seguiría esperando hasta lo último. Pero Ana, levantándose, respondió llena de orgullo: "Yo no entiendo, poderosísimo rey, cómo puede tener alguna esperanza; no puedo ser su esposa, tanto por respeto a vuestra dignidad y a la mía propia, y también porque usted ya tiene una reina. No seré su amante". Ana cumplió su palabra. Ella continuó mostrando al rey todo el respeto que merecía su investidura, incluso después de esta entrevista; pero en varias ocasiones con orgullo, y a veces con violencia, rechazó todas sus seducciones. En esta edad de la galantería, la encontramos resistiendo durante casi seis años toda clase de seducciones de Enrique. Ejemplos como éste no se dan muy a menudo en la historia de las cortes. Los libros que había leído en el palacio de Margarita le dieron una fuerza secreta. Todos la miraban con respeto, e incluso la reina la trataban con cortesía. Sin embargo, Catalina notaba que ella había captado la preferencia del rey. Un día, en que jugaba a las cartas con su dama de honor, mientras Enrique estaba en la recámara, y viendo que Ana frecuentemente tomaba la carta del rey; ella le dijo: "Mi estimada Ana, tiene usted buena

suerte parar ganar incluso a un *rey*, pero no es como las otras, usted tendrá todo o nada". Ana se sonrojó; a partir de ese momento las atenciones de Enrique adquirieron mayor importancia; ella decidió alejarse de ellos, y abandonó la corte con Lady Rochford.

El rey, que no estaba acostumbrado a resistir, quedó muy ofendido; y después de darse cuenta que Ana no regresaría a la corte, con o sin su madre, envió un mensajero a Hever con un mensaje y una carta para ella. Si recordamos las costumbres de la época de Enrique VIII, y hasta qué punto los hombres, en sus relaciones con el sexo débil, eran extraños a esa reserva que la sociedad actual les impone, no podemos dejar de asombrarnos por el tono respetuoso del rey. Él escribe de este modo en francés:

"A medida que el tiempo me parece muy largo desde que escuché de usted con respecto de su salud, el gran amor que siento por usted me ha obligado a enviar este portador para estar mejor informado, tanto de su salud como de su complacencia; sobre todo, porque desde la última vez que la vi, me han dicho que su forma de pensar ha cambiado por completo, y que usted no tiene intenciones de volver a la corte, ni con su madre ni de ninguna otra manera; el informe, de ser cierto, no puede dejar de sorprenderme, estando persuadido en mi propia mente que no he cometido ningún ofensa en contra de usted; y me parece difícil, que a cambio del gran amor que le prodigo, tenga que mantenerme a distancia de la persona y la presencia de la mujer que más valoro en el mundo. Y si me amara con tanto cariño como espero que lo haga, estoy seguro que la distancia de nuestras dos personas sería igualmente incómoda para usted, aunque no es lo mismo una amante que una servidora. Considere, amada mía, cuán grandemente su ausencia me aflige. Espero que su voluntad no sea así, pero si escucho a ciencia cierta que usted lo desea, no haría yo otra cosa más que llorar mi desgracia y esforzarme gradualmente por abatir esta gran locura mía. Así, pues, por falta de tiempo, doy fin a esta ruda carta, suplicando que dé el crédito al portador en todo lo que él le diga de mí. Escrito con el puño y letra de su entero servidor,

E. R".¹¹⁰

La palabra servidora (*serviteur*) empleada en esta carta explica el sentido en el que Enrique usó la palabra *amante*. En el lenguaje de los caballeros, este último término se daba a una persona a quien el amante había entregado su corazón.

Parece que la respuesta de Ana a esta carta fue la misma que había dado al rey en la primera que le envió; y el cardenal Pole menciona más de una vez su obstinada negativa a un amor adúltero. Al final, Enrique entendió la virtud de Ana, pero estaba lejos de *renunciar a su gran necesidad*, como había prometido. Ese egoísmo tiránico, que a menudo aparecía en la vida

¹¹⁰ Es difícil fijar el orden y la cronología de las cartas de Enrique a Ana Bolena. Este es la segunda de la colección del Vaticano, pero nos parece que es de una fecha anterior. Se piensa que fue escrita en mayo de 1528; nosotros nos inclinamos a colocarla en el otoño de 1527. Los originales de estas cartas, principalmente en francés antiguo, todavía se conservan en el Vaticano, después de haber sido robadas del gabinete de Ana y llevadas hasta allí.

del príncipe, se mostraba particularmente en sus amoríos. Al ver que no podía alcanzar su fin por medios ilegítimos, decidió romper, lo más rápidamente posible, los lazos que le unían a la reina. La virtud de Ana fue la tercera causa del divorcio de Enrique.

Habiendo tomado su resolución, era preciso llevarla a cabo. Cuando Enrique tuvo éxito en traer a Ana de nuevo a la corte, buscó una entrevista privada con ella, le ofreció su corona, y tomando su mano, le quitó uno de sus anillos. Pero Ana, que no quiso ser la amante del rey, se negó también a ser su esposa. La gloria de una corona no podía deslumbrarla, dijo Wyatt, y dos motivos en particular contrapesaban todas las perspectivas de la grandeza que se presentaba ante sus ojos. El primero fue su respeto por la reina: "¿Cómo pudo lastimar a una princesa de tan gran virtud?", exclamó. El segundo fue el temor de que una unión con "uno que era su señor y su rey," no le daría la libertad de corazón y esa tranquilidad que ella disfrutaría si se casaba con un hombre de su misma condición social.

Sin embargo, los nobles y las damas de la corte de Enrique susurraban entre sí que Ana sin duda se convertiría en reina de Inglaterra. Algunos fueron atormentados por los celos, mientras que otros, sus amigos, estaban encantados ante la perspectiva de un rápido avance. Los enemigos de Wolsey, en particular, estaban encantados con la idea de arruinar al favorito del rey. Fue en ese mismo período en que todas estas emociones agitaban de manera diversa a la corte, que el cardenal, quien regresaba de su embajada con Francisco, reapareció en Londres, donde recibió un golpe inesperado.

Wolsey estaba expresando su dolor a Enrique por haber fracasado en conseguirle la mano de Margarita o de Renée, cuando el rey lo interrumpió: "Para consuelo de usted, voy a casarse con Ana Bolena". El cardenal quedó sin habla por un momento. ¿Qué sería de él si el rey colocaba la corona de Inglaterra en la cabeza de la hija y sobrina de sus mayores enemigos? ¿Qué sería de la Iglesia si una segunda Ana de Bohemia ascendiera al trono? Wolsey se arrojó a los pies de su amo, y le rogó que renunciara a tan fatal proyecto. No tuvo duda en seguir postrado de rodillas *una o dos horas* ante el rey en su cámara privada (como después él mismo lo afirmó), pero sin lograr que Enrique renunciara a su propósito. Wolsey, persuadido de que si continuaba oponiéndose abiertamente a la voluntad de Enrique, iba a perder para siempre su confianza, disimulando su disgusto esperó otra oportunidad para deshacerse de este desafortunado rival por medio de alguna intriga. Empezó por escribir al papa, le informó de que una joven, educada por la reina de Navarra, y por lo tanto empañada por la herejía luterana, había cautivado el corazón del rey, y desde aquel momento Ana Bolena se convirtió en objeto de odio y calumnias de Roma. Pero al mismo tiempo, para disimular sus intenciones, Wolsey ofreció a Enrique una serie de espléndidos entretenimientos en los que Ana eclipsó a todas las damas de la corte.

CAPÍTULO SIETE

Fortaleza y Debilidad de Bilney

(1527)

Mientras que todas esas pasiones agitaban al palacio de Enrique, escenas más conmovedoras agitaban a la nación, producidas por la fe cristiana. Bilney, animado por ese valor que a veces Dios da a los hombres débiles, parecía haber perdido su timidez natural, y predicó durante un tiempo con una energía muy apostólica. Enseñó que todos los hombres deben primero reconocer sus pecados y la condenación a causa de ellos, y luego el hambre y sed de la justicia que da Jesucristo. A este testimonio de la verdad, añadió su testimonio contra el error. "En estos quinientos años", decía, "no ha habido un solo papa bueno..., porque ellos, ni han predicado ni viven bien, ni conforme á su dignidad; más bien, hasta el día de hoy, le han dado las llaves a la simonía".

Tan pronto como se bajaba del púlpito, este santo erudito visitaba ciudades y pueblos vecinos en compañía de su amigo Arturo. Una ocasión dijo en Wilsdon que "los judíos y sarracenos hace tiempo que hubiera llegado a ser creyentes si no hubiera sido por la idolatría de los cristianos en el ofrecimiento de velas, cera y dinero para troncos y piedras". Un día, cuando visitaba Ipswich donde había un convento franciscano, exclamó: "La capucha de San Francisco envuelto en un cuerpo muerto no tiene potestad para quitar pecados..... *Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi*" (Juan 1:29). Los pobres monjes, que eran poco versados en las Escrituras, tenían que recurrir al *almanaque* para condenar a la Biblia de error. El fraile Juan Brusierd dijo: "Ciertamente San Pablo afirmó que no hay otro mediador entre Dios y el hombre, porque todavía

no había ningún *santo* canonizado o puesto en el calendario". –"Todo lo que pidamos al Padre en el nombre del Hijo", prosiguió Bilney, "él nos lo dará". –"Siempre está hablando del Padre y nunca de los *santos*", respondió el fraile; "usted es como un hombre que ha estado viendo por tanto tiempo al sol, que ya no puede ver ora cosa". Al pronunciar estas palabras, el monje parecía rebosante de ira, y agregó: "Si yo no creyera y supiera que Dios y todos sus santos van a tomar venganza eterna sobre usted, yo mismo le daría muerte con mis propias uñas". De hecho, en dos ocasiones dos monjes lo bajaron del púlpito. Fue detenido y llevado a Londres.

Arturo, en vez de huir, comenzó a visitar las ovejas que su amigo había convertido. "Buena gente", les decía, "si debo padecer persecución por la predicación del evangelio, hay siete mil más que predicarán como lo hago ahora. Por lo tanto, ¡buena gente!, ¡buena gente!" (y repitió estas palabras varias veces con voz triste), "no piensen que si estos tiranos y perseguidores mandaran a un hombre a la muerte, no por eso la predicación del evangelio se va a acabar. Todo cristiano, sí todo laico, es un sacerdote. Dejen que nuestros adversarios prediquen por la autoridad del cardenal, y otros, por la autoridad de la universidad, otros por la del papa; pero nosotros seguiremos predicando por la autoridad de Dios. No es el hombre que trae la Palabra lo que salva al alma, sino la Palabra que el hombre trae. Ni los obispos ni los papas tienen el derecho de prohibir a cualquier hombre predicar el evangelio, y si lo matan no es un hereje sino un mártir". Los sacerdotes estaban horrorizados por estas doctrinas. En su opinión, no había ningún Dios fuera de su iglesia, ni salvación fuera de sus sacrificios. Arturo fue echado a la misma prisión de Bilney.

El 27 de noviembre de 1527, el cardenal y el arzobispo de Canterbury, con un gran número de obispos, teólogos y abogados, estaban reunidos en la sala capitular de Westminster, cuando Bilney y Arturo fueron llevados ante ellos. Pero el primer ministro del rey pensó que se rebajaría su dignidad al ocupar su tiempo con herejes miserables. Apenas había comenzado el examen, cuando Wolsey se levantó, diciendo: "Los asuntos del reino me llaman, todos los que se encuentren culpables oblíguenlos a abjurar, y los que se rebelen se le entregará al poder secular." Después de un par de preguntas propuestas por el obispo de Londres, los dos hombres acusados fueron conducidos de nuevo a la cárcel.

Abjuración o muerte, fue la orden de Wolsey. Pero el desarrollo del juicio se le confió a Tunstall; Bilney concibió alguna esperanza. "¿Sería posible", dijo para sí, "que el obispo de Londres, el amigo de Erasmo, le dé la razón a los monjes? Yo le voy a decir que fue el Testamento griego de su sabio maestro el que me llevó a la fe". Así, el humilde evangelista, después de haber obtenido papel y tinta, se dedicó a escribir al obispo desde su sombría prisión esas admirables cartas que han sido transmitidas a la posteridad. Tunstall, que no era un hombre cruel, se conmovió profundamente, y luego se libró una extraña lucha: un juez que deseaba salvar al prisionero, y un preso que deseaba renunciar a su vida. Tunstall no quería comprometerse y deseaba absolver a Bilney. "Envíenlo a la iglesia", dijo el obispo, "porque Dios habla sólo a través de ella". Pero Bilney, que sabía que Dios habla en las Escrituras, se mantuvo inflexible. "Muy bien, entonces", dijo Tunstall tomando las elocuentes cartas del prisionero, "en el desempeño de mi conciencia presentaré estas cartas al tribunal". Tal vez esperaba que las

cartas iban a conmover a sus colegas, pero quedó defraudado. Por lo tanto, determinó hacer un nuevo intento. El 4 de diciembre, Bilney fue llevado nuevamente ante el tribunal. "Abjure de sus errores", le dijo Tunstall. Bilney se negó con un movimiento de cabeza; el obispo continuó: "Retírese a la sala contigua y reconsidere". Bilney se retiró, y regresó poco después con una alegría radiante en sus ojos, Tunstall, pensando que había obtenido la victoria, le preguntó. "¿Va usted a regresar a la iglesia?"..... Bilney respondió tranquilamente: "Que se haga el juicio en el nombre del Señor". "Dese prisa", continuó el obispo, "esta es la última oportunidad, y usted será condenado". Bilney respondió: "Este es el día que ha hecho el Señor, nos gozaremos y alegraremos en Él" (Salmo 118:24). Al escuchar esto, Tunstall se quitó su bonete, y dijo: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo... Levántese Dios, y sean esparcidos sus enemigos" (Salmo 68:1). Luego, haciendo la señal de la cruz en la frente y en el pecho, dictó la sentencia: "Tomás Bilney, yo declaro que usted sea condenados por herejía". Estaba a punto de nombrar el castigo, pero una última esperanza se lo impidió; hizo una pausa y dijo: "el resto de la sentencia será deliberada hasta mañana". Y así fue como se prolongó la lucha entre dos hombres, uno de los cuales deseaban caminar a la hoguera, y el otro a impedirlo aunque fuera con su propio cuerpo.

"¿Va a volver a la unidad de la iglesia?", preguntó Tunstall al día siguiente. "Yo creía que nunca me había separado de la iglesia", respondió Bilney. "Vaya y consúltelo con algunos de sus amigos", dijo el obispo, que estaba resuelto a salvar su vida, "Yo le daré hasta la una de la tarde." Por la tarde Bilney le dio la misma respuesta. "Le daré dos noches de respiro para deliberar", dijo el obispo, "el sábado, a las nueve en la mañana, el tribunal espera una respuesta definitiva y llana". Tunstall consideraba que durante la noche, en sus sueños, su angustia y sus terrores podría lograr la retractación de Bilney.

Esta extraordinaria batalla ocupó las mentes de muchos, tanto en la corte como en la ciudad. Ana Bolena y Enrique VIII observaban con interés las diversas fases de esta trágica historia. ¿Qué pasará?, era la pregunta general. ¿Va a ceder? ¿Lo vamos a ver vivir o morir? Un día y dos noches seguían en pie, todos trataban de hacer que el doctor de Cambridge reflexionara. Sus amigos fueron a verlo a la prisión, lo abrumaron con argumentos y ejemplos, pero una lucha interna, mucho más terrible inquietaba al piadoso Bilney. "El que quiera salvar su vida, la perderá", había dicho Cristo. Ese amor egoísta de su alma, que se encuentra aún en los cristianos maduros; ese ego, que después de su conversión no había sido absorbido, sino dominado por el Espíritu de Dios, poco a poco recuperó fuerza en su corazón ante la presencia de la desgracia y de la muerte. Sus amigos que querían salvarlo, no entendían que el Bilney caído, ya no era el mismo Bilney, le conjuraron con lágrimas a tener compasión de sí mismo; y por este medio su firmeza fue superada. El obispo le insistió, y Bilney se preguntó: "¿Puede un joven soldado como yo conocer mejor las reglas de la guerra que un viejo soldado como Tunstall? ¿O puede una pobre oveja tonta conocer su camino al redil mejor que el pastor principal de Londres?" Sus amigos no lo dejaban solo ni de noche ni de día, y, enmarañado por su fatal afecto, creyó al fin que había encontrado un compromiso que podría poner su conciencia en reposo. "Voy a preservar mi vida", dijo, "para dedicarla al Señor". Esta ilusión se había anidado

en su mente antes de que se confundieran sus conceptos, su fe le fue velada, el Espíritu Santo se apartó de él, Dios lo abandonó a sus pensamientos carnales, y bajo el pretexto de ser útil a Jesucristo durante muchos años, Bilney lo desobedeció en el tiempo presente.

Cuando fue presentado ante los obispos en la mañana del sábado 7 de diciembre, a las nueve en punto, él ya había caído..... (Arturo había caído antes que él), y mientras que los falsos amigos que lo habían engañado apenas se atrevían a levantar la vista, la iglesia viva de Cristo en Inglaterra lanzó un grito de angustia. "Si alguna vez te encuentras en peligro por la causa de Dios", dijo Latimer, "en cautividad o en prisión, yo te aconsejo que, por encima de todas las cosas, renuncies a todos tus amigos, a todas tus amistades; no dejes uno sin renunciar. Son ellos los que deben desaparecer, y no tus enemigos. Fueron sus mismos amigos los que trajeron la desgracia sobre Bilney".¹¹¹

Al día siguiente (Domingo 8 de diciembre), Bilney se colocó a la cabeza de la procesión, y el discípulo caído, con la cabeza descubierta, con un haz de leña sobre sus hombros, se puso de pie frente a la cruz de la Catedral de San Pablo, mientras que un sacerdote desde el púlpito le exhortaba al arrepentimiento; después de lo cual fue llevado de nuevo a la cárcel.

¡Qué soledad para el miserable hombre! Había veces que la fría oscuridad de la celda le parecía como un fuego ardiente; en otras ocasiones creía oír voces acusadoras gritándole en el silencio de la noche. La muerte, el enemigo que había querido evitar, fijaba su mirada helada sobre él y lo llenó de temor. Se esforzaba por escapar del horrible espectro, pero era en vano. Entonces los amigos que lo habían arrastrado a este abismo le rodearon y trataron de consolarlo; pero si se daba el caso de que le hablasen de alguna de las promesas tiernas de Cristo, Bilney comenzaba a echarse para atrás con espanto y se refugiaba gritando en la parte más lejana de la mazmorra, "como si a un hombre estuviera corriendo con el corazón traspasado con una espada".¹¹² Después de haber negado la Palabra de Dios, ya no podía soportar escucharla. La maldición del Apocalipsis: *¡Oh, montes, escondednos de la ira del Cordero!* era el único pasaje de la Escritura en armonía con su alma. Su mente estaba confusa, sentía la sangre helada en sus venas, y se hundió bajo sus terrores; perdió todo sentido y casi su vida, y se quedó inmóvil en los brazos de sus amigos atónitos. "Dios", exclamaron aquellos individuos infelices que habían causado su caída, "Dios, mediante un juicio justo, entrega a las tempestades de sus conciencias a todos los que niegan la verdad."

Este no fue el único pesar de la iglesia. Tan pronto como Richard Bayfield, que más tarde sería chambelán de San Edmundo de Bury, se unió a Tyndale y Fryth, les dijo: "Yo estoy a su disposición, ustedes serán mi cabeza y yo seré sus brazos; voy a vender sus libros y los de los reformadores alemanes en los Países Bajos, Francia e Inglaterra". De hecho, no pasó mucho tiempo antes de que regresara a Londres. Pero Pierson, el sacerdote con quien antes se había reunido en la calle Lombard, lo encontró de nuevo, y lo acusó ante el obispo. El infeliz hombre

¹¹¹ Latimer, *Sermones* (Parker Society), p. 222.

¹¹² Ibid.

fue llevado ante Tunstall. "Usted está acusado", dijo el prelado, "de haber afirmado que las alabanzas son para Dios, y no para los santos o las criaturas". Bayfield reconoció que la acusación era cierta. "Se le acusa de afirmar que cada sacerdote puede predicar la palabra de Dios por el poder del evangelio sin la licencia del papa o cardenales". Esto también lo reconoció Bayfield. Le fue impuesta una penitencia, y luego fue enviado de vuelta a su monasterio con la orden de mostrarse allí el 25 de abril. Pero él cruzó el mar, una vez más, y se dio prisa para reunirse con Tyndale.

Sin embargo, el Nuevo Testamento vendido por él y otros, se quedó en Inglaterra. Por ese tiempo los obispos se suscribieron para suprimir las Escrituras, como tantas personas habían hecho desde que fueron distribuidas, y, en consecuencia, un gran número de ejemplares traídos por Bayfield y sus amigos fueron comprados. Al poco tiempo una escasez de alimentos se agregó a la escasez de la Palabra de Dios; puesto que el cardenal estaba tratando de fomentar una guerra entre Enrique y el emperador, los barcos flamencos dejaron de entrar en los puertos ingleses. Fue a consecuencia de esto que el señor alcalde y los concejales de Londres se apresuraron a expresar sus temores a Wolsey cuando apenas se recuperaba de las fatigas de su regreso de Francia. "No teman", les dijo, "el rey de Francia me aseguró que si él tenía tres fanegas de trigo, Inglaterra podría contar con dos de ellas". Pero ninguna llegó, y las personas estaban a punto de estallar en violencia, cuando una flota de barcos de repente apareció frente a la desembocadura del Támesis. Eran buques alemanes y flamencos cargados de maíz, en los que también algunas dignas personas de los Países Bajos habían ocultado el Nuevo Testamento. Un librero de Amberes, llamado John Raimond o Ruremond, desde su lugar de nacimiento había impreso una cuarta edición más bella que las anteriores. Estaba enriquecida con referencias y grabados en madera, y cada página bordeada con líneas rojas. El mismo Raimond se había embarcado a bordo de uno de los barcos con quinientos ejemplares de su Nuevo Testamento. Cerca de la Navidad de 1527, el libro de Dios se hizo circular en Inglaterra junto con el pan que alimenta al cuerpo. Sin embargo, ciertos sacerdotes y monjes, al haber descubierto las Escrituras entre los sacos de maíz, llevaron varias copias al obispo de Londres, quien echó a Raimond en la cárcel. Sin embargo, la mayor parte de la nueva edición se les escapó. El Nuevo Testamento fue leído en todas partes, e incluso la corte no se libró del contagio. Ana Bolena, a pesar de su cara sonriente, se encerraba en su estudio de Greenwich o en la corte de Hampton para estudiar el evangelio. Franca, valiente y orgullosa, no ocultaba el placer que hallaba en su lectura; su audacia asombró a los cortesanos, y exasperó al clero. En la ciudad las cosas fueron aún más lejos: el Nuevo Testamento se explicaba en reuniones clandestinas frecuentes, sobre todo en la casa de uno tal Russell, y grande era la alegría entre los fieles. "Es suficiente sólo con entrar en Londres", dijeron los sacerdotes, "para convertirse en un hereje". La Reforma había echado raíces entre el pueblo antes de que llegara a las clases altas.

CAPÍTULO OCHO

La Campaña por el Divorcio de Enrique

(1527)

El sol de la Palabra de Dios, que todos los días se hacía más brillante en el cielo del siglo XVI, fue suficiente para dispersar toda la oscuridad en Inglaterra; pero el papado, como una inmensa pared, interceptó sus rayos. Gran Bretaña apenas había recibido las Escrituras en griego y latín, y luego en inglés, cuando los sacerdotes comenzaron a hacerles la guerra con celo infatigable. Era necesario que el muro fuera derribado con el fin de que el sol pudiera penetrar libremente al pueblo anglosajón. Y ahora, estaban madurando otros eventos en Inglaterra destinados a hacer una gran brecha en el papismo. Las negociaciones de Enrique VIII con Clemente VII jugaron un papel importante en la Reforma. Al poner en entredicho a la corte de Roma, destruyeron el respeto que la gente se sentía por ella; le quitaron el *poder y la fuerza*, como dice la Escritura, que la monarquía le había dado; y una vez caído el trono del papa en Inglaterra, Jesucristo levantaría y fortalecería el suyo.

Enrique, desear ardientemente un heredero, y pensando que había encontrado a la mujer que garantizaría su propia felicidad y la de Inglaterra, concibió un plan para romper los lazos que lo unían a la reina, y con esta idea en mente, consultó con sus consejeros favoritos lo del divorcio. Había uno en particular, cuya aprobación deseaba: este era Sir Tomás Moro. Un día cuando el amigo de Erasmo estaba caminando con el rey por la hermosa galería de Hampton Court, informándole de una misión que acababa de ejecutar en el continente, el rey de repente le interrumpió: "Mi matrimonio con la reina es contrario a las leyes de Dios, de la iglesia, y de la

naturaleza." Luego tomó la Biblia y señaló los pasajes en su favor. "Yo no soy un teólogo", dijo Moro algo avergonzado, "su majestad debe consultar a un consejo de expertos".

En consecuencia, por orden de Enrique, Warham reunió a los canonistas más sabios en Hampton Court, pero las semanas pasaron antes de que pudieran ponerse de acuerdo. La mayoría de ellos citaban en favor del rey aquellos pasajes como Levítico 18:16; 20:21, que prohíbe que un hombre tome a la mujer de su hermano. Pero Fisher, obispo de Rochester, y el resto de los opositores al divorcio, respondieron que, según Deuteronomio 25:5, cuando una mujer se queda viuda y sin hijos, su cuñado debe tomarla por esposa para perpetuar el nombre de su hermano en Israel. "Esta ley se refería a los judíos solamente", respondieron los partidarios del divorcio; añadiendo que su objetivo era "mantener las herencias distintas, y las genealogías intactas hasta la venida de Cristo. La dispensación judaica ha expirado, pero la ley del Levítico, que es una ley moral, es obligatoria para todos los hombres en todas las edades".

Para salir de su problema, los obispos exigieron que las universidades más destacadas debieran ser consultadas, e inmediatamente se enviaron comisionados a Oxford, Cambridge, París, Orleans, Toulouse, Lovaina, Padua y Bolonia, equipados con dinero para recompensar a los doctores extranjeros por el tiempo y la molestia que esta pregunta les costaría. Esto causó algún pequeño retraso, y por todos los medios ahora se trataba de desviar al rey de su propósito.

Wolsey, quien fue el primero en sugerir la idea del divorcio, ahora estaba realmente alarmado. Le parecía que bastaría un movimiento de cabeza de la hija de los Bolena para que lo echaran del cargo que había conseguido con tanto trabajo, y esto le hizo descargar su mal humor, a veces amenazando a Warham y a veces persiguiendo a Pace. Pero temiendo oponerse abiertamente a Enrique, llamó desde París a Clarke, obispo de Bath y Wells, que en ese tiempo era el embajador en la corte francesa. Este obispo externó sus puntos de vista, y después de preparar con cuidado el procedimiento, se aventuró a decir al rey: "El progreso de la investigación será tan lento, su majestad, que va a tomar más de siete años para llevarlo a su fin". El rey respondió fríamente: "ya que en mi paciencia he esperado durante *dieciocho* años, estoy dispuesto a esperar *cuatro* o *cinco* más."

Como el partido político había fracasado, el partido clerical puso en marcha un escenario de otro tipo. Una joven mujer, Elizabeth Barton, conocida como la *santa dama de Kent*, había padecido en su niñez de ataques epilépticos. El sacerdote de la parroquia, llamado Masters, la había convencido de que ella era inspirada por Dios, y en confabulación con un tal Bocking, un monje de Canterbury, se aprovecharon de la debilidad de la profetisa para hacerlo público. Elizabeth recorrió el país, pasando de casa en casa y de convento en convento; de repente sus piernas se volvían rígidas, sus rasgos se distorsionaban; convulsiones violentas sacudían su cuerpo, y extraños sonidos ininteligibles salían de sus labios, que los espectadores asombrados recibían como revelaciones de la Virgen y de los santos. Fisher, obispo de Rochester, Abel, agente eclesiástico de la reina, y hasta Sir Tomás Moro, se encontraban entre el número de partidarios de Isabel. Ante los rumores del divorcio que habían llegado a los oídos de la dama, supuestamente un ángel le ordenó que compareciera ante el cardenal. Tan pronto como quedó de pie en su presencia, el color huyó de sus mejillas, sus piernas temblaron, y cayendo en éxtasis,

exclamó: "Cardenal de York, Dios ha puesto tres espadas en su mano: la espada espiritual, para regir a la iglesia bajo la autoridad del papa, la espada civil, para gobernar el reino, y la espada de la justicia para evitar el divorcio del rey... Si no ejerce estas tres espadas fielmente, Dios traerá dolor al cargo que desempeña". Después de estas palabras la profetisa se retiró.

Pero otras influencias estaban dividiendo el corazón de Wolsey: el odio, que le inducía a oponerse al divorcio, y la ambición, que presagiaba su ruina en esta oposición. Finalmente prevaleció la ambición, y resolvió echar al olvido sus objeciones por la energía de su celo.

Enrique se apuró a tomar ventaja de este cambio. "Declare el divorcio usted mismo", dijo a Wolsey, "¿no lo nombró el papa su vicario general?" El cardenal no estaba ansioso por elevarse tan alto. "Si tengo que decidir en este asunto", dijo él, "la reina apelará ante el papa, por lo tanto, debemos, o bien solicitar al santo padre poderes especiales, o persuadir a la reina a retirarse a un convento de monjas. Y si fracasamos en cualquiera de estos recursos, obedeceremos la voz de la conciencia, incluso a pesar del papa". Se dispuso a comenzar con el intento más regular, y Gregorio Da Casale, el secretario Knight, y el protonotario Gambara, fueron nombrados para una misión extraordinaria a la corte pontificia. Casale era el hombre de Wolsey, y Knight lo era de Enrique. Wolsey dijo a los enviados: "Van a exigir del Papa, *en primer lugar*, una *comisión* autorizándome a investigar este asunto; en *segundo lugar*, su promesa de pronunciar la nulidad del matrimonio de Catalina con Enrique si encontramos que su matrimonio con Arturo se consumó; y *tercero*, una *dispensa* para permitir que el rey se case de nuevo". De esta manera Wolsey esperaba asegurar el divorcio sin dañar la autoridad papal. Se insinuó que, en la consumación del primer matrimonio, habían sido enviadas representaciones falsas de Inglaterra a Julio II para inducir al pontífice a que permitiera un segundo matrimonio. De haber sido engañado por ese *hecho*, su infalibilidad estaba intacta. Wolsey deseaba algo más, sabiendo que no podría poner la confianza en la buena fe del pontífice, exigió un cuarto requerimiento que comprometiera al papa a *nunca recordar los otros tres*; sólo que se olvidó tomar precauciones en caso de que Clemente rechazara el cuarto requerimiento. "Con estas cuatro trampas, hábilmente combinadas", dijo el cardenal, "voy a atrapar la liebre, y si se escapa de una, caerá en la otra". Los cortesanos anticipaban una rápida culminación del asunto. ¿No era el emperador el enemigo declarado del pontífice? Y, por el contrario, ¿no se había hecho Enrique el protector de *la liga clementina*? ¿Podría Clemente titubear entre elegir a su carcelero o a su benefactor cuando tuviera que decidirse?

De hecho, en ese momento Carlos V estaba en una situación muy embarazosa. Es cierto, sus guardias estaban apostados en las puertas del castillo de San Ángel, donde Clemente era un prisionero, y la gente de Roma hacía bromas con este hecho diciendo: "Ahora sí que es cierto el refrán, *papa non potest errare*".¹¹³ Pero ya no era posible mantener preso al papa en Roma, y entonces, ¿qué se iba a hacer con él? El virrey de Nápoles propuso a Alercón, gobernador de San Ángel, mover a Clemente hacia Gaeta, pero el coronel atemorizado exclamó: "¡Dios no quiera

¹¹³ "El papa no puede errar", un juego de palabras con doble sentido sobre el vocablo latino *errare*.

que tenga que estar trayendo sobre mí al mismísimo cuerpo de Dios". Carlos pensó por un momento en llevar al pontífice a España, pero, ¿no podría una flota enemiga arrebatárselo en el camino? Un papa en la cárcel era mucho más embarazoso para Carlos que un papa en libertad.

Fue en ese momento crítico que Francisco Felipe, el sirviente de la reina Catalina, después de haber escapado de las trampas puestas por Enrique VIII y Wolsey, llegó a Madrid donde pasó un día entero en conferencia con Carlos V. Este príncipe quedó al principio atónito, e incluso sorprendido por los planes del rey de Inglaterra. Parecía como si la maldición de Dios estuviera pendiendo sobre su casa. Su madre era una lunática, su hermana de Dinamarca había sido expulsada de sus dominios, y su hermana de Hungría se había quedado viuda por la batalla de Mohacz; los turcos estaban invadiendo sus territorios; Lautrec había salido victorioso en Italia; y los católicos, irritados por el cautiverio del papa, detestaban sus aspiraciones. Y como si todo esto no fuera suficiente, Enrique VIII estaba luchando por divorciarse de su tía; y el papa, naturalmente, daría su apoyo a este criminal plan. Carlos debería elegir entre el pontífice y el rey. La amistad del rey de Inglaterra le podría ayudar a romper la liga formada para expulsarlo de Italia, y al sacrificar a Catalina iba a estar seguro de obtener su apoyo; pero colocado entre la razón de Estado y el honor de su tía, el emperador no dudó; incluso renunció a ciertos proyectos de reforma que quería hacer sinceramente. De pronto se decidió por el papa, y desde aquel momento cambió el curso de los hechos.

Carlos, que poseía un gran discernimiento, tenía conciencia de la época que estaba viviendo; se daba cuenta que había que hacer concesiones por el movimiento de la mente humana, y deseaba llevar a cabo un cambio de la Edad Media a los tiempos modernos por medio de una transición bien administrada. Por consiguiente, él había pedido la formación de un concilio para reformar la iglesia y debilitar el dominio romano en Europa. Pero fue muy diferente el resultado. Si Carlos se apartaba de Enrique, se vería obligado a reconciliarse con Clemente, y después de haber obligado a la cabeza de la iglesia a recluirse en una prisión, era necesario ponerlo de nuevo en el trono. Carlos V sacrificó los intereses de la sociedad cristiana por los intereses de su propia familia. Este divorcio, que en Inglaterra se ha considerado como la ruina del papado, fue lo que lo salvó en la Europa continental.

Pero, ¿cómo podría el emperador ganar el corazón del pontífice, quien estaba lleno de ira y amargura? Eligió para esta difícil misión a un fraile de gran capacidad llamado De Angelis que era general de la Observancia española, y le ordenó acudir al castillo de San Ángelo con el pretexto de negociar la liberación del Santo Padre. El franciscano fue conducido a la parte más sólida de la fortaleza llamada la Roca, donde Clemente estaba recluido; y los dos sacerdotes pusieron todo de su parte para aguantarse uno al otro. El monje, asistido por el ingenioso Moncade, hábilmente mezcló la liberación del Papa con el matrimonio de Catalina. Afirmó que el emperador deseaba abrir las puertas de la cárcel del pontífice, y que ya había dado la orden, y luego añadió de inmediato: "el emperador está determinado a mantener los derechos de su tía, y nunca consentirá en el divorcio". – "Si usted es un *buen pastor* para mí", escribió Carlos al Papa con su propia mano el 22 de noviembre de 1527, "yo seré una *buena oveja* para usted". Clemente sonrió al leer estas palabras, él entendía su posición, el emperador tenía necesidad del sacerdote;

Carlos estaba a los pies de su cautivo; ¡Clemente estaba a salvo! El divorcio era una cuerda caída de los cielos que lo libraría de caer en el hoyo; sólo tenía que aferrarse a ella en voz baja con el fin de reconquistar su trono. Por lo tanto, a partir de esa hora, a diferencia de Carlos que quería liberarlo, Clemente parecía menos dispuesto a abandonar el castillo. "Mientras que el divorcio esté en suspenso", pensó el astuto De Medici, "tendré dos grandes amigos, pero en cuanto tome partido, voy a tener a un enemigo mortal en el otro bando". Prometió al monje que no tomaría ninguna decisión de la cual el emperador no fuera informado.

Mientras tanto, Knight, el enviado del impaciente monarca, cuando supo que el papa estaba en libertad, mientras cruzaba los Alpes, se apresuró a ir a Parma donde se encontró con Gambara. El protonotario respondió: "No obstante, él no está libre, pero el general de los franciscanos espera poner fin a su cautiverio en pocos días. Continúe con su viaje". Knight no podía hacerlo sin grave peligro. Le hizo saber a Foligno, a sesenta millas de la metrópoli, que si no tenía un salvoconducto no podría llegar a Roma sin exponer su vida; y Knight detuvo su marcha. Justo en ese momento un mensajero de Enrique le trajo un comunicado que le puso todavía más presión; Knight comenzó todo de nuevo en compañía de un sirviente y un guía. En Monte Rotondo casi fue asesinado por los habitantes del lugar, pero al día siguiente (25 de noviembre), protegido por una violenta tormenta de viento y lluvia, el enviado de Enrique entró en Roma a las diez de la mañana sin ser visto, y se mantuvo oculto.

Era imposible hablar con Clemente, porque las órdenes del emperador eran firmes. Knight, por lo tanto, comenzó a *practicar* con los cardenales; se ganó el cardenal de Pisa, por cuyo medio sus despachos fueron llevados ante el pontífice. Clemente después de leerlos los dejó caer con una sonrisa de satisfacción, diciendo: "¡Bueno, aquí está ahora el otro que viene hacia mí!" Pero aún no había caído la noche cuando el secretario del cardenal de Pisa se apresuró a ver a Knight y le dijo: "Don Alercón está informado de su llegada, y el papa le suplica que salga de inmediato". Apenas había salido este último oficial, cuando el protonotario Gambara llegó con gran agitación: "Su santidad le ordena que se vaya, tan pronto como esté en libertad, atenderá la petición de su señor". Dos horas después de esto, llegaron doscientos soldados españoles, rodearon la casa en la que Knight se había ocultado y la registraron de arriba abajo, pero sin resultado alguno, el agente inglés había escapado.

La seguridad de Knight no fue el verdadero motivo que indujo a Clemente a apresurar su partida. El mismo día en que el papa recibió el mensaje del rey de Inglaterra, firmó un tratado con Carlos V, donde recuperaba sus poderes bajo ciertas condiciones. Al mismo tiempo, el pontífice, para mayor seguridad, presionó al general francés Lautrec para que acelerara su marcha a Roma con el fin de salvarlo de las manos del emperador. Clemente, un discípulo de Maquiavelo, así era como tendía su mano derecha a Carlos y la izquierda a Francisco, y como no tenía otra para Enrique, le hizo las más positivas promesas. Cada uno de los tres príncipes podía contar con la amistad del Papa y en las mismas condiciones.

El 10 de diciembre (1527) fue el día fijado en que debería terminar el encarcelamiento de Clemente, pero él prefirió que su libertad se lograra mediante una intriga y no por la generosidad del emperador. Luego entonces, se vistió con la ropa de un comerciante, y una tarde antes del día

fijado para su liberación, cuando su guardia ya estaba muy cansado, escapó de la fortaleza y, acompañado en su huida sólo por Luis de Gonzago, se dirigió a Orvieto.¹¹⁴

Mientras que Clemente experimentaba toda la alegría de un hombre que acaba de escapar de la prisión, Enrique era presa de la agitación más violenta. Habiendo dejado de amar a Catalina, llegó a la conclusión de que era víctima de las aspiraciones de su padre, un mártir del deber y un campeón de la santidad conyugal. Su propio porte traicionaba su enfado, y aún entre las alegres conversaciones de la corte dejaba escapar de su pecho profundos suspiros. Tenía entrevistas frecuentes con Wolsey. "Yo considero la salvación de mi alma por encima de todas las cosas", dijo, "pero estoy preocupado también por la paz de mi reino. Durante mucho tiempo un remordimiento incesante ha carcomido mi conciencia, y mis pensamientos giran en torno a mi matrimonio con una tristeza indecible. Dios, en su ira, se ha llevado a mis hijos, y si persevero en esta unión ilícita, me va a visitar con castigos aún más terribles. Mi única esperanza está en el santo padre". Wolsey respondió con una reverencia: "Por favor, su majestad, estoy ocupado en este asunto como si fuera el único medio de ganar el cielo".

Y, en efecto, él redobló sus esfuerzos. Le escribió a Sir Gregorio Da Casale el 5 de diciembre (1527): "Va a conseguir una audiencia con papa a cualquier precio. Disfrácese, aparezca ante él como el sirviente de algún noble, o como un mensajero del duque de Ferrara. Reparta dinero en abundancia; sacrifíquelo todo con tal de que logre una entrevista secreta con su santidad; diez mil ducados están a su disposición. Le va a explicar a Clemente los escrúpulos del rey, y la necesidad de proveer a la continuidad de su casa y la paz de su reino. Usted le dice que, con el fin de devolverle la libertad, el rey está dispuesto a declarar la guerra al emperador, y así él mostrará a todo el mundo que es un verdadero hijo de la Iglesia".

Wolsey se daba cuenta claramente que era esencial presentar el divorcio a Clemente VII como un medio para garantizar la seguridad del papado. Por lo tanto, el cardenal volvió a escribir a Da Casale el 6 de diciembre: "Día y noche gira en mi mente la condición actual de la iglesia, y busco los mejores medios para sacar al papa del abismo en el que ha caído. Mientras repasaba

¹¹⁴ [Las vacilaciones del Papa Clemente VII (1523-1534) son dignas de mención. Él estaba angustiado por la larga rivalidad entre las casas de Habsburgo (España y el Imperio) y Valois (Francia). Al fin se decidió por el lado de Francisaco I de Francia, pero la aplastante derrota de ese rey en Pavía (1525) le llevó a llegar a un acuerdo con Carlos, sólo para salir de él otra vez al unirse a la Liga de la Libertad que tenía por objeto afirmar la independencia de Italia de las potencias extranjeras. Ante el fracaso de este movimiento, Clemente otra vez se sujetó al emperador Carlos, pero un año más tarde absolvió a Francisco I de su juramento a someterse a Carlos (celebrado en Madrid después de un largo cautiverio), y ayudó a formar la Santa Liga de Cognac, en la que él, Francia y los estados italianos principales, se obligaban a resistir las ambiciones de Carlos. Luego siguió la invasión imperial de Italia para romper la Liga, y el saqueo de Roma (mayo de 1527) que horrorizó a Occidente. Clemente permaneció prisionero de Carlos de junio a diciembre de 1527. En 1528 Francisco, una vez más hizo la guerra en Italia, pero finalmente Carlos triunfaron de nuevo, y durante varios años Clemente VII se convirtió en dependiente de él. Esta dependencia tiene importancia en relación a la cuestión del divorcio inglés, porque Clemente no anularía el matrimonio entre Enrique y Catalina mientras estuviera en poder de Carlos, el sobrino de Catalina. Por lo tanto, Wolsey no podría hacer muchos progresos reales en su demanda].

estos pensamientos en mi mente durante una noche de insomnio... de repente se me ocurrió una idea. Me dije que el rey debería ser convencido para tomar a su cargo la defensa del santo padre. Esta no es una tarea fácil, porque su majestad está fuertemente unido al emperador, sin embargo, puse manos a la obra. Le dije al rey que su santidad estaba dispuesto a complacerlo; yo aposté mi honor, yo triunfé..... Para salvar al papa, mi amo sacrificaría sus tesoros, sus súbditos, su reino, e incluso su vida... Por lo tanto, conjuro a su santidad que acceda a nuestra justa demanda".

Nunca antes el gobierno de Inglaterra había hecho semejantes súplicas apremiantes a un papa.

CAPÍTULO NUEVE

Dilema y Duplicidad de Clemente VII

(1527-1528)

Los enviados del rey de Inglaterra aparecieron en su carácter de salvadores de Roma. Indudablemente esto no era una estratagema; y probablemente Wolsey consideraba como venido del cielo aquel pensamiento que había tenido durante la noche de insomnio. El celo de sus agentes se incrementó. Tan pronto como el papa obtuvo su libertad, ya Knight y Da Casale estaban al pie de la escarpada roca sobre la que Orvieto se había edificado, y exigieron una entrevista con Clemente VII. Nada podría comprometer tanto al pontífice como esta visita. ¿Cómo iba a aparecer en buenas relaciones con Inglaterra, cuando Roma y todos sus estados estaban todavía en manos del sobrino de Catalina? La mente del papa estaba completamente desconcertada por la demanda de los dos enviados. Sin embargo, se recuperó; rechazar la mano poderosa que le ofrecía Inglaterra no estaba exento de peligro; y como sabía bien cómo llevar una negociación difícil a una conclusión exitosa, Clemente recuperó la confianza en su habilidad, y dio órdenes para recibir a los embajadores de Enrique.

El discurso de los enviados no estaba exento de elocuencia. "Nunca estuvo la iglesia en una posición más crítica", dijeron. "La ambición desmedida de los reyes que afirman disponer de los asuntos espirituales a su propio placer (esto iba dirigido a Carlos V) tiene a la barca apostólica suspendida sobre un abismo. El único puerto abierto a ella en la tempestad es el favor del augusto príncipe que nosotros representamos, y que siempre ha sido el escudo de la fe. Pero, ¡ay!, este monarca, baluarte inexpugnable de su santidad, es a su vez presa de tribulaciones casi

iguales a los de usted. Su conciencia desgarrada por el remordimiento, su corona sin heredero, su reino sin seguridad, su pueblo cada vez más expuesto a desordenes interminables... En fin, todo el mundo cristiano entregado a la más cruel discordia... Tales son las consecuencias de una unión fatal que Dios ha marcado en su descontento... También hay", agregaron en un tono más bajo, "ciertas cosas de las que su majestad no puede hablar en su carta... ciertos trastornos incurables que aquejan a la reina que nunca permitirán al rey mirarla de nuevo como su esposa. Si su santidad pone fin a tales miserias al anular su matrimonio ilegal, estará unido a su majestad por un vínculo indisoluble. Asistencia, riquezas, ejércitos, corona, e incluso la vida; el rey nuestro señor está dispuesto a emplear todo al servicio de Roma. Él extiende su mano hacia usted, santísimo padre... extienda la suya a él; por esta unión se salvará la iglesia, y Europa se salvará con ella".

Clemente estaba cruelmente avergonzado. Su política consistía en mantener el equilibrio entre los dos príncipes, y ahora estaba obligado a pronunciarse a favor de uno de ellos. Empezó a lamentar haber recibido a los embajadores de Enrique. "Consideren mi posición", les dijo, "y suplico al rey que espere hasta que acontecimientos más favorables me permitan actuar en libertad". – "¿Qué?", replicó Knight orgullosamente, "¿no prometió su santidad considerar la oración de su majestad? Si falta a su promesa ahora, ¿cómo puedo convencer al rey de que usted no le fallará en un día futuro?" Da Casale pensó que había llegado el momento de dar un golpe decisivo. "¡Qué males, qué desgracias inevitables acarrearía su negativa!... El emperador sólo piensa en privar a la Iglesia de su poder, y el rey de Inglaterra solamente ha jurado mantenerlo". Luego, hablando más bajo y más lentamente, y meditando cada palabra, continuó: "Tememos que su majestad, reducido a tales extremos de los dos males elija el *peor*, y apoyado en la pureza de sus intenciones, pueda hacer por *su propia autoridad*... lo que ahora exige de manera respetuosa... ¿Qué debemos ver entonces?... Me estremezco al pensar... No confié su santidad en una falsa seguridad que inevitablemente le arrastrará hacia el abismo... Lea todo... observe todo... adivine todo... tome nota de todo... santísimo padre, esta es una cuestión de vida o muerte". Y el tono de Da Casale dijo más que sus palabras.

Clemente entendía que un rechazo lo expondría a perder Inglaterra. Situado entre Enrique y Carlos, como entre el martillo y la fragua, decidió ganar tiempo. "Pues bien", le dijo a Knight y a Da Casale, "haré lo que me piden, pero no estoy familiarizado con las formas que estas dispensas requieren... voy a consultar con el Cardenal *Sanctorum Quatuor* sobre el tema... y luego les informaré". Knight y Da Casale, queriendo anticiparse a Clemente VII, se apresuraron a buscar a Lorenzo Pucci, quien era el cardenal Sanctorum Quatuor, y le dieron a entender cómo le podría gratificar el amo de ellos. El cardenal aseguró a los enviados su afecto por Enrique VIII, y ellos, llenos de agradecimiento, le presentaron los cuatro documentos que estaban ansiosos por llevar a cabo. Pero el cardenal, apenas vio el primero, que contenía la propuesta de Wolsey para decidir sobre el asunto del divorcio en Inglaterra, exclamó: "¡Imposible!... una bula en términos semejantes traería la desgracia eterna, no sólo a su santidad y al rey, sino al mismo cardenal de York". Los delegados estaban confundidos, porque Wolsey les había ordenado pedir

al papa nada más que su firma. Recobrando su compostura, ellos reconsideraron: "Todo lo que necesitamos es una comisión *competente*". Por su parte, el papa escribió una carta a Enrique, en la que se las arregló para no decirle nada.

De los cuatro documentos requeridos había dos en los que insistieron de inmediato Knight y Da Casale para que se les diera curso: eran los relacionados a la *comisión* para pronunciar el divorcio y la *dispensa* para contraer un segundo matrimonio. La *dispensa* sin la *comisión* no tenía ningún valor, lo que el papa conocía bien; en consecuencia, resolvió dar la *dispensa* solamente. Era como si Carlos le hubiera concedido permiso a Clemente, cuando estaba prisionero, para visitar a sus cardenales, pero le negaba la libertad de abandonar el castillo de San Angelo. Esta es una manera en que un sistema religioso, que ya no tiene poder, se transforma en un sistema político utilizando un ardid como recurso. "La *comisión*", dijo el ingenioso Medici a Knight, "debe ser corregida de acuerdo con el estilo de nuestra corte, pero aquí está la *dispensa*". Knight tomó el documento que estaba dirigido a Enrique VIII, y leyó así: "Concedemos a que, en caso de que su matrimonio con Catalina sea declarado nulo, tenga la libertad de tomar otra esposa, con tal que no haya sido mujer de su hermano....." El inglés era engañado por el italiano. "Según mi pobre juicio", dijo, "este documento será de utilidad para nosotros". Después de esto, Clemente pareció que se preocupaba solamente por la salud de Knight, y de repente manifestó un gran interés por él. "Conviene que se apresure a salir", le dijo, "porque es necesario que usted tenga un viaje seguro. Gambara le seguirá después y llevará la comisión". Así, el desconcertado Knight se despidió del papa, quien se deshizo de Da Casale y Gambara de una manera similar; y comenzó a respirar de nuevo. No había diplomacia en Europa con la que se pudiera engañar fácilmente a Roma, incluso en su mayor debilidad.

Ahora era necesario eludir lo de la comisión. Mientras los enviados del rey partían de muy buen humor, pensando en el documento que había de seguirlos, el general de la Observancia española advirtió al pontífice en todos los tonos: "Tenga cuidado en no dar ningún documento que autorice el divorcio, y sobre todo, no permita que este asunto sea juzgado en el reino de Enrique". Los cardenales elaboraron el documento influenciados por De Angelis, y lo convirtieron en una obra maestra de lo insignificante. Si bien la teología ennoblece el corazón, la mala teología, tan fértil en sutilezas, imparte a la mente una habilidad por medios no convencionales; y por lo tanto, los diplomáticos más célebres han sido a menudo los clérigos. Habiendo redactado el acta, el papa despachó tres ejemplares para Knight, Da Casale, y Gambara. Knight estaba cerca de Bolonia cuando el mensajero lo alcanzó. Quedó estupefacto; y alquilando unos caballos de correo, regresó a toda prisa a Orvieto. Gambara avanzaba por Francia hacia Inglaterra con la dispensa inútil que había otorgado el papa.

Knight había pensado encontrar más buena fe en la corte del papa que en la corte de los reyes; y se habían burlado de él. ¿Qué irían a decir Wolsey y Enrique de su disparate? Con su autoestima herida comenzó a creer todo lo que Tyndale y Lutero decían del papado. El primero acababa de publicar *La Obediencia de un Cristiano*, y la *Parábola del Malvado Rico*, en el que representaba a Roma como una de las transformaciones del Anticristo. "El Anticristo", decía en este último tratado, "no es un hombre que de pronto aparece de manera sobrenatural, sino que es

una cosa espiritual, que estaba en el Antiguo Testamento y también en el tiempo de Cristo y los apóstoles, y que ahora está, y estará (no lo dudo) hasta el fin del mundo. Su naturaleza es (cuando es vencido por la Palabra de Dios) salir de la escena por un tiempo, para disfrazarse y luego volver a entrar con un nuevo nombre y un nuevo disfraz. Los escribas y fariseos en el Evangelio eran los anticristos; los papas, cardenales y obispos han recibido sus nuevos nombres, pero todos son una y la misma cosa. Incluso ahora, cuando lo hemos descubierto o detectado, *él va a cambiar una vez más* y se transformará en un ángel de luz. Ya la *bestia*, al darse cuenta que la persiguen, ruge y busca nuevos agujeros para esconderse y cambiar de mil formas con todo tipo de astucias, falsedades, sutilezas y artificios".¹¹⁵ Esta idea, paradójica al principio, poco a poco se fue abriendo paso en las mentes de los hombres. Las prácticas de los romanos fueron haciéndose familiares a los ingleses por las descripciones un tanto toscas de los reformadores. Inglaterra iba a tener muchas de estas lecciones, y así, poco a poco, aprendería a deshacerse de Roma por el bien de su propia gloria y prosperidad.

Knight y Da Casale llegaron a Orvieto casi al mismo tiempo. Clemente respondió con suspiros: "¡Ay! Soy prisionero del emperador. Los imperialistas cada día saquean pueblos y castillos en nuestros territorios..... ¡Miserable de mí! Ya no tengo amigos, excepto al rey vuestro señor, y él está muy lejos..... Si yo hiciera algo ahora para desagradar a Carlos soy un hombre perdido..... Firmar la comisión sería firmar una ruptura eterna con él". Pero Knight y Da Casale litigaron con eficacia ante el cardenal Sanctorum Quatuor, y así presionaron a Clemente, para que el pontífice, sin el conocimiento del español De Angelis, les diera un documento más satisfactorio, pero no como el que Wolsey requería. "Al darles esta comisión", dijo el papa, "estoy renunciando a mi libertad, y tal vez a mi vida. Yo no escucho la voz de la prudencia, sino sólo la del afecto. Yo confío en la generosidad del rey de Inglaterra, que es el amo de mi destino". Entonces comenzó a llorar, y parecía que estaba a punto de desmayarse. Knight, olvidando su enojo, prometió a Clemente que el rey iba a hacer todo lo posible para salvarlo. – "Ah", dijo el papa, "hay un medio eficaz". – "¿Cuál es?", preguntaron los agentes de Enrique. – "M. Lautrec, que dice todos los días que va a venir, pero nunca lo hace", respondió Clemente, "sólo tiene que llevar al ejército francés con prontitud hasta las puertas de Orvieto. Entonces podría excusarme diciendo que me obligaron a firmar la comisión". – "Nada será más fácil", respondieron los enviados, "vamos a ir y acelerar su venida".

Pero Clemente aún no estaba tranquilo. La seguridad de la iglesia romana le preocupaba no menos que la suya propia..... Carlos podría descubrir el truco, y hacer que el papado sufriera por eso. Había peligro por todos los lados. Si el inglés hablaba de *independencia*, ¿no amenazaba el emperador con una *reforma*?... Los príncipes católicos, dijeron los consejeros papales, son capaces, tal vez sin una sola excepción, de apoyar la causa de Lutero para satisfacer una ambición criminal. El papa reflexionó, y retiró su palabra, se comprometió a dar la comisión cuando Lautrec estuviera bajo los muros de Orvieto; pero los agentes ingleses insistieron en

¹¹⁵ Tyndale, *Tratados Doctrinales*, p. 42, 43.

tenerla de inmediato. Para conciliar todo esto, acordaron que el papa debería dar el documento requerido de una vez, pero tan pronto como el ejército francés llegara, se debería enviar otra copia con la fecha del día en que se encontró con Lautrec. "Suplico al rey que mantenga en secreto la comisión que les doy", dijo Clemente VII a Knight; "si inicia el proceso tan pronto como la reciba, estoy perdido para siempre". Así pues, el papa les dio permiso de actuar, con la condición de que no lo hicieran por completo. Knight se despidió el 1 de enero de 1528; prometió al pontífice todo lo que deseaba; y luego, como si temiera alguna nueva dificultad, partió el mismo día. Da Casale, por su parte, después de haber ofrecido al cardenal Sanctorum Quatuor un regalo de 4.000 coronas, que él rechazó, fue a entrevistarse con Lautrec, para rogarle a que obligara al papa a firmar un documento que ya estaba en camino a Inglaterra.

Pero mientras que el asunto parecía ir bien en Roma, se complicaba cada vez más en Londres. El proyecto del rey se divulgó, y Catalina cayó en un profundo dolor. "Voy a protestar", dijo, "en contra de la comisión dada al cardenal de York. ¿No es él el súbdito del rey, el adulador vil de sus placeres?" Catalina no se enfrentaba sola. El pueblo, que odiaban al cardenal, no soportaba verlo investido de tal autoridad. Para aliviar este inconveniente, Enrique decidió pedir al papa otro cardenal que poseyera la autoridad de terminar el asunto en Londres con o sin Wolsey.

Este último estuvo de acuerdo con la medida; hasta es posible que él fuera el primero en sugerirla, porque tenía miedo de asumir él solo la responsabilidad de tan odiosa investigación. En consecuencia, el 27 de diciembre le escribió a los agentes del rey de Roma: "Procuren el envío de un legado, y en particular de uno que esté disponible, fácil, un legado *manejable*.... deseoso de merecer el favor del rey, por ejemplo Campeggio. Ustedes van a solicitar encarecidamente al cardenal seleccionado, que debe viajar con mucho cuidado, y le van a asegurar que el rey se comportará generosamente con él. "

Knight llegó a Asti el 10 de enero, donde encontró las cartas con nuevas órdenes. Este era otro contratiempo; si no era el papa el que le obligaba cambiar de planes, era el rey. La mala suerte perseguía al achacoso secretario de Enrique, un hombre muy susceptible a la fatiga, y ya cansado y agotado por diez dolorosos viajes, estaba de muy mal humor. Decidió permitirle a Gambara que llevara los dos documentos a Inglaterra; encargó a Da Casale, quien no había dejado los territorios del papa, que solicitara el envío del legado; mientras que él iría a Turín a esperar nuevas órdenes. —"Si es buena la idea de su alteza el rey de que yo regrese a Orvieto, lo voy a hacer a costa de mi propio cadáver".

Cuando Da Casale llegó a Bolonia, presionó a Lautrec para que fuera a obligar al pontífice a firmar el acta que Gambara ya estaba llevando a Inglaterra. Al recibir los nuevos despachos regresó a toda prisa a Orvieto, y el papa estaba mucho más alarmado cuando se enteró de su llegada. Había temido otorgar un simple papel destinado a permanecer en *secreto*, ¡y ahora le pedían que enviara un príncipe de la iglesia! ¿Nunca estaría satisfecho Enrique? "La misión que desea está llena de peligros", respondió, "pero hemos descubierto otro medio, solamente calculado para terminar este asunto. Haga de cuenta que no le he dicho nada", añadió el papa en

un tono misterioso; "pero esto fue sugerido por el cardenal Sanctorum Quatuor y por Simonetta". Da Casale prestó toda la atención. "No hay un doctor en el mundo que pueda decidir mejor sobre este asunto, y en las más particulares circunstancias, que el mismo rey. Así que, si él cree sinceramente que Catalina realmente fue la esposa de su hermano, que faculte al cardenal de York para que pronuncie el divorcio, y que le permita tomar otra esposa sin más ceremonia; después él puede exigir la confirmación del consistorio. El asunto está concluido de esta manera, yo asumiré el resto". –"Pero", dijo Da Casale, un tanto insatisfecho con esta nueva intriga, "Debo cumplir con mi misión, y el rey exige un legado". –"¿Y a quién quiere que le envíe?", respondió Clemente. "¿A Da Monte?, él no se puede mover. ¿A De Caesis?, él está en Nápoles. ¿Ara Coeli?, el padece de gota. ¿Piccolomini?, él es del partido imperial... Campeggio sería el mejor, pero él está en Roma, donde está ocupando mi lugar, y no puede dejarlo sin peligro para la iglesia"..... Y luego, con alguna emoción, agregó: "Me arrojo a los brazos de su majestad. El emperador nunca perdonará lo que estoy haciendo. Si se entera de esto, me convocará ante *su concilio*; no tendré descanso hasta que él me haya privado de mi trono y de mi vida".

Da Casale se dio prisa a enviar a Londres el resultado de la conferencia. Clemente, siendo incapaz de desatar el nudo, le pedía a Enrique que lo cortara. ¿Vacilaría este príncipe en emplear un medio tan fácil, si el papa (Clemente mismo lo declaró) estaba dispuesto a ratificar todo?

Aquí se cierra la primera campaña de Enrique en los territorios del papado. Ahora vamos a ver los resultados de tantos esfuerzos.

CAPÍTULO DIEZ

Amenazas Reales Contra Astucias Papales

(Enero a Marzo, 1528)

Nunca habían sentido Enrique y Wolsey una decepción tan grande como la que sintieron después del arribo de Gambara con la comisión; el rey estaba iracundo, el cardenal humillado. Lo que Clemente llamaba el *sacrificio de su vida* en realidad no era más que una hoja de papel para ser arrojada al fuego. "Esta comisión no tiene ningún valor", dijo Wolsey. –"Y aunque la ejecutáramos", añadió Enrique, "¡hay que esperar hasta que los imperialistas hayan abandonado Italia! El papa nos está poniendo fuera del tiempo". –"Su santidad", observó el cardenal, "no se compromete a pronunciar el divorcio; por lo tanto, la reina podría apelar partiendo de nuestro juicio". – "E incluso, si el papa se comprometiera", añadió el rey, "sería suficiente para que el emperador se burlara de él, para hacerlo que se retractara de lo que había prometido". –"Todo ha sido un engaño y una burla", concluyeron el rey y el ministro.

¿Cuál era el siguiente paso que había que dar? La única manera de hacer nuestro a Clemente, pensó Wolsey, es deshacernos de Carlos; era hora de echar abajo su orgullo. En consecuencia, el 21 de enero de 1528, Clarencieux,¹¹⁶ siendo enviado a Francia con instrucciones que no habían sido reveladas a Enrique VIII o a su consejo, hizo una declaración formal de las hostilidades contra Carlos. El rey de Francia actuó de la misma manera. Cuando Carlos se enteró de este proceder, exclamó: "Conozco bien la mano que ha arrojado la antorcha de la guerra en

¹¹⁶ [Clarencieux es el segundo Rey de Armas de Inglaterra. Se le llamó así después del Duque de Clarence, hijo de Eduardo III].

medio de Europa. Mi crimen es no haber colocado al cardenal de York en el trono de San Pedro".

Una mera declaración de guerra no era suficiente para Wolsey; el obispo de Bayona, embajador de Francia, al verlo un día un tanto emocionado, le susurró al oído: "En tiempos pasados, los papas deponían a los emperadores por delitos menores que éstos". La deposición de Carlos habría librado al rey de Francia de un molesto rival; pero Du Bellay, por temor a tomar la iniciativa en una empresa tan riesgosa, sugirió la idea al cardenal. Wolsey reflexionó: ¡Cómo no se me había ocurrido esa idea! Llevando al embajador a un lado de una ventana, juró con *firmeza*, dijo Du Bellay, que le daría mucho gusto utilizar toda su influencia para conseguir que Carlos fuera depuesto por el papa. "No hay nadie más apropiado que usted", respondió el obispo, "para que induzca a Clemente a dar ese paso". –"Voy a usar de todo mi crédito", repuso Wolsey, y los dos sacerdotes se separaron. El cardenal nunca olvidó esta brillante idea; Carlos le había robado la tiara, y él tomaría represalias privando a Carlos de su corona. *Ojo por ojo, y diente por diente*. Staffileo, decano de la Rota, estaba entonces en Londres, y cuando todavía ardía de resentimiento contra el autor del Saqueo de Roma, recibió favorablemente las sugerencias que le hizo Wolsey; y por último, el enviado de Juan de Zápolya, rey electo de Hungría, apoyó el proyecto. Pero los reyes de Francia e Inglaterra no eran tan fácilmente inducidos a poner los tronos de los reyes a disposición de los sacerdotes. Parece, sin embargo, que el papa había sondeado el asunto; y si el emperador era atacado en Italia, es probable que él sufriera las represalias. La espada de uno preservaba la corona del otro; y la trama de los dos obispos falló.

Los consejeros del rey empezaron a buscar medios menos heroicos. "Debemos proseguir con el asunto en *Roma*", dijeron algunos. –"No", decían otros, "en *Inglaterra*. El papa tiene demasiado miedo al emperador como para pronunciar el divorcio en persona". –"Si el papa teme el emperador más que al rey de Inglaterra", exclamó el orgulloso Tudor, "vamos a encontrar otra manera de hacerlo más fácil". Así pues, ante esta primera contradicción, Enrique colocó su mano sobre su espada, y amenazó con romper los lazos que unían su reino con el trono del pontífice italiano.

"¡Ya lo tengo!", dijo por fin Wolsey; "hay que combinar los dos planes: juzguemos el asunto en Londres y al mismo tiempo tratemos con el pontífice en Roma". Y entonces el hábil cardenal propuso el proyecto de una bula, por la cual el papa, delegando su autoridad a dos legados, debería declarar que los actos de esa delegación deberían tener un efecto permanente, sin perjuicio de los decretos contrarios que pudieran emanar posteriormente de su autoridad infalible. Se decidió enviar una nueva misión para llevar a cabo este atrevido plan.

Wolsey, molesto por los pobres resultados de Knight y sus colegas, buscó a hombres de otra estampa. Por lo tanto, puso los ojos en su propio secretario, Stephen Gardiner, un hombre activo, inteligente, flexible y astuto, canónigo ilustre, deseoso de ganar el favor del rey, y, sobre todo, un buen romanista que en Roma no se había aprovechado. Gardiner era una imagen viva en miniatura de su señor, tanto así que a veces el cardenal se refería a él como *la mitad de mí mismo*. Edward Fox, el jefe de la asistencia social, se unió a él; éste era un hombre influyente moderado, muy amigo de Enrique, y un celoso defensor del divorcio. Fox fue nombrado el

primero en la comisión, pero se acordó que Gardiner debería ser el verdadero jefe de la embajada. "Repitan sin cesar", les dijo Wolsey, "que a su majestad no le queda otra cosa que separarse de la reina. Ataquen a cada uno por su lado débil. Asegúrenle al papa que el rey promete defenderlo contra el emperador, y a los cardenales que sus servicios serán recompensados con nobleza. Si eso no basta, dejen que la energía de sus palabras sea tal que produzca un sano temor en el pontífice".

Fox y Gardiner, después de una amable recepción en París (23 de febrero) por parte de Francisco I, llegaron a Orvieto el 21 de marzo, después de muchos peligros, y con sus vestidos en tal desorden que nadie los habría tomado por embajadores de Enrique VIII. "¡Qué ciudad!", exclamaron mientras paseaban por sus calles, "¡qué ruinas!, ¡qué miseria! Por eso es que se llama Orvieto (*urbs vetus*, ciudad vieja)". El estado en que se encontraba la ciudad les dio alguna idea del estado en que se encontraba el papado, y se imaginaron que con un pontífice tan mal presentable sus negociaciones iban a ser de los más fácil. "Les doy mi casa", dijo Da Casale, a los recién llegados, "mi habitación y mi cama"; y como ellos no pusieron objeciones, añadió: "No es posible hospedarlos en otro lugar, incluso, me he visto obligado a pedir prestado lo necesario para recibirlos". Da Casale les apuraba a que se cambiaran de ropas que aún estaban mojadas (acababan de cruzar un río en sus mulas). Ellos contestaron que, al verse obligados a viajar como mensajeros, no habían tenido oportunidad de traer un cambio de ropas de gala. "¡Ay!", dijo Casale, "¿qué vamos a hacer? Hay pocas personas en Orvieto que tienen más de dos prendas; incluso los comerciantes no tienen tela para vender porque la ciudad es un gran prisión. La gente dice que el papa está en libertad aquí. ¡Qué bonita libertad! Escasez, aire impuro, albergues miserables, y mil otros inconvenientes tienen al santo padre más cercado que cuando estaba en el castillo de San Ángel. Figúrense que me dijo el otro día que era mejor estar cautivo en Roma que en libertad aquí".¹¹⁷

Sin embargo, no tardaron en arreglárselas para conseguir un poco de ropa nueva, y estando ya en condiciones más presentables, los agentes de Enrique fueron admitidos a una audiencia después de la cena el lunes 25 de marzo (1528).

Da Casale los condujo a un viejo edificio en ruinas. "Aquí es donde vive su santidad", dijo. Se miraron el uno al otro con asombro, y pasando por entre la basura tirada alrededor, pasaron a través de tres recámaras cuyos techos se habían hundido, cuyas ventanas no tenían cortinas, y en las que "una chusma de treinta personas, estaban de pie contra las burdas paredes a causa de un embargo". Esa era la corte del papa.

Al fin, los embajadores llegaron a la habitación del pontífice y pusieron las cartas de Enrique en sus manos. "Su santidad", dijo Gardiner, "al enviar al rey una dispensa, tuvo el placer de añadir que si este documento no era suficiente, de buena gana daría uno mejor. Ese favor es el que el rey desea ahora". El papa, avergonzado, se esforzaba por suavizar su negativa. "Se me ha informado", dijo, "que el rey ha llevado adelante este asunto de una manera secreta, y que la

¹¹⁷ Documentos de Estado, vii, p. 63.

mujer que ama está lejos de ser digna de él". Gardiner respondió con firmeza: "El rey de verdad desea casarse de nuevo después del divorcio, para que tenga un heredero a la corona; y la mujer que se propone tomar por esposa la motivan los más nobles sentimientos; el cardenal de York y toda Inglaterra rinden homenaje a sus virtudes". El papa parecía muy convencido. "Además", continuó Gardiner, "el rey ha escrito un libro sobre los motivos de su divorcio." –"¡Bien!, vengan mañana para que me lo lean", repuso Clemente.

Apenas habían aparecido al día siguiente los enviados ingleses, cuando ya Clemente había tomado el libro de Enrique; le echó un vistazo mientras caminaba de un lado para otro en la habitación, y luego, sentándose en una larga banca cubierta con una alfombra vieja "que no valía ni veinte peniques", dice un cronista, leyó el libro en voz alta. Contó el número de argumentos, hizo objeciones como si Enrique estuviera presente, y las apiló unas sobre otras sin esperar una respuesta. "Los matrimonios prohibidos en Levítico", dijo en un corto y rápido tono de voz, "se permiten en Deuteronomio; ahora bien, como Deuteronomio viene después de Levítico debemos guiarnos por este último. El honor de Catalina y el emperador está en juego, y el divorcio podría dar lugar a una guerra terrible". El papa continuó hablando, y cuando los ingleses intentaban responder, les pedía que se callaran, y siguió leyendo. "Es un libro excelente", dijo en un tono cortés cuando hubo terminado, "lo guardaré para leerlo otra vez en mi tiempo libre". En seguida Gardiner presentó un proyecto de la comisión que exigía Enrique, a lo cual Clemente respondió: "Es demasiado tarde para mirarlo ahora, déjenlo conmigo". –"Pero tenemos prisa", agregó Gardiner. –"Sí, sí, lo sé", dijo el papa. Todos sus esfuerzos tienden a prolongar el asunto.

El 28 de marzo los embajadores fueron conducidos a la sala en la que el papa solía dormir; con él estaban los cardenales Sanctorum Quatuor y De Monte, así como el concejal de la Rota, Simonetta. Las sillas estaban dispuestas en un semicírculo. "Siéntense", dijo Clemente, que estaba de pie en el centro. "Maestro Gardiner, ahora dígame lo que desea". –"No hay cuestionamientos entre nosotros, excepto en lo del *tiempo*. Usted prometió ratificar el divorcio, tan pronto como éste fuera declarado, y le pedimos que le haga *antes* de que usted se comprometa a dejarlo para *después*. Que lo que es justo en un día, sea justo en otro". Luego, levantando la voz, el inglés añadió: "Si su majestad percibe que no hay más respeto para él que el que se le da a cualquier hombre, tendrá que recurrir a un remedio que no voy a nombrar, pero que no va a fallar en sus efectos".

El papa y sus consejeros se miraron en silencio; habían entendido bien. El imperioso Gardiner, remarcando el efecto que habían producido sus palabras, añadió en un tono absoluto: "Tenemos nuestras instrucciones, y estamos decididos a seguir con ellas". –"Estoy dispuesto a hacer todo lo compatible con mi honor", exclamó Clemente muy preocupado. –"Lo que su honor no lo permite garantizar, el honor de mi rey no le permite solicitar", dijo el orgulloso embajador. El lenguaje de Gardiner se hacía más imperioso cada minuto. "Bien, entonces", dijo Clemente, yéndose al extremo, "voy a hacer lo que el rey demanda, y si el emperador se enoja, no puedo evitarlo." La entrevista, que había comenzado con una tormenta, terminó con un brillo de sol.

Pero este destello brillante desapareció pronto. Clemente, quien imaginó ver en Enrique a Aníbal en la guerra contra Roma, quiso jugar a ser su contemporáneo *Fabius Cunctator* (Fabio el Retrasador). "El que da apresuradamente, da dos veces", dijo Gardiner bruscamente, quien observaba esta maniobra. –"Es una cuestión de derecho", respondió el papa, y como soy muy ignorante en estos asuntos, debo dar a los doctores de la ley canónica el tiempo necesario para que sea todo aclarado". –"Por su retraso Fabio Máximo salvó a Roma ", intervino Gardiner, "pero usted la va a destruir por el suyo". –"¡Ay!", exclamó el papa, "si digo al rey lo que es justo voy a tener que volver a la cárcel". –"Cuando la verdad es lo que importa", dijo el embajador, "¿por qué cuidarse de las opiniones de los hombres?" Gardiner estaba hablando a sus anchas, pero Clemente halló que el castillo de San Ángel no estaba sin peso en la balanza. "Usted puede estar seguro de que voy a hacer todo lo mejor," respondió el Fabio moderno. Con estas palabras terminó la conferencia.

Esas eran las luchas de Inglaterra con el papado; luchas que iban a terminar en una ruptura definitiva. Gardiner sabía que tenía que tratar con un hábil adversario; demasiado astuto para dejarse llevar por la irritación, por eso se propuso fríamente asustar al pontífice, tal como estaba en sus instrucciones. El viernes antes del Domingo de Ramos, fue conducido al cuarto privado del papa; allí encontró a Clemente en compañía de De Monte, Sanctorum Quatuor, Simonetta, Staffileo, Pablo, auditor de la Rota, y Gambara. "Es imposible", dijeron los cardenales, "la concesión de una comisión de decretales en la que el papa pronuncie *de jure* a favor del divorcio, con la promesa de la confirmación *de facto*". Gardiner insistió, pero la persuasión, "ni dulce ni amenazante", pudo mover al pontífice. El enviado juzgó que había llegado el momento de utilizar su batería más fuerte. "¡Oh, generación perversa!", dijo a los ministros del pontífice, "en lugar de ser sencillos como palomas, están llenos de disimulo y malicia como serpientes; prometiendo todo pero cumpliendo nada. Inglaterra se verá impulsada a creer que Dios ha tomado de ustedes la llave del conocimiento, y que las leyes de los papas, tan ambiguas como los papas mismos, sólo sirven para ser echadas al fuego. Hasta ahora el rey ha impedido a su pueblo impaciente sacudirse el yugo romanista, pero ahora les entregará la rienda". Siguió un largo y sombrío silencio. Entonces el inglés, cambiando repentinamente su tono, suavemente se acercó a Clemente, que había abandonado su asiento, y le conjuró en voz baja a que considerara cuidadosamente lo que la justicia requería de él. "¡Ay!", respondió Clemente, "le reitero que yo soy un ignorante en estos asuntos. De acuerdo con las máximas de la ley canónica, *el papa lleva todas las leyes en las tablas de su corazón*, pero lamentablemente Dios nunca me ha dado la *llave* que las abre". Como no podía escapar en silencio, Clemente se retiró al amparo de una broma, y de mala gana pronunció la condena del papado. Si él nunca había recibido la famosa *llave*, no había ninguna razón por la que otros pontífices debieran poseerla. Al día siguiente encontró otra forma de salirse por la tangente, pues cuando los embajadores le dijeron que el rey llevaría a cabo el asunto sin él, suspiró, sacó su pañuelo, y dijo mientras se limpiaba los ojos: "¡Ojalá que estuviera muerto!" Clemente empleaba las lágrimas como una maquinaria política.

Después de esto, Fox y Gardiner dijeron: "No vamos a conseguir la comisión *decretal* (la que pronunciaba el divorcio), y realmente no es necesaria. Exijamos la comisión *general* (la que autoriza a los legados pronunciar el divorcio), y exigamos una promesa que supla al acta que nos fue negada". Clemente, que estaba dispuesto a hacer todas las promesas del mundo, estuvo de acuerdo en ratificar la sentencia de los legados sin demora. Luego, Fox y Gardiner presentaron a Simonetta un proyecto del acta requerida. El decano, después de leerla, la devolvió a los enviados, diciendo: "Creo que es muy buena, salvo *el final*; muéstrenla a Sanctorum Quatuor". A la mañana siguiente llevaron el proyecto al cardenal, quien protestó: "¿Desde cuándo la regla dice que es el paciente el que escribe la receta? Yo siempre pensé que era el trabajo del médico". —"Nadie conoce la enfermedad tan bien como el paciente", contestó Gardiner, "y esta enfermedad puede ser de tal naturaleza que el médico no pueda prescribir el remedio sin pedir la opinión del paciente". Sanctorum Quatuor leyó la receta y luego se las devolvió, diciendo: "No está tan mal, con la excepción *del principio*. Lleven el proyecto a De Monte y a los otros concejeros". Pero a este último no le gustó ni el principio, ni el final, ni lo de en medio. "Enviaremos por ustedes esta noche", dijo De Monte.

Transcurridos tres o cuatro días, los enviados esperaron otra vez al papa, quien les mostró el proyecto preparado por sus consejeros. Gardiner, señalando algunas adiciones, reducciones y correcciones, lo arrojó desdeñosamente al piso, y le dijo con frialdad: "Su santidad nos está engañando, usted ha seleccionado a estos hombres para ser los instrumentos de su duplicidad". Clemente, alarmado, llamó a Simonetta, y después de una acalorada discusión, los enviados, más descontentos que nunca, salieron de la presencia del papa a la una de la mañana.

La noche les trajo sabiduría. "Sólo deseo dos pequeñas palabras más en la comisión", dijo Gardiner al día siguiente a Clemente y Simonetta. El papa pidió inmediatamente a Simonetta que trajera a los cardenales; este último mandó decir que estaban en la cena, y aplazó la reunión hasta el día siguiente.

Cuando Gardiner escuchó este epicúreo mensaje, pensó que el tiempo había llegado para dar un golpe decisivo. Comenzaba una nueva tragedia. "Hemos sido engañados", exclamó, "usted se está riendo de nosotros. Esta no es la manera de ganar el favor de los príncipes. El agua mezclada con vino se echa a perder; sus correcciones nulifican nuestro documento. Estos sacerdotes ignorantes y suspicaces han escrito sobre nuestro proyecto como si un escorpión estuviera escondido debajo de cada palabra. —Ustedes nos ha hecho venir a Italia", les dijo a Staffileo y Gambara, "como halcones a quienes el cazador de aves pone de señuelo un pedazo de carne, y ahora que estamos aquí, la carnada ha desaparecido, y en lugar de darnos lo que buscábamos, pretenden arrullarnos con la dulce voz de las sirenas". Luego, dirigiéndose a Clemente, el enviado inglés añadió: "su santidad tendrá que responder por esto". El papa suspiró y se enjugó las lágrimas. "Fue la voluntad de Dios", continuó Gardiner, cuyo tono se hacía más amenazante a cada minuto, "que viéramos con nuestros propios ojos la disposición de la gente de aquí. Ha llegado el tiempo. Enrique no es un príncipe ordinario, tenga en cuenta que usted está insultando al *defensor de la fe*..... Usted está perdiendo el favor del único monarca que

lo protege; y la silla apostólica, ya tambaleante, caerá hasta el polvo y desaparecerá por completo en medio de los aplausos de toda la cristiandad".

Gardiner hizo una pausa. El papa estaba conmovido. El estado de Italia parecía confirmar con demasiada fuerza las predicciones siniestras del enviado de Enrique VIII. Las tropas imperiales, aterrorizadas y perseguidas por Lautrec, habían abandonado Roma y se retiraban a Nápoles. El general francés estaba siguiendo a este miserable ejército de Carlos V, diezmado por la peste y el libertinaje. Andrea Doria, a la cabeza de sus galeras, había destruido la flota española; sólo Gaeta y Nápoles quedaban en manos de los imperialistas; y Lautrec, que estaba asediando este último lugar, escribió a Enrique el 26 de agosto que todo terminaría pronto. El tímido Clemente VII había seguido con atención todas estas catástrofes. Por eso, cuando Gardiner apenas había anunciado el peligro que amenazaba al papado, se puso pálido, y lleno de espanto se levantó de su asiento, extendió sus brazos con pavor, como si estuviera repeliendo a un monstruo dispuesto a devorarlo, y exclamó: "¡Escriba, escriba! Inserte cualquier palabra que quiera". Al decir esto, se paseaba de arriba a abajo de la habitación, levantaba las manos al cielo y suspiraba profundamente, mientras que Fox y Gardiner, de pie e inmóviles, miraban en silencio. Un viento repentino parecía agitar las profundidades del abismo, los embajadores esperaron a que se calmara la tormenta. Finalmente Clemente se recuperó, dijo unas cuantas excusas triviales, y despidió a los ministros de Enrique. Era pasada de la medianoche.

No fue ni la moralidad, ni la religión, ni incluso las leyes de la iglesia lo que llevó a Clemente a rechazar el divorcio; la ambición y el miedo fueron sus únicos motivos. Hubiera deseado que Enrique fuera el primero en obligar al emperador a restituirle sus territorios. Pero el rey de Inglaterra, que se sentía incapaz de proteger al papa en contra de Carlos, requirió, sin embargo, que este infeliz pontífice provocara la ira del emperador. Clemente cosechó los frutos de ese sistema fatal que había transformado la iglesia de Jesucristo en una combinación lamentable de política y astucia.

Al día siguiente, ya que la tempestad amainó, Sanctorum Quatuor corrigió la comisión. Fue firmada, completada por un sello de plomo unido a un trozo de cuerda, y luego pasó a manos de Gardiner, quien lo leyó. La bula estaba dirigida a Wolsey, "autorizándolo, en caso de que él deba reconocer la nulidad del matrimonio de Enrique, a pronunciar judicialmente la sentencia de divorcio, pero sin el ruido o despliegue de un juicio; para ese propósito puede tomar a cualquier obispo inglés por su colega". –"Todo lo que nosotros podemos hacer ustedes lo pueden hacer", dijo el papa. "Estamos muy dudosos", contestó el importuno Gardiner después de leer la bula, "si esta comisión, sin las cláusulas de *confirmación* y *revocación*, dejará satisfecho a su majestad, pero haremos todo lo posible para conseguir que la acepte". –"Por encima de todo, no hable de nuestros altercados", dijo el papa. Gardiner, como un diplomático discreto, no tuvo escrúpulos en anotar cada detalle en clave en las cartas donde estos detalles se requerían. "Dígale al rey", prosiguió el pontífice, "que de mi parte esta comisión es una declaración de guerra contra el emperador, y que ahora me pongo bajo la protección de su majestad". El jefe de Asistencia Social de Inglaterra partió para Londres con el precioso documento.

Pero una tormenta seguía de cerca a la otra. Fox no había salido completamente de Orvieto cuando nuevas cartas llegaron de Wolsey, exigiendo la cuarta de las actas anteriormente solicitadas, a saber, el *compromiso* de ratificar en Roma cualquier cosa que los comisionados podrían decidir en Inglaterra. Gardiner estaba ocupando ese puesto a *tiempo y fuera de tiempo*; la promesa verbal del papa no contaba para nada; este documento debía tenerse en cuenta, por si el papa estaba enfermo, muriendo o muerto. "*Ego et Rex meus*, su majestad y yo lo demandamos", decía Wolsey; "este divorcio es de mayor consecuencia para nosotros que veinte papados". El enviado inglés renovó la demanda. "Puesto que usted se niega a darnos el decretal", dijo, "no hay razón de mayor peso por la cual deba negarnos el *compromiso*". Esta solicitud dio lugar a otra discusión nueva y a nuevas lágrimas. Clemente iba a ceder una vez más, pero los italianos, más astutos que Gardiner, reservaron una laguna en el documento a través del cual el pontífice pudiera escapar. El mensajero Tadeo se lo llevó a Londres; y Gardiner salió de Orvieto a Roma para entrevistarse con Campeggio.

Clemente era un hombre de mente penetrante, y aunque él sabía tan bien como cualquier otro la forma de entregar un discurso inteligente, estaba indeciso y tímido; y por eso, apenas había salido la comisión, cuando ya se había arrepentido otra vez. Lleno de angustia, se paseaba por las cámaras en ruinas de su palacio, y se imaginó que veía pendiendo sobre su cabeza la terrible espada de Carlos V, cuyo filo ya había sentido. "Soy un miserable", dijo él, "lobos crueles me rodean abriendo sus fauces para tragarme..... no veo más que a enemigos que me rodean. Al frente de ellos está el emperador..... ¿Qué voy a hacer? ¡Ay!, he dado esa fatal comisión que el general de la Observancia Española me había ordenado que negara. Detrás de Carlos vienen los venecianos, los florentinos, el duque de Ferrara..... Ellos echaron suertes sobre mis vestidos.... Luego viene el rey de Francia, que no promete nada, sino que parece estar con los brazos cruzados, o mejor dicho, ¡qué perfidia! Él me hace un llamamiento en este momento crítico para que prive a Carlos V de su corona..... Y por último, pero no menos importante, Enrique VIII, el *defensor de la fe*, se dedica a lanzarme amenazas terribles..... El emperador desea mantener a la reina en el trono de Inglaterra; Enrique quiere abandonarla..... ¡Ojalá que Catalina estuviera en su tumba! Pero, ¡ay! ella vive..... para ser la manzana de la discordia que divide a las dos grandes monarquías y que será la causa inevitable de la ruina del papado..... ¡Miserable de mí! Tan cruel es mi perplejidad que no veo a mi alrededor más que una terrible confusión".

CAPÍTULO ONCE

Las Demandas Desesperadas de Wolsey

(Abril a Julio de 1528)

Durante este tiempo, Fox seguía su camino a Inglaterra. El 27 de abril llegó a París, el 2 de mayo desembarcó en Sandwich y se dirigió inmediatamente a Greenwich a donde llegó al día siguiente a las cinco de la tarde, justo cuando Wolsey había salido para Londres. La llegada de Fox fue un acontecimiento de gran importancia. "Que vaya a los apartamentos de Lady Ana", dijo el rey, "y que me espere allí." Fox le contó a Ana Bolena de los esfuerzos de él y de Gardiner y del éxito de su misión, en la que ella expresó su gran satisfacción. Está claro que ella ya no se resistía al proyecto de divorcio de Enrique. "La señora Ana todo el tiempo me dice 'maestro Esteban'", escribió Fox a Gardiner, "sus pensamientos están llenos de usted." Cuando apareció el rey Ana se retiró.

"Dígame tan brevemente como sea posible lo que ha hecho", dijo Enrique. Fox puso en las manos del rey la insignificante carta del papa que, por orden del rey, su asistente social leyó; luego hizo a un lado lo que venía de Staffileo; y por último, la carta de Gardiner, que Enrique tomó apresuradamente y leyó él mismo. "El papa nos ha prometido", dijo Fox cuando terminó su informe, "confirmar la sentencia de divorcio tan pronto como haya sido dictada por los comisionados". "¡Excelente!", exclamó Enrique, y luego ordenó que Ana fuera llamada. "Repita ante esta dama", le dijo a Fox, "lo que acaba de decirme." El asistente social lo hizo. "El papa

está convencido de la justicia de su causa", dijo en conclusión, "y la carta del cardenal le ha convencido de que mi Lady es digna del trono de Inglaterra". –"Haga su informe a Wolsey esta misma noche", dijo el rey.

Eran las diez en punto cuando el jefe asistente social llegó a la casa del cardenal, que ya se había ido a dormir, pero inmediatamente dio órdenes para que hicieran pasar a Fox a su habitación. Siendo un hombre de iglesia, Wolsey podía entender los artificios del papa mejor que Enrique; por eso, tan pronto como se enteró de que Fox había traído la comisión solamente, empezó a dudar de la tarea que se le había encomendado. "¡Qué desgracia!", exclamó, "su comisión no es mejor que la de Gambara..... Sin embargo, váyase a descansar, voy a examinar estos documentos mañana". Fox se retiró confundido. "No está tan mal", dijo Wolsey al día siguiente, "¡pero toda la carga sigue estando en mí solo! No importa, tengo que aparentar que estoy satisfecho, o de lo contrario....." Por la tarde reunió a Fox, al Dr. Bell, y al vizconde de Rochford. "El maestro Gardiner se ha sobrepasado", dijo el astuto y flexible cardenal, "¡qué hombre!, ¡qué invaluable tesoro!, ¡qué joya de nuestro reino!"

Él no creía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Wolsey estaba satisfecho con todo; con la negativa del *decretal*, y con la elaboración de la *comisión*, así como del *compromiso* (que llegó poco después en buen estado, en lo que al aspecto exterior se refiere). Pero el mal humor del rey recaería infaliblemente en Wolsey; así, dándole buena cara al mal tiempo, rumió en secreto los medios para obtener lo que le había sido denegado. "Escriba a Gardiner", dijo a Fox, "que todo lo que deseo es el *decretal* del papa, la necesidad de desahogar mi conciencia, ser capaz de responder a los calumniadores que atacarán mi discernimiento, y el pensamiento de los accidentes a los que la vida del hombre está expuesto. Deje, entonces, que su santidad pronuncie el divorcio él mismo, y nosotros nos comprometemos por nuestra parte a mantener su resolución en secreto. Pero ordene al maestro Esteban emplear toda clase de persuasión que su *retórica* puede imaginar". Wolsey quería que al menos Campeggio compartiera la responsabilidad del divorcio con él, en caso de que el papa negara el *decretal*.

Esto no era todo; mientras leía el compromiso, Wolsey descubrió el vacío legal que se había escapado a Gardiner, y trató de enmendarlo de esta manera: "El *compromiso* que el papa nos ha enviado", escribió a Gardiner, "está redactado en tales términos que él puede retractarse a placer, por lo que debemos encontrar una *buena manera* para obtener otro. Usted puede hacerlo bajo este simulado pretexto: preséntese ante su santidad con un aire abatido, y dígame que el servicio de mensajería a quien se le confió la conducción de dicho compromiso, cayó en el agua con sus despachos, de manera que los edictos quedaron totalmente desfigurados e ilegibles; que yo no me atreví a entregarlos al rey, y, a menos que su santidad nos otorgue un duplicado, parte de la culpa se le imputará a usted por no tener más cuidado en su transmisión. Y, además, le seguirá diciendo: me acuerdo bien de las expresiones del documento anterior, y para evitar a su santidad problemas, voy a dictárselo a su secretario. Entonces, mientras el secretario esté escribiendo, usted encontrará la forma de intercalar, sin que se dé cuenta, toda la *crema y nata* y

todas las palabras que pueda, para atar al papa y ampliar mis poderes; su alteza el rey y yo confiamos en su buena discreción para esta maniobra política".

De ese tamaño fue el recurso inventado por Wolsey. El secretario papal, imaginando que estaba haciendo una nueva copia del documento original (que estaba, por cierto, en perfecto estado), en realidad estaba elaborando otro de un tenor diferente, siguiendo el dictado del embajador. La "maniobra política" del cardenal-legado, que no era muy diferente a la falsificación, arroja una luz vergonzosa sobre la política del siglo XVI.

Wolsey leyó esta carta al jefe de asistencia social, y luego, para dejar tranquila su conciencia, añadió piadosamente: "En un asunto de tanta importancia, del que depende la gloria o la ruina del reino, mi honor o mi desgracia, la condenación de mi alma o mi mérito eterno, escucharé únicamente a la voz de mi conciencia, y voy a actuar de manera tal que sea capaz de dar cuenta a Dios sin temor".

Wolsey hizo más, parecía que la audacia de sus declaraciones le tranquilizaba con respecto a la bajeza de sus obras. Estando en Greenwich el domingo siguiente, le dijo al rey, en presencia de Fox, Bell, Wolman y Tuke: "Estoy en deuda con su real persona más que cualquier otro súbdito lo haya estado a su príncipe. Estoy dispuesto a sacrificar mis bienes, mi sangre, mi vida por usted..... pero mis obligaciones para con Dios son aún mayores. Por esa causa, en lugar de actuar en contra de su voluntad, voy a soportar los males al extremo. Sufriré su indignación real, y si es necesario, entregaré mi cuerpo para que los verdugos lo corten en pedazos". ¿Cuál podría ser el espíritu que así impulsaba a Wolsey? ¿Fue la ceguera o la imprudencia? Tal vez fue sincero en las palabras que dirigió a Enrique, en el fondo de su corazón podría haber deseado poner al papa por encima del rey, y a la iglesia de Roma por encima del reino de Inglaterra, y este deseo le pudo haber parecido a él una virtud sublime, sobre todo si ocultaba una multitud de pecados. Lo que la conciencia pública llamaba traición, para el sacerdote romanista era heroísmo. Este celo por el papado a veces corría paralelo a la inmoralidad más flagrante. Si Wolsey engañó al papa, fue para salvar al papado en el reino de Inglaterra. Fox, Bell, Wolman y Tuke lo escuchaban con asombro. Enrique, que pensaba que conocía a su hombre, recibió estas santas confesiones sin inmutarse; y el cardenal, habiendo así aliviado su conciencia, prosiguió sin vergüenza con sus iniquidades. Parece, sin embargo, que los reproches hacia su interior que silenciaba en público, tendrían su revancha en secreto. Uno de sus oficiales que entraba en su oficina poco después, presentó una carta dirigida a Campeggio para que la firmara. Esta carta terminaba así: "Espero que todas las cosas se hagan de acuerdo a la voluntad de Dios, al deseo del rey, a la tranquilidad del reino, y a nuestro honor *con un buena conciencia*". El cardenal, después de haber leído la carta, tachó las últimas cuatro palabras. La conciencia tiene un aguijón del que nadie puede escapar, ni siquiera un Wolsey.

Sin embargo, Gardiner no perdió tiempo en Italia. Cuando se encontró con Campeggio (a quien Enrique VIII había dado un palacio en Roma y un obispado en Inglaterra), le rogó que fuera a Londres a pronunciar el divorcio. Este prelado, que había de ser autorizado en 1530 para aplastar el protestantismo en Alemania, parecía destinado a realizar una misión que salvaría el romanismo en Gran Bretaña. Pero orgulloso de su posición en Roma, donde se desempeñaba

como representante del papa, no le importaba un cargo que, sin duda, le traería el odio de Enrique o la ira del emperador. Pidió que lo excusaran. El papa habló en un tono similar. Cuando se le informó de esto al terrible Tudor, empezó a creer que Clemente deseaba enredarlo como el cazador enreda al león en sus faenas, dio rienda suelta a su ira contra Tuke, Fox y Gardiner, pero particularmente contra Wolsey. Razones no faltaban para esta explosión. El cardenal, al percibir que su odio contra Carlos lo había llevado demasiado lejos, fingió que fue sin su autorización que Clarencieux, sobornado por Francia, se aliara con el embajador de Francia para declarar la guerra al emperador, y añadió que él daría muerte al Rey de Armas inglés tan pronto como pasara por Calais. Este era un medio infalible para prevenir revelaciones desagradables. Pero el heraldo, que había sido prevenido, cruzó por Boulogne, y sin que el cardenal se diera cuenta, obtuvo una entrevista con Enrique, ante quien presentó las órdenes que había recibido de Wolsey en tres cartas consecutivas. El rey quedó sorprendido por la imprudencia de su ministro, y exclamó con un juramento: "El hombre en quien yo tenía más confianza me ha dicho todo lo contrario". Entonces llamó a Wolsey y le reprochó severamente por sus falsedades. El pobre hombre temblaba como una hoja de árbol. Parecía que Enrique lo perdonaría, pero el tiempo de su favor ya se había extinguido. A partir de entonces dejó al cardenal como uno de esos objetos que utilizamos durante un tiempo y luego los tiramos cuando ya no tenemos necesidad de ellos.

La ira del rey contra el papa superó a la que sentía contra Wolsey; temblaba de pies a cabeza, se levantaba de su asiento y se sentaba de nuevo, y descargó su ira en el lenguaje más violento: "¿Qué?, agoté mis combinaciones políticas, vacié mi tesoro, hice la guerra a mis amigos, consumí mis fuerzas..... ¿y para quién? para un sacerdote sin corazón que, sin considerar las exigencias de mi honor, ni la paz de mi conciencia, ni la prosperidad de mi reino, ni los numerosos beneficios que le he prodigado, me niega un favor, que él debería, como cualquier padre de los fieles concede hasta a sus enemigos.... ¡Hipócrita! se cubre usted con el manto de la amistad, nos halaga con sus prácticas astutas, pero nos da sólo un documento bastardo, y dice como Pilatos: poco importa si este rey perece, y todo su reino con él, llévenlo y júzguenlo según vuestra ley..... lo entiendo..... desea enredarnos en las zarzas, para que caigamos en su trampa, para atraernos al hoyo..... Pero hemos descubierto el lazo del cazador; vamos a escapar de su emboscada y a desafiar su poder".

Ese era el lenguaje que entonces se escuchaba en la corte de Inglaterra, dice el historiador John Strype. Los monjes y sacerdotes comenzaron a alarmarse, mientras que las mentes más ilustradas ya veían a la distancia los primeros destellos de la libertad religiosa. Un día, en que Enrique estaba probando a sí mismo que era un seguidor entusiasta de las doctrinas romanistas, Sir Tomás Moro estaba sentado en medio de su familia, cuando su yerno William Roper, ahora convertido en un papista empedernido, exclamó: "¡Feliz reino de Inglaterra, donde ningún hereje se atreve mostrar su cara!" –"Eso es cierto, hijo Roper", dijo Moro, "parece como si ahora estuviéramos sentados sobre las montañas, pisando a los herejes bajo nuestros pies como si fueran hormigas, pero le pido a Dios que algunos de nosotros no vivamos para ver el día en que desearemos estar ligados a ellos, sufrir al ver que ellos tendrán sus propias iglesias en paz, de la misma manera que ellos estarán contentos en dejar que nosotros tengamos las nuestras en paz."

Roper respondió airadamente: "¡Por mi palabra, señor, que es muy desesperadamente hablada!". Sin embargo, Moro estaba en lo cierto; un genio es a veces un gran adivino. La Reforma estaba a punto de inaugurar la libertad religiosa, y por este medio colocaría la libertad civil en un fundamento inamovible.

El propio Enrique incrementaba su sabiduría paulatinamente. Comenzó a tener dudas acerca de la jerarquía romana, y se preguntaba si un rey-sacerdote, involucrado en todas las complicaciones políticas de Europa, podría ser la cabeza de la iglesia de Jesucristo. Personas piadosas en su reino reconocían en la Escritura y en la conciencia una ley superior a la ley de Roma, y rechazaban sacrificar sus convicciones morales frente a las demandas de la iglesia, sancionadas por la revelación de Dios. El sistema jerárquico, que pretendía absorber al hombre en el papado, había oprimido la conciencia de los cristianos durante siglos. Cuando la Iglesia Romana había requerido de gente como Berengario, Juan Huss, Savonarola, Juan Wesel, y Lutero, la negación de sus conciencias iluminadas por la Palabra, es decir, por la voz de Dios, había demostrado más claramente cuán grande es la inmoralidad de sus pretensiones al substituir la soberanía del omnipotente Dios por el dominio papal. "Si el cristiano consiente a esta enorme demanda de la jerarquía", dijeron los hombres más ilustrados, "si renuncia a sus propias nociones del bien y el mal en favor del clero; si no se reserva su derecho de obedecer a Dios, quien habla en la Biblia en lugar de los hombres, aún si es un acuerdo universal; si Enrique VIII, por ejemplo, quiere acallar su conciencia, que condena su unión con la viuda de su hermano, al obedecer la voz clerical que lo aprueba; por ese mismo hecho renuncia a la verdad, al deber, e incluso al mismo Dios". Pero hay que añadir que si los derechos de conciencia estaban empezando a ser entendidos en Inglaterra, no se refería a esa clase de temas religiosos como en los que el papa y Enrique estaban enfrascados. Ambos estaban intrigados e insatisfechos, uno deseoso de amor, y el otro de poder.

Sea como fuere, un sentimiento de repugnancia hacia Roma comenzó a florecer en el corazón del rey, que después ya no podría erradicar. De inmediato, puso todo su esfuerzo para atraer a Erasmo a Londres. De hecho, si Enrique se separaba del papa, sus viejos amigos, los humanistas, deberían ser sus auxiliares, y no los doctores heréticos. Pero Erasmo, en una carta fechada el 1º de junio, alegó el débil estado de su salud, los ladrones que infestaban los caminos, las guerras y rumores de guerras que estaban a flote. "Nuestro destino nos guía", dijo, "vamos a cederle el paso". Fue una suerte para Inglaterra que Erasmo no fuera su reformador.

Wolsey observó este cambio en su jefe, y decidió hacer un esfuerzo extenuante para reconciliar a Clemente con Enrique, ya que su propia seguridad estaba en juego. Le escribió al papa, a Campeggio, a Da Casale, a toda Italia. Declaró que si él se arruinaba, el papado se arruinaría también, al menos en lo que se refería a Inglaterra: "Me gustaría obtener la bula *decretal* con mi propia sangre, si fuera posible", agregó. "Aseguraré al santo padre en mi vida como ningún ojo mortal lo verá". Por último, ordenó al jefe de asistencia social que escribiera a Gardiner: "Si Campeggio no viene, *usted nunca volverá a Inglaterra*"; un medio infalible para estimular el celo de su secretario.

Este fue el último esfuerzo de Enrique VIII. El duque de Borbón y el príncipe de Orange no habían empleado antes tanto celo en un año en la ampliación de las murallas de Roma. El fuego de Wolsey había inflamado a sus aliados; ellos argumentaron, suplicaron, rugieron y amenazaron. Los cardenales y teólogos, alarmados, se congregaron al llamado del papa; discutieron el problema, mezclando intereses políticos con los asuntos de la iglesia. Por fin entendieron lo que Wolsey ahora les comunicaba. "Enrique es el defensor más enérgico de la fe", dijeron. "Es sólo accediendo a sus demandas que podemos preservar el reino de Inglaterra para el papado. El ejército de Carlos se encuentra en plena fuga, y el de Francisco triunfa". El último de estos argumentos decidió la cuestión. De pronto el papa sintió una gran simpatía por Wolsey y por la iglesia de Inglaterra; el emperador fue derrotado, por lo tanto, él estaba equivocado. Clemente concedió todo.

Primero, Campeggio deseaba ir a Londres. El pontífice sabía que podía contar con su inteligencia e inflexible adhesión a los intereses de la jerarquía; hasta el cardenal que padecía de la gota podría ser de utilidad, ya que podría ayudar a innumerables retrasos. Luego, el 8 de junio, el papa, que por ese entonces estaba en Viterbo, dio una nueva comisión por la cual confiría a Wolsey y Campeggio la autoridad para declarar la nulidad del matrimonio entre Enrique y Catalina, con libertad para el rey y la reina de formar nuevos lazos matrimoniales. Unos días más tarde se firmó el famoso *decretal* por la que él mismo anulaba el matrimonio entre Enrique y Catalina, pero en lugar de confiarlo a Gardiner, se lo dio a Campeggio, con órdenes de no dejar que saliera de sus manos. Clemente no estaba seguro del curso de los acontecimientos: si Carlos perdía definitivamente su poder, la bula se publicaría de cara a la cristiandad; pero si lo recuperaba, la bula sería quemada. En efecto, las llamas se encargaron de consumir, algún tiempo después, este decreto que Clemente había humedecido con sus lágrimas mientras estampaba su nombre en el papel. Por último, el 23 de julio el papa firmó un *compromiso* válido, por el que declaraba de antemano que toda retractación de estas actas debería declararse nula y sin efecto. Campeggio y Gardiner partieron. La derrota de Carlos era tan completa en Roma como en Nápoles; la justicia de su causa había desaparecido con su ejército.

Por lo tanto, nada faltaba por cumplir a los deseos de Enrique. Campeggio, la comisión, la bula decretal de divorcio firmada por el papa, y el compromiso de dar un valor irrevocable de todas estas actas. Wolsey era el conquistador, ¡pero el conquistador de Clemente!... A menudo había querido montar el inquieto corcel del papado para manejarlo a su voluntad, pero en cada intento el caballo rebelde lo había tirado de la silla. Ahora él se mantenía firme en su silla, y tenía las riendas en sus manos. Gracias a los reveses de Carlos, él era el jefe en Roma. El papado, le gustara o no, debería tomar el camino que había elegido antes de que tuviera tiempo de retroceder. La alegría del rey no tenía límites, y sólo era igualada por la de Wolsey. El cardenal, con un corazón rebosante, deseando demostrar su agradecimiento a los funcionarios de la corte romana, les obsequió alfombras, caballos y copas de oro. Todos los que estaban cerca de Enrique sintieron los efectos de su buen humor. Ana sonrió; la corte se entregó a las diversiones; la gran hazaña estaba a punto de llevarse a cabo, y el Nuevo Testamento sería lanzado a las llamas. La unión entre Inglaterra y el papado parecía confirmada para siempre; y la victoria que Roma

parecía a punto de ganar en las islas británicas podría asegurar su triunfo en occidente. ¡Vanos presagios! Muy diferentes eran los acontecimientos que estaban en el seno del futuro.

LIBRO CUATRO

Los Dos Divorcios

CAPITULO UNO

"Mil Wolseys por una Ana Bolena"

(1528)

Mientras que Inglaterra parecía que estaba unida a la corte de Roma, el curso general de la iglesia y del mundo daba un fuerte presagio cada día de la emancipación de la cristiandad. El respeto que durante tantos siglos se había ganado el pontífice romano era sacudido por todas partes; la Reforma, ya firmemente establecida en varios estados de Alemania y Suiza, se extendía a Francia, los Países Bajos y Hungría, y comenzaba en Suecia, Dinamarca, y Escocia. El sur de Europa aparentemente seguía sumiso a la iglesia de Roma, pero España, en el fondo, poco se preocupaba de la infalibilidad pontificia; e incluso Italia comenzaba a investigar si el dominio papal no era un obstáculo para su prosperidad. Inglaterra, a pesar de las apariencias, también se iba a sacudir el yugo de los obispos del Tíber, y muchas voces fieles ya podían estar oyendo el clamor por reconocer a la Palabra de Dios como la autoridad suprema en la iglesia.

La conquista de la Gran Bretaña cristiana por el papado ocupó todo el siglo VII, como ya hemos visto. El siglo dieciséis fue la contraparte de la séptimo. La lucha que Inglaterra tuvo que sostener con el fin de liberarse de la fuerza que la había esclavizado durante 900 años estaba llena de cambios repentinos, como en los tiempos de Agustín y Oswy. De hecho, esta lucha tuvo lugar en cada uno de los países donde la iglesia fue reformada; pero en ninguna parte puede ser rastreada en sus diversas fases tan claramente como en Gran Bretaña. El trabajo positivo de la Reforma, que consistió en la recuperación de la verdad y la vida tanto tiempo perdidas, fue casi la misma en todas partes; pero en lo que respecta al trabajo negativo, o sea la lucha con el papado, casi podríamos decir que otras naciones se comprometieron con Inglaterra en la tarea en la que ellas iban a ser beneficiadas. Tal vez haya una ingenua percepción en considerar, en la época de la Reforma, las relaciones de la corte de Londres con la corte de Roma como carentes de interés para la fe; pero la historia no piensa lo mismo. Se ha olvidado con demasiada frecuencia que la idea principal de esta contienda no era el divorcio (lo que sólo fue ocasional), sino la contienda misma y sus importantes consecuencias. El divorcio de Enrique Tudor y Catalina de Aragón es un evento secundario, pero el divorcio de Inglaterra y el papado es un evento primario, una de las grandes evoluciones de la historia, un acto creativo (por así decirlo), que sigue ejerciendo una profunda influencia en los destinos de la humanidad. Y por lo tanto, todo lo que esté relacionado con este evento tiene una plena enseñanza para nosotros. Ya un gran número de hombres piadosos se habían sujetado a la autoridad de Dios; pero el rey, y con él la

parte de la nación ajena a la fe evangélica, se aferraba a Roma, a la que Enrique había defendido tan valientemente. La Palabra de Dios había separado espiritualmente a Inglaterra del papado; la *gran cuestión* era separarla materialmente. Existe una estrecha relación entre estos dos divorcios, lo que da gran importancia al proceso entre Enrique y Catalina. Cuando una gran revolución se va a efectuar en el seno de un pueblo (teniendo, en particular, la Reforma a la vista), Dios instruye a la minoría por las Sagradas Escrituras y a la mayoría por las dispensaciones del gobierno divino. Los hechos se encargan de impulsar a quienes la voz más espiritual de la Palabra deja rezagados. Inglaterra, aprovechando esta gran enseñanza de los hechos, desde entonces¹¹⁸ ha creído que es su deber evitar todo contacto con un poder que le había engañado; ha creído que el papado no podía tener el dominio sobre un pueblo sin violar su vitalidad, y que fue sólo con la emancipación de esta dictadura sacerdotal que las naciones modernas han podido avanzar con seguridad en los caminos de libertad, orden y grandeza.

Durante más de un año, como lo testifican las demandas de Enrique, Ana vacilaba en aceptar los galanteos de Enrique. Parecía que ella estaba atrapada entre dos opiniones. El rey desesperado, vio que debía echar mano de otros recursos, y teniendo a Lord Rochford de su lado, le expuso sus planes. El ambicioso padre prometió hacer todo de su parte para influir en su hija. "El divorcio es una cosa ya hecha", le dijo a ella; "no tienes ningún control sobre él. La única cuestión es si serás tú u otra quien dará un heredero a la corona. Ten en cuenta que revoluciones terribles amenazan a Inglaterra si el rey no tiene ningún hijo". Así fue como todo se combinó para debilitar la resolución de Ana. La voz de su padre, los intereses de su país, el amor del rey, y alguna ambición secreta, indudablemente, influyeron en ella para asirse del cetro que se le ofrecía. Estos pensamientos la perseguían en la sociedad, en la soledad, y hasta en sus sueños. Algunas veces se imaginaba en el trono repartiendo dádivas y la Palabra de Dios a la gente; otras, en algún oscuro exilio, llevando una vida inútil de lágrimas e ignominia. Cuando, en el juego de su imaginación, la corona de Inglaterra aparecía toda reluciente frente a ella, al principio la rechazaba, pero después, ese ornamento real le parecía tan hermoso, y el poder que representaba tan envidiable, que lo repelía con menos energía. Sin embargo, Ana seguía negándose a dar el consentimiento tan ardientemente solicitado.

Enrique, abrumado por su vacilación, le escribía con frecuencia y casi siempre en francés. Como la corte de Roma hace uso de estas cartas, que se conservan en el Vaticano, para denigrar a la Reforma, creemos que es nuestro deber citarlas.¹¹⁹ El robo cometido por un cardenal las ha conservado para nosotros; y veremos que, lejos de apoyar las calumnias que se han difundido en el extranjero, por el contrario, tienden a refutarlas. Estamos muy lejos de la aprobación de sus contenidos en su conjunto; pero no podemos negar en la joven, a quienes van dirigidas, la

¹¹⁸ [El lector debe tomar en cuenta que estas palabras fueron escritas a mediados del siglo diecinueve].

¹¹⁹ [Las *Cartas de Amor de Enrique VIII* reimprimadas por la editora Harleian Miscellany, con una introducción de Ladbroke Black, fueron reproducidas por Blandford Press en 1933].

posesión de sentimientos nobles y generosos. Enrique, incapaz de soportar la angustia causada por la negativa de Ana, le escribió, como generalmente se supone, en mayo de 1528:

“Meditando acerca del contenido de sus últimas cartas, me veo acosado por mil pensamientos torturadores y sin saber a qué atenerme, ya que en unas frases creo descubrir una satisfacción y en otras todo lo contrario. Le ruego encarecidamente que me diga cuáles son sus intenciones respecto al amor que existe entre los dos. Necesito a toda costa una respuesta, ya que llevo un año herido por el dardo de su cariño y sin tener aún la seguridad de si hallaré o dejaré de hallar un lugar en su corazón y afecto. Esta incertidumbre me ha privado últimamente del placer de llamarla ‘dueña mía’, ya que no me profesa más que un cariño común y corriente; pero si está dispuesta a cumplir los deberes de una amante fiel, entregándose a mí en cuerpo y alma... yo le prometo que recibirá no sólo el nombre de ‘dueña mía’, sino que apartaré de mi lado a cuantas hasta ahora han compartido con usted mis pensamientos y mi afecto y me dedicaré a servirla a usted sola. Rendidamente suplico una contestación para esta mi carta, pues anhelo saber hasta dónde y para qué puedo contar con usted. Pero si no le es grato contestar por escrito, indíqueme algún lugar donde pueda recibir la respuesta de palabra, y yo acudiré con todo mi corazón. No sigo más por temor a cansarla. Escrito por la mano de quien sólo desea ser de usted, E. Rex.”

Tales fueron los términos cariñosos, y podemos añadir, hasta respetuosos (si tomamos en cuenta al tiempo y al hombre), empleados por Enrique en sus escritos a Ana Bolena. Esta última, sin hacer ninguna promesa, dejó entrever un poco de afecto por el rey, y añadió a su respuesta una joya emblemática que representaba "una doncella solitaria en un barco sacudido por la tempestad", deseando de esa manera darle a entender al príncipe los peligros a los que su amor la exponía. Enrique quedó embelesado, y de inmediato respondió:

“Le doy las gracias de todo corazón por un presente de tan alto valor que ninguna otra cosa podría igualarlo, no sólo por el valioso diamante y la nave en la que se mece la solitaria doncella, sino muy principalmente por el significado que encierra y la humilde sumisión que supone su bondad hacia mí. Su favor siempre trataré de preservar; tal es mi firme intención y esperanza, según el lema *aut illic aut nullibi* (aquí o en ninguna parte). Las demostraciones de su afecto son de tal categoría, y los elevados pensamientos de su carta se hallan tan cordialmente expresados, que me obligan a honrarla, amarla y servirla sinceramente y para siempre, rogándole que continúe en el mismo firme y constante propósito, y asegurándole que, por lo que a mí incumbe, no sólo he de corresponderle debidamente, sino sobrepasarla en lealtad de corazón, con tal de complacerla. Igualmente deseo que, si alguna vez con anterioridad a esta fecha, la hubiera ofendido de algún modo, me diera la misma absolución que pide de mí, asegurándole que, de aquí en adelante, mi corazón estará dedicado solamente a usted.... Y así será, queriéndolo Dios, *a quien ruego diariamente* para este fin, en la esperanza de que *mis plegarias sean al fin*

escuchadas. Deseando que el tiempo que haya de transcurrir sea corto, aunque a mí me va a parecer muy largo hasta que podamos vernos. Escrito por la mano de ese secretario que de alma, cuerpo y voluntad es su leal y más seguro servidor, E. T. Rex”.¹²⁰

Enrique era un amante apasionado, y la historia no está llamada a reivindicar ese cruel príncipe; pero en la carta anterior no podemos descubrir el lenguaje de un seductor. Es imposible imaginar el rey rogando a Dios *diariamente* nada más que para pedir una unión legal. Estas oraciones diarias parecen presentar el asunto bajo una luz diferente a la que los escritores romanistas han imaginado.

Enrique se creía más aventajado de lo que realmente era. Entonces Ana se echó para atrás; avergonzada por el cargo que ocupaba en la corte, le solicitó uno de menos altura. El rey se lo concedió, aunque muy molesto al principio:

"No obstante que no es de caballeros poner a su *amante* en la situación de una *empleada*, sin embargo, siguiendo sus deseos, yo voluntariamente lo concedo, si por esos medios usted está menos incómoda en el lugar que usted haya elegido, que en donde yo ya la había colocado. Le doy las gracias cordialmente porque se haya dignado todavía tenerme en su recuerdo. H.T."

Ana, después de haberse retirado a la residencia de su padre en el castillo Hever en el mes de mayo, el rey le escribió de la siguiente manera:

“Mi amante y mi amiga: Mi corazón y yo nos rendimos en sus manos, y suplicamos que nos encomienden a su gentileza, y que a causa de la ausencia su afecto no disminuya hacia nosotros. Porque eso aumentaría nuestro dolor, lo que sería una gran pena, puesto que la ausencia ya de por sí es suficiente, mucho más de la que nunca pensé que se podría sentir. Esto trae a mi mente un hecho de la astronomía, el de que cuanto más lejos se encuentre el sol, más abrasador es el calor. Lo mismo ocurre con nuestro amor: la ausencia ha puesto distancia entre nosotros; sin embargo, el fervor aumenta, al menos por mi parte. Espero lo mismo de usted, asegurándole que en mi caso la angustia de la ausencia es tan grande que sería intolerable si no fuera por la firme esperanza que tengo en su afecto imperecedero por mí. Para recordároslo y porque no puedo estar en persona en su presencia, le envío la cosa que se aproxima lo máximo posible, es decir, mi retrato... dispuesto en un brazalete, deseando estar en su lugar cuando le plazca. De la mano de su servidor y amigo, E. T. Rex”.

¹²⁰ Después de la firma viene un dibujo de un corazón con las letras AB, formando la frase en francés *Nulle autre que A B ne cherche H. T* (Enrique busca a Ana Bolena, no a otra).

Presionado por su padre, sus tíos, y por Enrique, la firmeza de Ana se tambaleó. Esa corona, rechazada por Renée y Margarita, deslumbró a la joven inglesa, y cada día encontraba un nuevo encanto en ella; y familiarizándose gradualmente con su nuevo futuro, dijo al fin: "Si el rey queda libre, estaré dispuesta a casarme con él". Este fue un gran error, pero Enrique estaba en la cúspide de la alegría.

Los cortesanos seguían de cerca estas muestras de afecto del rey, y ya estaban preparando la clase de homenaje que le ofrecerían a Ana Bolena. Pero había un hombre en la corte a quien la resolución de Enrique llenó de tristeza, y este era Wolsey. Él había sido el primero en sugerir al rey la idea de separarse de Catalina, pero si Ana iba a ser su sucesora, no debía haber divorcio. Él al principio se había alejado del partido de Catalina, y ahora iba a irritar al de los Bolena; en consecuencia, comenzó a temer que, cualquiera que fuera el resultado de este embrollo, sería la causa de su ruina. Tomó caminatas frecuentes en su parque de Hampton Court acompañado del embajador de Francia John du Bellay, el confidente de sus penas: "Estoy dispuesto a perder uno de mis dedos", dijo, "si tan sólo pudiera tener una conversación de dos horas con el rey de Francia". En otra ocasión, imaginando que toda Inglaterra le perseguía, le dijo alarmado: "Mi señor el rey y todos sus súbditos desearán asesinarme; caerán sobre mí con más fuerza que con los turcos, y toda la cristiandad se levantará contra mí". Al día siguiente Wolsey, para ganar al embajador de Francia, le contó una larga historia de lo que había hecho por Francia *contra los deseos de toda Inglaterra*: "Necesito mucha destreza en mis tácticas", añadió, "y debo utilizar una terrible *alquimia*". Pero la alquimia no pudo salvarlo. Rara vez se ha encubierto tanta angustia bajo tanta grandeza. Du Bellay se enterneció al ver los sufrimientos del hombre infeliz. "Cuando él se desahoga", le escribió a Montmorency, "dura todo un día suspirando continuamente. Usted nunca ha visto a un hombre tan angustiado".

En realidad, Wolsey estaba perdiendo la razón. Esa idea fatal del divorcio era la causa de todos sus males, y para poder recobrarla, él hubiera dado, no sólo un dedo, sino un brazo, y tal vez más. Ya era demasiado tarde; Enrique llevaba su carro cuesta abajo, y el que tratara de detenerlo habría sido aplastado bajo sus ruedas. Sin embargo, el cardenal trató de obtener algo. Francisco había interceptado una carta de Carlos V en la que el emperador hablaba del divorcio como una posibilidad de levantar a la nación inglesa en rebelión. Wolsey hizo llegar esta carta al rey con la esperanza de que lo pusiera preocupado, pero Enrique sólo *frunció el ceño*, y Du Bellay, a quien el monarca atribuía el informe de esos presagios de Carlos, recibió "un suave latigazo". Este fue el único resultado de la maniobra.

Wolsey decidió abordar este importante tema de una manera directa. Este paso podría significar su ruina, pero si tenía éxito estaría a salvo y el papado con él. De acuerdo con esto, un día (poco antes de que estallara la enfermedad del sudor, dice Du Bellay, probablemente en junio de 1528) Wolsey rogó abiertamente al rey para que renunciara a su propósito; su propia reputación, le dijo, la prosperidad de Inglaterra, la paz de Europa, la seguridad de la iglesia, todo lo requería; además de que el papa nunca le concedería el divorcio. Mientras el cardenal hablaba, el rostro de Enrique se puso morado, y antes de que hubiera concluido, la ira del rey estalló. "El

rey utilizó terribles palabras", dijo Du Bellay. Habría dado mil Wolseys por una Ana Bolena. "Sólo Dios puede separarme de ella", fue su más decidida resolución.

Wolsey, ya no dudó de su desgracia, y, por lo tanto, comenzó a tomar sus medidas. Comenzó a hacer edificios en varios lugares con el fin de ganarse el afecto de la gente común; y dio mucha importancia a sus obispados para que pudieran asegurarle un retiro fácil; era afable con los cortesanos, y así cubrió la tierra con flores para amortiguar su caída. Luego suspiraba como si estuviera disgustado con todos los honores, y prefería los encantos de la soledad. Hizo más que esto. Al ver claramente que la mejor manera de recuperar el favor del rey sería reconciliarse con Ana Bolena, le obsequió hermosos regalos y le aseguró que todos sus esfuerzos ahora estarían dirigidos a prepararle el trono de Inglaterra. Ana, creyendo en estas declaraciones, respondió que a su vez ella le ayudaría, "mientras su cuerpo tuviera aliento". Hasta el propio Enrique no dudaba de que el cardenal hubiera aprendido bien su lección.

Así pues, todas las partes estaban agitadas y nerviosas; Enrique que deseaba casarse con Lady Ana, los cortesanos que querían deshacerse de Wolsey, y éste que deseaba permanecer en el poder; cuando un serio acontecimiento pareció poner a cada uno en armonía con su prójimo. A mediados de junio la terrible enfermedad del sudor (*sudor anglicus*) estalló en Inglaterra. Los ciudadanos de Londres, "en grandes cantidades como moscas", dice Du Bellay, sentían de repente dolores en la cabeza y el pecho, y corrían presurosos de las calles o de las tiendas a sus casas, comenzaban a sudar y se iban a sus camas. La enfermedad hacía un espantoso y rápido progreso, un calor ardiente invadía sus extremidades, y si podían desvestirse por ellos mismos, el sudor cesaba, entraban en delirio y en cuatro horas las víctimas estaban muertas y "tiesas como una pared", dice el embajador francés. Todas las familias estaban de luto. Sir Tomás Moro, de rodillas junto al lecho de su hija, se echó a llorar, y pidió a Dios que salvara a su amada Margarita. Wolsey, quien se encontraba en Hampton Court, sin sospechar nada del mal, llegó a Londres como de costumbre para presidir la corte de la cancellería, pero ordenó de inmediato que sus caballos fueran ensillados de nuevo y se volvió por donde había venido. En cuatro días dos mil personas habían muerto en Londres.

La corte estuvo en un principio a salvo del contagio, pero al cuarto día, una de las damas de Ana Bolena fue atacada; esto fue como si un rayo hubiera caído sobre el palacio. El rey se retiró a toda prisa a una distancia de doce millas, pues no estaba preparado para morir. Ordenó a Ana que regresara con su padre, invitó a la reina a reunirse con él, y fijó su residencia en Waltham. Su verdadera conciencia se despertó sólo en presencia de la muerte. Cuando cuatro de sus asistentes y un fraile confesor de Ana cayeron enfermos, el rey partió para Hunsdon. Apenas había estado allí dos días cuando Powis, Carew, Cartón y otros de su corte, fallecieron en dos o tres horas. Enrique había conocido a un enemigo al que no podía vencer. Abandonó el lugar que había sido atacado por la enfermedad; se trasladó a otro sitio, y cuando la enfermedad caía sobre alguno de sus asistentes en su nuevo retiro, lo volvía a dejar para buscar un nuevo asilo. El terror le heló la sangre, deambulaba perseguido por esa terrible guadaña que en cualquier momento podía acabar con él; cortó toda comunicación, aún con sus sirvientes, se encerró en una habitación en la parte superior de una torre aislada; comía solo, y no veía a nadie, excepto a su

médico; oró, ayunó, confesó, se reconcilió con la reina; tomaba el sacramento cada domingo y los días festivos; recibió a su *Hacedor*, para usar las palabras de un caballero de su cámara, y la reina y Wolsey hicieron lo mismo. Pero eso era todo; su concejal, Sir Brian Tuke, estaba enfermo en Essex; pero eso no importaba, el rey le ordenó venir a él, incluso en su litera; y el 20 de junio, Enrique, después de oír tres misas (lo que nunca había hecho antes en un día) le dijo a Tuke: "Quiero que escriba *mi voluntad*". Él no era el único que tomó esa precaución, "*cientos de miles* hicieron lo mismo", dice Du Bellay.

Durante este tiempo, Ana en su retiro en Hever estaba tranquila y serena; rezaba mucho, sobre todo por el rey y por Wolsey. Pero Enrique, mucho menos sumiso, estaba muy ansioso. "Las dudas que he tenido acerca de su malestar", le escribió a ella, "me han perturbado y asustado en exceso; pero ahora, puesto que no ha tenido síntomas, espero que siga así, tanto usted como nosotros..... Le ruego, mi bien amada, que no se atemorice, o será demasiado incómodo para nuestra ausencia, porque donde quiera que esté, yo soy siempre suyo. Y sin embargo, a veces tenemos que aceptar nuestras desgracias, porque cualquiera que tenga que luchar contra el destino, estará generalmente mucho más lejos de lograr su fin. Por tanto, esté usted tranquila y tenga valor, y sobrelleve esta desgracia hasta donde sea posible".

Al no recibir noticias, la inquietud de Enrique aumentó, y envió a Ana un mensajero y una carta: "Para cumplir con el deber de un verdadero servidor, le envío esta carta, rogándole que me informe de su salud, la cual espero siga siendo buena por mucho tiempo, así como la mía propia".

Los temores de Enrique estaban bien fundados, la enfermedad se hizo más severa; en cuatro horas dieciocho personas murieron en el arzobispado de Canterbury; la misma Ana Bolena y su hermano también se contagiaron. El rey se preocupó en extremo; sólo Ana parecía estar en calma; la fuerza de su carácter superó a los temores exagerados; pero sus enemigos le atribuyeron su calma a otros motivos. "Su ambición es más fuerte que la muerte", dijeron. "El rey, la reina y el cardenal tiemblan por sus vidas, pero ella..... ella estaría contenta si muriera como una reina". Enrique una vez más cambió su residencia. Todos los caballeros de su consejo privado fueron atacados excepto uno; "el rey se quedó solo, aislado", dice Du Bellay, y se confesaba todos los días. Le escribió de nuevo a Ana, enviándole a su médico, el Dr. Butts: "La noticia más desagradable que puede ocurrir vino a mí de repente en la noche; y vino de tres maneras. Una, la noticia de la enfermedad de mi amada, a quien estimo más que todo el mundo, y cuyo estado de salud deseo como si fuera el mío. Me gustaría tener de buena gana la mitad de lo que usted sufre para que se curara. La segunda, el temor de que voy a tener que soportar mi fastidiosa ausencia mucho más tiempo, lo que me ha traído hasta ahora toda la aflicción que es posible; y cuando sombríos pensamientos llenan mi mente, entonces le pido a Dios que quite de mí esas problemáticas y rebeldes ideas. La tercera, que mi médico, en quien tengo más confianza, está ausente. Sin embargo, a falta de él, también yo le envío a mi segundo médico, y espero que pronto usted se mejorará con él. Y si es así, lo voy a apreciar más que nunca. Le suplico que siga sus instrucciones en su enfermedad. Haciendo esto, espero pronto volver a verla, que es para mí un consuelo, más grande que todas las piedras preciosas del mundo".

La peste pronto estalló con más violencia en torno a Enrique; alarmado, huyó a Hatfield, llevando consigo sólo los caballeros de su cámara; e inmediatamente abandonó ese lugar para ir a Tittenhanger, una casa perteneciente a Wolsey, desde donde ordenó procesiones generales en todo el reino con el fin de evitar este flagelo de Dios. Al mismo tiempo, escribió a Wolsey: "Tan pronto como alguno se enferme en el lugar donde usted se encuentre, huya a otro; y así vaya de lugar a lugar". El pobre cardenal estaba aún más espantado que Enrique. Tan pronto como sentía la más mínima transpiración, se veía a sí mismo un hombre muerto. "Ruego a vuestra Alteza", escribió temblando al rey el 5 de julio, "que muestre piedad por mi alma; estas son tal vez las últimas palabras que dirijo a usted El mundo entero verá por mi último testamento que no ha concedido su favor a un hombre ingrato". El rey, dándose cuenta de que la mente de Wolsey estaba afectada, le propuso "hacer a un lado el miedo y las fantasías ", y tener un humor alegre en medio de la muerte.

Por fin, la enfermedad comenzó a disminuir, y de inmediato el deseo de ver a Ana revivió en el pecho de Enrique. El 18 de agosto ella reapareció en la corte, y todos los pensamientos del rey otra vez estaban empeñados en el divorcio.

Pero este asunto parecía proceder en sentido inverso a sus deseos. No había noticias de Campeggio; ¿se perdió en los Alpes o en el mar? ¿Hizo su gota que se detuviera en algún pueblo, o el anuncio de su partida fue sólo una finta? Ana Bolena se sentía incómoda, pues daba gran importancia a la llegada de Campeggio. Si la Iglesia anulaba el primer matrimonio del rey, Ana, viendo el principal obstáculo eliminado, pensaba que podría aceptar la mano de Enrique. Por consiguiente, le escribió a Wolsey: "Tengo muchos deseos de tener noticias tuyas sobre el legado, porque yo espero que (viniendo de usted) serán muy buenas". El rey añadió en una posdata: "El no tener noticias de la llegada del legado a Francia nos lleva un poco a reflexionar. No obstante confiamos que por su diligencia y vigilancia (con la ayuda de Dios Todopoderoso) pronto terminen estos problemas".

Pero seguía sin haber noticias. Mientras se esperaba al largamente deseado embajador, todos en la corte inglesa jugaban su papel tan bien como podían. Ana, ya fuera por motivos de conciencia, por prudencia o modestia, rechazaba los honores que el rey le prodigaba, y nunca se acercaba a Catalina si no era con muestras de profundo respeto. Wolsey aparentaba que estaba a favor del divorcio, cuando en realidad lo temía, como predestinado a causar su ruina y la del papado. Enrique se esforzaba por ocultar los motivos que lo impulsaban a separarse de la reina; a los obispos les hablaba de su *conciencia*, a la nobleza de un *heredero*, y a todos de la triste obligación que le impulsaba a separarse de la amada princesa de manera justa. Por lo pronto, parecía vivir en los mejores términos con ella, según lo que dice Du Bellay. Pero Catalina fue la que mejor disimuló sus sentimientos; ella vivía con el rey como en sus días más felices, trataba a Ana con toda clase de atenciones, adoptó una forma elegante de vestir, animó la música y el baile en sus apartamentos, frecuentemente aparecía en público, y parecía deseosa de captar la buena voluntad de Inglaterra por sus amables sonrisas. Esta era una comedia triste, destinada a terminar en una tragedia llena de lágrimas y agonía.

CAPÍTULO DOS

La Escritura y la Propagación del Despertamiento

(1527-1529)

Si bien estas escenas estaban teniendo lugar en los palacios reales, muy diferentes discusiones se desarrollaban en medio del pueblo. Después de habernos detenido durante algún tiempo en las agitaciones de la corte, gustosamente volvemos a los discípulos humildes de la divina Palabra. La Reforma de Inglaterra (y esta es su característica) nos lleva del rey en su trono al humilde artesano trabajador en su casa rural; y entre estos dos extremos nos encontramos con el doctor en su universidad, y el sacerdote en su púlpito.

Entre los jóvenes formados en Cambridge bajo la instrucción de Barnes, y que lo habían ayudado en el momento de su juicio, estaba Miles Coverdale, que después sería obispo en Exeter; un hombre que se distinguía por su celo en el evangelio de Jesucristo. Algún tiempo después de la caída del prior, en la víspera de Pascua de 1527, Coverdale y Cromwell se reunieron en la casa de Tomás Moro, cuando Cromwell exhortó al estudiante de Cambridge para que se dedicara al estudio de la enseñanza sagrada.¹²¹ El desliz de su desdichado maestro había puesto en guardia a Coverdale, y sentía la necesidad de retirarse de la actividad pública que había resultado tan fatal para Barnes. Por lo tanto, se volvió hacia las Escrituras, las leía una y otra vez, y percibía, como Tyndale, que la reforma de la iglesia debería ser efectuada por la Palabra de Dios. La inspiración de la Palabra, el único fundamento de su autoridad soberana, había impactado a Coverdale. "Dondequiera que la Escritura se conoce reforma todas las cosas y pone todo en su lugar. ¿Y por qué? Porque es dada por *inspiración de Dios*".¹²² Este principio fundamental de la Reforma en Inglaterra es el mismo de la iglesia para cada época.

Coverdale se hallaba feliz con sus estudios: "¡Ahora empiezo a saborear las Sagradas Escrituras!", dijo. "¡A Dios sea la gloria! Estoy frente al más dulce aroma de las letras

¹²¹ Coverdale's *Remains* (Parker Society), p. 490. El editor de "*Remains*" fecha la carta a Cromwell el 1º. de mayo de 1527. Otros la asignan a una fecha posterior.

¹²² Ibid, p. 10.

sagradas".¹²³ Él no paró allí, sino que pensó que era su deber intentar en Inglaterra la obra que Tyndale estaba realizando en Alemania. La Biblia era tan importante a los ojos de los cristianos, que se llevaron a cabo simultáneamente dos traducciones. "¿Por qué otras naciones", dijo Coverdale, "están siempre bien provistas de las Escrituras en su lengua materna que nosotros?"¹²⁴ – ¡"Cuidado con traducir la Biblia!", exclamaron los partidarios de los escolásticos, "su labor sólo causará divisiones en la fe y en el pueblo de Dios"¹²⁵ – "Dios ha dado a su iglesia", respondió Coverdale, "los dones de la traducción e impresión, hay que mejorarlos". Y si algún amigo hablaba de la traducción de Tyndale, él contestaba: "¿No sabes que cuando varios cazadores están disparando juntos, cada uno hace su mejor esfuerzo para dar en el blanco?"¹²⁶ – "Pero la Escritura debe existir sólo en latín", objetaban los sacerdotes. – "No", respondía Coverdale otra vez, "el Espíritu Santo es el autor de ella en hebreo, griego, francés, holandés, inglés, así como en latín..... La Palabra de Dios tiene el mismo valor y autoridad en cualquiera idioma en el que el Espíritu Santo hable en ella".¹²⁷ Esto no significa que las traducciones de las Sagradas Escrituras sean inspiradas, sino que la Palabra de Dios, fielmente traducida, siempre posee una autoridad divina.

Así fue como Coverdale determinó traducir la Biblia, y, para adquirir los libros necesarios, escribió a Cromwell, quien, durante sus viajes, había hecho una colección de estos preciosos escritos. "Nada deseo más en el mundo que los libros, para incrementar mi conocimiento", escribió; "como Jacob, que bebió del rocío del cielo..... así quiero beber de sus aguas."¹²⁸ Cromwell no negó a Coverdale sus tesoros. "Puesto que el Espíritu Santo ha movido a otros a asumir el costo de esta obra", exclamó este último, "Dios me da valor para realizar el mismo trabajo".¹²⁹ Y comenzó sin demora, diciendo: "Todo aquel que no cree en la Escritura, no cree en Cristo; y quien la rechaza, también rechaza a Dios".¹³⁰ Esos fueron los cimientos de la iglesia reformada en Inglaterra.

Coverdale no se echó a costas traducir las Escrituras como una simple tarea literaria; el Espíritu que lo había inspirado le habló a su corazón, y probando de sus promesas que dan vida, manifestó su felicidad en cantos sagrados, como éste:

¹²³ Ibid, p. 490

¹²⁴ Ibid., p. 12.

¹²⁵ Ibid.

¹²⁶ Ibid., p. 14

¹²⁷ Ibid., p.26

¹²⁸ Ibid., p. 491

¹²⁹ Ibid., p. 10

¹³⁰ Ibid., p. 19

Alegraos ahora, todos vosotros cristianos,
Y regocijémonos sinceramente.
No se puede describir con la pluma,
Esa bondad que hemos recibido por la misericordia de Dios,
Cuyo amor para con nosotros no termina jamás.
Él lo ha hecho por nosotros como un amigo;
Démosle gracias de todo corazón.

Estas palabras de amor él me habló:
Yo libraré tu alma del sepulcro;
Estoy dispuesto a hacerlo por ti,
Y para mi propio bien te he guardado.
Tú estarás conmigo, porque eres mío;
Y yo estaré contigo, porque tuyo soy;
Tal es mi amor, no te puedo mentir.

Ellos derramarán mi preciosa sangre,
Y quitarán mi vida también;
Porque voy a sufrir todo por tu bien.
Ten esto por seguro, donde quiera que tú vayas.
Porque aún me levantaré otra vez;
Tus pecados los llevaré, a pesar del dolor,
Para hacerte salvo y libre de aflicción.

Coverdale no disfrutó por mucho tiempo en la soledad que anhelaba. Varias razones le movieron a dejar su retiro de estudio bíblico. Un avivamiento estaba teniendo lugar en Essex; John Tyball, un habitante de Bumpstead, que había encontrado en Jesucristo el *verdadero pan del cielo*, no se conformó con eso. Un día, mientras leía en la Primera Epístola a los Corintios estas palabras: "comed de este pan... bebed de esta copa", repetidas cuatro veces en unos pocos versículos, quedó convencido de que no había transubstanciación. "Un sacerdote no tiene poder para crear el cuerpo del Señor", dijo; "Cristo está realmente presente en la eucaristía, pero lo está sólo *para aquel que cree*, y por una presencia y acción espiritual solamente". Tyball, disgustado con el clero romanista y su culto, estaba convencido de que los cristianos están llamados a un sacerdocio universal, sin necesidad un ministerio especial; y, aunque no negaba los oficios mencionados en la Biblia, como algunos cristianos lo habían hecho, él les restaba importancia. "La clase sacerdotal no es necesaria", dijo; "todo laico puede administrar los sacramentos, como cualquier sacerdote". Richard Foxe, ministro de Bumpstead, junto con un fraile franciscano de Colchester llamado Meadow, se convirtieron por la predicación enérgica de Tyball.

Coverdale, que no vivía lejos de esas comunidades, después de haber oído hablar de este despertamiento religioso, llegó a Bumpstead, y subió al púlpito en la primavera de 1528 para proclamar los tesoros contenidos en la Escritura. Entre sus oyentes estaba un monje agustino llamado Topley, quien había suplido a Foxe durante su ausencia. Este monje, durante su estancia en la casa parroquial, había encontrado una copia del *Hombre Malvado* de Wickliffe, que leía

con avidez. Su conciencia fue tocada por esta obra y todo parecía tambalearse a su alrededor. Había ido a la iglesia lleno de dudas, y después del servicio esperó al predicador, exclamando: "¡Oh, mis pecados, mis pecados!" "Confiesa a Dios", dijo Coverdale, "y no a un sacerdote. Dios acepta la confesión que viene del corazón, y borra todos sus pecados".¹³¹ El monje creyó en el perdón de Dios, y se convirtió en un ferviente evangelista de aquella región.

La Palabra divina apenas había encendido una antorcha, cuando ya se prendía otra. En Colchester, en el mismo condado, un noble hombre llamado Pykas, había recibido una copia de las Epístolas de San Pablo de su madre, con este consejo: "Hijo mío, vive de acuerdo a estos escritos, y no según la enseñanza del clero". Algún tiempo después, Pykas compró un Nuevo Testamento, "lo leyó a fondo muchas veces" y un cambio total se operó en él. "Debemos ser bautizados por el Espíritu Santo", dijo, y esas palabras llegaron como un aliento de vida a sus oyentes sencillos.

Un día, Pykas habiendo oído que Bilney, el primero de los doctores de Cambridge que había conocido el poder de la Palabra de Dios, estaba predicando en Ipswich, se dirigió hacia allá, porque nunca se negaba a escuchar a un sacerdote que proclamaba la verdad. "¡Oh, qué sermón!, ¡qué llenura del Espíritu Santo!", exclamó Pykas.

Durante ese período de reuniones, los hermanos en Cristo (porque así se les llamaba) aumentaron en número. Ellos leían el Nuevo Testamento, y cada uno compartía con los demás lo que había recibido para la instrucción de todos. Un día, cuando el capítulo veinticuatro de Mateo había sido leído, Pykas, que a veces erraba en la interpretación espiritual de la Escritura, comentó: "Cuando el Señor declara que *no quedará piedra sobre piedra del templo que no sea derribada*, habla de aquellos sacerdotes altaneros que persiguen a los que ellos llaman herejes y pretenden ser el templo de Dios. Dios los destruirá a todos ellos". Después de protestar contra el sacerdote, protestó contra la hostia: "El cuerpo real de Jesucristo está en la Palabra", dijo. "Dios está en la Palabra, la Palabra está en Dios. Dios y la Palabra no se pueden separar. Cristo es la Palabra viviente que alimenta el alma". Predicadores humildes como estos se multiplicaron. Incluso las mujeres sabían las epístolas y los evangelios de memoria. Marion Matthew, Dorothy Long, Catherine Swain, Alice Gardiner, y sobre todas ellas, la esposa de Gyrling, que había servido juntamente con un sacerdote recientemente quemado por hereje, participaban de estas reuniones evangélicas. Y no era sólo en las casas rurales que las buenas nuevas eran proclamadas; Bower Hall, la residencia de los escuderos de Bumpstead, estaba abierta a Foxe, Topley y Tyball, quienes a menudo leían las Sagradas Escrituras en el gran salón de la mansión, en presencia del capitán y toda su familia. Era esta una humilde reforma más real que la efectuada por Enrique VIII.

Había, sin embargo, cierta diversidad de opiniones entre estos hermanos. "Todos los que han empezado a creer", decían Tyball, Pykas y otros, "deben reunirse para escuchar la Palabra y aumentar su fe. Oramos en común... y eso constituye una iglesia". Coverdale, Bilney y Latimer

¹³¹ Coverdale's Remains, p. 481

reconocían de buena gana a estas sociedades incompletas en las que los miembros se reunían simplemente como *discípulos*, a quienes consideraban necesarios para el período en que la iglesia se estaba formando. Estas sociedades (a los ojos de los reformadores) demostraron que la organización no tiene la prioridad en la iglesia cristiana, como sostiene Roma, y que esta prioridad pertenece a la fe y a la vida. Pero esta forma imperfecta también ellos la consideraban como algo provisional. Para prevenir numerosos peligros, era necesario que esta sociedad fuera sucedida por otra, es decir, por la iglesia del Nuevo Testamento con sus ancianos u obispos y diáconos. Pensaban que la Palabra rendía un ministerio necesario como Palabra; y para su adecuado ejercicio se requería no sólo de la piedad, sino de un conocimiento de los idiomas sagrados, del don de la elocuencia, su ejercicio y perfección. Con todo y eso, no había división entre los cristianos sobre las doctrinas básicas.

Desde hacía algún tiempo el obispo de Londres observaba este movimiento con inquietud. Él hizo que Hacker, quien durante seis años había ido de casa en casa leyendo la Biblia en Londres y Essex, fuera arrestado; lo examinó y lo amenazó, le preguntó cuidadosamente por los nombres de los que le habían mostrado interés; y el pobre hombre espantado delató a casi cuarenta de sus hermanos. Sebastian Harris, presbítero de Kensington, Forman, rector de Todos los Santos, John y William Pykas, y muchos otros, fueron convocados ante el obispo. Fueron llevados a la cárcel, presentados ante los jueces, puestos en el cepo, y atormentados de mil maneras. Sus mentes se volvieron confusas, sus pensamientos divagaban, y muchos hicieron las confesiones requeridas por sus perseguidores.

Los adversarios del Evangelio, orgullosos de este éxito, deseaban una victoria más gloriosa. Si no podían llegar a Tyndale, ¿no tenían en Londres al patrocinador de su obra, Monmouth, el más influyente de los comerciantes, y un seguidor de la fe verdadera? El clero habían hecho de la religión su negocio, y la Reforma la estaba restaurando al pueblo. Nada ofendía a los sacerdotes tanto como el hecho de que los laicos reclamaran el derecho a creer sin su intervención, e incluso a propagar su fe. Sir Tomás Moro, uno de los hombres más cordiales del siglo XVI, participó en su odio. Escribió a Cochlaeus: "Ahora Alemania da a luz diariamente monstruos más mortíferos que lo que África solía producir;¹³² pero ella no está sola. Numerosos ingleses que hasta hace pocos años ni siquiera habían escuchado el nombre del mentado Lutero, ¡ahora lo están ensalzando! Inglaterra es como el mar, que se hincha y palpita ante una gran tormenta sin ningún viento que la agite".¹³³ Moro se sentía particularmente irritado, porque la audacia de los evangelistas había seguido a la timidez de los lolardos. "Los herejes", dijo, "han cambiado la hipocresía por el descaro". Por lo tanto, decidió intervenir directamente en este asunto.

El 14 de mayo de 1529, Monmouth estaba en su tienda, cuando un ujier se acercó y lo llamó a comparecer ante Sir J. Dauncies, uno del Consejo Privado. El noble comerciante

¹³² *More's Life*, p. 82.

¹³³ *Ibid.*, p. 117.

obedeció, creyendo que lo necesitaban por cuestiones de negocios; pero pronto se dio cuenta que había sido engañado. A su llegada, fue interrogado por Tomás Moro, quien, con Sir William Kingston, era colega de Sir John. "¿Qué cartas y libros ha recibido últimamente desde el extranjero?", preguntó con cierta severidad. "No he recibido nada", respondió Monmouth. "¿Qué ayuda ha dado a alguna persona que viva en el continente?" –"Ninguna por estos tres últimos años. William Tyndale vivió conmigo seis meses", continuó, "y su vida fue como la que un buen sacerdote debe llevar. Le di diez libras al momento de su partida, pero nada más desde entonces. Además, él no es al único al que he ayudado; el obispo capellán de Londres, por ejemplo, ha recibido de mí más de 50 libras" –"¿Qué libros tiene en su posesión?" El mercader nombró el Nuevo Testamento y algunas otras obras. "Todos estos libros han permanecido más de dos años en mi mesa, y nunca escuché que los sacerdotes, frailes o seglares aprendieran algún error grande de ellos". Moro movió la cabeza. "Es difícil", solía decir, "poner un leño seco en el fuego sin recibir calor, o alimentar a una serpiente en nuestro seno y no ser picado por ella."¹³⁴ - Eso es suficiente ", continuó, "vamos a revisar su casa". Ni un solo papel escapó a su curiosidad, pero no encontraron nada que comprometiera a Monmouth, sin embargo, fue enviado a la Torre.

Después de un intervalo de tiempo, el comerciante fue llevado de nuevo ante sus jueces. "Se le acusa", dijo Moro, "de haber comprado tratados de Martín Lutero; de apoyar a los que están traduciendo las Escrituras al inglés, de contribuir a difundir el Nuevo Testamento impreso en inglés, con o sin glosas; de haberlo importado en el reino; y por último, de haber dicho que la fe sola es suficiente para salvar a la humanidad".

Aquí había suficiente material como para quemar a varios hombres. Monmouth, sintiéndose convencido de que sólo Wolsey tenía poder para librarlo, resolvió apelar a él. "¿Qué será de mis pobres obreros en Londres y en el país durante mi encarcelamiento?", Escribió al cardenal. "Ellos deben tener su dinero cada semana, ¿quién se los va a dar?"..... Además, hago negocios considerables con los países extranjeros que aportan grandes ganancias a las aduanas de su majestad. Si permanezco en la cárcel, este comercio se detiene, y, por supuesto, también todos los ingresos para el erario público". Wolsey, que era tanto un hombre de estado como un hombre de iglesia, empezaba a derretirse; con un conflicto en puerta con el papa y otro con el emperador, temía además que la población se le echara encima. Monmouth fue liberado de la prisión. Como concejal y después como sheriff de Londres, él fue fiel hasta la muerte, y ordenó en su testamento que treinta sermones fueran predicados por los ministros más evangélicos de Inglaterra, "para dar a conocer la palabra santa de Jesucristo." –"Eso es mejor", pensó, "que financiar las misas". La Reforma mostró, en el siglo XVI, que la gran actividad del comercio podía ir acompañada de gran piedad.

¹³⁴ *More's Life*, p. 116.

CAPÍTULO TRES

Campeggio Llega a Inglaterra

(Julio a Noviembre, 1528)

Si bien estas persecuciones agitaban las provincias y la capital de Inglaterra, todo había cambiado en el mundo eclesiástico, porque todo había cambiado en la política. El papa, presionado por Enrique VIII e intimidado por los ejércitos de Francisco I, había concedido la decretal y había enviado a Campeggio. Pero, de repente, se produjo un nuevo desenvolvimiento; un cambio de los acontecimientos trajo un cambio de consejos. Doria se había pasado al bando del emperador, y su flota había restaurado la abundancia de Nápoles; el ejército de Francisco I, asolado por el hambre y la peste, había capitulado, y Carlos V, triunfante en Italia, había dicho con orgullo al papa: "Estamos decididos a defender a la reina de Inglaterra en contra de la injusticia del rey Enrique".

Al recuperar Carlos su superioridad, el atemorizado papa abrió los ojos a la justicia de la causa de Catalina. "Envíen cuatro mensajeros tras Campeggio", dijo él a sus oficiales, "y que cada uno tome un camino diferente; asegúrense de que viajen a toda velocidad y le entreguen nuestros despachos". Alcanzaron al legado, que abrió las cartas del papa. "En primer lugar", le decía Clemente VII, "prolongue su viaje. En segundo lugar, cuando llegue a Inglaterra, ponga todo de su parte para reconciliar al rey y la reina. En tercer lugar, si usted no tiene éxito, convenza a la reina de que tome el velo. Y en el último lugar, si se niega, no pronuncie ninguna sentencia favorable al divorcio sin una nueva y expresa orden mía. Esto es lo esencial: *Summum et máximo mandatum*".¹³⁵ El embajador del soberano pontífice tuvo como misión no hacer nada. Esta instrucción es a veces tan efectiva como cualquier otra.

Campeggio, el más joven de los cardenales, era el más inteligente y el más lento, y esta lentitud hizo que el papa lo seleccionara. Él comprendía bien la idea de su amo. Si Wolsey era la espuela de Enrique para empujar a Campeggio, éste era la rienda de Clemente para controlar a Wolsey.¹³⁶ Mientras que uno de los jueces del divorcio jalaba hacia adelante, el otro jalaba hacia atrás; por lo que la empresa no avanzaba ni hacia atrás ni hacia adelante, que era justo lo que el papa quería.

¹³⁵ El primero y más grande de los mandamientos.

¹³⁶ Fuller, Church History of Britain (1655) Book v, p. 172

El legado, muy gustoso en bajarle velocidad a su marcha, pasó tres meses en su viaje de Italia a Inglaterra. Debería haber embarcado para Francia el 23 de julio, pero a finales de agosto nadie sabía en ese país lo que había sido de él. Por fin, se enteraron de que había llegado a Lyon el 22 de agosto. El embajador inglés en Francia le envió caballos, carruajes, comida y dinero, con el fin de acelerar su viaje; el legado se quejó de la *gota*, y Gardiner se encontró con la mayor dificultad para conseguir que se moviera. Enrique escribía todos los días a Ana Bolena quejándose de la lentitud de los avances del nuncio. "Él llegó a París el pasado domingo o el lunes", dijo a principios de septiembre; "el próximo lunes vamos a tener noticias de su llegada a Calais, y luego obtendremos lo que tanto he anhelado, para el placer de Dios y consuelo nuestro".

Al mismo tiempo, este príncipe impaciente enviaba mensaje tras mensaje para acelerar el ritmo de la marcha del legado.

Ana comenzó a desear un futuro que sobrepasaba a todo lo que su imaginación juvenil había concebido, y su corazón agitado se llenó de un aliento de esperanza. Escribió a Wolsey:

"La presente es para dar a su excelencia, puesto que me siento obligada a ello, mis humildes gracias por el gran dolor y fatiga que usted se ha tomado en el estudio, por su sabiduría y gran diligencia, por la forma de llevar a cabo con honor la más grande riqueza [bienestar] que es posible hacer llegar a cualquier criatura viviente; y en especial, al recordar lo miserable e indigna que soy en comparación a su alteza..... Ahora, mi buen señor, su discreción puede considerar aún lo poco que está en mi poder para recompensarle, sino solamente con mis buenos deseos; con los cuales, se lo aseguro, trato de imaginarme qué cosa en este mundo pueda hacer que le agrade, y si lo pudiera hacer, usted encontraría en mí a la mujer más alegre del mundo".

Pero la impaciencia del rey de Inglaterra y de Ana parecía como si nunca fuera a estar satisfecha. Campeggio, a su paso por París, le dijo a Francisco I que el divorcio nunca se llevaría a cabo, y que pronto debería ir pronto a *España* para ver a Carlos V..... Esto fue significativo. "El rey de Inglaterra debe saber", dijo el indignado Francisco al duque de Suffolk, "que Campeggio es *imperialista* de corazón, y que su misión en Inglaterra será una mera burla".¹³⁷

En verdad, las facciones españolas y romanas trataron todas las maniobras para evitar una unión que detestaban. Ana Bolena, siendo reina de Inglaterra, significaba no sólo una Catalina humillada, sino un Carlos ofendido; el partido clerical debilitado, tal vez destruido, y el partido evangélico probablemente fortalecido. La facción romana encontró cómplices incluso en la propia familia de Ana. La esposa de su hermano George, una mujer orgullosa y apasionada, y una rígida católica romana, había jurado un odio implacable contra su hermana menor. Por este medio, podría infringirle alguna herida, incluso en el santuario doméstico, que no sería menos

¹³⁷ "El cardenal no pretende que el asunto de Su Excelencia surta efecto, sino solamente usarlo como un disimulo con Su Excelencia, porque él es enteramente imperialista". Suffolk a Enrique, Documentos de Estado, vii, p. 183.

profunda, ya que ellos eran obra de su propia parentela. Se dice que un día Ana encontró en su habitación un libro de supuestas profecías en el que había una imagen que representaba a un rey, una reina derramando lágrimas, y a sus pies un joven dama sin cabeza. Ana apartó los ojos con disgusto. Sin embargo, deseaba saber qué significaba este emblema; y unos amigos entrometidos le llevaron a uno de esos supuestos adivinos, tan numerosos en todo tiempo que abusan de la credulidad de los ignorantes profesando interpretar tales misterios. "Este cuadro profético", le dijo, "representa la historia del rey y su esposa". Ana no creía, pero entendió lo que sus enemigos pretendían insinuar, y despidió al intérprete charlatán sin mostrar ningún signo de temor; luego, volviéndose a su asistente favorita, Ana Saville, le dijo: "Ven acá, Nan, mira este libro de profecías; este es el rey, esta es la reina retorciéndose las manos y llorando, y ésta (poniendo su dedo en el cuerpo ensangrentado), soy yo misma con mi cabeza cortada". La joven respondió con un estremecimiento: "Si pensara que eso es cierto, yo no lo tendría aunque fuera un emperador" —¡Bah!, Nan", respondió Ana Bolena con una dulce sonrisa: "Yo creo que el libro es una chuchería, y estoy resuelta a tenerlo, que mi problema sea real, independientemente de lo que pueda pasar conmigo". Esta historia está basada en fuentes autorizadas, y había tantas predicciones de este tipo a flote que es muy posible que alguna de ellas se hicieran realidad, la gente después recolectaba sólo las profecías confirmadas por los acontecimientos. Pero, sea como fuere, esta joven, tan severamente castigada en días posteriores, encontraba en su Dios un abundante consuelo.

Por fin, Campeggio se embarcó en Calais el 29 de septiembre, y por desgracia para él, el paso por el Canal estaba en las mejores condiciones. Una tormenta que lo llevara de regreso a la costa francesa le habría caído de maravilla. Pero el primero de octubre estaba en Canterbury, donde anunció su llegada al rey. Ante esta noticia, Enrique se olvidó de todos los retrasos que tanto le habían irritado. "Su majestad no puede estar suficientemente agradecido con su santidad por tan grande favor", escribió Wolsey al papa; "pero va a emplear sus riquezas, su reino, aún su vida, y merece el nombre de *Restaurador de la Iglesia* como con justicia ya se ganó el de *Defensor de la Fe*". Este celo alarmó a Campeggio, porque el papa le había escrito que cualquier procedimiento que pudiera irritar a Carlos inevitablemente causaría la ruina de la iglesia. El nuncio se volvió más lento que nunca, y aunque llegó a Canterbury el primero de octubre, no llegó a Dartford sino hasta el quinto día, haciendo así una jornada de cuatro días para un viaje de unas treinta millas.

Mientras tanto, se estaban haciendo los preparativos para recibirlo en Londres. Wolsey, sintiendo desprecio por la pobreza de los cardenales romanos, y muy preocupado por el séquito con el que su colega iba a hacer su entrada a la capital, envió una serie de cofres vistosos, ricos alfombras, literas de las que colgaban listones, y mulos aparejados. Por otro lado, Campeggio, cuya misión era secreta para mantenerse en un segundo plano, y sobre todo para no hacer nada, temía estas banderas y adornos, y todo el desfile de una entrada triunfal. Así que, alegando un ataque de gota con el fin de escapar de la pompa que su colega había preparado para él, quietamente tomó una embarcación, y así llegó al palacio del obispo de Bath, donde recibió hospedaje.

Mientras que el nuncio se deslizaba inadvertido por el Támesis, los carruajes que había enviado Wolsey entraron en Londres en medio de una multitud enorme que los miraba con curiosidad como si hubieran venido de las orillas del Tíber. Pero algunas de las mulas se asustaron y huyeron, las arcas se cayeron y se abrieron por los golpes, y una avalancha general corrió para ver su contenido; pero, para sorpresa de todos, estaban vacías. Esta fue una excelente broma para los ciudadanos de Londres. "Hermosas por fuera, vacías por dentro; justamente un emblema del papado, de su embajada, y de sus fiestas pomposas", dijeron. "¡Un falso legado, un desfile de máscaras, y toda una farsa!"

Campeggio había llegado al fin, y ahora lo que más temía era una audiencia. "No me puedo mover, ni soporto el movimiento de una litera", dijo. Nunca un ataque de gota le había sido más oportuno. Wolsey, quien lo visitaba con frecuencia, pronto descubrió que lo igualaba en astucia. En vano trataba de ganarse su respeto, estrechándole la mano y haciendo lo mejor de su parte; pero era tiempo perdido, el nuncio romano no decía nada, y Wolsey comenzó a desesperarse. El rey, por el contrario, estaba lleno de esperanza, y le pareció que ya tenía el acta de divorcio en su bolsillo, porque tenía al nuncio en su reino.

El mayor efecto de la llegada del nuncio fue poner fin a la indecisión de Ana Bolena. Ella tuvo varias recaídas; los juicios que preveía y la pena de Catalina que necesariamente debía sentir habían agitado su imaginación y su mente perturbada. Pero cuando vio a la iglesia y a sus propios enemigos preparados para pronunciar el divorcio del rey, se disiparon sus dudas y consideraba legítima la posición que se le ofrecía. El rey, que sufría a causa de sus escrúpulos se alegró por este cambio. "Deseo informar a usted", le escribió en inglés "la alegría que siento al entender de su conformidad con la razón, y de suprimir por las riendas de la razón sus inútiles y vanos pensamientos y sus fantasías. Le aseguro que toda la grandeza de este mundo no podría contrapesar mi satisfacción del conocimiento y certeza que tengo por esto..... La enfermedad fingida de este legado bien intencionado retarda un poco el acercamiento a su persona". Fue entonces, la determinación de la papa que hiciera que Ana Bolena resolviera aceptar la mano de Enrique; lo cual es una lección importante para los que estamos en deuda con las *cartas del Vaticano*. Debemos estar agradecidos al papado por haberlas preservado cuidadosamente.

Pero cuanto más se alegraba Enrique, más se desesperaba Wolsey; él hubiera querido entrar en los pensamientos de Clemente, pero no podía tener éxito. Imaginando que De Angelis, el general de la Observancia Española, conocía todos los secretos de la papa y del emperador, concibió el plan de secuestrarlo. "Si se va a España por vía marítima", le dijo a Du Bellay, "un buen bergantín o dos se encargarían del asunto, y si por tierra, será más fácil todavía". Du Bellay no vaciló (como él mismo nos informa) "en advertirle claramente que tal procedimiento sería renunciar completamente a la buena voluntad del papa". – "¿Qué importa?", respondió Wolsey, "no tengo nada que perder". Mientras decía esto, las lágrimas se asomaron a sus ojos. Por fin, se decidió a permanecer en la ignorancia de los pensamientos del pontífice, y secó las lágrimas, a la espera, no sin temor, de la entrevista entre Enrique y Campeggio.

El 22 de octubre, un mes después de su llegada, el nuncio, llevado en una silla portátil de terciopelo rojo, llegó a la corte. Se colocó a la derecha del trono, y su secretario pronunció un

discurso altisonante en nombre suyo, saludando a Enrique con el título de Salvador de Roma, *Libertator urbis*. "Su majestad", respondió Fox en nombre del rey, "sólo ha realizado las tareas asignadas a un príncipe cristiano, y espera que la Santa Sede lo tenga en mente". – "Bien atacado, bien defendido", dijo Du Bellay. Por lo pronto, unas cuantas declamaciones latinas permitieron al nuncio papal salir de sus dificultades.

Campeggio no se engañaba; si el divorcio se negaba, él preveía la reforma en Inglaterra. Sin embargo, todavía esperaba, porque estaba seguro de que Catalina se sometería al juicio de la Iglesia; y estando plenamente convencido de que la reina no negaría nada al sagrado padre, el nuncio comenzó "sus acercamientos", como Du Bellay los llama. El 27 de octubre, los dos cardenales esperaron a Catalina, y en términos halagadores le insinuaron que ella podría prevenir el golpe que la amenazaba mediante la reclusión voluntaria en un convento. Y luego, para terminar con toda indecisión en la mente de la reina, Campeggio puso una mirada severa y exclamó: "¿Cómo explica, señora, este misterio a nosotros? Desde el momento en que el santo padre nos ha nombrado para examinar la cuestión de su divorcio, se le ha visto no sólo en la corte, sino en público, usando los más magníficos adornos, participando con una apariencia de alegría y satisfacción en las diversiones y festividades que usted nunca toleraba antes..... La iglesia está en la más cruel vergüenza con respecto a usted; el rey, su marido, se encuentra en la mayor perplejidad; la princesa, su hija, la está imitando... y en vez de derramar lágrimas, se entrega a la vanidad. Renuncie al mundo, señora; reclúyase en un convento de monjas. Nuestro propio santo padre se lo pide".

La perturbada reina estuvo a punto de desmayarse; sofocando su emoción, sin embargo, les dijo suavemente, pero con firmeza: "¡Ay! mis señores, ¿hasta ahora se cuestionan si soy la legítima esposa del rey o no, cuando he estado casada con él casi veinte años y no plantearon ninguna objeción antes?... Varios prelados y lores que todavía están vivos juzgaron nuestro matrimonio como bueno y lícito, ¡y ahora ustedes dicen que es detestable! Esta es una gran sorpresa para mí; sobre todo cuando pienso en lo que un príncipe sabio, padre del rey, y también el amor natural y el afecto de mi padre, el rey Fernando, hicieron por mí. Creo que ninguno de estos ilustres príncipes habrían permitido que contrajera una unión ilícita". Al oír estas palabras, la emoción de Catalina la obligó a detenerse. "Si lloro, mis señores", continuó casi de inmediato, "no es por mí, es por una persona más querida para mí que mi propia vida. ¡Qué! ¿Debería consentir en un acto que prive a mi hija de una corona? No, no voy a sacrificar a mi niña. Yo sé qué peligros me amenazan. Yo sólo soy una mujer débil, una extraña, sin ciencia, sin consejeros o amigos..... y mis enemigos son hábiles, expertos en leyes y deseosos de merecer el favor de su amo..... y más que eso, incluso mis jueces son mis enemigos. ¿Puedo recibir como tal", dijo mientras miraba a Campeggio, "a un hombre extorsionando al papa por una mentira manifiesta? Y en cuanto a usted", añadió, volviéndose con altanería a Wolsey, "habiendo fracasado en la consecución de la tiara papal, ha jurado vengarse en mi sobrino el emperador.....; y usted se ha mantenido fiel a su promesa; porque todas sus guerras y vejaciones se las debe a usted. Una víctima no es suficiente para usted. Forjando suposiciones abominables, desea hundir a su tía en un abismo espantoso Pero mi causa es justa, y confío en la mano del Señor". Después de este

lenguaje atrevido, la infeliz Catalina se retiró a sus aposentos. La inminencia del peligro efectuó una revolución saludable en ella; dejó de usar sus brillantes ornamentos, volvió a tomar las prendas sobrias con las que ella usualmente estaba identificada, y pasó días y noches de luto y llorando.

Así fue como Campeggio vio sus esperanzas engañadas, había pensado encontrar a una monja y había conocido a una reina y una madre..... Ahora procedería a montar todo recurso imaginable en este trabajo; como Catalina no renunciaría a Enrique, debería tratar de convencer a Enrique a renunciar a su idea de separarse de la reina. Por tanto, el legado romano cambió sus baterías, y les volvió en contra del rey.

Enrique, siempre impaciente, un día llegó sin avisar al alojamiento de Campeggio, acompañado solamente de Wolsey: "Como estamos sin testigos", dijo, tomando su asiento con familiaridad entre los dos cardenales, "hablemos libremente de nuestros asuntos. ¿Cómo van a proceder?" Pero para su gran asombro y pena, el nuncio le rogó, con toda la delicadeza imaginable, renunciar al divorcio. Ante estas palabras, el fuego Tudor estalló: "¿Es así como el papa cumple su palabra? Él me envía a un embajador para anular mi matrimonio, pero en realidad es para confirmarlo". Hizo una pausa. Campeggio no sabía qué decir. Enrique y Catalina estaban igualmente convencidos de la justicia de su causa; el nuncio estaba en un dilema. Wolsey mismo sufrió un martirio. La ira del rey creció más fieramente; había pensado que el legado se apresuraba a soltar una expresión imprudente, pero Campeggio quedó mudo. "Veo que usted ha elegido su parte", dijo Enrique al nuncio, "la mía, puede usted estar seguro que pronto la tomaré también. Sólo dejemos que el papa persevere en esta forma de actuar, y la sede apostólica cubierta de infamia perpetua, será visitada con una destrucción espantosa". El león se había quitado la piel de cordero que había asumido momentáneamente. Campeggio sentía que debía apaciguar al monarca. "Artificio y retraso", eran sus órdenes de Roma, y con ese punto de vista el papa le había proporcionado las armas necesarias. Se apresuró a producir la famosa decretal que declaraba el divorcio. "El santo padre", le dijo el rey, "desea ardientemente que este asunto deba ser resuelto por una feliz reconciliación entre usted y la reina, pero si eso es imposible, juzgue usted mismo si su santidad cumple o no sus promesas". Luego leyó la bula, e incluso la mostró a Enrique, sin permitirle, sin embargo, que quedara en sus manos. Esta acción produjo el efecto deseado; Enrique se calmó. "Ahora estoy a gusto de nuevo", dijo, "este talismán milagroso revive todo mi valor. Esta decretal es el remedio eficaz que puede restablecer la paz en mi conciencia oprimida, y la alegría en mi corazón magullado. Escriba a su santidad, que este inmenso beneficio me une a él más cercanamente, que él puede esperar de mí más de lo que su imaginación pueda concebir".

Pero unas cuantas nubes se cernían poco después en la mente del rey.

Campeggio, después que les mostrara la bula, se había dado prisa a guardarla bajo llave. ¿Se atrevería a guardarla en sus propias manos? Enrique y Wolsey buscarían todos los medios posibles para hacerse de ella; con ese punto a su favor, la victoria era de ellos.

Wolsey, habiendo regresado a entrevistarse con el nuncio, le preguntó por la decretal con un aire candoroso, como si fuera la cosa más natural del mundo. Deseaba, dijo, mostrarla a los

consejeros privados del rey. "El papa", respondió Campeggio, "ha concedido esta bula para que sea utilizada sólo de manera secreta; él simplemente quiere mostrar al rey el buen sentimiento que lo ha reanimado". Habiendo fallado Wolsey, Enrique probó su habilidad. "Tenga la bondad de darme la bula que me mostró", dijo él. El nuncio respetuosamente se negó. "Sólo por un momento", insistió. Campeggio siguió negándose. El altivo Tudor se retiró ahogando su ira. Entonces Wolsey hizo otro intento y fundó su demanda en la justicia. "Al igual que usted, yo estoy delegado por su santidad para decidir este asunto", dijo, "y deseo estudiar el importante documento para regular nuestros procedimientos". Esto fue recibido con un nuevo rechazo. "¡Qué!", exclamó el ministro de Enrique VIII, "¿no soy yo como usted, un cardenal? ¿Un juez como usted, su colega?" No importaba, el nuncio no soltaría el decretal de ninguna manera. Clemente no se engañó en la elección que había hecho de Campeggio, el embajador era digno de su amo.

Era evidente que el papa, en la concesión de la bula, había estado actuando sólo en partes; este truco molestó al rey. No era ya ira lo que se sentía, sino repugnancia. Wolsey sabía que el desprecio de Enrique era más temible que su ira. Él se asustó, y visitó de nuevo al nuncio. "La *comisión general*", dijo, "no es suficiente, la *comisión decretal* por sí sola puede ser de utilidad, y no nos permiten leer una palabra de ella El rey y yo ponemos la mayor confianza en las buenas intenciones de su santidad, y sin embargo, nos encontramos con nuestras expectativas frustradas. ¿Dónde está ese afecto paternal con que nos hemos halagado nosotros mismos? ¿Qué príncipe ha sido burlado antes como lo es el rey de Inglaterra ahora? Si esta es la forma en la que se premia el *Defensor de la Fe*, el cristianismo sabrá lo que tendrán que esperar de Roma aquellos que le sirven, y toda potencia le retirará su apoyo. No se engañe, la base sobre la que se apoya la Santa Sede está tan insegura que al menor movimiento será suficiente para precipitarla a la ruina eterna. ¡Qué triste porvenir! ¡Qué indecible tortura! Ya sea que esté despierto o dormido, pensamientos sombríos continuamente me persiguen como una pesadilla espantosa". Esta vez Wolsey decía la verdad.

Pero toda su elocuencia fue inútil; Campeggio se negó a ceder la tan deseada bula. Cuando lo enviaron, Roma le había dicho: "Por encima de todo, ¡no salga exitoso!" Esto significaba que si fracasaba, le quedaba a Wolsey otra forma de efectuar el divorcio. "Bueno, entonces", le dijo a Campeggio, "vamos a pronunciamos nosotros mismos". "Lejos esté de nosotros hacer tal cosa", respondió el nuncio, "la ira del emperador será tan grande que la paz de Europa será rota para siempre". – "Yo sé cómo arreglar todo eso", respondió el cardenal inglés, "en asuntos políticos usted debe confiar a mí". Entonces el nuncio tomó otro tono, y envolviéndose en su moralidad con orgullo, dijo: "Voy a seguir la voz de mi conciencia, y si veo que el divorcio es posible, voy a saltar la zanja, y si no, no lo haré". – "¡Su conciencia!, esta se puede satisfacer fácilmente", replicó Wolsey. "La Sagrada Escritura prohíbe a un hombre casarse con la viuda de su hermano; ante eso, ningún papa puede conceder lo que está prohibido por la ley de Dios" – "El Señor nos libre de tal principio", exclamó el prelado romano, "el poder del papa no tiene límites". El nuncio apenas había puesto su conciencia en orden cuando ya había tropezado; esto tenía que ver con Roma y no con el cielo. Pero para el caso, ni la opinión pública

ni los propios amigos de Campeggio tenían la más mínima idea de su moralidad, sino que pensaban que para hacerle *saltar la zanja*, sólo era necesario saber el precio con el que podría ser comprado. El obispo de Bayona escribió a Montmorency: "Ponga al final de una carta que yo puedo mostrar a Campeggio algo *prometedor*, que él tendrá sus *beneficios*..... Eso no le costará a usted nada, y puede servir en este asunto del matrimonio; porque yo sé que él está esperando algo así por el estilo" –"¿Qué es lo que se propone hacer", dijo Wolsey, por fin, asombrado de encontrarse con una resistencia a la que no estaba acostumbrado. "Voy a informar al papa de lo que he visto y oído", respondió Campeggio", y voy a esperar sus instrucciones". Enrique se vio obligado a dar su consentimiento a este nuevo curso, porque el nuncio dio a entender que si se oponían, él iría en persona a Roma para pedir órdenes del pontífice, y podría ya no regresar. De esta manera se ganaron varios meses.

Durante todo ese tiempo las mentes de los hombres estaban atribuladas. La perspectiva de un divorcio entre el rey y la reina había movido a la nación; y la mayoría, sobre todo entre las mujeres, estaba en contra del rey. "Lo que se puede hacer", dijo la gente con valentía, "es que quien se case con la princesa María será rey de Inglaterra" Los espías de Wolsey le informaron que Catalina y Carlos V tenían muchos partidarios devotos incluso en la corte. Él quiso asegurarse de esto. "Se supone", dijo un día en un tono indiferente, "que el emperador se ha jactado de que él conseguirá expulsar al rey de su reino, y que esto sea hecho por los propios súbditos de su majestad... ¿Qué opinan de esto, mis queridos lores?" –"Duro contra el espolón", dice Du Bellay, los lores guardaron silencio. Al fin, uno de ellos, más imprudente que los demás, exclamó: "Ese alarde del emperador hará que pierda más de cien mil ingleses". Esto fue suficiente para Wolsey. Para *perderlos*, pensó, Carlos debe tenerlos. Si Catalina pensaba hacer la guerra a su esposo, siguiendo el ejemplo de las ex reinas de Inglaterra, tendría, entonces, un partido dispuesto a apoyarla; esto sería algo peligroso.

El rey y el cardenal inmediatamente tomaron medidas. Más de 15.000 de los súbditos de Carlos recibieron la orden de salir de Londres; las armas de los ciudadanos fueron incautadas "a fin de que no tuvieran otra arma peor que la lengua"; los consejeros flamencos asignados a Catalina fueron despedidos después de haber sido escuchados por el rey y Campeggio, "porque no tenían comisión para hablar con *el otro* [Wolsey]" y, por último, mantuvieron "una gran y constante vigilancia" en el país. Los hombres temían una invasión de Inglaterra, y Enrique no estaba de humor para someter su reino al papa.

Esto no fue suficiente, el alarmado rey pensó que era su deber dar una explicación a su pueblo, y convocó en su palacio de Bridewell, el 13 de noviembre, a los lores espirituales y temporales, a los jueces, a los miembros del consejo privado, al alcalde y concejales de la ciudad, y a muchos de la nobleza. Ahí les dijo con un aire muy condescendiente: "Ya saben, mis lores y mis caballeros, que por estos últimos veinte años la divina Providencia ha otorgado a nuestro país tal prosperidad como nunca se había visto antes. Pero en medio de toda la gloria que me rodea, he pensado a menudo que mi última hora puede llegar en cualquier momento, y me temo que si he de morir sin heredero, mi muerte causaría más daño a mi pueblo que lo bueno que he hecho con mi vida. Dios no lo quiera, que a falta de un rey legítimo, Inglaterra deba hundirse de

nuevo en los horrores de la guerra civil". Entonces, trayendo a la memoria las ilegalidades que invalidaban su matrimonio con Catalina, el rey continuó: "Estos pensamientos que han llenado mi mente de ansiedad están aguijoneando continuamente mi conciencia. Este es el único motivo, y Dios es mi testigo, por el cual expongo esta cuestión ante el pontífice. Pero en cuanto a la reina, ella es una mujer incomparable en mansedumbre, humildad y lozanía, como lo he comprobado durante estos veinte años; de modo que si yo fuera a casarme de nuevo, si el matrimonio es declarado bueno, yo sin duda la elegiría a ella por sobre todas las demás mujeres. Pero si se determina por el juicio que nuestro matrimonio es en contra de la ley de Dios, y por lo tanto inválido, entonces tendré no sólo el dolor de apartarme de tan buena señora y amorosa compañera, sino mucho más lamentaré y lloraré mi desafortunada casualidad, que haya estando viviendo por mucho tiempo en adulterio, para gran ofensa de Dios, y no tener ningún verdadero heredero de mi sangre que pueda heredar este reino..... Por lo tanto, pido a todos ustedes que oren con nosotros para que la misma verdad pueda ser conocida, para el descanso de nuestras conciencias y la salvación de nuestras almas". Estas palabras, aunque faltas de sinceridad, estaban bien calculadas para calmar los ánimos. Por desgracia, parece que después de este *discurso de la corona*, en la copia oficial que se ha conservado, Enrique añadió algunas cuantas palabras de su pluma. Luego, según Du Bellay, el rey añadió, lanzando una mirada amenazadora a su alrededor: "Sin embargo, cualquiera que habla de su príncipe en otros términos, le voy a demostrar que yo soy el amo y señor, y no hay cabeza tan alta que no pueda rodar de sus hombros". Este fue un discurso al estilo de Enrique; pero no podemos dar un crédito ilimitado a las afirmaciones de Du Bellay, siendo este diplomático muy aficionado, al igual que otros de su clase, en "condimentar" sus escritos. Pero cualquiera que haya sido el hecho en lo que se refiere al epílogo, el discurso sobre el divorcio produjo un efecto. A partir de ese momento no hubo más bromas, ni siquiera por parte de los enemigos de los Bolena. Algunos apoyaban al rey, otros se contentaron con apiadarse en secreto de la reina; la mayoría estaba preparada para aprovecharse de una revolución de la corte que se veía venir. "El rey les dio a entender su voluntad tan *claramente*", dice el embajador de Francia, "que ahora todos hablaban más cautelosamente que antes".

Enrique, deseando silenciar los clamores de la gente, y para disipar los temores que sentían las clases más altas, ofreció varios entretenimientos magníficos simultáneamente en Londres, Greenwich, Hampton Court, y Richmond. La reina lo acompañaba, pero Ana generalmente se mantenía "en un alojamiento muy precioso que Enrique había amueblado para ella", dice Du Bellay. El cardenal, siguiendo el ejemplo de su jefe, ofreció representaciones de obras de teatro francesas con gran magnificencia. Toda su esperanza estaba en Francia. "No deseo nada en Inglaterra, ni de palabra ni de hecho, que no sea francesa", le dijo al obispo de Bayona. Por fin, Ana Bolena había aceptado la brillante posición a la que se había negado en un principio, y cada día su mansión señorial (Suffolk House) se llenaba de una corte numerosa. — "Como la que nunca había tenido la reina". — "Sí, sí", dijo Du Bellay, al ver a la multitud volverse hacia el *sol naciente*, "ellos quieren por estas *pequeñas* cosas acostumbrar al pueblo a aceptarla a ella, que cuando lo intentan por las *grandes* cosas, así no la sentirán tan extraña".

En medio de estas festividades los grandes negocios no estaban dormidos. Cuando el embajador de Francia solicitó la subvención destinada al rescate de los hijos de Francisco I, el cardenal le exigió a cambio un documento que demostrara que el matrimonio nunca había sido válido. Du Bellay se excusó por motivos de su edad y falta de conocimiento; pero al darle a entender que él no podía tener la subvención sin esto, él escribió sus memorias en un solo día. El embelesado cardenal y el rey le suplicaron que hablara con Campeggio. El embajador aceptó, y tuvo éxito más allá de toda expectativa. El nuncio, plenamente consciente de que un arco demasiado doblado se rompe, hizo que Enrique viviera un tiempo entre la esperanza y el miedo. "Tenga cuidado de cómo afirma que el papa no tiene el derecho de conceder una dispensa al rey", le dijo al obispo francés; "esto estaría negando *su poder, que es infinito*. Pero", añadió en tono misterioso, "voy a señalarle un camino que infaliblemente dará en el blanco. Demuestre que el santo padre ha sido engañado por información falsa. Presione duro en eso", continuó, "así como fui obligado a declarar que la dispensa se concedió por razones erróneas". Así fue como el mismo legado reveló la brecha por la cual la fortaleza sería derribada. "¡Victoria!", exclamó Enrique al entrar en los apartamentos de Ana, todo radiante de alegría.

Pero esta confidencia por parte de Campeggio era sólo un nuevo truco. "Hay un gran rumor en la corte", escribió Du Bellay, poco después, "de que el emperador y el rey de Francia se están uniendo, y están dejando solo a Enrique, así que todo va a caer sobre sus hombros". Wolsey, al darse cuenta que las intrigas de la diplomacia habían fracasado, pensó que era su deber poner manantiales frescos en movimiento "para ganar el favor del papa por todos los medios buenos y honestos". Vio, además, con gran pesar, la nueva catolicidad que se estaba formando en el mundo, y que estaba uniendo con lazos más estrechos a los cristianos de Inglaterra con los del continente. Si se derribaba a uno de los líderes de este movimiento evangélico, la corte de Roma se podría inclinar a favor de Enrique. Así que, el cardenal se comprometió en perseguir a Tyndale; y esta resolución nos llevará ahora hasta Alemania.

CAPÍTULO CUATRO

La Búsqueda de William Tyndale

(1528-1530)

La residencia de Tyndale y sus amigos en el extranjero, y las conexiones que allí formaron con otros cristianos dan testimonio del espíritu fraterno con que la Reforma restauraba a la iglesia de ese tiempo. Es en el protestantismo en donde se encuentra la verdadera catolicidad. La Iglesia Romana no es una iglesia católica. Separada de las Iglesias de Oriente, que son las más antiguas de la cristiandad, y de las iglesias reformadas, que son la más puras, no es más que una secta, y una secta degenerada. Una iglesia que debería profesar una unidad episcopal, pero que se separa del episcopado de Roma y del Oriente, y de las iglesias evangélicas, ha dejado de ser una iglesia católica; sería una secta aun más sectaria que la del Vaticano, un fragmento de un fragmento. La iglesia del Salvador requiere de una verdadera unidad, más divina que el de los sacerdotes los cuales se condenan unos a los otros. Fueron los reformadores, y particularmente Tyndale, quienes proclamaron por toda la cristiandad la existencia de un *cuerpo de Cristo*, del que todos los hijos de Dios son miembros. Los discípulos de la Reforma son los verdaderos católicos.

La catolicidad que Wolsey deseaba mantener era de otro tipo. No rechazó ciertas reformas en la iglesia, particularmente las que le traían algún beneficio personal; pero, antes de todo, él deseaba preservar en la jerarquía sus privilegios y su uniformidad. Por eso, la iglesia romana en Inglaterra estaba personificada en él, y si él caía, su ruina estaría cerca. Sus talentos políticos y sus muchas relaciones con el continente, le hicieron discernir con mayor claridad que otros los peligros que amenazaban al papado. La publicación de las Escrituras de Dios en inglés pareció a algunos una nube sin importancia que no tardaría en desaparecer del horizonte, pero a la vista aguda de Wolsey denotaba una gran tempestad. Además, él no simpatizaba con las relaciones fraternales que luego se formarían entre los cristianos evangélicos de Gran Bretaña y de otras naciones. Molesto por esta catolicidad espiritual, decidió buscar el arresto de Tyndale, quien era su órgano principal.¹³⁸

Ya antes Hackett, el enviado de Enrique a los Países Bajos, había encarcelado a Harman, un comerciante de Amberes, y uno de los principales partidarios del reformista inglés. Pero Hackett pidió en vano a Wolsey los documentos que lo condenaría por traición (el delito de amar

¹³⁸ [En esta labor, no fue el propio Wolsey quien tomó la iniciativa. Más bien fueron otros líderes de la Iglesia de Inglaterra los que pusieron presión a las persecuciones utilizando el nombre y autoridad de Wolsey].

la Biblia no era suficiente para conseguir la condena de Harman en Brabant); el enviado había quedado sin cartas de Inglaterra, y el último plazo fijado por la ley expiró, por lo que Harman y su esposa fueron liberados después de siete meses de prisión.

Y sin embargo, Wolsey no había estado inactivo. El cardenal esperaba encontrar en otros lugares la cooperación que Margarita de Austria le negó. Era Tyndale quien le interesaba, y todo parecía indicar que estaba por ese tiempo oculto en Colonia o en sus alrededores. Wolsey, recordando al senador Rincke y los servicios que ya había realizado, decidió enviar a él a un tal John West, un fraile del convento franciscano de Greenwich. West, un hombre de mente estrecha, pero enérgico, estaba muy deseoso de sobresalir, ya que había adquirido cierta notoriedad en Inglaterra entre los adversarios de la Reforma. Halagado por su misión, este vanidoso monje de inmediato se dirigió a Amberes, acompañado de otro fraile, con el fin de apoderarse de Tyndale y de Roye, que había sido uno de sus colegas en Greenwich, y que antes había contendido con Tyndale con argumentos inútiles.

Mientras que estos hombres estaban conspirando su ruina, Tyndale compuso varias obras, consiguió imprimirlas y las envió a Inglaterra; y oraba a Dios noche y día para que iluminara a sus compatriotas. "¿Por qué usted se echa a costas tantos problemas?" le dijeron algunos de sus amigos; "ellos quemarán sus libros, puesto que ya han quemado el Evangelio". – "Sólo harán lo que espero", respondió él, "y si pueden, me quemarán también a mí". Ya él vislumbraba su propia pila ardiendo a la distancia; pero era una señal que sólo sirvió para aumentar su celo. Escondido, como Lutero lo había estado en el castillo de Wartburgo, aunque él no en un castillo, sino en una morada humilde, Tyndale, como aquel reformador sajón, pasó días y noches traduciendo la Biblia. Pero al no tener un elector de Sajonia para protegerlo, como había sido el caso de Lutero, se vio obligado a cambiar su residencia cada cierto tiempo.

En esa época, Fryth, que había escapado de las cárceles de Oxford, se reincorporó a Tyndale, y la dulzura de la amistad suavizó la amargura de su exilio. Tyndale habiendo terminado el Nuevo Testamento, comenzó la traducción del Antiguo; el ilustrado Fryth fue de gran utilidad para él. Cuanto más estudiaban la Palabra de Dios, más la admiraban. Durante el año de 1529, estuvieron ocupados supervisando la impresión de los cinco libros de Moisés en los que Tyndale estaba enfrascado después de haber terminado el trabajo del Nuevo Testamento. A principios de 1530 esta primera fase del Antiguo Testamento ya estaba en circulación. Dirigiéndose a sus compatriotas en su prólogo del libro de Génesis, les decían: "A medida que lean, piensen que cada sílaba es parte de ustedes mismos, y succionen la médula de la Escritura".¹³⁹ Entonces, negando los signos visibles que imparte la gracia de forma natural, como los escolásticos creían, Tyndale sostenía que los sacramentos son eficaces sólo cuando el Espíritu Santo derrama su influencia sobre ellos. "Las ceremonias de la ley", escribió en su prólogo a Levítico, "eran para los israelitas lo que los sacramentos son para nosotros. No somos salvos por el poder del sacrificio o de la obra en sí, sino en virtud de *la fe en la promesa*, de la

¹³⁹ Prólogo al Libro de Génesis (*Tratados Doctrinales*), pp. 398-403.

cual el sacrificio o la ceremonia son un símbolo o signo. El Espíritu Santo no es un Dios mudo, no es un Dios que ande en pantomimas. Dondequiera que se proclame la Palabra, este testimonio interior obra. Si el bautismo me predica el lavamiento en la sangre de Cristo, es porque hay una presenc

ia del Espíritu Santo en él; y esa obra predicada por la fe quita mis pecados. Los del arca de Noé se salvaron en el agua por la fe".¹⁴⁰

El hombre que se atrevió a dirigirse a Inglaterra en el lenguaje contrario a la enseñanza de la Edad Media debía ser encarcelado. John West, que había sido enviado con este objetivo, llegó a Amberes; Hackett le proporcionó como intérprete a un fraile de ascendencia inglesa, le hizo que usara un traje secular, y le dio "tres libras" a cuenta del cardenal; mientras menos llamara la atención en la embajada, había más probabilidades de tener éxito. Pero grande fue la sorpresa de West al llegar a Colonia al enterarse de que Rincke estaba en Frankfort. Pero eso no importaba; el monje de Greenwich podría buscar a Tyndale en Colonia, y deseaba que Rincke hiciera lo mismo en Frankfort, por lo que habría dos búsquedas en lugar de una. West consiguió un mensajero "veloz" (él también era un monje) y le dio la carta que Wolsey había dirigido a Rincke.

Era la hora pico en Frankfort y la ciudad estaba llena de comerciantes y sus mercancías. Tan pronto como Rincke terminó de leer la carta de Wolsey, se apresuró a buscar a los burgomaestres, y les requirió confiscar las traducciones al inglés de las Escrituras, y, sobre todo, capturar "al hereje que estaba molestando a Inglaterra como Lutero lo estaba haciendo en Alemania". "Tyndale y sus amigos no han aparecido en nuestras ferias desde el mes de marzo de 1528", respondieron los magistrados, "y no sabemos si están vivos o muertos".

Rincke no se desanimó. John Schott de Estrasburgo, de quien se decía que tenía los libros impresos de Tyndale, y que se preocupaba menos por las obras que publicaba que por el dinero que sacaba de ellos, pasó por Francfort. "¿Dónde está Tyndale?", le preguntó Rincke. "No lo sé", respondió el impresor, pero confesó que tenía un millar de volúmenes impresos a petición de Tyndale y Roye. "Tráigamelos", ordenó el senador de Colonia. —"Si hay un precio justo que me pueda pagar, se los puedo traer". Rincke pagó todo lo que se le pidió.

Wolsey ahora podía congratularse, porque el Nuevo Testamento le molestaba casi tanto como el divorcio; este libro, tan peligroso ante sus ojos, parecía a punto de levantar una conflagración que infaliblemente consumiría el edificio del tradicionalismo romano. Rincke, que compartía los temores de su jefe, abrió con impaciencia los volúmenes confiscados por él; pero había un lamentable error: no eran los ejemplares del Nuevo Testamento, ni siquiera una obra de Tyndale, sino una obra escrita por William Roye, un voluble y violento hombre, a quien el reformador había empleado desde hacía algún tiempo en Hamburgo, y que lo había seguido a Colonia, pero con el que pronto se había disgustado. "Me despedí de él para siempre, y ni un día más", dijo Tyndale. Roye, al abandonar al reformador había ido a Estrasburgo, donde se jactaba

¹⁴⁰ Prólogo al Libro de Levítico (*Tratados Doctrinales*), pp. 421-428.

de su amistad con él, y se había quedado en esa ciudad para imprimir una sátira contra Wolsey y las órdenes monásticas, titulada *El Entierro de la Misa*; este fue el libro entregado a Rincke. El espíritu sarcástico del monje había excedido los límites legítimos de la controversia, y por eso el senador no se atrevió a enviar los volúmenes a Inglaterra. Sin embargo, no interrumpió sus investigaciones, sino que buscó en cada lugar donde pensaba que podía descubrir el Nuevo Testamento, y habiendo confiscado todos los volúmenes sospechosos, se fue a Colonia.

Todavía no estaba satisfecho. Quería a Tyndale, y anduvo preguntando a todos si sabían dónde encontrarlo. Pero el reformador, a quien buscaban en muchos lugares, y sobre todo en Frankfort y Colonia, estaba residiendo en un domicilio aproximadamente a la mitad de estas dos ciudades, de modo que Rincke, cuando viajaba de uno a otro lugar, podría haberse encontrado con él cara a cara, como el mensajero de Acab que encontró a Elías. Tyndale estaba en Marburgo, a donde se había dirigido por varios motivos. El príncipe Felipe el Magnánimo, de Hesse-Cassel, era el gran protector de las doctrinas evangélicas. A la universidad le había llamado la atención la reforma por las paradojas de Lambert de Aviñón. Aquí, un joven escocés llamado Hamilton, que después sería conocido como un ilustre mártir, había estudiado poco antes, y también el célebre impresor John Luft aquí tenía su imprenta. En esta ciudad Tyndale y Fryth habían encontrado morada; en septiembre de 1528 y escondidos en las tranquilas riberas del Lahn, estaban traduciendo el Antiguo Testamento. Si Rincke hubiera buscado en este lugar de seguro los habría descubierto. Pero, ya sea que a él no se le ocurrió, o que tenía miedo al terrible landgrave, siguió el camino directo por el Rin, y Tyndale logró escapar.

Al llegar a Colonia, Rincke tuvo una entrevista inmediata con West. Después de haber fallado en sus investigaciones, deberían recurrir a medidas más enérgicas. El senador, por lo tanto, envió al monje de vuelta a Inglaterra, acompañado por su hijo Hermann, encargándoles de decir a Wolsey: "Para capturar a Tyndale requerimos plenas facultades, ratificadas por el emperador. Los traidores que conspiran contra la vida del rey de Inglaterra no son tolerados en el imperio, y mucho menos Tyndale y todos los que conspiran contra la cristiandad. Él debe ser condenado a muerte; nada mejor que un castigo ejemplar para detener la herejía luterana. Y en cuanto a nosotros mismos, por la gracia de Dios, posiblemente sea una oportunidad para que su alteza real y su gracia nos puedan recompensar." Rincke no había olvidado el subsidio de las diez mil libras que él había recibido de Enrique VII para la guerra contra los turcos, cuando había ido a Londres como enviado de Maximiliano.

West volvió a Inglaterra muy enfadado porque había fracasado en su misión. ¿Qué dirían en la corte y en su monasterio? Una nueva humillación le estaba reservada. Roye, a quien West había ido a buscar a las márgenes del Rin, había hecho una visita a su madre en las márgenes del Támesis; y para colmo, las nuevas doctrinas habían penetrado en su propio convento. El director, el padre de Robinson y los demás monjes de Greenwich leían noche y día el Nuevo Testamento que West había ido a quemar a Colonia. El fraile de Amberes, que le había acompañado en su viaje, fue la única persona a quien pudo confiarle sus penas, pero los franciscanos lo enviaron de vuelta al continente, y luego se divertían a costa del pobre West. Si él desea contar sus aventuras en las riberas del Rin, se reían de él; y si él ensalzaba los nombres de Wolsey y Enrique VIII, se

burlaban de él aún más. Deseando hablar con la madre de Roye con la esperanza de obtener alguna información útil de parte de ella, los monjes le reconvinieron. "Está en mi comisión", dijo. Ellos se burlaban de él más y más. Robinson, percibiendo que la comisión que tenía West asumía aires impropios de independencia, pidió a Wolsey que se la retirara; y West, creyendo que estaba a punto de ser echado en la cárcel, exclamó alarmado: "¡Estoy cansado de mi vida!" Y le suplicó un amigo que tenía en la corte para que le consiguiera antes de Navidad una *obediencia* bajo la mano y el sello de su señoría, lo que le permitió abandonar el monasterio. "Lo que usted pague por esto", añadió, "yo se lo voy a reembolsar". Así pudo West expiar el celo fanático que le había instado a perseguir al traductor de la Palabra de Dios. ¿Qué fue de él?, no lo sabemos, nunca se oyó más de él.

Por ese tiempo, Wolsey tenía otros asuntos que le preocupaban más que esta "obediencia". Mientras que las quejas de West iban a Londres, las del rey viajaban a Roma. La gran preocupación del cardenal era mantener la armonía entre Enrique y la iglesia. Ya no había pensado en las investigaciones en Alemania, y durante un tiempo Tyndale estuvo a salvo.

CAPÍTULO CINCO

El Papa Quema su Bula

(Noviembre de 1528)

El rey y una parte de su pueblo seguían adheridos al papado, y en tanto que estos lazos no se rompieran, la Palabra de Dios no podía seguir un curso libre. Pero para inducir Inglaterra a renunciar a Roma, debería haber motivos realmente convincentes, y éstos no faltaban.

Wolsey nunca había dado semejantes órdenes apremiantes a alguno de los embajadores de Enrique: "El rey", le escribió a Da Casale, el primero de noviembre de 1528: "Encomiendo este asunto a su prudencia, destreza y fidelidad; y le conjuro a emplear todos los poderes de su genio, e incluso superarlos. Esté muy seguro de que no ha hecho nada y no puede hacer nada que sea más agradable para el rey, más deseable por mí, y más útil y glorioso para usted y su familia."

Da Casale poseía una tenacidad que justificaba la confianza del cardenal, y una activa mente excitable; temblando ante la idea de ver que Roma perdiera a Inglaterra, de inmediato pidió una audiencia con Clemente VII. "¡Qué!", le dijo al papa, "ahora que se ha propuesto continuar con el divorcio, ¡su nuncio se esfuerza en disuadir al rey!... No hay esperanza de que Catalina de Aragón vuelva a dar un heredero a la corona. Santo padre, tiene que poner fin a esto. Ordene a Campeggio que ponga en manos de su majestad el *decretal*." –"¿Qué dice usted?", exclamó el papa. "Con gusto perdería uno de mis dedos para recuperar de nuevo ese documento, y usted me pide hacerlo público..... sería mi ruina". Da Casale insistió: "Tenemos un deber que cumplir", dijo; "le recuerdo en esta última hora los peligros que amenazan las relaciones que unen a Roma con Inglaterra. La crisis está a la mano. Llamamos a su puerta, gritamos, instamos, y rogamos, le exponemos los peligros presentes y futuros que amenazan el papado... El mundo ha de saber que el rey, al menos, ha cumplido con el deber de un devoto hijo de la iglesia. Si su santidad desea mantener a Inglaterra en el redil de San Pedro... ahora es el momento, le repito... ahora es el momento". Con estas palabras, Da Casale, incapaz de contener su emoción, se postró a los pies del papa y le rogó que salvara a la iglesia en Gran Bretaña. El papa estaba conmovido. "Levántese", le dijo con muestras de un insólito dolor, "yo le concedo todo lo que esté en mi poder; estoy dispuesto a confirmar el juicio que los legados creen como su deber pasarlo; pero yo me absuelvo de toda responsabilidad de los males incalculables que este asunto pueda acarrear... Si el rey, después de haber defendido a la fe y a la Iglesia, desea arruinar a ambas, sólo en él recaerá la responsabilidad de tan grande desastre". Clemente no concedió nada. Da Casale se

retiró descorazonado y con la sensación de que el pontífice estaba a punto de pactar con Carlos V.

Wolsey desea salvar al papado, pero el papado se resistía. Clemente VII estaba a punto de perder esa isla que Gregorio Magno había ganado con tanta dificultad. El papa se encontraba en una cruel situación. El enviado inglés apenas había salido del palacio cuando el embajador del emperador entró respirando amenazas. El infeliz pontífice escapaba de los ataques de Enrique sólo para exponerse a los de Carlos; lo traían como pelota de un lado a otro. "Voy a reunir un concilio general", dijo el emperador a través de su embajador, "y si se determina que ha infringido los cánones de la iglesia en algún momento, usted será procesado con todo rigor. No hay que olvidar", agregó su agente en voz baja, "que su nacimiento es *ilegítimo*, y por lo tanto lo excluye del pontificado". El tímido Clemente, imaginando que veía la tiara caer de su cabeza, juró negarle todo a Enrique. "¡Ay!", dijo a uno de sus confidentes favoritos, "me arrepiento en polvo y ceniza de haber concedido esta bula decretal. Si el rey de Inglaterra desea tan ardientemente que se la demos, sin duda que no es simplemente para conocer su contenido. Él está demasiado familiarizado con ella. Es sólo para atarme las manos en este asunto del divorcio; pero yo prefiero morir mil veces". Clemente, para calmar su nerviosismo, envió a uno de sus caballeros más hábiles de la cámara privada, Francisco Campana, aparentemente para alimentar al rey con nuevas promesas, pero en realidad era para cortar el único hilo del que la esperanza de Enrique todavía se colgaba. "Abrazamos a su majestad ", escribió el papa en la carta dada a Campana, "con el amor paternal que vuestros numerosos méritos merecen". Pero Campana fue enviado a Inglaterra para quemar clandestinamente la famosa decretal; Clemente ocultaba sus golpes bajo un abrazo. Roma había concedido muchos divorcios no tan bien fundados como los de Enrique VIII, pero una cosa muy diferente a un divorcio estaba en duda aquí; el papa, deseoso de alzar en Italia su poder destrozado, estaba a punto de sacrificar a los Tudor, y preparar el triunfo de la Reforma. Roma se iba separando de por sí sola de Inglaterra.

Todo el miedo de Clemente era que Campana llegara demasiado tarde para quemar la bula; pero pronto se tranquilizó; una calma chicha impidió que la *gran hazaña* avanzara. Campeggio, quien se encargó de no apresurarse en cumplir su misión como cualquier diplomático hábil, se entregó a sus pasatiempos mundanos, y cuando no podía, debido al mal estado de sus piernas, se dedicaba a la caza, a la que era muy aficionado, y también mataba el tiempo en los juegos de azar a los que era muy adicto. Historiadores respetables afirman que se entregó a placeres aún más ilícitos. Pero esto no podía durar para siempre, y el nuncio buscó otras maneras para alargar el tiempo, las que se le presentaron de la manera más inesperada. Un día, un oficial de la reina presentó al legado romano un *breve* de Julio II, que llevaba la misma fecha que la *bula* de la dispensa, firmado también, al igual que ésta, por el secretario Segismundo, y en el que el papa se expresaba de tal manera que las objeciones de Enrique caían por sí mismas. "El emperador", dijo el mensajero de Catalina, " ha descubierto este *breve* entre los papeles de Puebla, el embajador español en Inglaterra, en el momento del matrimonio" —" No se puede seguir adelante", dijo Campeggio a Wolsey; "todo su razonamiento se ha venido abajo.

Habrá que esperar nuevas instrucciones". Esta era la conclusión del cardenal en cada nuevo incidente, y siendo el viaje de Londres al Vaticano muy largo (sin contar con la morosidad del romano), la coartada era infalible.

Así, existían dos actas del mismo papa que se contradecían entre sí, firmadas el mismo día; una era secreta y la otra pública. Enrique decidió enviar una nueva misión a Roma. Ana propuso para esta embajada a uno de los caballeros más destacados de la corte, su primo Sir Francisco Bryan. A él se unió un italiano, Pedro Vannes, secretario latino de Enrique. "Van a buscar en todos los registros de la época de Julio II", les dijo Wolsey, "van a estudiar el acta manuscrita del Secretario Segismundo, y examinarán con atención el anillo del pescador utilizado por ese pontífice. Por otra parte, le informarán al papa que se ha propuesto colocar en su lugar a un cierto franciscano llamado De Angelis, a quien Carlos le dará la autoridad *espiritual*, reservando la *temporal* para él. Ustedes manejarán la situación de tal manera que Clemente se espante por este plan y luego le ofrecerán una guardia de dos mil hombres para protegerlo. Inf rmense si, en caso de que la reina desee abrazar la vida religiosa, se ponga como condición que el rey haga lo mismo, y si Enrique acepta, puede que tenga la seguridad de que el papa después lo libere de sus votos. Y, por último, averiguar n si, en caso de que la reina se niegue a entrar en un convento, el papa permitirá al rey tener *dos esposas*, como lo vemos en el Antiguo Testamento". La idea que traerá tanto reproche al landgrave de Hesse no era nueva, este honor pertenecía a un cardenal y legado de Roma, según lo dicho por Bossuet. "Por último", continuó Wolsey, "como el papa es de una disposición tímida, no dejen de sazonar sus protestas con amenazas. Usted, Pedro, lo llevar  a un rincón y le dir  que, como italiano que es y con más corazón que cualquiera que est  en la gloria de la Santa Sede, es su deber advertirle que si persiste, el rey, su reino y muchos otros príncipes se separarán para siempre del papado".

No estaba en la mente del papa necesariamente actuar solo; el rumor de que el emperador y el rey de Francia se estaban confabulando perturbó a Enrique. Wolsey había tratado en vano de sondear a Du Bellay; estos dos sacerdotes se probaban mutuamente. Además, el francés no siempre era oportunamente informado por su corte, las cartas tardaban *diez días* para llegar de París a Londres. Enrique, resolvió tener una reunión con el embajador. Comenzó a hablarle de su *asunto*, dice Du Bellay, "y le prometo a usted", añadió, "que él no necesita abogado, que entiende todo el asunto demasiado bien". Luego Enrique se refirió a los *agravios* de Francisco I, "recordando muchas cosas que el enviado no supo qué decir". – "Le ruego, señor embajador", dijo Enrique en conclusión, "que le solicite al rey, mi hermano, que deje un poco sus diversiones durante un año solamente para despachar pronto estos casos. Adv rtale que éstos le deben preocupar". Después de haber dado este acicate al rey de Francia, Enrique volvió sus pensamientos hacia Roma.

En verdad, el fatal "breve" de España lo atormentaba día y noche; y el cardenal torturaba su mente para encontrar pruebas de su falta de autenticidad; si pudiera hacerlo, sería inocente el papado del cargo de duplicidad y acusarían al emperador de falsificación. Al fin pens  que había tenido éxito. "En primer lugar", dijo al rey, "el breve tiene la misma fecha que la bula. Ahora, si

se hubieran descubierto los errores de esta última en el día en que fue redactada, habría sido más natural hacer otra que anexar un breve señalando los errores. ¿Cómo es esto?, ¡el mismo papa, el mismo día, a petición de las mismas personas, da dos rescriptos para un mismo efecto,¹⁴¹ uno de los cuales contradice al otro! Si la bula era buena, entonces, ¿para qué el breve?; si era mala, entonces, ¿por qué engañar a los príncipes con una bula sin valor? Algunos nombres se encuentran en el breve mal deletreados, y estos son fallas que el secretario pontificio, cuya precisión es bien conocida, no hubiera podido cometer.¹⁴² Por último, nadie en Inglaterra había oído mencionar este breve; y, sin embargo, es aquí donde tenía que ser encontrado". Enrique encargó a Knight, su secretario principal, que se uniera a toda velocidad a los otros enviados, con el fin de demostrar al papa el carácter espurio del documento.

Este importante documento revivió la irritación que se sentía en Inglaterra contra Carlos V, y se resolvió ir a los extremos. Todos los que estaban descontentos con Austria se refugiaron en Londres, sobre todo los húngaros. El embajador de Hungría propuso a Wolsey que adjudicara la corona imperial de Alemania al elector de Sajonia o al landgrave de Hesse, los dos jefes del protestantismo. Wolsey exclamó alarmado: "Sería una inconveniencia para la cristiandad, *ellos son muy luteranos*". Pero al embajador húngaro le satisfacía tanto, que al final no encontraba el asunto tan incómodo. Estos esquemas seguían prosperando en Londres, cuando de repente una nueva metamorfosis tuvo lugar ante los ojos de Du Bellay. El rey, el cardenal, y los ministros aparecieron en extraña consternación. Vincent da Casale acababa de llegar de Roma con una carta de su primo el protonotario, informando a Enrique que el papa, al ver el triunfo de Carlos V, la indecisión de Francisco I, el aislamiento del rey de Inglaterra, y la angustia de su cardenal, se había echado en los brazos del emperador. En Roma, se tomaron la libertad de burlarse de Wolsey, y decían que como no podía ser San Pedro lo convirtieran en San Pablo.

Mientras estaban ridiculizando a Wolsey en Roma, en San Germán se burlaban de Enrique. "Le voy a deshacer los caprichos que tiene en su cabeza", dijo Francisco; y los flamencos, que nuevamente habían sido expulsados del país, dijeron al salir de Londres, "que este año iban a continuar la guerra tan vigorosamente, que realmente iba a ser un espectáculo digno de ver".

Además de estas aflicciones públicas, Wolsey tenía sus privadas. Ana Bolena, que ya había comenzado a utilizar su influencia en favor de las víctimas del cardenal despótico, no descansó hasta conseguir que Cheyney, un cortesano deshonorado por Wolsey, fuera restaurado en el favor del rey. Ana, incluso, permitía que se hablaran sarcasmos mordaces contra el cardenal; y el duque de Norfolk y su partido comenzaron "a hablar a lo grande", dice Du Bellay. En el momento en que el papa, asustado por Carlos V, se iba separando de Inglaterra, Wolsey mismo se tambaleaba. ¿Quién defendería al papado?... Después de Wolsey, ¡nadie! Roma estaba

¹⁴¹ State Papers, vol. vii, p. 130.

¹⁴² La reina *Isabella* es llamada *Elizabeth* en el breve; pero yo he visto un documento en la corte de Madrid en el que la reina Elizabeth de Inglaterra es llamada Isabella; por lo tanto no es un error, sino un paralelo.

a punto de perder el poder que durante nueve siglos había ejercido en el seno de esta ilustre nación. La angustia del cardenal no puede describirse; incesantemente perseguido por imágenes sombrías, veía a Ana en el trono ayudando al triunfo de la Reforma; esta pesadilla le era sofocante. "Su gracia, el legado, está en grandes problemas", escribió el obispo de Bayona. "Sin embargo... él es más astuto que ellos".

Para calmar la tempestad, a Wolsey todavía le quedaba un recurso: este era hacer que Clemente fuera favorable a los designios de su amo. El astuto Campana, que había quemado la decretal, le aseguró que no creyera todos los informes que se le transmitían a él con relación a Roma. "Para satisfacer al rey," le dijo al cardenal, "el santo padre, si fuera necesario, descendería del trono pontificio." Por lo tanto, Wolsey resolvió enviar a Roma a un agente más enérgico que Vannes, Bryan, o Knight, y fijó sus ojos en Gardiner. Su valor comenzaba a revivir, cuando un evento inesperado avivó una vez más sus más ambiciosas esperanzas.

CAPÍTULO SEIS

Wolsey, Atrapado entre Escila y Caribdis

(1529)

El 11 de enero de 1529, justo cuando el papa estaba celebrando misa, fue atacado por una enfermedad repentina; fue llevado a su habitación al parecer en un estado moribundo. Cuando esta noticia llegó a Londres, el cardenal decidió darse prisa para abandonar Inglaterra, donde el suelo temblaba bajo sus pies, y subir con toda confianza al trono de los pontífices. En seguida, Bryan y Vannes, que estaban en Florencia, se dirigieron apresuradamente a Roma por los caminos infestados de ladrones. En Orvieto se les informó que el papa estaba mejor; en Viterbo, nadie sabía si estaba vivo o muerto; en Ronciglione, se les aseguró que había expirado; y, por último, cuando llegaron a la metrópoli del papado, se enteraron de que Clemente no podía sobrevivir, y que los imperialistas, apoyados por los Colonna, se esforzaban por nombrar a un papa que fuera fiel a Carlos V.

Pero si era grande la agitación a Roma, más lo era en Whitehall. Si Dios hacía que Clemente descendiera del trono pontificio, lo único que quedaba, pensó Wolsey, era montarse en él. "Conviene tener un papa que pueda salvar al reino", le dijo a Gardiner". Y a pesar de que no puede dejar de ser incómodo para mí, por mi avanzada edad, para ser el padre común, sin embargo, cuando todas las cosas sean bien ponderadas, las cualidades de todos los cardenales bien consideradas, yo soy el único, sin jactancia, que puede y tiene la voluntad de remediar el problema privado del rey. Y si no es por la reintegración del estado de la iglesia, y sobre todo para aliviar al rey y su reino de sus calamidades, todas las riquezas y la gloria del mundo no son la causa de que acepte dicha dignidad.¹⁴³ Sin embargo, me adapto a las necesidades de los tiempos. Por tanto, maestro Esteban, para que este asunto pueda tener éxito, le pido que aplique todo tu ingenio, por dinero y trabajo no se preocupe. Le doy las facultades más amplias, sin restricción ni limitación alguna".¹⁴⁴ Gardiner se marchó para conseguirle a su jefe la codiciada tiara.

Enrique VIII y Wolsey, quienes apenas podían contener su impaciencia, pronto se enteraron de la muerte del pontífice desde diferentes frentes. "El emperador ha quitado la vida a

¹⁴³ [Foxy comenta sarcásticamente: "Tarda más usted en decírnoslo que nosotros en creérselo"].

¹⁴⁴ Foxy, Acts, iv, pp. 600-601.

Clemente", dijo Wolsey cegado por el odio. "Carlos", prosiguió el rey, "se esforzará por obtener por la fuerza o el fraude un papa de acuerdo a sus deseos". "Sí, para hacerlo su capellán", respondió Wolsey", "y acabar poco a poco, tanto con el papa como con el papado". –"Tenemos que ir en defensa de la iglesia", replicó Enrique, "y con este punto de vista, mi señor, prepare su mente para ser el nuevo papa". -"Eso de por sí solo", respondió el cardenal, "puede llevar a un feliz término el pesado asunto de su majestad, y salvándose usted, salvará a la iglesia... y a mí también", pensó en su corazón. "Vamos a ver, vamos a contar los votantes".

Enrique y su ministro se dispusieron a escribir en una tira de pergamino los nombres de todos los cardenales, marcado con la letra *A* los que estaban a favor de los reyes de Inglaterra y Francia, y con la letra *B* todos los que favorecían el emperador. "No hubo letra *C*", dice un cronista sarcásticamente, "para indicar a cualquier que estuviera del lado de *Cristo*". La letra *N* designaba a los neutrales. "Los cardenales presentes", dijo Wolsey, "no pasarán de treinta y nueve, y nosotros debemos tener las dos terceras partes, es decir, veinte y seis. Ahora, hay veinte en quienes podemos contar, por lo tanto, debemos ganar a cualquier precio a los seis neutrales".

Wolsey, profundamente sensible de la importancia de una elección que decidiera si Inglaterra iba a ser reformada o no, trazó cuidadosamente las instrucciones que Enrique firmó, y que la historia debe registrar. "Nosotros deseamos y ordenamos", se les informó a los embajadores, "que ustedes aseguren la elección del cardenal de York, sin olvidar que, junto con la salvación de su propia alma, no hay nada que el rey desea más intensamente.

"Para ganar a los cardenales neutrales, emplearán dos métodos en particular. El primero es que los cardenales, estando presentes y teniendo a Dios y el Espíritu Santo ante ellos, deberán recordarles que el cardenal de York es el único que puede salvar a la cristiandad.

"El segundo es que, ya que la fragilidad humana no permite que todas las cosas sean meditadas y pesadas en una balanza justa para la comodidad y gusto de toda la cristiandad, especialmente en asuntos de tan alta importancia, para socorrer a la flaqueza que pueda haber... no por corrupción, ustedes deben entender... sino más bien para ayudar a las limitaciones y defectos de la naturaleza humana, será conveniente que ustedes prometan oficios espirituales, dignidades, recompensas de dinero u otras cosas que consideren que pueden servir para ese propósito.

"Entonces, con buena destreza, combinen y tejan esos nudos perfectamente firmes e indisolubles que nos sean favorables. Y para que se animen más en finiquitar la elección que el rey desea, se les ofrece una guardia de dos mil o tres mil hombres de los reyes de Inglaterra y Francia, del vizconde de Turín, y de la república de Venecia.

"Si, a pesar de todos sus esfuerzos, la elección falla, entonces los cardenales del rey se retirarán a un lugar seguro, y procederán a una elección que sea del agrado de Dios.

"Y para ganar más amigos para el rey, deberán prometer, por una parte, al Cardenal de Médicis y su partido nuestro favor especial; y por otra parte, a los florentinos los pondrán en la comodidad de la exclusión de dicha familia De'Medici.

“Del mismo modo, pondrán a los cardenales en perfecta esperanza de recuperar el patrimonio de la iglesia; y contendrán a los venecianos de buena confianza para que se apropien de Cervia y Ravenna (que formaban parte del patrimonio) de una manera razonable”.

Esos fueron los medios por los cuales el cardenal esperaba ganar el trono papal. A los de la derecha decía que *sí*, a los de la izquierda que *no*. Qué importaba que estas perfidias fueran un día descubiertas, siempre que lo fueran después de las elecciones. La cristiandad podría estar muy segura que la elección del futuro pontífice era obra del Espíritu Santo. Alejandro VI había sido un envenenador; Julio II había dado rienda suelta a la ambición, la ira y el vicio; el liberal León X había pasado su vida en actividades mundanas; el infeliz Clemente VII había vivido en estratagemas y mentiras; Wolsey sería su digno sucesor: “Todos los siete pecados capitales han llevado la triple corona”.

Wolsey encontró su excusa en el pensamiento de que, si tenía éxito, el divorcio estaba asegurado, e Inglaterra esclavizaría para siempre a la corte de Roma. El éxito en un primer momento parecía probable. Muchos cardenales hablaron abiertamente a favor del prelado inglés; uno de ellos pidió un informe detallado de su vida con el fin de presentarlo como un modelo para la iglesia; otro lo adoró (así dijo) como a una divinidad... Entre los dioses y los papas adorados en Roma no había ninguno mejor que él. Pero al poco tiempo una alarmante noticia llegó a Inglaterra. ¡Qué pena!, el papa estaba mejorando. “Oculen sus instrucciones”, escribió el cardenal”.

Wolsey, al no haber obtenido la tiara, al menos necesitaba ganar el divorcio. “Dios declara, “dijeron los embajadores ingleses al papa, “*Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican*.”¹⁴⁵ Por lo tanto, el rey, teniendo solo a Dios por su guía, requiere de usted, en primer lugar, un compromiso de pronunciar el divorcio en el espacio de tres meses, y en segundo, la advocación a Roma”. –“La promesa en primer lugar, y sólo después de ésta la advocación”, Wolsey había dicho”; “porque temo que si el papa comienza con la advocación, nunca pronunciará el divorcio”. –“Además”, agregaron los enviados, “el segundo matrimonio del rey no admite negativa, aunque haya bulas o breves. Lo único que importa en este asunto es el divorcio; el divorcio que de una manera u otra debe ser logrado”.

Wolsey había dado instrucciones a sus enviados para pronunciar estas palabras con un cierto aire de familiaridad, y al mismo tiempo con una gravedad calculada para producir un efecto. Sus expectativas fueron defraudadas; Clemente estaba más frío que nunca. Había decidido abandonar a Inglaterra con el fin de que pudiera asegurar los Estados de la Iglesia, de los que Carlos era entonces el dueño, sacrificando así lo espiritual por lo temporal. “El papa no va a hacer la menor cosa para su majestad”, escribió Bryan al rey; “su asunto bien puede estar en su *Pater noster*, pero sin duda no está en su *Credo*”. “La importunidad crece”, respondió el rey; “el cardenal de Verona debe permanecer cerca de la persona del papa y contrarrestar la influencia

¹⁴⁵ Si Cristo no es el fundamento, de seguro ninguna edificación estará bien hecha. State Papers, vii, p. 122.

de De Angelis y del arzobispo de Capua. Prefiero perder mis dos coronas que ser golpeado por estos dos frailes”.

Así, la lucha estaba por volverse más aguda que nunca, cuando la recaída de Clemente una vez más trajo dudas en todo. Siempre estaba entre la vida y la muerte, y esta alternancia perpetua ponía nerviosos al rey y al impaciente cardenal en todos los sentidos. Este último consideraba que el papa tenía necesidad de méritos para entrar en el reino de los cielos. "Procuren una entrevista con el papa", escribió a los enviados: "aunque sea en la misma agonía de la muerte;¹⁴⁶ y háganle saber que no hay nada mejor para *salvar su alma* que el proyecto de ley de divorcio". Los comisionados de Enrique no fueron admitidos; pero hacia el final del mes de marzo, los delegados aparecieron en conjunto; el papa se comprometió a examinar la carta de España. Vannes empezó a temer por este documento; él exponía que los que lo habían redactado habrían sido capaces de darle una apariencia de autenticidad. "Más bien, declare de inmediato que este breve no es un breve", le dijo él al papa. "El rey de Inglaterra, que es el hijo de su santidad, no es como el resto del mundo. Él no puede poner el mismo zapato en los dos pies". Este argumento bastante vulgar no inquietó a Clemente. "Si para tener contento a su jefe en este negocio", dijo, "no puedo emplear mi cabeza, por lo menos lo haré con mi dedo". – "Por favor tenga la amabilidad de explicarse", contestó Vannes, que encontraba en el dedo un detalle sin importancia. – "Quiero decir", prosiguió el pontífice, "que voy a emplear todos los medios, siempre que sean honorables". Vannes se retiró desalentado.

De inmediato se reunió con sus colegas, y todos juntos, alarmados por la idea de la ira de Enrique, regresaron con el pontífice; se enfrentaron con los lacayos que trataban de detenerlos, y se abrieron paso hasta su dormitorio. Clemente se opuso a ellos con la resistencia de la inercia por la que el papado ha ganado sus más grandes victorias: *siluit*, él permaneció en silencio. ¿Qué importancia para el pontífice tenían Tudor, su isla y su iglesia, cuando Carlos de Austria lo estaba amenazando con sus ejércitos? Clemente, menos orgulloso que Hildebrando, se sometió voluntariamente al poder del emperador, siempre y cuando el emperador lo protegiera. "Yo preferiría más bien ser siervo de César, no sólo en un templo, sino en un establo en caso necesario, que estar expuesto a los insultos de los rebeldes y vagabundos." Al mismo tiempo, escribió a Campeggio: "No irrite al rey, pero sálgase de este asunto lo más pronto posible, el breve español nos da los medios".

De hecho, Carlos V había mostrado dos veces el documento original a Lee, el embajador de Enrique, y Wolsey, después del informe de este embajador, empezó a creer que no era Carlos quien había formulado el breve, sino que el papa Julio II en realidad había dado dos documentos contradictorios en un mismo día. Por lo tanto, el cardenal ahora temía ver esta carta en manos del pontífice. "Haga todo lo posible para disuadir al papa de buscar el original en España," escribió a uno de sus embajadores; "puede exasperar al emperador". Sabemos lo cauteloso que el cardenal era hacia Carlos. La intriga alcanzó su punto más alto en esa época, y los ingleses y los romanos

¹⁴⁶ Burnet's *Reformation*, 1, p. 49.

se encontraron frente a frente con sus respectivas triquiñuelas. "En este tipo de negociaciones delicadas", dice Burnet, (que había tenido alguna pequeña experiencia en la diplomacia), "los ministros deben decir y no decir lo que se les instruye, para seguir el curso como parte de su negocio". Los enviados de Enrique al papa interceptaron las cartas enviadas desde Roma, e incautaron las de Campeggio. Por su parte, el papa prodigaba sonrisas aduladoras y equívocas traiciones. Bryan escribió a Enrique VIII: "Su gracia siempre ha hecho por él en los hechos, y él le ha recompensado con buenas *palabras y escritos* justos; de los que, creo yo, a su gracia no le hacen falta, sino los *hechos*. Nunca he creído que los vaya a ver, y sobre todo en estos tiempos". Bryan había comprendido a la corte de Roma mejor, quizás, que muchos políticos. Por último, el propio Clemente, con el deseo de preparar al rey el golpe que estaba a punto de infligir, le escribió: "No hemos sido capaces de encontrar nada que pueda satisfacer a sus embajadores".

Enrique pensó que sabía lo que significaba este mensaje: que no había encontrado nada, y no encontraría nada, y en consecuencia este príncipe, que, si hemos de creer a Wolsey, había mostrado hasta entonces increíble paciencia y mansedumbre, dejó escapar toda su violencia. "Muy bien," dijo; "mis lores y yo sabemos muy bien cómo zafarnos nosotros mismos de la autoridad de la sede romana". Wolsey se puso pálido, y suplicó a su amo no precipitarse en ese abismo terrible; Campeggio también se esforzó para revivir las esperanzas del rey. Pero todo fue inútil. Enrique retiró a sus embajadores.

Enrique, es cierto, aún no había llegado a la edad en la que los violentos personajes se vuelven inflexibles en los hábitos que han fomentado al ceder a sus pasiones. Pero el cardenal, que conocía a su jefe, sabía también que su inflexibilidad no dependía del número de sus años, pensó que el poder de Roma en Inglaterra se había perdido; y, colocado entre Enrique y Clemente, exclamó: "¿Cómo voy a evitar a Escila, y no caer en Caribdis?" Le rogó al rey hacer un último esfuerzo enviando al Dr. Bennet ante el papa con la orden de apoyar la advocación de Roma, y le dio una carta en la que se muestran todos los recursos de su elocuencia. "¿Cómo imaginar", escribió, "que las persuasiones de sentido insten al rey a romper una unión en la que pasó los años ardientes de su juventud con tal pureza?... El asunto es muy diferente. Estoy en el punto, conozco el estado de la mente de los hombres... Rece, créame... el divorcio es una cuestión secundaria, lo principal es la *fidelidad de este reino* a la sede papal. La nobleza, la aristocracia y los ciudadanos todos exclaman con indignación: ¿Deben nuestras fortunas e incluso nuestras vidas depender del movimiento de cabeza de un extranjero? Nosotros debemos abolir, o por lo menos disminuir la autoridad del pontífice romano... Santísimo padre, no podemos hablar de tales cosas sin estremecernos"... Este nuevo intento también fue inútil. El papa preguntó a Enrique cómo podía dudar de su buena voluntad, viendo que el rey de Inglaterra había hecho tanto por la Sede Apostólica. Esto parecía una cruel ironía para el Tudor; el rey le pedía un favor del papa, y éste le respondía recordándole lo que el papado había recibido de sus manos. "¿Es esta la forma", se preguntaban los ciudadanos de Inglaterra, "en la que Roma paga sus deudas?"

Wolsey no había llegado al término de sus desgracias. Gardiner y Bryan acababan de regresar a Londres: declararon que exigir una advocación a Roma era perder su causa. En

consecuencia Wolsey, quien tiraba el anzuelo para todos lados, ordenó a Da Casale, en caso de que Clemente pronunciara la advocación, renunciar al papa, la falsa cabeza de la iglesia, y apelar al *verdadero vicario de Jesucristo*.¹⁴⁷ Este era casi el estilo de Lutero. ¿Quién era este verdadero vicario? Probablemente un papa nombrado por la influencia de Inglaterra.

Pero este procedimiento no era garantía para el cardenal, quien estaba a punto de perder el juicio. Poco tiempo antes de esto, Du Bellay, que acababa de regresar de París, donde había ido para retener a Francia al lado de Inglaterra, había sido invitado a Richmond por Wolsey. Mientras los dos preladados caminaban en el parque, en esa colina donde la vista se extiende sobre los campos fértiles y ondulados sobre los cuales el sinuoso Támesis vierte sus aguas tranquilas, el infeliz cardenal dijo al obispo: "¡Mi problema es el mayor que haya existido!... me he emocionado y he llevado este asunto del divorcio a la disolución de la unión entre las dos casas de España e Inglaterra, sembrando confusión entre ellos, como si no tuviera parte en esto. Usted sabe que era por el interés de Francia, por lo que le ruego al rey, su señor y su majestad, hacer todo lo que pueda para darle curso al divorcio. Estaré más agradecido que si me hubieran elegido papa; pero si me rechazan, mi ruina es inevitable". Y luego, dando paso a la desesperación, exclamó: "¡Ay!, ¡quisiera que yo fuera a ser enterrado mañana!"

El pobre hombre estaba bebiendo el cáliz amargo que sus propias perfidias le habían preparado. Todo parecía conspirar contra Enrique, y Bennet fue retirado poco después. Se decía en la corte y en la ciudad: "Dado que el papa nos sacrifica al emperador, vamos a sacrificar al papa". Clemente VII, intimidado por las amenazas de Carlos V, y tambaleándose en su trono, con locura pateaba la barca de Inglaterra. Europa era toda su atención, y empezó a pensar que el orgulloso buque de Albión, cortando el cable que les unía a los pontífices, podría izar libremente sus velas a los vientos, y una vez navegando solo por el mar, dejarse llevar por la brisa que viene del cielo.

La influencia de Roma sobre Europa es en gran medida política. Pierde un reino por una querella real, y podría de esta misma manera perder diez más.

¹⁴⁷ State Papers, vii, p. 191.

CAPÍTULO SIETE

Moro y Tyndale: Un duelo de Teología

(1528-1529)

Otras circunstancias del día hacían que la emancipación de la iglesia fuera más necesaria. Si detrás de estos debates políticos no se hubiera encontrado un pueblo cristiano resuelto a no volver a contemporizar con el error, es probable que Inglaterra, después de algunos años de independencia, hubiera caído de nuevo en el seno de Roma. El tema del divorcio no fue el único que inquietaba las mentes de los hombres; las controversias religiosas, que desde hacía algunos años llenaban al continente, fueron siempre más animadas en Oxford y Cambridge. Los *evangélicos* y los *católicos* (de hecho, no muy católicos) discutían acaloradamente los grandes temas que la marcha de los acontecimientos traía ante el mundo. Los primeros sostenían que la iglesia primitiva de los apóstoles y la iglesia actual del papado no eran idénticas; los segundos afirmaban, por el contrario, la identidad del papado con el cristianismo apostólico. Otros teólogos romanistas en tiempos recientes, al hallar que esta posición es un tanto embarazosa, han afirmado que el catolicismo sólo existía en *germen* en la iglesia apostólica, y posteriormente se había desarrollado por sí misma. Pero un millar de abusos, un millar de errores pueden opacar a una iglesia bajo esta teoría. Una planta brota de la semilla y crece de acuerdo a leyes inmutables; mientras que una doctrina no se puede transformar en la mente del hombre sin caer bajo la influencia del pecado. Es cierto que los discípulos del papado han supuesto una acción constante del Espíritu divino en la Iglesia Católica, que la excluye de toda influencia del error. Para estampar en el desarrollo de la iglesia el carácter de la verdad, han estampado en la iglesia misma el carácter de infalibilidad; *quod erat demonstrandum*. Su razonamiento es un mero deseo de esa cuestión. Para saber si el desarrollo romanista es idéntico al evangelio, debemos examinarlo por la Escritura.

No fueron los universitarios solamente quienes se ocuparon en buscar la verdad cristiana. La separación entre las opiniones del pueblo y de los académicos, tan comentada en otros tiempos, no existe ahora. Lo que los teólogos enseñaban, los ciudadanos lo practicaban; Oxford y Londres se habían abrazado. Los teólogos sabían que el aprendizaje tenía necesidad de la vida, y los ciudadanos creían que la vida tenía necesidad del conocimiento que se deriva de la doctrina de las fuentes de las Escrituras de Dios. Fue la armonía entre estos dos elementos, una teológica y otra práctica, lo que constituyó la fuerza de la reforma inglesa.

La vida evangélica en la capital alarmó a los clérigos más que la doctrina evangélica en las universidades. Puesto que Monmouth había escapado, debían castigar a otro. Entre los comerciantes de Londres estaba John Tewkesbury, uno de los más viejos amantes de las Escrituras en Inglaterra. Ya en 1512 se había convertido en poseedor de una copia manuscrita de la Biblia, y la había estudiado detenidamente; cuando apareció el Nuevo Testamento de Tyndale,

lo leyó con avidez; y, por último, *El Malvado Mammon* había completado la obra de su conversión. Siendo un hombre sincero y entendido, inteligente en todo lo que emprendía, un predicador disponible que hablaba con fluidez, que gustaba de llegar al fondo de todo, al igual que Monmouth, Tewkesbury se hizo muy influyente en la ciudad, y uno de los más eruditos en las Escrituras que cualquiera de los evangélicos. Estos cristianos generosos, decididos a consagrar a Dios los bienes que habían recibido de él, fueron los primeros de una larga serie de laicos que estaban destinados a ser más útiles a la verdad que muchos ministros y obispos. Ellos encontraron tiempo para interesarse en los detalles más insignificantes del reino de Dios; y en la historia de la Reforma en Gran Bretaña sus nombres deben estar al lado de Latimer y Tyndale.

La actividad de estos laicos no podía escapar a la atención del cardenal. Clemente VII estaba abandonando a Inglaterra; era necesario que los obispos ingleses, si aplastaban a los herejes, iban a demostrar que no abandonarían al papado. Podemos comprender el celo de estos prelados, y sin justificar sus persecuciones, entendemos las razones de sus crímenes. Los obispos decidieron acabar con Tewkesbury. Un día de abril de 1529, mientras estaba ocupado en su talabartería, los agentes entraron en su almacén, lo arrestaron y lo llevaron al obispo de la capilla de Londres, donde, además del obispo ordinario (Tunstall), estaban también en el banquillo los obispos de Ely, San Asaf, Bath, y Lincoln, junto con el abad de Westminster. La composición de este tribunal indicaba la importancia de su caso. La emancipación de los laicos, pensaron estos jueces, es tal vez una herejía más peligrosa que la justificación por la fe.

"John Tewkesbury", dijo el obispo de Londres, "Le exhorto a confiar menos en su propio ingenio y conocimiento, y más en la doctrina de la santa madre iglesia". Tewkesbury respondió que a su juicio él no practicaba otra doctrina que la de la iglesia de Cristo. Tunstall luego abordó el cargo principal, el de haber leído el *Malvado Mammon*, y después de citarle varios pasajes, exclamó: "Renuncie a estos errores". – "Yo no hallo errores en el libro", respondió Tewkesbury", más bien él ha iluminado mi conciencia y ha consolado mi corazón. Pero ese no es mi evangelio. He estudiado las Sagradas Escrituras durante estos diecisiete años, y así como alguien ve las manchas de su cara en el espejo, así he visto los pecados de mi alma mediante su lectura. Si hay un desacuerdo entre usted y el Nuevo Testamento, póngase en armonía con él, en vez de ponerlo a él en acuerdo con usted". Los obispos se sorprendieron de que un vendedor de pieles se expresara tan bien y que citara la Escritura tan confiadamente, y no fueron capaces de resistirle. Molestos por haber sido catequizados por un laico, los obispos de Bath, San Asaf y Lincoln pensaron que podían dominarlo más fácilmente por las máquinas de tortura que por sus argumentos. Fue trasladado a la Torre, donde le ordenaron que se sometiera a tortura. Sus piernas fueron aplastadas, lo que era contrario a las leyes de Inglaterra, y la fuerza de la máquina de torturas le arrancó un grito de agonía al que los sacerdotes respondieron con un grito de júbilo. El inflexible comerciante había prometido al fin renunciar al *Malvado Mammon* de Tyndale. Tewkesbury dejó la Torre "casi inválido", y regresó a su casa para lamentar la fatal palabra que la interrogación le había sacado por la tortura, y para prepararse en el silencio de su fe a confesar en la hoguera el precioso nombre de Cristo Jesús.

Debemos, sin embargo, reconocer que la "interrogación" no era sólo el argumento de Roma. El evangelio, como en los primeros tiempos de la iglesia, tenía dos clases de oponentes en el siglo XVI. Algunos atacaban con la tortura, otros con sus escritos. Sir Tomás Moro, unos años más tarde iba a recurrir al primero de estos argumentos, pero por el momento hizo uso de su pluma. Primero había estudiado los escritos de los Padres de la Iglesia y de los reformadores, más bien como abogado que como teólogo; y entonces, armando todos los puntos, se lanzó a la arena de la polémica, y en sus ataques trató con esas "convicciones técnicas y esas sutilezas malévolas", dice uno de sus más grandes admiradores, "de las cuales los hombres más honestos de su profesión no son libres". Bromas y sarcasmos había salido de su pluma en su discusión con Tyndale, como en su controversia con Lutero. En 1528 apareció la obra: *Un diálogo de Sir Tomás Moro, Knt., tocando la Secta pestilente de Lutero y Tyndale, iniciada por el primero en Sajonia, y trabajando el segundo para llevarla a Inglaterra*.¹⁴⁸ Tan pronto como Tyndale tuvo noticias de la publicación de Moro, tuvo lugar un notable combate entre estos dos representantes de las dos doctrinas que estaban destinadas a dividir la cristiandad: Tyndale el campeón de la Escritura,¹⁴⁹ y Moro el campeón de la iglesia. Al haber puesto Moro a su libro el nombre de *diálogo*, Tyndale adoptó esta forma en su respuesta, y los dos combatientes valientemente cruzaron sus espadas, aunque los anchos mares estaban en medio de ellos. Este duelo teológico no deja de tener importancia en la historia de la Reforma. Las luchas de la diplomacia, del sacerdotalismo y de la realeza no eran suficientes, debería haber luchas de doctrinas. Roma había establecido la jerarquía por encima de la fe, la Reforma estaba restaurando la fe en su lugar, por encima de la jerarquía.

MORO. Cristo no dijo, que el Espíritu Santo *os escribirá*, sino dijo *os enseñará*. Cualquier cosa que la iglesia diga, es la palabra de Dios, aunque no esté en la Escritura.

TYNDALE. No es común que la Escritura diga que el Espíritu Santo escribió, sino que inspiró a los escritores. . . y es manifiesto que. . . el amor obligó a los apóstoles a no dejar nada escrito sino lo que necesariamente se requería, y que si se dejaba fuera lastimaría al alma. . .

¹⁴⁸ [Sir Tomás Moro, considerado por la iglesia como el mayor erudito inglés de su tiempo, fue invitado por Tunstall a leer las obras de los reformadores con el fin de que pudiera usar su pluma para refutarlos. El *Diálogo* fue el resultado. Se intentaba que fuera una obra popular, entremezclando "cuentos alegres" con algunas disquisiciones teológicas de poca profundidad. C.S. Lewis, en su *Literatura Inglesa del Siglo XVI*, habla de ella como una débil defensa del romanismo, pero como "gran diálogo platónico, tal vez el mejor ejemplo de ese estilo nunca antes producido en Inglés" (p. 172)].

¹⁴⁹ El *Diálogo* consistía de 250 páginas y fue impreso por Rastell, cuñado de Moro. La respuesta de Tyndale no apareció hasta más tarde; hemos pensado que es mejor introducirla aquí.
[La *Respuesta de Tyndale a los Diálogos de Sir Tomás Moro* está basada firmemente en la fe cristiana de las Escrituras, y se puede encontrar en las publicaciones de Parker Society].

Éstas se han escrito, dice San Juan, *para que creáis y tengáis vida*. (Juan 20:31; Romanos 14:4; Mateo 22:29).

MORO. Los apóstoles enseñaron *oralmente* muchas cosas que no están *escritas*, ya que no deben llegar a las manos de los paganos para que se burlen de ellas.

TYNDALE. Note usted que las cosas por las que más se pueden burlar los paganos son las enseñanzas de la resurrección, y de que Cristo era Dios y hombre, y que murió entre dos ladrones. Y sin embargo, todas estas cosas los apóstoles las escribieron. Por otra parte, el purgatorio, la penitencia y la satisfacción por el pecado, y las oraciones a los santos, sorprendentemente son del agrado de los paganos supersticiosos; así que, no necesitan abstenerse de leer los escritos de aquellos por miedo a que los paganos se vayan a burlar.

MORO. No debemos examinar la enseñanza de la iglesia por la Escritura, sino entender las Escrituras por medio de lo que dice la iglesia.

TYNDALE. ¡Qué! ¿Es el aire el que da la luz al sol, o el sol al aire? ¿Es la iglesia antes del evangelio, o el evangelio antes de la iglesia? ¿No es el padre más viejo que el hijo? *Dios, de su voluntad, nos engendró por la palabra de verdad*, dice Santiago (1:18). Si el que engendra es antes del que es engendrado, entonces la *palabra* es anterior a la *iglesia*, o, por mejor decirlo, antes de la *congregación*.

MORO. ¿Por qué dice *congregación* y no *iglesia*?

TYNDALE. Porque por esa palabra *iglesia*, no se entiendes nada, sino una multitud de afeitados, rapados y aceitados, que ahora llamamos la espiritualidad o el clero; mientras que la otra palabra es común a toda la congregación compuesta por los que creen en Cristo.

MORO. La Iglesia es el papa y su secta o seguidores.

TYNDALE. El papa nos enseña a confiar en obras santas para la salvación, como la penitencia, los méritos de los santos y las sotanas de los frailes. Ahora bien, el que no tienen fe para ser salvo por medio de Cristo, no es de la iglesia de Cristo.

MORO. La iglesia romana de la que los luteranos salieron, era antes que ellos, y por lo tanto es la correcta.

TYNDALE. De la misma manera se puede decir que la iglesia de los fariseos, de donde Cristo y sus apóstoles salieron, era antes que ellos, y por lo tanto era la iglesia correcta, y, consecuentemente, Cristo y sus discípulos son herejes.

MORO. No, los apóstoles salieron de la iglesia de los fariseos porque ellos no encontraron ahí a Cristo, pero sus sacerdotes en Alemania y en otras partes salieron de nuestra iglesia porque querían tener esposas.

TYNDALE. Está equivocado. . . estos sacerdotes desde un principio ya profesaban lo que ustedes llaman *herejías*, y fue hasta después tomaron esposas; pero los de ustedes primero se adhirieron a la *santa* doctrina del papa, y luego tomaron ramera.

MORO. Abran los libros de Lutero, si no nos creerán.

TYNDALE. Pero ustedes mismos los han confiscado, e incluso los han quemado. . . .

MORO. Estoy maravillado de que usted niegue el *purgatorio*, Sir William, a no ser que de plano quiera irse al infierno.

TYNDALE. No conozco otra forma de purgar mis pecados sino por la fe en la cruz de Cristo; mientras que ustedes, por unas cuantas monedas compran unas píldoras secretas [indulgencias] que se toman para purgar sus pecados.

MORO. Entonces, según usted, si la fe es su purgatorio, ya no son necesarias las obras; ¡qué doctrina más inmoral!

TYNDALE. Es la fe *sola* la que nos salva, pero no una *fe desnuda*. Cuando un caballo lleva una silla de montar y un hombre sobre ella, bien podemos decir que el caballo solo es el que lleva la silla solamente, pero eso no significa que la silla esté vacía, y que no venga alguien montado.

De esta manera el católico y el evangélico desarrollaron la discusión. De acuerdo con Tyndale, lo que constituye la verdadera iglesia es la obra interna del Espíritu Santo; de acuerdo con Moro, lo que la constituye es el papado. El carácter espiritual del evangelio es opuesto al carácter formalista de la iglesia romana. La Reforma restauró, a nuestro entender, la base sólida de la Palabra de Dios, porque la arena es sustituida por la roca.¹⁵⁰ En la discusión que acabamos

¹⁵⁰ [Uno de los más recientes historiadores católico romanos de la Reforma en Inglaterra (*La Reforma en Inglaterra*, Vol. I. 'Las acciones del rey' por Philip Hughes, 1950) por necesidad dedica una considerable atención a los ataques de Tyndale contra la iglesia romana. Mientras él clasifica a Tyndale como "la más grande luz en el firmamento herético inglés en esos primeros años, y el remedio inglés más poderoso del catolicismo desde Wycliffe (p. 133, 4ª ed.), extrañamente afirma que "Tyndale difícilmente puede situarse como un pensador religioso de importancia real. Ninguna de las ideas que esgrime es propia de él". En este sentido, dice Hughes, todos los otros reformadores ingleses de ese período son como Tyndale: "todos son derivados". Este veredicto no se justifica. Es fácil reclamar originalidad a un pionero y negarla a sus seguidores. El hecho es que, a pesar de que Tyndale estaba bien documentado en los escritos de Lutero, pues no hay duda de que su influencia aparece en sus tratados, su doctrina no vino de Lutero, sino de su propio estudio independiente de la Escrituras. Hughes vincula acertadamente el llamado de los compatriotas de Tyndale a la Palabra, con lo siguiente: "La concepción total católica de los sacramentos, del sacrificio sacramental y del sacerdocio sacramentalmente cualificado y dotado que se ofrece, fue violentamente rechazada. La misa era idolatría y abominación. Y todo el sistema tan cuidadosamente elaborado por los teólogos medievales y patrísticos fue eliminado también" (P. 135). ¡Exactamente! El hecho de que Lutero y Tyndale expusieran las mismas enseñanzas es una prueba, no que uno era

de presentar, no llevó la ventaja el católico. Erasmo, el amigo de Moro, avergonzado por la forma en que éste estaba llevando las cosas, escribió a Tonstall: "No puedo felicitar sinceramente a Moro". Enrique interrumpió al célebre caballero de estas contiendas para enviarlo a Cambray, donde la paz se negociaba entre Francia y el imperio. A Wolsey le hubiera gustado ir él mismo, pero sus enemigos sugirieron al rey "que era sólo para no agilizar el asunto del divorcio". Enrique, por lo tanto, despachó a Moro, Knight y Tunstall, pero Wolsey había puesto tantos retrasos que no llegaron hasta después de la conclusión de la *Paz de las Damas* (agosto de 1529). Las vejaciones del rey eran extremas. Du Bellay en vano le había ayudado a pasar un buen *preliminar julio* para hacerle tragar la dosis. Enrique estaba enojado con Wolsey; Wolsey culpaba al embajador; y el embajador se defendió "con las uñas y los dientes".

A modo de compensación, los enviados ingleses concluyeron con el emperador un tratado que prohibía a ambos lados la impresión y venta de "libros luteranos". Algunos de ellos deseaban, para una buena persecución unas cuantas hogueras, por lo menos. Entonces se presentó una singular oportunidad. En la primavera de 1529, Tyndale y Fryth se habían trasladado de Marburgo hacia Amberes, por lo eran vecinos de los enviados ingleses. Pensaban que lo que Occidente había sido incapaz de efectuar, los dos hombres más inteligentes de Gran Bretaña lo podrían lograr. "Tyndale debe ser capturado", dijeron Moro y Tunstall. –"Usted no sabe la clase de país en donde nos encontramos", respondió Hackett. "¿Va a creer que el 7 de abril Harman me arrestó en Amberes por los daños causados por su encarcelamiento? Si usted me pone cargos como individuo, le dije al oficial, estoy dispuesto a responder por mí mismo, pero si me arresta como embajador, no conozco a otro juez que al emperador. A lo que el fiscal tuvo la audacia de responder que fui arrestado como *embajador*, y los lores de Amberes sólo me pusieron en libertad con la condición de que yo debería comparecer de nuevo en la primera convocatoria. Estos comerciantes están tan orgullosos de sus franquicias, que pueden resistir incluso el propio Carlos". Esta anécdota no estaba en absoluto calculada para alentar a Moro. Y

una mera copia del otro, sino que ambos por igual, iluminados por el mismo Espíritu Santo, habían bebido profundamente de la Palabra iluminadora.

Lo mejor que Hughes puede decir de Tyndale es lo siguiente: "Pero la pasión de Tyndale y su habilidad en los idiomas es otra cuestión; y en su propia lengua mostró ser un verdadero maestro. Su férreo celo y su ardiente odio; la viciosa mordedura de su ataque; el estilo sencillo, claro e infalible; la verdadera elocuencia cuando se dejaba llevar por la indignación, o la idea de que el "evangelio" algún día podría lograrlo todo, o el pensamiento del amor salvífico de Dios; eran un poder retórico de gran alcance de alguien que convierte a los hombres y los hace sus seguidores" (p. 138).

Eso de que Tyndale usaba frecuentemente palabras de "odio más amargo" en la denuncia contra un romanismo engañoso, es innegable. El romanismo era, a sus ojos, la "abominación que hizo que la tierra quedara desolada de la verdad". Pero términos igualmente fuertes se utilizaron contra Tyndale por parte de sus adversarios. Y si un apóstol fue movido por el Espíritu de Dios para anatematizar a los maestros en Galacia quienes, aunque nominalmente cristianos, querían añadir las obras y las ceremonias del hombre a la fe como instrumentos de justificación ante Dios, no es de extrañar que Tyndale y sus compañeros reformadores utilizaran las expresiones más fuertes para denunciar un sistema que se apartó tan gravemente de la plena "verdad como está en Jesús".]

no preocupado por una persecución que prometía ser de poca utilidad, regresó a Inglaterra. Pero el obispo de Londres, que se quedó atrás, persistió en el proyecto, y se dirigió a Amberes para ponerlo en ejecución.

Por ese tiempo Tyndale estaba enormemente preocupado; deudas considerables con sus impresores le obligaron a suspender sus labores. Esto no era todo: el prelado que lo había rechazado con tanta dureza en Londres, acababa de llegar a la misma ciudad donde yacía oculto... ¿Qué sería de él?... Un comerciante, llamado Agustín Packington, hombre inteligente pero un poco inclinado a la simulación, estaba en Amberes por cuestiones de negocios, y de inmediato fue a presentar sus respetos al obispo. Este último le confesó, en el curso de la conversación: "Me gustaría conseguir los libros con los que Inglaterra se está envenenado". –Tal vez yo le pueda ayudar en esa materia", respondió el comerciante. "Sé que los flamencos han comprado libros de Tyndale, de modo que si su señoría es gustoso de pagar por ellos, yo se los puedo conseguir". –"¡Ah!", pensó el obispo, "ahora, como dice el proverbio, voy a tener a Dios en los dedos del pie. Distinguido Maestro Packington", añadió en un tono halagador: "voy a pagar por ellos cualquiera que sea el costo. Tengo la intención de quemarlos frente a la cruz de San Pablo". El obispo, ya en los testamentos de Tyndale en su poder, creía que estaba a punto de apoderarse del propio Tyndale.

Packington, siendo uno de esos hombres a quienes les gusta estar bien con todos, corrió a ver a Tyndale, de quien era íntimo amigo, y le dijo: –"William, sé que eres un hombre pobre, y tienes un montón de Nuevos Testamentos y libros escritos por ti, que a la vez te han arruinado; y ahora yo he encontrado a un comerciante que los va a comprar todos, y de contado". –"¿Quién es el comerciante?", preguntó Tyndale. – "El obispo de Londres". – "¿Tunstall?... Si compra mis libros, sólo puede ser para quemarlos. "No hay duda", respondió Packington, "pero, ¿qué va a ganar con ello? El mundo entero va a protestar contra el sacerdote que quema la Palabra de Dios, y los ojos de muchos se abrirán. Vamos, decídetelo, William, el obispo tendrá los libros, tú el dinero, y yo las gracias"... Tyndale se resistía a la propuesta y Packington se volvía más apremiante. "La cuestión es ésta", dijo, "¿pagará el obispo por los libros o no lo hará?, decídetelo... y él los tendrá". –"Doy mi consentimiento", dijo el reformador al fin. "Voy a pagar mis deudas, y haré una nueva y más correcta edición del Testamento". El trato se concretó.

Pero al poco tiempo el peligro aumentó en torno a Tyndale. Carteles puestos en Amberes y en toda la provincia anunciaban que el emperador, de conformidad con el tratado de Cambray, estaba a punto de proceder contra los reformistas y sus escritos. Ningún funcionario de la justicia apareció en la calle, pero los amigos de Tyndale estaban temiendo por su libertad. En tales circunstancias, ¿cómo iba a imprimir su traducción del Génesis y Deuteronomio? Tomó una decisión a finales de agosto para ir a Hamburgo, y pagó su pasaje en un buque de carga que se dirigía a ese puerto. Se embarcó con sus libros, sus manuscritos, y el resto de su dinero, y se deslizó por el río Escalda, y pronto se encontró a flote en el mar del Norte.

Pero un peligro seguía de cerca a otro. Apenas habían pasado la desembocadura del río Mosa, cuando una tempestad los sorprendió; y su nave, como la que antes había llevado a San

Pablo en los tiempos bíblicos, casi fue tragada por las olas. –"Satanás, envidiando el feliz desarrollo y el éxito del evangelio", dice un cronista, "ajustaba sus fuerzas como para obstaculizar las labores benditas de este hombre". Los marineros trabajaban duro, Tyndale oraba, toda esperanza estaba perdida. Sólo el reformador estaba lleno de valor, no dudando que Dios lo preservaría para la realización de su trabajo. Todos los esfuerzos de la tripulación resultaron inútiles, y el buque se desvaneció en la costa, aunque los pasajeros escaparon con sus vidas. Tyndale miró con tristeza al océano que se había tragado sus amados libros y manuscritos preciosos, y le había privado de sus recursos. ¡Qué trabajos!, ¡qué peligros!, el destierro, la pobreza, la sed, los insultos, vigiliias, persecución, encarcelamientos, la hoguera... Como Pablo, él estaba en peligros por sus propios compatriotas, peligros entre gente extraña, peligros en la ciudad, peligros en el mar. Sin embargo, recuperó el ánimo, abordó otro barco, entró en el Elba, y al fin llegó a Hamburgo.¹⁵¹

Una gran alegría le esperaba en esa ciudad. Coverdale, como nos informa Foxe, lo estaba esperando para hablar con él y para que le ayudara en sus labores. Se ha supuesto que Coverdale fue a Hamburgo a invitar a Tyndale, en nombre de Cromwell, para hacerlo volver a Inglaterra; pero no es más que una conjetura y requiere confirmación. Ya en 1527, Coverdale había dado a conocer a Cromwell su deseo de traducir las Escrituras.¹⁵² Era natural que, encontrándose con dificultades en esta tarea, deseara conversar con Tyndale. Los dos amigos se hospedaron en la casa de una piadosa mujer llamada Margaret van Emmersen, y pasaron un tiempo juntos en el otoño de 1529 sin ser afectados por la enfermedad del sudor que estaba haciendo crueles estragos en los alrededores. Coverdale regresó a Inglaterra poco después; no hay duda que los dos reformadores habían llegado a la conclusión de que era mejor para cada uno de ellos traducir las Escrituras por separado.

Antes del regreso de Coverdale, Tunstall había vuelto a Londres, feliz de llevar consigo los libros que había comprado tan caros. Pero cuando llegó a la capital, pensó que sería mejor aplazar el planeado *auto de fe* hasta que algún acontecimiento impactante le diera más importancia. Y, además, justo en ese momento, muy diferentes asuntos estaban llamando la atención del público en las orillas del Támesis, y las más vivas emociones agitaban las mentes.

¹⁵¹ [Varios historiadores han tenido a bien poner en duda esta parte de la historia de Tyndale, que es narrado sólo por Foxe. Sin embargo, JF Mozley en su *William Tyndale*, 1937, da razones fundadas para aceptarla].

¹⁵² Esta es la fecha mencionada en *Coverdale's Remains* (Parker Society), p. 490.

CAPÍTULO OCHO

La Defensa de una Reina Convicta ante el Tribunal

(1529)

Las cosas habían cambiado en Inglaterra durante la ausencia de Tunstall y Moro, e incluso antes de su partida se habían producido acontecimientos de cierta importancia. Enrique, dándose cuenta que no había nada más que esperar de Roma, se había concentrado en Wosley y Campeggio. El nuncio romano había logrado engañar al rey. "Campeggio es muy diferente de lo que se nos informó sobre él", dijo Enrique a sus amigos, "él no está de parte del emperador, como se me dijo; le he dicho algo que le hizo cambiar de opinión". No hay duda de que le había hecho algunas brillantes promesas.

Enrique, pensando que estaba seguro con sus dos legados, quiso que ellos procedieran con el asunto del divorcio sin demora. No había tiempo que perder, porque se le informó al rey que el papa estaba a punto de retirarle la comisión a los dos cardenales; y tan pronto como el 19 de marzo, Salviati, tío del papa y secretario de estado, le escribió a Campeggio sobre este propósito. El proceso de Enrique, una vez en la corte de la cancillería pontificia, se alargaría mucho más antes de que saliera a la luz de nuevo. Por lo tanto, el 31 de mayo el rey, bajo la orden del gran sello, dio a los delegados *licencia* para ejecutar su comisión, "sin ninguna consideración a su propia persona y sólo con el temor de Dios ante sus ojos". Los mismos legados le habían sugerido esta fórmula.

El mismo día la comisión se declaró abierta; pero fue para comenzar el proceso más no para culminarlo. En cada carta que el nuncio recibía se le prohibía hacer las cosas de manera positiva. "Avance lentamente y nunca acabe", fueron las instrucciones de Clemente. El juicio iba a ser una farsa, interpretada por un papa y dos cardenales.

El tribunal eclesiástico se reunió en el Gran Salón de los Dominicos (Blackfriars), comúnmente llamado la "cámara del parlamento". Los dos legados, después de haber tenido sucesivamente la comisión en sus manos, declararon devotamente que estaban resueltos a ejecutarla (o mejor dicho, a eludirla), hicieron los juramentos requeridos, y ordenaron un citatorio perentorio al rey y la reina para comparecer el 18 de junio a las nueve de la mañana. Campeggio estaba decidido a proceder *lentamente*; la sesión se dilató por tres semanas. La cita causó un gran revuelo entre la gente. "¿Qué es esto?", decían, "¡un rey y una reina obligados a comparecer en su propio reino, delante de sus propios súbditos!" El papado estableció así un precedente que debía ser seguido estrictamente en los años posteriores, tanto en Inglaterra como en Francia.

El 18 de junio, Catalina se presentó ante la comisión en la cámara del parlamento, y dando un paso hacia adelante con dignidad, dijo con voz firme: "Protesto en contra de los legados como jueces incompetentes, y apelo al papa". Este procedimiento de la reina, su orgullo y firmeza, turbaron a sus enemigos, y en su disgusto arremetieron contra ella. "En vez de orar a Dios para traer este asunto a buen término", dijeron, "ella se esfuerza en rechazar los afectos del pueblo del rey. En lugar de mostrar a Enrique el amor como la esposa de su juventud, ella se mantiene alejada de él noche y día. Incluso hay motivos para temer", agregaron, "que está en acuerdo con ciertos individuos que han formado el horrible plan de matar al rey y al cardenal". Pero las personas de corazón generoso que veían sólo a una reina, a una mujer, y a una madre atacada en su amor propio, mostraban una total simpatía por ella.

El 21 de junio, el día en que el tribunal clausuraba la sesión, los dos legados entraron en la cámara del parlamento con toda la pompa que pertenecía a sus investiduras, y tomaron sus asientos en una plataforma elevada. Cerca de ellos se encontraban los obispos de Bath y Lincoln, el abad de Westminster, y el doctor Taylor, que era el maestro de actas y que se habían añadido a la comisión. Más abajo estaban los secretarios, entre los cuales el más hábil, Stephen Gardiner, tenía el rango de jefe. Abajo a la derecha, bajo un dosel de tela dorada, el rey estaba sentado rodeado de sus oficiales; y a la izquierda, un poco más abajo, estaba la reina asistida por sus damas. El arzobispo de Canterbury y los obispos estaban sentados entre los legados y Enrique VIII; y en ambos lados del trono estaban colocados los consejeros del rey y la reina; estos eran Fisher, obispo de Rochester, Standish de San Asaf, West de Ely, y el doctor Ridley. Los del pueblo, al ver esta procesión que pasaba frente a ellos, no se dejaron impresionar por tanta vanidad. "Menos espectáculo y más virtud", dijeron, "y llegarán a ser mejores jueces".

Habiendo sido leída la comisión pontificia, los legados declararon que juzgarían sin temor ni favor, y no admitirían ni recusación ni apelación. Entonces el ujier gritó: "¡Enrique, rey de Inglaterra, preséntese ante la corte!" El rey, citado en su propia capital para aceptar como jueces a dos sacerdotes, sus súbditos, reprimió el latido de su orgulloso corazón, y contestó, con la esperanza de que este extraño juicio tendría un resultado favorable: "Aquí estoy". El ujier continuó: "¡Catalina, reina de Inglaterra, preséntese en la corte". La reina entregó a los cardenales un documento en el que protestaba contra la legalidad de la corte, ya que los jueces eran los súbditos de su oponente, y apelaba a Roma. Los cardenales declararon que no podían admitir este documento, y, por consiguiente, Catalina fue llamada de nuevo a la corte. Después que el rey y Wolsey habían pronunciado cada uno unos breves discursos, la reina se santiguó devotamente, recorrió el circuito de la corte donde el rey estaba sentado, se inclinó con dignidad al pasar frente a los legados, y cayó de rodillas ante su marido. Todos los ojos se volvieron hacia ella. Entonces, hablando en un inglés con marcado acento hispano que, tomando en cuenta la distancia que le separaba de su natal patria, pareció muy elocuente, Catalina, con lágrimas en los ojos y en un tono a la vez digno y apasionado, le dijo al rey:

"Señor, le ruego, por todo el amor que ha habido entre nosotros, y por el amor de Dios, permítame tener justicia y derecho; tenga un poco de piedad de mí que soy una mujer pobre y una extranjera, nacida fuera de sus dominios. Yo aquí no he hecho amistades, y mucho menos

consejeros imparciales, y recurro a usted como la cabeza de la justicia en este reino. ¡Ay!, señor, ¿en qué le he ofendido, o qué ocasión desagradable le he dado para que quiera apartarme de su lado? Pongo a Dios y a todo el mundo como testigos de que he sido para usted una verdadera, humilde y obediente esposa, siempre conforme a su voluntad y placer. Nunca he dicho o hecho algo que le contrariara, estando siempre muy dispuesta y contenta con todas las cosas que le agradaban; tampoco hice nada de mala voluntad, de palabra o de parecer, ni mostré un gesto o un destello de descontento. Amaba a todos los que usted amaba, sólo por su bien. Estos veinte años he sido su verdadera esposa, y por mí es que usted ha tenido varios hijos, a pesar de que a Dios le ha placido llamarlos a su presencia, pero que no sido por mi culpa".

Los jueces, y aun los más serviles de los cortesanos, quedaron impactados cuando oyeron estas palabras sencillas y elocuentes, y la tristeza de la reina los conmovió casi hasta las lágrimas. Catalina continuó:

"Señor, desde el principio me casé con usted, pongo a Dios por juez, que yo era una verdadera doncella; y si es cierto o no, lo dejo a su conciencia... Si hay alguna causa justa que pueda alegar contra mí, estoy dispuesta a salir de su reino, aunque sea para mi gran vergüenza y deshonor; y si no hay ninguna, entonces déjeme permanecer en mi primer estado hasta la muerte. ¿Quién nos unió? El rey, su padre, que fue llamado el segundo Salomón, y mi padre, Fernando, quien es considerado uno de los príncipes más sabios que durante muchos años no habían reinado en España. Por tanto, no hay duda de que el matrimonio entre usted y yo es bueno y lícito. ¿Quiénes son mis jueces? ¿No es un hombre que ha puesto la tristeza entre usted y yo?... ¡Un juez a quien rechazo y aborrezco! ¿Quiénes son los consejeros que me asignaron? ¿No son los oficiales de la corona, quienes han hecho el juramento a usted en su propio consejo?... Señor, le suplico que no me llame ante un tribunal formado de esta manera. Sin embargo, si me niega este favor... hágase su voluntad... voy a estar en silencio, reprimiré las emociones de mi alma, y remito a mi causa justa en las manos de Dios".

Así habló entre lágrimas Catalina; humildemente postrada, parecía abrazar las rodillas de Enrique. Se puso de pie e hizo una reverencia al rey. Se pensaba que iba a regresar a su asiento, pero apoyándose en el brazo del maestro Griffiths, su recaudador general, se dirigió hacia la puerta. El rey, al ver esto, le ordenó que regresara, y el ujier siguiéndola, la llamó tres veces en voz alta: "¡Catalina, reina de Inglaterra, preséntese en la corte!" –"Señora", dijo Griffiths, "le están llamando para que regrese". –"Ya escuché suficientemente bien", respondió la reina, "pero siga adelante, porque éste no es ningún tribunal en el que pueda tener justicia; procedamos". Catalina volvió al palacio, y nunca más se presentó ante el tribunal, ni por representantes ni en persona.

Ella había ganado su causa en las mentes de muchos. La dignidad de su persona, la original sencillez y de su discurso, el decoro con que, confiando en su inocencia, había hablado de los temas más delicados, y las lágrimas que traicionaron su emoción, habían dejado una profunda impresión. Sin embargo, "el aguijón en su discurso", como dice un historiador, fue haber apelado a la conciencia del rey y al juicio de Dios Todopoderoso como el punto capital de

su causa. "¿Cómo podría una persona tan modesta, tan sobria en su lenguaje", dijeron muchos, "atreverse a expresar alguna falsedad? Además, el rey no la contradijo".

Enrique quedó muy avergonzado. Las palabras de Catalina lo habían conmovido. La defensa de Catalina, una de las más conmovedoras de la historia, había ganado a él mismo como acusador. Por lo tanto, se sintió constreñido a prestar este testimonio a la acusada: "Puesto que la reina se ha retirado, yo, en su ausencia, declaro a todos los presentes, que ella ha sido para mí una verdadera y obediente esposa como yo podía desear. Ella tiene todas las virtudes y buenas cualidades que pertenecen a una mujer. Es tan noble en carácter como en alcurnia".

Pero Wolsey era el más avergonzado de todos. Cuando la reina había dicho, sin nombrarlo, que uno de sus jueces era la causa de todas sus desgracias, miradas de indignación se posaron sobre él. Él no estaba dispuesto a permanecer bajo el peso de esta acusación. Tan pronto como el rey terminó de hablar, dijo: "Señor, humildemente suplico a Vuestra Majestad declarar ante este público, si yo he sido el primero o principal instigador de este plan, porque soy el principal sospechoso de todos los que están aquí". Anteriormente Wolsey se había jactado en decirle a Du Bellay "que la idea del proyecto del divorcio había surgido de él para crear una separación perpetua entre las casas de Inglaterra y España"; pero ahora le convenía afirmar lo contrario. El rey, que necesitaba de sus servicios, tuvo cuidado en no contradecirlo. "Mi señor cardenal", le dijo, "yo puedo excusarlo frente a los presentes. Más bien, lejos de ser el instigador, usted ha estado en contra de atentar contra mi matrimonio. Fue el obispo de Tarbes, embajador francés, que engendró los primeros escrúpulos en mi conciencia mediante sus dudas sobre la legitimidad de la princesa María". Esto no era correcto. El obispo de Tarbes no estaba en Inglaterra antes del año 1527, y tenemos pruebas de que el rey estaba meditando el divorcio desde 1526.¹⁵³ "A partir de esa hora", continuó, "yo quedé muy preocupado, y pensaba en el peligro de desagradar a Dios, quien, con el deseo de castigar mi matrimonio incestuoso, me había quitado todos los hijos que mi esposa me había dado. Yo traje mi dolor ante usted, mi señor de Lincoln, que por ese entonces era mi padre espiritual; y por su sugerencia pedí consejo al resto de los obispos, y todos ustedes me informaron, con la garantía de sus sellos, que compartiera mis escrúpulos". –"Eso es verdad", dijo el arzobispo de Canterbury". –"No, señor, no es así, eso está sujeto a corrección", dijo el obispo de Rochester. "Usted no tiene mi firma y sello" – "¿No?", exclamó el rey, mostrándole un papel que sostenía en su mano; "¿no es ésta su firma y sello?" – "Por supuesto que no", contestó. La sorpresa de Enrique aumentó, y volviéndose con el ceño fruncido hacia el arzobispo de Canterbury, le preguntó: "¿Qué dice a esto?" –"Señor, es su firma y sello", respondió Warham. –"No lo es", protestó Rochester; "le dije que nunca daría mi consentimiento a un acto semejante". – "Usted dice la verdad", respondió el arzobispo, "pero finalmente estuvo de acuerdo en que debería suscribirse su nombre y poner su sello". –"Todo lo cual es mentira", añadió Rochester, apasionadamente. El obispo no fue muy respetuoso con su

¹⁵³ Véase la carta de Pace a Enrique en 1526. Ahí le muestra Pace que es incorrecto decir: *Deuteronomio abroga a Levítico*, con relación a la prohibición de tomar a la esposa de un hermano ya fallecido.

primado. "Bien, bien", dijo el rey, deseando poner fin a la controversia, "no vamos a continuar la discusión con usted; porque usted no es más que un hombre". El tribunal levantó la sesión. El día había resultado mejor para Catalina que para los prelados.

En proporción a la primera sesión que había sido patética, las discusiones en la segunda entre los abogados y los obispos estaban calculadas para revolucionar un asunto tan delicado. Los abogados de las dos partes debatieron vigorosamente los *pros* y *contras* respecto a la consumación del matrimonio de Arturo con Catalina. "Es una pregunta muy difícil", dijo uno de los abogados, "nadie puede saber la verdad". – "Pero yo la sé", respondió el obispo de Rochester. – "¿Qué quieres decir?", preguntó Wolsey. – "Mi señor", respondió, "quien es la misma Verdad dijo: *Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre*. Eso es suficiente para mí". – "Así es como todo el mundo piensa", prosiguió Wolsey, "pero si fue Dios quien unió a Enrique de Inglaterra y a Catalina de Aragón, *hoc restat probandum* (eso aún está por probarse). El concilio del rey decide que el matrimonio es ilegal, y por lo tanto no fue Dios quien los unió". Los dos obispos intercambiaron algunas palabras menos edificantes que las del día anterior. Varios de los oyentes expresaron un sentimiento de disgusto. "Es una vergüenza para el tribunal", dijo el doctor Ridley con no poca indignación, "que se atrevan a hablar de cuestiones que llenan de horror a las personas honorables". Esta fuerte reprimenda puso fin al debate.

Las discusiones de la corte se extendieron a los centros religiosos; sacerdotes, monjes y monjas estaban por todas partes en conmoción. No pasó mucho tiempo antes de que revelaciones sorprendentes comenzaran a circular a través de los claustros. No se hablaba entonces de un viejo retrato donde la virgen hacía guiños con sus ojos, sino que otros milagros fueron inventados. Se rumoraba que "un ángel había aparecido a Elizabeth Barton, la dama de Kent, como lo había hecho anteriormente con Adán, los patriarcas y Jesucristo". En las épocas de la creación y de la redención, y en las transiciones de los tiempos, los milagros son naturales; Dios entonces aparece, y su llegada, sin ninguna señal de poder, es tan sorprendente como el nacimiento del sol sin los impactantes rayos de luz. Pero la Iglesia de Roma va más allá al reclamar en todas las épocas el privilegio de poderes milagrosos de sus santos; y los milagros se multiplican en proporción a la ignorancia de la gente. Así fue como, según se dijo, un ángel le habló a la joven epiléptica de Kent: "Ve y dile al rey infiel de Inglaterra que hay tres cosas que él desea y que yo prohíbo ahora y por siempre. La primera es el poder del papa, la segunda es la nueva doctrina, y la tercera es Ana Bolena. Si él la toma por esposa, Dios lo visitará". La mujer visionaria entregó el mensaje al rey, a quien ya nada pudo detener.

Por el contrario, comenzó a descubrir que Wolsey procedía muy lentamente, y la idea de que estaba siendo traicionado por este ministro le cruzó varias veces por la mente. Una hermosa mañana de verano, tan pronto como se levantó Enrique, convocó al cardenal en Bridewell. Wolsey se dio prisa hacia allá, y permaneció encerrado con el rey desde las once hasta las doce. El rey expresó toda la furia de su pasión y la violencia de su despotismo. "Tenemos que terminar este asunto con prontitud", dijo, "debemos hacerlo de una vez por todas". Wolsey se retiró muy inquieto, y regresó por el Támesis hasta Westminster. El sol lanzaba sus rayos brillantes sobre el agua. El obispo de Carlisle, que iba sentado al lado del cardenal, comentó, mientras se limpiaba

la frente: – “Es un día muy bochornoso, mi señor”. –“Sí”, respondió el infeliz Wolsey, "si lo hubieran irritado por una hora como lo han hecho conmigo, usted diría que fue un día muy caliente". Cuando llegó a su palacio, el cardenal se acostó en su cama en busca de reposo, que no había tenido en mucho tiempo.

Catalina se había crecido ante los ojos de Enrique, al igual que a los de la nación. El rey desistió de un juicio y hasta empezó a dudar de su éxito. Deseaba que la reina diera su consentimiento para una separación. Esta idea se le vino a la mente después de la salida de Wolsey, y el cardenal apenas había cerrado los ojos cuando el conde de Wiltshire (el padre de Ana Bolena) fue anunciado con un mensaje del rey. "Es el placer de su majestad ", dijo Wiltshire, "que usted represente a la reina en la vergüenza que podría acarrearle una condena judicial, y persuadirla a que confíe en su sabiduría". Wolsey, encargado de ejecutar una tarea que sabía que era imposible, exclamó: "¿Por qué pone esas fantasías en la cabeza del rey?", y luego le habló con tanto reproche, que Wiltshire, con lágrimas en los ojos, cayó de rodillas junto a la cama del cardenal. Bolena, deseoso de ver a su hija como la reina de Inglaterra, quizá temía que había tomado el camino equivocado. "Está bien", dijo el cardenal, recordando que el mensaje proviene de Enrique VIII, "estoy dispuesto a hacer todo lo posible por complacer a su majestad". Se levantó, fue a la Plaza de Bath a buscar Campeggio, y juntos fueron a hablar con la reina.

Los dos legados encontraron a Catalina quietamente trabajando con sus damas de honor. Wolsey se dirigió a la reina en latín. "No, mi señor," dijo ella, "hable conmigo en inglés; deseo que todo el mundo pueda oírle". – "Deseamos, señora, comunicarle *solamente* a usted nuestro consejo y opinión". –"Mi señor", dijo la reina, "ustedes vienen a hablar de cosas más allá de mi capacidad"; y luego, con noble sencillez, mostrando una madeja de seda roja que colgaba de su cuello, continuó: "Estas son mi ocupaciones y es todo lo que soy capaz de hacer. Yo soy una mujer pobre, sin amigos en este país extranjero, y que carece del ingenio para responder a personas de inteligencia como ustedes; sin embargo, mis señores, si les parece bien, pasemos a mi cuarto de retiro".

Diciendo estas palabras, la reina se levantó, y Wolsey le dio la mano. Catalina mantuvo fervientemente sus derechos como mujer y como reina. "Los que estábamos en la cámara exterior", dice Cavendish, "de vez en cuando oíamos a la reina hablando muy fuerte, pero no podíamos entender lo que decía". Catalina, en vez de justificarse a sí misma, valerosamente acusó a su juez. "Lo sé, señor cardenal", dijo con noble franqueza, "sé quien ha dado al rey el consejo del que está aferrado: es usted. Yo no me he rendido a su orgullo; he denunciado su conducta; me he quejado de su tiranía; y mi sobrino el emperador no le ha hecho papa... De ahí vienen todas mis desgracias. Para vengarse ha encendido una guerra en Europa y ha despertado en mi contra este malévolo plan. Dios será mi juez... ¡y el suyo!" Wolsey quería responder, pero Catalina se negaba a escucharlo con altivez; y al mismo tiempo que trataba a Campeggio con gran cortesía, declaraba que no iba a reconocer a ninguno de ellos como su juez. Los cardenales se retiraron, Wolsey lleno de aflicción y Campeggio radiante de alegría, porque el asunto se estaba haciendo más complicado. Toda esperanza de un arreglo se había perdido; no quedaba otra cosa que proceder judicialmente.

CAPÍTULO NUEVE

El Juicio Termina en Farsa

(Julio de 1529)

El juicio se reanudó. Los obispos de Bath y Wells mostraron sus respetos a la reina en Greenwich, y perentoriamente la llamaron a comparecer en la cámara del parlamento. En el día señalado Catalina se limitó a enviar una apelación al papa. Ella fue declarada contumaz, y los legados procedieron con el caso.

Doce artículos estaban preparados que iban a servir para el examen de los testigos y un resumen donde se declaraba que el matrimonio de Enrique con Catalina, como estaba prohibido tanto por la ley de Dios como por la iglesia, era nulo y sin efecto.

La audiencia de los testigos comenzó, y el Dr. Taylor, arcediano de Buckingham, llevó a cabo el examen.¹⁵⁴ El duque de Norfolk, alto tesorero de Inglaterra, el duque de Suffolk, Maurice St. John, caballero escultor del príncipe Arturo, el vizconde Fitzwalter y Anthony Willoughby, sus coperos, dieron testimonio de que estuvieron presentes en el siguiente día de la boda en el desayuno del príncipe, que entonces gozaba de buena salud, e informó de la conversación que tuvo lugar. La vieja duquesa de Norfolk, el conde de Shrewbury, y el marqués de Dorset, confirmaron estas declaraciones, donde se probaba que Arturo y Catalina estaban realmente casados. También se recordó que, en el momento de la muerte de Arturo, a Enrique no se le permitió llevar el título de “príncipe de Gales”, porque Catalina esperaba dar un heredero a la corona de Inglaterra.

"Si Arturo y Catalina estaban realmente casados", dijeron los consejeros del rey después de estas declaraciones extraordinarias, "el matrimonio de esta princesa con Enrique, el hermano de Arturo, estaba prohibido por la ley divina, por una orden expresa de Dios contenida en el Levítico, y ninguna dispensa puede permitir lo que Dios ha prohibido". Campeggio nunca concedería este argumento que limitaba el derecho de los papas; por tanto, era necesario abandonar el *derecho divino* (que era, en realidad, perder la causa), y buscar en la bula de Julio II y en su famoso escrito, las faltas que pudieran invalidar los dos, y esto fue lo que hicieron los consejeros del rey, aunque no ocultaban la debilidad de su posición. "El motivo alegado en la dispensa", dijeron, "era la necesidad de preservar una relación cordial entre España e Inglaterra; y ahora no había nada que amenazara esa armonía. Por otra parte, se dice en este documento que el papa lo concede a petición de Enrique, príncipe de Gales. Ahora bien, como este príncipe tenía

¹⁵⁴ La evidencia se encuentra registrada en la *Historia de Enrique VIII* de Lord Herbert de Cherbury (publicada primeramente en 1649).

tan sólo trece años de edad, no estaba en edad para hacer una solicitud de ese tipo. En cuanto al breve, este documento no se encuentra ni en Inglaterra ni en Roma, no podemos, por tanto, admitir su autenticidad". No fue difícil para los amigos de Catalina invalidar estas objeciones. "Además", añadieron, "una unión que ha durado veinte años establece suficientemente su propia legalidad. ¿Y ustedes declararán ilegítima a la princesa María, para gran vergüenza de este reino?"

Los defensores del rey cambiaron su táctica. ¿No estaba el legado romano provisto de un decretal para pronunciar el divorcio, en caso de que se demostrara que el matrimonio de Arturo había sido realmente consumado? Ahora bien, este hecho había sido demostrado por las declaraciones de los testigos. "Este es el momento de dictar sentencia", dijeron Enrique y sus consejeros a Campeggio. "Publique el decretal del papa". Pero el papa temía a la espada de Carlos V, que ya la sentía colgando sobre su cabeza; y en consecuencia, cada vez que el rey avanzaba un paso, el prelado romano daba varios en la dirección opuesta. "Voy a dictar sentencia en *cinco* días", dijo él; y cuando se cumplieron los cinco días, él prometió entregarla en seis. "Restaura la paz a mi intranquila conciencia", exclamó Enrique. El legado le respondió con frases corteses, había ganado unos cuantos días de demora, y eso era todo lo que deseaba.

Esa conducta por parte del legado romano produjo un efecto desfavorable en Inglaterra, y hubo un cambio de opinión en el público. El primer movimiento había sido para Catalina, y el segundo fue para Enrique. Las demoras interminables de Clemente y las estratagemas de Campeggio exasperaron a la nación. El argumento del rey era sencillo y popular: "El papa no puede prescindir de las leyes de Dios", mientras que la reina, por apelar a la autoridad del pontífice romano, desagradó tanto a la clase alta como a la baja. "No hay precedentes", dijeron los abogados, "para justificar el matrimonio del rey con la viuda de su hermano."

Había, sin embargo, algunos cristianos evangélicos que pensaban que Enrique estaba más "preocupado" por sus pasiones que por su conciencia, y se preguntaron cómo era posible que un príncipe que parecía estar tan preocupado por la posible transgresión de una ley de dudosa interpretación, deseaba, después de veinte años, violar la ley indiscutible que prohibía el divorcio... El 21 de julio, el día fijado para la *ad concludendum*, la causa fue aplazada hasta el viernes siguiente, y nadie dudaba que para entonces el problema se terminara.

Todo estaba preparado para ese día tan importante. El rey ordenó a los duques de Norfolk y Suffolk estar presentes en la sesión de la corte; y estando él mismo impaciente por escuchar el tan ansiado veredicto, invadió una galería de la cámara del parlamento frente a los jueces.

Cuando los legados de la Santa Sede tomaron sus asientos, el fiscal general les aclaró que, "puesto que todo lo necesario para obtener la información de sus conciencias ha sido expuesto judicialmente frente a ellos, se ha fijado este día la celebración del veredicto". Hubo una pausa, todos los que esperaban la importancia de esta sentencia esperaban con impaciencia. "O el papado pronuncia mi divorcio de Catalina", había dicho el rey, "o yo voy a divorciarme del papado". Ese era el camino que Enrique había previsto. Todas las miradas, y en particular la del rey, se dirigieron a los jueces; Campeggio no podía retroceder, sino que ahora debería decir *sí* o *no*. Durante algún tiempo se quedó en silencio. Sabía a ciencia cierta que la apelación de la reina

había sido admitida por Clemente VII, y que este último había concluido una alianza con el emperador. Ya no estaba en su poder conceder la petición del rey. Claramente, previendo que un *no* tal vez significaba perder el poder de Roma sobre Inglaterra, mientras que un *sí* podría poner fin a los planes de emancipación religiosa que tanto le preocupaba, no podía tomar una decisión en decir *sí* o *no*.

Por fin, el nuncio se levantó lentamente de su silla, y toda la asamblea se preparó a escuchar con emoción la misteriosa decisión que durante tantos años el poderoso rey de Inglaterra había solicitado al pontífice romano. "Las vacaciones generales de la cosecha y de la vendimia", dijo, "que la corte de Roma celebra cada año, comienzan a partir de mañana 24 de julio, que es el comienzo de la canícula; se levanta la sesión para concluir con estos alegatos en un período futuro".

El auditorio quedó atónito. "¿Qué?, debido a que la *malaria* hace que el aire de Roma se vuelva peligroso a finales de julio, y obliga a los romanos a cerrar sus tribunales, ¿debe un juicio ser interrumpido en las orillas del Támesis, cuando su conclusión se espera con tanta impaciencia?" La gente esperaba una sentencia judicial, y le respondieron con una broma; así era como Roma se burlaba de la cristiandad. Campeggio, para desarmar la ira de Enrique, expresó algunos sentimientos nobles; pero toda su línea de conducta planteaba dudas legítimas en cuanto a su sinceridad. "La reina", dijo, "niega la competencia de la corte, por lo que tengo que hacer mi informe al papa, que es la fuente de la vida y la honra, y esperar sus órdenes soberanas. No he venido desde tan lejos para complacer a cualquier hombre, sea rey o súbdito. Yo soy un hombre viejo, débil y enfermizo, y no temo a nadie más que al Juez Supremo en cuya presencia pronto debo comparecer. Por lo tanto, declaro en receso a la corte hasta el 1 de octubre". Era evidente que este aplazamiento era sólo una formalidad prevista que significaba el rechazo definitivo de la demanda de Enrique.

El rey, que desde su escondite había escuchado el discurso de Campeggio, apenas podía controlar su ira. Él quería un juicio regular; se apegó a las formas; deseaba que su causa pasara con éxito a través de todos los embrollos del procedimiento eclesiástico, y sin embargo, aquí estaba todo interrumpido por las vacaciones de la corte romana. Enrique se quedó en silencio, sin embargo, ya sea por prudencia o porque la sorpresa le privó de la facultad del habla, a toda prisa abandonó la galería.

Norfolk, Suffolk, y los otros cortesanos, no lo siguieron. El rey y sus ministros, los nobles y el pueblo, e incluso el clero, casi todos eran unánimes, y sin embargo, el papa pronunció su *veto*. Se humilló al Defensor de la Fe para halagar al autor del saqueo de Roma. Esto era demasiado. El impetuoso Suffolk comenzó a protestar desde su asiento, golpeó su mano violentamente sobre la mesa delante de él, echó una mirada amenazante a los jueces, y exclamó: "¡Por la misa!, el viejo dicho se confirma hoy que ningún cardenal nunca ha traído nada bueno a Inglaterra". —"Señor", respondió Wolsey, "de todos los que estamos en este reino, usted es el menos indicado para desacreditar a los cardenales, porque si yo, un pobre cardenal, no hubiera intervenido, usted no tendría su cabeza sobre sus hombros". Y es que anteriormente Wolsey había pacificado a Enrique quien desaprobaba el matrimonio del duque con la princesa María.

"Yo no puedo pronunciar sentencia", continuó Wolsey, "sin conocer la buena voluntad de su santidad. "Los dos duques y los otros nobles abandonaron la sala llenos de ira, y se dirigieron presurosos hacia el palacio. Los legados, quedándose con sus oficiales, se miraron durante unos instantes. Por último, Campeggio, el único que había permanecido en calma durante esta escena de violencia, se levantó, y el público se dispersó.

Enrique no se dejaría ser aplastado por este golpe. Roma, por sus extrañas actuaciones, despertó en él ese espíritu suspicaz y despótico del que daría pruebas tan trágicas en los años posteriores. El papado estaba jugando con él. Clemente y Wolsey jugaban con su divorcio como con una pelota que a veces estaba en Roma y a veces en Londres, pero que más bien parecía que se iba a quedar perpetuamente en el aire. El rey pensó que había sido suficiente tiempo el que habían jugado su santidad y el astuto cardenal; su paciencia se había agotado, y decidió mostrar a sus adversarios que Enrique VIII era más que un pasatiempo para estos obispos. Lo vamos a encontrar más tarde aprovechando una oportunidad favorable y dando una solución inesperada al problema.

Wolsey, entristecido, bajó la cabeza; coludiéndose con el nuncio y el papa, había firmado la orden de su propia destrucción. Mientras Enrique tuviera un solo rayo de esperanza, pensaba seguir disimulando con Clemente VII; pero podría desahogar toda su rabia en Wolsey. Debido a las *vacaciones romanas*, el cardenal estaba arruinado en la mente de su amo. Los enemigos de Wolsey, viendo que su favor declinaba, se apresuraron a atacarlo. Suffolk y Norfolk, en particular, impacientes por deshacerse de un sacerdote insolente que había irritado tanto tiempo su orgullo, dijeron a Enrique que Wolsey había estado jugando con falsedad continuamente; ellos estaban en todas las negociaciones mes tras mes y día tras día, y señalaron las más abrumadoras conclusiones. Sir William Kingston y Lord Manners presentaron al rey una de las cartas del cardenal que Sir Francis Bryan había obtenido de los archivos papales. En ella, el cardenal sugería a Clemente darle vuelta a la cuestión del divorcio, y finalmente se oponía al mismo, al darse cuenta que, si Enrique se separaba de Catalina, una amiga de los reformadores se convertiría en reina de Inglaterra. Esta carta claramente expresaba los pensamientos más íntimos de Wolsey: Roma a cualquier precio... ¡y que perezcan Inglaterra y Enrique y no el papado! Ya podemos imaginarnos la ira del rey.

Los amigos de Ana Bolena no estaban trabajando solos. No había una persona en la corte a quien la soberbia y la tiranía de Wolsey no hubiera ofendido; y no había nadie en el concilio del rey a quien no se le hubiera levantado sospechas serias mediante sus continuas intrigas. Dijeron que en Francia había traicionado la causa de Inglaterra; mantenía una inteligencia secreta con la madre de Francisco I, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, y recibió grandes presentes de ella; oprimió a la nación y pisoteó las leyes del reino. La gente lo llamaba *francés* y *traidor*, y toda Inglaterra parecían competir por derribar las antorchas que adornaban el soberbio edificio que el orgullo de este prelado había erigido tan laboriosamente.

Wolsey era demasiado listo para no discernir los signos de su próxima caída. "Tanto el sol naciente como el que se oculta (así es como un historiador se refiere a Ana Bolena y Catalina de Aragón) le negaban sus luz", y el cielo, cada vez más oscuro a su alrededor, daba muestras de

la tormenta que iba a apoderarse de él. Si la *causa* fallaba, Wolsey incurriría en la venganza del rey, si tenía éxito, sería entregado a la venganza de los Bolena; y ni que decir de Catalina, el emperador y el papa. ¡Feliz Campeggio!, pensó el cardenal, que no tiene nada que temer. Si Enrique le retiraba su favor, Carlos y Clemente lo indemnizaría. Pero Wolsey perdió todo cuando perdió el favor del rey. Detestado por sus conciudadanos, despreciado y odiado por toda Europa, se dio cuenta que a todas partes donde volteaba no había más que la justa recompensa de su avaricia y falsedad. Se esforzó en vano, como en otras ocasiones, en apoyarse en el embajador de Francia; pero Du Bellay estaba solicitado en el otro lado. "Me expongo aquí a un fuego tan intenso y continuo que estoy medio muerto", exclamó el embajador francés; y el cardenal encontró una reserva inusual en su antiguo confidente.

Sin embargo, la crisis se acercaba. Al igual que un piloto habilidoso pero atemorizado, Wolsey dirigió la vista a su alrededor para descubrir un puerto en el que pudiera refugiarse. No pudo encontrar a nadie sino a su sede de York. Por lo tanto, una vez más comenzó a quejarse de las fatigas del poder, de la fatiga de la carrera diplomática, y a exaltar la dulzura de una vida episcopal. De pronto sintió un gran interés por la grey, en la que nunca había pensado antes. Pero los que estaba a su alrededor lo negaron con la cabeza, sabiendo bien que un retiro sería para Wolsey la más amarga de las desgracias. Una sola idea se apoderó de él; si se caía, sería porque se había aferrado más al papa que al rey, y sería el mártir de su fe. ¡Qué fe!, ¡qué mártir!

CAPÍTULO DIEZ

'Tyndale' recibido en el Palacio de un Rey

(1529)

Mientras que todo esto sucedía, Ana estaba viviendo en el castillo de Hever, en el retiro y la tristeza. Los escrúpulos de vez en cuando todavía inquietaban su conciencia. Es cierto, el rey le decía insistentemente que su salvación y la seguridad de su pueblo requería de la disolución de una unión condenada por la ley divina, y que la que él solicitaba, ya varios papas lo habían concedido. ¿No había anulado Alejandro VI, después de diez años, el matrimonio de Ladislao y Beatriz de Nápoles? ¿Acaso no Luis XII, el padre de su pueblo, se había divorciado de Juana de Francia? Nada era más común, dijo, que el divorcio de un príncipe autorizado por un papa; la seguridad del estado debía prevalecer antes que todo. Llevada por estos argumentos y deslumbrada por el esplendor de un trono, Ana Bolena consintió en usurpar al lado de Enrique el rango que pertenecía a otra. Sin embargo, aunque ella era imprudente y ambicioso, también era sentimental y generosa, y las desgracias de una reina a quien ella respetaba, pronto le hizo rechazar con terror la idea de tomar su lugar. Los pastos fértiles de Kent y las salas góticas del castillo de Hever se convirtieron en testigos de los conflictos mentales que esta joven experimentó. El temor le sobrecogía al ver a la reina de nuevo, y la idea de que los dos cardenales, sus enemigos, estaban tramando su ruina, le hizo adoptar la resolución de no volver a la corte, y se encerró en su solitaria habitación.

Ana no tenía ni la profunda piedad de un Bilney ni la espiritualidad un tanto vaga y mística de Margarita de Valois; no había un sentimiento que predominara en su religión, que no fuera el conocimiento y el terror a la superstición y al fariseísmo. Su mente necesitaba luz y actividad, y en ese momento buscó en la lectura el consuelo tan necesario para su situación. Un día, abrió uno de los libros prohibidos en Inglaterra que un amigo de la Reforma le había dado: *La Obediencia de un Cristiano*. Su autor era William Tyndale, el hombre invisible a quien los agentes de Wolsey estaban cazando en Brabante y Alemania, y esto fue como una recomendación para Ana. "Si tú crees en las promesas", comenzó a leer, "entonces la verdad de Dios te justifica, es decir, perdona tus pecados y te sella con su Espíritu Santo. Si tú tienes verdadera fe, podrás ver el excelso e infinito amor y la misericordia con que Dios ha mostrado su gracia en Cristo; es necesario, entonces, amar de nuevo, y el amor te constriñe a las obras. Si los tiranos se te oponen, entonces tú tienes el poder de confesar y estar seguro de que eres salvo. Si has caído del camino de la verdad, ven a él de nuevo y serás salvo. Cristo te salvará y los ángeles del cielo se alegrarán de tu regreso". Estas palabras no cambiaron el corazón de Ana, pero marcó con su uña, como era su costumbre, otros pasajes que le impactaron más y que deseaba señalar al

rey si, como ella siempre esperaba, lo volvería a ver de nuevo. Ella creía que la verdad estaba allí, y se interesó vivamente en quienes Wolsey, Enrique y el papa estaban en ese momento persiguiendo.

Pero Ana interrumpida en estas lecciones devocionales, y de pronto se vio envuelta en medio de un mundo lleno de peligros. Enrique, convencido de que no tenía nada que esperar de ahora en adelante de Campeggio, renunció a las virtudes que había observado en él hasta ese momento, e inmediatamente después de la clausura del tribunal le pidió a Ana Bolena que regresara a la corte; él la restauró en el lugar que anteriormente había ocupado, e incluso la rodeó con más esplendor. Todos los que vieron que Ana, en la mente del rey, era la nueva reina de Inglaterra, formaron un poderoso partido en torno suyo que se proponía llevar a cabo la ruina definitiva del cardenal.

Después de su regreso a la corte, Ana leía con mucha menos frecuencia *La Obediencia de un Cristiano* y el *Testamento de Jesucristo*. El homenaje de Enrique, las intrigas de sus amigos, y la algarabía de las fiestas, prometían ahogar los pensamientos que la soledad había despertado en su corazón. Un día después de haber dejado el libro de Tyndale en una ventana, la señorita Gainsford, una hermosa dama de cortesía que le habían asignado, tomó el libro y lo leyó. Un apuesto caballero, de alegre temperamento, y buenos modales, llamado George Zouch, también asignado a la casa de Ana, y prometido de la señorita Gainsford, aprovechando la libertad de su posición, a veces se divertía con su "trucos de amor". En una ocasión, cuando George desea tener una pequeña charla con ella, él se sintió molesto al encontrarla absorta en la lectura de un libro de cuyo contenido no sabía nada, y aprovechando un momento en que la joven estaba distraída, él entre risas le arrebató el libro. La señorita Gainsford corrió tras Zouch para recuperar su libro, pero justo en ese momento oyó a su ama llamándola; ella se alejó de George, amenazándolo con el dedo índice.

Como ella no regresó de inmediato, George se retiró a su habitación, y abrió el volumen, era *La Obediencia de un Cristiano*. Miró por encima de unas pocas líneas, y luego unas cuantas páginas, y finalmente leyó todo el libro más de una vez. Le pareció oír la voz de Dios. "Siento que el Espíritu de Dios", dijo, "habla a mi corazón como lo ha hecho en el corazón de aquel que escribió el libro". Las palabras que sólo habían hecho una impresión temporal en la mente preocupada de Ana Bolena, penetraron en el corazón de su escudero y lo convirtieron. La señorita Gainsford, temiendo que Ana pediría su libro, rogó a George que se lo devolviera, pero él se negó rotundamente, e incluso las lágrimas de la joven no pudieron hacerle que renunciara a un volumen en el que había encontrado la vida de su alma. Se volvió más serio, ya no bromeaba como antes, y cuando la señorita Gainsford le exigió el libro terminantemente, ya estaba "listo para llorar", dice un cronista.

Zouch, habiendo encontrando en este volumen una edificación que las formas vacías y las ceremonias no podían dar, acostumbraba llevarlo con él a la capilla del rey. El Dr. Sampson, el decano, generalmente oficiaba, y mientras el coro cantaba en el servicio, George estaba absorto en su libro, en el que se leía: "Si cuando veas la celebración del sacramento de la Cena del Señor, crees en esta promesa de Cristo; *este es mi cuerpo que por vosotros es partido*, y si tomas esta

promesa firme en tu corazón, tú eres salvado y justificado de esta manera, tú comes su cuerpo y bebes su sangre. Si no es así, no te ayudará, aunque oigas mil misas en un día; no más de lo que te debe ayudar en una terrible sed sólo por ver a un arbusto en la puerta de una taberna, si no supieras que adentro había vino para venderse". El joven se la pasaba pensando en estas palabras: por la fe el que come el cuerpo y bebió la sangre del Hijo de Dios. Esto era lo que estaba sucediendo en los palacios de Enrique VIII; había santos en la casa del César.

Wosley, deseoso de eliminar de la corte todo lo que pudiera favorecer a la Reforma, había recomendado una vigilancia extrema al Dr. Sampson, a fin de impedir la circulación de los libros innovadores. De acuerdo con esto, un día, cuando George estaba en la capilla absorto en su libro, el decano, que, aun cuando oficiaba no había perdido de vista al joven, lo llamó después del servicio, y tomando con rudeza el libro de las manos, exigió: "¿Cuál es su nombre y al servicio de quién está usted". Después de haberle respondido Zouch, el decano se retiró con una mirada de enojo, y llevó su presa al cardenal.

Cuando la señorita Gainsford oyó hablar de este percance, su dolor fue muy grande, ella temblaba ante la idea de que *La Obediencia de un Cristiano* fuera a dar a las manos de Wolsey. No mucho después de esto, Ana le pidió su libro; la joven cayó de rodillas, confesó todo, y le pidió perdón. Ana no pronunció ni una palabra de reproche, su ágil mente vio de inmediato la ventaja que pudiera derivarse de este asunto. "Bueno", dijo, "será el libro más querido que nunca se había llevado un decano o un cardenal".

La "noble lady", como los cronistas suelen llamarla, de inmediato pidió una entrevista con el rey, y al llegar a su presencia se postró a sus pies y le pidió su ayuda. "¿De qué se trata, Ana?", dijo el monarca asombrado. Ella le contó lo que había sucedido, y Enrique prometió que el libro no debería permanecer en manos de Wolsey.

Apenas Ana había abandonado los apartamentos reales, cuando el cardenal llegó con el famoso volumen, con la intención de quejarse ante Enrique de ciertos pasajes que él sabía no fallarían en irritarlo, y así aprovechar la oportunidad en atacar a Ana, si fuera posible. La fría recepción de Enrique le cerró la boca; el rey se limitó a tomar el libro, haciendo una reverencia al cardenal. Esto era precisamente lo que Ana había esperado. Ella le rogó al rey que leyera el libro, lo que se comprometió a hacer.

Así pues, Enrique se encerró en su estudio y leyó *La Obediencia de un Cristiano*. Pocos libros estaban tan bien calculados para iluminarlo, y ninguno mejor, después de la Biblia, que tuviera tanta influencia sobre la Reforma en Inglaterra. Tyndale trata a la *obediencia* como "el principio esencial", como él le llama "de toda comunidad política o religiosa". Él denuncia el poder ilegítimo de los papas que usurparon la autoridad legítima de Cristo y de su Palabra. Profesaba doctrinas políticas, sin duda, demasiado favorables al poder absoluto, pero calculadas para demostrar que los reformadores no eran, como se había afirmado, instigadores de la rebelión. Enrique leyó lo siguiente:

– "El rey está en lugar de Dios en este mundo. El que resiste al rey, resiste a Dios; él que juzga el rey, juzga Dios. Él es ministro de Dios para defendernos de mil inconvenientes; aunque

sea el mayor tirano en el mundo, aun así para ti es un gran benefactor de Dios, porque es mejor pagar el diezmo que perderlo todo, y que sufra un mal hombre y no todos los hombres". Es mejor tener a un tirano por rey que a una sombra...porque un tirano, aunque haga mal a los buenos, sin embargo, castiga a los malos, y hace que todos los hombres obedezcan, tampoco permite que cualquiera exija impuestos, sino sólo él. Un rey suave como la seda es mucho más gravoso para el reino que un tirano justo. Lean las crónicas y verán que esto es así.¹⁵⁵

Indudablemente que estas son doctrinas extrañas como para que los *rebeldes* las hagan suyas, pensó el rey; y continuó:

—"Que los reyes, si tuvieran la ventaja de ser cristianos en verdad y no sólo de nombre, se dedicarían a buscar el bienestar de sus reinos siguiendo el ejemplo de Jesucristo; recordando que el pueblo es de Dios, y no de ellos; en verdad, es la herencia de Cristo, comprada con su sangre. La persona más despreciada en su reino (si él es cristiano) es igual que él en el reino de Dios y de Cristo. Que el rey deje a un lado todo el orgullo, y se convierta en un hermano para los más pobres de sus súbditos".

Es probable que estas palabras fueran menos satisfactorias para el rey. Siguió leyendo:

—"El emperador y los reyes no son nada hoy en día, pues aún los verdugos obedecen al papa y a los obispos para matar a cualquiera que ellos condenan, así como Pilato dejó que los escribas, los fariseos y los sumos sacerdotes crucificaran a Cristo".

Esto le pareció a Enrique un vocabulario bastante fuerte.

"El papa no ha recibido ninguna otra autoridad de Cristo que la de predicar la Palabra de Dios. Ahora bien, esta Palabra debe regirnos únicamente y no los decretos episcopales o lo que le plazca al papa. *In praesentia majoris cessat potestas minoris*, en presencia del mayor el menor no tiene poder. El papa que dijo, contrariando toda la doctrina de Cristo: *Mi reino no es de este mundo*, ha usurpado el derecho del emperador. Los reyes deben dar cuenta de sus hechos sólo a Dios. Nadie puede estar exento de esta ordenanza de Dios; tampoco puede la profesión de los monjes y frailes, o cualquier cosa que los papas u obispos establezcan por sí mismos, estar exentos de la espada del emperador o rey, si quebrantan las leyes. Porque está escrito que toda persona debe someterse a la autoridad de los poderes superiores (Romanos 13)".

"¡Qué excelente lectura!" exclamó Enrique cuando hubo terminado, "este es realmente un libro para todos los reyes, y para mí en particular".

Cautivado por la obra de Tyndale, el rey empezó a conversar con Ana sobre la Iglesia y el papa; y ella, quien había visto a Margarita de Valois modestamente esforzarse por instruir a Francisco, se esforzó de la misma manera para iluminar a Enrique VIII. Ella no poseía la influencia que hubiera querido sobre él; este príncipe infeliz se opuso a la reforma evangélica hasta el final de su vida; protestantes y católicos se han equivocado por igual cuando han considerado que fue favorable a la reforma. "En un corto período de tiempo", dice el analista citado por Strype al final de su narrativa, "el rey, con la ayuda de esta mujer virtuosa, tenía los

¹⁵⁵ Tyndale's Works, editado por Russell, vol. I, p. 212.

ojos abiertos a la verdad. Aprendió a ir en pos de la verdad, a avanzar en la religión y la gloria de Dios, a detestar la doctrina del papa, sus mentiras, su vanagloria y orgullo, y a liberar a sus súbditos de la oscuridad de Egipto y de los lazos de Babilonia con los que el papa le había tenido sujeto a él y a sus súbditos. Despreciando las rebeliones de sus súbditos y la rabia de tantos potentados poderosos en el extranjero, se puso al frente de una reforma religiosa, que, comenzando con la cabeza de la triple corona, bajó a todos los miembros de la jerarquía". La historia rara vez ha entregado un juicio tan erróneo. Los ojos de Enrique nunca se abrieron a la verdad, y no fue él quien hizo la Reforma. Ésta se llevó a cabo, antes que todo, por la Escritura, y luego por el ministerio de hombres sencillos y fieles bautizados por el Espíritu Santo.

Sin embargo, el libro de Tyndale y la conducta de los legados habían dado lugar en la mente del rey a los nuevos pensamientos que él había estado madurando por largo tiempo. Deseaba también ocultar su enojo frente a Wolsey y Campeggio, y disipar su mal humor, dice el historiador Collyer; y, por tanto, dio órdenes para trasladar la corte al palacio de Woodstock. El magnífico parque adjunto a esta residencia real, en el que estaba el célebre pabellón construido (se decía) por Henry II para ocultar sus amoríos con Rosamunda, ofrecía todos los atractivos para ir de paseo, practicar la caza, y estar en la soledad.¹⁵⁶ De ahí fácilmente podía trasladarse a Langley, Grafton, y otras localidades del país. No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran los entretenimientos, las carreras de caballos y otros deportes rurales. El mundo con sus placeres y su grandeza, era en el fondo, los ídolos del corazón de Ana Bolena; pero todavía sentía cierta atracción por la nueva doctrina, que estaba confundida en su mente con la gran causa de todos los conocimientos, tal vez, incluso, de los suyos propios. Más inteligente que la generalidad de las mujeres, se distinguió por la superioridad de su inteligencia, no sólo por encima de las personas de su mismo sexo, sino también sobre muchos caballeros de la corte.

Mientras que Catalina, miembro de la Tercera Orden de San Francisco, se entregaba a prácticas insignificantes, Ana, más inteligente, aunque no más piadosa, se preocupaba poco por los amuletos que los frailes habían bendecido, por las apariciones o visiones de ángeles. Woodstock presentaba una oportunidad para curar a Enrique VIII de las ideas supersticiosas naturales en él. Había un lugar en el bosque que, se decía, estaba embrujado por los espíritus malignos; ningún sacerdote o cortesano se atrevían a pasar por ahí. Una tradición decía que si un rey se aventuraba a cruzar los límites, caería muerto. Ana resolvió llevar allí a Enrique. Así que, una mañana lo guió hacia el camino en dirección al lugar donde estos poderes misteriosos manifestaban su presencia (según se decía) por extrañas apariciones; entraron al bosque; llegaron al lugar tan temido; todos estaban temerosos, pero la calma de Ana tranquilizó a sus compañeros; avanzaron; y encontraron... nada más que árboles y césped; y riéndose de sus viejos temores, exploraron todos los rincones de este misterioso complejo de espíritus malignos. Ana regresó al

¹⁵⁶ Las cartas enviadas a Wolsey escritas por los secretarios del rey, Gardiner y Tuke, están fechadas en Woodstock del 4 de agosto al 8 de septiembre. State Papers, i, pp. 335-47.

palacio, felicitándose a sí misma por el triunfo que Enrique había obtenido sobre sus temores imaginarios.

CAPÍTULO ONCE

Wolsey, Solo y Enfrentando su Ruina

(Verano de 1529)

En tanto que la corte se la pasaba bien en Woodstock; Wolsey seguía en Londres presa de la más aguda angustia. "Este llamado del caso a Roma", le escribió a Gregorio Da Casale, "no sólo alejarán totalmente al rey y su reino de la sede apostólica, sino que me va a arruinar por completo". Apenas había recibido el papa este mensaje, cuando los embajadores imperiales le pusieran en sus manos la protesta de la reina, y añadieron en un tono muy significativo: "Si su santidad no atrae esta causa ante usted, el emperador, que está decidido a ponerle fin, tendrá que recurrir a *otros argumentos*". La misma perplejidad siempre agitaba a Clemente: ¿Cuál de los dos debe ser sacrificado?, ¿Enrique o Carlos? Después que Antonio de Leyva, que comandaba las fuerzas imperiales, derrotara al ejército francés, el papa ya no dudó de que Carlos era el elegido de los Cielos. No era sólo en Europa que se reconocía la autoridad de este príncipe; un nuevo mundo acababa de poner su poder y su oro a sus pies. El formidable sacerdote-rey de los aztecas no había podido hacer frente a Cortez; ¿podría el rey-sacerdote de Roma resistir a Carlos V? Cortez había regresado de México trayendo con él a los jefes mexicanos en todo su bárbaro esplendor, con miles de *pesos*, oro, plata y esmeraldas de extraordinario tamaño, con magníficos textiles y aves de brillante plumaje. Había acompañado a Carlos, quien entonces iba para Italia, al lugar de embarque, y había enviado a Clemente VII costosos regalos de metales preciosos, joyas valiosas, y una comparsa de bailarines mexicanos, bufones y juglares, que deleitaron al papa y al cardenal más que todas las cosas.

Clemente, aunque se negaba a la petición de Enrique, tampoco había dado concesiones al emperador. Pensó que ahora ya no podía resistir la estrella de un monarca que estaba victorioso sobre dos mundos, y se dispuso a entrar en negociaciones con él. Terrores repentinos aún le asaltaban de vez en cuando: Mi negativa (se decía a sí mismo), tal vez pueda causar que pierda a Inglaterra. Pero Carlos, teniéndolo ya al alcance de su poder, le obligó a someterse. Los antecedentes de Enrique eran bastante alentadores para el pontífice. ¿Cómo iba a imaginar que un príncipe, que era el único de todos los monarcas de Europa que había contendido contra el gran reformador alemán, se separaría del papado? El 6 de julio Clemente declaró a los enviados ingleses que *avocaba a Roma* la causa entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. En otras palabras, éste se negaba el divorcio. "Hay veintitrés puntos en este caso", dijeron los cortesanos, "y el debate sobre el primero ha durado un año; antes de que termine el juicio, al rey no sólo se le habrá pasado el tiempo de casarse, sino también de vivir".

Cuando se enteró de que el golpe fatal había sido dado, el Dr. William Bennet, uno de los enviados de Enrique, con un tono de tristeza, exclamó: "¡Ay!, santísimo padre, por este acto la Iglesia en Inglaterra será destruida por completo, el rey me lo declaró con lágrimas en los ojos". –"¿Por qué me tocó vivir en esos días malos?", respondió el papa, que a su vez se puso a llorar; "pero estoy rodeado por las fuerzas del emperador, y si yo complaciera al rey, acarrearía una espantosa ruina sobre mí y sobre la iglesia... Dios será mi juez".

El 15 de julio de Da Casale envió la fatal noticia al ministro inglés. El rey era citado ante el papa, y en caso de una negativa, le fijó una multa de diez mil ducados. El 18 de julio la paz fue proclamada en Roma entre el pontífice y el emperador, y al día siguiente (estas fechas son importantes) Clemente, deseando aún hacer un intento más para parar el golpe con el que el papado se veía amenazado, escribió al cardenal Wolsey: "Mi querido hijo, ¿cómo puedo describirle mi aflicción? Demuestre en este asunto la prudencia que lo distingue, y preserve al rey en esos buenos sentimientos que él ha manifestado hacia mí". ¡Un intento inútil! Lejos de salvar el papado, Wolsey iba a ser destruido junto con él.

Wolsey estaba estupefacto. En el mismo momento en que él estaba asegurando a Enrique la unión de Clemente y Francisco, ambos lo estaban abandonando. La "el manejo de la política" había fracasado, la que el cardenal había pensado tan hábilmente y que había sido tan tortuosa. Ahora Enrique no tenía más que enemigos en el continente de Europa, y la Reforma se extendía diariamente por su reino. La angustia de Wolsey no se puede describir. Su poder, su vanidad, sus palacios fueron todos amenazados, ¿quién podría asegurarle incluso su libertad y su vida? Una justa recompensa para tanta duplicidad.

Pero la ira del rey iba a ser mayor que la preocupación del ministro. Sus sirvientes aterrorizados preguntaban cómo debían anunciar la decisión del pontífice. Gardiner, quien, después de su regreso de Roma, había sido nombrado secretario de Estado, fue a Langley, en Northamptonshire el 3 de agosto para comunicársela. ¡Qué noticia para los orgullosos Tudor! La decisión sobre el divorcio no tenía efecto en Inglaterra; la causa avocada a Roma, iba a ser enterrada e injustamente perdida; Francisco I hacía tratos con el emperador; Carlos y Clemente a punto de intercambiar en Bolonia los signos más llamativos de su alianza inmutable; los servicios prestados por el rey al papado eran pagados con la ingratitud más negra; su esperanza de dar un heredero a la corona era desgraciadamente frustrada; y por último, pero no menos importante, Enrique VIII, el monarca más orgulloso de la cristiandad, era requerido en Roma para comparecer ante un tribunal eclesiástico... Todo esto era demasiado para Enrique. Su ira, por un tiempo contenida, estalló como un trueno, y todo tembló a su alrededor. "¿Es que pretenden", exclamó, "tratar mi causa en otro lugar que en mis propios dominios? Yo, el rey de Inglaterra, ¡citado ante un tribunal italiano!... Sí,... voy a ir a Roma, pero será con un ejército tan poderoso que el papa y sus sacerdotes y toda Italia serán arrasados con terror. – Prohíbo que el citatorio sea llevado a cabo, y prohíbo a la comisión que considere sus funciones para ese fin". Enrique habría deseado arrancarle las vestiduras púrpuras a Campeggio y meter en la cárcel a este príncipe de la iglesia romana con el fin de asustar a Clemente, pero la propia magnitud del insulto le obligó a contenerse. Temía que por encima de todas las cosas pareciera humillado ante

los ojos de Inglaterra, y él esperaba que, al mostrar moderación, ocultaría la afrenta que había recibido. "Que todo sea hecho", le dijo a Gardiner", oculte a mis súbditos estas cartas de citación, que son tan dañinas para mi gloria. Escriba a Wolsey que tengo la mayor confianza en su destreza, y que él debe, con una buena estrategia, ganarle a Campeggio y a los consejeros de la reina, y, sobre todo, se impondrá sobre ellos a cualquier precio para que estas cartas del citatorio no tengan efecto sobre mí". Pero apenas Enrique había dado sus instrucciones cuando el insulto del que había sido objeto volvió a su imaginación; el pensamiento de Clemente le perseguía día y noche y juró vengarse del pontífice. Roma ya no quería saber nada de Inglaterra... Pues entonces le tocaba a Inglaterra desechar a Roma.

Enrique sacrificaría a Wolsey, a Clemente y a la iglesia; nada detendría su ira. El astuto pontífice había jugado en lo oculto, el rey lo golpearía abiertamente; y desde entonces, de siglo en siglo el papado ha tenido que derramar lágrimas por la locura imprudente de un Medici.

Así, después de los retrasos insoportables que habían fatigado a la nación, un rayo cayó sobre Inglaterra. La corte, el clero y el pueblo, del cual era imposible ocultar estos grandes acontecimientos, estaban profundamente inquietos, y todo el reino estaba en conmoción. Wolsey, todavía con la esperanza de evitar la ruina inminente sobre sí mismo y el papado, de inmediato puso en juego toda la destreza de la que Enrique había hablado; hasta el momento él había logrado que las cartas citatorias no sirvieran al rey, sino sólo el escrito dirigido a Wolsey por Clemente VII. El cardenal, todo radiante de este éxito trivial, y deseosos de aprovecharse de él para aumentar su crédito, resolvió acompañar a Campeggio, quien iba a Grafton a despedirse del rey. Cuando se supo de la llegada de los dos legados a la corte, la agitación fue muy grande. Los duques de Norfolk y Suffolk consideraron este procedimiento como el último esfuerzo de su enemigo, y rogaron Enrique que no lo recibiera. "El rey lo recibirá", alguien dijo. "El rey no lo recibirá ", respondieron otros. Por fin, un domingo por la mañana, se anunció que los prelados estaban a las puertas de la mansión. Wolsey miró a su alrededor buscando ansiosamente a los grandes oficiales que estaban acostumbrados a presentarlo. Éstos aparecieron y pidieron a Campeggio que los siguiera. Cuando el legado había sido llevado a sus aposentos, Wolsey esperaba su turno; pero grande fue su asombro al ser informado de que no había ninguna cámara reservada para él en el palacio. Sir Henry Norris, caballero de la estola, ofreció a Wolsey su propia habitación, y el cardenal le siguió casi doblado por la humillación que había sufrido. Se preparó para presentarse ante el rey, y haciendo acopio de valor, se dirigió a la sala de audiencias.

Los lores del consejo estaban de pie en una fila de acuerdo a su rango; Wolsey, quitándose el sombrero, pasó frente a ellos saludando a cada uno cortésmente. Un gran número de cortesanos llegaron, impacientes por ver cómo recibiría Enrique a su viejo favorito, y la mayoría de ellos ya estaban saboreando la sorprendente desgracia de la que esperaban ser testigos. Por fin, el rey fue anunciado.

Enrique estaba vestido con sus ropas de gobernante, y Wolsey se adelantó y se arrodilló ante él. Un profundo silencio reinaba en toda la cámara... Para la sorpresa de todos, Enrique se inclinó y lo levantó con ambas manos... Entonces, con una sonrisa agradable, llevó a Wolsey a la

ventana, le invitó a que se pusiera el sombrero, y habló familiarmente con él. "Entonces", dice Cavendish, el caballero ujier del cardenal, "te hubieras sonreído al contemplar los rostros de los que habían previsto las apuestas de que el rey no iba a hablar con él. "

Pero este fue el último rayo de la tarde, que entonces iluminaba la oscura suerte de Wolsey; la estrella de su favor estaba a punto de apagarse para siempre... El silencio continuó, porque todos deseaban captar unas cuantas palabras de la conversación. El rey parecía estar acusando a Wolsey, y Wolsey se justificaba a sí mismo. De repente, Enrique sacó una carta de sus ropas, y mostrándola al cardenal, dijo en voz alta: "¿Cómo puede ser eso? ¿No es esta su letra?" Sin duda que era la carta que Bryan había interceptado. Wolsey respondió en voz baja, y pareció que había aplacado a su amo. Cuando llegó la hora de la cena, el rey salió de la sala, diciéndole a Wolsey que no le fallaría en verlo de nuevo; los cortesanos estaban deseosos de hacer sus más profundas reverencias al cardenal, pero él atravesó la cámara con altivez, mientras que los duques se apresuraron a llevar a Ana Bolena la noticia de esta asombrosa recepción.

Wolsey, Campeggio, y los lores del consejo se sentaron a comer. El cardenal, muy consciente de que la terrible carta sería su ruina, y que la gracia con la que lo había tratado Enrique no tenía otro objeto que el de preparar su caída, comenzó a insinuar su retiro. "En verdad," dijo él con un aire piadoso, "el rey haría bien en enviar a sus obispos y capellanes a sus curatos y a sus prebendas". Todos se miraron unos a otros con asombro. "Sí, pero casados", dijo el duque de Norfolk un poco tosco, "y así usted estaría también entre ellos". – "Estaría con ellos muy contento", respondió Wolsey, "si fuera la voluntad del rey que me diera licencia para ir a mi parroquia de Winchester". – "No, a su prebenda en York, donde es más grande su honor y su cargo, "contestó Norfolk, que no estaba dispuesto a que Wolsey siguiera viviendo tan cerca de Enrique. – "Si así le place al rey", añadió Wolsey, y cambió el tema de conversación.

Enrique había ordenado la presentación de Ana Bolena, quien (dice Cavendish) "tenía el puesto en Grafton más como una reina que como una dama sencilla". Profesando una sensibilidad extrema, y una imaginación ardiente, Ana, que se sentía el más mínimo insulto con toda la sensibilidad de su corazón de mujer, estaba muy satisfecha con el rey después del informe de los duques. Por eso, sin hacer caso de la presencia de los asistentes, ella le dijo: "Señor, ¿no es una cosa maravillosa ver en qué gran peligro el cardenal ha metido a todos sus súbditos?" – "¿Cómo es eso, cariño?", Preguntó Enrique. Ana continuó: "¿Ignora usted el odio que la gente tiene contra usted a causa de los impuestos que él ha ordenado? No hay un hombre en toda su reino de Inglaterra que tenga cien libras, pero él lo ha hecho a usted su deudor". Ana aludía al préstamo que el rey había levantado entre sus súbditos. "Bien, bien", dijo Enrique, que no estaba contento con estas declaraciones: "Yo sé el asunto mejor que usted". – "Si mi señor de Norfolk, mi señor de Suffolk, mi tío o mi padre hubieran hecho mucho menos que lo que el cardenal ha hecho", continuó Ana, "hace tiempo que habrían perdido sus cabezas". – "Entonces percibo", dijo Enrique, que usted no es de sus amigos". – "No, señor, no tengo motivos, ni tampoco nadie que lo ame a usted", respondió ella. La cena terminó; el rey, sin aparentar en absoluto que había sido sorprendido, se dirigió a la sala de audiencias, donde Wolsey lo esperaba.

Después de una larga conversación en voz baja, el rey tomó a Wolsey del brazo y lo condujo a su salón privado. Los cortesanos esperaban con impaciencia la conclusión de una entrevista que podría decidir el destino de Inglaterra; caminaban de arriba a abajo de la galería, a veces pasando junto a la puerta del salón, con la esperanza de que, tan pronto se abriera, pudieran captar en las miradas de Wolsey el resultado de esta conferencia secreta; pero pasó un cuarto de hora y siguió otro, que luego se convirtieron en horas, y el cardenal no aparecía. Enrique, habiendo resuelto que esta conversación debería ser la última, sin duda que estaba obteniendo toda la información que necesitaba de su ministro. Pero los cortesanos se imaginaron que estaba regresando otra recuperando el favor de su señor; Norfolk, Suffolk, Wiltshire, y otros enemigos del primer ministro, comenzaron a alarmarse, y corrieron en busca de Ana Bolena, que era su última esperanza.

Era de noche cuando el rey y Wolsey abandonaron el salón real; el primero apareció afable, el segundo, satisfecho; siempre fue una costumbre de Enrique sonreír a quienes tenía la intención de sacrificar. "Lo veré en la mañana", le dijo al cardenal con un aire amistoso. Wolsey hizo una reverencia, y, volviéndose hacia los cortesanos, vio la sonrisa del rey reflejada en sus rostros. Wiltshire, Tuke, y hasta Suffolk, estaban llenos de amabilidad. "Bueno", pensó él, "el movimiento de velas de éstos me dice de qué parte está soplando el viento del favoritismo".

Pero poco tiempo después el viento comenzó a cambiar. Los hombres de las antorchas esperaban al cardenal a las puertas del palacio para conducirlo al lugar donde tendría que pasar la noche. Por lo tanto él no iba a dormir bajo el mismo techo de Enrique. Él se fue a descansar a Euston, una de las casas de Empson, a unas tres millas de distancia. Wolsey, reprimiendo su irritación, montó en su caballo, y después de cabalgar durante una hora por caminos muy malos, llegó al alojamiento asignado para él.

Se disponía a tomar la cena, a la que algunos de sus amigos más íntimos habían sido invitados, cuando de repente Gardiner fue anunciado. Gardiner debía todo al cardenal, y sin embargo no se había presentado ante él desde su regreso de Roma. Sin duda que viene a jugar el papel de hipócrita y espía, pensó Wolsey. Pero tan pronto como el secretario entró, Wolsey se levantó, le hizo un atento elogio, y le rogó que tomara asiento. "Señor secretario", preguntó, "¿dónde ha estado desde su regreso de Roma?" – "He estado siguiendo a la corte de lugar en lugar". – "¿Entonces ha estado cazando? ¿Tiene perros?", preguntó el primer ministro, que sabía muy bien lo que Gardiner había estado haciendo en el salón del rey. "Unos pocos", contestó Gardiner. Wolsey pensó que incluso el secretario era un sabueso tras de su pista. A pesar de todo, después de la cena, llevó a Gardiner a otra parte y conversó con él hasta la medianoche. Pensó que era prudente no descuidar nada que pudiera aclarar su posición, y Wolsey sondeaba a Gardiner como él mismo había sido sondado por Enrique no mucho antes.

Esa misma noche, en Grafton, el rey daba a Campeggio una audiencia de despedida, y lo trató con mucha amabilidad, "dándole regalos y otras cosas", dice Du Bellay. Enrique regresó con Ana Bolena. Los duques le habían hecho ver a ella la importancia del momento presente, por lo que pidió y obtuvo de Enrique, sin gran dificultad, su promesa de no volver a hablar otra vez

con su ministro. Los insultos del papado habían exasperado al rey de Inglaterra, y como no podía castigar a Clemente, se iba a desquitar contra el cardenal.

A la mañana siguiente, Wolsey, impaciente por tener la entrevista que Enrique le había prometido, montó de nuevo para Grafton. Pero a medida que se acercaba, se encontró con una numerosa caravana de sirvientes y animales de carga; y poco más atrás, Enrique con Ana Bolena y muchos lores y damas de la corte que venían cabalgando. "¿Qué significa todo esto?", pensó el cardenal consternado. "Mi señor", dijo el rey, al acercarse, "no puedo estar con usted ahora. Usted regresará a Londres con el cardenal Campeggio". Entonces, golpeando las espuelas de su caballo, Enrique se alejó a galope con un saludo amistoso. Después de él venía Ana Bolena, quien pasó cabalgando frente a Wolsey, con la cabeza erguida, y lanzándole una mirada orgullosa. La corte se dirigía a Hartwell Park, donde Ana había determinado que el rey pasara todo el día. Wolsey estaba confundido. No había duda; su desgracia era cierta. Su cabeza le daba vueltas, se quedó inmóvil por un instante, y luego se recuperó; pero el golpe que recibió no había pasado por desapercibido para los cortesanos, y la caída del cardenal se convirtió en el tema general de conversación.

Después de la comida, los legados partieron, y al segundo día llegaron a Moor Park, una mansión construida por el arzobispo Neville, uno de los predecesores de Wolsey, que por alta traición había sido encarcelado, primero en Calais y después en Ham. Estos recuerdos no eran en absoluto del agrado de Wolsey. A la mañana siguiente, los dos cardenales se separaron; Campeggio se dirigió a Dover, y Wolsey a Londres.

Campeggio estaba impaciente por salir de Inglaterra, y grande fue su disgusto al llegar a Dover porque el viento era contrario. Pero una mayor humillación le estaba en reservada. Apenas se había acostado a descansar cuando se abrió la puerta, y una banda de sargentos entró en la habitación. El cardenal, quien sabía lo que significaban las escenas de este tipo en Italia, pensó que era un hombre muerto, y cayó temblando a los pies de su capellán pidiendo la absolución. Mientras tanto, los oficiales abrieron su equipaje, rompieron sus cofres, esparcieron sus pertenencias por el suelo, y hasta revolvieron su ropa.

La tranquilidad de Enrique no había durado mucho. "Campeggio es el portador de las cartas de Wolsey a Roma", susurraron algunos de los cortesanos; "¿quién puede saber si contienen temas de traición?". "También, entre sus papeles, está la famosa decretal que pronuncia el divorcio", dijo uno; "si tuviéramos ese documento se acabaría todo este problema". Otro afirmó que Campeggio "tenía con él un gran tesoro de Wolsey para ser transportado en grandes toneladas a Roma", a dónde se conjeturaba que el cardenal de York escaparía para disfrutar de los frutos de su traición. "Es cierto", añadió un tercero, "que Campeggio, ayudado por Wolsey, ha sido capaz de interceptar la correspondencia de su majestad con Ana Bolena, y se la está llevando con él". Por tales motivos, Enrique envió un mensajero tras el nuncio con las órdenes de que su equipaje fuera revisado minuciosamente. No se encontró nada, ni cartas, ni bulas, ni tesoros. La bula había sido destruida; Wolsey nunca había pensado confiar sus tesoros a su colega; y en cuanto a las cartas de Ana y Enrique, Campeggio las había enviado por delante

con su hijo Rodolfo, y el papa ya tenía las manos extendidas para recibirlas, orgulloso, al igual que sus sucesores, del robo cometido por dos de sus legados.

Campeggio, sintiéndose seguro, y al ver que no había sido asesinado ni robado, armó un gran escándalo por este acto de violencia y por los comentarios insultantes que dieron origen a todo esto. "No voy a salir de Inglaterra", hizo que le informaran a Enrique, "hasta que reciba una explicación". "M señor olvida que ya no es más un legado", respondió el rey, "puesto que el papa le ha retirado sus poderes". "Se olvida, además, que, como obispo de Salisbury, es mi súbdito; y en cuanto a los comentarios en contra de él y del cardenal de York, es una de las libertades del pueblo de Inglaterra al que está acostumbrado y que yo no puedo impedir". Campeggio, ansioso de llegar a Francia, quedó satisfecho con estas explicaciones, y pronto olvidó todas sus aflicciones en la suntuosa mesa del cardenal Duprat.

Wolsey no fue tan afortunado. Había visto alejarse a Campeggio, y permanecía como un naufrago en una isla desierta que ha visto partir a los únicos amigos capaces de darle alguna ayuda. Su nigromancia le había advertido de que este sería un año fatal. El ángel de la dama de Kent había dicho: "Ve al cardenal y anuncia su caída, porque no ha hecho lo que le había mandado que hiciera". Otras voces, además de la de ella, se hicieron oír: el odio de la nación, el desprecio de Europa, y, sobre todo, la ira de Enrique, le decían que había llegado su hora. Era cierto que el papa le dijo que iba a hacer todo lo posible para salvarlo, pero los buenos oficios de Clemente sólo acelerarían su ruina. Du Bellay, de quien la gente creía que era cómplice del cardenal, dio testimonio del cambio que había tenido lugar en las mentes de los hombres. Al pasar por las calles de la capital, seguido por dos ayudantes, dijo que "sus oídos escuchaban bromas groseras mientras caminaba, que no sabía qué camino tomar". "El cardenal está completamente deshecho", escribió, "y yo no veo cómo se puede escapar". La idea de pronunciar el divorcio él mismo se le ocurría a Wolsey de vez en cuando; pero ya era demasiado tarde. Incluso se le dijo que su vida estaba en peligro. La fortuna, ciega y calva, con un pie en el estribo, huía rápidamente de él, y no estaba en su poder detenerla. Y esto no era todo: él pensaba que después de él no había nadie que pudiera sostener a la iglesia de los pontífices en Inglaterra. El barco de Roma estaba navegando en un mar tormentoso entre rocas y bancos de arena; Wolsey, al timón, buscaba en vano un puerto de refugio; el buque hacía agua por todos lados; se hundía rápidamente, y el cardenal lanzó un grito de angustia. ¡Ay! él había deseado salvar a Roma, pero Roma no tenía por qué salvarlo a él.

CAPÍTULO DOCE

Tomás Cranmer se Hace Presente

(1489-1529)

Así como la estrella de Wolsey estaba desapareciendo en medio de las nubes borrascosas, otra se estaba levantando en el firmamento, como señalando el camino para salvar a Gran Bretaña. Los hombres, como las estrellas, aparecen en el horizonte al mandato de Dios.

A su regreso de Woodstock a Greenwich, Enrique, lleno de ansiedad, se detuvo en Waltham, Essex. Sus asistentes se alojaron en las casas del vecindario. El capellán de asistencia social, Fox, y el secretario Gardiner, se alojaron con un caballero llamado Cressy, en la Abadía de Waltham. Cuando se anunció la cena, Gardiner y Fox quedaron sorprendidos al ver a un viejo amigo que entraba en el comedor. Era Tomás Cranmer, un teólogo de Cambridge. "¿Cómo? ¿Eres tú?", dijeron, "¿y cómo llegaste aquí?" Cranmer respondió: "La esposa de nuestro anfitrión es mi pariente", "y puesto que hay una epidemia en Cambridge, traje a casa a los hijos de mi amigo, que están bajo mi cuidado". Como este nuevo personaje estaba destinado a desempeñar un papel importante en la historia de la Reforma, puede que valga la pena interrumpir nuestra narración, y dar algunos detalles particulares sobre él.

Cranmer era descendiente de una antigua familia que vino a Inglaterra junto con Guillermo el Conquistador, como generalmente se cree. Nació en Aslacton, Nottinghamshire el 2 de julio 1489, seis años después de Lutero. Su educación temprana había estado muy descuidada; su tutor, un sacerdote ignorante y severo, le había enseñado nada más que tener paciencia para soportar el castigo severo como una forma de preparación para la otra vida. Su padre era un caballero rural honesto, que no tenía muchas ambiciones, además de la caza, las carreras y los deportes militares. En esta escuela, el hijo aprendió a montar, a manejar el arco y la espada, a pescar, y a cazar con halcones; y nunca descuidó por completo estos ejercicios, los cuales él creía esenciales para su salud. Tomás Cranmer era aficionado a caminar, admirar la naturaleza, y a meditar a solas; había una colina, cerca de la mansión de su padre, donde solía sentarse, mirando el fértil campo a sus pies, con sus ojos fijos en las distantes torres puntiagudas, escuchando con placer melancólico al timbre de las campanas, y disfrutando de sus dulces contemplaciones. Cerca de 1504, fue enviado a Cambridge, donde "la barbarie sigue prevaleciendo", dice un historiador. Por su sencillo, noble y modesto carácter se ganó el afecto de muchos, y en 1510 fue elegido miembro del Colegio de Jesús. A la edad de veintitrés años su corazón tierno quedó prendido al de una dama de buena cuna (dice Foxe), o de rango inferior, como otros escritores afirman. Cranmer no estaba dispuesto a imitar las vidas desordenadas de sus compañeros, y aunque el matrimonio significaba renunciar a la carrera de honores, se casó con la joven,

conocida como “Juana la Morena”, renunció a su beca de interno (de conformidad con los reglamentos), y tomó un alojamiento modesto en la posada Dolphin. Después, comenzó a estudiar seriamente los escritos más notables de la época, puliendo, se ha dicho, las viejas asperezas en las producciones de Erasmo, de Lefevre de Etaples y otros grandes autores; cada día su rudo entendimiento recibía nueva brillantez. Posteriormente comenzó a enseñar en el colegio de Buckingham (que después se llamó Colegio Magdalena) y así pudo solventar sus necesidades económicas.

Sus lecciones excitaron la admiración de los ilustrados y la ira de los oscuros, quienes le llamaban desdeñosamente *el mozo de cuadra* (debido a la posada en la que se alojaba). "Este nombre le quedaba bien", dice Fuller, "porque con sus lecciones frotaba las toscas espaldas de los frailes, y curtía las pieles duras de los sacerdotes perezosos". Al morir su esposa un año después de su matrimonio, Cranmer fue reelegido miembro de su primera universidad y habiendo aparecido el primer escrito de Lutero, él dijo: "Tengo que saber de qué lado está la verdad. Sólo hay una fuente infalible, las Escrituras, y en ellas voy a buscar la verdad de Dios". Y durante tres años estudió constantemente los libros sagrados, sin comentarios, sin teología humana, y por lo tanto se ganó el nombre de *el escriturista*. Por fin sus ojos se abrieron, vio el misterioso lazo que unía a todas las revelaciones bíblicas, y entendió la integridad del plan de Dios. Luego, sin abandonar las Escrituras, estudió todo tipo de autores. Era un lector lento, pero un observador atento, nunca abría un libro sin tener un lápiz en la mano. No tomaba ningún partido o época en particular, pero poseía una mente libre y filosófica; pesaba todas las opiniones en la balanza de su juicio, tomando la Biblia por su estándar.

Pronto le llegaron los honores; fue hecho sucesivamente doctor en teología, profesor, predicador de la universidad, y examinador. Él solía decir a los candidatos para el ministerio: "Cristo envió a sus oyentes a la Escritura, no a la iglesia". – "Pero", respondían los monjes, "es muy difícil". – "Expliquen los pasajes oscuros con los que son claros", respondía el profesor, "la Escritura por la Escritura. Busquen, oren, y *el que tiene la llave de David* la abrirá a ustedes". Los monjes, aterrorizados con esta tarea, se retiraban llenos de ira; y al poco tiempo el nombre de Cranmer era un nombre temido en los monasterios. Algunos, sin embargo, pusieron manos a la obra, y uno de ellos, el doctor Barrett, bendijo Dios que el examinador hubiera regresado a él, "porque", dijo, "encontré el conocimiento de Dios en el sagrado libro que me obligó a estudiar". Cranmer realizaba la misma labor de Latimer, Stafford, y Bilney.

Fox y Gardiner, habiendo renovado la amistad con su antiguo amigo en la abadía de Waltham, se sentaron a la mesa; y tanto el capellán y como el secretario pidieron al doctor su opinión sobre el divorcio. Era el tema habitual de conversación, y no mucho antes, Cranmer había sido nombrado miembro de la comisión encargada para dar su opinión sobre este asunto. "Ustedes no están en el camino correcto", dijo Cranmer a sus amigos, "ustedes no debe aferrarse a las decisiones de la iglesia. Hay un camino más seguro y más corto que es el único que puede dar paz a la conciencia del rey". – "¿Cuál es?", preguntaron ambos a la vez. – "La verdadera cuestión es ésta", respondió Cranmer: "*¿Qué dice la Palabra de Dios?* Si Dios ha declarado que un matrimonio de esta naturaleza es *malo*, el papa no puede hacer que sea *bueno*. Suspendan las

negociaciones romanas interminables. Cuando Dios habla, el hombre debe obedecer". – "Pero, ¿cómo sabremos lo que Dios ha dicho?" – "Consulten a las universidades; ellas lo van a discernir con más seguridad que Roma".

Este era un nuevo punto de vista. La idea de consultar a las universidades se había efectuado antes, pero entonces sólo se les había pedido sus propias opiniones; y ahora, la pregunta era simplemente saber *qué dice Dios en su Palabra*. "La Palabra de Dios está por encima de la iglesia", era el principio establecido por Cranmer, y este principio fue la base de la Reforma. La conversación en la mesa del comedor de Waltham estaba destinada a ser uno de esos resortes secretos que una mano invisible pone en movimiento para la realización de sus grandes designios. El doctor de Cambridge, de pronto transportado desde su estudio a los pies del trono, estaba a punto de convertirse en uno de los principales instrumentos de la sabiduría divina.

Al siguiente día después de esta conversación, Fox y Gardiner llegaron a Greenwich, y el rey los convocó a su presencia la misma tarde. "Bueno, señores", les dijo, "nuestras vacaciones se han terminado, ¿qué vamos a hacer ahora? Si todavía nos queda el recurso de Roma, Dios sabe cuándo veremos el final de este asunto". – "No va a ser necesario tomar un viaje tan largo", dijo Fox, "sabemos que hay un camino más corto y más seguro". – "¿Cuál es?", preguntó el rey con impaciencia. – "El doctor Cranmer, a quien encontramos ayer en Waltham, piensa que la Biblia debe ser el único juez de su causa". Gardiner, molesto por la franqueza de su colega, deseaba para sí mismo todo el honor de esta luminosa idea, pero Enrique no le prestó atención. "¿Dónde está el doctor Cranmer?", dijo él, muy interesado. "Envíen por él de inmediato. ¡Madre de Dios! (este era su juramento habitual), este hombre sí agarró a la marrana correcta por las orejas. Si esto mismo me los hubieran sugerido a hace dos años, ¡qué gastos y problemas me hubiera ahorrado!"

Cranmer se había ido para Nottinghamshire; un mensajero lo siguió y lo trajo de vuelta. "¿Por qué me han enredado en este asunto?", dijo a Fox y a Gardiner. "Denle mis excusas al rey". Gardiner, quien no deseaba nada mejor, se comprometió en hacer todo lo que estuviera de su parte, pero fue inútil. "No aceptaré sus excusas", dijo Enrique. El astuto cortesano se vio obligado a tomar una decisión para presentar al hombre ingenuo y recto, a quien aquella posición, que él mismo había codiciado, un día le iba a pertenecer. Cranmer y Gardiner se dirigieron a Greenwich, ambos iban de mala gana.

Cranmer en ese tiempo tenía cuarenta años de edad, con rasgos agradables, y ojos suaves y halagadores, en los que parecía estar reflejado el candor de su alma. Sensible a los dolores, así como a los placeres del corazón, estaba destinado a estar más expuesto que otros a las inquietudes y a las caídas; una vida pacífica en alguna remota parroquia habría sido más a su gusto que la corte de Enrique VIII. Bendecido con una mente generosa, desgraciadamente no poseía la firmeza necesaria de un hombre público; unas cuantas piedras bastaban para hacerle tropezar. Su excelente conocimiento lo mostraban de la mejor manera, pero su gran timidez parecía ser el mayor de los peligros. Era demasiado inclinado a confiar en el poder de los hombres, y hacía concesiones desafortunadas con demasiada facilidad. Si el rey le hubiera

preguntado, él nunca se habría atrevido a aconsejarle tan audazmente una salida como la que había señalado; la recomendación se le había escapado en la mesa durante la intimidad de la conversación familiar. Sin embargo, él era sincero, y después de hacer todo lo posible para escapar de las consecuencias de su franqueza, estaba dispuesto a sostener la opinión que había dado.

Enrique, percibiendo la timidez de Cranmer, amablemente se acercó a él. "¿Cuál es su nombre?", dijo el rey, tratando de hacerle sentirse cómodo. "¿No se encontró con mi secretario y mi capellán de bienestar social en Waltham?" Y luego añadió: – "¿No habló con ellos de mi gran problema?", y repitió las palabras atribuidas a Cranmer. Este último no pudo retractarse: "Señor, es cierto, yo dije eso". – "Ya veo", respondió el rey con animación, "que ha encontrado la brecha por la que tenemos que asaltar la fortaleza. Ahora, señor doctor, le ruego, y como usted es mi súbdito, le ordeno que ponga a un lado todas sus otras ocupaciones, y que lleve mi causa a una conclusión en conformidad con las ideas que ha presentado. Todo lo que deseo saber es, si mi matrimonio es contrario a las leyes de Dios o no. Emplee toda su habilidad en la investigación de esta materia, y de ese modo traiga el consuelo a mi conciencia, así como a la de la reina".

Cranmer estaba confundido, retrocedió ante la idea de decidir un asunto sobre el cual dependía, tal vez, el destino de la nación, y después suspiraría en los campos solitarios de Aslacton. Pero apoyado en la mano vigorosa de Enrique, se vio obligado a avanzar. "Señor", dijo él, "confíe este asunto a los doctores más preparados que yo". – "Estoy dispuesto a hacerlo", respondió el rey, "pero quiero que también me dé su opinión por escrito". Y acto seguido, convocando al conde de Wiltshire a su presencia, le dijo: "Señor, recibirá al doctor Cranmer en su casa de Durham Place, y le permitirá tener toda la tranquilidad necesaria para que redacte un informe que le he pedido". Tras esta orden precisa que no admitía negativa, Enrique se retiró.

Fue de esta manera que Cranmer fue presentado por el rey al padre de Ana Bolena, y no al revés, como algunos autores romanistas han afirmado, que fue Sir Thomas Bolena quien lo presentó al rey.¹⁵⁷ Wiltshire condujo a Cranmer a la casa Durham (que ahora se llama Adelphi, en el Strand), y el piadoso doctor, a quien Enrique le había asignado ese cuartel, pronto entabló una estrecha amistad con Ana y su padre, y aprovechó para enseñarles el valor de la divina Palabra, como la *perla de gran precio*. Enrique, aunque sacaba provecho de las habilidades de un Wolsey y un Gardiner, poco tenía que ver con ellos; pero respetaba a Cranmer, aunque a veces no estuviera de acuerdo con él en algunas opiniones; y hasta su muerte, colocó al sabio doctor por encima de todos sus cortesanos y todos sus empleados. Los hombres piadosos frecuentemente son los más exitosos, incluso con los grandes de este mundo, que los ambiciosos y los intrigantes.

¹⁵⁷ Por ejemplo, Lingrad, vol. vi, cap. iii. Compárese con Foxe, vol. viii, p. 8.

CAPÍTULO TRECE

El Destronamiento del Cardenal Wolsey

(Octubre de 1529)

Mientras Cranmer estaba subiendo a pesar de su humildad, Wolsey estaba cayendo con todo y sus estratagemas. El cardenal todavía gobernaba el reino, daba instrucciones a los embajadores, negociaba con los príncipes, y llenaba sus suntuosos palacios con su soberbia. El rey no podía tomar una decisión para apagarlo; la fuerza de la costumbre, la necesidad que tenía de él, el recuerdo de los servicios que Enrique había recibido de él, todo eso lo favorecía. Era casi inconcebible ver a Wolsey sin los sellos oficiales, como al rey sin su corona. Sin embargo, la caída de uno de los favoritos más poderosos registrados en la historia inevitablemente se acercaba, y ahora tenemos que describirlo.

El 9 de octubre, después de las vacaciones de San Miguel, Wolsey, deseoso de mostrar una apariencia intrépida, fue y abrió la sesión de la alta corte de la cancillería con su pompa acostumbrada; pero se dio cuenta, con inquietud, que ninguno de los siervos del rey caminaba delante de él, como estaban acostumbrados a hacer. Presidió desde el banco de presidium con una inexplicable depresión de espíritu, y los miembros de la corte se sentaron frente a él con un aire de indiferencia; había algo sombrío y solemne en esta sesión, como si todos estuvieran participando en un funeral, pero, de hecho, estaba destinado a ser el último acto de poder del cardenal. Algunos días antes (Foxe dice que fue el 1º. de octubre) los duques de Norfolk y Suffolk, con otros lores del consejo privado, habían venido a Windsor, y denunciaron al rey las inconstitucionales relaciones de Wolsey con el papa, sus usurpaciones, "sus robos, y las discordias sembradas por su mediación entre los príncipes cristianos". Tales motivos no hubieran sido suficientes; pero Enrique estaba más fuerte. Wolsey no había cumplido ninguna de sus promesas en materia del divorcio, sino que más bien parecía que él había aconsejado al papa que excomulgara al rey, y así levantar a su pueblo en contra de él. Esta teoría desmesurada no era en ese tiempo conocida por el príncipe, e incluso, es probable que no tuviera lugar sino hasta algún tiempo después. Pero Enrique sabía lo suficiente, y dio a su fiscal general, Sir Christopher Hales, las órdenes para procesar a Wolsey.

Mientras el descorazonado cardenal estaba mostrando su autoridad por última vez en la corte de la cancillería, el fiscal general lo estaba acusando en el tribunal del rey por haber obtenido bulas papales atribuyéndose una jurisdicción que invadía al poder real, y llamando a la aplicación de las penas de *praemunire*. Los dos duques recibieron órdenes para exigir los sellos a Wolsey; y este último, informado de lo que había pasado, para el décimo día no había dejado aún

su palacio, esperando a cada momento la llegada de los mensajeros de la ira del rey; pero nadie apareció.

Al día siguiente los dos duques llegaron: "Es la buena voluntad del rey", dijeron al cardenal, quien permanecía sentado en su sillón, "que usted nos entregue el sello oficial y que se retire a Esher" (una casa de campo cerca de Hampton Court). Wolsey, cuya tranquilidad nunca le fallaba, exigió ver la comisión bajo la que estaban actuando. "Tenemos órdenes de palabra de su majestad", dijeron ellos. – "Eso puede que sea suficiente para ustedes", respondió el cardenal, "pero no para mí. El gran sello de Inglaterra me fue entregado por las manos de mi soberano, yo no puedo entregarlo por la simple palabra de ningún señor, a menos que ustedes me muestren su comisión". Suffolk estalló en cólera, pero Wolsey se mantuvo en calma, y los dos duques volvieron a Windsor. Este fue el último triunfo del cardenal.

El rumor de su desgracia provocó una inmensa conmoción en la corte, en la ciudad, y entre los embajadores extranjeros. Du Bellay de inmediato se dirigió a York Place (Whitehall) para contemplar este gran desenlace y consolar a su infeliz amigo. Encontrando al embajador a Wolsey, con semblante abatido y mirada sin brillo, le escribió a Montmorency: "el más grande ejemplo de fortuna que jamás se haya visto se redujo a la mitad de su usual monto". Wolsey quería "exponerle su caso", pero sus pensamientos eran confusos, su lenguaje quebrado, "porque el corazón y la lengua le fallaban por completo; y se echó a llorar". El embajador lo miró con compasión: "¡Ay!", pensó, "sus enemigos no pueden sino sólo sentir lástima por él". Por fin el cardenal infeliz recuperó el habla, pero sólo para dar paso a la desesperación. "Yo no quiero más autoridad", exclamó, "ni legación del papa, ni el sello oficial de Inglaterra... estoy dispuesto a renunciar a todo, incluso a mi toga... Yo puedo vivir en una ermita, a condición de que el rey no me tire a la desgracia". El embajador "hizo todo lo posible para consolarlo", cuando Wolsey, aferrándose a la tabla de salvación que se le estaba lanzado, exclamó: "Ojalá que madame y el rey de Francia pudieran pedir al rey que modere su ira contra mí. Pero, sobre todo", agregó angustiado, "tenga cuidado de que el rey no se dé cuenta que he solicitado esto de usted". Efectivamente, Du Bellay escribió a Francia para que el rey y madame por sí solos "libraran a su querido siervo de las puertas del infierno", y Wolsey, siendo informado de estos despachos, recuperó un poco sus esperanzas. Pero este brillante destello no duró mucho.

El domingo 17 de octubre, Norfolk y Suffolk reaparecieron en Whitehall, acompañados de Fitzwilliam, Taylor, y Gardiner, el ex funcionario de Wolsey. Eran las seis de la tarde, encontraron al cardenal en una cámara de la planta alta, cerca de la gran galería, y le presentaron las órdenes del rey. Después de haberlas leído, dijo: "Es un placer obedecer las órdenes de su majestad"; entonces, habiendo ordenado que le trajeran el gran sello, lo sacó del estuche de piel blanca en el que estaba guardado, y lo entregó a la duquesa, que lo colocaron en un cofre forrado de terciopelo carmesí y adornado con las armas de Inglaterra; luego ordenó a Gardiner que la sellara con cera roja, y lo dio a Taylor para que lo transmitiera al rey.

Wolsey quedó estupefacto; pero estaba a punto de beber la copa amarga hasta sus residuos cuando se le ordenó salir de su palacio inmediatamente, sin que llevara con él ni ropa, ni enseres domésticos; los duques tenían temor de que se llevara sus tesoros. Wolsey comprendió la grandeza de su miseria; sin embargo, sacó fuerzas para decir: "Ya que es la buena voluntad del rey llevarse mi casa y todo lo que contiene, me conformo con retirarme a Esher". Los duques lo dejaron.

Wolsey se quedó solo. Este sorprendente hombre, que de ser un modesto carnicero había alcanzado la cumbre de la grandeza terrenal, y quien, por una palabra que le desagradara, envió a la Torre a los más fieles siervos de su señor (Pace, por ejemplo), y que había gobernado a Inglaterra como si hubiera sido su monarca, y más que eso, porque había gobernado sin un parlamento, era expulsado y arrojado a un muladar, por así decirlo. Una repentina esperanza brilló como un relámpago en su mente: tal vez la magnificencia del botín podría apaciguar a Enrique. ¿No había sido Esaú pacificado por el regalo de Jacob? Wolsey llamó a sus oficiales: "Acomoden las mesas en la gran galería", les dijo, "y coloquen en ellas todo lo que he confiado a su cuidado, con el fin de hacer un balance". Estas órdenes fueron ejecutadas inmediatamente. Las mesas estaban cubiertas con una inmensa cantidad de ricas telas, sedas y terciopelos de todos los colores, pieles costosas, ricas capas y otras vestiduras eclesiásticas; las paredes estaban cubiertas de tela de oro y plata, y tejidas con un material valioso llamado baudikyn, de los telares de Damasco, y con tapices que representan temas bíblicos o historias de los viejos libros de caballerías. La cámara dorada y la sala del consejo, junto a la galería, estaban ambas chapeadas de oro y plata que se entremezclaban con perlas y piedras preciosas; estos artículos de lujo eran tan abundantes, que canastas llenas de costosas vajillas que habían pasado de moda estaban arrumbadas debajo de las mesas. En cada mesa había una lista exacta de los tesoros que se habían apilado, porque el más perfecto orden y la normatividad eran características de la casa del cardenal. Wolsey lanzó una mirada de esperanza a esta riqueza, y ordenó a sus oficiales que la entregaran completa a su majestad.

Él entonces se preparó para dejar su magnífico palacio. Ese momento, de por sí tan triste, se hizo aún más triste por un acto de indiscreción afectiva. "Ah, mi señor," dijo su tesorero, Sir William Gascoigne, conmovido hasta las lágrimas, "su excelencia será enviado a la Torre". Esto fue demasiado para Wolsey: ¡ir a reunirse con sus víctimas...! Se enojó y exclamó: "¿Es este el mejor consuelo que usted puede dar a su maestro en la adversidad? Ya va a ver usted y todos esos reporteros blasfemos que eso no es cierto".

Había que irse, puso en su cuello un collar de oro del que colgaba una supuesta reliquia de la verdadera cruz; eso fue todo lo que se llevó. "Ojalá", exclamó, mientras se la colocaba, "que nunca hubiera tenido que llevar la otra". Esto dijo, en alusión a la cruz de legado que solía llevar frente a él con tanta pompa. Bajó por las escaleras de atrás, seguido por sus sirvientes, algunos silenciosos y abatidos, otros llorando amargamente, y se dirigió a la orilla del río, donde una barcaza le esperaba. Pero, ¡ay!, no estaba solo. El Támesis estaba cubierto de innumerables barcos llenos de hombres y mujeres. Los habitantes de Londres, esperando ver al cardenal llevado a la Torre, quisieron estar presentes en su humillación, y se prepararon para

acompañarlo. Gritos de alegría celebrando su caída se escucharon por todas partes; tampoco faltaron los sarcasmos crueles. "El perro del carnicero ya no va a morder más", dijo alguien, "miren cómo agacha la cabeza". En verdad, el infeliz hombre, angustiado por un espectáculo nuevo para él, bajó los ojos que alguna vez fueron muy orgullosos, pero que ahora estaban llenos de lágrimas amargas. Este hombre, que había hecho temblar toda Inglaterra, era ahora como una hoja marchita llevada por las corrientes de las aguas. Todos sus siervos estaban conmovidos; hasta su bufón, William Patch, sollozaba como los demás. "¡Oh, vacilante y novedosa multitud!", exclamó Cavendish, su ujier caballero. Pero las esperanzas de los ciudadanos sufrieron una decepción; la barcaza, en vez de irse río abajo, se enfiló río arriba con dirección a Hampton Court; poco a poco los gritos se apagaron, y la flotilla se dispersó.

El silencio del río permitió a Wolsey disfrutar de pensamientos menos amargos; pero parecía como si furias invisibles le persiguieran ahora que la gente que lo había dejado. Dejó su barcaza en Putney, y montó su mula, aunque con dificultad, avanzaba lentamente con la mirada baja. Poco después, al levantar los ojos, vio a un jinete que cabalgaba rápidamente por la colina hacia ellos. "¿Quién creen que pueda ser?", preguntó a sus asistentes. "Mi señor", respondió uno de ellos, "yo creo que es Sir Henry Norris". Un destello de alegría pasó por el corazón de Wolsey. ¿No fue Norris, quien, de todos los oficiales del rey, le había mostrado el mayor respeto durante su visita a Grafton? Norris llegó hasta ellos, le saludó respetuosamente y le dijo: "El rey me ordena declararle que todavía conserva los mismos buenos sentimientos hacia usted, y le envía este anillo como símbolo de su confianza". Wolsey lo recibió con una mano temblorosa; esta costumbre de obsequiar algo tenía el rey para ocasiones importantes. El cardenal de inmediato bajó de su mula, y arrodillándose en el camino, levantó las manos al cielo con una expresión indescriptible de felicidad. El hombre en su caída había jalado el terciopelo que llevaba bajo el bonete, pero incapaz de deshacer las cuerdas, lo partió y lo tiró al suelo. Permaneció de rodillas con la cabeza descubierta, orando fervientemente en medio de un profundo silencio. El perdón de Dios nunca había causado a Wolsey tanto placer como Enrique lo estaba haciendo.

Después de haber terminado su oración, el cardenal se puso el bonete y volvió a montar su mula. "Gentil Norris", dijo al mensajero del rey, "si yo fuera el señor de un reino, la mitad de él sería apenas suficiente para recompensarle por sus felices noticias, pero no me queda nada, salvo la ropa que llevo en mi mochila". Luego se quitó la cadena de oro. "Tome esto", dijo, "que contiene un trozo de la verdadera cruz. En mis días más felices no me hubiera separado de ella ni por mil libras". El cardenal y Norris se separaron. Pero Wolsey de pronto se detuvo en los matorrales y su tropa también lo hizo. Le preocupaba el pensamiento de que no tenía nada que enviarle al rey; llamó a Norris que regresara, y, mirando a su alrededor, vio al pobre William Patch montado en un caballo tan triste como su jinete, porque había perdido toda su alegría por la desgracia de su amo. "Presente de mi parte a este pobre bufón al rey", dijo Wolsey a Norris, "sus payasadas están a la medida para alegrar a un príncipe, él vale más que mil libras."

Por fin llegaron a Esher. ¡Qué residencia comparada con la de Whitehall!... No era más que cuatro paredes desnudas. Las cosas necesarias más urgentes las adquirieron de las casas vecinas, pero Wolsey no podían adaptarse a este cruel contraste. Además, él conocía bien a Enrique VIII; sabía que un día podría enviar a Norris con un anillo de oro, y al verdugo al siguiente con una cuerda. Sombrío y abatido, permaneció sentado en sus aposentos solitarios. De pronto se levantaba de su asiento, camina apresuradamente de arriba a abajo, hablaba en voz alta a sí mismo, y luego volvía a caer en su silla, llorando como un niño. Este hombre, que anteriormente había sacudido reinos, había quedado desolado en un abrir y cerrar de ojos, y ahora estaba expiando sus traiciones con humillación y terror; un notable ejemplo del juicio de Dios.

CAPÍTULO CATORCE

Nuevos Líderes y Nuevas Políticas

(Octubre y noviembre de 1529)

Durante todo este tiempo, todos estaban conmocionados en la corte. Norfolk y Suffolk, al frente del concilio, habían informado a la Cámara de la Estrella sobre la desgracia del cardenal. Enrique no sabía cómo suplir su lugar. Algunos le sugirieron al arzobispo de Canterbury, pero el rey no quería oír hablar de él. "Wolsey", dice un escritor francés, "había disgustado al rey y a toda Inglaterra con ese asunto de los dos amos que, casi siempre, uno estaba vendido al otro, y ellos preferían un ministro laico". —"Yo realmente creo que los sacerdotes nunca más van a obtener el puesto", escribió Du Bellay. El nombre de Sir Tomás Moro fue mencionado. Él era un laico, y esa cualidad, que unos años antes tal vez era la razón de su exclusión, era ahora una recomendación. Un soplo del protestantismo empujaba a la cumbre de los honores a uno de sus más grandes enemigos. Enrique pensó que Moro, situado entre el papa y su soberano, se decidiría a favor de los intereses del trono y de la independencia de Inglaterra. Su elección se efectuó.

Moro sabía que el cardenal había sido depuesto porque no era un instrumento suficientemente dócil en el asunto del divorcio. El trabajo que se le demandaba a él era contrario a sus convicciones; pero el honor conferido casi no tenía precedentes; de hecho, muy pocas veces se habían confiado los sellos a un mero caballero de la corte.¹⁵⁸ Él siguió el camino de la ambición y no el del deber; demostró, sin embargo, en los días posteriores, que su ambición no era de cualquier clase. Incluso, es probable que, previendo los peligros que amenazaban con destruir al poder papal en Inglaterra, Moro deseaba hacer un esfuerzo para salvarlo. Norfolk instaló al nuevo canciller en la Cámara de la Estrella. "Su majestad", dijo el duque, "no se ha fijado en la nobleza de la sangre, sino en el valor de la persona. Él desea demostrar por esta elección, que hay entre los laicos y los caballeros de Inglaterra hombres dignos para llenar los más altos cargos en el reino, a los que hasta ahora los obispos y los nobles pensaban que sólo ellos tenían el derecho".¹⁵⁹ La Reforma, que restauró la religión al cuerpo general de la iglesia, quitó al mismo tiempo el poder político del clero. Los sacerdotes habían privado al pueblo de la actividad cristiana, y a los gobiernos del poder; el evangelio restauró a ambos lo que los sacerdotes habían usurpado. Este resultado no podía dejar de ser favorable a los intereses de la

¹⁵⁸ Frecuentemente se ha afirmado que Sir Tomás Moro fue el primer laico a quien se le confió el oficio de canciller. Esto es incorrecto, porque varios laicos fueron nombrados para este oficio entre 1321 y 1386.

¹⁵⁹ *Vida de Moro*, p. 172.

religión; cuanto menos tuvieran que temer los reyes y sus súbditos por la intrusión del poder clerical en los asuntos del mundo, más serían influenciados de la fe vivificante.

Moro no perdió tiempo; nunca había desplegado tanta actividad un lord-canciller como él. Rápidamente despejó los casos que estaban demorados, y después de haber sido instalado, el 26 de octubre lanzó la convocatoria para tratar la causa de Wolsey el 28 o el 29. "La corona de Inglaterra", dijo el fiscal general, "nunca ha reconocido a ninguna autoridad superior, excepto la de Dios.¹⁶⁰ Ahora, el susodicho Thomas Wolsey, legado a *latere*, ha obtenido del papa ciertas bulas, en virtud de las cuales ha ejercido desde el 28 de agosto 1523 una autoridad despectiva al poder de su majestad y a los derechos de los tribunales de justicia. La corona de Inglaterra no se puede poner bajo el papa; y por lo tanto, acusamos al dicho legado de haber transgredido los reglamentos de *praemunire*".

No hay ninguna duda de que Enrique tenía otras razones para deshacerse de Wolsey, además de las señaladas por el fiscal general, pero Inglaterra tenía otras convicciones de naturaleza superior a las de su soberano. Wolsey era considerado como cómplice del papa, y esto fue la causa de la gran severidad del funcionario público y del pueblo. El cardenal generalmente se excusaba alegando que tanto el rey como el parlamento habían ratificado la autoridad inconstitucional con que Roma lo había investido, pero, ¿no había producido resultados injustificables el poder conferido por el papa en una monarquía constitucional? Wolsey, como legado papal, había gobernado Inglaterra sin un parlamento; y, como si la nación se hubiera regresado a la época de Juan Sin Tierra, él había instituido *de facto*, si no en teoría, el sistema monstruoso de la famosa bula *Unam Sanctam*¹⁶¹ en vez de la *Carta Magna*. El rey, e incluso los lores y los comunes, habían actuado con disimulo en estas ilegalidades; los derechos de la constitución de Inglaterra no permanecían menos inviolables, y personas dignas habían protestado contra su infracción. Y de ahí que Wolsey, consciente de su delito, "se pusiera totalmente a merced y gracia del rey", y que su abogado declarara ignorar las leyes que se decía que había infringido. Aquí no podemos alegar, como han hecho algunos, la postración de los poderes morales de Wolsey; él podía, incluso después de su caída, responder con energía a Enrique VIII. Cuando, por ejemplo, el rey demandó para la corona su palacio de Whitehall, que pertenecía a la sede de York, el cardenal respondió: "Díganle a su majestad de mi parte que quiero recordarle amablemente que, así como hay un cielo, también hay un infierno"; y cuando le pusieron otros cargos además del de complicidad de agresión papal en contra de él, se defendió valientemente, como se verá después. Entonces, el cardenal no trató de justificarse a sí mismo por haber infringido los derechos de la corona, sino porque su conciencia le mandó callar. Había

¹⁶⁰ La corona de Inglaterra, libre en todo tiempo, no ha estado bajo sujeción terrenal, sino que primeramente se sujeta a Dios en todas las cosas. Herbert de Canterbury. P. 251.

¹⁶¹ Esta famosa bula, emitida por el papa Bonifacio VIII en 1302 declaraba que "la espada temporal" y la "espada espiritual" habían sido encomendadas por igual a la iglesia, implicando que el papa tenía el poder supremo tanto en el estado como en la iglesia.

cometido una de las faltas más graves de las que un hombre de Estado puede ser culpable. Los que han tratado de excusarlo no han tomado en cuenta que, como lo establece la Carta Magna, la oposición a la agresión romana siempre ha sido una característica de la constitución y gobierno de Inglaterra. Wolsey recordaba perfectamente esto, y esta explicación es más honorable para él que la que atribuye su silencio a la debilidad o la astucia.

El cardenal fue declarado culpable, y el tribunal dictó la sentencia de que, por el estatuto de *praemunire*, sus propiedades fueran confiscadas y que debería ser llevado ante el concilio del rey. Inglaterra, a costa de sacrificar un hombre de iglesia que se había colocado por encima de los reyes, daba un ejemplo memorable de su oposición inflexible a las usurpaciones del papado. Wolsey estaba confundido, y su atribulada imaginación no evocaba más que peligros por todas partes.

Mientras Moro se estaba prestando a la condena de su antecesor, quien había sido su amigo, otro laico de origen todavía más humilde se preparaba para defender al cardenal, y por ese mismo acto se estaba convirtiendo en el instrumento designado para acabar con los monasterios en Inglaterra y para romper los lazos seculares que unían a este país con el pontífice romano.

El 1º. de noviembre, dos días después de la condena de Wolsey, Tomás Cromwell uno de sus oficiales, con un libro de oraciones en la mano, estaba recostado contra la ventana del gran salón, al parecer absorto en sus devociones. "Buenos días", dijo Cavendish cuando pasó a su lado, en su camino para realizar sus tareas habituales con el cardenal. La persona a quien se dirigía el saludo levantó la cabeza, y el caballero-ujier, al ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas, le preguntó: "Maestro Cromwell, ¿está mi señor en peligro?" – "Creo que no", respondió Cromwell", pero es duro perder en un momento la labor de toda una vida". En la caída de su señor, Cromwell presagiaba también la suya. Cavendish se esforzó por consolarlo. "Si Dios quiere, esta es mi resolución", respondió el ambicioso defensor de Wolsey, "tengo la intención esta tarde, tan pronto como mi señor haya cenado, de viajar a Londres, y así mismo a la corte, donde tengo que hacer algo, para bien o para mal, antes de que regrese otra vez acá". En ese momento Cavendish fue llamado, y entró en la habitación del cardenal.

Cromwell, devorado por la ambición, se había aferrado a la túnica de Wolsey con el fin de alcanzar el poder. Él había servido al cardenal por cerca de nueve años conduciendo la mayoría de sus negocios. Pero Wolsey había caído, y su defensor que era arrastrado con él, se esforzaba por alcanzar por otros medios el objeto de sus deseos. Cromwell era uno de esos hombres serios y enérgicos que Dios prepara para los momentos críticos. Bendecido con un juicio sólido y una firmeza intrépida, poseía una cualidad que es poco común en todas las épocas, y sobre todo en tiempos de Enrique VIII: la fidelidad en la desgracia. La capacidad por la que se distinguió, no estuvo en todo momento exenta de reproches; el éxito parece haber sido su primer pensamiento.

Después de la cena, Cromwell siguió a Wolsey a su habitación privada: "Mi Señor, permíteme ir a Londres, me esforzaré para salvarlo". Un destello pasó por el semblante entristecido del cardenal. – "Déjenos solos", dijo a sus asistentes. Él entonces tuvo una larga

conversación privada con Cromwell, al final de la cual este último montó en su caballo y se dirigió a la capital. Era consciente que sería difícil conseguir el acceso al rey, porque ciertos eclesiásticos, celosos de Wolsey, habían hablado en contra de su abogado en el tiempo de la secularización de los monasterios, y Enrique no lo podía soportar. Pero Cromwell sabía que la fortuna favorece a los intrépidos; y, dejándose llevar por sus sueños ambiciosos, seguía galopando, diciéndose a sí mismo: "¡Con un pie en el estribo, y mi fortuna se hace!"

Parece haber sido por los buenos oficios de Sir Christopher Hales, juez de actas, que el nombre de Cromwell fue recomendado al rey. Probablemente Enrique estaba al principio muy desconfiado de él. ¡Era el principal asistente de Wolsey! Sin embargo, otras consideraciones prevalecieron, y en poco tiempo una entrevista concedida por el rey a Cromwell le convenció de que el secretario-abogado era un hombre con el que se podía contar.

"Señor", dijo Cromwell a su majestad, "el papa rechaza su divorcio... Pero, ¿por qué pide su consentimiento? Todo inglés es amo en su propia casa, ¿y por qué no debería serlo también en Inglaterra? ¿Es necesario que un prelado extranjero comparta su poder con usted? Es cierto, los obispos hacen un juramento a su majestad, pero inmediatamente después hacen otro al papa, lo que los absuelve del primero. Señor, usted no es más que la mitad de un rey, y nosotros no somos más que la mitad de sus súbditos. Este reino es un monstruo de dos cabezas. ¿Va a soportar tal anomalía por más tiempo? ¡Mire!, ¿no está viviendo en una época en que Federico el Sabio y otros príncipes alemanes se han sacudido el yugo de Roma? Haga lo mismo; conviértase una vez más en un rey; gobierne su reino en coordinación con sus lores y comunes. De ahora en adelante deje que los ingleses tengan la libertad de expresarse en Inglaterra; que el dinero de sus súbditos no sea echado más en el hoyo del Tíber; en lugar de imponer nuevos impuestos a la nación, convierta en bien general aquellos tesoros que hasta ahora sólo han servido para engordar a los sacerdotes orgullosos y a los frailes perezosos. Ahora es el momento de entrar en acción. Confíe en su parlamento; proclámese la cabeza de la iglesia en Inglaterra. Entonces verá crecer la gloria de su nombre, y la prosperidad a su pueblo".

Nunca antes un lenguaje parecido había sido dirigido a un rey de Inglaterra. No fue sólo a causa del divorcio que era necesario romper con Roma; fue, a juicio de Cromwell, a causa de la independencia, la gloria y la prosperidad de la monarquía. Estas consideraciones parecían más importantes para Enrique que aquellas que hasta entonces se le habían expuesto; ninguno de los reyes de Inglaterra había estado en mejor posición para entenderlas. Cuando un Tudor había sucedido a los reyes sajones, normandos, y Plantagenets, un hombre de la raza libre de los celtas había hecho del trono de Inglaterra el lugar de los príncipes sumisos a los pontífices romanos. La antigua iglesia británica, independiente del papado, estaba a punto de levantarse de nuevo con esta nueva dinastía; y la raza celta, después de once siglos de humillación, iba a recuperar su antigua herencia. Sin lugar a dudas, Enrique no recordaba estos hechos, pero trabajaba en conformidad con el carácter peculiar de su raza, sin ser consciente del instinto que le obligaba a actuar. Percibía que un soberano que se somete al papa, se convierte, al igual que el rey Juan, en su vasallo; y ahora, después de haber sido el segundo en su reino, quería ser el primero.

El rey reflexionó sobre lo que Cromwell le había dicho. Atónito y sorprendido, trató de asimilar la nueva posición que su audaz asesor le había presentado. "Su propuesta me agrada mucho", dijo, "pero, ¿se puede probar lo que usted afirma?" –"Por supuesto", respondió este habilidoso político; "tengo conmigo una copia del juramento que los obispos hacen al pontífice romano". Diciendo esto, sacó un papel de su bolso, y puso el juramento ante los ojos del rey. Enrique, celoso de su autoridad, y aún de su despotismo, se llenó de indignación, y sintió la necesidad de acabar con esa autoridad extranjera que se atrevía a disputar el poder con él, y hasta en su propio reino. Se quitó el anillo y se lo dio a Cromwell, declarando que lo contrataba a su servicio, y poco después lo hizo miembro de su consejo privado. Inglaterra, se puede decir, estaba siendo virtualmente emancipada del papado.

Cromwell había puesto los primeros cimientos de su grandeza. Él había observado la senda que su amo había seguido, y que le había llevado a la ruina, es decir, la complicidad con el Papa; y él esperaba tener éxito siguiendo el camino contrario, o sea, oponerse al papado. Tenía el apoyo del rey, pero él quería más. Equipado de un estilo claro y sencillo de elocuencia, vio lo que la influencia en un escaño del gran consejo de la nación le daría. Era un poco tarde, pero la sesión comenzó al día siguiente (3 de noviembre), pero para Cromwell nada era imposible. El hijo de su amigo, Sir Thomas Rush, había vuelto al parlamento; pero como el joven renunció a su curul, Cromwell fue elegido en su lugar.

El parlamento no se había reunido desde hacía siete años porque el reino había sido gobernado por un príncipe de la iglesia romana. La reforma de la iglesia, cuya influencia regeneradora comenzaba ya a hacerse sentir, estaba a punto de restaurar a la nación aquellas antiguas libertades que un cardenal se había robado; y Enrique, estando a punto de tomar resoluciones muy importantes, sintió la necesidad de estar más cerca de su pueblo. Todo presagiaba que una buena relación prevalecería entre el parlamento y la corona, y que " los sacerdotes tendría un miedo terrible".

Mientras Enrique se estaba preparando para atacar a la iglesia romana en la supremacía papal, la cámara de los comunes se preparaba para la guerra contra los numerosos abusos con los que se había cubierto Inglaterra. "Algunos hasta pensaban", dijo Tyndale, "que esta asamblea era para reformar a la iglesia, y que la edad de oro vendría otra vez". Pero no era por los actos del parlamento que la Reforma estaba destinada a continuar, sino solamente por la Palabra de Dios. Y sin embargo, los comunes, sin tocar la doctrina, iban a cumplir con su deber valientemente en los asuntos de su competencia; y el parlamento de 1529 puede considerarse como el primer parlamento protestante de Inglaterra. "Los obispos exigían multas excesivas por las validaciones de testamentos", dijo el viejo amigo de Tyndale, Sir Henry Guilford. "Como albacea testamentario, yo tenía que pagar a Sir William Compton unos mil marcos esterlinos". –"Los religiosos", dijo otro miembro, "preferían ver a los pobres huérfanos morir de hambre que darles siquiera la única vaca flaca que sus padres les dejaron". – "Los sacerdotes", dijo otro, "tienen granjas, tenerías, almacenes, por todo el país. En pocas palabras, los clérigos toman todo de sus rebaños, y no sólo no les dan nada, sino aún les niegan la Palabra de Dios".

El clero estaba en absoluta consternación. El poder de la nación parecía despertar en este parlamento con el único propósito de atacar al poder del sacerdote. Era importante evitar estos golpes. La convocatoria de la provincia de Canterbury, reunida en Westminster el 5 de noviembre, pensó que era su deber, en defensa propia, reformar los abusos más llamativos. En consecuencia, se decretó, el 12 de noviembre, que los sacerdotes ya no deberían de tener tiendas o tabernas, jugar a los dados u otros juegos prohibidos, pasar la noche en lugares sospechosos, estar presentes en ferias de dudosa reputación, participar en deportes caninos, o en exhibiciones de halcones u otras aves de rapiña; o, finalmente, mantener relaciones sospechosas con mujeres. Fueron fijadas multas para estas violaciones, que se duplicaron en los casos de adulterio; y todavía se incrementaron aún más en casos de impurezas más abominables. Leyes como éstas fueron necesarias para frenar la mala conducta del clero.

Pero estas medidas no satisficieron a los miembros de la cámara de los comunes. Tres proyectos de ley fueron introducidos con referencia a los honorarios de la legalización de testamentos, morgues, mayoría de votos, no residencias, y el ejercicio de profesiones seculares. "Tienen como objetivo la destrucción de la iglesia", exclamó el obispo Fisher, cuando estos proyectos fueron turnados a los lores, "y si la iglesia cae, la gloria del reino perecerá. El luteranismo está haciendo grandes progresos entre nosotros, y su grito salvaje ya está haciendo eco en Bohemia. ¡*Abajo la iglesia!*!, es ahora el lema de los comunes... ¿Cómo sucedió esto? Únicamente por falta de fe. Queridos lores, ¡salven a su país!, ¡salven a la iglesia!" Sir Thomas Audley, el portavoz de los comunes, con una delegación de treinta miembros, de inmediato fue a Whitehall. "Señor", le dijeron al rey, "se nos acusa de no tener fe, y de ser casi tan malos como los *turcos*. Exigimos una disculpa por este tipo de lenguaje ofensivo". Fisher fingió que él sólo pretendía hablar de los bohemios; y los comunes, de ninguna manera satisfechos, celosamente siguieron adelante con sus reformas.

El rey estaba resuelto a conceder estas cosas; pero decidió aprovecharse de ellas para presentar un proyecto de ley por el que se le transfiriera todo el dinero prestado de sus súbditos. John Petit, uno de los miembros de la ciudad, se opuso con valentía a esta demanda. "Yo no conozco los problemas de las otras personas", dijo, "y no puedo dar lo que no me pertenece. Pero en cuanto a mí, personalmente, doy sin reservas todo lo que he prestado al rey". El proyecto de ley real pasó, y ya satisfecho Enrique dio su consentimiento a las propuestas de ley de los comunes. Cada dispensa procedente de Roma, que fuera contraria a los estatutos, estaba estrictamente prohibida. Los obispos exclamaron que los comunes se estaban volviendo cismáticos; algunos disturbios estaban siendo promovidos por ciertos sacerdotes; pero los agitadores clericales fueron castigados, y el pueblo, cuando se enteró de esto, se alegró de una manera inusual.

CAPÍTULO QUINCE

"Los que Quieren Vivir Piadosamente en Cristo Jesús..." (1529-1531)

El momento en el que Enrique dirigió sus primeros golpes a Roma también fue aquel en el que comenzó a derramar la sangre de los discípulos del Evangelio. Aunque estaba listo para deshacerse de la autoridad del papa, no reconocía la autoridad de Cristo; pues la obediencia a las Escrituras es el alma misma de la Reforma.

La contienda del rey con Roma había llenado de esperanza a los amantes de la Escritura. Los artesanos y comerciantes, especialmente los que vivían cerca del mar, fueron casi totalmente ganados para el Evangelio. "El rey es uno de nosotros", solían jactarse; "él quiere que sus súbditos lean el Nuevo Testamento. Nuestra fe, que es la verdadera, circulará a través del reino, y para el próximo día de San Miguel, creemos que nosotros seremos más numerosos que los de la opinión contraria. Estamos dispuestos, si es necesario, a morir en la lucha". Este sería precisamente el destino de muchos.

Conversaciones como ésta alarmaron al clero: "La última hora ha llegado", dijo Stokesley, quien había sido elevado a la sede de Londres después del traslado de Tunstall a Durham; "si no queremos que la herejía luterana impregne a toda Inglaterra, hay que apresurarnos a lanzarla al mar". Enrique estaba totalmente dispuesto a hacerlo; pero como él no estaba en muy buenas relaciones con el clero, buscó a un hombre que sirviera como mediador entre él y los obispos. Pronto lo encontró.

El noble entendimiento de Sir Tomás Moro pasaba de las prácticas ascéticas al fanatismo, y el humanista se convirtió en un inquisidor. En su opinión, la quema de herejes era justa y necesaria ¹⁶². Incluso se le ha reprochado de haber atado a los cristianos evangélicos a un árbol en su jardín al que llamaba "el árbol de la verdad", y de haberlos azotado con su propia mano. ¹⁶³ Moro declaraba que nunca "amarró ni azotó, ni siquiera golpeó en la mejilla" a ninguno de sus adversarios religiosos; ¹⁶⁴ y nosotros nos inclinamos a creerle. Todo hace pensar que, aunque el autor de la *Utopía* fue un juez severo, la mano que sostenía una de las más famosas plumas del siglo XVI nunca hizo las funciones de un verdugo.

Los obispos dirigieron el ataque. "Hay que limpiar el campo del Señor de las espinas que lo ahogan", dijo el arzobispo de Canterbury en la convocatoria del 29 de noviembre 1529, inmediatamente después de que el obispo de Bath leyera a sus colegas la lista de los libros que él

¹⁶² Obras de Moro; *Un Diálogo Sobre las Herejías*, p. 274.

¹⁶³ Strype's Mem., vol I, p. 315; Foxe, iv, p. 698.

¹⁶⁴ *Apología*, cap. xxxiv, pp. 901, 902.

deseaba condenar. Había una serie de obras de Tyndale, Lutero, Melancton, Zwinglio, Ecolampadio, Pomeranus, Brentius, Bucero, Jonás, Francis Lambert, Fryth y Fish. La Biblia, en particular, fue señalada. "Es imposible traducir la Biblia al inglés", dijo uno de los prelados. – "No es lícito a los laicos leerla en su lengua materna", dijo otro. – "Si se tolera la Biblia", añadió un tercero, "nos hará herejes a todos". – "Por la circulación de las Escrituras", exclamaron varios, "se levantará la nación contra el rey". Sir Tomás Moro presentó la petición de los obispos al rey, y algún tiempo después Enrique dio órdenes para que se proclamara que "nadie debe predicar o escribir cualquier libro, o mantener cualquier escuela sin permiso de su obispo; que nadie debe tener ningún libro herético en su casa; que los obispos deben detener a los delincuentes en la cárcel a su discreción, y luego proceder a la ejecución de los culpables; y por último, que el canciller, los jueces de paz y otros magistrados, deben ayudar y apoyar a los obispos". Esa fue la cruel proclamación de Enrique VIII, el llamado "padre de la reforma inglesa".

El clero no estaba aún satisfecho. El obispo ciego y octogenario de Norwich, siendo más ardiente que el más joven de sus sacerdotes, reanudó sus quejas. "Mi diócesis está *accumbered* con esas cosas de la lectura de la Biblia", dijo el arzobispo de Canterbury, "y no hay un estudiante de Cambridge que no haya probado de ese guiso. Si esto continúa por más tiempo, van a deshacernos a todos nosotros. Debemos tener mayor autoridad de la que hasta ahora tenemos para castigarlos".

Consecuentemente, el 24 de mayo de 1530, Moro, Warham, Tunstall y Gardiner, al haber sido admitidos en la cámara de San Eduardo de Westminster para hacer un informe al rey acerca de la herejía, propusieron la prohibición, de una manera más positiva, del Nuevo Testamento y otros libros en los que se imparten las siguientes doctrinas: "que Cristo ha derramado su sangre por nuestros pecados como sacrificio al Padre; que la fe sola nos justifica; que la fe sin buenas obras es una fe muerta; que haciendo buenas obras para ganar el cielo, se menosprecia la sangre de Cristo".

Mientras que casi todos en la sala de audiencia apoyaron la petición, había tres o cuatro teólogos que guardaron silencio. Por fin uno de ellos, Latimer, se opuso a la proposición. El amigo de Bilney estaba más decidido que nunca a escuchar solamente la voz de Dios. "Las ovejas de Cristo no oyen otra voz que la de Cristo", respondió al Dr. Redman, quien le había pedido que se sujetara a la Iglesia; "yo ya no tengo problemas para escuchar la voz del Señor mi Dios".¹⁶⁵ La iglesia, en opinión de Latimer, pretendía imponer su propia voz en el lugar de la de Cristo, y la Reforma hacía lo contrario; este era el meollo de la controversia. Cuando fue invitado a predicar durante los días de Navidad, había censurado a sus oyentes porque celebraban el festival jugando a las cartas como simples mundanos, y luego procedió a exponerles las *cartas* de Cristo, es decir, sus leyes.¹⁶⁶ Siendo elegido en la comisión de Cambridge para examinar la cuestión del matrimonio del rey, se había ganado la estima del representante de Enrique, el

¹⁶⁵ Latimer's *Remains*, p. 297.

¹⁶⁶ Latimer's *Sermons*, p. 8.

doctor Butts, médico de la corte, quien lo había presentado a su amo, por orden de quién predicó en Windsor.

Enrique se sintió dispuesto al principio a dejar pasar algunas cosas de Latimer. "Muchos de mis súbditos", dijo a los prelados reunidos en el salón de San Eduardo, "creen que es mi deber hacer que las Escrituras sean traducidas y entregadas al pueblo". La discusión comenzó inmediatamente entre las dos partes; y Latimer concluyó pidiendo "que se debe permitir que la Biblia circule libremente en inglés... Pero la mayoría se impuso", nos dice.¹⁶⁷ Enrique declaró que la enseñanza de los sacerdotes era suficiente para el pueblo, y se limitó a añadir: "que él daría la Biblia a sus súbditos cuando renunciaron a la pretensión arrogante de interpretarla de acuerdo con sus propias fantasías". – "Apártense de esos libros", gritaron los sacerdotes desde el púlpito, "detéstenlos, no los tengan en sus manos, entréguelos a sus superiores. Porque si no lo hacen, su príncipe, que ha recibido de Dios la espada de la justicia, la usará para castigarlos". Roma tenía todos los motivos para estar satisfecho con Enrique VIII. Tunstall, quien conservaba bajo llave los testamentos comprados en Amberes con la ayuda de Packington, los habían llevado hasta el cementerio de San Pablo donde fueron quemados públicamente. Los espectadores se retiraron sacudiendo la cabeza y diciendo: "La enseñanza de los sacerdotes y de las Escrituras deben estar en contradicción, porque los sacerdotes las destruyen". Latimer sabía muy bien que por su forma de hablar estaba arriesgando su vida, pero estaba dispuesto a sacrificarla, como él mismo nos dice.

La persecución llegó pronto. Así como el sol parecía que se estaba levantando en la Reforma, la tormenta estalló. "No hubo una piedra que los obispos no removieran en los rincones más inaccesibles", dice un cronista, "para la ejecución diligente de la proclamación del rey; después de lo cual sobrevino una cruel persecución y una masacre de los fieles".

Tomás Hitton, un ministro pobre y piadoso de Kent, solía ir con frecuencia a Amberes a comprar el Nuevo Testamento. Al volver de una de estas expediciones, en 1529, Fisher, el obispo de Rochester, le mandó arrestar en Gravesend, y lo sometió a las torturas más crueles para hacer que negara su fe. Pero el mártir repitió con santo entusiasmo: "La salvación viene por la fe y no por las obras, y Cristo la da a quien Él quiere". El 20 de febrero de 1530, en Maidstone, fue atado a la estaca y quemado vivo.

Apenas habían terminado los sufrimientos de Hitton por llevar las Escrituras a Inglaterra, cuando un buque cargado de nuevos testamentos llegó a Colchester. El infatigable Richard Bayfield, quien llevaba estos libros, los vendió en Londres; regresó al continente, y volvió a Inglaterra en noviembre; pero esta vez las Escrituras cayeron en manos de Sir Tomás Moro. Bayfield, sin desanimarse, volvió a visitar los Países Bajos, y pronto reapareció trayendo consigo el Nuevo Testamento y las obras de casi todos los reformadores. "¿Cómo es que llegan tantos nuevos testamentos desde el extranjero?", Preguntó Tunstall a Packington. "Usted me prometió que iba a comprar todos los libros. Desde entonces se han impreso más", respondió el

¹⁶⁷ Latimer's Remains, p. 305.

comerciante astuto; "y nunca les ha ido tan bien, mientras ellos tengan letras y sellos [tipos y moldes]. Mi señor, usted debería mejor comprar los sellos también, para que esté seguro".

En lugar de los sellos, los sacerdotes buscaron a Bayfield. El obispo de Londres no podía soportar a este hombre de Dios. Habiendo preguntado un día a Bainham (quien más tarde sufrió el martirio) si conocía a *una sola persona* que desde los días de los apóstoles hubiera vivido de acuerdo a la verdadera fe en Jesucristo, este último respondió: "Sí, es Bayfield". Siendo perseguido de un lugar a otro, huyó de la casa de su piadoso anfitrión, y se escondió en la del encuadernador donde fue descubierto y llevado a la Torre de los Lolardos.

Al entrar en la prisión, Bayfield se encontró con un sacerdote llamado Patmore, pálido, debilitado por el sufrimiento, y listo para hundirse bajo el maltrato de sus carceleros. Patmore, conquistados por la piedad de Bayfield, pronto le confió sus sentimientos. Siendo rector de Much Haddam, en Hertfordshire, había encontrado la verdad en los escritos de Wycliffe. "Ellos han quemado sus huesos", dijo, pero de sus cenizas ha brotado un manantial de vida". Gustoso de hacer buenas obras, acostumbraba llenar sus graneros de trigo, y cuando subían los precios en el mercado, él enviaba su maíz en tal cantidad que los precios bajaban. "Es contrario a la ley de Dios quemar herejes", dijo; y llenándose de valor, añadió: "Pero me da igual la maldición del papa que un manojo de paja".

Su párroco, Simon Smith, dispuesto a imitar la vida desordenada de los sacerdotes, y al enamorarse de Juana Bennore, la sirvienta del rector, que era una persona discreta y piadosa, quiso casarse con ella. "Dios", dijo Patmore, "ha declarado el matrimonio legal para *todos los hombres*; y por eso ya se permite a los sacerdotes casarse en los otros países". El rector hacía alusión a la ciudad de Wittenberg, donde había visitado a Lutero. Después de su matrimonio, Smith y su esposa abandonaron Inglaterra por una temporada, y Patmore los acompañó hasta Londres.

La noticia de este matrimonio del sacerdote, un hecho sin precedentes en Inglaterra, hizo que Stokesley encerrara a Patmore en la Torre de los Lolardos, y a pesar de que estaba enfermo, no le permitieron tener fuego, ni luz, ni ninguna otra comodidad. El obispo y su vicario general lo visitaron en su prisión, y procuraron con sus amenazas que renegara de su fe.

Fue bajo estas circunstancias que Bayfield llegó a la torre. Por sus palabras cristianas ayudó a revivir la fe lánguida de Patmore, y éste se quejó ante el rey de que el obispo de Londres le impedía alimentar al rebaño que Dios le había encomendado. Stokesley, deduciendo de dónde sacaba Patmore su nuevo valor, sacó a Bayfield de la torre de los Lolardos, y lo encerró en la carbonera, donde fue sujetado por el cuello, la cintura y las piernas en posición vertical a la pared. El desafortunado evangelista de Bury se la pasó en una continua oscuridad, sin poder acostarse ni sentarse, como si estuviera clavado a la pared, y nunca escuchó el sonido de la voz humana. Ya veremos que posteriormente sale de esa horrible prisión para morir en el cadalso. En cuanto a Patmore, él permaneció en la prisión tres años antes de que fuera liberado.

Patmore no fue el único en su familia que sufrió la persecución. Él tenía en Londres un hermano llamado Tomás, amigo de John Tyndale, el hermano menor del célebre reformador. Tomás había dicho que la verdad de la Escritura por fin estaba reapareciendo en el mundo

después de haber sido ocultada durante muchos siglos; y John Tyndale había enviado cinco marcos a su hermano William, y había recibido cartas de él. Por otra parte, los dos amigos (que ambos eran comerciantes) habían distribuido un gran número de testamentos y otras obras. Pero su fe no estaba profundamente arraigada, ya que era más bien por simpatía hacia sus hermanos por lo que habían creído; por eso, cuando Stokesley los enredó completamente, ellos confesaron su “crimen”. Moro, actuando por medio de la Cámara de la Estrella, estaba encantado con la oportunidad que se le ofrecía para cubrir de vergüenza el nombre de Tyndale, y no estando satisfecho con condenar a los dos amigos a pagar una multa de cien libras cada uno, inventó una nueva desgracia. Cosió en sus vestidos algunos nuevos testamentos que ellos habían hecho circular, colocó a ambos penitentes sobre sendos caballos con sus rostros hacia la cola, y así desfilaron por las calles de Londres, expuestos a las burlas y risas de la población. En esto, Moro tuvo más éxito que en su refutación de los escritos del reformador.

A partir de ese momento la persecución se hizo más violenta. Labradores, artistas, comerciantes, e incluso nobles, sintieron los colmillos crueles del clero y de Sir Tomás Moro. Enviaron a la cárcel a un piadoso músico llamado Robert Lambe que solía vagar de ciudad en ciudad cantando con su arpa un himno que elogiaba a Martín Lutero y la Reforma. Un ingenioso joven pintor, llamado Edward Freese, después de haber sido contratado para pintar algunos cuadros en una casa de Colchester, escribió en los bordes algunas frases de la Escritura. Por este motivo fue detenido y llevado ante el obispo de Londres, en el palacio de Fulham, y encarcelado, donde su principal alimento era pan hecho mayormente de aserrín. Su pobre esposa, que estaba embarazada, fue a Fulham a ver a su marido; pero el portero del obispo tenía órdenes de no dejar entrar a nadie, y la bestia le dio tremenda patada en el vientre, que mató a su bebé nonato, y causó la muerte de la madre poco después. El infeliz Freese fue llevado a la Torre de los Lolardos, donde fue encadenado, dejándole solamente libres las manos; por eso fue que pudo tomar un pedazo de carbón y escribió algunas frases piadosas en la pared. Por causa de esto fue esposado, pero sus muñecas fueron tan severamente castigadas que la carne creció más alto que los hierros. Su intelecto se perturbó; sus cabellos en salvaje desorden pronto cubrieron su rostro, a través del cual brillaban unos ojos feroces y demacrados. La falta de alimentación adecuada, el mal trato, la muerte de su esposa, y su reclusión prolongada, minaron por completo su razón. Cuando fue llevado a San Pablo, estuvo tres días sin probar alimento; y cuando compareció ante el consistorio, el pobre prisionero, silencioso y apenas capaz de ponerse de pie, miró a su alrededor y contempló a los espectadores como "un salvaje". El examen comenzó, pero a todas las preguntas que le hacían, Freese respondía de la misma manera: "Mi Señor es un buen hombre". Ellos no consiguieron sacarle nada, sino esta conmovedora respuesta. Es que la luz no brillaba ya más en su entendimiento, pero el amor de Jesús se encontraba todavía en su corazón. Él nunca recuperó por completo la razón hasta el día de su muerte. Su hermano, Valentín Freese y su esposa, también dieron sus vidas en la hoguera, en York, por el testimonio de Jesucristo.

El terror comenzó a esparcirse a lo largo y ancho. Los evangelistas más activos se habían visto obligados a huir a algún país extranjero; algunos de los más piadosos estaban en prisión; y entre los que tenían cargos importantes, había quienes parecían estar dispuestos a cobijarse bajo

una moderación exagerada, tal vez Latimer era uno de ellos. Pero así como la persecución en Londres había logrado silenciar a los más tímidos, otras voces más valientes se estaban alzando en las provincias. La ciudad de Exeter en ese tiempo estaba en una gran agitación; algunos carteles habían sido descubiertos en las puertas de la catedral que contenían algunos de los principios de "la nueva doctrina". Mientras que el alcalde y sus funcionarios estaban buscando al autor de estas "blasfemias", el obispo y todos sus teólogos, "ardientes como carbones encendidos", dice el cronista, "y enojados como si hubieran sido picados por un enjambre de avispas", estaban predicando en el estilo más ardiente. Al domingo siguiente, durante el sermón, dos hombres que habían sido los más activos de toda la ciudad en buscar al autor de los carteles, estaban inquietos por la presencia de una persona sentada cerca de ellos. "De seguro este hombre es el hereje", dijeron. Pero la devoción de su vecino, que no quitaba los ojos de su libro, los hizo desistir, sin percibir que estaba leyendo el Nuevo Testamento en latín.

Este hombre, Tomás Bennet, era el infractor. Siendo convertido en Cambridge por la predicación de Bilney, quien era su amigo, se había ido a Torrington, en Devonshire, por miedo a la persecución, y de allí pasó a Exeter, y después de casarse para evitar la falta de castidad (como él dice), se convirtió en maestro de escuela. Tranquilo, humilde, cortés con todo el mundo, y un poco tímido, Bennet había vivido seis años en esa ciudad sin que su fe fuera descubierta. Por fin, su conciencia se despertó, y decidió fijar por la noche en las puertas de la catedral ciertos carteles evangélicos. "Todo el mundo va a leer los escritos", pensó, "y nadie va a conocer al escritor". Y, efectivamente, logró lo que se había propuesto.

No mucho tiempo después de aquel domingo en que había estado a punto de ser descubierta, los sacerdotes prepararon un gran desfile, y estaban listos para pronunciar contra el desconocido hereje la gran maldición "con el libro, la campana, y la vela". La catedral estaba repleta, y Bennet era uno de los espectadores. En medio había una gran cruz en la que fueron colocados cirios encendidos, alrededor de la cual se reunieron todos los franciscanos y los dominicos de Exeter. Uno de los sacerdotes predicó un sermón sobre las palabras: *Hay un anatema en medio de ti, oh Israel*; entonces el obispo se acercó a la cruz y pronunció la maldición contra el infractor. Tomó uno de los cirios y dijo: "Que el alma del hereje desconocido, si éste ya está muerto, se consuma esta noche en las llamas del fuego infernal, así como esta vela se consume y se apaga", y en seguida apagó la vela. Luego, tomando otra vela, continuó: "y oremos a Dios, que si él está todavía vivo, que sus ojos se apaguen, y que todos los sentidos de su cuerpo le fallen, así como la luz de esta vela se ha apagado", y apagó la segunda vela. Después de esto, uno de los sacerdotes se acercó a la cruz y se la llevó arrastrando. Sin embargo, se le cayó, y el ruido que hizo al caer provocó un eco a lo largo del techo que asustó a los espectadores quienes lanzaron un grito de terror y alzaban sus manos al cielo, como si estuvieran rezando para que la maldición divina no cayera sobre ellos. Bennet, testigo de esta comedia, no pudo evitar sonreír. "¿De qué te ríes?", le preguntaron sus vecinos. "¡Aquí está el hereje!, ¡aquí está el hereje!, ¡agárrenlo!" Esto creó mucha confusión entre la multitud; unos gritaban, otros aplaudían, y todos corrían de aquí para allá; pero, en medio del tumulto, Bennet logró escapar.

La excomunión no hizo sino aumentar su deseo de atacar a las supersticiones papistas; y, en consecuencia, antes de las cinco de la mañana del día siguiente (que era el mes de octubre de 1530), ordenó al muchacho que le hacía los mandados a que fijara de nuevo en las puertas de la catedral algunos carteles similares a los que habían sido arrancados. Pero sucedió que un ciudadano que había ido a misa temprano lo vio, y corriendo hacia él, lo agarró y le tiró los papeles; y arrastrando al muchacho con una mano, mientras que en la otra llevaba las pancartas, fue con el alcalde de la ciudad. El sirviente de Bennet fue reconocido y su maestro fue detenido inmediatamente y puesto en el cepo y sujetado con fuertes grillos, "con tanto fervor como si hubieran encontrado a un perro", dice Foxe.

Exeter parecía decidido a ser el campeón del sistema sacerdotal en Inglaterra. Durante una semana entera, no sólo el obispo, sino todos los sacerdotes y los religiosos de la ciudad visitaron a Bennet noche y día. Pero en vano intentaron demostrarle que la iglesia romana era la verdadera. "Dios me ha dado la gracia de pertenecer a una mejor iglesia", dijo. –"¿No sabes que la nuestra se construyó sobre San Pedro?" –"La iglesia que se construye sobre un hombre", respondió, "es la iglesia del diablo y no de Dios". Su celda estaba atestada continuamente de visitantes; y, a falta de argumentos, los más ignorantes de los frailes llamaban al recluso hereje y le escupían. Al fin, le trajeron a un sabio doctor en teología, que, se suponía, infaliblemente le convertiría. "Nuestros caminos son los caminos de Dios", dijo el teólogo con seriedad. Pero pronto descubrió que los teólogos no pueden hacer nada en contra de la Palabra del Señor. "Cristo solamente es mi camino", contestó Bennet", porque Él dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. En su *camino* voy a andar, su *verdad* voy a abrazar, y su *vida* eterna buscaré".

Fue condenado a la hoguera; y después de que Moro transmitiera la orden *de haeretico comburendo* con la máxima velocidad, los sacerdotes pusieron a Bennet en manos del sheriff, el 15 de enero de 1531, por lo que fue llevad a Livery Dole, un campo a las afueras de la ciudad, donde se preparó la hoguera. Cuando Bennet llegó al lugar de la ejecución, exhortó brevemente la gente, pero con tal unción, que el escribiente del sheriff, cuando lo oyó, exclamó: "Verdaderamente este es un siervo de Dios". Dos personas, sin embargo, parecían impasibles: eran Thomas Carew y John Barnehouse, ambos tenían el nombramiento de caballeros. Llegando hasta el mártir, exclamaron con voz amenazante: "Di, *precor sanctam Mariam et omnes sanctos Dei*".¹⁶⁸ –"No conozco ningún otro abogado sino a Jesucristo", contestó Bennet. Barnehouse se enfureció tanto al oír estas palabras que tomó un manojo de varas secas y, prendiéndole fuego, lo lanzó a la cara del mártir, exclamando: "maldito hereje, ruega a la Virgen, o haré que lo hagas". –¡Ah!", respondió pacientemente Bennet, "no me molestes", y luego, levantando las manos, oró: "Padre, ¡perdónalos!" Los verdugos de inmediato prendieron fuego a la leña, y los más fanáticos de los espectadores, tanto hombres como mujeres, presas de una furia indescriptible, rompieron estacas, arbustos y cualquier cosa que pudieran tener a la mano, y los arrojaron a las llamas para aumentar su calor. Bennet, levantando los ojos al cielo, exclamó: "Señor, recibe mi espíritu". Así murieron, en el siglo XVI, los discípulos de la Reforma sacrificados por Enrique VIII.

¹⁶⁸ Reza a santa María y a todos los santos de Dios.

Los sacerdotes, gracias a la espada del rey, empezaron a cantar victoria; pero aún así, ni los maestros, músicos, comerciantes, e incluso religiosos, eran suficientes para ellos. Querían víctimas más nobles y había que buscarlos en Londres. Moro mismo, acompañado por un teniente de la Torre, buscó en muchas casas sospechosas. Pocos ciudadanos eran tan apreciados en Londres como Juan Petit, el mismo que, en la cámara de los comunes, tan noblemente se resistió a la demanda del rey sobre el préstamo. Petit era versado en historia y literatura latina; hablaba con elocuencia, y durante veinte años había representado dignamente a la ciudad. Siempre que algún asunto importante se debatía en el parlamento, el rey se ponía inquieto y tenía la costumbre de preguntar de qué lado estaba él. Este político independiente, lo que era poco común en los parlamentos de Enrique, provocaba resentimientos en el príncipe y sus ministros. Petit, amigo de Bilney, de Fryth y de Tyndale, había sido de los primeros en Inglaterra en probar la dulzura de la Palabra de Dios, y había manifestado inmediatamente esa hermosa característica por la cual la fe del evangelio se da a conocer, a saber, la caridad. Él abundaba en las limosnas, apoyaba a un gran número de predicadores pobres en su propio país y allende los mares; y cada vez que él anotaba estas generosas ayudas en sus libros, simplemente escribía las palabras: "Préstamo a Cristo". Además, prohibía a sus contadores que consideraran estas cantidades como deudas.

Petit estaba disfrutando tranquilamente las delicias de la vida doméstica en su modesta casa en compañía de su esposa y sus dos hijas, Blanche Audrey, cuando recibió una inesperada visita. Un día, mientras oraba en su cuarto de estudio, se escuchó un fuerte golpe en la puerta de la calle. Su esposa corrió a abrir, pero al ver que era el lord-canciller Moro, regresó a toda prisa a decirle a su marido que el señor canciller quería verlo. Moro, quien la siguió, entró en el cuarto, y con ojos inquisitivos recorrió los estantes de la biblioteca, pero no pudo encontrar nada sospechoso. Entonces él hizo como si fuera a retirarse, y Petit lo acompañó. El canciller se detuvo en la puerta y le dijo: "¿Está usted seguro que no tiene ninguno de estos nuevos libros?" – "Usted ha visto mi biblioteca", respondió Petit. – "Se me ha informado, sin embargo", respondió Moro, "que no sólo los lee, sino que paga por la impresión". Y luego añadió con tono severo: "Siga al teniente". A pesar de las lágrimas de su mujer y de sus hijas, este miembro independiente del parlamento fue llevado a la torre y encerrado en un calabozo húmedo donde no tenía más que paja para acostarse. Su esposa iba allá todos los días inútilmente, pidiendo con lágrimas permiso para verlo, o al menos para llevarle una cama; los carceleros le negaron todo; y fue sólo cuando Petit cayó gravemente enfermo que este último favor le fue concedido. Esto tuvo lugar en 1530, y se le dictó sentencia en 1531; de nuevo veremos a Petit en su prisión. Aunque en efecto salió, sólo para hundirse bajo el cruel trato que había experimentado allí.

Así fueron los testigos de la verdad golpeados por los sacerdotes, por Sir Tomás Moro, y por Enrique VIII. Sin embargo, una nueva víctima iba a ser la causa de muchas lágrimas. Un manso y humilde hombre, uno querido por todos los amigos del Evangelio, y a quien podemos considerar como el padre espiritual de la Reforma en Inglaterra, estaba a punto de ocupar la hoguera preparada por sus perseguidores. Algún tiempo antes de la presentación de Petit ante sus jueces, que tuvo lugar en 1531, un ruido extraño se oyó en la celda que estaba encima de la suya;

era Tomás Bilney, quien era conducido a la torre. Recordarán que lo dejamos al final de 1528 después de su caída (capítulo 7 del libro 3). Bilney había regresado a Cambridge atormentado por el remordimiento; sus amigos en vano lo acompañaban de noche y de día; pero no podían consolarle, hasta le parecía que las Escrituras sólo hablaban de condenación. El miedo le hacía temblar constantemente, y apenas podía comer o beber. Por fin, una luz celestial e inesperada iluminó el corazón del discípulo caído; un testigo a quien él había contristado, es decir, el Espíritu Santo, habló una vez más a su corazón. Bilney cayó a los pies de la cruz derramando torrentes de lágrimas, y allí encontró la paz. Pero cuanto más Dios lo consolaba, mayor parecía su crimen. Un único pensamiento le poseía: dar la vida por la verdad. Él antes se había retractado frente a la hoguera; ahora sus llamas deberían consumirlo. Ni la debilidad de su cuerpo que se había incrementado por tan larga angustia, ni la crueldad de sus enemigos, ni su timidez natural, nada podía detenerlo; se encaminó hacia la corona del martirio. Una noche, cerca de las diez, cuando todos en Trinity Hall se habían ido a descansar, Bilney llamó a sus amigos, les recordó su caída y añadió: "No me verán más... No me acompañen; mi decisión está tomada y voy a llevarla a cabo. Mi rostro está afirmado para ir a Jerusalén". Bilney repitió las palabras utilizadas por el evangelista, cuando describe a Jesús subiendo a la ciudad donde sería condenado a muerte. Después de haber dado la mano a sus hermanos, este venerable hombre, el primero de los evangelistas de Inglaterra, de acuerdo al tiempo que vivió, abandonó Cambridge al amparo de la noche, y se encaminó a Norfolk para confirmar la fe de los que habían creído, y a invitar a la multitud ignorante a acercarse al Salvador. No le seguiremos en este último y solemne ministerio; estos hechos y otros de la misma clase pertenecen a una fecha posterior. Antes de que terminara el año 1531, Bilney, Bainham, Bayfield, Tewkesbury, y muchos otros, golpeados por la espada de Henry, sellaron con su sangre el testimonio rendido a la gracia perfecta de Cristo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Wolsey Cae, como Lucifer

(1530)

En tanto que muchos cristianos languidecían en las cárceles de Inglaterra, el gran antagonista de la Reforma estaba desapareciendo de la escena de este mundo. Debemos volver a Wolsey, que seguía detenido en Esher.

El cardenal, caído desde lo alto de los honores, era presa de terrores de pánico que usualmente sienten los que han hecho temblar a la nación entera después de su desgracia, y creía ver a un asesino escondido detrás de cada puerta. "Esta misma noche", escribió a Cromwell en una ocasión, "yo estaba como uno que debería haber muerto. Si yo pudiera, no dejaría de ir a verlo personalmente, en lugar de hacerle llegar mis palabras que pueden ser más dilatorias. Si el disgusto de mi Lady Ana se calmó un poco, como se lo he pedido a Dios, entonces, le ruego que se sirva por todos los medios posibles alcanzar el favor de ella".

Como consecuencia de esto, Cromwell se apresuró a ir a Esher dos o tres días después de tomar su asiento en el parlamento, y Wolsey, todo tembloroso, le contó sus temores. "Norfolk, Suffolk, y tal vez lady Ana, desean mi muerte. ¿No manchó el altar con su sangre Thomas Becket, arzobispo como yo?"... Cromwell lo tranquilizó y, movido por el temor del anciano, pidió y obtuvo de Enrique una orden de protección.

Los enemigos de Wolsey realmente deseaban su muerte; pero era la justicia de los tres estados y no la daga del asesino lo que ellos buscaban. La Cámara de los Pares, autorizó a Sir Tomás Moro, a los duques de Norfolk y Suffolk, y a otros catorce lores, para preparar un proyecto de proscripción contra el cardenal-legado. No olvidaron nada: esa altiva fórmula de expresarse, *Ego et rex meus* (yo y mi rey), que había empleado a menudo Wolsey; sus infracciones a las leyes del reino; su monopolio en los ingresos de la iglesia; la flagrante injusticia de la que había sido culpable (como el caso de Sir John Stanley, que fue enviado a la cárcel hasta que renunció a un contrato de arrendamiento con el hijo de una mujer que había tenido dos hijos con el cardenal); muchas familias que quedaron en la ruina para satisfacer su avaricia; los tratados concluidos con las potencias extranjeras sin la orden del rey; sus altos impuestos que habían empobrecido a Inglaterra; y su culpa por las enfermedades infecciosas y respiratorias con el que había contaminado la presencia de su majestad. Estos fueron algunos de los cuarenta y cuatro gravámenes presentados por los nobles ante el rey, y que Enrique envió a la Cámara Baja para su consideración.

La idea primordial era que ninguno de los comunes tuviera a su cargo la defensa de Wolsey, y se esperaba en general, que fuera entregado a la venganza de la ley (como el acta de acusación lo pedía), o en otras palabras, al hacha de el verdugo. Pero un hombre se puso de pie y se preparó, aunque por sí solo, a defender al cardenal: era Cromwell. Los miembros se

preguntaron uno al otro, quién era ese desconocido; pronto se daría a conocer. Su conocimiento de los hechos, su familiaridad con las leyes, la fuerza de su elocuencia, y la moderación de su lenguaje, sorprendió a la cámara. Los adversarios de Wolsey apenas habían dirigido un golpe, cuando el defensor ya lo había repelido. Si algún cargo era presentado al que no pudiera responder, él proponía un aplazamiento hasta el día siguiente, partía para Esher al final de la sesión, conferenciaba con Wolsey, y regresaba durante la noche; y a la mañana siguiente volvía a aparecer en la cámara de los comunes con armas frescas. Cromwell ganó la causa; el juicio político fracasó, y el defensor de Wolsey tomó su puesto entre los estadistas de Inglaterra. Esta victoria, uno de los mayores triunfos de la elocuencia parlamentaria en ese período, satisfizo tanto la ambición como la gratitud de Cromwell. Él ahora se había ganado firmemente el favor del rey, era estimado por los comunes y admirado por el pueblo, circunstancias que le proporcionaron el medio para llevar a una conclusión favorable la emancipación de la iglesia de Inglaterra.

El ministerio, integrado por los enemigos de Wolsey, estaba molesto por la decisión de la Cámara Baja, y nombró una comisión para examinar el asunto. Cuando el cardenal fue informado de esto cayó en nuevos temores. Perdió el apetito y el deseo de dormir, y la fiebre lo atacó en la Navidad. "El cardenal estará muerto en cuatro días", dijo su médico a Enrique, "si él no recibe un poco de consuelo de usted y de lady Ana". –"No lo iba a perder por veinte mil libras", exclamó el rey. Él deseaba preservar a Wolsey en caso de que la consumada habilidad de su viejo ministro llegara a ser necesaria, que no era en absoluto improbable. Enrique dio al médico su retrato en un anillo, y Ana, a petición del rey, añadió la tableta de oro que colgaba de su cinturón. El cardenal, encantado, colocó los regalos en su cama, y al mirarlos sintió que su fuerza retornaba a él. Fue removido de su miserable vivienda de Esher al palacio real de Richmond; y en poco tiempo ya podía pasearse por el parque donde cada noche leía su breviario.

La ambición y la esperanza regresaron junto con la vida. Si el rey deseaba destruir el poder papal en Inglaterra, ¿no podía el orgulloso cardenal preservarlo? ¿No podría hacer Tomás Wolsey en tiempos de Enrique VIII lo que Tomás Becket había hecho en tiempos de Enrique II. Su sede de York, la ignorancia de los sacerdotes, la superstición de la gente, el descontento de los grandes, todo podría estar a su servicio; y, de hecho, seis años después, cuarenta mil hombres estarían armados en un momento en Yorkshire para defender la causa de Roma. Wolsey, fuerte en Inglaterra por el apoyo de la nación (al menos esa era su opinión), sin la ayuda del papa ni de las potencias continentales, podría darle la ley de Enrique, y aplastar la Reforma.

Wolsey, a quien el rey le había permitido ir a York, que nunca había visitado a pesar de ser arzobispo de esa sede desde 1514, pidió un aumento de sus ingresos como arzobispo, que ascendían a cuatro mil libras esterlinas. Enrique le concedió un millar de marcos, y el cardenal, poco antes de la Pascua de 1530, partió con un séquito de 160 personas. Pensó que era el comienzo de su triunfo.

Wolsey fijó su residencia en el castillo de Cawood, Yorkshire, una de sus residencias arzobispales, y se propuso ganarse el afecto de la gente. Este prelado, que una vez fue "el más arrogante de los hombres", dice George Cavendish, el hombre que mejor lo conoció y sirvió, se

convirtió en todo un modelo de afabilidad. Compartía sus alimentos, distribuía limosnas generosas, decía misa en las iglesias de los pueblos, convivía con la gente de la comunidad, daba espléndidos entretenimientos, y escribió a varios príncipes implorando su ayuda. Incluso, Edward Hall, un historiador que fue contemporáneo de Wolsey, asegura que pidió al papa la excomunión de Enrique VIII. Habiendo preparado todo de este modo, pensó que podría hacer su entrada solemne en York, como un preámbulo a su entronización, que se fijó para un lunes 7 de noviembre.

Cada uno de sus movimientos era seguido en la corte; cada acción fue calculada, y su importancia exagerada. "Pensamos que lo habían acabado", decían algunos, "y aquí está creciendo de nuevo". El propio Enrique se alarmó y dijo: "El cardenal, por sus intrigas detestables, está conspirando contra mi corona, y tramando complots tanto en casa como en el extranjero". La destrucción de Wolsey ya estaba decidida.

La mañana después del día de Todos los Santos (Viernes 4 de noviembre), el conde de Northumberland, auxiliado por una numerosa escolta, llegó a Cawood donde el cardenal seguía residiendo. Este era el mismo Percy cuyo noviazgo con Ana Bolena había sido frustrado por Wolsey, y que pudo haber sido un plan para favorecer a Enrique. El cardenal ansiosamente se adelantó para atender a este invitado inesperado, e impaciente por conocer el objeto de su misión, lo llevó a su alcoba con el pretexto de que se cambiara sus vestidos de viaje. Ambos permanecieron algún tiempo de pie en una ventana sin decir una palabra; el conde parecía confundido y agitado, mientras que Wolsey se esforzaba por reprimir su emoción. Pero al fin, haciendo un gran esfuerzo, Northumberland puso su mano sobre el brazo de su antiguo maestro, y con una voz baja, dijo: "Mi señor, lo arresto por alta traición". El cardenal se quedó sin palabras, como aturdido. Lo mantuvieron prisionero en su habitación.

Es dudoso que Wolsey fuera culpable del delito del que se le acusó. Es posible que él haya tenido algún día la idea de lograr el triunfo del papado en Inglaterra, aunque esto causara la ruina de Enrique; pero quizás no fue más que una idea. Pero, una idea no es una conspiración, aunque pueda llevarse a la práctica rápidamente.

Más de tres mil personas (atraídos no por el odio, como el caso de los londinenses cuando Wolsey salió de Whitehall, sino por el entusiasmo), se congregaron al día siguiente frente al castillo para saludar al cardenal. "¡Dios salve a su gracia!", gritaban por todas partes, y una gran multitud lo escoltó por la noche; algunos llevaban antorchas en sus manos, y todos hacían eco con sus gritos. El infeliz prelado fue llevado a Sheffield Park, la residencia del conde de Shrewsbury. Algunos días después de su llegada, el fiel Cavendish corrió hacia él, exclamando: "¡Buenas noticias, señor mío, Sir William Kingston y veinticuatro de la guardia vienen a escoltarle ante su majestad!" –"¡Kingston!", exclamó el cardenal, palideciendo, "Kingston", y luego dándose una palmada en el muslo, exhaló un profundo suspiro. Esta noticia le había aplastado la cabeza. Un día, un adivino a quien consultó, le había dicho: *tú habrás llegado a tu fin con Kingston*; y desde ese momento el cardenal había evitado cuidadosamente la ciudad de Kingston, junto al Támesis. Pero ahora pensaba que entendía la profecía... Kingston, el alguacil de la Torre, estaba a punto de provocar su muerte. Salieron del parque de Sheffield; pero el

miedo había dado Wolsey su golpe mortal. Varias veces estuvo a punto de caer de la mula, y al tercer día, cuando llegaron a la abadía de Leicester, dijo al entrar: "Padre abad, he venido aquí a dejar mis huesos entre ustedes", y de inmediato cayó en cama. Eso fue el sábado 26 de noviembre.

El lunes por la mañana, atormentado por presentimientos sombríos, Wolsey preguntó qué hora era. "Pasan de las ocho", respondió Cavendish. –"Eso no puede ser", dijo el cardenal, "las ocho... ¡No! Para las ocho ya habrías perdido a tu señor". A las seis del martes, Kingston vino a preguntar por su salud, y Wolsey le dijo: "No voy a vivir mucho tiempo". –"Tenga ánimo", contestó el gobernador de la Torre. –"¡Ay!, maestro Kingston", exclamó el cardenal, "si yo hubiera servido a Dios con tanta diligencia como he servido al rey, no me habría castigado a esta edad!", y luego agregó con la cabeza agachada: "Este es mi justa recompensa". ¡Qué juicio a costa de su propia vida!

En el umbral de la eternidad (porque él tenía sólo unos cuantos minutos de vida) el cardenal dejó escapar todo su odio en contra la Reforma, e hizo un último esfuerzo. La persecución iba demasiado lenta para complacerlo: "Maestro Kingston", dijo, "atienda a mi última petición: dígame al rey que yo le suplico en nombre de Dios que destruya esta nueva secta perniciosa de los luteranos". Y entonces, con asombrosa memoria en su última hora, Wolsey describió las desgracias que, según él, los husitas habían traído sobre Bohemia; y después, refiriéndose a Inglaterra, recordó los tiempos de Wycliffe y Sir John Oldcastle. Él seguía animado; y sus ojos moribundos todavía lanzaban miradas ardientes. Le daba pavor que Enrique VIII, siendo infiel al papa, fuera a darles la mano a los reformadores. "Maestro Kingston", dijo en conclusión, "el rey debe saber que si se tolera la herejía, Dios le quitará su poder, y entonces tendremos desgracia tras desgracia... esterilidad, escasez y desorden, hasta la total destrucción de este reino".

Wolsey estaba exhausto por el esfuerzo. Después de un momento de silencio, volvió con una voz moribunda: "Maestro Kingston, ¡adiós! Mi tiempo se acaba rápido. No olvide todo lo que le he dicho y le he encargado; porque cuando yo muera, tal vez entienda mis palabras mejor". Con dificultad pronunció estas palabras; su lengua comenzó a trabarse, sus ojos quedaron fijos, su vista le falló; exhaló su último suspiro. Al mismo tiempo, el reloj marcaba las *ocho* en punto, y los asistentes que estaban alrededor de su cama se miraron los unos a los otros con espanto. Fue el 29 de noviembre de 1530.

Así murió el hombre que una vez fue tan temido. El poder había sido su ídolo; para obtenerlo, había sacrificado las libertades de Inglaterra; y para ganarlo o para mantenerlo en la iglesia, había luchado contra la Reforma. Si él animó a la nobleza en los lujos y placeres de la vida, fue sólo para hacerlos más flexibles y más serviles; si apoyó a la cultura, sólo fue porque él podría tener un clero equipado para mantener a los laicos en sus cadenas. Ambicioso, intrigante, e impuro de vida, había sido tan celoso por los privilegios sacerdotales como el austero Becket; y por un singular contraste, una camisa de seda fue encontrada en el cuerpo de este voluptuoso hombre. El objetivo de su vida había sido el de aumentar el poder papal como jamás se había intentado antes, en el mismo momento en que la Reforma estaba tratando de disminuirlo; y tomar

su asiento en el trono pontificio con más autoridad que un Hildebrand. Wolsey, como papa, habría sido el hombre de su época; y en el mundo político habría hecho de la primacía romana lo que el célebre Loyola hizo poco después con su fanatismo. Obligado a renunciar a esta idea, digna sólo de la edad media, al menos hubiera deseado salvar al papado en su propio país; pero aquí también había fracasado. El capitán que había estado en el timón de la iglesia romana en Inglaterra, fue arrojado por la borda, y la nave, abandonada al garete, estaba a punto de irse a pique. Y sin embargo, incluso en la muerte, él no perdió su valor. Los últimos latidos de su corazón fueron para referirse a sus víctimas; las últimas palabras de sus labios vacilantes, el último mensaje a su amo, su último testamento, fueron... ¡la persecución! Solamente este testamento iba a ser fielmente ejecutado.

La época de la caída y muerte del cardenal Wolsey, que es el punto en el que nos detenemos, no sólo es importante, ya que acabó con la vida de un hombre que había presidido los destinos de Inglaterra que luchó por asirse del cetro en el mundo, pero es de importancia especial porque a partir de entonces se desarrollaron tres grandes movimientos, que dieron lugar a la gran transformación del siglo XVI. Cada uno de estos movimientos tuvo su resultado característico.

El primero está representado por Cromwell. La supremacía del papa en Inglaterra estaba a punto de ser abolida, como lo fue en todas las iglesias reformadas. Sin embargo, Inglaterra dio un paso más adelante. Esa supremacía fue transferida a la persona del rey. Wolsey había ejercido como vicario general un poder hasta entonces desconocido. Al no lograr ser papa en el Vaticano, se había hecho un papa en Whitehall. Enrique había permitido a su ministro elevar este trono jerárquico al lado del suyo. Pero pronto descubrió que no debería haber dos tronos en Inglaterra, o por lo menos no dos reyes. Él había destronado Wolsey; y al ocupar resueltamente su lugar, estaba a punto de asumir en Whitehall la tiara que el ambicioso prelado había preparado para él mismo. Algunas personas, al ver esto, exclamaron que, si la supremacía papal era abolida, debería ser substituida solamente por la Palabra de Dios. Y, de hecho, la verdadera Reforma no se encuentra en este primer movimiento.

El segundo, que era esencial para la renovación de la iglesia, fue representado por Cranmer, y consistió sobre todo en el restablecimiento de la autoridad de las Sagradas Escrituras. Wolsey no cayó solo, ni Cranmer se levantó solo; cada uno de estos dos hombres llevaban consigo los sistemas que representaban. El tejido de las tradiciones romanas recayó con el primero; los cimientos de la Sagrada Escritura fueron puestos por el segundo; y sin embargo, al mismo tiempo que rendimos toda justicia a la sinceridad del doctor de Cambridge, no debemos cerrar los ojos ante sus debilidades, su servilismo, y hasta un cierto grado de negligencia que, al permitir que las plantas parásitas crecieran por todos lados, se esparcieron sobre la roca viva de la Palabra de Dios. No es, entonces, en este movimiento donde se encuentra la Reforma con toda su energía y toda su pureza.

El tercer movimiento fue representado por los mártires. Cuando la iglesia toma una nueva vida que es fertilizado con la sangre de sus confesores, y está continuamente expuesta a la corrupción, tiene necesidad constantemente de ser purificada por el sufrimiento. No es en los

palacios de Enrique VIII, ni siquiera en los concilios donde se discutió la cuestión de abolir la supremacía papal donde debemos buscar a los verdaderos hijos de la Reforma; tenemos que ir a la Torre de Londres, a las torres de los Lolardos, de San Pablo y de Lambeth, y de las otras prisiones de Inglaterra; a las celdas de los obispos, a los grilletes, los cepos, las cadenas y las hogueras. Los santos que invocaron la sola intercesión de Cristo Jesús, la única cabeza de su pueblo, que deambularon de arriba a abajo, privándose de todo, amordazados, burlados, azotados y torturados, y que, en medio de todas sus tribulaciones, preservaron su paciencia cristiana, y afirmaron los ojos de su fe hacia Jerusalén, como su Maestro. Estos fueron los discípulos de la Reforma en Inglaterra. La iglesia más pura es la iglesia bajo la cruz.

El padre de esta iglesia en Inglaterra no fue Enrique VIII. Cuando un rey manda a la cárcel o lanza a las llamas a hombres como Hitton, Bennet, Patmore, Petit, Bayfield, Bilney, y muchos otros, no puede ser "el padre de la Reforma de Inglaterra", como algunos falsamente han afirmado; en vez de padre fue su verdugo.

La iglesia de Inglaterra estaba predestinada a ser, en su renovación, una iglesia de mártires; y el verdadero padre de esta iglesia es nuestro Padre que está en los cielos.